Silio Itálico

La Guerra Púnica

Edición de
Joaquín Villalba Álvarez

AKAL/CLÁSICA

Silio Itálico, sexagenario retirado de la política y diletante literario en la corte de Domiciano, nos ofrece en sus *Punica* una visión nostálgica del pasado glorioso de Roma reviviendo la gesta romana contra los cartagineses en la Segunda Guerra Púnica. El poema, el más extenso de la épica latina, lejos de la indiferencia que mostraron hacia él Plinio o, más adelante, Bayet, nos brinda un magnífico ejemplo de síntesis entre la épica arcaica de Nevio o Ennio y la barroca de época flavia, junto con la presencia de los ideales virgilianos y las virtudes pregonadas por Livio, fuente temática incuestionable.
Fruto de la nueva poética posclásica, *Punica* es una excelente muestra de «colores» retóricos, digresiones de diverso tipo, escenas bélicas y retratos, entre otros recursos plásticos que lo acercan más a la poesía de Ovidio, el gran innovador del siglo. El patetismo y la introspección psicológica lo aproximan también a sus coetáneos Lucano o Valerio Flaco, o al Séneca trágico. Todo ello convierte a Silio en un autor ecléctico, con un gran dominio tanto de la tradición literaria romana como de las nuevas tendencias de su tiempo.

Joaquín Villalba Álvarez es profesor contratado doctor de Filología latina en la Universidad de Extremadura, donde se formó y ha desarrollado toda su labor docente e investigadora. Su especial atención a la lingüística latina y al humanismo renacentista ha dado como frutos la publicación de su tesis doctoral, sobre *El metalenguaje de la Minerva del Brocense* (2000), y la traducción conjunta de *Los hechos y dichos memorables* (2003), de Valerio Máximo.

-akal-
EDICIONES

Maqueta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el artículo 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan sin la preceptiva autorización, o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte.

© Ediciones Akal, S.A., 2005
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.akal.com
ISBN-10: 84-460-1310-X
ISBN-13: 978-84-460-1310-5
Depósito legal: M. 17.193-2005
Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles - Madrid

Silio Itálico

LA GUERRA PÚNICA

Edición de
Joaquín Villalba Álvarez

A mis hermanos Emilio y José Carlos,
tan lejos, tan cerca...

Índice

Presentación 11

Cuadro cronológico 15

INTRODUCCIÓN 19

1. Panorama general de la épica latina 19
   1.1. Épica arcaica 23
   1.2. Los neotéricos. Influencia helenística 24
   1.3. Virgilio y Ovidio, cumbres del género 26
   1.4. Lucano 31
   1.5. Épica flavia 33

2. Datos biográficos de Silio Itálico 39

3. Análisis de la obra 50
   3.1. Su datación 50
   3.2. La Segunda Guerra Púnica en la literatura grecolatina 52
   3.3. Estructura y contenido de los *Punica* 61
   3.4. Estudio de las fuentes 82
      3.4.1. Fuentes historiográficas 85
         3.4.1.1. Silio Itálico y Tito Livio 85
         3.4.1.2. Otras fuentes historiográficas en *Punica* 89

3.4.2. Fuentes épicas 91
3.4.2.1. Silio Itálico y la épica tradicional (Homero y Ennio) 91
3.4.2.2. Silio Itálico y Virgilio 95
3.4.2.3. Silio Itálico y Lucano 103
3.4.2.4. Silio Itálico y Ovidio 111
3.5. Tradición y originalidad en Silio Itálico 113
3.5.1. Dioses y héroes 116
3.5.2. Las digresiones 124
3.5.3. El elemento patético 126
3.5.4. Estoicismo 128
3.5.5. Los discursos 131
3.5.6. Lengua y estilo 132

4. Valoración y pervivencia 134

5. Nuestra traducción 138

6. Bibliografía 139
6.1. Ediciones, traducciones y comentarios por orden cronológico 139
6.2. Léxicos y concordancias 140
6.3. Repertorios bibliográficos 141
6.4. Estudios generales 141

LA GUERRA PÚNICA 151

Libro I 153
Libro II 181
Libro III 207
Libro IV 235
Libro V 263
Libro VI 287
Libro VII 311
Libro VIII 339
Libro IX 371
Libro X 395
Libro XI 417

Libro XII 439
Libro XIII 467
Libro XIV 501
Libro XV 527
Libro XVI 557
Libro XVII 581

Índice de nombres 603

Presentación

La poesía épica latina del siglo I de nuestra era participa, como poesía, de las características propias de la Poética del momento; y, como épica, se inserta en una larga tradición que arranca de los orígenes de la literatura latina, continúa en la época clásica y se mantiene, principalmente como juego literario, en el citado siglo I.

En la «Introducción» que Joaquín Villalba nos ofrece en este libro, en el que la editorial Akal presenta la traducción de los *Punica* del poeta latino Silio Itálico, analiza con claridad y agudeza ambas cosas. En primer lugar, hace un breve, pero muy claro y original, recorrido por el género épico en Roma desde sus orígenes hasta la llamada épica flavia, en la que se inserta Silio Itálico. En ese recorrido el autor destaca las siguientes ideas: en lo que a contenido se refiere, la épica latina presenta una vertiente mitológica, centrada sobre todo en el ciclo troyano, y una vertiente histórica, en la que se celebran episodios gloriosos de la historia del pueblo romano; en esta última vertiente se mueve el poema épico de Silio Itálico. En lo que a función social se refiere, es decir, en lo que la poesía épica pueda tener o no de manifestación literaria de un sentimiento nacional, esa misma épica latina conoce una clara evolución que va desde Livio Andrónico, Nevio y Ennio, cuya función social era la de afirmar el sentimiento nacionalista romano, hasta la época de los flavios, en la que la ausencia de función social redunda en la acentuación del

valor estético y formal por encima de cualquier otro. Y, en lo que a la forma se refiere, Joaquín Villalba concluye que, a pesar de las oscilaciones entre clasicismo y barroquismo, oscilaciones que los estudiosos han visto con frecuencia entre la épica clásica y la posclásica y a las que han dado siempre mucha importancia, hay una evidente imbricación entre autores, aunque pertenezcan a épocas diferentes y a estéticas opuestas; y es que «los movimientos literarios de acción y reacción», dice el autor, «no son tan encontrados» y «cada autor no sólo es fruto de su tiempo, sino que tiene siempre en cuenta a los autores anteriores a él, ya sea como modelos o como antimodelos: todo es relativo y todo influye en todo». Esta afirmación del relativismo, que rompe un poco con la idea, con frecuencia admitida, de que cada autor es esclavo de la estética de su época, permite encuadrar la obra de Silio Itálico en una larga corriente de poesía épica romana que se mantiene prácticamente a lo largo de toda la historia de la literatura latina.

En segundo lugar, y tras ofrecernos los datos biográficos del autor, Joaquín Villalba hace un análisis de la obra en el que, además de considerar sus antecedentes historiográficos y épicos –con lo que estamos todavía en la consideración de los lazos que unen a la misma con todo lo anterior producido en el género–, hace también, como exige todo estudio introductorio de este tipo, un análisis de la estructura y el contenido de los *Punica* y otro sobre la tradición y originalidad de Silio Itálico. Es aquí donde encontramos lúcidas interpretaciones sobre la originalidad del poeta latino y sobre su deuda con la Poética barroca del siglo I: ahí se estudian su tratamiento de los dioses y héroes; las digresiones, tan del gusto de la estética barroca; lo patético, también propio de la época; la lengua y el estilo. A propósito de la lengua y el estilo, el autor deja claro, con la lucidez que caracteriza a todo el prólogo, que la posición de Silio está a medio camino entre, por una parte, la mesura y el buen gusto de la épica clásica de Virgilio y, por otra, la redundancia y la ingeniosidad de las figuras retóricas, que son más propias del barroquismo de la época.

Joaquín Villalba nos ofrece, pues, una introducción con las características que deben adornar toda introducción a una traducción de la obra de un clásico: ideas interesantes, pero ideas

claras, breves y bien ordenadas. El lector de la misma termina sabiendo con claridad lo que Silio Itálico representa en la historia de la poesía épica romana.

Joaquín Villalba es, además, autor de la traducción de *La Guerra Púnica*, de Silio Itálico, traducción que se nos ofrece en este volumen. A este respecto he de decir que el traductor es un buen traductor: conoce perfectamente la lengua de partida, el latín; sabe manejar con pureza y elegancia la lengua de llegada, el español; y conoce los mecanismos de traslación de una lengua a otra, ya que, por sus conocimientos de Lingüística, sabe de la existencia de estructuras gramaticales y de contenidos que deben ser respetados en el paso de una lengua a otra; la traducción termina, pues, por ser, desde un punto de vista técnico, una traducción intachable. Pero no sólo desde un punto de vista técnico, sino que también, desde el punto de vista de la elegancia de ambas lenguas –la latina y la española–, el traductor ha sabido trasladar a su traducción, en la medida y en los momentos en que ello es posible, los ingredientes latinos elegantes y bellos de la obra de Silio Itálico.

Eustaquio Sánchez Salor

23-24	Fecha posible del nacimiento de Plinio el Viejo.
28	Año probable del nacimiento de Silio Itálico.
31	Muerte de Veleyo Patérculo.
35	Año probable del nacimiento de Quintiliano.
37	Muerte de Tiberio.
37-41	Reinado de Calígula.
39	Posible año de nacimiento de Lucano.
40	Posible año de la muerte de Séneca el Viejo. Nacimiento de Frontino y Marcial.
41-54	Claudio, emperador.
43-47	Conquista del sur de Britania.
44	Primer escrito geográfico latino, de Pomponio Mela.
46	Año probable del nacimiento de Plutarco.
50	Año probable del nacimiento de Estacio. Muerte de Celso.
51	Año probable del nacimiento de Domiciano.
54	Muerte del emperador Claudio. Muerte de Columela.
54-68	Ascensión de Nerón al poder.
55	Fecha probable del nacimiento de Tácito. Muerte de Fedro. Muerte de Británico.
59	Séneca abandona la corte de Nerón.
60	Año probable del nacimiento de Juvenal. Lucha de fronteras en el Danubio.
61-62	Fecha probable del nacimiento de Plinio el Joven.

62 Muerte de Persio.
64 Incendio de Roma. *Domus aurea* de Nerón. Persecuciones de los cristianos
65 Conjuración de Pisón. Suicidio forzado de Séneca el Joven y Lucano.
66 Muerte de Petronio. Sublevación en Judea.
68 Silio Itálico, cónsul. Rebelión de Víndix. Quintiliano, primer profesor de Retórica pagado por el Estado. Muerte de Nerón.
68-96 Dinastía flavia.
68-69 Año de los cuatro emperadores (Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano).
68-70 Sublevación de los bátavos.
69-71 Revuelta de Julio Civil.
69-79 Vespasiano, emperador.
70 Tito destruye el templo de Jerusalén.
71-84 Conquista de la Britania septentrional.
74 Vespasiano expulsa de Roma a los filósofos.
75 Año probable del nacimiento de Suetonio.
77 Silio Itálico, procónsul en Asia.
79 Erupción del Vesubio y destrucción de Pompeya, Herculano y Estabies. Muerte de Plinio el Viejo.
79-81 Tito, emperador.
80 Marcial compone el *Liber spectaculorum*. Construcción del Anfiteatro Flavio.
81-96 Domiciano, emperador.
88 Revuelta de Saturnino.
88 ss Silio comienza la elaboración de sus *Punica*.
90 Probable año de la muerte de Valerio Flaco. Domiciano expulsa a los filósofos de Roma.
94 Consulado del hijo mayor de Silio Itálico, Silio Deciano.
95 Probable fecha de aparición de las *Institutiones Oratoriae* de Quintiliano. Muerte de Severo, el hijo menor de Silio. Retiro definitivo de éste a Campania.
96 Asesinato de Domiciano. Probable año de la muerte de Estacio.
96-98 Nerva, emperador.
98-117 Subida al trono de Trajano.

99 Trajano vuelve triunfante desde Panonia. Silio ni siquiera abandona su retiro para darle la bienvenida.
102 Muerte de Marcial.
103 Fecha probable de la muerte de Silio Itálico.

1. PANORAMA GENERAL DE LA ÉPICA LATINA

Aun cuando se trata de uno de los géneros que más raigambre y éxito obtuvo en la literatura latina desde sus comienzos, los estudiosos no se han puesto de acuerdo a la hora de establecer una definición satisfactoria a propósito del género épico.

Normalmente, las pautas que se siguen para la delimitación del género se basan en criterios formales o temáticos, aunque siempre encierran excepciones que dan al traste con un procedimiento que resulte fiable y concluyente. Así, por ejemplo, en la épica latina, el metro que predomina es el hexámetro, aunque los primeros épicos, por poner un caso, utilizaran el saturnio. Por lo que respecta a la extensión del poema, observamos una oscilación entre la amplitud de casi todas las composiciones y la brevedad de los denominados *epilios* que cultivaron los neotéricos. Asimismo, y desde el punto de vista poético, el estilo y la técnica de composición difieren bastante entre los diversos autores y épocas, si bien el esquema épico comprende normalmente, como primer rasgo compositivo, la existencia de un proemio de carácter programático en el que se anticipa el argumento del poema y se inserta la consabida invocación a las Musas.

En cuanto al resto de constituyentes, los contenidos son de muy diverso orden. Esta variedad responde, por lo general, a la función social que motiva y provoca la aparición de cada obra en

un momento determinado de la historia de Roma, así como a los gustos literarios de la época en la que se inserta.

Dicho esto, aventurarse a ofrecer una definición que englobe esta gran diversidad de criterios y rasgos tanto formales como de contenido puede resultar cuando menos temerario e incluso injusto. Por ello mismo, las definiciones que encontramos no suelen ser muy ajustadas a la realidad del tema, sino, más bien, generales y aproximadas, dando un margen a la libertad en la elección de formas, contenidos y justificación social en cada autor épico en concreto.

No obstante, resulta a todas luces evidente que el género épico existe como tal. En el siglo IV d.C., Diomedes define ya el género épico como «el género literario que abarca las acciones divinas, heroicas y humanas»[1]. Dicha definición encierra todos los elementos que introduce la epopeya de Silio Itálico, puesto que en *Punica* intervienen dioses, héroes y hombres en conflicto, algo que no ocurre, por el contrario, en la *Farsalia* de Lucano, en la que los dioses no forman parte del relato, y los héroes, si los hay, son aquellos que muestran una actitud estoica ante los hechos.

Ya en época actual, Alvar considera al género épico como «una nebulosa de rasgos formales y temáticos, de los que, en cada caso, pueden ser actualizados tan sólo unos pocos, en compañía de otros propios del autor y de su época, que, por el mero hecho de aparecer en ese momento dentro del marco genérico de la épica, pueden, si triunfan, engrosar el elenco de rasgos disponibles en el sistema para los autores siguientes»[2]. Por su parte, Sánchez Salor ofrece una definición más breve, basada en un criterio de contenido: «Un poema épico es una narración de hechos de cierta grandeza e importancia y generalmente de acción, sobre todo guerrera»[3].

Otra manera de definir algo tan oscuro y ambiguo a veces como un género literario consiste en la oposición a otros géneros con los que tiene puntos en común. De este modo, Sánchez Salor,

---

[1] *Epos dicitur Graece carmine hexametro divinarum rerum et heroicarum humanarumque comprehensio* (*GLK* I, 483-484).

[2] A. ALVAR EZQUERRA (1998), p. 40. En los casos en que se cite el nombre del autor y el año entre paréntesis, remítase al apartado de «Bibliografía».

[3] E. SÁNCHEZ SALOR (1987), p. 215.

apoyándose en Menéndez Pidal[4], incide sobre el carácter coetáneo, en sus orígenes, de la épica: «El pueblo, en la edad heroica, en la edad en que ninguna crónica escrita puede perturbar sus hazañas, exige información sobre la manera en que se desarrollan los acontecimientos que van trazando su propia historia nacional»[5]. Eso acerca el género de la épica al de la historiografía, aunque, desde el aspecto formal, difieran diametralmente. También las divergencias son en cuanto a contenido: la historiografía debe narrar los *consilia*, *acta* y *eventus* de cualquier suceso histórico[6], frente al poema épico, sólo preocupado por los *acta*, «de ahí», prosigue Sánchez Salor, «que el poeta épico no tenga inconveniente en anunciar al principio del cantar el desenlace del mismo».

Una diferencia de peso entre ambos géneros consiste en la técnica narrativa que sigue cada uno: en una epopeya importa bastante la unidad temática, esto es, se narra una sola acción, en torno a unos personajes y un marco espacio-temporal único[7]. Por el contrario, los textos historiográficos buscan la totalidad del relato: como *magistra vitae* que es la historia, debe dar cabida al mayor número posible de hechos, datos, personajes y situaciones.

En otro orden de cosas, la épica latina nació a imagen y semejanza de la griega, tanto en su forma como en sus contenidos e, incluso, en su desarrollo a través del tiempo. Pese a estos vínculos, la épica latina presenta una particularidad frente a la griega, y es su nacimiento ya como entidad literaria escrita[8] y no al amparo de una tradición oral, tal y como ocurrió con la epopeya homérica. El género épico en Roma tiene, por tanto, unas características formales más completas y cuidadas que en Grecia o, lo

---

[4] R. MENÉNDEZ PIDAL, *La «Chanson de Roland» y el neotradicionalismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1959, p. 440: «La narración informativa responde al interés público, y a satisfacer ese interés acude espontáneamente el cantar noticiero unas veces, y otras, quizá las más, acude el interés oficial».

[5] E. Sánchez Salor (1987), p. 215.

[6] Cfr. CICERÓN, *De oratore*, 2, 62-64.

[7] De esta manera, el poema épico guarda una relación más estrecha con la tragedia que con la historiografía. Cfr. ARISTÓTELES, *Poética*, 23.

[8] No hay que olvidar que Livio Andrónico, virtual introductor del género épico en Roma, tradujo la *Odisea* con fines meramente pedagógicos y didácticos, y «la épica literaria tiene fundamentalmente una función educadora que no tenía la oral» (E. Sánchez Salor [1987], p. 217).

que es lo mismo, presenta una naturaleza más erudita y literaria, «hasta el punto de que ese carácter de literatura sabia se impondrá en numerosas ocasiones y de manera decisiva sobre la aparentemente imprescindible función cívica que suele reconocerse en el género épico»[9].

Dicho esto, nos parece que los tres criterios en los que debemos fundamentar no sólo la definición, sino la descripción del género épico en Roma, a través de los diferentes autores y épocas, son la forma (no sólo la métrica, sino también el estilo y la técnica artística que se emplean), el contenido (principalmente mitológico o histórico) y la función social (es decir, la finalidad que mueve al autor a escribir en este género y no en otro).

Estos tres criterios, por lo demás, varían considerablemente a propósito de la épica latina: no en vano estamos ante un género que desde sus primeras manifestaciones en el siglo III a.C., se extiende a lo largo de la latinidad hasta los siglos V y VI, en los que escribieron Claudiano y Coripo, y da lugar, posteriormente, a una épica medieval y renacentista de la que son representantes el *Poema de Mio Cid* en España, *Los Lusíadas*, de Camoens, en Portugal o la figura de Milton en Inglaterra, por poner algunos ejemplos.

Se puede hablar de varias etapas dentro de la épica latina: así, en primer lugar, el germen del género en Roma lo constituyen los tres autores del periodo denominado arcaico: Livio Andrónico, Nevio y Ennio. En segundo lugar, podemos hablar de la épica cultivada por los neotéricos, de carácter y naturaleza alejandrina; posteriormente, con Virgilio y Ovidio se alcanza la cumbre del género épico en Roma. A continuación, debemos resaltar la innovación que para el género supuso la *Farsalia* de Lucano, que, si bien se aparta del canon establecido por Virgilio, ejerció una influencia a veces palmaria en los épicos posteriores, los representantes de la épica flavia, Valerio Flaco, Silio Itálico y Estacio. En los siglos sucesivos se observan intentos por continuar escribiendo epopeyas (Claudiano, Coripo...), aunque se tenía la plena conciencia de tratar un género prácticamente muerto.

[9] A. Alvar Ezquerra (1998), p. 47.

1.1. Épica arcaica

Los tres autores que tradicionalmente personifican este periodo de la épica latina presentan una serie de rasgos en común, desde el punto de vista de la función social y también en el aspecto literario: tanto Livio Andrónico con su *Odyssia*, como Nevio con su *Punica* o Ennio y sus *Annales*, tenían la condición de empleados al servicio de las familias más importantes de la sociedad romana del siglo II a.C., cuya grandeza debían ensalzar. Livio Andrónico se encargó de alabar a los miembros de la familia de los Livios, cuyos representantes eran conocidos en Roma por su filohelenismo; Ennio dedicó su poema épico *Annales*, de corte histórico, a la figura de M. Fulvio Nobilior; los *Punica* de Nevio, por su parte, se convirtieron en el primer gran poema nacional romano, al aparecer en un momento de gran exaltación de los valores romanos tras la victoria de Escipión contra los cartagineses. Podemos ver, en suma, que los tres autores pretenden, en este primer estadio recorrido por el género épico en lengua latina, hacerse eco de la grandeza e importancia de Roma. Se convirtieron así en voceros oficiales de la pujanza que Roma estaba alcanzando como Estado por todo el Mediterráneo.

Por otro lado, ya en esta etapa se vislumbran los dos grandes bloques temáticos que posteriormente seguirán los sucesivos autores de epopeyas: en primer lugar, una épica de corte mitológico, como es la *Odyssia* de Livio, traducción latina de la obra homérica, que servía perfectamente a los intereses filohelénicos del grupo de los Escipiones. Con este tipo de composiciones de tema mítico se intentaba, en el fondo, demostrar literariamente los orígenes troyanos (y, por ello mismo, legendarios) de Roma[10].

[10] «La justificación de esta preferencia por el tema troyano es fácil: sea porque, como se ha apuntado, la Roma que se va haciendo militarmente dueña del Mediterráneo busca y encuentra en Troya, la ancestral enemiga de Grecia, unos antecedentes que puedan parangonarse en dignidad de tradición con la riquísima tradición griega, sea por los orígenes divinos que se le atribuyen a Eneas, o sea por otras razones, lo cierto es que el tema de los orígenes troyanos de Roma se convierte en un tema nacional, del que se apropia el pueblo romano, que se siente empeñado en una tarea secular» (E. Sánchez Salor [1987], p. 220).

Junto a ésta apareció una épica que trataba temas relacionados con acontecimientos históricos. Aquí habría que incluir las epopeyas de Nevio y Ennio, cuya función social consistía –ya desde el título– en exaltar la grandeza de Roma, tras su victoria en la Primera Guerra Púnica (el *Bellum Punicum* de Nevio) y desde sus orígenes míticos (emparentados con Troya, por supuesto) hasta la época contemporánea al poeta (en el caso de los *Annales* de Ennio). La elección de un tema histórico vinculado a la comunidad que es, a la vez, destinataria de la obra escrita, no era sino el reflejo del compromiso adquirido por estos autores con las ilustres familias romanas que les pagaban.

Después de la justificación social que promueve la composición de este tipo de literatura y de los contenidos temáticos que las mismas obras encierran, el tercer gran criterio que vamos a seguir para definir cada etapa del género épico en Roma es, como dijimos, la técnica literaria, esto es, el criterio meramente estético. En época arcaica, los autores se encargaron más de traducir *(vortere)* que de componer[11], y es ahí precisamente donde reside su originalidad: estos autores supieron transmitir y adaptar la épica griega de Homero a las particularidades estilísticas y también temáticas del mundo romano, todo ello adornado con la influencia alejandrina en la literatura de la época, perceptible sobre todo en recursos formales como la brevedad, las frecuentes digresiones de carácter erudito o arqueológico y, en definitiva, la inclusión del *ingenium* del poeta dentro de la propia obra. Efectivamente, esta mezcla de elementos griegos (y alejandrinos) con otros típicamente romanos constituye, en lo formal, la originalidad de Livio Andrónico, Nevio y Ennio.

1.2. Los neotéricos. Influencia helenística

Desde finales del siglo II, y dentro del grupo de los *poetae novi*, asistimos a una especie de revolución literaria caracterizada por una fuerte influencia de la corriente helenística. En este

[11] Y ello en cualquier género: recuérdense las fuentes y la ambientación que dan lugar a las comedias de Plauto y Terencio, por ejemplo.

momento, la épica que en sus comienzos se caracterizó por presentar una función social comprometida da paso a una literatura orientada casi exclusivamente hacia la forma: así, al grupo de *poetae novi* lo que les mueve a escribir poemas épicos no es la exaltación de valores nacionales, sino, más bien, la búsqueda de la perfección formal, del arte por el arte, en detrimento de intereses políticos o nacionalistas, y todo ello en el marco de una minoría selecta de eruditos y cultos pertenecientes a la alta sociedad romana: el alejandrinismo impregna, de esta manera, los gustos literarios de la época: la elite cultural subordina el compromiso social a la belleza exclusivamente formal.

Por tanto, en lo que respecta a la función social, observamos un cambio de perspectiva, y lo mismo cabe decir de los gustos meramente formales: la corriente alejandrina aboga por la búsqueda de la perfección y el cuidado en el estilo.

En otro orden de cosas, coexisten dos tipos de composiciones épicas: unas que pueden considerarse continuación de la etapa anterior, en cuanto a extensión y a contenidos, y otras, de menor extensión, que reciben el nombre de *epilios*.

Por lo que respecta al primer tipo, tenemos noticia de autores como Matio quien, siguiendo la línea de Livio Andrónico, tradujo al latín la *Ilíada*, o también los neotéricos Furio Bibáculo, autor de unos *Annales belli Gallici*, o Varrón Atacino, que recurrió a las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas como tema para su epopeya. Esta vertiente de la épica en el periodo de los neotéricos tuvo como maestro al griego Riano de Creta, quien, en el siglo III a.C., intentó aunar en sus *Mesenías* el primitivo espíritu épico de corte nacionalista y la moderna corriente alejandrina, fundamentada en el lirismo y en la grandeza de un héroe (Aristómenes) que, a la manera de Homero, representaba los valores más sublimes de una *pólis* determinada.

En segundo término, la época helenística dio lugar a la aparición de poemas épicos que reflejan temas mitológicos, principalmente, pero con una estética diferente, «la alejandrina, con Calímaco a la cabeza, en donde el cuidado formal y la aversión ante las obras extensas lo dominan todo»[12], y con una función social

[12] A. Alvar Ezquerra (1998), p. 45.

no tan legítima como era la de reflejar la grandeza de una nación: se convierte, muy al contrario, en el vehículo de expresión literaria de una minoría erudita. De Calímaco tomará Catulo muchos elementos para componer sus poemas 63 y 64, de extensión breve y contenido mitológico, como decimos. Y lo mismo podemos decir de otros autores afines al poeta de Verona: Helvio Cinna compone su *Zmyrna*, Licinio Calvo su *Io*[13], y existen otros poemas como el *Ciris* y el *Culex*, ambos del *Appendix Vergiliana.*

En definitiva, la época de los neotéricos, con Catulo a la cabeza, da cabida a un tipo de épica muy del gusto alejandrino: asistimos a una transformación en cuanto a su función social (transformación, por otro lado, bastante lógica, en una sociedad perfectamente establecida y consolidada, dueña ya de casi todo el Mediterráneo), pero también existe un cambio en lo estrictamente formal, tanto en la extensión de los poemas *(epilios)*, como en el cuidado estético, teniendo como principal fuente al griego Calímaco, verdadero valedor de la corriente de los *poetae novi*, más preocupados por el estilo y la erudición que por la temática o la justificación social.

1.3. Virgilio y Ovidio, cumbres del género

Señala Sánchez Salor que la épica moribunda (en cuanto a temas y función social) «se transformó en algo nuevo y artísticamente viable en manos de dos poetas de genio épico: esos dos maestros de la poesía narrativa romana son Virgilio *(Eneida)* y Ovidio *(Metamorfosis)*»[14].

---

[13] Catulo menciona varias veces a estos dos autores de su círculo. Sobre Licinio Calvo, cfr. los poemas 14, 50 y 53; sobre Helvio Cinna, cfr. el precioso elogio que Catulo le dedica en su poema 95: «La *Esmirna* de mi amigo Cinna ha visto al fin la luz, después de nueve veranos y nueve inviernos de haberla comenzado, mientras el asqueroso Hatriense ha vomitado quinientos mil versillos en un solo año. La *Esmirna* terminará en las profundas aguas del Sátraco, y los siglos cubiertos de canas la leerán durante un largo tiempo. En cambio, los *Annales* de Volusio acabarán en el mismo Po, y a las caballas servirán a menudo de amplia túnica. Séanme de gran valor los breves poemas de mi amigo, en tanto que la chusma disfruta con el hinchado Antímaco».

[14] E. Sánchez Salor (1987), p. 223.

En el caso de Virgilio, supo revisar todas las corrientes épicas existentes y ya consolidadas, dotándolas de su particular modo de hacer literatura, lo mismo en el aspecto social, como temático o formal, y es ahí donde radica su grandeza poética y su originalidad como autor.

En el aspecto temático, la *Eneida* contiene elementos homéricos, de épica mitológica, y, en particular, del ciclo troyano, que, como ya hemos señalado, servía para mitificar los orígenes de Roma, justamente en un momento de reafirmación nacional como fue la época trascendental de Augusto, «refundador» de Roma y restaurador de las primitivas y ancestrales costumbres que ya una vez la engrandecieron: «La épica virgiliana responde a las exigencias de un pueblo ya identificado consigo mismo y que ya es consciente de su papel de protagonista en la historia de la humanidad»[15]. Ésta es, precisamente, la justificación social con la que arranca la *Eneida*.

Pero Virgilio también toma elementos de la épica de tema histórico: no de otro modo podemos considerar las digresiones acerca de la grandeza de Roma en general y de la dinastía Julia en particular. En este sentido, el autor de Mantua invierte de manera brillante y original los contenidos con respecto a la épica arcaica de Nevio o Ennio, en la que primaba el factor histórico (lógico en la época de la que se trata) por encima de algunas escuetas pinceladas relacionadas con los orígenes míticos de Roma y que servían precisamente de propaganda de su grandeza. Virgilio, por su parte, narra un mito como es el de Eneas y su peregrinación por el Mediterráneo para introducir pequeños paréntesis históricos y reales, a modo de profecías y vaticinios de la futura supremacía de Roma en el mundo, con especial alusión a la época de Augusto. Así debemos entender la revelación, por parte de Júpiter, del destino glorioso de Roma (*Eneida* I, 254-296), o la enumeración de héroes romanos (*Eneida* VI, 752-887) o, por último, la narración de diferentes episodios históricos grabados en el escudo que Vulcano forja para Eneas (*Eneida* VIII, 618-731): el mito, en la epopeya virgiliana, cobra sentido histórico (y, por ello mismo, más veraz), a través de Roma y su preponderancia política.

[15] E. Sánchez Salor (1987), p. 224.

En lo formal, lo mismo que en lo temático, Virgilio refunde todo lo que ha existido hasta su momento, dando cabida, por un lado, a elementos clásicos como la perfección en la composición, la estética del *decorum*, la correcta y canónica estructuración de la obra, la unidad o la ingeniosa combinación de palabras e ideas, que eleva la categoría poética del poema[16].

Pero esta austeridad de los elementos clásicos (homéricos) alterna con la presencia también de elementos procedentes del periodo alejandrino que ya había dado sus frutos en la épica latina, como hemos señalado más arriba. Y es que un autor no es solamente fruto de la tradición, sino que también asimila lo moderno, y en esto debemos decir que Virgilio se convierte en un maestro. El gusto por el dramatismo, que acerca la épica a la tragedia (y no sólo desde el punto de vista temático) a la vez que revela la verdadera naturaleza de la épica virgiliana, destinada a la lectura, es típicamente alejandrino; pero también debemos hacer alusión a la introducción de elementos novelescos y sentimentales, como la historia de amor entre Dido y Eneas[17], o la aparición de digresiones de muy diverso tipo, a la manera de los *Aitía* de Calímaco o de la épica de corte panegírico dedicada a enaltecer la figura de algún personaje histórico, como hizo en su momento Ennio al dedicar su poema a M. Fulvio Nobilior y como hace Virgilio, en este caso, con Augusto.

En Virgilio se contempla la síntesis perfecta del género, tanto en lo formal (mezcla de elementos clásicos y alejandrinos) como en los contenidos (épica mitológica salpicada de hechos históricos): estamos ante la culminación de todas las variedades y subgéneros existentes, y todo ello con el fin de exaltar una serie de valores desempolvados tras la victoria de Augusto en *Actium*, victo-

---

[16] Nos estamos refiriendo a las *callidae iuncturae* o armoniosas asociaciones de palabras de las que habla Horacio: «Al combinar las palabras también hay que ser sutil y cuidadoso: hablarás de una manera distinguida si una asociación ingeniosa convierte en nueva una palabra ya conocida» (HORACIO, *Ars poetica*, 46-48).

[17] «Virgilio [...] adopta una postura intermedia: el episodio de Dido sería digno de un poeta alejandrino, pero Virgilio no lo trata de forma alejandrina, sino que lo trata de forma trágica al colocarlo en el poema como un obstáculo con el que se encuentra el héroe en su progreso moral y como un preludio de los desastres en las relaciones entre Roma y Cartago», E. Sánchez Salor (1987), p. 226.

ria que supuso la afirmación de Roma como dominadora del mundo. En la *Eneida* se refleja la justificación simbólica del poder de Roma, representado en la figura de su emperador: la historia, con Virgilio, adquiere unos tintes de heroicidad inexistentes hasta ese momento en la épica latina.

Ovidio plantea, en sus *Metamorfosis*, algo totalmente distinto a lo anterior: ofrece un poema épico que recoge el tema de las transformaciones a través de una larga sucesión de mitos, por lo que más que una epopeya, podríamos hablar de una extensísima serie (15 libros, más de 12.000 versos) de epilios, una especie de poema colectivo a la manera de otros que aparecieron durante la época alejandrina. Por ello, se ha considerado que Ovidio representa una auténtica innovación ya que, como señala Quinn, no hace otra cosa que parodiar el género épico, convirtiéndose así en antimodelo[18]. Según Alvar, está claro el afán polemista de la obra de Ovidio con respecto a la de Virgilio, en la elección del tema, «una enorme sucesión de motivos míticos aparentemente sin "historia" ni protagonistas o, si se prefiere, sin argumento concreto unitario»[19], en *dispositio* seriada de la narración, o también por la intención que, parece ser, persigue el autor: frente a un destino ineluctable que obliga a actuar a los personajes en un sentido predeterminado (como Eneas en la epopeya virgiliana), el inmenso catálogo de mitos ofrece la impresión de lo mudable de la fortuna y la idea de continuo cambio. Bajo esta reflexión filosófica subyace la concepción, bastante común en la época, de que los imperios poseen un principio y un fin, y que se suceden de forma cíclica. Este sentimiento de decadencia impregna la literatura de la época, como vemos en los escritos de Séneca o su sobrino Lucano, o, también, en el terreno de la historiografía, en la obra de Pompeyo Trogo, quien se atrevió a realizar una historia universal que tiene como protagonista ¡al pueblo macedonio! Curioso modo de dar la vuelta al género historiográfico, formal e ideológicamente hablando.

---

[18] Cfr. K. QUINN, *Texts and contexts. The Roman writers and their audience*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1979, p. 56: «Ovid's *Metamorphoses* is a superb parody of mythological epic».

[19] Cfr. A. Alvar Ezquerra (1998), p. 51.

A propósito de Ovidio, en alguna ocasión se ha apuntado que, ante esta percepción del elemento de descomposición del Imperio[20], la finalidad que persigue en las *Metamorfosis* puede ser la de liberar al hombre del miedo a la muerte, de una forma semejante a como Lucrecio lo hizo en su *De rerum natura*, aunque el tratamiento que hace el autor de Sulmona es típicamente alejandrino, basado en episodios breves que conforman un poema colectivo, con una técnica narrativa ligera e incluso frívola. De ahí que Ovidio escriba una epopeya sin héroes y sin una función social que entronque con un sentido nacionalista como el que motivó la aparición de los primeros poemas épicos. Además, Augusto ya había concluido, prácticamente, su labor de restablecimiento de la grandeza romana, marco en el que se gestó la *Eneida*. Por el contrario, en *Metamorfosis* el amor se convierte en hilo conductor que engendra e hilvana el poema, convirtiéndose en «desafío descarado y evidente de la *auctoritas* poética del mantuano»[21].

Pese a que el tratamiento que Ovidio hace del tema pueda parecer alejandrino (el carácter episódico propio de los epilios, la primacía de lo sensual e incluso lo frívolo, etc.), hay, sin embargo, diferencias con ese modo de hacer literatura: en efecto, como señala Sánchez Salor[22], una diferencia es la extensión: «El poema ovidiano es mucho más extenso que los poemas helenísticos del mismo tipo»; en segundo lugar, Ovidio introduce un elemento cronológico que insinúa la universalidad del mito y que otorga unidad estructural a la obra; en tercer lugar, el tema de las transformaciones queda subordinado al tema del amor.

La ausencia de una función cívica y la aparición de otros temas más importantes que el propio mito o el héroe (la concepción filosófico-religiosa de decadencia, el continuo cambio o el tono ligero), temas que daban sentido a la epopeya tradicional, traen como consecuencia el alumbramiento de un poema innovador, nunca visto antes (ni después). Y esto es observable también en

[20] E. Sánchez Salor (1987), p. 228: «El propio tema de las transformaciones parece apuntar, frente al ideal clásico de la eternidad del pueblo romano, la idea de que también Roma tendrá su fin».

[21] A. Alvar Ezquerra (1998), p. 51.

[22] E. Sánchez Salor (1987), p. 227.

cuestiones de estilo: al tono galante y festivo que algunos estudiosos conceden al poema se suma el estilo ovidiano, muy teñido de las características típicas de la época en que escribe. En efecto, tras la *Eneida*, es normal la tendencia, por un lado, a imitar el canon establecido por Virgilio, pero también existen autores que prefieren desmarcarse del modelo y hacer algo nuevo: en lugar de la sobriedad y la elegancia clásicas, se observa una orientación hacia lo innovador; así, se da cabida a elementos fantásticos y extraordinarios, típicos de una literatura barroca como es la que predomina en la edad argéntea: de ahí que sean comunes, por ejemplo, las digresiones de tipo histórico o geográfico[23].

Los cambios de perspectiva, por otra parte y como señala Sánchez Salor, recuerdan bastante a la moderna técnica cinematográfica, y pretenden reflejar la idea de continuo cambio y movimiento, de continuas desviaciones y sorpresas, de que nada es permanente, tampoco el Imperio: es un nuevo modo de hacer literatura, nuevo en el sentido que los latinos daban al término.

En definitiva, el arte de Ovidio, como el de muchos autores coetáneos y posteriores, bebe directamente de las fuentes del alejandrinismo: se trata de un arte muy centrado en las cualidades innatas del poeta, en su *ingenium* más que en su *ars*.

Las *Metamorfosis* y la *Eneida* son las dos epopeyas por excelencia de la literatura latina, la primera porque Virgilio supo sintetizar todos los elementos temáticos y estilísticos de una manera brillante y muy propicia para los intereses de Augusto. La segunda, por erigirse en alternativa al modelo, en poema de reacción contra el canon virgiliano, de una manera absolutamente innovadora que seguirá, entre otros, Lucano.

1.4. Lucano

El cordobés Anneo Lucano, sobrino de Séneca y seguidor de la doctrina estoica, compuso una epopeya de tema histórico, la

[23] No olvidemos cómo, por ejemplo, Tácito utiliza la biografía de su suegro Agrícola para perderse en un montón de digresiones acerca del territorio británico y los pueblos que lo habitan, o también el afán de anticuario de Gelio a lo largo de sus *Noctes Atticae*.

Farsalia, sobre la guerra civil que sostuvieron César y Pompeyo y que concluyó con la victoria del primero y la muerte de su rival. La obra queda interrumpida en el libro X, a causa de la prematura muerte del autor, víctima de la conjuración de Pisón que también acabó con la vida de su tío[24].

Si, en el tema elegido, dista bastante de la épica de corte mitológico que practica Ovidio, existen rasgos que lo acercan más que lo separan del poeta de Sulmona.

En primer lugar, desde el punto de vista de la función social, la idea que aparece como punto de partida de la obra es la constatación de la decadencia del Imperio, tal y como hemos señalado a propósito de Ovidio: «La *Farsalia* es, pura y simplemente, un poema de sombrío pesimismo con respecto al presente narrado y en el que el único futuro que cabe es el que permite la tiranía del vencedor. No hay en él más trascendencia cívica que la desolación y la amargura generalizadas y compartidas por los romanos»[25]. En efecto, en lugar de un futuro prometedor y magnífico para Roma, lo único que deja traslucir el poema es un presente cargado de miedo ante el despotismo del emperador: y precisamente esta forma de gobierno es la «heroica» consecuencia, el «grandioso destino» reservado para Roma tras la batalla que narra el poema.

Al igual que en *Metamorfosis*, en *Farsalia* no hay héroes. Y es que ¿qué héroes puede tener un poema que narra la lucha fratricida que desembocó en el final de la República y, en última instancia, en la tiranía de Nerón?

Este tipo de épica más filosófica y decadente que otra cosa, representada por Ovidio y Lucano, se opone frontalmente a la épica legendaria y de destino glorioso de un héroe que componen los primeros autores del siglo III a.C. y cuya culminación es Virgilio. En este sentido, Lucano sigue los pasos de Ovidio, un auténtico innovador del género. La única diferencia entre ambos es el tratamiento épico diferente que dan a sus respectivos poemas: mientras el de Sulmona combina elementos propios de la épica con la estética galante y frívola de los alejandrinos, reali-

[24] Cfr. TÁCITO, *Annales*, 15.70.
[25] A. Alvar Ezquerra (1998), p. 53.

zando un poema colectivo de pequeños episodios míticos, el de Córdoba se sirve de un tema histórico para darle un tono más trágico que épico.

La epopeya ya no es el poema que exalta la grandeza de Roma, sino, más bien, todo lo contrario: en ella se hace patente el pesimismo y la verificación de la decadencia del Imperio. En consecuencia, la *Farsalia* de Lucano presenta un estilo bastante macabro, acorde con el triste y pesimista mensaje que subyace en el fondo de la cuestión: se trata de una estética barroca que triunfará en época imperial y que, en el poema del cordobés, cobra una especial relevancia al ir unidos forma y contenido.

1.5. Épica flavia

Tres son los autores que suelen considerarse los representantes del género épico durante el periodo de los emperadores de la dinastía Flavia: se trata de Silio Itálico, Valerio Flaco y Papinio Estacio.

Todos ellos presentan bastantes características comunes, debido a la época en que escriben y a las fuentes de donde beben.

En primer lugar, conviene advertir que, durante el periodo flavio, en la épica ya estaba todo inventado: los temas preferidos por estos poetas serán, por consiguiente, bien de tipo mitológico, como vemos en Estacio (y sus poemas *Tebaida* y la incompleta *Aquileida*) o Valerio Flaco (autor de las *Argonáuticas*), bien de tipo histórico, como ocurre con Silio Itálico y sus *Punica*. Queda clara, en cualquier caso, la consideración de la *Eneida* como modelo que debe imitar todo épico que se precie. Precisamente, la originalidad de estos autores estriba en el tratamiento y la versión más o menos acertada y original que realicen del modelo que inspira cada poema en particular. Pese al proceso de extensión o simplificación que cada autor realiza en su poema en torno al tema que trata, la presencia del modelo que sirve de fuente es constante y manifiesta.

Para la mayoría de estudiosos, en segundo lugar, esta épica carece de importancia en la historia del género, ya que su aportación es nula en cuanto a temas y a base social sobre la que se

asienta. En los temas, según acabamos de decir, no se ofrece ninguna visión nueva y original: algunos se decantan por la historia gloriosa de Roma, como Silio, quien recupera el episodio de la Segunda Guerra Púnica en 17 libros y más de 12.000 versos. Otros autores prefieren temas mitológicos, aunque dejan a un lado el tradicional y canónico ciclo troyano (emparentado con el pasado de Roma y, por ello, con una finalidad propagandística y legendaria evidente) para fijar su atención en otros episodios menos relacionados con los orígenes de Roma. Tal es el caso de la expedición de los Argonautas que retrata Valerio Flaco o el ciclo tebano presente en la *Tebaida* de Estacio[26].

Por lo que respecta a la función social que inspira la elaboración de los distintos poemas épicos, poco o nada pueden aportar unas obras nacidas al amparo de la corte de Domiciano: «La épica de Flaco, Silio Itálico y Estacio ni tiene su base social en una edad gloriosa ni encuentra eco en el sentimiento heroico del pueblo, ya que se trata de una época –la de los Flavios– que de heroico no tiene nada»[27]. La composición de poemas épicos en este periodo de la historia de Roma responde más a un interés meramente estético, de juego literario, en medio de un círculo minoritario de nobles eruditos y diletantes, que es a la vez el emisor y el receptor de la obra. La total ausencia de una función cívica entronca con la literatura de los neotéricos, en los que la creación literaria era también cosa de una selecta minoría. La épica, además, era el vehículo apropiado para expresar y reflejar todas las enseñanzas recibidas en la escuela. En otras palabras, era la manera más idónea de que el poeta reflejara su *ingenium*, por lo que, formalmente, la épica –lo mismo que otros géneros como, por ejemplo, la tragedia– es el fruto literario de su tiem-

[26] De la *Aquileida* poco podemos decir, ya que la muerte sobrevino al autor cuando sólo había redactado algo más de un libro. También tenemos noticia de una epopeya *ad maiorem Domitiani gloriam* que llevaría por título *De bello Germanico* (según documenta en su edición de 1486 G. Valla, basándose en Probo) y que ensalzaba las campañas del emperador en Germania. Precisamente este poema da pie a Juvenal en su *Sátira IV* para ridiculizar y parodiar el estilo épico grandilocuente y suntuoso en exceso de Estacio. Cfr. E. COURTNEY, *A commentary on the Satires of Juvenal*, Londres, Athlone, 1980, pp. 195 y 218-219.

[27] E. Sánchez Salor (1987), p. 231.

po. En este sentido, la retórica en el siglo I del Imperio presenta una serie de novedades con respecto a la retórica clásica, por cuanto se da cabida al elemento psicológico, al conflicto de personalidades[28]. Además de la belleza formal y el ornato que acompañan a la exposición de contenidos, adquieren importancia ya desde Lucano las intrigas psicológicas y la introspección: no sólo habrá ya combates encarnizados y sangrientos. Al hilo de lo dicho, hay que señalar que la influencia del poeta cordobés en el modo de componer poesía en época de los emperadores flavios es mayor de lo que tradicionalmente se ha considerado, por más que se piense en la figura exclusiva de Virgilio como modelo de composición, y por más que en *Farsalia* prevalezca el conflicto interior y la lucha de contrarios sobre toda la maquinaria divina y la obligatoriedad del destino. Pese a la fama de poeta revolucionario y excesivamente innovador que persigue a Lucano y que lo acerca más a la visión de la tragedia que tiene su tío Séneca, los épicos posteriores a él toman elementos presentes en *Farsalia* para incluirlos en sus obras. Aunque no sea el «modelo oficial», la trama psicológica lucánea está presente, en mayor o menor medida, en Valerio Flaco, Silio Itálico y Estacio, pues éstos, en definitiva, son fruto de su tiempo y tienen muy en cuenta el modo de componer de Lucano.

De este modo, y pese a tener a la *Eneida* como fuente principal que imitar (también en lo formal), la épica de los Flavios debe mucho a la estética literaria de su tiempo: el gusto por lo fantástico y lo patético, el colorismo desmesurado, la desproporción típicamente barroca, impregnan la literatura de esta época: «En resumidas cuentas, los autores de este momento reconocen a Virgilio como el hito más relevante de la tradición del género épico, al tiempo que se dejan influir tanto por la épica inmediatamente anterior, la de Lucano, como por las convenciones literarias de su momento, para alumbrar, con todos esos materiales más su propio genio, sus originales creaciones»[29]. La épica flavia, en consecuencia, es una mezcla del canon virgiliano unido a la influencia de Ovidio y, sobre todo, de Lucano (en lo

[28] F. Cupaiuolo (1973), pp. 48 ss.
[29] A. Alvar Ezquerra (1998), p. 54.

que de innovadores y rompedores puedan tener), todo ello pasado por el tamiz de la estética barroca propia de la literatura del siglo I del Imperio[30]. Y esto es visible en los tres autores: el poso de la *Eneida* se deja notar no sólo en la lengua y el estilo, en la métrica o en la estructura modélica de la narración, sino también en algunas referencias explícitas al magisterio de Virgilio[31].

Ya hemos subrayado que Lucano también está presente en la épica flavia: de este modo, guarda relación con Silio en tanto en cuanto ambos eligen un tema histórico, si bien el tratamiento que realiza el poeta cordobés de un episodio reciente de la historia de Roma es pesimista y carece de la justificación social de enaltecimiento de Roma que, en principio, puede parecer que busca el autor de *Punica* al representar la victoria romana frente a Aníbal. Otros puntos de conexión entre ambos pueden ser la ausencia de un héroe que dé sentido al poema (como ocurría en los primeros épicos o en Virgilio), o la relevancia que en *Punica* tiene el conflicto interno y la dualidad de contrarios, como puede verse cuando *virtus* y *voluptas* asaltan en sueños al joven Escipión, futuro Africano, que finalmente se decantará por la primera (*Punica* XV, 18-128).

Igualmente, podemos establecer una relación entre Lucano y Estacio desde el punto de vista temático, ya que, tras la lucha fratricida entre Eteocles y Polinices, se esconde la narración que de la guerra civil entre César y Pompeyo hace el poeta de Córdoba.

En Valerio Flaco observamos un gusto constante por lo patético, por los retratos psicológicos de los personajes y, en definitiva, por la perfección formal que deriva del cuidado aprendizaje retórico de los escritores del siglo I, tal como preceptuaba Quintiliano. Todas estas características acercan el género épico, en este momento, a la novela: se trataría de una especie de no-

---

[30] «Es obligado considerar como demasiado simplista y reduccionista la opinión de Cupaiuolo a propósito del clasicismo de la época de los Flavios como "retorno puro y simple al pasado", a la imitación de la *Eneida*», S. LÓPEZ MOREDA (1996), p. 9.

[31] Cfr. ESTACIO, *Tebaida* 12.816-817: «nec tu divinam Aeneida tempta, / sed longe sequere et vestigia semper adora»; SILIO ITÁLICO, *Punica* 8.593-594: «Mantua, Musarum domus atque ad sidera cantu / evecta Aonio et Smyrnaeis aemula plectris».

vela en verso, con todo el colorido y el patetismo propios de la estética de su tiempo.

En medio de este panorama literario escribe Silio Itálico sus 17 libros sobre la Segunda Guerra Púnica: no hay que buscar en el poema, como acabamos de decir, una justificación social que impulse al autor a escribir sobre la grandeza de Roma (muy lejos quedaba ya el episodio histórico que enfrentó a Aníbal y a Roma). Tampoco pretendía el autor medrar en la corte de Domiciano, pues su inmensa fortuna le mantenía alejado de las intrigas políticas y adulatorias y le facilitó una vida apartada, dedicada exclusivamente a la literatura. El único valor posible que sin duda debe ofrecer *Punica* es el meramente literario, esto es, hasta qué punto Silio recoge una tradición épica y hace un poema más o menos original. Según acabamos de señalar, el único móvil del que arranca la épica de este autor, como también la de Estacio o Flaco, es el estético: por consiguiente, en adelante haremos especial hincapié en las virtudes literarias del autor, en su estilo, en su técnica narrativa y en cómo unificó en su obra todos los elementos presentes hasta su momento no sólo en cuanto al género épico (tanto de los arcaicos como de los neotéricos, Virgilio, Ovidio, Lucano o sus coetáneos representantes de la épica flavia), sino también en lo referente a otros géneros como el historiográfico (Livio, por ejemplo), que sin duda constituye una fuente fundamental en *Punica*.

En definitiva, a partir de este recorrido por el género épico en Roma desde sus orígenes hasta la llamada épica flavia[32] podemos hacer una serie de reflexiones acerca de las especiales y particulares características que cimentaron la existencia de dicho género en la literatura latina.

Así, en cuanto a contenidos, la épica latina presenta una vertiente mitológica a la manera de Homero, con especial predilec-

[32] No obstante, el género sigue su camino hasta el siglo VI d.C., aunque se trata de obras menores que poco o nada aportan a la historia del género. A modo de recapitulación, destacaremos varias obras como el *De bello Gildonico* y el *De bello Getico* de Claudio Claudiano, épica de corte histórico-panegírico al servicio del emperador y su círculo, o también el *De raptu Proserpinae*, de contenido mitológico. Más adelante escribirá Coripo su épica de corte panegírico y celebrativo en varios poemas, como el *Elogio del emperador Justino* o los *Iohannidos libri VIII*.

ción por el ciclo troyano, de gran interés para los romanos en tanto en cuanto les servía a la perfección para explicar el posible origen mítico de Roma; y otra vertiente histórica, con la que se celebraban episodios gloriosos de la historia del pueblo romano. Es decir, los contenidos se supeditan a la alabanza de Roma, cuya exaltación constituye la función social que el género épico debía perseguir por naturaleza. Sin embargo, también encontramos temas mitológicos que poca función cívica podían poseer, como no sea implícita, entre líneas y conflictiva (tal es el caso de la *Tebaida* de Estacio, que refleja la lucha fratricida entre Eteocles y Polinices, de forma semejante a como Lucano retrata la guerra civil entre César y Pompeyo).

La función social que se observa en las sucesivas epopeyas de la literatura latina revelan la evolución del género desde un primer estado embrionario, encarnado por Livio Andrónico, Nevio y Ennio, que pretendían afirmar y fortalecer un sentimiento nacionalista en un momento de gran exaltación en la historia de Roma.

El periodo clásico de Virgilio representa la grandeza de Roma en los tiempos de Augusto, auténtico restaurador de las costumbres ancestrales del pueblo romano. Tras Virgilio asistimos a los primeros síntomas de la decadencia del género, a través de los poemas de Ovidio y Lucano, quienes no hacen otra cosa que reflejar en sus epopeyas un momento pesimista, de pérdida de libertades y de advertencia ante futuros peligros en la historia de Roma. Por último, en época de los Flavios, la ausencia de función social redunda en la acentuación del valor estético y formal por encima de cualquier otro: se trata del famoso aforismo del «arte por el arte», de modo semejante a como lo hacían los *poetae novi*. Estos momentos representan, en palabras de Sánchez Salor, la juventud, el apogeo y la vejez del género épico en la literatura latina.

Formalmente, asistimos a lo largo de la historia del género en Roma a un vaivén entre el denominado clasicismo representado por Virgilio y el barroquismo propio del primer siglo del Imperio (Ovidio, Lucano...), una oscilación que depende en gran medida de la época en que cada autor compone su obra, pero que no resulta tan radical como pueda parecer a primera vista: en ocasiones es evidente la imbricación entre autores, aunque pertenezcan a diferentes épocas: Virgilio utiliza elementos alejan-

drinos como la «novela de amor» entre Dido y Eneas, Silio presenta un poema histórico sin héroes, lo que lo acerca a Lucano, si bien son radicalmente opuestos en otros aspectos, como, por ejemplo, la exaltación de Roma en *Punica* frente al espíritu pesimista y de decadencia que se respira en *Farsalia*. La épica flavia en general se caracteriza por la ausencia de función social que sí distingue a los neotéricos. Éstos son sólo unos cuantos ejemplos que muestran cómo, en realidad, los movimientos literarios de acción y reacción no son tan encontrados, y que cada autor no sólo es el fruto de su tiempo, sino que tiene siempre en cuenta a los autores anteriores a él, ya sea como modelos o como antimodelos: todo es relativo y todo influye en todo.

2. DATOS BIOGRÁFICOS DE SILIO ITÁLICO

En comparación con otros autores de la misma época, no son muchos los datos que poseemos en torno a la vida de Silio Itálico. Casi toda la información que ha llegado hasta nosotros procede, principalmente, de unas cuantas notas de Plinio el Joven y Marcial. El primero, en una de sus cartas (3.7), se dirige a Caninio Rufo, informándole de la muerte de Silio y ofreciendo una semblanza de su vida y su obra. En cuanto al segundo, son diversas las pinceladas que, en torno a la vida del épico, encontramos a lo largo de sus *Epigramas*[33].

El nombre completo del poeta parece ser el de *Tiberius Catius Asconius Silius Italicus*, según se deduce de la inscripción descubierta, en 1934[34], en el templo de Afrodita en Afrodisia, ciudad de Caria (Asia Menor). Dicha inscripción dataría de la época en que Silio fue allí procónsul.

En cuanto a su lugar de nacimiento, varias son las hipótesis que se barajan: Campbell o Syme[35] consideran que los nombres *Catius* y *Asconius* son de origen cisalpino, por lo que llegan a la

[33] *Epigr.* 4.14; 6.64; 7.63; 8.66; 9.86; 11.48; 11.49; 12.67.

[34] Cfr. *Inscriptiones Latinae Selectae* (H. Dessau [ed.]), 1892-1916, 5025. W. M. CALDER (1935), pp. 216-217.

[35] Cfr. D. J. CAMPBELL (1936), pp. 56-58; R. SYME, *Tacitus*, vol. I, Oxford, Clarendon Press, 1967 (reimpr.), p. 88, nn. 7 y 8.

conclusión de que la patria chica de Silio bien pudo ser *Patavium* (Padua). De este modo, sería paisano de Livio, otro de los autores latinos que trató en su obra el episodio bélico de la Segunda Guerra Púnica. Rostagni, por su parte, ofrece como probable origen de Silio el de algún lugar de la Campania, posiblemente Capua[36], por lo que se establecería un punto de unión con Estacio, de cuya obra sin duda tuvo constancia. Probablemente pertenecía a una familia bien conocida en Roma, a juzgar por la sugerencia de Syme, según la cual, Tiberio Catio Cesio Frontón, *consul suffectus* en el 96, sería pariente suyo.

En virtud de los datos de que disponemos, cabe situar el año de nacimiento no antes del 25 o, tal vez, 26 d.C. (desde luego, nunca después del 29). Su muerte, según el propio Plinio documenta, acaecería setenta y cinco años después, sobre el 101 o, tal vez, el 102, ya en la época dorada de Trajano. Ahora bien, McDermott-Orentzel[37], basándose en la fecha de composición que Sherwin-White[38] fija para la epístola 7.3 de Plinio (que sirve de obituario de Silio Itálico), ofrecen como fechas de nacimiento y muerte los años 28 y 103, respectivamente. Esta hipótesis tal vez tenga mayor fundamento, pues ciertamente Marcial le dirige un epigrama (12.67) perteneciente a un libro publicado, según Friedländer[39], entre el invierno del 101 y la primavera del 102. En el mismo desea una larga vida al poeta, su protector, por lo que parece lógico pensar que aún seguía vivo. La epístola de Plinio es, con toda seguridad, posterior al 99 d.C. y, si tenemos en cuenta la sugerencia de Sherwin-White, la fecha de composición de la misma sería el año 103, que se identificaría, obviamente, con el año de la muerte del poeta.

Según se deduce de la epístola, Silio muere en su finca de la Campania, cerca de Nápoles, como consecuencia de una enfer-

---

[36] D. W. T. C. VESSEY (1984) no descarta esta hipótesis, a partir del pasaje de *Pun.* 11.122-126, en el que Silio alude a una época venidera en que será posible elegir cónsules oriundos de cualquier parte de Italia. Tras la Guerra Social (90 a.C.), los italianos fueron admitidos como ciudadanos de Roma y, por tanto, podían aspirar al consulado.

[37] W. C. MCDERMOTT y A. E. ORENTZEL (1977), p. 24.

[38] A. N. SHERWIN-WHITE, *The letters of Pliny*, Oxford, Oxford University Press, 1966.

[39] L. F. FRIEDLÄNDER, *M. Valerii Martialis epigrammaton libri*, Leipzig, 1886 (reimp., 1967, Amsterdam).

medad crónica que Plinio denomina *clavus* y que debe identificarse con una especie de úlcera o tumor[40], motivo por el cual se dejó morir de hambre, «como verdadero estoico»[41]. Este hecho, unido al sentido comentario que, como sumo poeta, le dedica Anneo Cornuto[42], el célebre maestro de Persio y Lucano, entre otros, ha impulsado a pensar en la adscripción del épico a la corriente estoica, algo, por lo demás, muy común entre los hombres de letras de la época, desde Séneca[43]. Encontramos incluso algunos pasajes en *Punica* en que se vislumbra un trasfondo estoico en su autor[44]. Asimismo, Plinio resalta la determinación *(irrevocabili constantia)* con que Silio Itálico pone fin a sus días.

Si hacemos caso a Marcial –fuente, por otro lado, bastante subjetiva, merced a la veneración que sentía hacia el que era su protector–, llevó a cabo una importante y reconocida labor como abogado en los últimos años del gobierno de Claudio, antes de dedicarse a la literatura: «No se dedicó a la sagrada labor del sublime Marón antes de llevar a cabo la tarea del gran Cicerón. Aún le admira la ilustre lanza de los centunviros, muchos son los clientes que hablan de él con palabras de agradecimiento» (Marcial, *Epigr.* 7.63.5-8).

Durante el reinado de Nerón practicó de forma voluntaria la delación, actividad que le reportó fama, dinero y consideración

---

[40] Ya E. T. MERRILL, *Pliny. Select letters*, Londres, 1903, identificó este *clavus* con una especie de tumor o tal vez cáncer, probablemente de estómago, y desechó el significado que Celso y otros autores dan al término («callo» o «verruga»). Plinio el Viejo, en efecto, lo relaciona con las úlceras (*Naturalis Historia*, 26.142).

[41] Cfr. M. von ALBRECHT (1973), p. 181. Y, del mismo autor (1999), p. 885.

[42] Cfr. CARISIO, *GLK* I, 125, 16-18: «Annaeus Cornutus ad Italicum de Vergilio libro X, "iamque exemplo tuo etiam principes civitatium, o poeta, incipient similia fingere"».

[43] Obsérvese la alabanza del autor cordobés acerca de la libertad que otorga al hombre la elección de su propia muerte (*Epist.* 58.32-36), alabanza, por otra parte, bastante frecuente en varios autores, como el propio Plinio (*Epist.* 1.12; 1.22; 6.24) o también Nepote (*Vita Attici* 22). Epicteto (*Convers.* 3.8.7) se refiere asimismo a las cualidades estoicas que adornan a un tal Itálico, al que tal vez haya que identificar con el poeta.

[44] Así, por ejemplo, Escipión alaba la *virtus* en un sentido estoico, como el más preciado y sublime de los bienes del hombre: «Ipsa quidem virtus sibimet pulcherrima merces ["La virtud en sí misma es la más hermosa de las recompensas"]» (*Pun.* XIII, 663). Asimismo, sobre la valoración estoica del suicidio, cfr. *Pun.* XI, 186-188.

tanto por parte del emperador como de su corte[45]. Ciertamente, la delación era una práctica habitual, además del procedimiento más rápido que existía para medrar en el círculo íntimo que rodeaba a los emperadores, y de manera muy especial en tiempos de Nerón, como muy bien y reiteradamente refiere Tácito en sus *Annales*.

Precisamente fue el último de los emperadores de la dinastía Julio-Claudia quien nombró a Silio Itálico cónsul, en recompensa por su ilícita actividad de delator, en el año 68 d.C.[46], un año crucial para la historia de Roma, por cuanto supuso el fin de la tiranía de Nerón y la crisis de los cuatro emperadores. Sin embargo, Silio sobrevivió al tirano y, como señala Plinio, gracias a su amistad con Vitelio *(Vitellii amicitia)*, alcanzó una cómoda y envidiable posición en la sociedad romana de la época. Tácito nos recuerda que asistió como testigo a las negociaciones secretas entre Vitelio y Flavio Sabino, hermano de Vespasiano, con las que se pretendía poner fin al conflicto interno que acuciaba a Roma[47].

Y será precisamente durante el mandato del primero de los emperadores flavios cuando Silio obtenga el cargo de procónsul en Asia, probablemente en el año 77 d.C., a juzgar por la inscripción antes mencionada. Este cargo, el más alto al que podía aspirar un senador, le granjeó la gloria política, en palabras de Plinio, hasta el punto de ser admirado y tenido en muy alta estima dentro de la sociedad romana contemporánea: «Su proconsulado en Asia le había reportado la gloria, y había lim-

[45] *Laeserat famam suam sub Nerone (credebatur sponte accusasse)* (PLINIO, *Epist.* 3.7.3). Sin embargo, W. C. McDermott y A. E. Orentzel (1977), pp. 26-27, restan importancia a estas palabras de Plinio, aduciendo, entre otros motivos, que ni Plinio lo critica como a otros delatores contra los que sí se ceba (como Régulo o Metio Caro, en *Epist.* 1.5.3), ni tampoco Tácito lo censura en sus *Annales*, como hace con otros como Suilio o Cosuciano Capitón (si hubiera sido un delator reconocido, «no habría sido ignorado por Tácito»). Antes al contrario, su papel en pro de la paz que se le adjudica en *Hist.* 3.65 confirma su buena reputación en los años anteriores.

[46] El orador P. Galerio Tracalo, coetáneo de Quintiliano, sería su colega en el consulado. La edad con que Silio accede a dicho cargo (poco más de cuarenta años) resultaba muy poco habitual.

[47] «Verba vocesque duos testes habebant, Cluvium Rufum et Silium Italicum» (TÁCITO, *Hist.* 3.65).

piado la mancha de su antigua ocupación mediante un digno retiro» (Plinio, *Epist.* 3.7.3)[48]. Fue, en suma, un *homo novus* que alcanzó una gran consideración en las altas esferas de la sociedad romana, aunque se mantuvo apartado de las enemistades e intrigas palaciegas que normalmente rodeaban a este tipo de vida.

Tras el proconsulado, como señala Plinio, acalló su oscuro pasado de delator desapareciendo de la escena política, retiro que le sirvió para saborear las riquezas que había amasado, así como las obras de Virgilio y Cicerón, sus insuperables ídolos literarios.

Pudo entonces, en la distancia, disfrutar de la fulgurante carrera política de su hijo mayor, Lucio Silio Deciano, cónsul en el año 94, pero también sufrir el sinsabor de perder a su hijo menor, Silio Severo, muerto prematuramente. Tal pérdida fue, según algunos estudiosos, el motivo que impulsó a Silio a refugiarse en sus posesiones de la Campania[49]. Esta vida de *laudabile otium*, rodeado de libros y de un círculo literario que lo veneraba como la más alta autoridad, le valió su reconocimiento como *princeps civitatis*, una de las personalidades más influyentes de Roma, culturalmente hablando, además de poseer una de las bibliotecas más vastas y envidiadas de la ciudad[50].

Sólo entonces, apartado de las tensiones de la corte, comenzó nuestro autor la redacción de *Punica*, no antes del año 88, que es la fecha que Friedländer sugiere para la composición del libro IV de *Epigramas* de Marcial, libro en el que encontramos algunas

---

[48] «Ex proconsulatu Asiae gloriam reportaverat, maculam veteris industriae laudabili otio abluerat.»

[49] Conocemos esta trágica pérdida gracias al testimonio de MARCIAL, *Epigr.* 9.86. Asimismo, en 8.66 el autor bilbilitano ensalzaba el consulado del hijo mayor y hacía votos para un tercer consulado en la familia, el del malogrado hijo menor.

[50] «Se relacionaba con los personajes principales de la ciudad sin altivez y sin envidias. Se le saludaba, y muchas veces se le veneraba tumbado en su lecho, en su aposento siempre lleno de gente y no por su fortuna. Pasaba el día en medio de cultas conversaciones, cuando descansaba de su labor literaria» (Plinio, *Epist.* 3.7.4). Cfr. también Marcial, *Epigr.* 7.63.11: «Consagró sus años de vejez a las Musas y a Febo, / y ahora, en lugar de su foro, frecuenta el Helicón».

composiciones dedicadas a Silio, su protector[51]. Alejado en su finca de la Campania, en la que se refugió muy probablemente, como hemos dicho, tras la muerte de su hijo Severo (*ca.* 95 ó 96 d.C.), ni siquiera la vuelta triunfal de Trajano desde Panonia en el 99 perturbó la paz del autor, que no asistió a Roma para celebrar tal acontecimiento y rendir homenaje al victorioso emperador[52]. Plinio viene a considerar a Silio Itálico como un personaje anacrónico, un neroniano en época de Trajano[53]. Su riqueza le libró de tener que buscar el mecenazgo de personajes influyentes. Antes al contrario: fue él quien promovía la cultura, puesto que formó su propio círculo literario, en su retiro de Campania.

En palabras del propio Plinio, Silio era un auténtico φιλόκαλος o, como traduce Rostagni, un *buongustaio*, un verdadero amante de las cosas bellas. Sólo así se explica su proverbial fama de derrochador: gustaba de comprar una casa de campo tras otra, y solía llenarlas de estatuas, pinturas y libros[54]. En una palabra, las ingentes posesiones de Silio le proporcionaron el tremendo privilegio de un retiro no sólo «espacial», alejado de Roma, sino también «temporal», lejos de cualquier intriga o pleitesía palaciega e inmerso en su mundo poético[55]. Compró la finca en que

[51] Cfr. *Epigr.* 4.14, y también A. N. Sherwin-White, *The letters of Pliny*, cit., p. 226.

[52] Plinio reprocha esta actitud de Silio para, a modo de lisonjero paréntesis, pasar a ensalzar la libertad que reinaba en Roma en tiempos de Trajano: «Al final, así se lo aconsejaba su avanzada edad, se había retirado de la ciudad y refugiado en Campania. Y ni siquiera se alteró ante la llegada del nuevo príncipe. Gran gloria del César, bajo cuyo mandato hubo libertad para ello, y gran gloria del propio Silio, que se decidió a servirse de tal libertad» (Plinio, *Epist.* 3.7.6-7). También Tácito, gran amigo de Plinio, alude a esta época dorada de Trajano (*Hist.* 1.1; *Agr.* 3 y 44).

[53] Cfr. M. Wilson (1993), p. 233.

[54] «Era amante de la belleza hasta el colmo de merecer censura su derroche. En la misma región era dueño de numerosas villas y, cuando se encaprichaba de alguna nueva, desatendía las anteriores. Por todas partes libros, estatuas e imágenes, que no sólo poseía, sino que al mismo tiempo veneraba» (Plinio el Joven, *Epist.* 3.7.7-8).

[55] Nos hacemos eco de las palabras de Wilson en el pasaje citado anteriormente: «Silio vivía no en la Roma de Domiciano, sino con Cicerón, Virgilio y otros poetas y artistas del pasado, rodeado de libros, estatuas y retratos».

descansaban los restos de Virgilio, al que veneraba como a un dios: acudía a su tumba y se preocupó de rescatar su memoria del olvido, hasta el punto de celebrar el aniversario del autor de la *Eneida* con más solemnidad que el suyo propio, como si de una fiesta religiosa se tratara[56]. Marcial hace referencia a este hecho en varias ocasiones, así como a la adquisición de una de las fincas que perteneció a Cicerón, tal vez la situada en *Tusculum*[57]. Vessey observa en el juicio de Plinio acerca de estas continuas adquisiciones *(emacitas)* un elemento de ridiculez que Marcial, por su afinidad con el autor de *Punica*, ensalza. Así, en uno de sus epigramas (6.64), el de Bílbilis alaba el gusto de su patrón por coleccionar libros y obras de arte. La condena de este comportamiento por parte de Plinio es semejante al juicio que nos ofrece de Silio como escritor[58].

Paralelamente, lo que Plinio considera un desmesurado anhelo por comprar, Marcial lo convierte en motivo principal y argumento para su alabanza de Silio Itálico y su consideración como sucesor no sólo de las posesiones de Cicerón y Virgilio, como hemos dicho, sino también del talento de ambos, y muy especialmente de este último[59]. En varias ocasiones se nos presenta a Silio como un *vates*, un poeta inspirado por los dioses, término emparentado con el lenguaje religioso que denota la veneración del cliente hacia su patrón y protector. Pero no sólo Marcial da cuenta de las preferencias literarias de Silio, sino que el propio autor de *Punica* alude en alguna ocasión a estos autores: durante la relación de un largo catálogo de tropas romanas, aprovecha

---

[56] En el sepulcro de Virgilio rezaba el siguiente dístico: «Mantua me genuit, Calabrae rapuere, tenet nunc / Parthenope, cecini pascua, rura, duces». Se trata de una devoción que Silio compartía con Estacio, sin duda motivada por el deseo de los épicos flavios de convertirse en sucesores literarios del mantuano (cfr. *Silv.* 4.4.52 ss.).

[57] «Silio honra este monumento del gran Marón, él que posee también las tierras del elocuente Cicerón. Ni Marón ni Cicerón desearían tener otro heredero ni señor, el uno de su tumba, el otro de su hogar» (Marcial, *Epigr.* 11.48). Cfr., asimismo, los epigramas 11.49 y 12.67.

[58] Cfr. D. W. T. C. VESSEY (1974a), p. 116: «Incluso en un mundo en que el rico no tenía razón de evitar el lujo, Silio era conocido por su extravagante codicia».

[59] Cfr. Marcial, *Epigr.* 7.63; 11.48; 11.49.

para incluir alguna referencia enaltecedora tanto de Cicerón como de Virgilio[60].

El epigrama 7.63 es el que refleja de un modo particular (más allá de los límites de la decencia, según Vessey) la admiración y veneración que Marcial siente hacia Silio como único heredero y continuador de Virgilio y Cicerón[61]. Para empezar, y aunque el *epos* de Silio es de tema histórico y no mitológico, sirve, no obstante, para resaltar la gloria de Roma, lo mismo que Virgilio hiciera en la *Eneida*. Pero, antes de eso, nos dice Marcial, el autor de *Punica* fue abogado y llegó al consulado, justamente el año en que «Roma adquirió la libertad», esto es, cuando cayó Nerón. Resultaba fácil, en consecuencia, establecer un paralelismo con Cicerón, el mejor de todos los oradores que también salvó a Roma tras la conjuración de Catilina, convirtiéndose así en defensor de la libertad, como muy bien apunta Vessey[62]. De este modo, en un derroche de adulación del cliente hacia su protector, y partiendo del hecho histórico de la devoción que el autor de *Punica* sentía por el arpinate y el mantuano, Marcial identifica a Silio al mismo tiempo como el Nuevo Cicerón y como el Nuevo Virgilio: una sola persona que aúna las virtudes literarias de ambos y, además, encarna las cualidades políticas del primero.

---

[60] Sobre Cicerón, cfr. *Pun.* VIII. 404 ss.: «Tulio, descendiente de reyes y sangre del ilustre Tulo, arrastraba a la lucha a estos escuadrones cubiertos de bronce. ¡Ah, qué tremendo genio el de este joven, y qué gran ciudadano habría de dar a los pueblos de Ausonia con el paso de los siglos! Con su voz llenará la tierra, se le oirá más allá del Ganges, más allá de los Indos. Con el relámpago de su verbo dominará los furores de la guerra y nadie después de él aspirará con su elocuencia a alcanzar una gloria semejante». Sobre Virgilio, cfr. *Pun.* VIII, 593-594: «Mantua, morada de las Musas, encumbrada hasta las estrellas por el canto aonio y émula de la lira de Esmirna».

[61] Por su importancia lo traducimos completo: «Tú, que lees los perdurables libros del inmortal Silio y sus poemas dignos de la toga latina, ¿crees que al vate sólo le agradaba el retiro de las Musas y las coronas báquicas sobre una cabellera aonia? No se dedicó a la sagrada labor del sublime Marón antes de llevar a cabo la tarea del gran Cicerón. Aún le admira la ilustre lanza de los centunviros, muchos son los clientes que hablan de él con palabras de agradecimiento. Tras haber gobernado con las doce fasces el trascendental año que fue sagrado por haberse proporcionado la libertad al mundo, consagró sus años de vejez a las Musas y a Febo, y ahora, en lugar de su foro, frecuenta el Helicón» (Marcial, *Epigr.* 7.63).

[62] D. W. T. C. Vessey (1974a), p. 111.

Sin embargo, en opinión de Plinio, las virtudes literarias de Silio dejaban bastante que desear: es célebre su juicio acerca del poco talento creador, a pesar de la extremada meticulosidad con que cuidaba sus escritos: «Escribía con más meticulosidad que talento, y en ocasiones se prestaba al juicio de los demás en las declamaciones que ofrecía» (Plinio, *Epist.* 3.7.5)[63]. Vessey incide en la diferencia que en la Antigüedad se establece entre *ingenium* y *ars*: Silio, al demostrar poco talento natural, tuvo que refugiarse en el *ars*, en la técnica. Sin embargo, prosigue Vessey, *ars* y *cura*, a su vez, se diferencian entre sí: el *ars* consiste, precisamente, en la realización de un discurso o escrito sin que se note el barniz retórico, mientras que los resultados de la *cura*, la meticulosidad, son fácilmente perceptibles para todo el mundo. Este juicio de Plinio, que niega al autor de *Punica* las dos cualidades que identifican a un poeta de verdad[64], muy pronto se convirtió en la opinión que tradicionalmente se ha tenido de Silio Itálico como épico.

Con respecto a las recitaciones de las que Plinio nos habla, cabe decir que se trataba de una práctica usual entre los autores de época imperial. Con toda seguridad, Marcial formaba parte del auditorio que escuchaba tales declamaciones y, como buen cliente, no podía menos que elevar tanto a *Punica* como a su autor a la categoría de inmortales. Las recitaciones eran habituales en época de los Flavios, ya que el género épico –lo mismo que ocurrió con las tragedias de Séneca, unos años antes– estaba destinado a la lectura en público, a la declamación, y no a su lectura privada.

Por otra parte, no faltan estudiosos[65] que consideran que Silio Itálico fue también el autor de la llamada *Ilias Latina*, una

---

[63] «Maiore cura quam ingenio.» Ovidio ofrece un juicio similar sobre el griego Calímaco, reconociéndole su dominio del *ars* y sus carencias en cuanto a *ingenium* (*Am.* 1.15.13-14).

[64] D. W. T. C. Vessey (1974a), p. 110.

[65] Entre otros, F. BÜCHELER, «Coniectanea de Silio Italico, Iuvenale, Plauto, aliis poetis latinis», *Rheinisches Museum* 35 (1880), p. 390, se apoya para atribuir a Silio la autoría de la *Ilias Latina* en los acrósticos que abren y cierran el poema (*Italicus* y *scripsit*, respectivamente). Por su parte, G. E. DUCKWORTH, *Virgil and Classical Hexameter Poetry*, Michigan, Ann Arbor, 1969, p. 140, establece similitudes métricas entre los hexámetros de *Punica* y de la *Ilias Latina*.

traducción al latín de la obra homérica en 1.070 versos, fechada en la época de Nerón. Se trata de un poema de corte alejandrino, muy del gusto literario del emperador, que incluso llegó a componer una *Troica*[66]. En efecto, alrededor de Nerón se formó un círculo literario al que probablemente perteneció Silio, quien se hallaba muy próximo al tirano, como hemos dicho, desde su etapa de delator y, posteriormente, como cónsul.

La realidad es que Silio, gran admirador de Virgilio, debió de ser consciente de su posición de desventaja con respecto a su maestro, por muchos elogios que Marcial y otros como él le profesaran. En esa posición inferior frente a los modelos radicaba, precisamente, la originalidad de los autores latinos, y Silio no iba a ser una excepción: Virgilio era el modelo que los poetas épicos latinos debían seguir lo mismo que Homero entre los griegos. El autor de *Punica*, sin embargo, albergó en su mente la posibilidad de convertirse con su obra en el verdadero sucesor de Virgilio, en el heredero de su arte[67]. Y ello puede comprobarse no sólo en la forma, el estilo o el tema de la obra siliana, que recuerdan bastante a la *Eneida*, sino en el punto de partida que parece dar sentido a los *Punica*: en el libro IV de la *Eneida*, Dido insta a su pueblo a levantarse en armas en contra de Roma, y presagia la aparición de Aníbal como vengador de la afrenta hecha por Eneas a Cartago[68]. *Punica* se revela ya desde los primeros versos como la culminación de la vieja rivalidad entre Roma y Cartago, como el cumplimiento de la maldición expresada por Dido en *Eneida*. Como dice Vessey, Silio se vio a sí mismo, no menos en el tema que en el estilo y el propósito de su obra épica, como el heredero de Virgilio[69].

En definitiva, todo cuanto sabemos de la vida de Silio Itálico procede en gran medida, por una parte, del juicio positivo

---

[66] H. BARDON (1956), p. 137.

[67] Este deseo de llegar a ser el Nuevo Virgilio era algo normal en la épica flavia (cfr. Estacio, *Teb.* 12.810 ss.), no así en Lucano, que con su *Farsalia* aspiraba a conseguir una obra absolutamente innovadora y libre de los clichés que los modelos imponían, temática y estilísticamente.

[68] Cfr. VIRGILIO, *Eneida* IV, 622-629. La proverbial rivalidad entre Roma y Cartago es patente ya al principio de la *Eneida* (I, 12 ss.).

[69] D. W. T. C. Vessey (1974a), p. 114.

de Marcial y, por otra parte, del más crítico y reacio de Plinio, autor en el que se observa, sin embargo, una postura ciertamente irónica y, por ello, negativa del épico, tanto en su calidad de personaje público como en la de escritor. A pesar de que pueda parecer que su censura a Silio viene motivada por la antigua condición de éste como delator en tiempos de Nerón, tal vez haya que llamar la atención en el respeto y consideración del épico hacia Domiciano[70], algo que estaría muy mal visto en época de Trajano, de quien precisamente Plinio realiza un *Panegírico*. A esto habría que añadir la indiferencia de Silio ante la llegada triunfal del mismo emperador, indiferencia que da pie a Plinio para subrayar la infinita bondad del mismo Trajano.

A partir de los juicios de estos autores, así como del testimonio de Tácito o Epicteto, entre otros, podemos vislumbrar la trayectoria vital del autor de *Punica*. Nacido tal vez en la Galia Cisalpina, empezó su carrera como abogado en tiempos de Claudio; practicó la delación durante el gobierno de Nerón, hecho que le llevó al consulado en el año 68, justamente el año de la caída del tirano; fue amigo de Vitelio, procónsul en Asia bajo Vespasiano; poeta en tiempos de Domiciano, y, finalmente, murió como un verdadero estoico, ya en la época memorable de Trajano.

Al retirarse de la vida política, con una notable reputación de hombre culto y despreocupado de las intrigas y enemistades que tal tipo de vida conllevaba (despreocupación, por otro lado, que provenía de la inmensa fortuna que había acumulado), fue cuando comenzó su producción literaria, y eligió para ello el relato de un episodio histórico de Roma, que entroncaba a la perfección, tanto temática como formalmente, con la *Eneida* de Virgilio, su auténtico ídolo: deseaba así erigirse en continuador de su modelo, tal y como disponían los preceptos de Quintiliano.

---

[70] Esta estima de Silio a Domiciano se comprueba tanto en las alabanzas que le dedica en *Punica* III, 607 ss. y XIV, 686-688, como en el respaldo que el emperador muestra hacia la cultura en general y hacia el género épico en particular.

3. ANÁLISIS DE LA OBRA

3.1. Su datación

Si, como señalamos en su momento, los datos sobre la vida de Silio Itálico se basan, exclusivamente, en referencias de otros autores, sobre todo de la epístola 3.7 de Plinio el Joven y algunos epigramas de Marcial, otro tanto cabe decir de la fecha de composición de *Punica*. En este caso, particularmente, sí es posible recopilar algunos detalles de la propia obra siliana que pueden ayudarnos a fijar, con mayor o menor exactitud, la datación de la misma[71].

De este modo, todo parece indicar que Silio no comenzó a escribir *Punica* antes del año 88, fecha de publicación del libro IV de *Epigramas* de Marcial[72], en el que se incluye una composición que demuestra que el autor de Bílbilis tenía, cuando menos, conocimiento del plan de la obra de Silio: «Silio, orgullo de las hermanas de Castalia, que con poderosa voz reprimes los perjurios de la bárbara locura y obligas a la pérfida astucia de Aníbal y a los livianos cartagineses a ceder ante el gran Africano» (*Epigr.* 4.14.1-5). Habida cuenta de que Marcial pertenecía al círculo de amistades del autor de *Punica*, no es descabellado pensar que, en el 88, los más allegados al autor tenían ya constancia de la existencia de la obra.

A fines del 92 seguramente alguna parte del poema circulaba ya en forma de libro, a juzgar por el comentario que Marcial dedica a los *volumina numquam moritura* del inmortal Silio, que denotan la existencia ya palpable de la obra: «Tú que lees los perdurables libros del inmortal Silio y sus poemas dignos de la toga latina» (*Epigr.* 7.63.1-2). Asimismo, es posible que por este año 92 se compusiera el libro III de *Punica*, como puede dedu-

---

[71] Sobre los problemas a la hora de determinar la cronología de composición de *Punica*, cfr. E. BICKEL (1911), pp. 500-512; A. KLOTZ (1927), cols. 81-82; E. WISTRAND (1956), pp. 5-44; J. D. DUFF (1964), p. 362; W. C. McDermott y A. E. Orentzel (1977), pp. 26 ss.

[72] Para las fechas de aparición de los diferentes libros de *Epigramas* de Marcial, fundamentales para establecer la cronología de composición de *Punica*, seguimos a L. F. Friedländer, *op. cit.*

cirse de la alusión que el propio Silio hace de Domiciano y su exitosa campaña contra los sármatas, ocurrida en torno al 92 ó 93 d.C.: «Victorioso contendrá en sus límites sármatas a los pueblos del Istro, que niegan el paso a las enseñas dardanias» (*Pun.* III, 616-617).

Si seguimos la opinión de Bickel[73], el libro VII sería escrito después de morir Domiciano. Para llegar a tal conclusión, el estudioso alemán se fundamenta en el papel negativo que, para Roma, desempeña Minerva en dicho libro, donde se muestra hostil a Roma y afín a Juno y Aníbal. Esta inclinación y simpatía de la diosa hacia el enemigo de Roma no sería muy bien vista por el último de los Flavios, ya que por Suetonio[74] sabemos de la devoción exagerada y supersticiosa veneración que sentía por la diosa, a la que, además, consideraba su patrona.

Posteriormente, en XIV, 686-688, Silio ofrece una alabanza en tono adulatorio del emperador, aunque no se sabe muy bien si se trata de Domiciano o de su sucesor, Nerva[75]: «Porque, si el celo de nuestro príncipe, que hoy ha proporcionado la paz al mundo, no hubiese reprimido un desenfrenado furor por devastarlo todo, la codiciosa rapiña habría saqueado las tierras y los mares» (*Pun.* XIV, 686-688). En opinión de Duff, si Silio se refiere a Nerva, este libro XIV habría sido compuesto en tiempos de Trajano y, por tanto, en los últimos años del poeta. Pero sólo podemos establecer conjeturas, pues los estudiosos no se ponen de acuerdo ni siquiera en el emperador al que Silio dirige su alabanza. Sin tener en cuenta si el pasaje alude a Domiciano o a Nerva, McDermott y Orentzel suponen que, en cualquier caso, el libro XIV fue compuesto después del 96.

Al hilo de lo anterior, y como veremos a propósito de la estructura de *Punica*, los últimos libros denotan una premura y unas prisas que se vislumbran en una mayor despreocupación formal

---

[73] E. BICKEL (1911), p. 505. Bickel piensa que los tres primeros libros aparecen en el 92; los tres siguientes, antes del 96 y el resto, después de morir Domiciano.

[74] «Minervam, quam superstitiose colebat» (SUETONIO, *Dom.* 15.3). Cfr., asimismo, *Dom.* 4.4.

[75] Klotz y Wistrand creen que se trata de Domiciano. Duff, entre otros, se decanta por Nerva, como decimos más abajo.

y, sobre todo, temática, por cuanto no se recogen diversos episodios que sí incluye Livio y que deberían haberse incluido en *Punica* por su carácter dramático, por su importancia para el relato y por su «epicidad» (uno de estos episodios es, sin duda, la entrevista que mantienen Escipión y Aníbal, previa a Zama). A esto habría que sumar, además, la laguna que encontramos en el libro XVII y la posterior introducción brusca del relato de la batalla de Zama, que probablemente pertenecía, en el plan original de Silio, al inexistente libro XVIII. Este brusco desenlace de la epopeya se debería, seguramente, a la cada vez más grave y acuciante enfermedad del autor, y que, justo antes de concluir su relato, se agudizaría hasta el punto de dejarlo, si no inconcluso, al menos sin limar y sin darle los últimos retoques.

3.2. La Segunda Guerra Púnica en la literatura grecolatina

Con la aparición de la *Eneida* de Virgilio, el género épico alcanzó sus más altas cotas de excelencia dentro de la literatura latina. Muy pronto la epopeya virgiliana se convirtió en el modelo que debía imitarse. Como señalan Miniconi y Devallet, «lejos de desanimar a los poetas del primer siglo d.C., el éxito de la *Eneida* contribuyó a realzar aún más el prestigio del género épico»[76].

Son bastante numerosas las manifestaciones con que cuenta el género con posterioridad a la *Eneida*, tanto en su vertiente mitológica y legendaria, como en la epopeya de tema histórico, de exaltación nacional. Así, y por poner sólo unos ejemplos, a las obras hoy prácticamente perdidas de Albinovano Pedón o el propio Nerón[77], hay que sumar el resurgimiento que el género experimenta con la llegada al poder de los emperadores flavios y, muy especialmente, con la ascensión de Domiciano. Precisamente este emperador compuso varios poemas de carácter épico, uno dedicado a la lucha por el poder que tuvo lugar entre vitelianos y flavianos durante el fatídico año 69 *(Bellum Capitoli-*

[76] P. MINICONI y G. DEVALLET (1979), «Introducción», p. XVII.

[77] Para todos estos poemas, tanto de época julio-claudia como flavia, de los que hoy apenas quedan unos versos, cfr. H. Bardon (1956).

num), y otro que tiene como trasfondo la guerra de Judea *(Bellum Iudaicum)*.

La tremenda repercusión que la proliferación del género tuvo en época de Domiciano queda asimismo reflejada en la feroz censura de los poetas satíricos y epigramáticos hacia el lenguaje excesivamente solemne y el tono rimbombante de los épicos, y que tiene su más diáfano exponente en la sátira I de Juvenal[78].

Con el advenimiento de Domiciano, la relevancia alcanzada por el género vino acompañada de una alabanza lisonjera al emperador y su trato de favor hacia los poetas y la cultura en general, y al género épico en particular. Así, Estacio no cesa de elogiar las virtudes y glorias militares del emperador, y se propone escribir para mayor gloria del régimen[79]. Otro tanto cabe decir de Valerio Flaco, que comienza sus *Argonáuticas* implorando de Vespasiano la ayuda necesaria para el feliz término de la obra recién empezada, y alabando, en tono complaciente y adulador, las virtudes literarias de Domiciano y las glorias militares de Tito (I, 7 ss.).

Punica nos ofrece también alguna alabanza a la dinastía iniciada con Vespasiano (III, 592 ss.), si bien llama la atención que esta alusión elogiosa no ocupe un lugar destacado y prominente al principio del relato, como ocurre con Valerio Flaco y Estacio, quienes, como hemos visto, suelen incluir su panegírico a los Flavios al principio de sus epopeyas, como si de una auténtica invocación a las Musas se tratara.

Sin embargo, tanto o más importante que el interés mostrado hacia el género por parte de las altas esferas, resultó el impulso que supuso la doctrina retórica propugnada por Quintiliano[80]: la vuelta hacia el clasicismo, hacia Cicerón y Virgilio como modelos que imitar, constituyó uno de los pilares sobre los que se asentaban las epopeyas escritas en época flavia, aunque –todo

[78] Cfr. también Marcial, *Epigr.* 4.49.3 ss.; 10.4.1 ss. Sobre la labor literaria de emperadores en general, y sobre la censura de los satíricos a esta nueva moda de componer epopeyas, cfr. H. Bardon (1956), pp. 229 ss. y H. Bardon (1968).

[79] Cfr. *Teb.*, I, 32-33; *Aquil.* I, 14-19; *Silv.* 4.4.95-96. Cfr. también su *De bello Germanico*, del que sólo nos han llegado cuatro versos.

[80] Cfr. V. Tandoi (1985), p. 156; H. Bardon (1962), pp. 732-748.

hay que decirlo–, en estas obras se observe igualmente la técnica literaria del tiempo en que vieron la luz[81].

Con respecto al tema elegido por los diferentes autores flavios, debemos establecer una división entre Estacio y Valerio Flaco, por una parte, y Silio, por otra: frente al tipo de épica de corte mitológico cultivado por los primeros, en la línea de Homero o Virgilio, nuestro autor proyecta una obra de tema histórico, basada en uno de los episodios más gloriosos y a la vez dramáticos de la historia de Roma. Aunque, por la índole del tema elegido, Silio entronca con la línea trazada por Lucano con respecto a la épica de corte histórico, sin embargo, el autor de *Punica* concibe algo distinto, por una parte, a la innovación y el compromiso filosófico y político que supone el cordobés y, por otra, a la reelaboración del mito que adoptan Estacio en su *Tebaida* y su *Aquileida*, Valerio Flaco en sus *Argonáuticas* o también Cordo en su *Teseida*.

Habida cuenta de la situación por la que el género épico atravesaba en el siglo I del Imperio, Silio podía decidirse entre la épica convencional, al estilo virgiliano, y la innovación que suponía Lucano. Sin embargo, las pautas dictadas en la época en que escribe desaconsejaban el camino seguido por el sobrino de Séneca, ya que componer una epopeya en torno a un episodio histórico más o menos fresco en la memoria colectiva no era una idea muy del gusto de Domiciano, a no ser que el tema se insertara dentro de la propaganda oficial del régimen del emperador. De este modo, las dos únicas posibilidades que el género ofrecía en aquel momento eran, o bien la epopeya de corte mitológico, volviendo a la época legendaria descrita por Homero o Virgilio (como hacen Estacio y Valerio Flaco), o bien refugiarse en algún célebre episodio del pasado de Roma que fuese ajeno a cualquier compromiso político que no fuese la propia exaltación patriótica, tal y como hace Silio Itálico en sus *Punica*. Con su elección de un tema histórico, nuestro autor da la vuelta a su modelo virgiliano, convirtiéndose en la transposi-

[81] En su momento incidiremos sobre el hecho de que, tanto Silio como el resto de épicos de su tiempo, tienen muy en cuenta las ideas modernas e innovadoras que Lucano introdujo en el género con la composición de su *Farsalia*.

ción histórica de la época mítica que Virgilio nos cuenta en su obra. Si en *Eneida* se trata un tema mítico aderezado con elementos de la historia romana, en *Punica* asistimos a todo lo contrario: los acontecimientos son históricos y sucedieron realmente, pero la narración está salpicada por doquier de elementos legendarios y mitológicos.

Pues bien: pese a elaborar un *epos* histórico, el propósito último de Silio es erigirse en sucesor y heredero de Virgilio, a la sazón autor de una epopeya de corte mitológico, obedeciendo a un tiempo a los dictados retóricos de Quintiliano y al estímulo provocado por el régimen de Domiciano. Con vistas a convertirse en sucesor del mantuano, se plantea verter al género épico la Segunda Guerra Púnica, un episodio del pasado que exaltaba la grandeza de Roma, con un tono patriótico análogo al que Virgilio muestra en *Eneida*. Si bien el tema elegido refleja, como Lucano, un hecho histórico, en *Punica* no se vislumbra el mismo compromiso filosófico y político, la crítica al Imperio que sí encierra *Farsalia*; además, lo que Silio pretende, en última instancia, es realzar un glorioso episodio de la historia de Roma, algo que se opone diametralmente al tono pesimista y decadente que Lucano nos muestra en su poema: la pérdida de la libertad y el establecimiento de la tiranía que supone la llegada de César.

En torno a la elección del tema, la Segunda Guerra Púnica, Silio se nos revela como un autor original, por cuanto nunca antes ningún autor había compuesto en la literatura latina un *epos* en torno a la guerra librada contra Aníbal[82], un suceso de la historia de Roma cargado de significación patriótica y nacional. Los acontecimientos eran suficientemente conocidos en Roma, sobre todo gracias al relato de diversos historiadores, principalmente Tito Livio, Polibio, a los que habría que sumar Ennio, quien también aborda el tema en sus *Annales*.

En cuanto a Livio, aborda ampliamente la cuestión en la tercera década de su *Ab urbe condita* (libros XXI-XXX). La narración de los hechos guarda una progresión lineal, como corres-

[82] No así en torno al primer enfrentamiento romano contra Cartago, retratado por Nevio en su *Bellum Punicum*.

ponde a un relato del género historiográfico, y la intención del autor es retratar todo lo acontecido tratando de salvaguardar en todo momento la *fides historica*.

Ennio no consagra a la guerra contra Aníbal más de dos de los 18 libros de que constan los *Annales*; poco más podemos decir, habida cuenta de los escasos fragmentos que hasta nosotros han llegado.

Por último, el propósito inicial de las *Historias* de Polibio es narrar el periodo comprendido entre la Segunda Guerra Púnica y la batalla de Pidna (220-168). A este periodo añadiría, posteriormente, los dos primeros libros que, a modo de preparación, narran lo acaecido en la Primera Guerra Púnica (desde el 265). Sin embargo, tal y como veremos en su momento, todo parece indicar que Silio no tuvo muy en cuenta la obra del griego a la hora de componer *Punica*, de forma que la principal fuente historiográfica que sigue nuestro autor es Livio.

Por otra parte, hay que señalar que, dentro del género épico, Nevio había compuesto un poema con el mismo título de *Punica*, cuyo trasfondo era la Primera Guerra Púnica, en la que el propio autor participó.

En suma, y si bien el relato de la guerra contra Aníbal era perfectamente conocido en el mundo antiguo, las fuentes son fundamentalmente historiográficas, por lo que la elaboración de un poema épico en torno a tales acontecimientos estaba plenamente legitimada y justificada, merced a la «epicidad» que adornaba el episodio en cuestión. Además, el resurgimiento del género en el momento en que Silio escribe *Punica* propiciaba la aparición de un poema de tal naturaleza con mayor razón si cabe, aunque la función social que lo alentaba ya no fuese la misma que provocó la composición de *Eneida*.

En otro orden de cosas, sobre el periodo concreto de la historia de Roma que Silio nos desgrana en su *epos* cabe decir, en primer lugar, que resultaba un episodio demasiado lejano en el tiempo y que, por ello mismo, no encerraba compromiso político alguno con la realidad de la época que tocó vivir a Silio Itálico. Este hecho, por otra parte, casaba perfectamente con la mentalidad despreocupada e indiferente del autor hacia la realidad circundante, ya que, como hemos señalado más arriba,

Silio sólo emprendió su labor literaria en torno al año 80 d.C., en pleno mandato de Domiciano y después de retirarse de la vida pública.

En segundo lugar, el tema elegido le brindaba un periodo rico en modelos morales y patrióticos[83]. De las tres guerras contra los cartagineses, la primera apenas puso en peligro a Roma, y la tercera no fue otra cosa que la aniquilación total y absoluta de un enemigo ya moribundo. Ambas contiendas, por tanto, no eran muy diferentes de otras que los romanos habían emprendido con vistas a conquistar su supremacía por todo el Mediterráneo. La Segunda Guerra Púnica, en cambio, sí trascendió a la historia de Roma y contribuyó a cimentar su dominio en todo el mundo. Ello se debía principalmente a que fue en la guerra de Aníbal cuando el conflicto alcanzó mayores dimensiones, y a punto estuvo de desbaratar el prometedor futuro que se auguraba a la cada vez más pujante Roma. Después de varias batallas en que los ejércitos romanos cayeron derrotados estrepitosamente, el general cartaginés se plantó ante las mismas murallas de la ciudad. Durante dieciocho años, Roma se vio atacada por un rival que a punto estuvo de devastarla por completo. Y fue, precisamente en esos momentos críticos y en medio de tantos desastres, cuando Roma sacó a relucir su más profundo sentido del patriotismo y todas las virtudes que la llevaron a convertirse en dominadora del mundo. A este respecto, «de las Guerras Púnicas, la segunda es la que mejor retrata el espíritu de la antigua Roma»[84].

Por el peligro que supuso para Roma, por las múltiples vicisitudes sufridas, llenas de dramatismo y horror, y por el amplio marco temporal pero también espacial que abarcó la contienda, la narración de este periodo de la historia de Roma presentaba una grandiosidad y un patetismo propios del género épico, y muy especialmente del tipo de épica realizada en tiempos de Silio Itálico. Así es como Livio acentúa el carácter épico de los hechos, al inicio de su relato: «Bellum maxime omnium memorabile, quae umquam gesta sint me scripturum, quod Hannibale

[83] Cfr. G. CASALE (1954), pp. 14 ss.

[84] F. AHL, M. A. DAVIS y A. POMEROY (1986), p. 2493.

duce Carthaginienses cum populo Romano gessere» (*AVC* 21.1.1-2)[85].

La importancia que para el autor de *Ab urbe condita* reviste este episodio de la historia de Roma debió de llamar la atención de Silio, quien tendría muy presente este pasaje de Livio cuando señala, al principio de sus *Punica*, lo siguiente: «sed medio finem bello excidiumque uicissim / molitae gentes, propiusque fuere periclo / quis superare datum: reserauit Dardanus arces / ductor Agenoreas, obsessa Palatia uallo / Poenorum ac muris defendit Roma salutem» (I, 12-16)[86]. Da la impresión de que el breve pasaje de *Ab urbe condita* constituye el punto de partida, la piedra de toque para la reelaboración épica por parte de Silio de unos acontecimientos reales e históricos cargados de sentido dramático y poético.

Ahora bien, integrar unos contenidos reales dentro de un relato épico encierra una serie de inconvenientes y obstáculos difíciles de salvar. Así, a diferencia de la épica de corte mitológico, Silio no puede dejar de lado la realidad de lo que aconteció en la guerra, (las batallas que se libraron, los personajes que intervinieron, etc.). Son hechos históricos, no legendarios[87]. Sin embargo, por tratarse de acontecimientos muy remotos en el tiempo y al mismo tiempo teñidos de matices épicos, el autor puede permitirse darle un tratamiento poético y legendario, y dar cabida en su obra a todos los recursos que caracterizan al géne-

---

[85] «Me dispongo a narrar la guerra más memorable de todas las que se han librado jamás, la que los cartagineses con Aníbal al frente llevaron a cabo contra el pueblo romano.» Cfr., asimismo, otros pasajes de la literatura latina que destacan este conflicto como uno de los más trascendentales en la historia de Roma: FLORO (*Epit.* 1.22), CICERÓN (*De imperio Cn. Pompeii*, 60), POLIBIO (*Hist.* 5.2.33).

[86] «Pero fue en la segunda guerra cuando cada pueblo empezó a maquinar el fin y la destrucción total del otro, de tal modo que estuvo muy cerca de la derrota aquel a quien estaba reservada la victoria. Un jefe dardanio fue capaz de penetrar en la ciudadela de Agenor; por el contrario, los cartagineses llegaron a cercar el Palatino, y si Roma se salvó fue gracias a sus murallas.»

[87] Esto equivaldría hoy, por ejemplo, a realizar una película cargada de tintes épicos acerca del descubrimiento de América. En la literatura clásica, Petronio nos habla en *Satiricon* de la relación entre la materia histórica y la creación épica: «non enim res gestae versibus comprehendendae sunt, quod longe melius historici faciunt» (*Sat.* 118, 6).

ro épico, como discursos, digresiones históricas o geográficas, etiologías, elementos patéticos y dramáticos, luchas encarnizadas, muertes macabras, etc.

Como veremos en su momento, la proporción entre la narración de hechos reales y la inclusión de elementos poéticos será la que diferencie a las dos epopeyas de tema histórico más relevantes del siglo I: los *Punica* de Silio Itálico y la *Farsalia* de Lucano. De este modo, y pese a la naturaleza histórica del tema, que obviamente acercaría *Punica* a *Farsalia*, el tratamiento del mismo por parte de Silio es puramente virgiliano. No obstante, debemos anticipar ya que, pese a que los estudiosos han incidido tradicionalmente en el carácter de emulación virgiliana que se respira en *Punica*, hay que considerar que Silio no dejaba de ser un autor de su tiempo, y que, como tal, compuso su poema en medio de la tiranía de Domiciano y de las enseñanzas y preceptos de Quintiliano y la retórica del momento. Además, por la época en que compone *Punica*, a fines del siglo I, poseía una visión retrospectiva no sólo de Virgilio, sino también de Livio, Polibio o Ennio en cuanto al tema escogido, y de Ovidio o Lucano en cuanto al apartado estrictamente formal, y a propósito de este último, también en cuanto a la forma de abordar un tema histórico desde el género épico.

Por lo demás, los estudiosos que han comparado los datos transmitidos por Livio y los que Silio nos ofrece en *Punica* acaban por negar al épico cualquier anhelo de autenticidad y fidelidad a los hechos históricos: «El juicio es un poco severo, pero conviene reconocer que Silio ha usado sus fuentes con mucha libertad; el deseo de variedad, la estilización literaria, las exigencias del género lo han llevado, frente a la tradición, a condensar, a desplazar, a inventar e incluso a omitir»[88].

En efecto, nuestro autor amplifica y otorga especial relevancia a aquellos pasajes que se acomodan perfectamente a los gustos literarios de la época, al tiempo que reduce o condensa otros hechos. Así, y por no resultar repetitivo, engrandece y adorna algunos episodios como el dramático paso de los Alpes, en detrimento de otros, como el paso de los Pirineos, que apenas tras-

[88] P. Miniconi y G. Devallet (1979), «Introducción», p. L.

ciende, a no ser por la inclusión del pequeño epilio en que se narra la historia de la ninfa Pirene, que da nombre a la cadena montañosa. Lo mismo ocurre cuando compendia el relato de varias batallas en una sola, insertando todos aquellos motivos y recursos que acentúan el carácter espectacular y aparatoso que todo *epos* debe encerrar, y dando rienda suelta a todos los tópicos y convenciones del género.

Hay veces en que Silio pasa por alto la narración de campañas o batallas que Livio o Polibio sí documentan y que tuvieron importancia en el desarrollo de la contienda. Así ocurre, por ejemplo, en el libro XVII, del que los estudiosos modernos han subrayado las prisas con que sería compuesto, así como las tremendas omisiones que presenta. Esto es, si bien en algunos casos amplía, condensa, reduce u omite los hechos históricos en virtud de su carácter más o menos adecuado para un relato épico, hay otros en que pasa por alto acontecimientos que sí tuvieron trascendencia y se prestaban tanto o más a su interpretación poética, como, por ejemplo, la reconquista de Sagunto, las batallas que forzaron la expulsión de los cartagineses de suelo español y cuyo relato apenas ocupa unos cuantos versos en el libro XVI de *Punica*, las conversaciones entre Aníbal y Escipión, previas a la batalla de Zama, etc. Quiere esto decir que la elección de unos determinados pasajes en detrimento de otros resulta siempre un tanto subjetiva y hasta arbitraria, encaminada en todo momento a la interpretación de unos acontecimientos históricos desde la perspectiva de la épica. Por ello mismo, la narración lineal de los hechos da paso a una especie de caos cronológico, en el que se omiten una serie de hechos en favor de otros, más adecuados a la grandeza que se quiere retratar.

Al hilo de lo anterior, otras veces Silio no respeta la cronología de los acontecimientos, faltando por ello a la verdad histórica en pro del efectismo poético y la pomposidad. Así, el autor asocia ciertos hechos a otro momento histórico diferente a aquel en que tuvieron lugar. Este recurso da pie al autor a incluir en su relato digresiones y paréntesis de diverso tipo, como cuando incluye a Ennio en la campaña de Cerdeña (*Punica* XII, 390 ss.), algo que sólo pudo ocurrir en el 205 a.C. Silio aprovecha este punto para ensalzar las virtudes guerreras y literarias del autor de *Annales*:

Eso en cuanto a la exposición de la materia histórica. Mención aparte merece la invención, por parte de Silio, de personajes que realmente no participaron en la contienda. Dichos personajes afloran en el relato por distintas causas: bien con la pretensión de reflejar, a modo de guiño ficticio, su hipotético parentesco con alguna otra figura histórica de prestigio, como es el caso de Tulio, ancestro de Cicerón (VIII, 404); bien para aludir, de forma explícita, a algún personaje legendario del mismo nombre, como Siqueo, hijo de Asdrúbal y homónimo, por tanto, del primer esposo de Dido; o bien evocan el nombre de su lugar de origen. A propósito de este último caso, es sintomática la participación de soldados hispanos llamados Durio (I, 438), Tago (I, 152) o Sícoris (I, 633), nombres latinos del Duero, el Tajo y el Segre, respectivamente. Y otro tanto cabe decir de los soldados cartagineses: un guerrero lleva el nombre del río Lixo (III, 258), mientras que el Bágrada da lugar a un rey de Nubia (VII, 663) y a un soldado cartaginés (I, 407). Algunas otras alteraciones en los nombres obedecen simplemente a razones métricas, como es el caso de Valerio (Livio, 21.6.18), cuya prosodia era imposible para un hexámetro, y que Silio convierte en Voleso (II, 8); o también el pueblo de los masésulos, erróneamente identificados con sus vecinos los masilios también por cuestiones métricas.

3.3. Estructura y contenido de los *Punica*

Un primer punto que debemos tener en cuenta, y que ha dado lugar a varias conjeturas, es si Silio Itálico concibió su obra en 17 libros (cifra realmente extraña e insólita en una composición épica), o si, por el contrario, se planteó una epopeya dispuesta en 18.

El número de 17 libros cuenta con precedentes helenísticos, cuyo referente más claro en la literatura latina serían los *Epodos* de Horacio. Como recoge M. von Albrecht[89], hay autores como Zinn que apoyan el plan original de 17 libros basándose en el número de años que duró el enfrentamiento, justamente diecisiete (218-201). Esta teoría sólo se sustentaría si el contenido de cada

[89] M. von ALBRECHT (1964), p. 171, n. 11.

libro coincidiera con los sucesos acaecidos cada año, a modo de *Annales*.

No obstante, y por más que hasta nosotros hayan llegado 17 libros, hay razones suficientes para creer que el plan inicial de nuestro autor era un poema en 18 libros, a la manera de los *Annales* de Ennio. Esta hipótesis, formulada por Bickel[90], no es en absoluto descabellada, sino bastante verosímil, habida cuenta de diversos factores: el primero y más importante, la laguna que se encuentra en XVII, 290-291[91]. Ciertamente, entre ambos versos no se observa ningún tipo de continuidad. Antes bien, se produce un corte brusco que afecta al contenido: al relato de la tempestad que asalta a Aníbal sucede, de repente, una arenga del cartaginés a sus soldados, previa a la batalla de Zama.

El autor pasa por alto la llegada de Aníbal a África, su entrevista con Escipión, o las deliberaciones previas a la batalla, acontecimientos que sí recogen Polibio, Tito Livio o Apiano y que encierran un indudable sabor poético y un tono adecuado a la *grandeur* épica.

A esto hay que sumar la precipitación con que Silio desarrolla el relato hasta su final, seguramente provocado por su enfermedad, cada vez más acuciante. Da la impresión de que, después de sufrir tantas vicisitudes, el autor no describe la victoria final de los romanos como correspondería.

Todo ello nos lleva a la conclusión, con Bickel, de que el plan originario que Silio tendría en mente sería el de una epopeya de 18 libros, al estilo de los *Annales* de Ennio. De este modo, el libro XVII encerraría los versos iniciales del propio XVII y los finales del XVIII, esto es, el último libro que ha llegado hasta nosotros sería una fusión de lo que, en principio, eran el XVII y el XVIII.

Es muy probable que nuestro autor no hubiera tenido tiempo de concluir el libro XVII ni de comenzar el relato del XVIII, y también es probable que la narración final de la batalla y la pos-

---

[90] E. Bickel (1911), p. 506. Cfr. asimismo E. BURCK (1979), pp. 260-268 y (1984), p. 5; W. KISSEL (1979), pp. 211-213.

[91] Cfr. SILIUS ITALICUS, *La Guerre Punique*, P. Miniconi y G. Devallet (1979), t. IV, Livres XIV-XVII, p. 170, n. 6, a p. 110. Y también F. DELARUE (1992), p. 152.

terior apoteosis romana que cierra la obra ya estuvieran redactados. Ello indujo al propio autor, ya moribundo, o a sus editores, a unir ambos fragmentos bajo un solo libro, el último que ha llegado a nosotros.

Por otra parte, el motivo que empujaría a Silio a componer un poema épico en 17 libros no está del todo claro. Teniendo en cuenta los precedentes de que disponía, como son la *Ilíada* y la *Odisea*, ambos de 24 cantos, los 18 libros de *Annales* de Ennio, los 12 libros de que consta la *Eneida*, o la idéntica cifra que tenían la *Tebaida* de Estacio y, con toda probabilidad, la inacabada *Farsalia* de Lucano, ¿por qué, entonces, escribir una epopeya compuesta de 17 libros?

Delarue[92] vislumbra dos interpretaciones: la primera, desechable, es que Silio no fuera consciente del afán de los épicos anteriores o contemporáneos por componer una obra perfectamente organizada[93]. La segunda es que decidiera ser absolutamente original. Sin embargo, si hay algo claro en torno a la obra de Silio, es que, si bien el tema que escoge es novedoso, en sus versos se respira un tono deliberadamente virgiliano.

En cualquier caso, sea 17 ó 18 el número final de libros que Silio concibiera para su epopeya, y por más que el corte producido en XVII, 290 dé la sensación de que el relato queda truncado e inacabado, es manifiesto y evidente que la obra presenta una estructura cerrada, un orden interno bastante coherente y una organización más o menos perfecta, comparable a cualquier otra representación del género. A este respecto, son variadas las teorías que han surgido para tratar de delimitar y definir la estructura interna de *Punica*.

Así, por ejemplo, y teniendo en cuenta otras tesis análogas relativas a la *Eneida* virgiliana, Wallace[94], partidario de una redacción en 18 libros, establece una división de la obra en dos partes de nueve libros, de tal modo que, como también ocurre en

---

[92] F. DELARUE (1992), p. 153.

[93] Esta hipótesis queda rechazada desde el momento en que Plinio (*Epist.* 3.7) ya nos dice de Silio que «scribebat carmina maiore cura quam ingenio».

[94] M. V. T. WALLACE (1958), pp. 99-103. Cfr. también J. MARTIN (1946), pp. 163-165.

la epopeya de Virgilio, cada libro de la primera parte viene a corresponderse con otro de la segunda. Además, si a la división binaria (6 + 6) de la *Eneida* se superpone otra división ternaria (4 + 4 + 4), otro tanto cabe decir de *Punica*, de manera que la obra siliana puede presentar, bien dos partes de nueve libros, o bien tres héxadas. La tesis de Wallace entroncaría, por tanto, con la formulada por Bickel a propósito de la redacción en 18 libros.

En esta línea se mueve Delarue, quien retoma esta misma teoría, admitiendo en *Punica* la existencia de la doble división, binaria y ternaria. Además, a propósito de la primera división (9 + 9), determina para cada parte la intervención preponderante de un dios. Así, Juno, la divinidad protectora de Cartago, se erige en protagonista en los primeros nueve libros, en tanto que Júpiter se limita a dejar que los acontecimientos transcurran, y si permite que el pueblo romano sufra derrota tras derrota es simplemente por inculcar en él las ansias de gloria, la obtención del triunfo a través de las penalidades[95].

El punto de inflexión lo constituye el libro IX, durante la batalla de Cannas[96]. Es entonces cuando Júpiter llamará al orden a Juno, convirtiéndose en la divinidad dominante en la narración. A partir de este momento, la diosa no instigará ni animará a luchar más contra los romanos. La participación de Juno ya no será activa, sino defensiva: tenderá a alejar a Aníbal de un posible enfrentamiento directo con los romanos. Así, aparta al cartaginés de un combate con Paulo Emilio (X, 83 ss.); le envía un sueño para que desista de su plan de atacar Roma (X, 330-371);

---

[95] Esta concepción del sufrimiento como algo imprescindible para adquirir gloria y grandeza está presente en Salustio: «Por lo demás, la costumbre de los partidos y facciones, y finalmente de todas las malas artes, había aparecido en Roma unos cuantos años antes, debido a la ociosidad y la abundancia de algunas cosas que los mortales anteponen a otras. En efecto, antes de la destrucción de Cartago, el pueblo y el Senado romano trataban entre ambos los asuntos públicos con tranquilidad y moderación, y no existía entre los ciudadanos una disputa por la gloria o el poder» (*Yugurta* 41.1-2). «Para unos hombres que con facilidad habían resistido fatigas, peligros y situaciones apuradas y difíciles, la ociosidad y las riquezas, deseables en otro momento, resultaron una carga y una fatalidad» (*Catil.* 10.2).

[96] Para otros autores, como M. von Albrecht (1964), el punto central y culminante de la obra es el intento de asalto a las murallas de Roma por parte de Aníbal, en el libro XII.

obedece a su hermano y esposo Júpiter cuando éste la recrimina por su excesivo celo para con los cartagineses y por el desacato a su autoridad (XII, 691-700); suplica a Júpiter que mantenga a salvo a Aníbal, durante la batalla de Zama (XVII, 357 ss.); etc.

En cuanto a la división ternaria de *Punica* (6 + 6 + 6), Delarue subraya la presencia preponderante de un personaje en cada héxada. Así, el protegido de Juno, Aníbal, domina los primeros seis libros; Escipión, del que se nos revela su parentesco con el propio Júpiter[97], los últimos; y, finalmente, Fabio Cunctátor domina la parte central, parte que podría denominarse de transición, en la que se suceden los fracasos y triunfos de Roma, «estrechamente ligados a las virtudes y vicios de distintos jefes romanos»[98].

Si bien esta ordenación de la obra siliana es perfectamente válida, nos resulta más nítida y contundente la que exponen Ahl, Davis y Pomeroy, en el artículo correspondiente a Silio Itálico de *ANRW*[99]. Para estos autores, que analizan *Punica* aceptando y siguiendo la composición en 17 libros, tal como ha llegado hasta nosotros, la batalla de Cannas constituye el centro de la obra, el momento crucial, el punto de inflexión que demuestra la grandeza de Roma y pone a prueba su hegemonía. De este modo, la obra estaría estructurada en torno a esa parte central (libros VIII-X), precedida y seguida por sendas héptadas (libros I-VII y XI-XVII).

Es un hecho sintomático que viene a corroborar esta hipótesis el que Silio rompa el desarrollo lineal y normal de los acontecimientos históricos a favor de la estructura épica y dramática de su relato. En efecto, resulta cuando menos llamativo que una batalla que tuvo lugar en el 216 a.C., enmarcada en un conflicto que se desarrolló entre el 218 y el 201, ocupe el centro de la narración. Esto dice ya bastante de la importancia que el autor concede a Cannas, pero no queda ahí la cosa. Ni Ennio ni Livio, en

---

[97] Se decía que el padre de los dioses había dejado encinta a Pomponia, y de este encuentro nacería Escipión. Cfr. XIII, 615; LIVIO, *AVC* 26.19.6.

[98] F. Delarue (1992), p. 162.

[99] F. M. AHL, M. DAVIS y A. POMEROY (1986), pp. 2492-2561 (especialmente, pp. 2505-2511).

sus correspondientes obras, otorgan un papel predominante y primordial a esta batalla[100]. No obstante, Polibio[101] sí resalta la trascendencia que Cannas tendrá para el futuro de Roma, por lo que tal vez constituyó una fuente fundamental para el relato de Silio. A esto hay que añadir las reiteradas alusiones que, desde los primeros libros, van preparándonos para el advenimiento de este conflicto decisivo: I, 50-51; I, 125-126; III, 707-712; VII, 481-484.

Ciertamente, como señalan Ahl, Davis y Pomeroy[102], Silio quedó deslumbrado por la paradoja de una victoria que volvió la suerte de la guerra en contra de su mismo vencedor y a favor del derrotado. En lugar de contribuir a la destrucción total de Roma, Cannas la fortaleció y reafirmó su supremacía. Justo después de que Aníbal alcance el triunfo, Juno le indica que éste será el límite de sus éxitos: «Bastante grande, joven, es la gloria que has obtenido en Cannas» (X, 366): todo un vaticinio de su caída y del resurgir de Roma.

Y, por si fuera poco, el relato de la batalla de Cannas (IX, 340 ss.) comienza con la canónica invocación a las Musas por parte del autor, lo que destaca y enaltece más, si cabe, la relevancia del episodio.

El que Silio reserve y consagre los tres libros centrales de *Punica* a la narración de Cannas constituye un elemento original y novedoso en Silio, por cuanto no se había observado, hasta entonces, en el género épico esta estructura centrada en una batalla, excepción hecha de Lucano, que emplaza la batalla de Farsalia en el libro VII. Por esto mismo, se puede establecer un paralelismo, un punto de unión entre ambos autores: del mismo modo que *Farsalia* gira en torno al relato de la batalla homónima, *Punica* hace lo propio en torno a Cannas. O, dicho en otras palabras, si la batalla de Farsalia resulta fundamental para el destino de Roma, otro tanto cabe decir de Cannas. Ambos enfrentamientos se sitúan en medio de las respectivas epopeyas y contri-

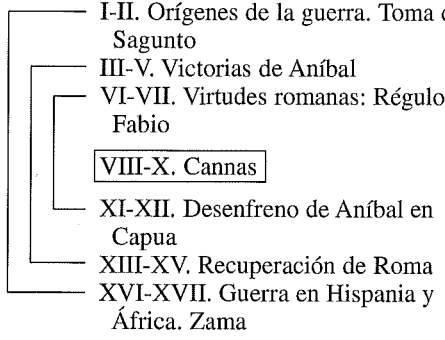
[100] Los libros VIII y IX de los *Annales* de Ennio narran los mismos contenidos que Silio desarrolla, respectivamente, en I-XIV y XV-XVII. Por su parte, Livio incluye en XXI-XXII lo que Silio recoge hasta el fin de Cannas (I-X), y consagra los libros XXIII-XXX al resto, hasta Zama.

[101] POLIBIO, *Historias* 6.2 y 6.8.

[102] Cfr. Ahl, Davis y Pomeroy (1986), p. 2506.

buyen a cambiar el curso de los acontecimientos. La derrota de Cannas marca el punto más alto del heroísmo y patriotismo romanos, del mismo modo que Farsalia supone el fin de la grandeza de Roma, la pérdida de su libertad y la aparición de la tiranía de César.

Si bien es cierto que la batalla de Cannas marca el punto de inflexión de la narración, no lo es menos que la estructura que se desarrolla en torno a este episodio central guarda una simetría perfecta, que gráficamente sería como sigue:



La narración evoluciona, en sentido ascendente, reflejando los sucesivos éxitos de Aníbal, hasta llegar a Cannas. A partir de entonces, se cambian las tornas y la situación se vuelve del lado romano. Así, tal y como se aprecia en el cuadro, a cada bloque de la primera parte corresponde, en sentido inverso y como reflejado en un espejo, otro bloque de la segunda parte:

- En los libros I y II, Silio se remonta a los orígenes del conflicto, la toma de Sagunto. Paralelamente, en los libros XVI y XVII, se refieren las victorias romanas que tienen como escenario, nuevamente, Hispania, hasta llegar al punto culminante que constituye el desplazamiento de la contienda a África y la victoria de Escipión en Zama.
- En III-V, Silio da cuenta de los sucesivos triunfos cartagineses en tierras de Italia (Tesino, Trebia, Trasimeno...). El

contenido de estos libros tiene su fiel reflejo en XIII-XV, donde asistimos a la recuperación de Roma merced a los diferentes éxitos que sus ejércitos logran en Capua o Sicilia, así como a la derrota de Asdrúbal en Hispania y su posterior muerte en la batalla de Metauro.

- Por último, en VI-VII, el autor incide en la personalidad de dos héroes romanos a la antigua usanza: Régulo, participante en la Primera Guerra Púnica, y Q. Fabio Cunctátor, quien, a partir de ese momento, desempeñará un papel trascendental en la contienda. Ambos generales encarnan lo que se podría denominar «virtudes romanas», y se erigen en paradigma de moralidad, algo que se opone por completo al lujo y disipación de que hace gala Aníbal en Capua (libros XI-XII), lo que marcará el principio de su decadencia.

Un hecho sintomático es la bella digresión que Silio incluye en el libro VII, a propósito de la devastación de Campania por parte de Aníbal: se trata de la leyenda de Falerno, anciano que encarna la *pietas* italiana y que, en pago a su hospitalidad, recibe de Baco el don del vino. Este ejemplo de *virtus* se corresponde con el contenido del libro XI, en que Aníbal y sus hombres se hallan debilitados por el lujo de Capua[103].

Y, en el centro de todo este vaivén de acontecimientos, se encuentra la batalla de Cannas, que marca el final de la línea ascendente de Aníbal y el inicio de su trayectoria descendente. En este sentido, el auge y caída del cartaginés se identifica, en sentido inverso, con la caída y auge de Roma. En otras palabras, del mismo modo que la fortuna de Aníbal radica en sus éxitos, Roma muestra su mayor fortaleza moral cuando cae derrotada más estrepitosamente, en Cannas. Esta batalla es, en definitiva, el motor que mantiene vivo el espíritu de unidad nacional contra el invasor que hará grande a Roma, espíritu que luego perderá y significará su ocaso. Como señalan Ahl, Davis y Pomeroy, Aníbal representa lo que es mejor para Roma[104].

[103] Cfr. E. J. KENNEY y W. von CLAUSEN (1989), p. 648.
[104] F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2510.

Esta estructura simétrica y parabólica que acabamos de exponer, si bien parte de la consideración de *Punica* como una epopeya de 17 libros, no dista mucho, en el fondo, de la hipótesis de Bickel y el resto, en torno al plan inicial de 18 libros. Ambas teorías guardan bastante relación, hasta el punto de que, más que diferenciarse y oponerse entre sí, se compenetran y complementan. Así, Delarue manifestaba también, tal como acabamos de decir, que Cannas era el punto de inflexión, el eje en torno al cual gira la obra: supone el cambio de rumbo de la situación. Asimismo, en la estructura simétrica que tiene como centro la batalla de Cannas, puede encajar a la perfección el papel preponderante que Delarue da a Juno en la primera mitad de *Punica* y a Júpiter en la segunda parte de la narración. Por último, Delarue proponía, por lo que al plano humano respecta, una disposición en tres héxadas protagonizadas, respectivamente, por Aníbal, Fabio y Escipión. En la segunda héxada (libros VII-XII), en que predomina la figura de Fabio Cunctátor, el desenlace de la contienda se muestra incierto y más o menos igualado[105]: Aníbal empieza a perder fuerza, y mucha culpa de ello la tiene la intervención de Fabio. A la sucesión de éxitos y fracasos se superpone la aparición, ahora de un modo más acentuado, de la dualidad virtud/defectos, representada por Fabio y el propio Aníbal. Mediante extensas digresiones, se ensalza la *virtus* de personajes como Régulo o el propio Fabio y su familia, *virtus* que hay que contraponer a la depravación y desenfreno de Aníbal y su ejército en Capua, después de Cannas. Esta dualidad se observa incluso dentro del propio ejército romano, donde la prudencia de Fabio o Paulo Emilio se opone a la temeridad y precipitación de Minucio o Varrón. De este modo, la primera héxada propuesta por Delarue viene a identificarse con la fortuna ascendente de Aníbal hasta Cannas; los seis últimos libros, protagonizados por Escipión, evidencian el resurgimiento y la recuperación de Roma; y, en medio, las diferentes alternativas entre la virtud y el vicio, entre el éxito y el fracaso, con Cannas como

[105] Nos dice Silio que sólo entonces, por primera vez en toda la guerra, un general romano, Fabio, fue capaz de rechazar al ejército cartaginés (VII, 377 ss.).

núcleo central y trascendental. La fluctuación, en los libros centrales, entre estos pares de opuestos no hace sino expresar la incertidumbre de la situación y sugerir el cambio de rumbo que la contienda va a experimentar. Sea como sea, no hay que negar, en cualquier caso, la habilidad y destreza con que Silio estructura y da forma a su poema. Y es que «la estructura de conjunto de los *Punica* solamente puede ser explicada en último término desde la concepción ética de fondo. En este poema épico sobre la conservación de la capacidad romana *(virtus)* mediante la fatiga *(labores)*, lo romano es transfigurado y espiritualizado desde el punto de vista estoico»[106].

Por lo demás, el contenido de los 17 libros es el que sigue:

LIBRO I

1-270 Los orígenes del conflicto.
- 1-20 Invocación preliminar a la manera de Virgilio: tema del poema.
- 21-55 Cólera de Juno, que se decanta por Aníbal.
- 56-70 Primer retrato de Aníbal.
- 70-140 Juramento de Aníbal a su padre Amílcar.
- 140-181 Muerte de Amílcar. Conquistas de Asdrúbal en Hispania y su posterior muerte.
- 182-238 Se envía a Aníbal a la guerra. Catálogo de tropas.
- 239-270 Segundo retrato de Aníbal.

271-563 El ataque a Sagunto.
- 271-375 La ciudad de Sagunto y su leyenda. Comienzo de los combates.
- 376-486 Muestras de valor de Murro y Aníbal.
- 487-563 Muerte de Murro. Aníbal cae herido.

564-694 Una embajada saguntina marcha a Roma en busca de ayuda.
- 564-575 Los asediados reparan sus muros y deciden pedir ayuda a Roma.

[106] M. VON ALBRECHT (1999), pp. 891-892.

576-673 Después de una esforzada travesía, los embajadores saguntinos llegan a Roma. Ante el Senado, defienden la causa de Sagunto.
674-694 El Senado decide enviar legados para pedir explicaciones primero a Sagunto, después a Cartago.

LIBRO II

1-269 El asedio de Sagunto.
1-55 Aníbal desprecia a los emisarios romanos e instiga a los suyos al combate.
56-88 Episodio de Asbité. Su retrato y sus primeras proezas.
89-147 Muerte de Mopso.
148-269 Valor de Terón y Asbité.
Muerte de ambos. Honores fúnebres para Asbité.
270-390 Debate en el Senado de Cartago.
270-278 Las distintas facciones, frente a frente.
279-374 Discurso de Hannón y respuesta de Gestar.
375-390 Declaración de guerra.
391-456 Descripción del escudo de Aníbal.
457-707 El fin de Sagunto.
457-474 Estragos del hambre.
475-525 Hércules y la Diosa Lealtad acuden en auxilio de Sagunto y les animan a resistir.
526-579 Juno envía a la Furia Tisífone a sembrar la discordia entre los asediados. Tisífone, bajo el rostro de Tiburna, incita a sus conciudadanos al suicidio.
580-649 Tras el prodigio de la serpiente, los saguntinos queman sus bienes y se matan los unos a los otros.
650-694 Muerte de Tiburna. Aníbal toma la ciudad.
695-707 Apoteosis de Sagunto y anticipación de la suerte funesta de Aníbal.

LIBRO III

1-13 Después de la toma de Sagunto, se envía a Bostar a África a consultar a Júpiter Amón.
14-60 Aníbal visita Cádiz, le muestran el templo de Hércules y se asombra de las mareas del Atlántico.
61-157 Envía a su esposa Imilce y a su hijo a Cartago.
158-213 Sueña con la inminente campaña.
214-414 Nuevo catálogo de tropas cartaginesas.
- 214-324 Contingente africano y oriental.
- 325-414 Contingente hispano.

415-556 Aníbal conduce sus tropas desde Hispania a Italia.
- 415-476 Marcha de los Pirineos a los Alpes.
- 475-556 El paso de los Alpes.

557-629 Júpiter tranquiliza a Venus, horrorizada por los peligros que acechan a los romanos.
630-714 Bostar relata a Aníbal la respuesta del oráculo de Amón.

LIBRO IV

1-87 Preliminares de la guerra.
- 1-38 Roma, alarmada ante la noticia de que Aníbal ha llegado a Italia.
- 39-55 Aníbal se entrevista con los galos del norte de Italia. Escipión vuelve rápidamente de Marsella.
- 56-87 Ambos ejércitos se preparan para la contienda.

88-479 Batalla de Tesino.
- 88-142 Primeras intervenciones y presagios.
- 143-215 Combate de la caballería.
- 216-310 Valor de Escipión.
- 311-400 Seguimiento de la batalla. Episodio de tres hermanos italianos y de tres hermanos espartanos.
- 401-479 Retirada de los romanos. Júpiter envía a Marte para socorrerlos. Marte ayuda a Escipión a salvar a su padre herido.

480-699 Batalla de Trebia.
- 480-524 Aníbal persigue a los romanos y entabla combate con Sempronio.
- 525-569 Episodios de la batalla.
- 570-637 Rechazados en la lucha de Trebia, los romanos son cargados por los elefantes. Valor mostrado por Escipión.
- 638-699 El Trebia llena sus aguas para tragarse al ejército romano. Tras las súplicas de Venus, Vulcano seca el curso del Trebia y el combate termina.

700-762 Mientras los romanos nombran cónsul a Flaminio, Aníbal, inspirado por Juno, retoma su marcha y cruza los Apeninos.

763-829 Aníbal responde altivamente a los enviados de Cartago que le piden que sacrifique a su hijo, y anuncia que va a conseguir una nueva victoria.

LIBRO V

1-23 Leyenda de Trasimeno, epónimo del lago.

24-185 Al amanecer, los romanos se colocan sin orden en los desfiladeros, pese a los malos presagios y los consejos que Flaminio desoye. Exhortaciones de Flaminio.

186-678 Batalla de Trasimeno.
- 186-207 Aníbal da la señal. Dolor de los dioses y alegría de Juno.
- 208-228 Ataque de las cohortes picentinas.
- 229-375 Duelos individuales. Magón cae herido. Aníbal le lleva al campamento.
- 376-529 Flaminio, hace una gran matanza. Hazañas de Siqueo, que acaba matado por el cónsul.
- 530-631 Vuelta de Magón y de Aníbal que, para vengar a Siqueo, provoca a Flaminio. Un temblor de tierra les separa.
- 632-678 Derrota de los romanos. Flaminio cae a manos del boyo Ducario.

Aníbal revisa con Magón el paisaje después de la batalla.

LIBRO VI

1-61 Escenas en el campo de batalla. Huida de los romanos.
62-116 Herido en Trasimeno, Serrano, el hijo de Régulo (héroe de la Primera Guerra Púnica), es recogido y cuidado por Maro, un viejo soldado de su padre.
117-551 Maro relata al joven las hazañas de Régulo en África, su cautividad, su embajada a Roma y su vuelta a Cartago, donde fue torturado.
552-589 Consternación en Roma después de la derrota. Serrano vuelve a la ciudad y ve a su madre, Marcia.
590-640 El Senado delibera sobre la campaña. Júpiter previene a Aníbal de marchar sobre Roma. Q. Fabio Cunctátor es nombrado *dictator*. Virtudes de Fabio. Su prudencia.
641-716 Apartado de Roma por el rayo de Júpiter, Aníbal, tras haber atravesado y saqueado la Umbría y el Piceno, llega a Campania. En Literno, hace quemar cuadros que representan episodios de la Primera Guerra Púnica.

LIBRO VII

1-19 El *dictator* Fabio Máximo renuncia al combate y pone en práctica su estrategia dilatoria.
20-73 Cilnio, uno de sus prisioneros, informa a Aníbal acerca del carácter de Fabio y su ilustre familia.
74-89 Ofrendas religiosas en Roma.
90-122 Fabio restablece la disciplina en el ejército. Aníbal no consigue hacerlo luchar.
123-161 Aníbal se dirige a Apulia e intenta provocar de diversos modos a Fabio, sin éxito. Vuelve a Campania y arrasa la región de Falerno.
162-211 Digresión sobre la visita de Baco a Falerno.
212-259 Fabio explica a los disconformes soldados su táctica dilatoria.

260-376 Aníbal logra eludir a Fabio atando sarmientos encendidos a los rebaños y sembrando la confusión en las tropas romanas.
377-408 El *dictator* tiene que volver a Roma. Aconseja a Minucio no combatir en su ausencia.
409-493 Aterradas por la llegada de una escuadra cartaginesa a Cayeta, las ninfas de la costa de la Campania quieren encontrar al divino Proteo, quien les recuerda los lejanos orígenes de la guerra y las tranquiliza sobre el porvenir.
494-750 Minucio se hace cargo de los ejércitos y, aprovechando la ausencia de Fabio, entabla combate con Aníbal. La vuelta del viejo *dictator* salva al ejército de la derrota. Fabio es aclamado como «Padre» por Minucio y los ejércitos.

LIBRO VIII

1-24 Aníbal, azorado.
25-43 Juno llama a Anna, hermana de Dido, convertida en divinidad itálica, para reconfortar a su compatriota.
44-201 Leyenda de Anna.
202-225 Anna anima a Aníbal a emprender nuevamente la lucha, puesto que Fabio ya no está al frente de las tropas romanas.
226-241 Aníbal arenga a sus ejércitos.
242-277 Excesos de Varrón.
278-297 Carácter de su colega Paulo Emilio.
298-348 Discurso de Fabio a Paulo Emilio y respuesta de éste.
349-621 Catálogo de pueblos que se preparan a combatir del lado de los romanos.
622-676 Presagios funestos en el campamento romano. Un soldado profetiza el inminente desastre.

LIBRO IX

1-177 Acontecimientos previos a la batalla de Cannas. Actitud opuesta de ambos cónsules. Trágico encuentro de Sátrico y su hijo Sólimo.

178-277 Aníbal arenga a sus tropas. Varrón hace lo propio con las suyas.
278-437 Batalla de Cannas. Combates en el ala izquierda romana.
- 278-303 Primer enfrentamiento. Los dioses se alinean.
- 304-353 Ataque de Nealces contra el ala izquierda romana. Lamentos del poeta.
- 354-410 Nealces derriba el ala izquierda romana. Distintas muestras de valor.
- 411-437 Escipión salva a Varrón de las garras de Aníbal.

438-555 Los dioses en el combate.
- 438-469 Marte y Minerva.
- 470-485 Júpiter aparta a Minerva del combate. Ella rapta a Aníbal.
- 486-523 Se desencadena el Vulturno. Levanta una nube de polvo que ciega a los romanos.
- 524-555 Plegarias de Minerva y Juno. Profecía de Júpiter. Marte se retira del combate.

556-630 Combates en el ala derecha romana. Vuelta de Aníbal al combate. Los elefantes entran en escena. Paulo Emilio, con antorchas encendidas, los empuja al río cercano.
631-657 Último encuentro de Paulo Emilio y Varrón. Varrón escapa.

LIBRO X

1-325 Continúa la batalla de Cannas.
- 1-91 Paulo Emilio combate en el centro, salva a Catón. El ala derecha romana se repliega. Juno impide el encuentro de Paulo Emilio y Aníbal, arrastrando a éste cerca del río.
- 92-169 Combates de Aníbal junto al río: asesina a Crista y sus seis hijos.
- 170-184 Combates de Paulo Emilio.
- 185-214 Ataque a traición de los númidas.
- 215-259 Muerte de Servilio. Paulo Emilio es aplastado por un peñasco lanzado por una mano anónima. Avalancha de los libios y su jefe.

260-325 Antes de morir, Paulo Emilio anuncia a Léntulo que recomiende al Senado la elección de Fabio como *dictator*. Masacre de romanos.
326-386 Aníbal pretende atacar Roma. Juno le envía al dios del Sueño para disuadirle. El campamento romano se rinde. Magón intenta en vano arrastrar a su hermano hacia Roma.
387-414 Los supervivientes se reúnen en Canusio.
415-444 Metelo intenta arrastrar a los supervivientes lejos de Roma. Escipión los detiene.
445-502 Aníbal recorre el campo de batalla. El caballo de Clelio. Cinna narra la historia de Clelio.
503-577 Aníbal ordena los funerales en honor de Paulo Emilio. Honra a Marte y rinde homenaje al cónsul muerto.
578-604 Pánico en Roma. Fabio toma el poder y anima a los suyos.
605-622 Vuelta de Varrón. Pese a los reproches de varios romanos, Fabio procura que el pueblo lo acoja favorablemente.
623-639 Varrón regresa a Roma.
640-658 El Senado adopta medidas para recomponer los ejércitos y continuar la contienda.

LIBRO XI

1-27 Varias ciudades del sur de Italia se alían con Aníbal.
28-54 Capua, ciudad dominada por el lujo y los placeres.
55-129 Pacuvio consigue que el Senado de Capua envíe a Virrio a Roma para exigir que uno de los cónsules sea elegido de entre sus ciudadanos. Torcuato, Fabio y Marcelo se niegan rotundamente.
130-258 Capua se alía con Aníbal, a pesar de la oposición de Decio, que es detenido y enviado a África.
259-287 Aníbal visita Capua. Se le ofrece un banquete.
288-302 Teutras, el aedo de Cumas, entona su primer canto.
303-368 El hijo de Pacuvio obedece a su padre y renuncia a asesinar a Aníbal.

369-376 Magón se dirige a Cartago para anunciar la victoria.
377-431 Aníbal pasa el invierno en Capua. Venus se encarga de debilitar la resistencia de los cartagineses.
432-482 Segundo canto del aedo Teutras.
483-553 Magón narra en Cartago los éxitos de Aníbal.
554-611 Hannón opina que habría que firmar la paz cuanto antes. Pese a la oposición de Hannón, se obtienen los refuerzos necesarios para proseguir la guerra.

LIBRO XII

1-157 Aníbal abandona Capua. Sus tropas, acostumbradas a la molicie, sufren reveses en Nápoles, Cumas y Putéolos. Visita a la costa de Bayas.
158-294 Marcelo impide que venza en Nola.
295-341 El oráculo de Delfos se muestra favorable a los romanos.
342-419 Situación en Cerdeña. Torcuato derrota a Hampságoras. Ennio, el poeta guerrero.
420-448 Aníbal destruye varias ciudades del sur de Italia. Se apodera de Tarento, pero no toma su ciudadela. Inventa una astuta maniobra para que sus naves salgan al puerto.
449-478 Vuelve para defender Capua de un asedio romano y acaba con dos ejércitos romanos. Entierra el cadáver de Ti. Sempronio Graco.
479-573 Se dirige a Roma. Cunde el pánico en la ciudad. Aníbal examina las murallas y los alrededores de Roma, pero tiene que regresar a su campamento obligado por Fulvio Flaco, que vuelve a toda prisa desde Campania.
574-667 Una serie de tempestades le impide marchar por dos veces sobre Roma.
668-730 Tras el tercer intento, Juno le indica que Júpiter y los dioses protectores de Roma se oponen a sus propósitos. Aníbal renuncia.
731-752 Una vez libre del asedio, en Roma se extiende la alegría.

LIBRO XIII

1-93 Aníbal se retira hasta el río Tutia. El traidor Dasio le disuade de atacar Roma, ya que es una ciudad inexpugnable por contener el Paladión. Retorna entonces al Brucio.

94-380 El cónsul Fulvio recupera Capua. Castiga su traición a Roma. El dios Pan salva a la ciudad del incendio, pero no de la rapiña.

381-895 El joven Escipión baja a los infiernos para ver las sombras de su padre y su tío, muertos recientemente en Hispania.

- 381-487 Preparativos de la catábasis; diálogo con Apio Claudio, muerto en Cannas. Escipión le refiere los rituales funerarios de diferentes pueblos.
- 488-612 Revelaciones de la Sibila; retrato del mundo infernal.
- 613-895 Escipión se encuentra con diversos personajes: su madre Pomponia, su padre y su tío. Se pasa revista a todos los héroes del pasado y del futuro, y, en especial, a los romanos. Después de averiguar el futuro de Aníbal, regresa al mundo de los vivos.

LIBRO XIV

1-95 Descripción de la isla de Sicilia. Situación política: a la muerte de Hierón, le sucede su nieto Jerónimo.

96-109 Jerónimo es asesinado. Cunde el pánico en la población.

110-191 Marcelo reconquista Leontino y asedia Siracusa.

192-247 Catálogo de los aliados de Siracusa.

248-257 Catálogo de los aliados de Roma.

258-271 Catálogo de los aliados de Cartago.

272-352 La salvación de los asediados depende en gran medida de los inventos de Arquímedes.

353-579 Batalla naval.

Episodio de Dafnis (462-476).
Incendio de las naves vencidas (562-579).

580-616 La peste va minando a los ejércitos y retrasa el ataque final.

617-665 Ataque a Siracusa, que es finalmente tomada. Se alaban sus riquezas.

666-688 Moderación de Marcelo y elogio de Domiciano, todo un prodigio de virtudes.

LIBRO XV

1-17 El Senado no sabe qué general enviar a Hispania. Los allegados de Escipión le disuaden de partir.

18-128 La Virtud y el Placer visitan a Escipión. Éste se decanta por la primera.

129-151 Delante del pueblo, Escipión pide el mando supremo. Un presagio revela el favor de Júpiter.

152-250 Con Escipión al mando, la flota llega a Tarragona. Su padre le anima en sueños a tomar Cartagena.

251-285 Escipión conquista dicha ciudad y reparte el botín. Lelio lo elogia por devolver a una joven a su amado.

286-319 Se obliga a Filipo, rey de Macedonia y aliado de los cartagineses, a pedir la paz.

320-333 Fabio reconquista Tarento.

334-398 Los cónsules Marcelo y Crispino son derrotados por Aníbal. Muerte de Marcelo.

399-492 En Hispania, Escipión obliga a Asdrúbal a huir. Elogio de Lelio.

493-514 Asdrúbal atraviesa los Alpes con la intención de unirse con su hermano en Italia.

515-600 Alarma en Roma. La personificación de Italia obliga al cónsul C. Claudio Nerón a luchar contra Asdrúbal. Nerón se une al otro cónsul, M. Livio Salinátor.

601-807 La batalla del Metauro. Asdrúbal escapa de noche por los meandros del río. Intervención de la Tierra. Gestas del viejo cónsul Livio y muerte de Asdrúbal.

808-823 Nerón vuelve a Lucania y enseña a Aníbal la cabeza de su hermano clavada en una lanza.

LIBRO XVI

1-22 Aníbal en el Brucio.
23-169 Acontecimientos en Hispania.
- 23-114 Magón es forzado a entrar de nuevo en Cartagena. Escipión ataca el campamento de Hannón. Valor de Laro. Captura de Hannón. Derrota y huida de Asdrúbal, el hijo de Gisgón.
- 115-169 El príncipe númida Masinisa se alía de nuevo con los romanos.

170-276 Acontecimientos en Numidia.
- 170-228 Escipión y Asdrúbal, el hijo de Gisgón, se encuentran en la corte del rey Sífax, que intenta conciliarlos pese a la oposición del general romano.
- 229-276 Escipión consigue la alianza de Sífax y vuelve a Hispania.

277-591 Escipión organiza unos juegos fúnebres en honor a su padre y su tío.
- 277-311 Acciones previas.
- 312-456 Carrera de carros.
- 457-526 Carrera a pie.
- 527-556 Duelos con la espada.
- 557-574 Lanzamiento de jabalina.
- 575-591 Honras fúnebres. Prodigio en favor de Escipión.

592-700 Acontecimientos en Roma.
- 592-599 Escipión retorna a Roma y alcanza el consulado.
- 600-700 Fabio habla en el Senado en contra de la marcha de Escipión a África. Respuesta del cónsul. Obtiene la autorización.

LIBRO XVII

1-58 La imagen de la diosa Cibeles llega a Roma desde Frigia y es recibida en Ostia por P. Escipión Nasica. Proclamación de la virtud de Claudia.
59-145 Escipión incendia el campamento de Sífax y lo apresa.

146-157 Asdrúbal vuelve a huir. Mandan llamar a Aníbal desde África.
158-169 Aníbal tiene un sueño premonitorio.
170-217 Los enviados de Cartago le exponen la situación y decide abandonar Italia.
218-291 Aníbal se embarca, pero cambia de opinión. Neptuno le envía una tempestad que sólo se calma con la intervención de Venus. La flota cartaginesa arriba a Cartago.
292-617 Batalla de Zama.
- 292-340 Aníbal arenga a sus tropas mientras los soldados romanos no quieren discursos, sino combatir cuanto antes.
- 341-385 Júpiter expone a Juno la suerte de Aníbal y de Cartago.
- 386-508 La batalla. Hazañas de ambos jefes.
- 509-617 Escipión intenta batirse con Aníbal. Juno manda una imagen incorpórea con el aspecto de Escipión, tras la que marcha Aníbal para vencerle. La diosa devuelve finalmente al cartaginés al campo de batalla. El ejército cartaginés es destruido. Aníbal promete seguir luchando contra Roma durante toda su vida y se esconde en las montañas.

618-624 Fin de la guerra. Cartago abre sus puertas a Escipión. Se elabora un tratado.
625-654 Escipión vuelve victorioso a Roma.

3.4. Estudio de las fuentes

En la literatura latina, cualquier autor que quisiera componer una obra, dentro de cualquier género, debía forzosamente fijar su atención en un modelo sobre el que construir su propia obra. En este factor se basaba la originalidad de cada autor, en la capacidad de crear una obra propia a partir del modelo establecido. Así, del mismo modo que Homero constituía la fuente principal de la que bebe Virgilio, los épicos de la era flavia vuelven su mirada

sobre este último. Ahora bien, los poetas de la época de los emperadores flavios (Valerio Flaco, Silio Itálico y Estacio) cuentan no sólo con el molde virgiliano, sino también con otros elementos posteriores a él, que nacieron con nuevos aires y que compusieron sus poemas como reacción al precedente de la *Eneida*, con un carácter que podría denominarse «moderno». En esta corriente se incluye la *Metamorfosis*, de Ovidio; la *Farsalia*, de Lucano e, incluso, el tratamiento que Séneca hace del mito en sus tragedias[107].

Desde la perspectiva de revitalización de lo clásico que propone Quintiliano, autores como Ovidio o Lucano constituían un ejemplo que no debía seguirse. No obstante, y pese a que el precedente oficial es la *Eneida*, los épicos de la era flavia no retoman con carácter exclusivo y excluyente la pureza formal que representa el modelo virgiliano, sino que, más bien, habría que hablar de «rasgos de proximidad a Virgilio»[108]. Obviamente, tanto Valerio Flaco como Silio Itálico o Estacio, poetas formados en la nueva retórica de salón y en las declamaciones escolares, introducen en sus poemas, en mayor o menor medida, rasgos de la moderna e innovadora visión que Ovidio o Lucano aportan al género, para así enriquecer sus respectivas obras sin dejar de tener presente la fidelidad al modelo.

En este sentido, en Silio Itálico se atisban no sólo los ingredientes puramente virgilianos que todo épico debía incluir, sino también una serie de elementos procedentes de los autores que dan nuevos aires al género. Así, podemos establecer en *Punica* dos tipos de modelos épicos, aplicables asimismo para el resto de autores épicos de su tiempo. En primer lugar, encontramos los modelos propiamente tradicionales, representados, ante todo, por Virgilio y, en un segundo plano, Ennio y Homero. En segundo lugar estarían Ovidio y Lucano, épicos que escriben sus respectivos poemas después de Virgilio e intentan desligarse temática y formalmente del modelo establecido.

Por tanto, los épicos flavios podían optar entre la aceptación sin más del modelo virgiliano o la elección de las propuestas novedosas de Ovidio o Lucano y, al mismo tiempo, componer una

[107] El que Séneca recurra a la tragedia, en última instancia, no es sino el reflejo del momento histórico que al cordobés le tocó vivir: una época llena de elementos trágicos (relaciones incestuosas, muertes y crímenes de todo tipo), que impulsaba a pensar en la manida frase de que la realidad superaba a la ficción.

[108] E. J. Kenney y W. von Clausen (1989), p. 614.

obra completamente original tomando ingredientes de unos y otros. Tanto Valerio Flaco como Silio Itálico o Estacio se consideran, ante todo, deudores del patrón que constituye la *Eneida*, pero, en su afán de mostrarse originales, no dudan en incorporar a sus poemas elementos provenientes de los autores que encarnan la nueva estética, posterior al poeta mantuano, que incide mayormente en un estilo barroco, recargado y erudito[109].

Como consecuencia de lo anterior, tanto Silio como el resto de épicos de su tiempo parecen desobedecer lo que Quintiliano propugna en sus escritos, ya que no muestran un clasicismo a ultranza ni vuelven sobre Virgilio de forma exclusiva. En este sentido, «si hablamos de neoclasicismo consiguientemente hemos de entenderlo no como imitación de los modelos clásicos, Virgilio en particular, sino como recuperación o conservación de los viejos modelos épicos modernizados con las grandes aportaciones que la retórica, a través de la declamación en la escuela y los ambientes diletantes, introdujo en la literatura imperial»[110]. Esto es, la imitación que lleva a cabo Silio es una imitación creadora, teniendo en cuenta los presupuestos que aportaba la retórica imperante en la época. Como veremos a continuación, además de los elementos virgilianos que debían entrar a formar parte en cualquier poema épico que se preciase, Silio recurre en *Punica* a una serie de rasgos presentes en Ovidio o Lucano, como pueden ser los episodios de corte helenístico cercanos al epilio o la concepción estoica que impregna algunos pasajes.

Y no sólo eso: en virtud de esa omnipresente imbricación entre distintas corrientes y modelos, Silio da cabida incluso a material procedente de otros géneros como la tragedia o la historiografía, los géneros que tal vez se hallen más próximos a la épica[111].

---

[109] Por otra parte, es llamativa también la ausencia de la función social que impulsaba la aparición de la epopeya virgiliana. Los autores flavios escribirán sus obras con la sola intención de lucirse ellos mismos, de exteriorizar todos los conocimientos retóricos y de cualquier tipo aprendidos en la escuela, sin mostrar ningún tipo de compromiso o trascendencia de carácter cívico.

[110] S. LÓPEZ MOREDA (1996), p. 16 y (2000), pp. 21 ss.

[111] Ya hemos señalado que la visión moderna de Séneca tiene mucha influencia en la literatura de su tiempo, y muy especialmente en el género épico, como puede comprobarse en rasgos como el patetismo, las dualidades que atormentan constantemente a los personajes, etc. En segundo lugar, no debemos olvidar que, por el tema, Silio ha de tener muy en cuenta el género historiográfico.

Por todo ello, en más de una ocasión se ha dicho que Silio elabora un auténtico «mosaico en verso»[112], fundamentado grosso modo en las aportaciones historiográficas de Livio y en la técnica poética de Virgilio, pero salpicado al mismo tiempo de elementos ocasionales tomados de otras fuentes y modelos (incluidos poetas de su momento como Estacio o Valerio Flaco).

A partir de este momento, nos detendremos en los distintos autores que, en mayor o menor medida, tanto temática como formalmente, influyen en la composición de *Punica*, comenzando por las fuentes historiográficas en las que Silio se documenta para la elaboración de su poema.

3.4.1. Fuentes historiográficas

3.4.1.1. Silio Itálico y Tito Livio

A juzgar por el tema coincidente que tratan Silio en *Punica* y Tito Livio en la tercera década de *Ab urbe condita*, es evidente que este último fue la principal fuente histórica de la que bebe el épico. Así lo dicen, entre otros, Von Albrecht en varias ocasiones y Nicol[113], y queda de manifiesto además desde los primeros versos, cuando Silio vierte al lenguaje épico las palabras que el historiador declara al principio de su relato sobre la guerra de Aníbal, en las que anuncia que va a relatar la guerra más memorable de todas las que se han librado jamás (*AVC*, 21.1.1)[114].

Merced a la trascendencia y magnitud de los acontecimientos históricos ocurridos durante el conflicto, el texto de Livio resulta susceptible de un tratamiento épico, seguramente porque la historiografía romana siempre tuvo un sentido «dramático»; de ahí que Silio lo utilice y parafrasee en los primeros versos de *Punica*, a modo de pasaje programático en el que se vislumbra

---

[112] Cf. M. V. T. WALLACE (1957), pp. 159-162.

[113] M. von Albrecht (1973 y 1999): «La fuente histórica principal es Livio». Por su parte, J. NICOL (1936), p. 17, señala que «las coincidencias entre Silio y Livio en pasajes de considerable longitud aparecen con tanta frecuencia como para poner fuera de toda duda el uso del historiador por parte del poeta».

[114] También Lucano exalta sobremanera la batalla que se dispone a narrar.

un profundo estoicismo y un concepto trágico del castigo a la *hybris*: «Pero fue en la segunda guerra cuando cada pueblo empezó a maquinar el fin y la destrucción total del otro, de tal modo que estuvo muy cerca de la derrota aquel a quien estaba reservada la victoria. Un jefe dardanio fue capaz de penetrar en la ciudadela de Agenor; por contra, los cartagineses llegaron a cercar el Palatino, y si Roma se salvó fue gracias a sus murallas». Por lo demás, Silio acude a Livio en multitud de ocasiones. Al narrar los preliminares de la batalla de Cannas, llega a calcar incluso la expresión del historiador (*ut ventum ad Cannas*, VIII, 622, tomado directamente de *AVC*, 22.44.1). Ya sean idénticas o bien aproximadas al modelo, las reminiscencias de *Ab urbe condita* en *Punica* son muy abundantes y se encuentran por doquier, no sólo en la disposición cronológica de los acontecimientos, sino también en la expresión que Silio toma muchas veces prestada de la obra de Livio.

Eso sí, al tratarse de un poema épico, Silio puede abordar el tema desde una perspectiva diferente, de un modo más libre que Livio, constreñido por las exigencias e imposiciones del género que practica. En este sentido, no debemos olvidar que un texto historiográfico debe cumplir una serie de condiciones que una composición poética no está obligada a observar, y la más importante es la fidelidad a los hechos reales. Silio suele incluir en su relato elementos que falsean los datos aportados por el historiador y que, indudablemente, tienen la clara finalidad de acrecentar el carácter poético y estético de la obra, en detrimento de la verdad histórica de los hechos[115]. En su afán por resaltar los rasgos meramente épicos por encima de las circunstancias históricas, Silio traslada los acontecimientos que Livio nos narra al lenguaje grandilocuente y elevado del género épico, mediante la simplificación o la amplificación de dichos acontecimientos, la contaminación de diversas fuentes, la invención de sucesos inexistentes o la transposición de los mismos, etc.

Así, es fingida la intervención de elefantes en la batalla de Cannas[116], que Livio no recoge y que para Silio contribuye a real-

[115] Sobre este punto, cfr. el apartado «L'histoire nacionaliste et les "exempla"», en P. Miniconi y G. Devallet (1979), «Introducción», pp. LX ss.
[116] Cfr. *Pun.* IX, 570-586.

zar el carácter dramático del pasaje, amén de ofrecer una serie de muertes macabras muy del gusto del género épico; o la narración de un combate naval ficticio (*Pun.* XIV, 359-579) que, según Livio, no se produjo finalmente porque Bomílcar y Epicides huyeron al avistar la flota romana, un hecho este poco trascendente y en absoluto adecuado a la grandiosidad y rimbombancia propias del género épico; o la prosopopeya de Italia (XV, 522), que expresa, en tono épico, los lamentos de Livio ante la situación (24.40.1 ss.). Y otro tanto cabe decir del dramatismo que presenta la muerte de los 300 Fabios en la versión de Silio (VII, 51), que poco tiene que ver con la escueta mención de Livio, quien simplemente señala que perecieron en una emboscada (2.50.6); o la contaminación de diversos pasajes de Livio, como ocurre con los tres asedios consecutivos que sufre Nola (*AVC*, 23.14 ss.; 23.43 ss.; 24, 17), que Silio reduce a un solo relato (XII, 162 ss.). Esta condensación de la materia histórica es más profusa en los libros finales, por lo que da la impresión de que Silio quiere acabar cuanto antes su relato, tal vez por la enfermedad que lo iba minando.

Igualmente, Silio atribuye rasgos heroicos (e incluso divinos) a diversos personajes que, o bien el propio Livio no documenta, o bien menciona sólo de pasada. Así, al origen divino de Escipión (que para Livio no deja de ser una habladuría del vulgo, *AVC*, 26.19.6 ss.) habría que añadir el valor que Silio atribuye a los hijos de Fabio Cunctátor[117] (VII, 705 ss.) o Marcelo (XV, 343 ss.), en lo que no es sino un recurso típico del género que viene a incrementar la gallardía y fortaleza exhibidas por sus respectivos padres, en particular, y de sus familias, en sentido amplio. Pero donde este recurso de la aristía heredada de padres a hijos se ve con mayor claridad es en el episodio del joven Escipión que salva a su padre herido en la batalla del Tesino. La acción, que Livio menciona de pasada[118] y sin darle excesiva trascendencia, Silio la incluye en IV, 417 ss. como uno de los rasgos heroicos que, ya desde su más tierna infancia, caracterizarán al

[117] También de Fabio nos dice Silio que es descendiente de Hércules (*Punica* VI, 625 ss.).

[118] *Ab urbe condita*, 21.26.10.

futuro héroe de Zama, en lo que no es sino otra convención épica que no tiene por qué corresponderse con la realidad. Se trata, sin más, de un medio para lograr sus fines poéticos, de tal modo que los personajes que en su obra están adornados de virtudes heroicas, como Fabio, Marcelo o el padre de Escipión, verán su valentía acrecentada y completada por la de sus respectivos hijos. Esta falsificación de la tradición histórica en pro de la narración patriótica tiene por finalidad la exaltación de la *virtus* romana, de su grandeza espiritual y, en definitiva, del destino imperecedero e indestructible de Roma. Y personajes como Régulo, Fabio, Paulo Emilio, Marcelo o Escipión son buena prueba de ello[119]. Todo ello tiene que ver con la importancia que cobra el concepto de *pietas*: *pius* es apelativo de todos los emperadores, desde Augusto hasta los Antoninos, pasando por Vespasiano y sus dos hijos, Tito y Domiciano. A esta clara intencionalidad política y nacionalista en su visión del género épico habría que sumar, además, la continua dicotomía entre el *pius* (o *fidus*) *Romanus*, frente al *perfidus Poenus*.

Queda claro, en suma, que las divergencias que el texto siliano presenta con respecto a su fuente historiográfica primordial obedecen más a los intereses poéticos y creativos del épico que a una deliberada tergiversación de los datos históricos. El historiador debe decir la verdad, el poeta no está obligado a ello. Al convertir la historia en epopeya, Silio tiene necesariamente que recurrir a este tipo de fórmulas imperantes en cualquier poema épico y, muy especialmente, en Virgilio. No en vano, Miniconi y Devallet llegan a la conclusión de que *Punica* «son, al menos en su concepción, una visión virgiliana del conflicto»[120].

En líneas generales, podemos decir que Silio sigue a Livio en la exposición global de los acontecimientos históricos (el encadenamiento sucesivo de batallas, escaramuzas, movimientos de los ejércitos, muerte de personajes históricos, etc.). No obstante, cuan-

[119] En el otro lado de la balanza, los desastres romanos se deben a la *perfidia* de Aníbal, a la crueldad del destino o a la locura sanguinaria de algunos generales romanos, como Varrón o Minucio, que Silio no cesa de oponer de forma reiterada a los que él considera auténticos guerreros depositarios de las virtudes.

[120] P. Miniconi y G. Devallet (1979), «Introducción», p. LXIV.

do la narración se lo permite, pasa a la descripción detallada y recurre a los poetas con el fin de convertir en épica lo que en Livio es historiografía, mediante la amplificación (o simplificación) de contenidos susceptibles (o no) de un tratamiento épico, la inclusión de digresiones[121] y lugares comunes del género, el desarrollo épico de acontecimientos históricos, la contaminación de sus fuentes, etc.

3.4.1.2. Otras fuentes historiográficas en *Punica*

Las divergencias entre el relato siliano y la obra historiográfica de Livio dieron lugar, sobre todo por parte de los estudiosos alemanes de fines del siglo XIX y principios del XX[122], a la aparición de una serie de hipótesis sobre la posible presencia en *Punica* de otra fuente histórica alternativa a la de Livio, que daría respuesta a las desavenencias entre los datos históricos aportados por Silio y el propio Livio. Klotz[123] aborda la cuestión y concluye que Silio tuvo en cuenta otra obra historiográfica al elaborar *Punica*, y esta fuente secundaria muy bien pudo ser la de Valerio Antias, analista del siglo I a.C., que ya utilizaron otros autores como Dionisio de Halicarnaso, Valerio Máximo, Plutarco o Apiano. Según el estudioso alemán, algunos de los aspectos que Silio habría tomado de Valerio Antias (y que Livio no tiene en cuenta o no relata de modo similar) serían el retrato de Aníbal (*Pun.* I, 144 ss.), ciertas referencias del asedio de Sagunto (*Pun.* II, 571 ss.), o también, en los libros finales, la conquista de Cartagena o la batalla de Zama. Si bien el empleo de la obra de Valerio Antias por parte de nuestro autor sólo puede prestarse a conjeturas, todos los datos mencionados (y otros por el es-

[121] A veces incluso se sirve de Livio como fuente para exponer una digresión de orden histórico legendario, como es la narración del sacrificio de Escévola (VIII, 385), que recuerda bastante el pasaje de *AVC* 2.12.13.

[122] Cfr., sobre todo, M. HEYNACHER, *Über die Quellen des Silius Italicus*, Diss. Jena, 1874 y, del mismo autor, *Die Stellung des Silius Italicus unter den Quellen zum zweiten punischen Krieges*, Berlín, 1878. Este último llega más lejos y enumera 66 diferencias importantes entre los datos históricos que remite Livio y la reelaboración épica que realiza Silio Itálico. Cfr., además, K. O. MATIER (1981) y F. SPALTENSTEIN (1986), pp. XIV ss.

[123] Cfr. A. KLOTZ (1927) y, muy especialmente, (1933), p. 24.

tilo que precisarían un estudio más exhaustivo y específico) tienen bastante fundamento o, cuando menos, merecen ser tenidos en consideración como posibles fuentes de *Punica*.

En cuanto a la presencia en la epopeya siliana de otros autores como Polibio, Miniconi y Devallet señalan que, pese a las reservas que toda afirmación más o menos tajante puede encerrar, muy difícilmente Silio tuvo en cuenta la obra del historiador griego. Para formular tal conclusión, los editores franceses se apoyan en diversos puntos que, a nuestro modo de ver, son ciertamente probables. Así, y a pesar de que todos los estudiosos están más o menos de acuerdo en que Livio lo empleó como fuente para *Ab urbe condita*, no está nada claro que Silio hiciera lo propio[124]. Un ejemplo: como resulta lógico y normal en un historiador adscrito al círculo de los Escipiones, Polibio siempre resta importancia y mérito a las hazañas de los cartagineses, como el paso de los Alpes, que, según el griego (*Hist.*, 3.47.6), ya atravesaron los pueblos celtas y no constituía ninguna proeza, lo que diferenciaría su relato del tratamiento épico, fastuoso y desmesurado que ofrece Silio. Y lo mismo cabe decir de la bruma que nubla la visión durante la batalla de Trasimeno y que, para Polibio, es poco menos que la causante de la derrota romana (*Hist.*, 3.84.1-2).

Pero tal vez donde mejor se comprueba la ausencia de relación entre ambas obras, la de Silio y la de Polibio, es en aquellos pasajes en que el épico no sigue a Livio, su principal fuente historiográfica, por ser éste demasiado impreciso o poco explícito. Ello lleva al autor de *Punica* a equivocarse en algunos datos que Polibio transmite de forma exacta y clara. Así ocurre cuando sitúa erróneamente el lago Trasimeno a la izquierda del ejército romano (*Pun.* V, 4), mientras que Polibio es más exacto al indicar que Aníbal perseguía a los ejércitos romanos que tenían el lago a su derecha y las montañas de la cercana Cortona a la izquierda[125]. Este dato, a primera vista insignificante, revela que Silio no acudió a Polibio, al menos sobre este particular.

---

[124] Cfr. J. Nicol (1936), p. 124.

[125] Concluyen P. Miniconi y G. Devallet (1979), «Introducción», p. XLV: «¿Es verosímil que Silio, que se disponía a narrar el primero de los grandes desastres romanos, haya cometido tal error si hubiera consultado a Polibio? Y si esta fuente le era familiar, ¿no era precisamente la ocasión de recurrir a ella?».

Una segunda prueba que refutaría la posible influencia del historiador en la obra épica de Silio sería lo que el griego nos cuenta a propósito del paso de los Alpes por parte de las tropas de Aníbal: al parecer, los líderes cartagineses habrían instigado a sus tropas a practicar el canibalismo para sobrevivir en tan penosas condiciones[126]. Esta afirmación, que encerraría una calumnia por parte de un historiador incondicional del bando romano, se prestaba grandemente a la inclusión en el *epos* de nuestro autor, merced al carácter macabro y sombrío del pasaje, susceptible de un tratamiento épico[127].

En suma, y a pesar de que Silio sigue a grandes rasgos el esquema general de Livio, no son pocos los autores que atisban en *Punica* una serie de elementos tomados de Ennio, e incluso Salustio, y tal vez también de Polibio, Diodoro de Sicilia o Plutarco. Además, para las digresiones de carácter geográfico, Silio parece tener en cuenta las obras de Timeo, Trogo, Filisto, Catón, Cn. Gelio, Varrón o Posidonio.

3.4.2. Fuentes épicas

3.4.2.1. Silio Itálico y la épica tradicional (Homero y Ennio)

Para un poeta épico resultaba imposible concebir su obra sin mencionar explícita o implícitamente al modelo más primitivo con que contaba el género: el griego Homero[128]. Silio no podía ser menos, e incluye al anciano poeta en el desfile de personajes que Escipión contempla durante su estancia en el mundo de los muertos (*Punica* XIII, 778-797)[129].

---

[126] Cfr. POLIBIO, *Hist.* 9.24.6.

[127] A esto hay que sumar, dato que no tienen en cuenta los editores franceses, que Silio alude ya, en el relato del asedio de Sagunto, a la posibilidad de este tipo de prácticas entre los sitiados (*Pun.* II, 521).

[128] Sobre este particular, cfr. H. JUHNKE (1972).

[129] «En ese instante, el joven pudo ver una figura caminando por los límites del Elíseo; una cinta púrpura le sujetaba recatadamente los cabellos, que caían sobre el reluciente cuello: "Dime, virgen, ¿quién es éste? Su divina frente resplandece con un brillo especial, muchas almas lo siguen admiradas y lo acompañan entre gritos de alegría. ¡Y qué semblante! Si no estu-

Dejando a un lado una serie de recursos y lugares comunes que en tiempos de Silio se sentían ya como constitutivos del género épico, precisamente por haber sido introducidos primeramente por Homero y legitimados luego para la literatura latina por Virgilio, debemos llamar la atención sobre algunos elementos *típicamente homéricos* que Silio incluye en *Punica* sin tener en cuenta el modelo virgiliano. Así, Von Albrecht o Juhnke[130] hablan del paralelismo entre Escipión y Aquiles, en especial a la hora de tratar el episodio de las competiciones, que tanto en *Ilíada* como en *Punica* ocupan el penúltimo canto.

Otro episodio que denota la estrecha afinidad entre la epopeya siliana y el obligado precedente homérico sería la despedida entre Aníbal y su esposa Imilce (III, 61-157), muy semejante a la que aparece en *Ilíada* VI, 392-493, entre Héctor y Andrómaca. Asimismo, tanto Silio como Estacio echan mano de la batalla que Aquiles libra con el río Escamandro (*Ilíada* XXI, 234 ss.), incluyendo en sus poemas sendos enfrentamientos entre Escipión y el Trebia (*Pun.* IV, 570-703) y de Hipomedonte con el Ismeno (*Teb.* IX, 404 ss.).

Este hecho denota que Homero seguía teniendo influencia e interés en los poetas latinos del siglo I, por cuanto tomaban algunos recursos directamente de la fuente griega. No obstante, lo más común es reconocer dichos elementos homéricos indirectamente, vía Virgilio, y comprobar estos lugares comunes tradicionales del género a través del tamiz de la *Eneida*. Así ocurre con la bajada al inframundo[131]. Ciertamente, en Silio se atisba

viese en las tinieblas de la Estigia, fácilmente diría yo que se trata de un dios". "No te equivocas", dijo la sabia compañera de Trivia, "tuvo todo el derecho de parecer una divinidad, y en su gran corazón había un genio inmenso. Con su poesía abarcó la tierra, el mar, las estrellas y los manes. Igualó a las Musas con su canto y a Febo con su honor. Y todas estas cosas las reveló detalladamente al mundo, antes incluso de haberlas visto, y ensalzó vuestra querida Troya hasta las estrellas". Contemplando esta sombra con ojos llenos de júbilo, Escipión señaló: "Si los hados permitieran ahora que este poeta inspirado cantara las gestas del pueblo de Rómulo por todo el mundo, con su testimonio estas mismas gestas se transmitirían engrandecidas a las generaciones futuras. ¡Dichoso Eácida, que tuviste la suerte de que semejante voz te diese a conocer por todas las naciones! Tu valor se vio aumentado con su poema".»

[130] M. von Albrecht (1964), p. 148; H. Juhnke (1972), p. 222.

[131] Cfr. M. BILLERBECK (1983) o H. Juhnke (1972), pp. 400 ss.

una refundición de los motivos, temas y episodios característicos del género épico desde Homero, rasgos todos que adquirieron carta de naturaleza en la literatura latina con la aparición de la *Eneida* virgiliana. Como señala Von Albrecht, «aunque [Silio] utiliza directamente la *Ilíada*, en general la ve a través del prisma de la *Eneida*»[132].

Los estudiosos siempre han considerado que Silio conocía de primera mano los *Annales* de Ennio[133]. A la coincidencia del tema de la Segunda Guerra Púnica, que el arcaico también trata en su poema y que agrupa a ambos autores dentro del género épico de tema histórico, hay que sumar la respetuosa y sincera mención que, por boca de Apolo, Silio dedica al poeta de Rudias, elogiando su doble faceta de poeta y guerrero: «Pero tú, Calíope, permite que nuestra obra transmita a los tiempos venideros las hazañas apenas conocidas de un gran hombre y dedicar al poeta inspirado el honor que merece. Ennio, de la vieja estirpe del rey Mésapo, se batía en primera línea, y la ilustre distinción de la cepa latina adornaba su diestra. La escabrosa tierra de Calabria lo enviaba, en la vetusta Rudias nació. Hoy Rudias es un nombre conocido sólo por su hijo. Lo mismo que en otro tiempo el poeta tracio, cuando Cícico se lanzó contra Argo, que la atacaba, soltó su plectro para arrojar sus dardos rodopeos, así también podía verse a Ennio causando no poco estrago entre los guerreros; y el ardor de su diestra crecía a la par que el número de sus víctimas» (*Pun.* XII, 390-402). Continúa Silio aludiendo a la condición de Ennio como pionero en la narración en «verso ilustre» de un acontecimiento célebre del pasado de Roma. En este sentido, por ser el primero en narrar en hexámetros los hechos guerreros de la vieja Roma, Ennio queda ya encumbrado en el Helicón, a la altura del mismísimo Homero (vv. 410 ss.).

Hay que subrayar, no obstante, lo complicado que resulta averiguar en qué medida Silio se sirve de los *Annales*, en vista de lo poco que de la obra enniana ha llegado hasta nosotros.

---

[132] M. von Albrecht (1999), p. 887.

[133] Cfr. M. von Albrecht (1964), pp. 161-164; M. Bettini (1977); A. Klotz (1927), col. 83.

Por lo demás, y mención hecha de la coincidencia en cuanto al género épico de corte histórico que ambos autores practican, rasgos como el relato más o menos lineal de los hechos y la pluralidad de héroes que se dan cita en el poema siliano recuerdan un poco la manera de Ennio. Autores como Klotz o Von Albrecht dan por sentado que Silio tuvo pleno conocimiento de la epopeya enniana. Bettini, por su parte, viene a decirnos que, preferentemente, la influencia de Ennio en Silio es más factible en cuanto a la «forma de los contenidos», esto es, a la narración, por parte de ambos, de acontecimientos reales. En el terreno de los recursos expresivos, sin embargo, es más difícil aventurarse a establecer correspondencias y paralelismos, habida cuenta del clasicismo de Silio y su obediencia al modelo virgiliano, al que había que seguir en la época como patrón oficial dentro del género.

Por lo demás, los contenidos que Ennio nos narra a propósito de la guerra de Aníbal vienen a ocupar los libros VIII-IX de sus *Annales*, y en ellos prima la estructura lineal, propia del género historiográfico de los analistas, por encima de la mayor ampliación o reducción cronológicas que vemos en *Punica*. Como ejemplo, podemos decir que el libro VIII de *Annales* reflejaría lo que Silio aborda en sus primeros 14 libros, mientras que el libro IX se corresponde con los tres últimos libros de *Punica*.

En cuanto a la forma, en V, 189 («ac tuba terrificis fregit stridoribus auras») Silio reproduce la famosa expresión enniana «at tuba terribili sonitu taratantara dixit» (*Ann.* 140), si bien Virgilio ya había hecho lo propio en *Eneida* IX, 503 («at tuba terribilem sonitum procul aere canoro»), por lo que no podemos averiguar si Ennio es, en este caso concreto, fuente directa de Silio. Otro ejemplo puede ser el de los honores fúnebres que Aníbal dispensa a Paulo Emilio, tomado quizá de los que Pirro ordena para los enemigos muertos después de la batalla de Heraclea (Ennio, *Ann.* VI, 187 ss.).

En líneas generales, todo cuanto Silio pudo tomar del arcaico se centra, sin duda, en el aspecto temático, dejando a Virgilio como patrón más importante en el terreno formal. Y ello en vista de la materia tratada, que coincide en ambos autores, así como del plan que los dos épicos se proponen: elaborar una epopeya sobre Roma partiendo de hechos reales narrados de forma cro-

nológica, siguiendo la técnica historiográfica analística. Por ello, habría que señalar la posibilidad de que Silio concibiera su *epos*, en un primer momento, como un poema en 18 libros, a la manera de los *Annales* de Ennio. No obstante, y a pesar de una serie de ecos ennianos visibles en la forma, Silio seguiría el estilo virgiliano principalmente.

3.4.2.2. Silio Itálico y Virgilio

Si bien es cierto que Livio, merced a su elevado tratamiento del tema y a su consideración de la Segunda Guerra Púnica como uno de los periodos más heroicos y grandiosos de la historia de Roma[134], proporciona a Silio el argumento y la legitimación necesaria para llevar a cabo su epopeya, no lo es menos que Virgilio es, para el autor de *Punica*, quien marca la pauta, el modelo literario que debe imitarse[135]. Y ello no sólo desde el punto de vista formal, sino también, y muy especialmente, en cuanto a contenido. En este sentido, «la impronta virgiliana es mucho más visible en Silio Itálico que en Valerio Flaco o Estacio: esta persistencia de los motivos de la *Eneida* se explica por el proyecto mismo de Silio»[136]. En efecto, Virgilio ya alude al principio de la *Eneida* a la eterna enemistad entre Roma y Cartago: «Hubo una antigua ciudad (colonos tirios la ocuparon), Cartago, situada frente a Italia y las bocas del Tíber, poderosa en riquezas y tremendamente implacable por su inclinación a la guerra» (*Eneida* I, 12-14). En el libro X, además, pone en boca de Júpiter el siguiente vaticinio en torno al futuro que aguarda a Roma y Cartago: «Llegará el momento justo para luchar (no lo anticipéis), cuando la fiera Cartago cause grandes estragos en las ciudadelas romanas y abra los Alpes: entonces se podrá rivalizar en odio,

[134] Cfr. E. J. Kenney y W. von Clausen (1989), pp. 646-647: «Los *Punica* son un himno a la diosa Roma. Describe ese heroico periodo de tribulación seguida de triunfo, en que los romanos, humillados por la derrota, se levantaron de ella para dominar el mundo. Un tema conmovedor: Livio lo había relatado en una prosa de considerable grandeza».

[135] Cfr. J. Lorenzo (1978), p. 20; M. T. V. Wallace (1957), p. 160.

[136] P. Miniconi y G. Devallet (1979), «Introducción», p. LV.

entonces se podrá usar la fuerza» (*Eneida* X, 11-14). Esta revelación viene a presentarnos, precisamente, el episodio bélico que nos relata Silio en sus *Punica*.

Pero, volviendo al principio de la *Eneida*, observamos que, nada más empezar su relato (vv. 12-33), Virgilio esboza y sugiere las causas del odio que Juno siente hacia los troyanos, en general, y hacia Eneas, en particular. Este mismo odio, Silio lo retomará (I, 21-37), haciéndolo extensible a los romanos, descendientes del troyano, sintomáticamente denominados *Aeneadae* ya en el verso 2[137].

La colonia tiria de Cartago se nos muestra ya desde el principio del relato virgiliano como el enemigo natural e inveterado de los troyanos, del mismo modo que Juno, enojada con la raza troyana, toma partido por el bando cartaginés. Paralelamente, en la obra siliana, Juno se erige en la diosa protectora que vela por Aníbal y su causa, en contra de los romanos, descendientes de Eneas[138]. De este modo, al tema histórico que impulsa la composición de *Punica* hay que superponer la dimensión mitológica que se vislumbra ya desde los primeros versos y, al hilo de esto mismo, Aníbal no será más que el instrumento del que Juno se sirve para aplacar su odio hacia la raza troyana que los romanos representan.

Uno de los puntos en que más claramente se observa la viva conexión entre *Punica* y *Eneida* es en el fatídico episodio entre Dido y Eneas. Cuando el troyano, empujado por la divinidad a cumplir con su ineludible deber, se ve forzado a abandonar a la reina Dido, ésta lanza una maldición para el causante de sus males y para toda su descendencia: «Esto imploro, estas últimas pa-

---

[137] Las simpatías de Juno hacia Cartago, así como su animosidad hacia todo lo que tenga que ver con Troya, derivan, como el propio Virgilio nos dice, de que en la ciudad africana tenía la diosa sus armas y su carro, pero muy especialmente, de la profecía que había llegado a sus oídos, según la cual una rama de sangre troyana habría de destruir Cartago. Este hecho venía a acrecentar su odio a Troya, motivado por el juicio de Paris, y también por la relación de su esposo Júpiter con el troyano Ganimedes.

[138] Ya hemos señalado que la primera vez que Silio se refiere a los romanos como *Aeneadae* es en I, 2. Sin embargo, es constante la alusión a los mismos con epítetos y denominaciones que evocan sus orígenes troyanos: dardanio, dardánida, frigio, ideo, ilíaco, reteo, teucro, troyano, etcétera.

labras derramo al tiempo que mi sangre. Perseguid luego con odio vosotros, tirios, a su estirpe y a todas las generaciones venideras, haced esta ofrenda a mis cenizas. Que no haya amor ni alianzas entre los pueblos. Que de mis huesos surja un vengador que persiga a hierro y fuego a los colonos dardanios, ahora o luego, cuando se disponga de las fuerzas necesarias. Costas enfrentadas a sus costas os pido, olas enfrentadas a sus aguas, armas a sus armas: que luchen ellos mismos y sus descendientes» (*Eneida* IV, 622-629).

Así las cosas, las sugerencias y alusiones de Livio, unidas al triste episodio entre Dido y Eneas, sirven a Silio para presentar y justificar su narración en torno a la Segunda Guerra Púnica, la guerra de Aníbal. En efecto, éste se erige en el portavoz de la maldición de Dido a Eneas y los Enéadas, convirtiéndose así en el vengador de la despechada reina. La leyenda amorosa entre ambos personajes constituye, por lo tanto, el mítico origen de unos acontecimientos históricos. La *Eneida* resulta ser, en definitiva, el punto de partida para *Punica* o, si se prefiere, la Segunda Guerra Púnica es la consecuencia histórica que completa la narración legendaria[139]. Así, Silio retoma el relato donde Virgilio, su modelo, lo dejó. Desde los primeros versos de *Punica*, Aníbal es el designado por Juno para vengar el mal hecho a su predilecta ciudad y para cumplir la maldición de Dido. Como señalan Ahl, Davis y Pomeroy[140], Juno no ha olvidado su odio a Troya y Eneas, y tratará de tomar venganza en sus descendientes, los romanos. Es sintomático, además, que sólo unos versos después[141] Silio introduzca la leyenda amorosa de Dido y Eneas, el que podría considerarse el auténtico *leitmotiv* de la epopeya siliana.

Un poco más adelante, Silio nos presenta el juramento que Aníbal presta a su padre Amílcar, en el que promete llevar a cabo la devastación de Roma. Curiosamente, este juramento tiene lugar en el templo de Dido en Cartago. Por si fuera poco, la descripción del templo en cuestión no sólo imita el tono virgiliano, sino que a veces Silio calca la expresión que emplea su modelo, con lo que

[139] Cfr. M. von Albrecht (1964), pp. 52 ss.
[140] Cfr. F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2495.
[141] *Punica* I, 81 ss.

la constante presencia de la epopeya de Eneas en la obra siliana es algo que se respira a cada paso y resulta incuestionable[142].

Pero no queda ahí la cosa: el juramento prestado por Aníbal enlaza y retoma la maldición que lanza Dido y que ya hemos mencionado más arriba, por lo que, cotejando ambas obras, se tiene la impresión de que *Punica* es la culminación de lo que en la *Eneida* quedó inconcluso y en el aire, esto es, el encarnizado enfrentamiento entre Roma y Cartago.

Asimismo, cuando Silio describe, en el libro II (vv. 412-428), el escudo que se entrega a Aníbal, todo el relato está lleno de reminiscencias y evocaciones de la desdichada relación entre Dido y Eneas[143]. La descripción de las imágenes cinceladas en relieve dentro de un escudo constituye un motivo que se repite una y otra vez en los poemas épicos, y Silio, como era de esperar, no iba a ser una excepción. Así, recurre al patrón que tiene siempre en mente y que, además, guarda relación con el tema que nos narra.

Otro de los elementos que con mayor claridad revela la perfecta sincronía y correlación que existe entre la *Eneida* y los *Punica*, al tiempo que identifica a Aníbal como el genuino y único vengador posible de la despechada Dido, es la aparición, en el libro VIII, de la ninfa Anna Perenna. Cuando, por culpa de la táctica dilatoria que emplea Fabio Cunctátor, el general cartaginés comienza a desalentarse y a perder la esperanza de lograr una victoria total sobre Roma, Juno envía a Anna Perenna, ninfa del río Numico que Silio, siguiendo a Ovidio (*Fasti* III, 523-656), identifica con Anna, la hermana de Dido. En el pasaje, Silio nos cuenta cómo Anna, perseguida por su hermano Pigmalión tras la muerte de la reina Dido, se ve obligada a huir hasta que, al fin, arriba a las costas de Italia, donde es recibida por Eneas. Una vez que el héroe le ofrece su hospitalidad, la joven le cuenta todo lo sucedido después que abandonara Cartago precipitadamente: la desesperación de la reina, su locura y desazón, su posterior suicidio... Como infeliz advenediza en busca de refugio, Anna se ve forzada a obviar algunos aspectos de su relato que en absoluto

[142] A este respecto, cfr. F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2496.

[143] Cfr. P. Venini (1991), pp. 1191-1200. Y también D. W. T. C. Vessey (1975), pp. 391-405.

convenían en su situación, aspectos que sí están presentes en la *Eneida*, y muy especialmente la maldición que Dido lanza contra Eneas y todo su pueblo.

Desgraciadamente, la laguna que existe en VIII, 144-225 no nos permite descifrar la intención que el autor perseguía con la inclusión de Anna en su relato. La edición aldina de 1523 nos ofrece los versos que faltan y que se han venido introduciendo normalmente en todas las ediciones y traducciones. No obstante, nada cierto se sabe en torno a su autenticidad[144]. De cualquier manera, parece claro que el papel desempeñado por Anna en la obra es el de anunciar al desanimado Aníbal su inminente éxito en la batalla de Cannas, algo que, por otra parte, resulta ambiguo y confuso, pues, ¿cómo una divinidad venerada por los romanos, habitante del río Numico y vecina, por tanto, del dios Indígete, Eneas, puede ir en contra del pueblo que la acogió y favorecer a su mayor enemigo, Aníbal? Además, ¿por qué Eneas no puede hacer lo propio con los suyos?

Hay, asimismo, otros muchos aspectos que Silio toma prestados de la *Eneida* y que, por así decirlo, continúan o se complementan con el relato virgiliano. Así, por ejemplo, en *Punica* se respira el mismo sentimiento de profunda simpatía y conmiseración hacia Dido y en contra de Eneas[145], que se atisba en la obra que sirve a Silio de modelo. Antes al contrario, «si alguien es tachado de perfidia y duplicidad en *Eneida* IV, ése es el propio Eneas»[146]. Como más adelante señalan Ahl, Davis y Pomeroy, si bien la guerra entre Cartago y Roma fue provocada por la perfidia y la ruptura del tratado del Ebro por parte de Aníbal, no es menos cierto que, en los míticos orígenes del conflicto entre ambos pueblos, es Eneas el que rompe su compromiso con Dido, cuando la abandona para cumplir con su grandiosa misión. De este modo, el quebrantamiento de la palabra dada (o, como Silio no cesa de repetir,

---

[144] Cfr. W. E. HEITLAND, «The great *lacuna* in the eighth book of Silius Italicus», *Journal of Philology* 24 (1896), pp. 188-211. Muy acertadamente, Ahl, Davis y Pomeroy subrayan el hecho de que la otra laguna de considerable extensión que conocemos en la épica latina (*Eneida* II, 567-588) no deja tampoco muy bien parado a Eneas, y de ahí, tal vez, su eliminación.

[145] Cfr., por ejemplo, el aire similar que presentan *Eneida* IV, 305 ss. y *Punica* VIII, 109 ss.

[146] F. M. AHL, M. DAVIS y A. POMEROY (1986), p. 2498.

la *perfidia*), se constituye en raíz y germen de todo el conflicto, y, de igual manera que Aníbal se erige en vengador de Dido abandonada por Eneas, los descendientes de éste, los romanos, habrán de castigar la traición de Aníbal, la ruptura del pacto acordado tras la Primera Guerra y la conquista de Sagunto, refugio de la *Fides*.

Por otra parte, hay diversos motivos presentes en el poema de Virgilio que Silio adopta, y a la vez adapta, a la circunstancia particular del tema que nos narra en *Punica*. De este modo, y no sin un cierto aire irónico, pone en boca de Aníbal una alocución en la que nombra a diversos personajes romanos ilustres, desaparecidos durante la contienda: «Y bien, ¿dónde están ahora los Gracos, dónde aquellos dos rayos de la guerra, los Escipiones?» (*Pun.* VII, 106-107). Aníbal se refiere, particularmente, a Ti. Sempronio Longo, Ti. S. Graco y los dos Escipiones muertos en Hispania (el padre y el tío de Africano). Sin embargo, y en última instancia, Silio tiene en mente el pasaje virgiliano en que Anquises, durante la catábasis de Eneas, revela a su hijo el nombre de personajes que contribuirán decisivamente a que Roma sea la dueña y señora del mundo: «¿Quién puede olvidar la nobleza de los Gracos, o a aquellos dos rayos de la guerra, los Escipiones, perdición de Libia» (*Eneida* VI, 842-843). Los Gracos y Escipiones a los que alude Virgilio en este pasaje no son los mismos a los que alude Aníbal: se trata, por un lado, de los dos famosos tribunos de la plebe, Tiberio y Gayo; y por otro, a los dos Escipiones de sobrenombre Africano, vencedores, respectivamente, en la Segunda y Tercera Guerra Púnica.

Más sintomático y esclarecedor aún resulta el parecido entre el pasaje de *Punica* XII, 734-740 y el de *Eneida* II, 25-39. En el primero, Aníbal obedece a Juno y desiste en su empeño por atacar Roma justo cuando se halla ante sus puertas. Paralelamente, en *Eneida* II, 27 ss., los troyanos observan incrédulos y atemorizados cómo los griegos abandonan el asedio de su ciudad y dan la espalda. Pero, a diferencia de la de los griegos, la retirada de Aníbal no es fingida. Lo que Silio pretende, en suma, es refundir y adaptar los motivos virgilianos, darles la vuelta, llevarlos a su propio terreno y acomodarlos a los contenidos que narra. A propósito de esto mismo, se observa un punto de conexión entre el libro II de *Eneida* y el XII de *Punica*. Ambos libros resultan trascendentales para el desarrollo posterior de los acontecimientos: la derrota troyana

es el punto de partida para la huida de Eneas y, por ende, para la fundación de lo que algún día sería Roma. La retirada de Aníbal es, en definitiva, un punto de inflexión de la situación, puesto que presupone el resurgir de una Roma decaída y el principio de su grandeza y pujanza. Así, todo concuerda y enlaza perfectamente: Silio evoca un pasaje virgiliano que, en última instancia, guarda bastante relación con el contenido que en ese momento nos está narrando, y lo adapta e incluye de forma original en su relato, dando la vuelta, versionando el texto de *Eneida*. De este modo, sigue el modelo prescrito sin dejar de mostrarse original[147].

No obstante, en *Punica* hay otros muchos elementos que convierten a Silio Itálico en deudor de Virgilio y, además, en el continuador de la historia narrada. En efecto, y por más que Silio maneja un tema histórico y real, el tratamiento del mismo es a todas luces épico y, sobre todo, virgiliano. De ahí que, por ejemplo, se observen otra serie de paralelismos sobre los que aún no hemos incidido y que Von Albrecht recoge en más de una ocasión[148]:

Tanto en *Eneida* como en *Punica*, el último libro presenta una conversación entre Júpiter y Juno que precipita el final de la contienda hacia la victoria final «romana» (*Punica* XVII, 341-384; *Eneida* XII, 791-842).

La tempestad que Virgilio sitúa al principio de su relato (I, 86 ss.) sirve de modelo a la que Silio incluye al final del suyo (XVII, 236 ss.), y en ella se aparecen todos los elementos que definen al tópico dentro del género épico ya desde Homero: la divinidad suscita la tempestad; se produce la misma; el héroe lamenta su infortunio; tiene lugar el naufragio; otra divinidad implora el fin del temporal; se recobra la calma[149].

En ambas obras, el libro II nos muestra el relato de una ciudad destruida. Es así como Sagunto se convierte en una nueva

---

[147] Como dicen F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2501, «*Punica* 12 termina donde *Eneida* 2 empieza. Silio no sólo ha dado la vuelta a los motivos virgilianos. Está haciendo mucho más que tratar la *Eneida* como una cantera de ideas, expresiones y motivos. Aunque su íntimo conocimiento de la *Eneida* está en el meollo de *Punica*, él reelabora lo que está usando, con vistas a un resultado bueno y original».

[148] Cfr. M. von Albrecht (1964), pp. 166-184; del mismo autor (1999), p. 887.

[149] Cfr. J. VILLALBA ÁLVAREZ (2004).

Troya. A este respecto, esta ciudad refugio de la *Fides* se erige en trasunto y calco de Roma. Las murallas de Sagunto, fundadas por Hércules, prefiguran la muralla que constituyen los Alpes, hollados únicamente por el legendario héroe hasta la llegada de Aníbal.

Aníbal se corresponde, como «héroe negativo» protegido por Juno, con Turno. En cambio, Eneas no presenta un correlato en *Punica*, a no ser el de Roma personificada; etc.

El episodio de la virgen guerrera de *Pun.* II, 56 ss. recuerda bastante al de Camila en *Eneida* VII, 803 ss. En este mismo sentido, las pinturas que Aníbal manda destruir en el templo de Literno (*Pun.* VI, 653 ss.) representan escenas de la guerra de Troya que hacen llorar a Eneas en *Eneida* I, 453 ss. La acogida que Evandro ofrece a Eneas (*Eneida* VIII, 252 ss.) se ve reflejada en la que Sífax dispensa a Escipión (*Pun.* XVI, 190 ss.). Asimismo, la serpiente de *Pun.* XIII, 29 evoca la que Yulo mata en el país del rey Latino, en *Eneida* VII, 485 ss.; etc.

En definitiva, podríamos decir que Silio compone un poema épico cuyo contenido es histórico y real, y lo dota de matices legendarios y gloriosos. Por ello mismo, y a diferencia de Lucano, incluye toda la maquinaria épica vigente en la *Eneida*, que se convierte así en su modelo de composición. En suma, el autor de *Punica* adorna y decora la materia histórica con los aspectos formales tradicionales del género, visibles en Virgilio sobre todo, «como piedras preciosas que introduce oportunamente en su mosaico histórico»[150].

En cada momento, a cada paso que leemos *Punica*, nos viene a la mente alguna descripción, alguna comparación, algún giro virgiliano. Silio nos relata, en definitiva, un acontecimiento histórico siguiendo el lenguaje artístico y el estilo que se percibe en la *Eneida*. A esto hay que unir que el autor de *Punica* siente su epopeya como una continuación histórica de los tiempos legendarios descritos por el mantuano. Así, a la similitud y proximidad estrictamente formal entre ambas obras hay que unir la vinculación también desde el punto de vista del contenido, por más que el del modelo sea mítico y el de su seguidor, histórico.

[150] M. VON ALBRECHT (1999), p. 888.

3.4.2.3. Silio Itálico y Lucano

De las dos corrientes poéticas antagónicas que Silio podía seguir a la hora de componer sus *Punica*, la *Eneida* y la *Farsalia*, nuestro autor se decanta fundamentalmente, como acabamos de ver, por un tratamiento virgiliano de la materia histórica. De ahí que, pese a desarrollar un tema perteneciente al pasado de Roma (aspecto en el que imita a Lucano), siga, sin embargo, los dictados formales vigentes en Virgilio. De este modo, pasa unos acontecimientos reales a través del tamiz de la épica tradicional, al más puro estilo de la *Eneida*.

No obstante, son muchos los estudiosos[151] que han subrayado las semejanzas que, en algunos aspectos, la obra de Silio presenta con respecto a la *Farsalia* de Lucano, aparecida unos años antes y que pasaba por ser una epopeya tremendamente moderna e innovadora que rompía con el modelo virgiliano. En efecto, la obra lucánea se caracteriza por la ausencia de aparato divino y legendario. Mientras en la *Eneida* se pasa revista a toda una serie de convenciones épicas relacionadas con la obligatoriedad del *fatum* y la superioridad de los dioses sobre la actuación de los hombres, en la *Farsalia* cobra gran importancia la lucha psicológica, el conflicto interno entre dualidades y, en definitiva, la introspección, por encima de cualquier tipo de heroicidad que no sea la derivada del comportamiento estoico de algunos personajes, en especial Catón[152].

Otro de los argumentos que emplean los estudiosos para relacionar la obra de Lucano a la de Silio es la situación de ésta a medio camino entre la *Eneida* y *Farsalia*[153], en la medida en que

---

[151] Cfr. M. von Albrecht (1964), pp. 164 ss.; J. H. Brouwers (1982), pp. 73-87.

[152] Cfr. A. Alvar Ezquerra (1998), p. 53: «El tema central del poema no es ni el pasado legendario de Roma ni su espléndida proyección de futuro, sino la guerra civil que la ha destruido y que, como reflejo de ese pasado, ha acabado con las libertades en los días del poeta [...]. En su poema no tienen cabida ya los dioses, y en cuanto a héroes, si es que los hay –descontada la figura de Catón, de escasa utilidad literaria como protagonista absoluto–, son en realidad los antihéroes cuyo modelo debería evitarse por perjudicial y dañino para Roma».

[153] Así lo dicen, entre otros, F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2501, cuando consideran a Silio el preludio de Lucano (obviamente en cuanto a la cronología de los hechos narrados, nunca en cuanto a la fecha de composición).

podría establecerse una línea cronológica que englobaría a las tres obras y que comenzaría con la época legendaria que nos retrata Virgilio, en la que se describirían los orígenes míticos de Roma. A continuación, habría que colocar la Segunda Guerra Púnica narrada por Silio Itálico: se trataría ya de un periodo histórico, pero provisto de rasgos legendarios y heroicos, como el propio Silio nos cuenta, parafraseando a Livio. Además, este periodo de la historia de Roma supone el germen de su grandeza, por cuanto supo sobreponerse a una serie de derrotas que a punto estuvieron de devastarla por completo y lograr así la supremacía en todo el Mediterráneo. Finalmente, el poema de Lucano vendría a cerrar el ciclo vital de Roma, y reflejaría, como algunos señalan, su fin, la pérdida de la libertad que personificaba Pompeyo y la llegada del tirano César.

En este proceso nacimiento-desarrollo-muerte que encarnan, respectivamente, *Eneida*, *Punica* y *Farsalia*, algunos autores como Ahl, Davis y Pomeroy contemplan la epopeya siliana como un «puente entre las antitéticas obras maestras de Virgilio y Lucano, creando de este modo una trilogía que va desde la fundación de la raza romana hasta la aniquilación de la libertad romana [...]. De hecho –prosiguen estos autores–, el talante y la textura de *Punica* sugieren un mundo a medio camino entre el de *Eneida* y el de *Farsalia*»[154].

De esta manera, *Punica* vendría a rellenar el hueco existente entre los albores de Roma, con un futuro prometedor repleto de sueños y esperanzas, y, por otra parte, la libertad perdida que simboliza la batalla de Farsalia. No obstante, debemos incidir en que el abismo que separa ambas cumbres del género épico en Roma no obedece exclusivamente al tema y los contenidos que cada obra en particular nos relata, sino que guarda también una estrecha conexión con la época en que cada autor compone su poema. Así, la *Eneida* nace al amparo de un momento de gran exaltación nacional, de ilusiones ante el proyecto de restauración de las viejas costumbres que propugna Octavio. Al hilo de esto mismo, no debemos olvidar que Lucano compone *Farsalia* en un momento lleno de sombras, en una época especialmente pesi-

[154] F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2501.

mista como es la tiranía de Nerón, tiranía que no es sino el reflejo de la que César impone tras derrotar a Pompeyo. Y, en medio de ambas, los *Punica* de Silio Itálico. Como señalan Ahl, Davis y Pomeroy, «después que Virgilio hubo escrito la *Eneida* y Lucano la *Farsalia*, el tópico más lógico que quedaba a la épica nacional era, sin duda, el de las Guerras Púnicas»[155]. Por reflejar el carácter heroico y glorioso de Roma en momentos de grandes apuros e incertidumbres, «una interpretación épica de la Segunda Guerra Púnica debía haber existido mucho antes»[156]. El relato siliano aparece, en suma, como el reflejo de la *virtus* romana en estado puro. *Punica* representa los valores que hicieron grande a Roma en un momento determinado de su historia, precisamente cuando estuvo a punto de sucumbir ante el poder casi invencible del cartaginés Aníbal. Pese a la procedencia histórica de los acontecimientos que Silio nos relata, el episodio de la guerra contra Aníbal estaba fuertemente teñido de matices heroicos, y carecía en la literatura latina de un poema épico que valorara y destacara su grandeza, y ése es el propósito que persigue Silio.

Como referente más próximo a la hora de elaborar un poema épico de tema histórico, nuestro autor contaba con el precedente de Lucano. No obstante, y a diferencia de la *Farsalia*, Silio introduce en su obra todas las convenciones épicas tradicionales, todo el aparato divino y heroico que contemplamos en Homero o Virgilio. De este modo, y a primera vista, *Punica* se nos revela como un poema épico de tema histórico, pero tratado según la perspectiva y el arte de la épica tradicional, lo que lo aleja de la epopeya del cordobés. A ello contribuye, obviamente, la consideración de Roma como vencedora final: en la obra virgiliana, Eneas acaba estableciéndose al fin en Italia y serán sus descendientes los que, con el paso del tiempo, funden una nueva Troya que dominará el mundo. En *Punica*, Roma terminará sometiendo a la bestia cartaginesa. En cambio, el tono pesimista preside toda la narración de Lucano, hasta el punto de que la víctima final será la propia Roma, privada de la libertad y las virtudes que Catón representa, y sometida al poder tiránico de César.

---

[155] F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2493.
[156] F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2494.

Teniendo en cuenta que tanto Silio Itálico como Lucano recurren al género épico para escribir sobre acontecimientos reales, hemos de decir que el autor cordobés representaría mejor lo que puede denominarse épica histórica, por cuanto modifica ambos géneros reinventándolos. En efecto, y a diferencia de Silio, quien trata unos acontecimientos históricos según las convenciones de la épica legendaria e «irreal» que identificamos en Homero o Virgilio, Lucano sabe conciliar ambos géneros de manera magistral: por un lado, domina con gran talento la forma y la estructura épica, y asimila a la perfección la estructura dramática y la lucha de fuerzas en discordia que preside toda obra del género; por otro lado, se mantiene fiel a la verdad histórica.

En cuanto a Silio, si bien no falsea los acontecimientos en líneas generales, sí arrincona el elemento histórico en pro de las convenciones épicas recurrentes en los modelos del género, Homero y Virgilio[157]. Por así decirlo, en *Farsalia*, la balanza entre la historia y la épica se mantiene en equilibrio, en tanto que en la epopeya siliana el lado correspondiente a la imaginería poética pesa más que la observancia de la verdad; la historia se halla al servicio de la poesía o, incluso, a merced de ella.

Lucano narra los hechos desde la perspectiva filosófica y moral que le proporcionaba su adscripción al estoicismo imperante en la época: lo que lleva a cabo en *Farsalia* es una transposición psicológica de lo que podría denominarse épica «física». La acción es más espiritual e interior que material, de forma muy similar a como, en el género historiográfico, prevalece la abstracción de los hechos y su interpretación profunda sobre la descripción detallada de los mismos. La grandeza de Lucano y su portentosa modernidad reside en que sabe modificar ambos géneros, la épica y la historiografía, pasándolos por el tamiz de la filosofía estoica. Allí donde Virgilio (y Silio) introducen dioses y héroes, tempestades, enfrentamientos cuerpo a cuerpo, elementos cargados de patetismo, digresiones de diverso tipo, episodios espectaculares y macabros, etc., Lucano nos propone la confrontación de personalidades e ideas, situaciones y dilemas

[157] Cfr. F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2502; M. Wilson (1993), p. 218.

psicológicos. Este duelo de fuerzas «abstractas» más que físicas trae unas consecuencias morales que no se perciben en el modelo virgiliano: si en la *Eneida* el fin último que persigue el relato es la victoria de Eneas, *Farsalia* trata de convencernos de que el vencedor no siempre obtiene la victoria[158]. Antes que la aparatosidad perceptible en la epopeya de Homero, Virgilio o también Silio, en Lucano interviene la lucha estoica entre el bien y el mal: a juicio de la historia y desde la perspectiva estrictamente moral, el derrotado es a menudo el verdadero vencedor, el «vencedor moral». De este modo, «el Catón de Lucano comparte la convicción de Séneca y de otros pensadores estoicos, de que nada puede causar daño al hombre bueno. Sus juicios y tribulaciones son simplemente los medios que la Fortuna, el Destino o la Providencia [...] utilizan para poner a prueba su espíritu [...]. Para Lucano, la victoria no es prueba de la rectitud de una causa»[159]. Moralmente, terminan diciendo Ahl, Davis y Pomeroy, la derrota es mejor que la victoria, y eso es algo que se puede comprobar en la propia experiencia vital de Lucano, en su situación personal bajo Nerón[160].

Pues bien: si, como hemos señalado, la diferencia entre el tono glorioso y enaltecedor de *Punica* y el pesimismo que recorre *Farsalia* es manifiesta y evidente, también debemos decir que esta misma concepción estoica que se observa en Lucano y que considera la derrota como enaltecedora (paradójicamente) de la virtud, Silio la retoma y adopta para su obra, cuando insinúa que la grandeza de Roma sólo puede certificarse en medio de sus reveses. Aníbal es quien tantea y explora la fortaleza de Roma, no ya física, sino espiritual, principalmente. El autor de *Punica* se encarga de recordárnoslo en varias ocasiones. Así, en III, 571-586, Júpiter asegura a Venus que su raza

---

[158] Esta idea podría resumirse en la expresión «Venceréis, pero no venceréis».

[159] F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2503.

[160] Todo depende, en última instancia, de la motivación que impulsa a cada autor a componer su obra: Virgilio, que escribe al amparo de Octavio, exalta la grandeza romana y el advenimiento de una época llena de esperanza ante el futuro. Lucano, por el contrario, se muestra hostil a la tiranía de Nerón, lo que acabará llevándolo a la muerte; de ahí el pesimismo hacia Roma, presente por doquier en su poema.

seguirá habitando por mucho tiempo sobre la cima del Capitolio, aunque su intención, en ese momento, sea ponerlos a prueba.

> Así habló Venus. Su padre le contestó seguidamente con estas palabras: «No tengas temor, Citerea, ni te alarmes ante los propósitos del pueblo tirio. Tus descendientes ocupan todavía las alturas tarpeyas y las ocuparán por mucho tiempo. Mi intención es contemplar a estos guerreros en un conflicto de tan grandes dimensiones y examinarlos en combate. Esta raza curtida en las armas, que disfruta venciendo las penalidades, poco a poco va degenerando de las antiguas virtudes de sus antepasados. Y aquel pueblo, sangre de nuestra sangre, que jamás escatimó el derramamiento de sangre con tal de alcanzar la gloria, siempre sediento de fama, malgasta el tiempo escondido y sin actuar, dejando pasar su vida en silencio y sin gloria, mientras el valor se deja vencer y declina poco a poco por culpa del dulce veneno de la desidia. Reclamar para sí solos el dominio sobre tantas naciones resulta una empresa ingente que necesita de ímprobos esfuerzos. Vendrá un tiempo (tú serás testigo) en que la poderosísima Roma será más conocida por sus calamidades. Entonces, tales trabajos glorificarán nombres nada indignos de nuestra región celestial. Allí podrás ver a Paulo, allí estará Fabio y estará mi querido Marcelo, que tantos despojos me ofreció. A través de sus heridas engendrarán un imperio tan grande para el Lacio que sus hijos no podrán destruirlo pese al lujo excesivo y la degeneración».

Otro tanto cabe decir de IV, 603-604, donde, a modo de sentencia, Silio indica: «La adversidad descubre a los héroes y es en las dificultades donde el intrépido valor escala una dura pendiente hasta la gloria»[161]. Siguiendo los presupuestos de la doctrina estoica, la epopeya siliana pretende reflejar y exaltar la grandeza de Roma después de haberse hallado al borde de la ruina total. De ahí la importancia que reviste, en la arquitectura del

[161] «Explorant adversa viros, perque aspera duro / nititur ad laudem virtus interrita clivo.» Esta misma idea estoica de alcanzar la gloria a través del peligro se halla presente en SÉNECA, *De providentia* 5.1: «per alta virtus it».

relato, la batalla de Cannas, como reseñamos en el capítulo dedicado a la estructura de *Punica*, en esta misma «Introducción». Este episodio representa el momento crítico de la obra, donde Roma está más cerca de su perdición, pero también donde se manifiesta más claramente su resurrección de manera más patente se nos muestra su *virtus*; de ahí que esta batalla ocupe el centro de la narración. Cannas constituye, en suma, el punto de inflexión de *Punica*[162].

Al hilo de lo que dijimos a propósito de *Farsalia*, resulta paradójico que, cuando Roma sufre derrota tras derrota, sea justo cuando afloran los sentimientos patrióticos, las virtudes morales y, en definitiva, el espíritu que encumbró a los romanos a la supremacía mundial. Paralelamente, las sucesivas victorias bélicas que siguen al fracaso de Cannas y la erradicación de todos sus enemigos conducirán a los Enéadas a su decadencia, a la relajación de las costumbres, en suma, a la lucha fratricida que Lucano nos retrata en *Farsalia* y que el propio Silio experimentó en su propia vida, durante la tiranía de Nerón o la crisis del año 69.

De este modo, y por más que Miniconi y Devallet encasillan a Silio en el tipo de épica tradicional de dioses y héroes[163], en clara oposición al modelo «filosófico» y «modernista» que encarna Lucano, no es menos cierto que se vislumbra al mismo tiempo la dualidad estoica entre el bien y el mal y el conflicto que opone los hechos históricos reales a la lucha psicológica entre los personajes, tal y como apreciamos en *Farsalia*. La alusión constante a la *virtus* o algunos matices estoicos que caracterizan a determinados personajes de *Punica* contribuyen a acercar la epopeya siliana a *Farsalia*.

Si bien el tono patriótico y positivo que presenta *Punica* es marcadamente virgiliano, tampoco deja Silio a un lado las creencias filosóficas que impregnaban la literatura de su tiempo, creencias que percibimos en las tragedias de Séneca o en la *Farsalia* de Lucano. Este último reinventa el género épico, tiñéndolo de los matices filosóficos que regían su propia vida, y, al mismo tiempo,

---

[162] Cfr. F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2504.

[163] «La serie estereotipada de motivos guerreros heredados de la forma más antigua de epopeya.» Cfr. P. Miniconi y G. Devallet (1979), «Introducción», pp. XX-XXIII.

es fiel a los acontecimientos históricos que narra. Silio, pese a componer su poema desde la tranquilidad que le otorgaba su retiro y sus inmensos bienes, y manifestarse deudor de Virgilio tanto en la eterna enemistad entre Roma y Cartago como en el ámbito formal de su poema, no puede obviar las convenciones literarias y estéticas del momento en que escribe, y por ello da cabida en *Punica* a una serie de aspectos presentes en la epopeya lucánea, tales como la concepción de lucha psicológica de fuerzas, de dualidades en constante oposición, o también la profundidad ética y filosófica, la interpretación abstracta e introspectiva de los hechos «físicos». Por decirlo de algún modo, Lucano establece las bases de lo que podría denominarse, en rigor, «épica histórica», mientras que Silio, por su parte, compone algo así como un poema épico de tema histórico.

Por lo demás, existen otros elementos que relacionan *Punica* y *Farsalia*, como, por ejemplo, la estructura de ambas obras, centrada en una batalla que resultará crucial para el desarrollo posterior del relato: Farsalia abocará a Roma al fin de su libertad y al establecimiento de la tiranía; Cannas, por el contrario, trae consigo un futuro lleno de esperanza. En este sentido, además, el castigo a la perfidia que finalmente sufrirá Aníbal no deja de ser un punto de vista estoico. Todo ello redunda en la idea que Silio parece transmitir: la terrible derrota en Cannas supone la cumbre de la *virtus* romana. A partir de ahí, Roma evoluciona y se desarrolla hasta llegar a la situación que Lucano nos describe en *Farsalia*: las consecuencias de Cannas son, por un lado, la supremacía en todo el mundo. Por otra parte, sin embargo, la ausencia de enemigos externos provoca la pérdida de valores morales y desencadena la lucha fratricida que arruinará Roma. De este modo es como se vislumbra una estrecha conexión entre *Farsalia* y *Punica*, y sólo así adquiere valor la afirmación de Ahl, Davis y Pomeroy, acerca de la obra siliana como puente entre las epopeyas virgiliana y lucánea.

Otra característica que comparten *Farsalia* y *Punica* es la ausencia de un héroe que acapare la atención durante todo el relato, tal y como ocurre, por ejemplo, en la *Odisea* o en la *Eneida*. El único personaje omnipresente en la obra, el hilo conductor de la misma es, precisamente, el enemigo que acecha a Roma e intenta destruirla. A este respecto, son muchos los estudiosos que

han llamado la atención sobre el parecido entre los retratos de Aníbal y César.

Por último, observamos en *Punica* diversas referencias y guiños alusivos a la obra lucánea, que demuestran que Silio tuvo muy en cuenta el poema del cordobés al componer el suyo propio. Así, un general africano de la batalla de Zama lleva por nombre Anteo, nombre que evoca el rival de Hércules en el episodio que Lucano nos narra en *Farsalia* IV, 593 ss. Es también llamativa la mención que Silio hace de Lérida[164], donde cesarianos y pompeyanos se enfrentaron en el 49 a.C.; o Munda, lugar en que César acabó con Sexto y Gneo Pompeyo en el 45 a.C., acontecimientos todos que Lucano nos relata; y, muy especialmente, un verso más abajo, la alusión cargada de intenciones a Córdoba, lugar de nacimiento de Lucano. Como acaban diciendo Ahl, Davis y Pomeroy, «a pesar de la imitación y emulación de Virgilio, Silio comparte con Lucano una visión cínica y desencantada de su mundo contemporáneo, por más que no comparta la intensidad de la repulsión de Lucano hacia el mismo. Sin embargo, Silio no niega que Roma, en un momento, logró una grandeza que le ofreció la oportunidad de conquistar el mundo mediterráneo. Y Aníbal era tan esencial para esa grandeza como lo fueron Fabio, Paulo y Marcelo»[165].

3.4.2.4. Silio Itálico y Ovidio

Ya hemos aludido a la asimilación que los épicos del tiempo de los Flavios llevan a cabo en torno al material literario que los precede. De este modo, y como acabamos de ver, además de las epopeyas de Virgilio y Lucano, Silio debió de tener muy en cuenta la obra de Ovidio.

Bruère habla, en dos artículos[166], del *color ovidianus* que posee la epopeya siliana. En opinión de Miniconi y Devallet, esta seme-

[164] Cfr., respectivamente, *Pun.* III, 359 («quae Dardanios post uidit, Ilerda, furores»); *Pun.* III, 400-401 («et Munda Emathios Italis paritura labores / nec decus auriferae cessauit Corduba terrae»).

[165] F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2519.

[166] Cfr. R. T. Bruère (1958) y (1959).

janza entre ambos autores puede sorprender a primera vista, habida cuenta del carácter innovador que Ovidio aporta al género, un carácter que no vislumbramos en *Punica*, al menos de forma general.

Sin embargo, la introducción de pequeñas fábulas de corte mitológico, de etiologías y digresiones de diverso tipo recuerda bastante la épica neotérica y alejandrina que practica Ovidio, una épica cuya forma de expresión más representativa es el epilio. Y no hay que olvidar que *Metamorfosis* no deja de ser una suma de epilios, de pequeñas narraciones en torno al tema común de las transformaciones.

En alguna ocasión se ha incidido en el anticlasicismo que demuestra un autor como Valerio Flaco[167], y ello a pesar de que Quintiliano alaba su buen gusto y su conveniente emulación del modelo oficial, la *Eneida* de Virgilio. En efecto, la inclusión de pequeños episodios de carácter erótico, mitológico, etiológico o geográfico aleja las *Argonáuticas* de la épica clásica practicada por Virgilio y las relaciona de manera muy estrecha con la épica alejandrina, con los poemas largos de Catulo, la épica teñida de enseñanzas retóricas y erudición enciclopédica.

Pues bien, la inclusión de pequeñas narraciones dentro del argumento central de *Punica* contribuye a afirmar de Silio lo mismo que acabamos de decir a propósito de Valerio Flaco. Ciertamente, un relato como el de Falerno (*Pun.* VII, 162-211), el anciano que acoge a Baco y que, a cambio de su hospitalidad, recibe del dios unos viñedos que con el paso del tiempo serán celebérrimos, evoca y rememora necesariamente esa otra breve leyenda acerca de la hospitalidad de Filemón y Baucis que Ovidio intercala en sus *Metamorfosis* (VIII, 624-724), o también la de Hirieo, en *Fastos* 5.495 ss.[168].

Silio se sirve de cualquier pretexto para insertar en su relato épico este tipo de digresiones. Así, la narración de los estragos que Aníbal causa en Campania le da pie para la introducción de la leyenda del anciano. Pero hay más ejemplos: la historia de la ninfa Pirene, epónima de los montes Pirineos (*Pun.* III, 420-441), la leyenda del joven Trasimeno (V, 7-23), que sirve de extraño preám-

[167] Cfr. S. López Moreda (1996), en su «Introducción» a las *Argonáuticas*, p. 12.

[168] Cfr. también la leyenda de Hércules y Caco, en *Eneida* VIII, 185-275.

bulo a la sangrienta batalla librada en el lago que lleva su nombre. En este mismo sentido, hay indicios suficientes para considerar que el relato de Anna (VIII, 50-201) está tomado de Ovidio, *Fastos* 3.545-656[169], autor que también identifica a la hermana de Dido con la ninfa latina Anna Perenna. O también la intervención del dios Pan, que entra en escena para evitar la destrucción de Capua (XIII, 326-347), en un pasaje lleno de gracia poética y finura que se inspira, seguramente, en el relato ovidiano de *Met.* I, 699 ss. y XI, 153 ss. Intercalado en medio del relato épico de batallas y calamidades, este pequeño y pintoresco episodio debe bastante a la literatura de corte helenístico y a los poemas de los neotéricos.

En suma, y si bien el ambiente general que preside *Punica* ha de ser forzosamente heroico y épico, al estilo de Homero y Virgilio, el autor sabe insertar pequeños episodios de tono más alegre, tierno y desenfadado, digresiones que acercan su relato al de la poesía etiológica de Calímaco, a algunos pasajes de las *Bucólicas* o las *Geórgicas* virgilianas y, en definitiva, a la delicada literatura de corte alejandrino que percibimos en *Metamorfosis* o también *Fastos*. «Bajo la influencia de los ejemplos de Ovidio, Silio se aleja de la solemnidad de la épica y escribe con un tono más ligero.»[170] Esto es, la aparición de estos pequeños relatos viene a ofrecernos un destello de «alegría ovidiana» en medio de tantos desastres, de tantas batallas. Y, aunque el tono de los mismos se separa del argumento central del poema, de todas las convenciones épicas que dan estructura a *Punica*, tampoco desentona con el espíritu que se respira en la obra. Un ejemplo: la *pietas* mostrada por el anciano Falerno viene a identificarse, en última instancia, con las virtudes de los primitivos romanos, y contrasta, de manera indudable, con la perfidia de Aníbal y sus ansias de destrucción.

3.5. Tradición y originalidad en Silio Itálico

El que Silio se decantase por el género épico le ofrecía la posibilidad de recrearse en la narración amplificada e hiperbólica,

[169] Cfr. C. E. MURGIA (1987).
[170] E. J. Kenney y W. von Clausen (1989), p. 648.

en la presentación de toda la maquinaria propia del género, tanto en su vertiente tradicional (al estilo de Virgilio y, en menor medida, de Homero o Ennio) como en su forma más innovadora, la estética posvirgiliana que se atisba en Lucano, muy influenciada por las escuelas de retórica, las declamaciones y la prolijidad en el adorno. Ya Plinio nos describe a Silio como poeta en quien destaca el cuidado minucioso *(cura)* por encima del talento poético *(ingenium)*. Por ello, en *Punica*, la crónica de los acontecimientos históricos que Livio nos transmite queda subordinada al ornato, a las continuas muestras de erudición y, en suma, a las convenciones que definen al género épico. En este sentido, y asimilando el amplio repertorio de historiadores y épicos que le preceden, Silio procede a ampliar, condensar, refundir y reelaborar todo este material, en virtud del concepto que los antiguos tenían de originalidad, siempre partiendo de un esquema establecido que los distintos autores modificaban en virtud de la ampliación o la reducción de contenidos.

Silio toma de la épica tradicional una serie de *tópoi* que necesariamente debían formar parte de su *epos*. En efecto, todo poema épico comienza con un proemio de carácter programático en el que se incluye la invocación a las Musas. En el transcurso de la acción (los *acta*), el poeta va insertando los diferentes motivos que caracterizan al género. Así, aparecen inacabables catálogos de guerreros, recurso vigente desde Homero (*Ilíada* II, 484) que retoman Virgilio en varias ocasiones y, posteriormente, los épicos flavios (p. ej. Silio, *Pun.* III, 222 ss.; VIII, 356 ss., o también Valerio Flaco, *Arg.* I, 350 ss.).

Ya en el canto XI de la *Odisea* y en el libro VI de la *Eneida* aparecía la narración de una catábasis o bajada al mundo de los muertos: en *Punica*, Escipión (XIII, 395 ss.) toma el relevo de Ulises y Eneas y acude a visitar, guiado por la Sibila, las almas de su padre y su tío, con el fin de conocer el destino que aguarda a Roma. Y recurrente también es la descripción minuciosa del escudo que se entrega al héroe (*Pun.* II, 395 ss.; *Ilíada* XV, 478 ss.; *Eneida* VIII, 626 ss.).

Otro lugar común es el relato de la tempestad: en este caso concreto, la que Silio nos describe (*Pun.* XVII, 236-290) entronca directamente con la que Virgilio ofrece al principio de su

Eneida (vv. 50-156), en virtud de diversos puntos que ambas tienen en común, como el activo papel que Neptuno o Juno desempeñan en el desarrollo de la misma, el lugar en que ambas tienen lugar (entre las costas de Italia y el norte de África) o la especial relevancia que adquieren para el destino posterior de Roma (Eneas acaba desembarcando en Italia, donde fundará una nueva Troya; Aníbal llega finalmente a África, donde cae derrotado por los ejércitos de Escipión).

Así las cosas, la *Eneida* se erige en el molde perfecto para Silio, del mismo modo que Homero había sido el faro poético que iluminara a Virgilio. Pues bien: por más que Silio siga necesariamente el esquema prefijado de motivos y lugares comunes que Virgilio despliega en su epopeya (y que, a su vez, el de Mantua toma del maestro Homero); por más que la originalidad del poeta estribe, según la propuesta de Quintiliano, en la vuelta al clasicismo (entiéndase Virgilio en poesía y Cicerón en prosa), no es menos cierto que el poeta debe variar para ser original; es decir, tiene que asimilar el modelo y crear algo completamente particular y personal, explotando todos los recursos que tenga a su alcance. En este sentido, Silio no pasa por alto los cánones estéticos que predominan en el siglo I: la retórica ya no se basa exclusivamente en el adorno de unos contenidos ordenados y expuestos de una forma determinada. El poeta ha de dar cabida a una serie de elementos como la caracterización psicológica de los personajes (como vemos en las tragedias de Séneca o en la *Farsalia* de Lucano), las enseñanzas de la retórica (no hay que olvidar que la declamación era la forma más común de difusión de la literatura), el elemento patético, lo dramático y lo rebuscado, los *excursus* eruditos y, en suma, los recursos que le ofrecían otros poetas (y no sólo Virgilio). Por más que Quintiliano abogue por la escrupulosa fidelidad a los clásicos, desde el instante en que Silio incluye elementos del rebelde y «anticlásico» Lucano, no se puede hablar de clasicismo tal y como lo entiende Quintiliano, sino, más bien, de actualización de los viejos modelos mediante la estética y el gusto del momento. De este modo, en Silio vislumbramos una extraña síntesis de los hechos históricos que nos narran Livio o Ennio, pasados por el tamiz de la épica tradicional de Homero o Virgilio y sumados a las prefe-

rencias literarias del siglo I (Ovidio, Séneca, Lucano). Y todo ello salpicado de pequeños episodios de corte helenístico, muy cercanos a los epilios de los neotéricos, que, a modo de contraste con el tétrico ambiente de las batallas, vienen a evocar la dulzura y delicadeza de algunos pasajes idílicos y pastoriles de Ovidio o Virgilio. El resultado final tenía que ser, ineludiblemente, un poema original. Pero vayamos por partes.

3.5.1. Dioses y héroes

Tal como hace Virgilio en *Eneida*, y a diferencia de lo que Lucano nos muestra en *Farsalia*, Silio da cabida en su poema a un largo elenco de divinidades que intervienen activamente en los hechos y toman partido por uno de los bandos en litigio. Al igual que en el *epos* virgiliano, la Juno de *Punica* se muestra hostil a los troyanos y a sus descendientes, los romanos. Además, Silio lleva a cabo una perfecta traslación de los hechos históricos hacia el mundo mitológico propio de la épica, puesto que la cólera de Juno se convierte ya desde los primeros versos en el motor de la crueldad y perfidia de Aníbal, quien, de este modo, se nos muestra como una marioneta en la tierra, manejada por la irascible desde el cielo.

De parte de Juno se encuentran las Furias: Alecto enfrenta a los latinos con los troyanos para impedir la boda entre Eneas y Lavinia (*Eneida* VII, 341 ss.). De forma paralela, Juno envía a Tisífone a devastar por completo la ciudad de Sagunto (*Punica* II, 526 ss.).

No obstante, resulta sintomático que, cuando en el poema prima la narración de hechos históricos sobre la ficción épica, los dioses dejan de tener protagonismo y acaban convirtiéndose en meros espectadores de las actuaciones de los humanos, limitándose a asistir en la sombra a los contendientes. Es decir, en aquellos pasajes en que la narración «historiográfica» de los hechos adquiere una especial relevancia, la maquinaria divina tradicional se mantiene en un segundo plano. Por lo demás, la presencia de Juno es constante en los libros en que predomina la figura de Aníbal, y menguará gradualmente a medida que Roma va rehaciéndose y recuperándose de sus continuos fracasos.

Frente a Juno, Júpiter se muestra como la divinidad suprema, siempre por encima de las intervenciones divinas y humanas, a la manera de un árbitro que deja actuar sabiéndose dueño y señor de la situación. Su papel principal en el poema es el de promover el enfrentamiento entre romanos y cartagineses, con vistas a despertar un sentimiento moral y patriótico en los primeros, y que, así, adquieran la gloria a través de las penalidades (*decus laborum*, I, 3). De este modo, incita a Aníbal a avanzar desde Hispania hasta Italia a través de los Pirineos y los Alpes (III, 158 ss.), envía a Marte para que los cartagineses frenen su furia sanguinaria en Tesino (IV, 420 ss.), arroja su rayo para detener a Aníbal cuando se halla a las puertas de Roma (XII, 605 ss.) o demuestra su indulgencia perdonando la vida finalmente a Aníbal (XVII, 370 ss.). Y todo ello con un solo objetivo: como el propio Júpiter nos dice cuando tranquiliza a Venus, preocupada por el destino de los suyos, su única pretensión es que Roma recobre las antiguas virtudes que la hicieron grande y alcance la gloria mediante el sufrimiento (III, 571-585)[171]. De este modo, en la epopeya siliana, a las convenciones épicas tradicionales hay que unir un inusitado sentido ético derivado de la concepción estoica de la superación de las dificultades mediante la fatiga. Por tanto, el Júpiter de *Punica* presenta una dimensión moral y filosófica de la que carece el de *Eneida*, que se mantiene neutral y deja que los acontecimientos sigan su curso. En *Punica* subyace la idea pesimista que recorre la *Farsalia*, de modo que Roma será grande mientras tenga un enemigo a las puertas, y precisamente por eso Júpiter decide poner a prueba al pueblo romano, para que así demuestren su valor y su virtud; en una palabra, su *virtus*. Y Aníbal será el garante de la moralidad romana, del mismo modo que la pérdida de estos valores éticos desencadenará la lucha fratricida que nos expone Lucano. Por lo demás, Júpiter irá gozando de una mayor presencia en los hechos a medida que los romanos vayan recobrándose de sus reveses. En este sentido, tal vez debamos identificar al Júpiter de *Punica* con Domiciano, en su calidad de personaje que se esfuerza en recuperar los viejos valores que hicieron grande al pueblo romano.

[171] Véase cita de p. 108.

La participación de los dioses en los acontecimientos de los humanos no queda ahí. Como madre de Eneas, Venus intercede siempre por los romanos, si bien su protagonismo en *Punica* es mucho menor que en el *epos* virgiliano. Así, se manifiesta en la batalla de Trebia, donde ordena a Vulcano que seque el curso del río (IV, 667 ss.), o durante la estancia de los cartagineses en Capua, donde los mantiene cautivados por la molicie y el desenfreno; o finalmente, en el último libro, cuando implora de Júpiter indulgencia para los suyos. No obstante, la influencia del aparato divino en los hechos narrados será cada vez menor, y su presencia en el relato carecerá de la trascendencia que tiene, por ejemplo, en la *Eneida*. No debemos olvidar que estamos ante una epopeya de tema histórico, y supeditar continuamente la historia a las convenciones épicas terminaría por hacer insufrible el relato[172].

Neptuno ayuda a Escipión en sus travesías (XV, 152 ss.) e impide que Aníbal eluda el combate final, enviándole una tempestad que lo aleja de Italia y lo lleva irremisiblemente a África (XVII, 236 ss.), provocando el desenlace del conflicto y del poema.

En IX, 289 ss., Silio pone en liza a diversos dioses que se alinean en cada uno de los bandos: Marte, padre de Rómulo y Remo, se sitúa en el bando romano, como también hacen Hércules, fundador de Sagunto (ciudad devastada por los cartagineses), Apolo, Venus o Neptuno, entre otros. Del lado cartaginés se hallan, además de Juno, Minerva, por ser compatriota de Aníbal, y Amón, divinidad africana.

Cuestión bien distinta es la del héroe del poema. Como sucede en la *Farsalia* de Lucano, no hay en *Punica* un héroe concreto que conduzca el relato y que remita al Eneas virgiliano.

En cualquier caso, parece claro que Aníbal es el personaje que da coherencia argumental a la obra (o, cuando menos, quien domina la narración), es la figura unificadora que todo poema épico demanda, si bien habría que considerarlo antihéroe, por pertenecer al bando equivocado[173]. Antes bien, el héroe real de

[172] Paralelamente a la progresiva reducción del protagonismo de los dioses, también disminuye la presencia de los sueños, uno de los procedimientos que los épicos emplean para hacer intervenir a los dioses obligando a los mortales a ponerse en movimiento y actuar.

[173] Cfr. K. O. MATIER (1989b).

Punica ha de ser la antítesis del cartaginés[174]. Por lo demás, Silio lleva a cabo una caracterización muy lograda de Aníbal, dotándolo de una personalidad rica en matices, construida de manera original a partir de diversos rasgos pertenecientes a otras figuras épicas.

La consideración de Aníbal como «héroe negativo» lo aproximaría, en primer lugar, a los principales antagonistas del *epos* virgiliano, Eneas y Turno. «Como Turno en la *Eneida* (6, 89), es una reencarnación de Aquiles, el enemigo arquetípico de Troya-Roma»[175]. Pero quizá guarde más relación, paradójicamente, con Eneas, por cuanto es el encargado de guiar una tropa invasora desde el norte de África hasta Italia, por más que su condición de cartaginés lo aboque al fracaso ya desde el principio. Otro paralelismo entre Aníbal y el héroe troyano (e, indirectamente, Aquiles) sería el proverbial obsequio del escudo, tal como nos cuentan Homero o Virgilio. Además, existen otros elementos que adquieren una especial significación y simbolismo para ambos personajes. Así ocurre, por ejemplo, con la tempestad que abre la *Eneida* y cierra *Punica*. Tanto Eneas como Aníbal deben sobrevivir a esta dura prueba para cumplir la misión que se les ha encomendado, que no es otra que propiciar el resurgimiento de Troya-Roma: el troyano, fundar en suelo itálico los cimientos de lo que un día será Roma; el cartaginés, continuar su periplo hasta África para que el enfrentamiento final con Escipión tenga lugar en Zama. A esto hay que añadir que Aníbal terminará exiliado en Asia Menor, en la corte del rey Antíoco de Siria, y precisamente de Asia Menor procede Eneas, quien habrá de llegar, también como exiliado, a Cartago, dando origen a todo el conflicto.

No obstante, tal vez el personaje que mayor coincidencia tiene con Aníbal, en su calidad de héroe negativo, sea el César de *Farsalia*. Este hecho, que establecería una nueva conexión entre Silio y Lucano, viene refrendado por su condición de enemigos de Roma y destructores de su libertad. Curiosamente, ambos poemas tratan un tema histórico, y también de ambos se ha subrayado en más de una ocasión que carecen de un héroe positivo, al estilo de Eneas. En

[174] M. V. T. WALLACE (1957), p. 161.
[175] E. J. Kenney y W. von Clausen (1989), p. 651.

este sentido, Aníbal se enfrenta a Roma para destruirla, al igual que César trata de aniquilar su libertad, imponiendo la tiranía: se trata de figuras contrapuestas a Eneas[176], incansables y ambiciosos, destructivos y encarnizados[177]. La diferencia fundamental entre ambos es que Aníbal pierde su batalla, mientras que César resulta finalmente vencedor. Algunos estudiosos han considerado que la marcada dualidad estoica entre el bien y el mal que inunda ambos poemas perjudica más que beneficia la valoración final que de ambos épicos pueda hacerse, por cuanto que la realidad histórica del tema elegido se muestra en todo momento por encima de cualquier idea filosófica y moral, justo lo contrario que ellos mismos preconizan: por muchos defectos que tengan César o Aníbal, el primero es quien finalmente vence, y el segundo seguirá eternamente vivo en la memoria colectiva de Roma. Es más, la *perfidia* de Aníbal es tal sólo desde la perspectiva romana, ya que, desde el punto de vista cartaginés, su conducta se ajusta a la *virtus* (una *virtus* púnica, eso sí), y se constituye en uno de los personajes más fieles a su causa que desfilan por el poema. De ahí que Silio dote al cartaginés de una *virtus improba*, desmesurada y casi animal, a diferencia de César, quien, para Lucano, posee una *virtus nescia*, un valor insensato e inconsciente que lo lleva a destruir a su propio pueblo. Así pues, y pese a compartir algunos rasgos de su carácter, Aníbal diverge de César en una serie de aspectos: el cartaginés actúa como debe, defiende a su patria, mientras que el romano ataca a la suya y procede de un modo inconsiderado. Aníbal se halla sujeto al destino (y será derrotado por él), en tanto que César aparece como una fuerza cósmica que se muestra dueña y señora de su suerte, sin ningún tipo de pudor hacia los dioses. Todo ello proporciona al cartaginés una «nobleza trágica»[178] de la que carece César, suscita un sentimiento de compasión que comparte con otros «héroes derrotados» como Pompeyo, Turno, Héctor o Príamo[179].

---

[176] Antieneas. Cfr. M. von Albrecht (1964), p. 177.

[177] Cfr. *Farsalia* I, 143-157 y *Punica* I, 56-59. F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2511, llegan a decir incluso que Silio tuvo en cuenta el pasaje lucáneo al retratar a Aníbal.

[178] E. J. Kenney y W. von Clausen (1989), p. 651.

[179] Un ejemplo: al morir Paulo Emilio (*Pun.* X, 572 ss.), Aníbal le tributa los honores que merece como digno rival.

En efecto, el personaje de Aníbal guarda también relación con el Pompeyo que nos dibuja Lucano. El *pathos* que rodea a ambas figuras deriva de su condición de fracasados que, sin embargo, han actuado como deben, luchando por sus principios con dignidad. Así, la partida de Aníbal a su verdadera patria (XVII, 211 ss.), adonde no había vuelto desde hacía diecisiete años, resulta casi un exilio, como lo es, en cierto sentido, la marcha de Italia por parte de Pompeyo (*Fars.* III, 3-9). Finalmente, ambos personajes son necesarios para Roma: Pompeyo como defensor de la libertad; Aníbal, desde un punto de vista moral, «puede ser mejor para Roma que Escipión»[180]. Y, teniendo en cuenta la concepción filosófica que impregna la epopeya siliana, Aníbal es realmente indispensable y conveniente para Roma, desde el momento en que garantiza la perdurabilidad de ciertos valores éticos que, una vez perdidos, abocarán al pueblo romano a Farsalia. De este modo Aníbal es, sin saberlo, el generador de la grandeza de Roma: nuevamente se establece una conexión entre Lucano y Silio desde el punto de vista histórico y filosófico.

En el bando romano, por el contrario, no hallamos un héroe arquetípico que haga frente a Aníbal, sino que son varios los generales que, al cabo de los diecisiete años que dura la contienda, se oponen al cartaginés. Fabio, Paulo, Marcelo, Escipión..., son todos ellos retratados con gran precisión y riqueza de detalles. Asimismo, para su mejor caracterización, el autor nos dibuja a cada «héroe» por oposición, no sólo a Aníbal, sino también a una serie de generales como Flaminio, Minucio o Varrón, dotados de unos defectos morales que resultan perniciosos para Roma. Esta marcada concepción dual en la descripción de la naturaleza de los potenciales héroes es propia de la estética literaria del siglo I, como vemos en las tragedias de Séneca o en la *Farsalia* lucánea.

Por otra parte, son numerosos los intentos que los estudiosos han llevado a cabo para delimitar y especificar al verdadero héroe de *Punica*. Así, Von Albrecht[181] no observa a un único héroe, sino a una multiplicidad de ellos que deambulan a lo largo del *epos* y encarnan, en mayor o menor medida, la *fides* romana.

[180] F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2518.
[181] M. von Albrecht (1964), p. 55.

Otros autores, como Bassett[182], consideran que el auténtico héroe del poema sería una suerte de «Escipión simbólico». Esto es, Escipión sería, en esencia, el actor principal de la obra, el que mejor encaja en el prototipo convencional de héroe épico. No en vano, es quien logra finalmente derrotar a Aníbal y alejar de Roma el fantasma de la destrucción total. El único inconveniente, derivado del orden cronológico que Silio está obligado a respetar, es que el futuro Africano no adquiere protagonismo hasta los libros finales, excepción hecha del episodio en que, siendo un niño aún, rescata a su padre en Tesino.

El primer «héroe» romano que aparece en *Punica* es Fabio Cunctátor. Sin embargo, su heroísmo es pasivo, ya que, por su táctica dilatoria, se opone al enfrentamiento directo y es más partidario del desgaste paulatino de su rival. En consonancia con el esquema dicotómico que domina toda la obra, el carácter tranquilo, pausado e inalterable de Fabio queda perfectamente definido por contraposición a la impaciencia y precipitación mostradas por sus «colegas antagonistas», que son retratados como fuerzas incontrolables de la naturaleza: el padre de Escipión Africano en Tesino, Sempronio Longo (al que Silio llama Graco) en Trebia y, muy especialmente, Flaminio en Trasimeno[183].

En Cannas será Paulo quien habrá de enfrentarse, además de a Aníbal, a su colega en el consulado, el envanecido Varrón. La personalidad de ambos es totalmente opuesta, y este antitético retrato remonta hasta sus propios orígenes: tal como sucedía con Fabio y Flaminio, Paulo encarna la experiencia y la sabiduría que proviene de la veteranía, mientras que Varrón es el joven impetuoso y arrogante que goza de las simpatías, siempre inestables, del vulgo.

Un hecho llamativo dentro de la estructura interna de *Punica* es que, a medida que avanzan los acontecimientos y, sobre

---

[182] E. L. BASSETT (1966).

[183] Sin embargo, como defensor de la *virtus* en sentido estoico, Silio considera positivamente la muerte del arrogante Flaminio, Como señalan F. M. Ahl, M. Davis y A. Pomeroy (1986), p. 2522, «en la nobleza y ferocidad de su muerte, Flaminio ejemplifica ese rasgo del carácter romano al que Silio alude en 5, 225-226: "has iras adversa fovent crudusque ruente / fortuna stimulus spem proiecisse salutis"».

todo, después de Cannas, esta confrontación de personalidades entre los líderes romanos va desapareciendo y Roma pasa a ser la protagonista exclusiva del poema. Las exitosas campañas de Marcelo o Claudio Nerón dan paso a la supremacía absoluta de Escipión, quien, de este modo, se convierte en el estereotipado héroe de la épica tradicional. La lucha Escipión-Aníbal de los libros finales de *Punica* viene a reflejar ese otro enfrentamiento que domina los últimos libros de la *Eneida*, entre Eneas y Turno. Ahora sí podemos decir que Silio confiere a un personaje concreto los rasgos convencionales del héroe épico.

Sin embargo, a pesar de las distintas figuras que, a lo largo de *Punica*, asumen más o menos el arquetipo de héroe, hemos de considerar a Roma como verdadero y único protagonista del poema o, más concretamente, la *Romana virtus*. «Las *Punica* son un himno a la diosa Roma.»[184] Y sólo hay que leer los primeros versos para reparar en esta preponderancia de Roma como héroe abstracto del poema: «Me dispongo a relatar la guerra que encumbró hasta el cielo la gloria de los Enéadas, obligando a la arrogante Cartago a obedecer las leyes de Enotria» (*Pun.* I, 1-2). Silio anticipa el contenido de su poema de forma similar a como Virgilio comienza su *Eneida*. No obstante, a diferencia de su modelo, que se disponía a narrar no sólo los combates *(arma)*, sino también las vicisitudes del héroe *(virumque)*, el autor de *Punica* pretende ensalzar la *gloria Aeneadum*, es decir, es el triunfo de Roma el que, en última instancia, inspira el poema. De este modo, la lucha que exhibe toda la obra es entre Roma y Aníbal, y el héroe como tal del poema será «la antítesis de Aníbal, la gloria de Roma, finalmente personificada por Escipión Africano»[185]. A ello contribuye el que, unas líneas más abajo, Silio invoque a la Musa para rememorar «las gloriosas hazañas de la antigua Hesperia, cuántos y cuán grandes héroes engendró Roma para la guerra» (vv. 4-5), lo que equivale a decir que serán varios los individuos que encarnarán ese ente abstracto que es la *virtus* romana. Y, como el propio autor nos dice, el único medio para conseguir la gloria será el *decus laborum* o, lo que es lo mismo,

[184] E. J. Kenney y W. von Clausen (1989), p. 646.
[185] M. V. T. Wallace (1957), p. 161.

el *epos* siliano aborda la conservación de la *virtus* a través de las fatigas y las continuas penalidades. De este modo, «lo romano es transfigurado y espiritualizado desde el punto de vista estoico»[186]. Esta preponderancia del héroe abstracto y colectivo por encima de cualquier individuo concreto entronca no sólo con la concepción que Livio da a su obra historiográfica, sino con la que los arcaicos Nevio y Ennio dan a sus respectivos poemas, curiosamente epopeyas de tema histórico en que el pueblo romano es protagonista frente al enemigo cartaginés. Y, en segundo lugar, guarda relación también con la concepción filosófica estoica que impregna la *Farsalia* de Lucano, cuyo corolario es la disputa entre *Virtus* y *Voluptas* acosando a Escipión (libro XV). En *Punica*, por tanto, el héroe deja de ser concreto *(vir)* para convertirse en una noción abstracta y figurada *(virtus)*.

3.5.2. Las digresiones

Uno de los recursos que con mayor frecuencia emplean los poetas del siglo I con vistas a la alteración del modelo era la intercalación, dentro del relato, de digresiones que venían a interrumpir el hilo argumental del poema, el desarrollo lineal de los acontecimientos. Este procedimiento, que ya se encuentra en los propios modelos del género (Homero y Virgilio), adquiere, sin embargo, una preponderancia abrumadora en la época de Silio, una época tremendamente influenciada por la retórica. En efecto, estos *excursus* eruditos de carácter mitológico, geográfico o histórico constituían uno de los canales más ostensibles y claros para que el poeta vertiera todos los conocimientos adquiridos en la escuela y alcanzara la categoría de *poeta doctus*, adornado de unos conocimientos enciclopédicos. Esta erudición responde, en palabras de Bardon, a una visión más amplia del mundo[187], a un gusto por lo exótico y lo rebuscado.

Las digresiones vienen a ser un interludio agradable y ameno en medio de la terrible narración de batallas y matanzas san-

[186] M. von Albrecht (1999), p. 892.
[187] H. Bardon (1962), p. 739.

grientas, y su aparición es continua y recurrente a lo largo de cada libro. Basten como ejemplos la descripción de las pinturas en el templo de Hércules en Cádiz; la maravilla de Aníbal ante el fenómeno de las mareas (libro III); la historia de Régulo (libro VI); las leyendas de los 300 Fabios (VII) y Anna, convertida en la divinidad itálica Anna Perenna (libro VIII); el breve inciso en que se dibuja al dios Pan como salvador de la ciudad de Capua (libro XIII); o, también en el libro XIII, la enumeración (para algunos ilógica y fuera de lugar, para otros ridícula) de distintas formas de enterramiento en los territorios más dispares del mundo.

En otras ocasiones, la mención de un lugar concreto da pie a Silio para insertar una fábula de carácter etiológico, al más puro estilo de la poesía hesiódica, de Calímaco o del propio Ovidio, en que se explica el origen de la denominación correspondiente en cada caso. Así, el paso de Aníbal por los Pirineos sirve a Silio para retrotraerse a la leyenda de la ninfa Pirene (libro III); al iniciar el relato de la batalla de Trasimeno, incluye la leyenda del joven que da nombre al lago; o también, al aludir a la región de Falerno (libro VII), el autor rememora el episodio entre Baco y el propio Falerno, epónimo de estas tierras. Y lo mismo cabe decir de otros personajes que dan su nombre a diversos lugares: Sagunto deriva de Zacinto, compañero de Hércules (libro I); Capua, de Capis (libro XI); Bayas, de Bayo, compañero de Ulises (libro XII); etcétera.

Por otra parte, son diversos los *tópoi* convencionales del género épico que se prestan también a la erudición del poeta, como, por ejemplo, la descripción del escudo que se entrega a Aníbal, en que aparecen cinceladas diferentes escenas mitológicas; la catábasis, en la que desfila ante los ojos de Escipión un sinfín de personajes legendarios, como Homero, Alejandro Magno, Lucrecia, etc.; o los catálogos de guerreros, donde Silio pone a prueba sus conocimientos históricos, geográficos y de costumbres de los pueblos más diversos. De forma original, a veces el poeta da entrada en su obra a ancestros de personajes célebres de la historia, lo que aprovecha para ensalzar al personaje en cuestión: eso hace con el guerrero arpinate de nombre Tulio, antepasado de Cicerón (VIII, 404).

En líneas generales, la inclusión de estos breves apartes en mitad de la narración, además de retardar la acción principal do-

tando al poema de suspense y dramatismo, sirve de contrapunto a tantos combates y tantas muertes, a modo de relajado paréntesis en el que Silio da muestras de su erudición, y son, sobre todo, fruto de la literatura científica que abunda en el siglo I, como se observa en las *Naturales Quaestiones*, de Séneca, o en la *Naturalis Historia*, de Plinio.

3.5.3. El elemento patético

Es éste uno de los rasgos que caracterizan de forma más clara a los poetas del siglo I. Por más que se hable de la *Eneida* como modelo de composición, «los posvirgilianos no son virgilianos»[188]. Quiere esto decir que los ambientes diletantes, la influencia de la retórica y las recitaciones en público modelaron el gusto de la época posterior a Virgilio y estimularon la creación original basada en el propio *ingenium* del poeta. Se tiende entonces a concebir las imágenes más rebuscadas y rabiosamente originales: la originalidad radica en este momento en llevar el *ingenium* a sus máximas consecuencias. No quiere esto decir que en Homero o Virgilio no exista este concepto: sencillamente, los gustos literarios del siglo I alentaban la primacía absoluta del *ingenium* y del énfasis hiperbólico en el tratamiento de temas y motivos. La consideración profundamente trágica del mundo que se observa en Séneca o Lucano influye decisivamente en los poetas posteriores, por más que se confiesen deudores de Virgilio. En el caso concreto de *Punica*, la narración de unos acontecimientos reales cargados de dramatismo y horror se prestaba a la exageración y la *amplificatio*.

Silio aprovecha ocasionalmente aquellas referencias macabras que Livio documenta para incluirlas en su relato. Así, en VI, 40-53, se nos habla de un romano sin brazos que acaba a dentelladas con un enemigo moribundo[189], hecho que ya aparece en

[188] P. Miniconi y G. Devallet (1979), «Introducción», p. LXXVIII.

[189] «Muy cerca podía verse una muestra de valor lleno de furia divina y digno de versos imperecederos: Levino, natural de la alta Priverno y distinguido con el honor de la cepa latina, yacía sin vida sobre el cuerpo también sin vida del nasamón Tires, guerrero este que no llevaba lanza ni espada. En la disputa la Fortuna le había arrebatado las armas. Sin embargo, pese a ha-

Ab urbe condita 22.51.9. Particularmente tétrico y barroco es el episodio de la muerte de Paulo (X, 235 ss.), quien, con la cabeza aplastada, acierta a sentarse sobre una roca[190]. Más adelante, su cadáver aparecerá entre montones de guerreros hacinados[191], descrito con un lujo de macabros detalles y con un dramatismo que supera con creces el escueto pasaje de Livio (22.52.6).

Digno de mención es el extenso pasaje en que Sátrico muere a manos de su hijo Sólimo (IX, 66-177), quien no lo había reconocido en medio de la noche. Posteriormente, al reparar en su funesto error, el hijo se quita la vida, no sin antes avisar a Varrón para que desista del combate. Silio incluye este desagradable episodio, seguramente tomado de Tácito (*Hist.* 3.25), a modo de infausto presagio ante el inminente desastre en Cannas.

Estas imágenes patéticas y conmovedoras son abundantísimas y revelan el gusto del poeta por las heridas, las mutilaciones y las muertes rebuscadas y artificiosas, algo que ya se vislumbra de manera profusa en Lucano y que no resultan extrañas a los ojos de un público habituado al circo y a las tragedias de Séneca. Una lanza atraviesa la garganta de Tirreno mientras tañía su trompeta, pero sus últimas notas salen cuando ya ha cerrado sus labios (IV, 167 ss.);

---

llarse indefenso, su resentimiento le procuró una herramienta con la que combatir. Con la boca ensangrentada luchaba, sus dientes servían de hierro para su cólera. Tenía la nariz destrozada, los ojos desgarrados por los mordiscos, la cabeza mutilada con las orejas arrancadas, la frente misma machacada de manera monstruosa; de su boca abierta manaba abundante sangre. Y no quedó satisfecho hasta que sus voraces mandíbulas perdieron el aliento y la negra muerte se adueñó por completo del rictus de su cara.»

[190] «Una piedra descomunal que una mano ciega había arrojado le alcanzó de lleno en la cara, aplastando contra los huesos los pedazos de bronce de su casco y bañando en sangre su rostro. Retrocedió un poco, acomodó sus desfallecidos miembros a una roca cercana y, jadeando por la herida que le manaba, se sentó sobre el escudo con un aspecto aterrador y el semblante ensangrentado.»

[191] «Mezclado con los restos de las armas de los guerreros y cadáveres mutilados, habían extraído el cuerpo de Paulo de entre los muertos que yacían hacinados. ¡Ah, qué aspecto presentaba! ¡Qué diferente del que poco antes había sembrado con sus armas el pánico entre las filas cartaginesas, o del que devastó el reino de los taulantes o esclavizó al tirano ilirio! Sus encanecidos cabellos estaban manchados de una negra polvareda, su barba de sangre seca; los dientes, destrozados por el impacto de una piedra de un muro: todo su cuerpo era, en fin, una herida» (X, 503 ss.).

otro guerrero intenta arrancarse la lanza que se ha incrustado en su cara y muere con las manos ensangrentadas (V, 325 ss.); el gigantesco Otris, al morir, exhala un último suspiro que levanta una polvareda sobre el campo de batalla (V, 455-456); un guerrero decapitado sigue corriendo con la inercia de su ímpetu (XIII, 246 ss.); otra cabeza sigue murmurando después de ser cercenada (XV, 470); en el combate naval del libro XIV, las imágenes son hiperbólicamente tétricas y recuerdan las que Lucano incluye en su obra (guerreros atravesados por una proa, remos volteando sangre, etc.). Incesantemente afloran en el poema cabezas truncadas, miembros mutilados, entrañas esparcidas, sangre abundante, etcétera.

Hay otros episodios que suscitan la ternura y la compasión del lector, como la despedida de Aníbal y su esposa Imilce (III, 61 ss.), el reencuentro del impasible Régulo con su esposa tras un largo cautiverio, durante la Primera Guerra Púnica (VI, 430 ss.), etc. Se trata de motivos sentimentales que reducen la tensión que se respira en la narración de sangrientos combates.

3.5.4. Estoicismo

La retórica del siglo I cambia por completo la manera de abordar la materia literaria. En efecto, los diferentes géneros asisten a una transformación que se observa, entre otros aspectos, en la introspección psicológica con que se retratan los personajes. El género épico no podía ser una excepción, y, a la simple narración de los hechos, se superpone la lograda descripción psicológica de los caracteres. Esto es, la retórica no aborda ya exclusivamente las formas «externas», el estilo, el ornato: el examen de las tramas psicológicas adquiere una relevancia que se observa ya en la visión antropocéntrica (y revolucionaria) de Lucano, o en la lucha interior constante en las tragedias de Séneca.

A esta nueva visión contribuye decisivamente el pensamiento estoico que domina la vida cultural (y, por supuesto, literaria) en el siglo I. Muchas de las reminiscencias estoicas que se atisban en *Punica* provienen seguramente de la épica de Lucano, y su aparición en el *epos* siliano tal vez responda a una moda del momento y no a una adscripción real a dicha corriente por parte

de Silio. Sea como sea, encontramos abundantes vestigios del pensamiento estoico a lo largo del poema. Así, el esclavo de Tago (I, 169 ss.) que soporta con firmeza su suplicio y censura la desidia de sus torturadores[192]; la constancia mostrada a lo largo del libro VI por Régulo, el héroe imperturbable «cuyo rigor recuerda el de Catón en Lucano»[193]; la sentenciosa afirmación de XI, 186-188, puesta en boca de Decio («de ningún otro bien mayor nos proveyó la naturaleza, por muy odiosa que sea, que el tener abierta la puerta de la muerte y poder salir de una vida injusta»); la entereza mostrada por Aníbal, cuando observa impasible la cabeza de su hermano Asdrúbal colgada en una lanza (XV, 819-820). De manera especial, la muerte de Paulo (X, 307) recuerda también la del Catón lucáneo.

Asimismo, en IX, 353 ss., Silio se hace eco de la concepción típicamente estoica que se halla omnipresente en la epopeya de Lucano, según la cual, Roma sólo fue poderosa cuando tuvo un enemigo al que derrotar[194]. En consonancia con ello, cabe citar la frase lapidaria que Silio incluye en IV, 603-604 y que ya hemos mencionado anteriormente: «La adversidad descubre a los héroes y es en las dificultades donde el intrépido valor escala una dura pendiente hasta la gloria».

También de carácter estoico es la dualidad continua y constante a lo largo del poema entre la *virtus* y los *vitia* y que, según Von Albrecht[195], evoluciona desde el exterior hacia el interior. En efecto, del enfrentamiento entre Roma y Cartago (o, si se quiere, entre Roma y Aníbal), deriva el conflicto entre razón e irracionalidad que confronta y contrapone las personalidades entre los propios generales romanos (Fabio-Minucio, Paulo Emilio-Varrón), conflicto que lleva a su vez al dilema interior entre *Virtus* y *Voluptas* que atormenta a Escipión. La elección de la *Virtus*,

---

[192] Cfr. G. DANESI MARIONI (1989), pp. 245-253.

[193] P. Miniconi y G. Devallet (1979), «Introducción», p. XCVIII.

[194] «Y tú, angustiada por el destino, deja ya de llorar, te lo suplico, y bendice estas heridas que han de acarrearte una gloria imperecedera. Pues en ningún otro momento, Roma, serás más grande. Hasta tal punto te corromperán tus éxitos que únicamente conservarás tu nombre gracias a la grandeza de tus derrotas.»

[195] Cfr. M. von Albrecht (1999), p. 892.

sumada a la comprensión por parte del héroe de su trascendencia en el destino de Roma (tal como le revela la Sibila, en XIII, 504) traerá como consecuencia la victoria externa. Al mismo tiempo, esta polaridad se manifiesta en las virtudes (*pietas*, *fides*) que adornan a los romanos, frente a los correspondientes defectos y pasiones que definen a los cartagineses (*crudelitas*, *perfidia*, *ira*, *furor*), así como en los diferentes dioses que se alinean en los respectivos bandos (Júpiter: Roma, el orden y la paz; Juno: Cartago, la pasión y la guerra).

Mención aparte merece la disyuntiva que asalta a Escipión entre *Virtus* y *Voluptas* (XV, 18-128). Silio toma la célebre fábula de Pródico, que retrata a Heracles dudando entre el Vicio y la Virtud[196]. Ciertamente, Escipión tiene varios puntos en común con Hércules, por lo que no era extraño que Silio vinculara ambas figuras: en primer lugar, su ascendencia divina (en el transcurso de la catábasis, Pomponia revela a su hijo cómo lo concibió de Júpiter, XIII, 637 ss.); en segundo lugar, la conexión entre el futuro Africano y Hércules revela al primero como el verdadero héroe del poema, por más que no adquiera protagonismo hasta los libros finales. En este sentido, las cualidades estoicas del Alcida casaban perfectamente con las virtudes inherentes al héroe épico.

Por otra parte, hemos de reseñar la abundancia de *sententiae* que vienen a acentuar el trasfondo de moral propiamente estoica que posee el *epos* siliano y que lo acerca a las obras de Séneca. Valgan como ejemplos, además del ya citado de IV, 603, los siguientes: «no está bien ir contra las leyes de la patria» («succensere nefas patriae», VII, 555); «el tiempo vuela para los mortales y nadie puede nacer dos veces» («currit mortalibus aevum, / nec nasci bis posse datur», XV, 63-64); «el amor nunca pierde la esperanza» («non umquam spem ponit amor», VIII, 95); «breve es el espléndido favor de la Fortuna» («breuis est magni Fortuna fauoris», IV, 732); «la virtud en sí misma es la más hermosa de las recompensas» («ipsa quidem uirtus sibimet pulcherrima merces», XIII, 663); etcétera.

---

[196] Cfr. Jenofonte, *Mem.* 2.1.21 ss.; Cicerón, *De off.* 1.32. Sobre la presencia de Hércules en *Punica*, con relación al héroe del poema, cfr. E. L. Bassett (1966).

3.5.5. Los discursos

Las alocuciones y arengas constituyen uno de los rasgos más comunes dentro del género épico ya desde sus orígenes. Frente al carácter rudimentario y simple de los discursos homéricos, se observa una mayor elaboración artística por parte de Virgilio.

El tema histórico que Silio escoge para su *epos* era especialmente idóneo para la proliferación de discursos y arengas a lo largo de la obra, puestos en boca tanto de guerreros y héroes como de dioses, y a propósito de los temas más dispares (episodios históricos o legendarios, digresiones de diverso tipo, etc.). En efecto, Silio contaba con el gran número de alocuciones que Livio inserta en su relato sobre la contienda. Sin embargo, el épico aborda de forma original todo el material presente en el historiador: unas veces refunde en un solo discurso lo que Livio desgrana en varios, otras desarrolla por extenso aquellos puntos en que Livio es particularmente escueto. Así, el escueto parlamento en estilo indirecto entre Paulo y Varrón de *AVC* 22.44.5 ss., se convierte en sendas suasorias entre los mismos personajes, en *Pun.* IX, 25 ss.

Hay ocasiones en que Silio cambia de lugar las alocuciones que inserta Livio. De este modo, sitúa en los preliminares de Cannas (IX, 184 ss.) un discurso muy similar al que Livio anota antes de la batalla de Tesino (21.43.6 ss.).

En algunos casos, las arengas silianas evocan indefectiblemente el ardor y la solidez de los discursos de la *Eneida*. Sirva como ejemplo la respuesta, llena de fuerza y de alusiones a los orígenes del conflicto, de Escipión a Fabio, cuando éste se muestra contrario a que el joven partiera con sus ejércitos a África en busca de Aníbal (XVI, 645 ss.).

Hay veces, sobre todo en aquellos episodios cargados de sentimiento y emotividad, en que la fuente de Silio no es Livio. Así ocurre con la despedida entre Aníbal e Imilce (III, 61 ss.), tomada seguramente de *Ilíada* VI, 390 ss. y que refleja el motivo tradicional del adiós del guerrero. Virgilio también está presente en la elaboración formal de algunos discursos de *Punica*. Así, algunos estudiosos consideran las palabras de Juno (XVII, 357-369) como una contaminación de sendos discursos de la diosa en *Eneida* (X, 611 ss. y XII, 808 ss.). Asimismo, las exhortaciones que Flaminio (V, 115 ss.)

y Varrón (IX, 244 ss.) dirigen a sus tropas antes de Trasimeno y Cannas, respectivamente, contienen una pomposidad y una demagógica afectación de la que carece la sobria majestuosidad de Fabio o Paulo. Además, ambos discursos tienen pocos visos de ser auténticos y muestran reminiscencias literarias, sobre todo de Lucano.

En cualquier caso, las alocuciones y arengas de Silio Itálico presentan todos los *tópoi* propios de la retórica y evidencian el perfecto conocimiento de la misma por parte del autor. No hay que olvidar que el perfecto conocimiento de las técnicas y argumentos retóricos era fundamental para los autores de la época, teniendo en cuenta que la declamación era la forma más común de difundir la literatura.

Por tanto, y en consonancia con la estética vigente en el siglo I, Silio procede a la reelaboración y reorganización original de los discursos que aparecen en Livio, ampliando aquellos elementos susceptibles de tratamiento épico, desplegando su *ingenium* en el desarrollo de contenidos históricos, legendarios o eruditos, vertiendo los conocimientos oratorios adquiridos en la escuela o insertando todos los rasgos formales y artísticos que se observan en los poetas anteriores a él.

3.5.6. Lengua y estilo

Los estudiosos de Silio han incidido en multitud de ocasiones en el buen hacer literario del autor, en su finura verbal y métrica, y en la originalidad de su lenguaje, a pesar de su obligada sumisión a Virgilio o Lucano[197]. En su sencillez y buen gusto se aparta de los poetas de su generación (Estacio) y también de Lucano, y está más cerca de la manera virgiliana, por lo que resulta un anacronismo en su época[198], que, pese a la pauta marcada por Quintiliano, distaba bastante de ser clásica. Von Albrecht observa en la expresión siliana, a menudo tautológica, la resignación de la vejez y la ausencia del vigor y la fuerza que el jovencísimo Lucano imprime en cada verso[199].

---

[197] Cfr., entre otros, E. J. Kenney y W. von Clausen (1989), p. 650; J. W. DUFF (1964), p. 371.

[198] M. V. T. Wallace (1957), p. 161.

[199] M. von Albrecht (1999), p. 890.

Por lo demás, son comunes en Silio las variantes léxicas redundantes que repiten la misma noción con diversas palabras. Esta repetición de la misma idea puede ser doble, como sucede, por ejemplo, en «undanti circum tempestas acta procella» (V, 538) o en «laeta viro gravitas ac mentis amabile pondus» (VIII, 609); triple, como en «centum angues idem Lernaeaque monstra gerebat / in clipeo et sectis geminam serpentibus hydram» (II, 158-159); cuádruple, como en «Tartareus turbo atque insano saevior Euro / spiritus erumpit, vastoque e gutture fusa / tempestas oritur mixtam stridore procellam / Cerbereo torquens» (VI, 175-178); e incluso quíntuple, como en «summe ducum, qui regna iterum labentia Troiae / et fluxas Latii res maiorumque labores, / qui Carmentis opes et regna Evandria servas» (VII, 16-18). Es común también el uso del genitivo redundante y pleonástico, como en *margine ripae* (VI, 165) o *galeae tegmine* (V, 197). Otras veces, las palabras de un determinado pasaje repiten insistentemente el mismo concepto, como ocurre con la idea de llamas y calor en «uritur impatiens et magni corporis aestu / huc atque huc iactas accendit belua flammas» (IX, 613-614).

En cuanto al empleo de metáforas y símiles, Silio trata de revelarse en ocasiones como un autor de gran ingenio. Así se observa en la triple metáfora «quantis armati caelum petiere Gigantes anguibus, aut quantus Lernae lassauit in undis Amphitryoniaden serpens, qualisque comantis auro seruauit ramos Iunonius anguis» (VI, 181 ss.). Sin embargo, lo más corriente es que Silio adapte los símiles, sobre todo virgilianos, a sus propios intereses. Así, a propósito del mismo símil de las abejas, Virgilio quiere dar sensación de vivacidad (*Eneida* I, 430 ss.), en tanto que Silio incide en la huida desesperada que la lluvia provoca en las sobresaltadas abejas (II, 217 ss). Por lo demás, las metáforas y símiles se encuentran por doquier a lo largo del poema: en poco más de 30 versos (IV, 303 ss.) encontramos tres consecutivas; en el libro VII hay al menos 15, 13 en el libro X, 11 en el libro XVII; su extensión oscila entre varias palabras (cfr. *ut torrens*) y los seis o siete versos.

Llama la atención que, a lo largo de más de 12.000 versos, sólo aparezca un arcaísmo, *affarier* (VIII, 199). En su afán por mostrarse original e ingenioso, Silio recurre a figuras como los juegos de palabras «condes sub gurgite letum» (IV, 607), con el doble

sentido de *condere* («acallar» y «sepultar»); o también las etimologías ingeniosas, tan propias de la poesía erudita, como «Publicola ... cultam plebem» (II, 8-9). Introduce también giros rebuscados e insólitos, como los poetismos del tipo *sollers nutrire* (I, 79), el llamado acusativo griego *insignis galeam* (I, 415), o *sperare* seguido del dativo *saluti* (II, 594), una innovación del autor.

Por lo que respecta a la creación de palabras, hemos de llamar la atención sobre algunos neologismos implantados por el propio Silio, como *nutamen*, *irrestinctus* o los sustantivos *extensus* e *illapsus*; algún que otro hápax, como *diffulminat*; o el empleo de compuestos poéticos, sobre todo en *-fer* y *-ger*, atestiguados tanto en Virgilio, Ovidio o Lucano (*aestifer*, *saetiger*), como en los épicos de su tiempo (*securiger*, *gemmifer*, *uvifer*). Son igualmente representativos algunos compuestos del tipo *nubivagus*, *trifaucis* o *luctificus*, avalados por la tradición poética.

Los calcos de versos virgilianos son tan frecuentes que sobra cualquier comentario. No obstante, son particularmente llamativos algunos versos que Silio toma de Virgilio, y que ambos parecen tomar a su vez de Ennio. Así, el ya citado «ac tuba terrificis fregit stridoribus auras» (V, 189) remite a «at tuba terribilem sonitum procul aere canoro / increpuit» (*Eneida* IX, 503), y ambos al mismo tiempo, al célebre «at tuba terribili sonitu taratantara dixit» de Ennio (*Annales*, frg. 259). Y lo mismo ocurre con «ensis contunditur ense, pes pede virque viro teritur» (IX, 324-325), «haeret pede pes densusque viro vir» (*Eneida* X, 361) e «hic pede pes premitur, hic armis arma teruntur» (*Annales*, frg. 572).

4. VALORACIÓN Y PERVIVENCIA

Cuando Silio Itálico escribe sus *Punica*, tenía alrededor de sesenta años. Su trayectoria vital era suficientemente amplia, había destacado en el terreno de la política, se había enriquecido y, como consecuencia de ello, se había retirado a una de sus fincas para dedicarse exclusivamente a su pasión, la literatura. En medio de un ambiente diletante y siendo uno de los intelectuales mejor valorados de su momento, comienza la redacción de *Punica*. Con todo este bagaje, necesariamente debió de verter en su poema todos los

conocimientos no sólo literarios, sino también políticos, militares o históricos que acopió a lo largo de su prolongada existencia. De este modo, *Punica* es una obra de madurez, un *epos* lleno de exaltación nacional no exento del pesimismo de un anciano que ha vivido una larga existencia, factor que lo diferenciaría de otros autores más jóvenes que él, como Lucano o Estacio. Frente a éstos, Silio pone en práctica un poema que es conscientemente un anacronismo, por cuanto pretende evocar y rememorar la época dorada de la literatura latina y de la historia de Roma.

Son muchas las críticas que Silio ha recibido a lo largo de siglos, en ocasiones provocadas por el propio desconocimiento de la obra y por alusiones más o menos negativas como la que formula Plinio el Joven en su epístola 3.7. Se le reprocha normalmente la extensión del poema (12.202 versos, el *epos* más amplio de la literatura latina), su monotonía o su insufrible sucesión de motivos y lugares comunes del género, elementos que toma casi siempre de Virgilio, habida cuenta de sus manifiestas carencias como creador.

No obstante, debemos situarnos en la época en que Silio compone sus *Punica*, en los valores estéticos y gustos literarios que prevalecen a finales del siglo I d.C. En este sentido, la originalidad debía estribar ineludiblemente en la creación de un poema a partir de un modelo: el esquema y los contenidos se repiten de autor en autor, y sólo la manera de tratar y reelaborar dicho esquema y dichos contenidos evidenciaban la originalidad de cada poeta. Cuando Silio se decide a componer sus *Punica*, es consciente de que su poema será una mezcla equilibrada de *imitatio* e *innovatio*. O, dicho de otro modo, el concepto de originalidad no equivale a independencia absoluta con respecto a lo anterior, sino a la reelaboración original de un modelo establecido.

Así, si bien es cierto que uno de los reproches que con mayor frecuencia se hace de Silio es su dependencia de Virgilio (dependencia hasta cierto punto justificada, desde el momento en que los *Punica* vienen a ser una continuación, en el marco histórico, del periodo mítico descrito en la *Eneida*), no lo es menos que «Silio era demasiado ecléctico para ser totalmente virgiliano, ni siquiera serlo predominantemente»[200]. Ciertamente, nuestro autor reorganiza y

[200] E. J. Kenney y W. von Clausen (1989), p. 615.

trata todo el material de que dispone con enorme soltura y libertad, hasta el punto de que son varios los estudiosos que han definido *Punica* como un verdadero «mosaico en verso»[201]. En efecto, Virgilio se erige en el modelo principal para Silio, pero también debe mucho a otros autores que indefectiblemente tuvieron que influir en la composición de su epopeya. Como fuente histórica fundamental para los contenidos que ha de narrar en su epopeya, Silio recurre a cada paso a la tercera década de *Ab urbe condita*, de Livio, si bien el poeta tiende a la transformación épica del material historiográfico.

También toma Silio en consideración a los poetas más innovadores del género épico en el siglo I, Ovidio y Lucano. Del primero parece imitar las leyendas de corte helenístico (Falerno, Pan, etc.), pequeñas historias cortas, cercanas al epilio, como las que Ovidio trata en *Metamorfosis* o *Fastos*. De Lucano parece provenir, entre otras, la idea estoica de consecución de la gloria *(virtus)* a través de las más penosas fatalidades *(decus laborum)*. Lo que Silio proyecta en sus *Punica* es la narración de unos hechos gloriosos tratados desde la forma poética virgiliana y considerados desde la perspectiva filosófica y ética que impregna todo el siglo I.

Asimismo, la elección de un tema histórico como la Segunda Guerra Púnica separa a Silio de Virgilio, al tiempo que lo relaciona con Ennio. También con el arcaico tiene en común, tal vez, el proyecto inicial de su *epos* en 18 libros, en vez de los 17 que han llegado a nosotros. Además, Silio ensalza a Ennio en su doble faceta de poeta y guerrero (XII, 393 ss.).

Igualmente, y como es lógico, el primero de los poetas épicos, Homero, se halla presente en multitud de pasajes de *Punica*, bien directamente, bien de manera indirecta, a través de Virgilio. A ello hay que unir la representación que del épico griego nos ofrece en XIII, 788, como poeta cósmico y universal que abarcó la tierra, el mar, el aire y los infiernos.

Por último, hay quienes consideran también que, en ciertos pasajes, Silio tuvo presente a autores como Cicerón, Salustio, Apolonio de Rodas e, incluso, a Estacio. Menos claras son las reminiscencias de Nevio, Polibio o Valerio Flaco.

---

[201] Cfr. M. V. T. Wallace (1957), pp. 160 y 162; M. von Albrecht (1999), p. 888.

En líneas generales, *Punica* vendría a ser la transposición épica (siguiendo la manera de Virgilio) de unos hechos históricos narrados por Livio, ennianos en esencia y cargados de la introspección filosófica lucánea.

Por lo que atañe a la pervivencia del poeta y su obra, el devastador juicio que emite Plinio en su carta-obituario, unido a la fama de cliente agradecido que a menudo se ha asignado a Marcial, uno de sus máximos defensores, contribuyó decisivamente a la consideración de Silio Itálico como mal poeta, pese a las alabanzas del propio Marcial o de Cornuto.

En el siglo V, Sidonio Apolinar incluye su nombre en una lista de autores poco adecuados para que aparezcan en sus *nugae*, lo que implica que era considerado un autor que los hombres instruidos debían conocer. Por lo demás, existen en estos siglos bastantes imitadores de Silio, como Juvenco, Ausonio, Símaco o Amiano Marcelino. En el siglo V encontramos reminiscencias silianas en las obras de Claudio, Rutilio Namaciano o Draconcio. En el siglo VI, lo imitan Arator y Coripo, entre otros.

Pese a las escasas huellas de manuscritos del poema en la Edad Media, no parece que Silio fuese totalmente desconocido, a juzgar por las coincidencias literales que *Punica* presenta con el Waltharius del siglo X.

Por otra parte, y pese a la afirmación de Lefebvre de Villebrune a propósito de las concomitancias entre los *Punica* y el poema *Africa* de Petrarca, parece claro que el italiano no tiene en cuenta la obra siliana.

Durante el concilio de Constanza (1417), Poggio Bracciolini descubre el arquetipo de los *Punica*, un viejo manuscrito tal vez procedente de St. Gallen. Después de su hallazgo, parece ser que el poema fue leído e imitado con asiduidad, de forma muy especial en Inglaterra. Se convirtió entonces en un paradigma de virtud cortesana que se leía incluso en ambientes universitarios. Las impresiones y reimpresiones del poema siliano se multiplican incesantemente desde la *editio princeps* de 1471 (a cargo de Giovanni Andrea Bussi, obispo de Aleria, y publicada por Sweynheym & Pannartz). Además, muchas de las ediciones contienen un apéndice en donde se detalla la vida de Silio.

Julio César Escalígero, en sus *Poetices libri septem*, Lyon, 1561, p. 324, tiene bastante parte de culpa de la mala prensa que persiguió al poeta a lo largo de los siglos posteriores: le achaca el humanista su falta de nervio y encanto («ab omni venere alienus est»). Más adelante, en su edición de finales del XVIII, Ernesti vuelve a arremeter de forma áspera y cruel contra el poeta y su obra.

Pese a las críticas que tradicionalmente ha recibido el autor, hoy en día se atisba una tendencia a revalorizar y encarecer la obra de Silio Itálico. De los tres épicos de la era flavia, sin embargo, se sigue considerando a Estacio como el más notable y completo, mientras que Valerio Flaco es, para muchos, desconocido. Cierto es que las carencias que demuestra Silio son en ocasiones manifiestas, pero también lo es que hay pasajes sublimes a lo largo de los más de 12.000 versos del poema, lo que induce a pensar que muchas de las críticas que se han lanzado sobre el autor provienen de juicios apriorísticos más que de un conocimiento riguroso del poema.

5. NUESTRA TRADUCCIÓN

El texto de *Punica* es a veces sumamente complicado. Hay pasajes en que la traducción resulta, cuando menos, enrevesada. Así lo documenta en reiteradas ocasiones Spaltenstein (1986 y 1990), cuando comenta minuciosamente la obra siliana. En efecto, a las continuas redundancias en la expresión y al carácter barroco y abigarrado que presenta el estilo del autor, hay que unir las múltiples conjeturas a que ha dado lugar el texto a lo largo de los casi seiscientos años transcurridos desde que Poggio Bracciolini lo descubriera, en torno a 1417.

El estilo de Silio, tan excesivamente adornado y redundante, provoca en ocasiones que su traducción al castellano pierda ritmo y armonía y resulte muy recargada. Pese a ello, y en aras de la fidelidad léxica y sintáctica, hemos procurado mantener el estilo del autor como fiel reflejo de una época literariamente barroca. La gran riqueza de epítetos, gentilicios, patronímicos y demás referencias eruditas que Silio emplea profusamente nos obliga a incluir a pie de página numerosas notas con vistas a la perfecta comprensión del texto siliano.

Para la traducción hemos seguido principalmente la edición de Les Belles Lettres (en cuatro volúmenes: 1979, 1981, 1984, 1992). Dicha edición, además de partir del consenso entre las principales ramas de manuscritos, se nos revela, en líneas generales, como la más acorde y ajustada al contenido que Silio nos narra en cada momento. O, dicho de otro modo, presenta menos disonancias en cuanto al sentido y al contexto. Por lo que respecta a la edición teubneriana, elaborada por J. Delz (1987), pese a ser más completa (pues recoge la mayor parte de las conjeturas que ha suscitado el texto de *Punica*), en numerosas ocasiones ofrece lecturas con las que no estamos de acuerdo, si debemos tener en cuenta la correcta intelección del texto siliano.

Sin embargo, en aquellas ocasiones en que un pasaje presenta alguna dificultad, o bien nos decantamos por la lectura de Delz, en detrimento de la que ofrecen los editores franceses, lo reflejamos pertinentemente a pie de página.

El índice de nombres propios que aparece al final de la traducción contribuye a un mejor conocimiento de los lugares y personajes que Silio incluye en su *epos* y sirve al lector como guía para los asuntos históricos más relevantes.

6. BIBLIOGRAFÍA

6.1. Ediciones, traducciones y comentarios por orden cronológico

BUSSI, A., *Silii Italici Punicorvm libri septemdecim*, Roma, C. Sweynheim & A. Pannartz, 1471.

MARSUS, P., *Caii Silii Italici Punicorvm libri septemdecim*, Venecia, 1483.

ASULANUS, A., *Silii Italici de Bello Punico diligentissime castigati*, Venecia, 1523 *(editio Aldina)*.

HEINSIUS, D., *Silius Italicus, De bello Punico Secundo*, Leyden, 1600.

DAUSQUEIUS, C., *In C. Sili Italici viri consularis Punica seu de Bello Punico Secundo libros XVII*, París, 1615.

DRAKENBORCH, A., *Caii Silii Italici Punicorvm libri septemdecim*, Utrecht, Vandewater, 1717.
LEFEBVRE, J. B., *C. Silii Italici de bello Punico secundo Poema ad fidem veterum monimentorum castigatum*, París, 1781.
ERNESTI, J. A., *Caii Silii Italici Punicorvm libri septemdecim*, Leipzig, 1791.
RUPERTI, G. A., *Caii Silii Italici Punicorvm libri septemdecim*, Gotinga, 1795-1798.
BOTHE, F. H., *Des C. Silius Italicus Punischer Krieg*, Stuttgart, 1855-1857, 5 vols.
BAUER, L., *Silii Italici, Punica*, Leipzig, Bibliotheca Teubneriana, 1890-1892, 2 vols.
PETRUCCI, A., *Silius Italicus, Punica*, vol. 2, Milán, Collezzione Romana, 1947.
DUFF, J. D., *Silius Italicus, The Punic Wars*, Londres, Heinemann, 1968 (= 1934), 2 vols.
MINICONI, P. y DEVALLET, G., *Silius Italicus, La Guerre Punique*, t. I (libros I-IV), París, Les Belles Lettres, 1979.
VOLPILHAC, J., MINICONI, P. y DEVALLET, G., *Silius Italicus, La Guerre Punique*, t. II (libros V-VIII), París, Les Belles Lettres, 1981.
VOLPILHAC, J., MARTIN, M., MINICONI, P. y DEVALLET, G., *Silius Italicus, La Guerre Punique*, t. III (libros IX-XIII), París, Les Belles Lettres, 1984.
SPALTENSTEIN, F., *Commentaire des* Punica *de Silius Italicus*, libros 1-8, Ginebra, L. Droz, 1986.
DELZ, J., *Silius Italicus, Punica*, Stuttgart, Teubner, 1987.
SPALTENSTEIN, F., *Commentaire des* Punica *de Silius Italicus*, libros 9-17, Ginebra, L. Droz, 1990.
RUPPRECHT, H., *Silius Italicus, Punica*, Mitterfels, 1991, 2 vols.
MARTIN, M. y DEVALLET, G., *Silius Italicus, La Guerre Punique*, t. IV (libros XIV-XVII), París, Les Belles Lettres, 1992.

6.2. Léxicos y concordancias

WACHT, M., *Concordantia in Silii Italici Punica*, Hildesheim, 1989, 2 vols.

YOUNG, N. D., *Index verborum Silianus* [Iowa, 1939], Hildesheim, Olms, 1964 (reimpr.).

6.3. Repertorios bibliográficos

HELM, R., «Nachaugusteische nichtchristliche Dichter I, 1925-1942», *Lustrum* I (1956), pp. 255-271.

6.4. Estudios generales

AGOSTINO, V. d', «La favola del bivio in Senofonte, in Luciano e in Silio Italico», *Rivista di Studi Classici* II 3 (1954), pp. 1-12.

AHL, F. M., DAVIS, M. y POMEROY, A., «Silius Italicus», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* 32 4 (1986), pp. 2492-2561.

ALBRECHT, M. von, «Gleichnis und Innenwelt in Silius' *Punica*», *Hermes* XCI (1963), pp. 352-375.

—, *Silius Italicus. Freiheit und Gebundenheit römischer Epik, Amsterdam*, Schippers, 1964.

—, «Claudia Quinta bei Silius Italicus und bei Ovid», *Der Altsprachliche Unterricht* XI 1 (1968), pp. 76-95.

—, «Silius Italicus. Ein vergessenes Kapitel Literaturgeschichte», *Argentea aetas. In memoriam E. V. Marmorale*, Génova, Publ. Inst. di Fil. Class., 1973, pp. 181-188.

—, *Historia de la literatura romana*, t. II, Estefanía, D. y Pociña, A. (eds.), Barcelona, Herder, 1999.

ALVAR EZQUERRA, A., «La épica latina», en Estefanía, D., Domínguez, M., Amado, M.ª T. (eds.), *Cuadernos de literatura griega y latina II. Géneros literarios poéticos grecolatinos*, Madrid-Santiago, 1998, pp. 39-61.

ARRIBAS HERNÁEZ, M.ª L., «Las cláusulas anómalas en la obra de Silio Itálico», *Emerita* LVIII (1990), pp. 231-254.

AUVERLOT, D., «Le catalogue del armées alliées de Carthage dans les *Punica* de Silius Italicus: construction et fonction (Livre III, vers 222 à 414)», *L'information Litteraire* XLIV 2 (1992), pp. 3-11.

BAILEY, D. R., «Siliana», *Classical Quarterly* IX (1959), pp. 173-180.

BARDON, H., *L'époque impériale*, t. II de *La littérature latine inconnue*, París, Klincksieck, 1956.
—, «Le goût à l'époque des Flaviens», *Latomus* 21 (1962), pp. 732-748.
—, *Les empereurs et les lettres latines d'Auguste à Hadrien*, París, 1968.
—, «Les Flaviens et la littérature, essai d'autocritique», *Atti Congr. Studi Vespasianei*, Rieti, 1981, vol. I, pp. 178 ss.
BASSETT, E. L., «Regulus and the serpent in the *Punica*», *Classical Philology* L (1955), pp. 1-20.
—, «Silius, *Punica* VI, 1-53», *Classical Philology* LIV (1959), pp. 10-34.
—, «Hercules and the hero of the *Punica*», en Wallach, I. (ed.), *The Classical Tradition. Literary and historical studies in honour of H. Caplan*, Nueva York, Ithaca, 1966, pp. 258-273.
BETTINI, M., «L'epitaffio di Virgilio, Silio Italico e un modo di intendere la letteratura», *Dialigi d'Archeologia* IX-X (1976-1977), pp. 439-448.
—, «Ennio in Silio Italico», *Rivista di Filologia e instruzione classica* CV (1977), pp. 425-447.
BICKEL, E., «De Silii Punicorum libris VII ss post Domitianum abolitum editis», *Rheinisches Museum* 66 (1911), pp. 500-512.
BILLERBECK, M., «Die Unterweltbeschreibung in den *Punica* des Silius Italicus», *Hermes* CXI (1983), pp. 326-338.
—, «Stoizismus in der römischen Epik neronischer und flavischer Zeit», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, 2 32 5 (1986), pp. 3116-3151.
BOLAFFI, E., «L'epica del I secolo dell'impero», *Giornale italiano di filologia* XII (1959), pp. 218-230.
BONNIEC, H. Le, «Les présages avant la bataille du lac Trasimène chez Silius Italicus (*Punica* 5.53-76)», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé* (1980), 2, pp. 194-206.
BROUWERS, J. H., «Zur Lucan-Imitation bei Silius Italicus», en Boeft, S. den y Kessels, A. H. M. (eds.), *Studies in honour H. L. W. Nelson*, Utrecht, 1982, pp. 73-87.
—, «Les dieux dans la description de la tempête chez Silius Italicus», en Decreus, F. y Deroux, C. (eds.), *Mélanges Veremans*, 1986.

BRUÈRE, R. T., «Silius Italicus, *Punica* III, 62-162 et IV, 763-822», *Classical Philology* XLVII (1952), pp. 219-227.
—, «Color ovidianus in Silius *Punica* 1-7», en Herescu, N. (ed.), *Ovidiana*, París, 1958, pp. 475-499.
—, «Color ovidianus in Silius *Punica* 8-17», *Classical Philology* 54 (1959), pp. 228-245.
—, «Scipio and the ghost of Appius», *Classical Philology* LVIII (1963), pp. 73-92.
—, «Some recollections of Virgil's Drances in later epic», *Classical Philology* LXVI (1971), pp. 30-34.
BRUGNOLI, G., «Silio, Stazio, Ausonio e Foca *Carm. de Verg.* 38-39», *Giornale Italiano di Filologia* XL (1988), pp. 237-240.
BURCK, E., «Die *Punica* des Silius Italicus», en Burck, E. (ed.), *Das römische Epos*, Darmstadt, 1979, pp. 254-299.
—, «Die Endphase der Schlacht am Metaurus bei Silius Italicus (*Punica* 15.759-16.22)», *Wiener Studien* XVI (1982), pp. 260-273.
—, *Historische und epische tradition bei silius Italicus*, Múnich, Beck, Zetemata LXXX, 1984.
CALDER, W. M., «Silius Italicus in Asia», *Classical Review* 49 (1935), pp. 216-217.
CAMPBELL, D. J., «The birthplace of Silius Italicus», *Classical Review* 50 (1936), pp. 56-58.
CASALE, F., *Silio Italico*, Salerno, M. San Severino, 1954.
CRANZ, F. E. y KRISTELLER, P. O. (eds.), *Catalogus translationum et commentariorum: Mediaeval and Renaissance latin translations and commentaries*, Washington, Catholic Univ. of America, 1976, vol. III, pp. 341-398.
CRISTÓBAL, V., «Tempestades épicas», *Cuadernos de Inv. Filológica* XIV (1988), pp. 125-148.
CROME, J. F., «Silio Italico studioso e cultore di Virgilio. Contributo alle indagini per la determinazione del volto di Virgilio», *Atti e Mem. dell'Academia Virgiliana* XXXIV (1963), pp. 43-51.
CUPAIUOLO, F., *Tra poesia e poetica: su alcuni aspetti culturali della poesia latina nell'età augustea*, Nápoles, Libreria Scientifica Editrice, 1966.
—, *Itinerario della poesia latina nel primo secolo dell'Impero*, Nápoles, 1973.

CURCHIN, L. A., «The Sarmatian walls of Uxama (Sil. Ital. *Punica* 3, 384-86)», *Mnemosyne*, Ser. 4 50 2 (1997), pp. 209-212.
CURRIE, H., «Lucan III, 8 ff. And Silius Italicus XVII, 158 ff.», *Mnemosyne* XI (1958), pp. 49-52.
CZYPICKA, T., «Funzionalità del dialogo tra Venere e Giove nel libro III delle Puniche di Silio Italico», *Eos* LXXV (1987), pp. 87-93.
DANESI MARIONI, G., «Un esempio della tecnica compositiva di Silio Italico», *Munus amicitiae, Scritti in memoria di A. Ronconi*, 1986, pp. 43-55.
—, «Un martirio stoico. Silio Italico Pun. 1.169 sgg», *Prometheus* XV (1989), pp. 245-253.
DELARUE, F., «Sur la architecture des *Punica* de Silius Italicus», *Révue·d'Études Latines* LXX (1992), pp. 149-165.
DELZ, J., «Nachlese zu Silius Italicus», *Museum Helveticum* 54 3 (1997), pp. 163-174.
DEVILLERS, O., «Sur deux noms des Puniques chez Silius Italicus (Pun., V, 627; XV; 700)», *Antiquité Classique* 69 (2000), pp. 213-215.
DÍAZ DE BUSTAMANTE, J. M., «El sueño como motivo genérico y como motivo tradicional en Silio Itálico», *Euphrosyne* XIII (1985), pp. 27-50.
DUFF, J. W., *A literary history of Rome in the Silver Age*, Westport, Greenwood Press, 1964 (= 1927).
EDEN, P. T., «Silius Italicus 10. 108 and Jupiter's eagles», *Classical Quarterly* 49 2 (1999), p. 637.
ESTEFANÍA, D., *Estructuras de la épica latina*, Madrid, Fundación Juan March, 1977.
—, «Epopeya heroica, poemas históricos, panegírico poético: un intento de definición», *Los géneros literarios, Actes del VII Simposi d'Estudis Classics*, Barcelona, 1985, pp. 55-72.
—, «Introducción» a LUCANO, *Farsalia*, Madrid, Akal, 1989.
—, «La épica: tradición e innovación», en Estefanía, D. y Pociña, A. (eds.), *Géneros literarios romanos: aproximación a su estudio*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1996, pp. 123-146.
EVANS, E. C., «Literary portraiture in ancient epic. A study of the descriptions of physical appareance in classical epic», *Harvard Studies in Classical Philology* LVIII-LIX (1948), pp. 189-217.

FINCHER, N. M., *A thematic study of Silius Italicus' Punica*, Diss. Florida St. University, 1979.

FLAMMINI, G., «Tecnica e strutture del chiasmo in Silio Italico», *Giornale Ital. Di Filologia* XXXV (1983), pp. 85-101.

FRANK, E., «Works of art in the epics of Valerius Flaccus and Silius Italicus», *Rendiconti dell'Instituto Lombardo* CVIII (1974), pp. 837-844.

FUCECCHI, M., «Empietá e titanismo nella rappresentazione siliana di Annibale», *Orpheus* XI (1990a), pp. 21-42.

—, «Il declino di Annibale nei *Punica*», *Maia* XLII (1990b), pp. 151-166.

—, «*Irarum proles*: un figlio di Annibale nei *Puniche* di Silio Italico», *Maia* XLIV (1992), pp. 45-54.

—, «Lo spettacolo delle virtu nel giovane eroe predestinato: analisi della figura di Scipione in Silio Italico», *Maia* XLV (1993), pp. 17-48.

GAGLIARDI, D., «Il giudizio di Plinio Jr. su Silio Italico», *Civiltá Classica e Cristiana* XI (1990), pp. 289-293.

GRILLONE, A., «De simulatis somniis apud Romanos poetas», *Annali del Liceo Classico Garibaldi* III-IV (1966-1967), pp. 274-280.

—, *Il sogno nell'epica latina; tecnica e poesia*, Palermo, Ando, 1967.

HÅKANSON, L., *Silius Italicus. Kritische und exegetische Bemerkungen*, Scripta minora soc. hum. litt. Lundensis, 1, 1976-1977.

HARDIE, P., «Flavian epicists on Vergil's epic tecnique», *Ramus* XVIII (1989), pp. 3-20.

—, *The epic successors of Virgil: a study in the dynamics of a tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

HÄUSSLER, R., *Das historische Epos von Lucan bis Silius und seine Theorie: geschichtliche Epik nach Vergil,* en *Studien zum historischen Epos der Antike,* II, Heidelberg, 1978.

HERRERO LLORENTE, V. J., «Lucano en la literatura hispanolatina», *Emerita* XXVII (1959), pp. 19-52.

JOCELYN, H. D., «Silius and republican latin literature», *Liverpool Classical Monthly* XIII (1988), pp. 131-133.

JUHNKE, H., *Homerisches in römischer Epik flavischer Zeit. Untersuchungen zu Szenennachbildungen und Strukturentspre-*

chungen in Statius' Thebais *und Silius'* Punica, Múnich, Beck, Zetemata 53, 1972.

KENNEY, E. J. y CLAUSEN, W. von (eds.), *Literatura Latina*, en *Historia de la literatura clásica*, t. II, Madrid, Gredos, 1989.

KER, A., «Siliana», *Proceedings of the American Philological Society*, XIII (1967), pp. 14-31.

KISSEL, W., *Das Geschichtsbild des Silius Italicus*, Frankfurt am Main, 1979.

KLOTZ, A., «Silius Italicus», *Real Encyclopäedie Pauly-Wissowa*, III A, 1927, coll. 79-91.

—, «Dis Stellung des Silius Italicus unter den Quellen zur Geschichte des zweiten punischen Krieges», *Rheinisches Museum* 82 (1933), pp. 1-34.

LAUDIZI, G., *Silio Italico. Il passato tra mito e restaurazione etica*, Galatina, 1989.

—, «Scipione e Appio Claudio in Silio Italico», *Bollettino di Studi Latini* XXI (1991), pp. 3-16.

LENTHÉRIG-VOLPILHAC, J., «Silius Italicus», *Révue d'Études Latines* LXVI (1988), pp. 29-35.

LÓPEZ MOREDA, S., «Introducción» a *Las Argonáuticas de Valerio Flaco*, Madrid, Akal, 1996, pp. 7-47.

—, *Valerio Flaco*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2000.

LORENZ, G., *Vergleichende Interpretationen zu Silius Italicus und Statius*, Diss. Kiel, 1968.

LORENZO LORENZO, J., «Técnica narrativa en Virgilio y Silio Itálico», *Cuadernos de Filología Clásica* XV (1978), pp. 201-216.

LUNDSTRÖM, S., «Sprach's bei Silius Italicus», *Acta soc. Hum. Litt. Lundensis* LXVII, 1971.

MARTIN, J., «Die *Punica* des Silius Italicus», *Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft* 1 (1946), pp. 163-165.

MATIER, K. O., «Prejudice and the *Punica*. Silius Italicus. A reassessment», *Acta Classica* XXIV (1981), pp. 141-151.

—, «The poetic sources of Silius Italicus with particular reference to Book Eleven», *Acta Classica* XXVI (1983), pp. 73-82.

—, «The similes of Silius Italicus», *Liverpool Classical Monthly* XI (1986), pp. 152-155.

—, «Prejudice and the *Punica* again», *Akroterion* XXXIII (1988), pp. 14-21.

—, «Silius Italicus at Bay: Pliny, Prejudice and the *Punica*», Inaugural Address delivered at the University of Durban, Westville, 1989a.

—, «Hannibal the real hero of the *Punica*?», *Acta Classica* XXXII (1989b), pp. 3-17.

—, «Stoic philosophy in Silius Italicus», *Akroterion* XXXV (1990), pp. 68-72.

—, «The influence of Ennius on Silius Italicus», *Akroterion* XXXVI (1991), pp. 153-158.

—, «A role reversal in Silius (10.605-639)», *Akroterion* XXXVIII (1993), pp. 32-38.

McDERMOTT, W. C. y ORENTZEL, A. E., «Silius Italicus and Domitian», *American Journal of Philology* XCVIII (1977), pp. 24-54.

McDONALD, R., *The Flavian epic poets as political and social critics*, University of North Carolina, 1971.

McGUIRE, D. T., *History as epic. Silius Italicus and the Second Punic War*, Nueva York, 1985.

—, «History compressed. The Roman names of Silius' Cannas episode», *Latomus* 54.1 (1995), pp. 110-118.

—, *Acts of silence: civil war, tyranny and suicide in the Flavian epics*, Hildesheim, Zúrich, Olms-Weidmann, 1997.

McGUSHIN, P., *The transmission of the Punica of Silius Italicus*, Amsterdam, 1985.

MENDELL, C. W., «Silius the reactionary», *Philological Quarterly* 3 (1924), pp. 92-106.

MEZZANOTTE, A., «Echi del mondo contemporaneo in Silio Italico», *Rendiconti dell'Instituto Lombardo* 129 2 (1995), pp. 357-388.

MURGIA, C. E., «Ovid *Fasti* 3. 557-558», *Classical Philology* LXXXII (1987), pp. 151-153.

NESSELRATH, H. G., «Zu den Quellen des Silius Italicus», *Hermes* CXIV (1986), pp. 203-230.

NICOL, J., *The historical and geographical sources used by Silius Italicus*, Oxford, 1936.

PICARD, G., «Le tophet de Carthage dans Silius Italicus», *Mélanges de philosophie, de litterature et d'histoire ancienne offerts à Pierre Boyancé*, Roma, École Française de Rome, 1974, pp. 569-577.

PINTO, M., «Il medaglione enniano nelle Puniche di Silio Italico», *Maia* VI (1953), pp. 224-229.
POMEROY, A. J., «Silius Italicus as a doctus poeta», *Ramus* XVIII (1989), pp. 119-139.
RAMAGLIA, L., «La figura di Giunone nelle *Puniche* di Silio Italico», *Rivista di Studi Classici* I (1952-1953), pp. 35-43.
—, «L'oltretomba nelle Puniche di Silio Italico», *Rivista di Studi Classici* II (1954), pp. 17-24.
REITZ, C., *Die Nekyia in den* Punica *des Silius Italicus*, Studien zur klassische Philologie 5, Frankfurt am Main, 1982.
RIPOLL, F., «Silius Italicus et Valérius Flaccus», *Révue d'Études Anciennes* 101 (1999), pp. 499-521.
—, «Silius Italicus et Cicéron», *Les Études Classiques* 68 2 3 (2000), pp. 147-173.
ROMANO, D., *Poesia e scienza (saggio). Silio Italico uomo, poeta, artista, attraverso una moderna interpretazione filologica e psicologica*, Nápoles, 1969.
ROSTAGNI, A., *Storia della letteratura latina. III. L'Impero*, Turín, UTET, 1964.
RUNCHINA, G., «Da Ennio a Silio Italico», *Annali Fac. Magistero della Un. Cagliari* (1982), pp. 11-43.
SÁNCHEZ SALOR, E., «Épica», en C. Codoñer (ed.), *Géneros literarios latinos*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1987, pp. 213-231.
SANTINI, C., *La cognizione del passato in Silio Italico*, Roma, Bibl. GIF, 1983.
—, «Per una tipologia del concetto di antichità nei *Punica*», *Quaderni Linguistici e filologici* (1982-1984), pp. 163-170.
—, *Silius Italicus and his view of the past*, Amsterdam, 1991.
—, «Personaggi divini (e umani) nei *Puniche* di Silio Italico», *La storia, la letteratura e l'arte a Roma* (1992), pp. 383-396.
SCHENK, P., «Die Gesänge des Teuthras (Sil. It. 11.288-302 u. 432-482)», *Rheinisches Museum* CXXXII (1989), pp. 350-368.
SECHI, M., «Silio Italico e Livio», *Maia* IV (1951), pp. 280-297.
STURT, N. J. H., «The simile of *Punica* 14.189-191», *Classical Journal* LXXIV (1978), pp. 19-21.
SULLIVAN, J. P., *Literature and politics in the age of Nero*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1985.

TANDOI, V., «Gli epici di fine I secolo dopo Cristo, o il crepuscolo degli dei», *Atene e Roma* XXX (1985), pp. 154-169.

THUILE, W., *Furiae in der nachklassischen Epik. Untersuchungen zu Valerius Flaccus' Argonautica, Papinius Statius' Thebais und Silius Italicus' Punica*, Innsbruck, 1980.

TOOHEY, P., *Reading epic. An introduction to the ancient narratives*, Londres, Routledge, 1992.

TUPET, A. S., «Le serment d'Hannibal chez Silius Italicus», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé* 2 (1980), pp. 186-193.

USSANI, Jr., V., «Imitazione dell'*Appendix Vergiliana* nei *Punica* di Silio Italico», *Maia* III (1950), pp. 117-131.

VENINI, P., «Silio Italico e il mito tebano», *Rendiconti dell'Instituto Lombardo* CIII (1969), pp. 778-783.

—, «Cronologia e composizione nei *Punica* di Silio Italico», *Rendiconti dell'Instituto Lombardo* CVI (1972a), pp. 518-531.

—, «Tecnica allusiva in Silio Italico», *Rendiconti dell'Instituto Lombardo* CVI (1972b), pp. 532-542.

—, «La visione dell'Italia nel catalogo di Silio Italico (Pun. 8.356-616)», *Mem. Inst. Lombardo* XXXVI (1977-1978), pp. 123-227.

—, «Lo scudo di Annibale in Silio Italico (Pun. 2, 406-452)», *Studi di filologia Classica in onore di Giusto Monaco* III (1991), pp. 1191-1200.

VESSEY, D. W. T. C., «The myth of Falernus in Silius, *Punica* 7», *Classical Journal* LXVIII (1972/1973), pp. 240-246.

—, «Pliny, Martial and Silius Italicus», *Hermes* 102 1 (1974a), pp. 109-116.

—, «Silius Italicus on the fall of Saguntum», *Classical Philology* LXIX (1974b), pp. 28-36.

—, «Silius Italicus. The shield of Hannibal», *American Journal of Philology* XCVI (1975), pp. 391-405.

—, «The dupe of destiny. Hannibal in Silius, *Punica* III», *Classical Journal* LXXVII (1982), pp. 320-335.

—, «The origin of Ti. Catius Asconius Silius Italicus», *Class. Bulletin* LX (1984), pp. 9-10.

VIDAL, J. L., «Literatura epica llatina», en M. Mayer (ed.), *Literatura llatina*, Barcelona, UOC (Universitat Oberta de Catalunya), 1997, pp. 29-51.

VILLALBA ÁLVAREZ, J., «Ecos virgilianos en una tempestad épica de Silio Itálico (*Punica* XVII, 236-290)», *Humanitas* 56 (2004), pp. 365-382.

WALLACE, M. V. T., «The epic tecnique of Silius Italicus», *Harvard Studies in Classical Philology*, LXII (1957), pp. 159-162.

—, «The architecture of the *Punica*. A hypothesis», *Classical Philology* LIII (1958), pp. 99-103.

—, «Some aspects of time in the *Punica* of Silius Italicus», *Classical World* LXII (1968), pp. 83-93.

WATT, W. S., «Notes on Latin epic poetry», *Bulletin Inst. of Classical Studies* XXXI (1984), pp. 153-170.

—, «Siliana», *Museum Helveticum* 45 (1988), pp. 170-181.

WILSON, M., «Flavian variant: History. Silius' *Punica*», en A. J. Boyle (ed.), *Roman Epic*, Londres, Routledge, 1993, pp. 218-236.

WISTRAND, E., *Chronologie der Punica des Silius Italicus. Beiträge zur Interpretation der flavischen Literatur*, Universidad de Göteborg, 1956.

LA GUERRA PÚNICA

Libro I

Me dispongo a relatar la guerra que encumbró hasta el cielo la gloria de los Enéadas, obligando a la arrogante Cartago a obedecer las leyes de Enotria[1]. Permíteme rememorar, Musa, las gloriosas hazañas de la antigua Hesperia[2], cuántos y cuán grandes héroes engendró Roma para la guerra cuando el pueblo de Cadmo[3], rompiendo el pacto sagrado[4], suscitó una lucha por la soberanía. Durante mucho tiempo no estuvo claro en qué baluarte habría de situar por fin la Fortuna la nueva capital del mundo. Por tres veces y tras funestas disputas, los generales sidonios[5] rompieron la alianza jurada en nombre de Júpiter y los 10

[1] Enotria es el nombre que los griegos dieron a un antiguo reino situado en el sureste de Italia. Por extensión, se identifica con Italia, lo mismo que otras denominaciones que aparecerán por todo el poema.

[2] Con la denominación de Hesperia se entienden las regiones occidentales del mundo. En esta ocasión designa a Italia.

[3] Cadmo, fundador de Tebas, procedía de Fenicia. La *gens Cadmea* se corresponde con el pueblo cartaginés, puesto que Cartago era una colonia fenicia. Igual que Virgilio, Silio Itálico retrotrae la contienda hasta una época mitológica.

[4] En virtud del Tratado del Ebro (226 a.C.), los cartagineses se comprometían a no extender sus dominios al norte del río. Sin embargo, la ascensión de Aníbal al poder (221) dio al traste con esa situación, pues muy pronto Aníbal comenzó a realizar conquistas más allá del Ebro. Ello, unido al asedio y posterior conquista de Sagunto, ciudad aliada de Roma, provocó el comienzo de la Segunda Guerra Púnica.

[5] Sidón es una ciudad de Fenicia. Por extensión, *sidonio* equivale a cartaginés.

tratados con el Senado, y otras tantas veces la sacrílega espada les llevó a quebrantar de forma ultrajante la paz que previamente habían acordado.

Pero fue en la segunda guerra[6] cuando cada pueblo empezó a maquinar el fin y la destrucción total del otro, de tal modo que estuvo muy cerca de la derrota aquel a quien estaba reservada la victoria. Un jefe dardanio[7] fue capaz de penetrar en la ciudadela de Agenor[8]; por el contrario, los cartagineses llegaron a cercar el Palatino, y, si Roma se salvó, fue gracias a sus murallas.

Se me ha otorgado el desvelar las causas de una cólera tan inveterada, de un odio arraigado durante tanto tiempo, de una lucha transmitida de padres a hijos y descubrir los sentimientos de los dioses. Y, ya sin más dilación, me remontaré al origen de esta gran contienda.

Cuentan que en otro tiempo Dido, huyendo por mar del país de Pigmalión[9], un reino manchado con el crimen de su propio hermano, llegó a las costas de Libia[10] guiada por el destino. Una vez allí, compró los terrenos sobre los que habría de edificar su nueva ciudad, dentro de los límites que, según le habían adjudicado, pudieran marcar las tiras cortadas de una piel de toro. Fue allí, antes que en Argos (así lo transmite la más antigua tradición) y antes que en la Micenas de Agamenón, a la que tanto quería[11], donde Juno prefirió establecer un pueblo que diera cobijo para siempre a los fugitivos.

Pero, cuando vio ella que Roma empezaba a descollar por encima de las demás pujantes ciudades y a enviar sus naves a tra-

---

[6] La Segunda Guerra Púnica tuvo lugar entre 218 y 201 a.C.

[7] Publio Cornelio Escipión el Africano. Dárdano era un famoso rey de Troya, lugar de procedencia de Eneas. De ahí que *dardanio* deba identificarse con romano.

[8] Agenor era hijo del rey fenicio Belo y padre de Cadmo. La ciudadela de Agenor se corresponde, por tanto, con la de Cartago.

[9] Pigmalión, rey de Tiro y hermano de Dido, había asesinado al marido de ésta, Siqueo, por lo que Dido tuvo que exiliarse. Una vez llegó a África, se le concedió ocupar el territorio que pudiera abarcar una piel de buey. Ella cortó la piel en finas tiras de tal manera que consiguió un terreno amplio donde ubicar su reino. Cfr. VIRGILIO, *Eneida* I, 367-368.

[10] Libia es otra de las denominaciones más frecuentes para el pueblo cartaginés.

[11] Cfr. HOMERO, *Ilíada* IV, 51-52.

vés de los mares llevando sus insignias victoriosas por todo el mundo, ante el temor de un peligro cada vez más inminente, azuzó los corazones de los cartagineses con el furor de la guerra. Y, tras un intento fallido en la primera guerra, en la que las pretensiones libias naufragaron en el mar de Sicilia[12], la diosa volvió con nuevos bríos a tomar las armas: un solo jefe le bastó para hacer temblar la tierra y sacudir el mar.

El belicoso Aníbal muy pronto encarnó toda la cólera de la diosa: sólo en él depositaba su confianza para afrontar el destino. Contenta entonces por tener de su parte a un guerrero tan ardo- 40
roso, y consciente de las catástrofes que como un furioso torbellino se cernían sobre el reino de Latino[13], exclamó:

«Un troyano prófugo[14], menospreciándome, habrá de introducir en el Lacio el linaje de Dárdano[15] y sus propios Penates, dos veces hechos prisioneros[16]; y, ya vencedor, habrá de fundar para los teucros[17] un reino en Lavinio[18], hasta que tus orillas, Tesino[19], no den ya cabida a tantos cadáveres romanos y el Trebia, siguiendo mis designios, se desborde por los campos celtas[20] llevando la sangre de la raza de Pérgamo[21], embalsado por las armas y los cuerpos sin vida de tantos hombres; también el Trasimeno retrocederá de espanto ante sus propias aguas, enturbiadas de sangre negruzca.

---

[12] La Primera Guerra Púnica concluyó con el desastre de las Islas Egates, en el mar de Sicilia, el 241 a.C.

[13] Latino era el rey de Laurento que acogió a Eneas a su llegada a Italia. El reino de Latino se corresponde con Roma.

[14] Eneas.

[15] Troya.

[16] Hércules tomó Troya después de matar a su rey, Laomedonte, por intentar engañarlo. Más adelante, fue Agamenón quien la destruyó tras la famosa guerra provocada por el rapto de Helena.

[17] *Teucros* equivale a troyanos y, por ello mismo, a romanos.

[18] Ciudad fundada por Eneas en el Lacio.

[19] Juno enumera aquí las cuatro victorias más importantes logradas por Aníbal en Italia: en el río Tesino en Umbría (218 a.C.), a orillas del Trebia (218), en el lago etrusco Trasimeno (217) y en Cannas, junto al Áufido en Apulia (216).

[20] En esta ocasión celta se identifica con galo. El río Trebia, afluente del Po, nace en los Apeninos y recorre la Galia Cisalpina.

[21] Pérgamo era la ciudadela de Troya y, por extensión, alude a Troya y a los troyanos.

»Y yo, desde el cielo, contemplaré Cannas, sepulcro de Hesperia, y las llanuras de Yapigia[22], inundadas de sangre ausonia[23], y a ti, Áufido, inseguro del curso que debes tomar, cuando tus márgenes queden unidas por los escudos, los cascos y los miembros de tantos guerreros, de forma que a duras penas puedas hacerte paso hasta las costas del Adriático». Así habló la diosa, a la vez que insufla en el joven Aníbal las acciones de Marte.

Fue éste[24], por naturaleza, amigo de discordias, proclive a faltar a su palabra, aguerrido sobremanera, pero siempre lejos de ser ecuánime. Con las armas en la mano no tenía consideración alguna hacia los dioses; era valiente aunque depravado, despreciaba la gloria que otorga la paz. Una sed ardiente de sangre humana le carcomía las entrañas. Además, cuando estaba en la flor de su juventud, sintió el vivo deseo de destruir las islas Egates, deshonroso recuerdo de sus antepasados[25], y sepultar el tratado de paz en el fondo del mar siciliano.

Juno es quien lo alienta y fatiga su corazón con la esperanza de gloria. Ya se imagina en sueños entrando en el Capitolio o cruzando las cumbres de los Alpes a marchas forzadas. Incluso a veces los sirvientes que duermen junto a su puerta se despiertan sobresaltados al escuchar un grito terrible en medio del más absoluto silencio y lo encuentran empapado en sudor, enzarzado en futuros combates y entablando duelos imaginarios.

Esta ira contra el territorio de Italia y las posesiones de Saturno[26] se la inculcó el furor de su padre cuando todavía era un niño. Procedente de la familia sarrana[27] del viejo Barca[28],

---

[22] Yapigia es una comarca de Apulia por donde fluye el Áufido, en cuyas orillas se desarrolló la batalla de Cannas.

[23] Ausonia es el nombre de una comarca de la Italia primitiva. En poesía suele designar a Italia entera.

[24] Comienza aquí el primero de los retratos de Aníbal.

[25] Y vengar así el desastre de la Primera Guerra Púnica (cfr. I, 35).

[26] En la Edad de Oro Saturno había reinado en el Lacio. De ahí que los *Saturnia arva* se correspondan con Italia.

[27] *Sarrano* equivale a fenicio. Sar o Sarra es el antiguo nombre de Tiro.

[28] Sobrenombre de Amílcar, padre de Aníbal. Posiblemente relacionado con el hebreo *baraq* («relámpago»).

contaba entre sus antepasados con el mismísimo Belo[29]. En efecto, después que Dido perdió a su esposo y se refugió en la entonces esclavizada Tiro, un joven belida que había escapado a las despiadadas armas del cruel tirano[30] se unió a la fugitiva para compartir todas sus penas. Noble por su origen y famoso por su valor, tan pronto como su hijo Aníbal empezó a balbucear y articular las primeras palabras en su lengua, Amílcar, hábil en ali-
mentar la cólera, sembró en el corazón del niño los deseos de 80
guerra contra Roma.

En medio de la ciudad, consagrado a los manes de la fundadora Elissa[31] y venerado por los tirios[32] con una adoración ancestral, oculto entre un cerco de tejos y pinos que con sus lúgubres sombras lo privaban de la luz del cielo, había un templo. Aquí fue, según cuenta la leyenda, donde en otro tiempo la reina puso fin a las preocupaciones que azoran a los mortales. Allí se alzan tristes estatuas de mármol: Belo, el fundador de la estirpe, y toda la serie de sus descendientes; también está Agenor, el orgullo de su pueblo, y Fénix, quien dio nombre por mucho
tiempo a aquella nación[33]. La misma Dido aparece sentada y 90
unida ya por siempre a Siqueo; a sus pies yace la espada del frigio[34]; también se erigen alineados cien altares consagrados a los dioses del cielo y al Érebo[35] poderoso. En aquel lugar una sacerdotisa, con los cabellos sueltos y vestiduras estigias, invoca la protección de la diosa de Henna[36] y al Aqueronte. La tierra empieza a crujir y, por entre las sombras, estallan horribles sil-

[29] Rey legendario de Tiro, homónimo del padre de Dido. Sus descendientes, los *Belidas*, son los tirios o cartagineses.

[30] Pigmalión.

[31] Nombre con el que también se designa a Dido. Cfr. *Eneida* IV, 335 y 610; V, 3.

[32] Otra denominación para los cartagineses.

[33] Fénix es el personaje epónimo de Fenicia.

[34] Dido se suicidó con la espada que le había entregado Eneas, apodado aquí frigio, esto es, troyano. Cfr. *Eneida* IV, 507.

[35] Divinidad infernal, hijo del Caos y hermano de la Noche. Aqueronte es uno de los ríos de los Infiernos.

[36] Proserpina se hallaba recogiendo flores en la ciudad siciliana de Henna cuando Plutón la raptó para llevarla con él a los Infiernos y convertirla en su reina.

bidos. Sin que nadie lo encienda, brota fuego en los altares. Entonces, por obra del mágico encantamiento, los manes despiertan y revolotean por el vacío, y el marmóreo rostro de Elissa comienza a sudar.

Aníbal fue conducido hasta el fondo de este santuario por orden de su padre y, nada más entrar, Amílcar examinó su porte y su rostro. Pero él no palideció ni ante la cólera de la sacerdotisa masilia[37] ni ante los crueles ritos del templo, ni ante los umbrales rociados con sangre putrefacta, ni ante las llamas que aparecieron tras el hechizo.

Su padre le acariciaba la cabeza, le cubría de besos y exaltaba su ardor animándolo con tentadoras palabras: «La renaciente raza de los frigios[38] está oprimiendo a los descendientes de Cadmo[39] con un injusto tratado de paz[40]; ya que el destino no permitió que pudiera arrojar con mi propio brazo tal deshonra de nuestra patria, a ti te está reservada si quieres, hijo mío, esta gloria. Vamos, pues, afronta esta guerra que ha de llevar a los laurentinos a la perdición. Que la juventud tirrena[41] lamente desde ya tu nacimiento y que las mujeres del Lacio se nieguen a concebir descendientes al ver cómo tú, hijo mío, te encumbras».

Con tales aguijones lo estimula; a continuación, Aníbal añade estas duras palabras[42]: «Cuando tenga la edad apropiada, perseguiré a los romanos por tierra y por mar, y a sangre y fuego haré cumplir el destino reteo[43]. Y no me lo impedirán ni los dioses, ni los pactos que estorban la guerra, ni los escarpados Alpes ni las rocas tarpeyas. Juro que cumpliré mis propósitos en nombre de nuestro Marte, y, en nombre de tus manes, reina». Acto seguido

---

[37] Relativo a los masilos o masilios, pueblo de Numidia. Por extensión, africano.

[38] Cfr. nota a I, 91. Frigia es un pueblo de Asia Menor. Los frigios se corresponden *lato sensu* con los troyanos y por ello, con los romanos.

[39] Cfr. nota a I, 6.

[40] El que Roma obligó a firmar a Cartago al final de la Primera Guerra (241 a.C.).

[41] Con *laurentinos* y *tirrenos* se está aludiendo de nuevo a los romanos.

[42] Sobre el juramento de Aníbal, cfr. A. S. TUPET (1980), pp. 186-193.

[43] Reteo era un promontorio de la Tróade. El adjetivo *reteo* equivale a romano.

se sacrificó una negra víctima en honor de la diosa triforme[44] y 120
la sacerdotisa se apresuró a abrir su cuerpo aún palpitante en
busca de respuesta y examinar el alma que se escapaba ya de las
entrañas.

Pero, cuando, conforme a las costumbres de su antiguo oficio, penetró en la mente de los dioses que ella invocaba, habló de esta manera: «Veo que las llanuras de Etolia[45] se cubren por completo de soldados muertos y un lago que brilla encendido por la sangre idea[46]. ¡Qué gran mole de piedra[47] se alza hasta las estrellas, sobre cuya empinada cumbre se suspenden tus campamentos! Y ya se precipitan los ejércitos desde las montañas. Cunde el pánico en las ciudades ennegrecidas por el humo y la tierra que se extiende bajo el cielo de Hesperia brilla por obra de las llamas sidonias. Por aquí veo fluir el Erídano[48] teñido de san- 130
gre. Con rostro fiero yace sobre un cúmulo de armas y muertos aquel *distinguido guerrero*[49] que *ofreció por tercera vez* abundantes despojos al dios Tonante. ¡Ah, qué turbia tempestad[50] viene a desencadenarse con súbitas lluvias, mientras en el cielo desgarrado resplandece un aire de fuego! Los dioses disponen importantes acontecimientos. Retumba el palacio del sublime cielo y veo a Júpiter preparado para la guerra». Luego Juno prohibió que se conociera más del destino y las entrañas enmudecieron de repente. Quedaron en secreto ya las calamidades y las largas fatigas.

---

[44] Hécate, diosa de los Infiernos, hija de Júpiter y Latona, llamada triforme por ser venerada como Diana en la tierra y como Luna en el cielo.

[45] La sacerdotisa contempla algunos episodios de la guerra: las llanuras de Etolia se identifican con Apulia, donde se desarrolló la batalla de Cannas. Se denominan así porque Diomedes, hijo de Tideo rey de Etolia, vino a establecerse allí después de la guerra de Troya. El lago es el Trasimeno.

[46] Perteneciente al Monte Ida en Frigia. Por ende, *ideo* es troyano y, en última instancia, romano.

[47] Los Alpes.

[48] El río Po, que recibe las aguas del Tesino y el Trebia.

[49] M. Claudio Marcelo, cónsul en el 222 a.C. ofreció a Júpiter por tercera y última vez en la historia de Roma los despojos de los galos ínsubres, a cuyo jefe había asesinado. Para su muerte, cfr. XV, 334-396.

[50] La tempestad que Júpiter suscitará para alejar a Aníbal de Roma (cfr. XII, 645-685).

Guardando así en su reservado corazón el propósito de guerra, el jefe tirio se dirigió a Cádiz y a Calpe[51], los confines del mundo habitado por los hombres, y sucumbió en dura pugna llevando los estandartes de los garamantes[52] hasta las columnas de Hércules.

Así las cosas, se entregan las riendas del poder a Asdrúbal[53], quien por entonces esquilmaba con furor desproporcionado las riquezas de los pueblos de Occidente, la nación ibera y los que habitan junto al Betis[54]. Corazón terrible no exento de una irremediable cólera el de un jefe que disfrutaba mostrando crueldad en su poder. Con su insaciable sed de sangre, creía descabelladamente que ser temido era síntoma de distinción; sólo podía aplacar su locura sanguinaria con castigos nunca vistos. Sin ningún respeto por lo humano o lo divino, mandó crucificar en lo alto de una cruz de madera a Tago[55], hombre de arraigada nobleza, aspecto distinguido y probado valor, y, triunfante, exhibió luego ante su pueblo afligido a este rey privado de sepultura. Por grutas y riberas lloran las ninfas de Iberia a Tago, quien tomaba su nombre del aurífero río, y no hubiera preferido él ni la corriente meonia ni las aguas lidias, ni la llanura que, regada por un caudal de oro, amarillea al mezclarse con las arenas del Hermo[56]. Siempre el primero a la hora de entrar en combate y el último en deponer las armas, cuando guiaba altanero su veloz corcel a rienda suelta, no había espada ni lanza arrojada de lejos que pudiera detenerlo. Revoloteaba triunfante Tago, bien conocido en ambos ejércitos por su dorada armadura.

Cuando uno de sus esclavos lo vio colgado del funesto madero y desfigurado por la muerte, a hurtadillas empuñó la espada

---

[51] Gibraltar.

[52] Los garamantes son un pueblo del sur de Numidia. Por extensión alude a las tropas cartaginesas. Las columnas de Hércules se identifican con el estrecho de Gibraltar.

[53] Hijo de Magón y yerno de Amílcar.

[54] Triple alusión a la península Ibérica.

[55] Silio da a este personaje el nombre del río *Tagus* (Tajo), famoso por las cantidades de oro que encerraba.

[56] Se compara aquí al Tajo con otros ríos igualmente auríferos de Lidia (o Meonia), en Asia Menor: el Pactolo y su afluente el Hermo.

preferida de su amo, irrumpió rápidamente en palacio e hirió por dos veces el pecho cruel de Asdrúbal. Los cartagineses montaron en cólera, acentuada entonces por tal pérdida y, como pueblo proclive a la crueldad, se abalanzan sobre él y lo someten a todo tipo de torturas[57]: ya no hubo límite para el fuego y el hierro candente, los azotes que aquí y allá desgarraban su cuerpo mutilado con infinitos golpes, las manos del verdugo, la misma muerte que se le colaba hasta el fondo de sus entrañas, las llamas que brillaban en mitad de las heridas. Un espectáculo atroz de ver, e incluso de contar: sus tendones, cruelmente estirados, se tensaban todo lo que el tormento permitía; cuando perdió toda su sangre, sus huesos calcinados humeaban todavía junto a los miembros consumidos. Pero su ánimo permanecía intacto: sobrellevaba el dolor, lo despreciaba, y, como si fuese un mero espectador, reprochaba a los torturadores su agotamiento y a grandes gritos reclamaba para sí el suplicio de la cruz, lo mismo que su amo.

En medio de este castigo a una víctima indiferente al sufrimiento, el ejército, desconcertado por la pérdida de su jefe, al unísono y tras encendido debate, aclama a Aníbal. Acentuaba este clamor el recuerdo del valor de su padre[58], el rumor acrecentado entre los pueblos de que había jurado la guerra a Roma, así como una juventud ávida de hazañas, una fogosidad no exenta de honestidad, una mente armada de mil artimañas y una innata elocuencia.

Son los libios los primeros en saludarlo y aclamarlo como jefe, y, a continuación, los pueblos pirenaicos y los belicosos iberos. Al momento, una arrogante seguridad asaltó su mente, cuando se dio cuenta de que tenía a su mando tantas tierras y tantos mares. Libia, quemada por el soplo del eolio Austro[59] y la abrasadora antorcha de Febo[60], hierve bajo el signo de Cáncer, como si fuese un inmenso extremo de Asia o un tercer conti-

[57] Cfr. G. Danesi Marioni (1989), pp. 245-253.

[58] Amílcar.

[59] Viento del sur. La denominación de *eolio* atiende a que Eolo es el señor de todos los vientos.

[60] El Sol. Febo es otro nombre de Apolo.

nente. Hacia el rojizo Oriente limita con el río de los Lágidas[61], que, empujando con sus siete bocas, hace crecer el mar. Por la parte que se orienta más apaciblemente hacia las dos Osas[62] y separadas por el estrecho de Hércules, pueden verse, desde las cumbres próximas al mar, las lejanas llanuras de Europa. Más allá está rodeada por el mar y el Atlas[63] impide que siga conservando su nombre, el mismo Atlas que haría sucumbir al cielo si retirara sus hombros. Su cabeza tachonada de nubes sostiene las estrellas y su elevada cerviz sujeta eternamente la bóveda celeste. Su barba encanece de escarcha, bosques de pinos cubren su frente de monstruosas sombras, los vientos golpean sus hundidas sienes y ríos de espuma caen a borbotones de su boca abierta. En ese momento, el profundo mar choca contra las rocas de ambas orillas y, cuando el extenuado Titán[64] sumerge sus jadeantes corceles, oculta en su humeante seno el carro de fuego.

Por donde África extiende sus tórridos desiertos, la tierra se abrasa preñada del abundante veneno de las serpientes; sin embargo, donde el clima más apacible suaviza los fructíferos campos, hay zonas fértiles no superadas ni por el trigo de Henna ni por los colonos de Faros[65]. Por allí cabalgan a sus anchas los númidas, pueblo que desconoce las riendas y guía sus caballos agitando una vara entre las dos orejas del animal como si de una brida se tratase. Tierra ésta fecunda en guerras y guerreros, y presta a desenvainar la espada tanto como a engañar.

Un segundo contingente lo conformaban las tropas hispanas, escuadrones auxiliares de Europa, fruto de las victorias de su padre. Allí los corceles belicosos llenan los campos con sus relinchos; allí llevan, altaneros, los carros de guerra: no podrían

[61] El río de los Lágidas es el Nilo, que desemboca en el mar por sus siete bocas. Lago era un general macedonio de Alejandro que fundó en Egipto la dinastía de los Ptolomeos Lágidas.

[62] El norte.

[63] Los montes Atlas estaban personificados con un titán condenado por Júpiter a soportar el mundo sobre sus hombros.

[64] El Sol, hijo del titán Hiperión.

[65] Henna (cfr. nota a I, 93) hace referencia a Sicilia entera, Faros es una isla situada en la desembocadura del Nilo, y aquí alude a Egipto. Sicilia y Egipto eran reputados productores de trigo.

ir más rápidas las ruedas en la arena de la Élida[66]. Esta gente estima en tan poco su propia vida y siempre está tan dispuesta a acelerar su muerte, que, en cuanto sobrepasan el vigor de la juventud, no soportan el paso del tiempo y renuncian a experimentar la decrepitud: es su brazo el que dicta la duración de su existencia[67]. En estas tierras se encuentra todo tipo de metales: las vetas de ámbar amarillean mostrando así su doble composición[68] y hasta el suelo sin cultivar encierra negros filones de hierro. Pero los dioses mantienen oculta la causa que suscita sus crímenes. El ambicioso astur se hunde en las profundas entrañas de la tierra esquilmada y vuelve infeliz a la superficie, con el rostro del mismo color que el oro desenterrado. Es allí, Pactolo, donde rivalizan contigo el Duero y el Tajo, y también el río que serpentea por las brillantes arenas de los gravios[69] y cuyo nombre recuerda entre aquella gente el olvido del infernal Leteo[70]. Es un terreno que se aclimata bien a los cultivos de Ceres, no desdeña tampoco los frutos de Baco, y en ningún lugar como en éste crece tan alto el árbol de Palas[71].

Después que estos pueblos se sometieron a la voluntad del rey tirio y le fueron entregadas las riendas del poder, logró conciliar a los guerreros con la habilidad que heredó de su padre y, bien por las armas, bien por medio de regalos, echó por tierra las decisiones tomadas en el Senado. Era el primero en afrontar el trabajo más duro[72], el primero en emprender la marcha y en poner manos a la obra si había que levantar a toda prisa una empalizada; tampoco carecía de ánimo en las acciones que incitan a la gloria; rechazaba algo tan necesario como el sueño y prefería pasar la noche sin dormir haciendo guardia, a veces incluso

[66] Se trata de los Juegos Olímpicos. Olimpia se hallaba en la Élida.

[67] Es ésta una concepción típicamente estoica.

[68] El ámbar es una aleación natural de oro y plata.

[69] Los gravios o grovios eran un pueblo que habitaba en la actual Galicia.

[70] Había en el país de los gravios un río cuyo nombre recordaba el del Leteo, el río de los Infiernos cuyas aguas provocaban en quien las bebía el olvido de los acontecimientos pasados. Según algunos, este río se corresponde con el actual Miño; para otros, habría que identificarlo con el Limia.

[71] Ceres se identifica con el trigo; Baco, con el vino y Palas, con el olivo.

[72] Comienza aquí el segundo retrato de Aníbal.

tumbado en el suelo; reconocible por su manto, rivalizaba en dureza con los soldados de la tropa libia. Como magnífico jefe al frente de un enorme ejército, hacía cumplir sus órdenes; con la cabeza descubierta soportaba lo mismo lluvias malsanas que la peor de las tempestades. Los cartagineses lo observaban y los astures aterrados se estremecían cuando atravesaba en su caballo desbocado los dardos que Júpiter lanzaba, rayos mezclados con copiosas lluvias y relámpagos que el soplo de los vientos provocaba. No lo debilitaban ni las polvorientas y tediosas marchas ni la ardiente Sirio[73]. Cuando la tierra quemada se abría inflamada por abrasadores rayos y el calor de mediodía incendiaba el cielo con su esfera incandescente, Aníbal consideraba propio de afeminados tumbarse a la refrescante sombra; prefería padecer sed y rehuía una fuente nada más verla. Era capaz de tomar las riendas, refrenar el ímpetu de un caballo dispuesto a tirarlo y domarlo para el combate; le gustaba que le reconocieran por su brazo mortífero y atravesar a nado, entre resonantes rocas, un río desconocido, para luego instar a sus compañeros desde la otra orilla. Era el primero en encaramarse sobre el baluarte de una ciudad recién tomada y siempre que, impetuoso, libraba feroces combates en campo abierto, iba dejando un enorme reguero de sangre allá donde soltaba su espada. Así pues, le gustaba desafiar al destino y, decidido a romper el acuerdo de paz, le seducía la idea de implicar, en la medida de sus fuerzas, a Roma en una guerra y, desde el extremo del mundo[74], llegar hasta el mismo Capitolio.

Las trompetas de guerra sonaron ante las mismas puertas de Sagunto[75] y fue allí donde Aníbal tomó las armas, ansioso de una guerra aún mayor. Sus hercúleos muros se elevan no muy lejos de la costa en una suave pendiente y deben su ilustre nombre a Zacinto, quien está enterrado en lo alto de la colina. Éste regre-

[73] Sirio es una de las estrellas de la Canícula y alude al calor del verano.

[74] En la Antigüedad, España constituía el límite del mundo.

[75] Silio intenta vincular Sagunto al mundo griego. De ahí que recurra a una explicación legendaria de su origen. Así, Zacinto, compañero de Hércules en su lucha contra Gerión, habría construido los muros ayudado por el héroe y daría su nombre a la ciudad. Cfr. LIVIO, *Ab urbe condita*, XXI.7.2.

saba a Tebas acompañado del Alcida[76] y, tras la muerte de Gerión[77], realzaba tal hazaña hasta el cielo. Y es que este monstruo tenía tres vidas, su cuerpo estaba provisto de tres diestras y sobre sus tres cuellos soportaba sendas cabezas. No conoció el mundo otro ser al que un solo golpe no pudiera abatir y para quien las implacables hermanas[78] tuvieran que hilar por tercera vez su hilo ya cortado dos veces.

Alardeaba triunfante Zacinto de su botín y, en el calor del mediodía, llamaba en una ocasión a beber a los bueyes capturados cuando pisó una serpiente que, abriendo sus fauces hinchadas por el veneno que el sol calienta, le infligió una herida mortal que acabó con el héroe inaquio[79] en suelo ibérico. Guiados por el Noto[80] llegaron poco después colonos fugitivos originarios de Zacinto, una isla bañada por el mar griego que, en otro tiempo, formaba parte del reino de Laertes[81]. Más adelante, jóvenes daunios[82], necesitados de un lugar donde establecerse, vinieron a consolidar sus humildes orígenes. Tuvieron que emigrar de su populosa patria, otrora gobernada por hombres de extraordinario valor y que ahora se conoce como Árdea. La libertad de este pueblo y la dignidad de sus ancestros se contemplaban en un pacto que negaba a los cartagineses el derecho a gobernar la ciudad.

[76] Alceo era padre de Anfitrión, rey de Tirinto y marido de Alcmena. Hércules nació de los amores de ésta y Júpiter, por lo que recibió el nombre de Alcida.

[77] Uno de los trabajos de Hércules consistía en el rapto de los rebaños de Gerión, monstruo de tres cabezas y tres cuerpos que habitaba en la isla de Eritea, junto a las costas de España.

[78] Las Parcas (Cloto, Láquesis y Átropos) eran las encargadas de cortar el hilo de la vida.

[79] Ínaco es un rey legendario de la Argólida, padre de Ío. *Inaquio* es, por tanto, griego.

[80] El viento del sur. En poesía suele hacer referencia al viento en general.

[81] En Homero (*Ilíada* II, 634), la isla de Zacinto (hoy *Zante*) pertenecía a los dominios de Ulises, hijo de Laertes. El mar griego es el Jónico.

[82] Daunia designa propiamente a una parte de Apulia. Aquí los daunios se identifican con los rútulos, aunque tal denominación sirve también para Roma, para Italia en general e incluso para los saguntinos. Árdea era la capital de los rútulos y uno de los primeros asentamientos troyanos en Italia.

El jefe sidonio rompió el acuerdo de paz con Roma, acercó sus campamentos y estremeció con sus tropas las vastas llanuras. Él mismo agitaba una y otra vez su cabeza, lleno de furor recorría los muros en su jadeante corcel y revisaba la alarmada ciudad. Ordena abrir sin demora las puertas y abandonar la empalizada. Les dice que, asediados como estaban, de poco les servirían sus tratados; que Ausonia estaba muy lejos, y que, si perdían en el combate, no esperaran clemencia: las resoluciones del Senado, las leyes y el derecho, la lealtad y los dioses, todo estaba en su mano. Y con violencia se apresura a confirmar sus palabras blandiendo su lanza y clavándosela a Caico a través de su armadura; éste, de pie sobre los muros, profería incesantemente vanas amenazas. Se desplomó, el proyectil le atravesó las entrañas y, al tiempo que su cuerpo se derrumbaba, desde lo alto de la abrupta empalizada devolvía, ya moribundo, su lanza al vencedor.

Acto seguido, los soldados, siguiendo el ejemplo de su jefe y a grandes gritos, cubren la ciudad con una negra nube de dardos. Pese a su escaso número, su reconocido valor no pasa inadvertido: todos dirigían su mirada al general como si cada uno acometiera la guerra por su cuenta: uno arroja una multitud de proyectiles con su honda balear; de pie, hace girar tres veces sobre su cabeza la flexible correa y la bala, sin que el viento se lo impidiese, se pierde de vista en el aire. Otro dispara con su vigoroso brazo enormes piedras que silban en su vuelo. Un tercero arroja una lanza impulsada por el ligero amiento[83].

Al frente de todos ellos, reconocible por las armas de su padre, el caudillo Aníbal lanzaba una antorcha llameante con un humo negro como pez, arremetía incansable con palos, lanzas o piedras, y arrojaba con su arco flechas emponzoñadas (arma doblemente mortífera), alardeando de la trampa que lleva en su carcaj, lo mismo que el dacio que en los belicosos confines del país de los getas[84] se deleita afilando la punta de sus flechas con

[83] El amiento es una correa que, atada a la lanza, aumentaba su velocidad y potencia.

[84] Los dacios habitaban al sureste de Germania, entre las actuales Transilvania, Moldavia y Valaquia. Los getas ocupaban la zona comprendida entre los Cárpatos y el Danubio inferior.

el mismo veneno que sus ancestros para luego dispararlas por sorpresa junto a las orillas del Istro de dos nombres[85].

Una nueva tarea: rodear la colina con una hilera de torres y recluir la ciudad con una serie de fortificaciones dispuestas en círculo. ¡Ay de ti, Lealtad, tan venerada por los antiguos, pero solamente un nombre ya sobre la tierra! Los guerreros saguntinos resisten con firmeza, ven bloqueada la huida y sus murallas cercadas por terraplenes, pero consideran una muerte digna de Ausonia que Sagunto sucumba sin perder su lealtad. Y, con mayor ardor todavía, multiplican sus fuerzas: tensando el arco, la ballesta focea[86] dispara enormes piedras con estridente ruido; después, recargada con otro enorme proyectil, arroja descomunales troncos de acebo provistos de hierro que abren una brecha entre las líneas enemigas. En uno y otro ejército resuenan las trompetas de guerra y se enzarzan en un combate tan encarnizado que la asediada parecía Roma. Y entonces Aníbal añadió: «¿Tantos miles como somos, una nación amamantada con armas, nos vamos a quedar parados ante un enemigo que ya hemos derrotado? ¿Nos avergüenza acaso esta misión? ¿Nos avergüenza cumplir lo que se nos ha predeterminado? Pues ¡qué virtud y qué estreno para un general! ¿Y con esta reputación pretendemos ocupar Italia? ¿Con combates como éste nos vamos a anunciar de antemano?». Bullen sus ánimos encendidos, el ardor de Aníbal le corroe las entrañas, las guerras que se avecinan los estimulan. Con todo su ímpetu asaltan la empalizada y, al descolgarse, se dejan las manos cortadas en los muros. Se construye un elevado parapeto y se disponen grupos de combatientes suspendidos en lo alto de la ciudad. Los asediados, sin embargo, disponían de una arma que mantenía al enemigo alejado de sus puertas, la falárica[87], que, para ser lanzada, precisa de muchos

[85] El actual Danubio tenía dos denominaciones en la Antigüedad, *Danubius* e *Hister*.

[86] Silio otorga a Sagunto el mismo armamento que otras ciudades de origen griego. De ahí la aparición de la ballesta focea. Marsella era una colonia de Focea, en Asia Menor.

[87] La falárica era una especie de lanza enorme en cuya punta se envolvía estopa untada con pez que se encendía antes de ser disparada.

brazos. Se trata de un madero de descomunales dimensiones, un roble cortado en las excelsas cumbres de los nevados Pirineos, con muchas puntas de hierro –una calamidad que difícilmente pueden soportar los muros– y el resto untado de grasienta pez y embadurnado de negruzco azufre que lo hace humear. Impulsada como un rayo desde las elevadas murallas de la ciudadela, corta el aire con su trémula llama, cual meteoro de fuego que, al bajar desde el cielo a la tierra, deslumbra la vista con su cola roja de sangre. A veces, con su violento impacto, levanta por los aires los cuerpos humeantes de los sitiadores ante el asombro de su general.

Cuando, con su movimiento vibratorio, se clava en el costado de una gigantesca torre, provoca el fuego de Vulcano que consume todo entero el parapeto de madera; al derrumbarse éste con estrépito, sepulta a un tiempo armas y guerreros bajo los ardientes escombros.

Finalmente, reuniendo sus escudos en apretada testudo[88], avanzan los cartagineses parapetados en este oculto escondrijo y abren una brecha al pie de las murallas por la que se deslizan dentro de la ciudad.

Al vencerse la empalizada, los muros que en otro tiempo levantó Hércules[89] caen hacia adelante causando terrible estrépito y las enormes piedras, al soltarse, provocan formidable estridor en el cielo, no de otro modo que los peñascos de los altos Alpes cuando, al arrancarse algunos trozos de roca, rasgan el monte con un estruendo ensordecedor. Las ruinas de los escombros apilados y la empalizada derruida habrían supuesto un obstáculo para la contienda, si no fuera porque desde ambos bandos se apresuraron a luchar sin más en medio de los cascotes.

Sobresale al frente de todos Murro, reconocible por su radiante juventud; de sangre rútula, era, sin embargo, griego por parte de su madre saguntina. Por este doble origen, sus descen-

[88] Formación con que los soldados se cubrían de los proyectiles y se arrimaban a una plaza, colocando sus escudos por encima de sus cabezas y en torno a su cuerpo, a la manera de un caparazón de tortuga.

[89] Cfr. I, 270 ss.

dientes llevaban mezclada sangre duliquia[90] e itálica. Mientras Árado llamaba a grandes gritos a los suyos, Murro observó que intentaba avanzar; con la punta de su lanza lo detuvo fijándola en la parte del cuerpo que queda al descubierto entre el casco y la coraza. Luego, inmovilizándolo con ella cuando estaba ya en el suelo, le instó con estas palabras: «¡Aquí yaces, cartaginés traidor! ¡Seguro que ya te veías victorioso subiendo al Capitolio antes que nadie! ¿Quién te dio permiso para cometer tal osadía? ¡Ve ahora a hacer la guerra con Júpiter Estigio!»[91]. A continuación, enardecido de cólera, blandió su lanza y la clavó en el vientre de Hibero, que venía de frente. Al tiempo que pisoteaba su boca ya en los estertores de la muerte, añadió: «¡Éste es el camino, tropa temible, que debéis seguir para llegar a las murallas de Roma! Así debéis marchar adonde tanta prisa tenéis por llegar». Tuvo que esquivar luego el golpe de Hibero, que pretendía reanudar la lucha, y, quitándole el escudo, le hirió en su costado desprotegido. Rico en tierras y en rebaños, se le negaba, sin embargo, la gloria. Hibero acosaba a las piezas[92] con su arco y su venablo. ¡Ay, qué feliz habría sido entre los bosques, qué admirable con una vida en la sombra, si hubiera guardado sus picas sólo para las florestas de su patria!

Compadeciéndose de él, apareció Ladmo con su lanza en alto. Murro, al verlo, se echó a reír de forma cruel y dijo: «Ve a hablarle a la sombra de Amílcar de este brazo mío que, después de acabar con estas hordas, os traerá como compañero a Aníbal», y, aupándose, golpeó con su espada en el bronce del casco empenachado, lo atravesó y destrozó los crujientes huesos del cráneo.

A continuación corrió la misma suerte Cremes, con sus largos cabellos que le rodeaban y tapaban la frente y con sus mechones

---

[90] Duliquio es una de las Cícladas meridionales que, junto a Ítaca y Zacinto, formaba parte de los dominios de Ulises. Por ello, *duliquio* equivale aquí a saguntino, puesto que, como ya ha señalado anteriormente, Sagunto estaba emparentada con Zacinto.

[91] Esto es, en lugar de encontrarse con Júpiter en el Capitolio de Roma, tendrá que enfrentarse a Plutón, el Júpiter de la laguna Estigia.

[92] Preferimos la lectura de Delz *(feris)*, en lugar del *ferens* que proponen los editores de Les Belles Lettres.

ensortijados que parecían un gorro; y luego Másulis, y Cartalón, anciano todavía vigoroso y dispuesto al combate, que no tenía miedo ni de acariciar a una leona recién parida; y Bágrada[93], con su broquel engalanado con la urna del río del mismo nombre; y también Hiempsal, el nasamón[94] pirata de la Gran Sirte, capaz de saquear los navíos dañados en medio del mar: todos ellos caen
410 abatidos por obra del mismo brazo lleno de ira. Igual suerte corrió Atir, experto en despojar a una serpiente de su terrible veneno, encantar a las mortíferas culebras de agua con sólo tocarlas y verificar el dudoso origen de un niño acercándole una víbora cerasta[95]. Y tú también, vecino de los proféticos bosques de los garamantes, identificable por tu casco con cuernos que caen sobre las sienes, Yarbas[96], también tú encuentras la muerte, ay, maldiciendo en vano el oráculo que tantas veces te presagiaba un regreso feliz y el engaño de Júpiter[97].

Ya la pila de cadáveres hacía crecer el tamaño del terraplén, y los escombros se cubrían del humo de tan horrible catástrofe,
420 cuando Murro, a grandes voces, retaba al caudillo a batirse con él[98].
426 Pero Aníbal se encontraba en otra parte, allí donde unos cuantos jóvenes habían logrado salir de improviso por las puer-

---

[93] Silio asigna a este soldado el nombre de un río de Numidia (modernamente *Mejerda*, entre Argelia y Túnez). La urna que adorna su escudo es la misma fuente del río.

[94] Los nasamones eran un pueblo que vivía del pillaje y habitaba las costas orientales y meridionales de la Gran Sirte (hoy *Sidra*), golfo rocoso en la costa norte de África, entre Cirene y Cartago. La parte occidental es la Pequeña Sirte (hoy *Golfo de Cabes*).

[95] Algunos pueblos de África septentrional como los psilos comprobaban la legitimidad de sus recién nacidos exponiéndolos a la mordedura de una serpiente. Si el niño no se asustaba, era un digno miembro de su raza. Las víboras cerastas, tremendamente venenosas, eran así llamadas por tener una especie de cuernos encima de los ojos (cfr. el griego κέρας, «cuerno»).

[96] Este guerrero lleva el mismo nombre del hijo de Júpiter Amón y de la ninfa Garamantis que fue pretendiente de Dido (cfr. *Eneida* IV, 196). En el país de los garamantes se encuentra el santuario del dios Amón, representado normalmente con cuernos de carnero en su cabeza como los que Yarbas porta en su casco.

[97] Amón era identificado con Júpiter y a veces se denominaba Júpiter Amón.

[98] Los vv. 421-425 aparecen insertados después del v. 532.

tas; como si ninguna lanza o ningún golpe pudieran causarle heridas o la muerte, se mezclaba entre ambos bandos, fuera de sí, blandiendo su espada, la que el viejo Temiso, venido de la costa de las Hespérides[99], le acababa de forjar sobre un fuego mágico (Temiso, poderoso encantador que creía que el hierro podía endurecerse mediante hechizos mágicos). Era semejante Aníbal a Gradivo cuando, sobre su carro de guerra, recorre tierras bistonias[100] haciendo brillar la pica con que expulsó a la tropa de los Titanes[101] y atempera el ardor de la batalla con el soplo de sus caballos y los chirridos de las ruedas. El héroe ya antes había arrojado a las sombras a Hosto y al rútulo Folo, al gigantesco Metisco, a Ligdo, a Durio, al rubio Galeso y a los gemelos Cromis y Gías. Dauno, que era capaz de conmover como nadie a la asamblea con su cautivadora elocuencia, embelesar las mentes con su discurso y, además, pasaba por ser el más hábil defensor de las leyes, lo insultaba a la vez que disparaba sus proyectiles: «¿Qué Furias[102] *vengadoras de tu padre te han traído hasta aquí, cartaginés*? No estás ante un palacio sidonio que cualquier mujer[103] haya construido o comprado a cualquier precio, no es ésta una franja costera ofrecida a unos fugitivos: estás contemplando unos muros cimentados por los dioses y unidos a Roma mediante alianzas».

Mientras profería estas palabras por todo el campo, Aníbal lo agarra, no sin gran esfuerzo, lo arranca de entre los soldados que luchaban y, atándole las manos a la espalda, le reservó un castigo lento y lleno de ensañamiento. Luego, gritando a los suyos, ordenó que avanzaran con las enseñas mientras él mostraba furioso el camino a través de los montones de muertos y los restos de cadáveres diseminados; a todos llamaba por su nombre y como botín les prometía, pérfido él, la ciudad aún en pie.

---

[99] Las Hespérides, hijas de Héspero, eran tres ninfas que habitaban junto al Atlas en un jardín cuyos árboles tenían frutas de oro guardadas por un dragón.

[100] Nombre poético de la belicosa Tracia, derivado de Bistón, hijo de Marte.

[101] Gigantes hijos de la Tierra que lucharon contra los dioses en Flegra y, al ser derrotados, fueron condenados a vivir sepultados bajo los volcanes.

[102] Diosas vengadoras de los delitos. Eran tres: Alecto, Megera y Tisífone.

[103] Referencia implícita a las condiciones bajo las que Dido fundó Cartago (cfr. I, 24).

Pero, después que unos mensajeros amedrentados le anunciaron que en otra parte del campo de batalla la lucha era encarnizada, que Marte no presagiaba nada bueno y que, en ese día, los dioses eran favorables a Murro, Aníbal se lanzó enloquecido en atropellada carrera descuidando su glorioso deber. Los penachos que brillaban en su cabeza se cimbreaban presagiando destrucción, no de otro modo que un cometa con su cabellera envuelta en llamas aterroriza a los reinos bárbaros esparciendo fuego de color sanguinolento[104]: como una antorcha negruzca escupe desde el cielo enrojecidos rayos y su estrella resplandeciente centellea con luz implacable amenazando con la destrucción total.

Ante su marcha impetuosa le despejan el camino armas, enseñas y guerreros; ambos ejércitos se estremecen a su paso. La brillante punta de su lanza despide una funesta luz, su escudo centellea a lo lejos como un relámpago. Del mismo modo que, cuando el Egeo se levanta hasta las estrellas, y las olas, ayudadas por el fuerte soplo del Cauro[105], llevan el mar suspendido hasta la orilla, los helados corazones de los marineros se estremecen; henchido por el viento, el oleaje resuena a lo lejos y, al replegarse, cruza las asustadas Cícladas.

Nada lo detiene: ni todas las flechas que desde los muros lo acosan, ni las antorchas humeando ante su cara, ni las piedras hábilmente dirigidas desde las máquinas. Tan pronto como distinguió la reluciente cimera del casco de Murro y sus armas refulgentes como oro enrojecido al sol, lleno de ira empezó a decir: «Aquí tenemos al que va a detener el avance de las tropas libias y nuestros grandes planes: Murro, un obstáculo para nuestra guerra contra Roma. Yo te haré saber el poco valor que tienen vuestros tratados y vuestro río Ebro[106]. Llévate contigo tu lealtad inquebrantable y la observancia de vuestras leyes, y deja para mí los dioses que ya tengo engañados». Murro le contesta:

[104] La aparición de un cometa presagiaba una calamidad que abatía especialmente a los reyes.

[105] Viento del noroeste.

[106] Se refiere aquí de forma despectiva al tratado que prohibía a los cartagineses extender sus dominios al norte del Ebro (226 a.C.).

«Esperaba tu llegada con impaciencia. Hace tiempo que mi corazón tiene ansias de combatir y arde en deseos de acabar contigo. Recibe la recompensa que tu perfidia merece y ve a pretender Italia en los infiernos. El largo camino hacia la región dardania[107], el paso a través de los nevados Pirineos y a través de los Alpes, te los va a ahorrar mi brazo».

Mientras tanto, al ver que su enemigo estaba al acecho y que lo escarpado del terreno le ofrecía seguridad, Murro agarró una enorme roca arrancada de la empalizada y la dejó caer rodando contra la cabeza del asaltante. La piedra lanzada cuesta abajo adquirió mayor velocidad. Amenazado por el duro fragmento de la muralla, Aníbal se agachó. Luego, la vergüenza enardeció su corazón y fue consciente de que su valor no lo había abandonado a pesar de la estrechez que lo oprimía. Rechinando los dientes, siguió luchando y, con tremendo esfuerzo, escaló las rocas que a duras penas le dejaban avanzar.

Pero, cuando Murro tuvo enfrente la mirada penetrante de Aníbal y su enorme corpulencia, como si fuese todo el ejército cartaginés el que se abalanzaba sobre él para cercarlo, como si las fuerzas enemigas al completo lo acosaran para aterrorizarlo, se le nubló la razón ante la magnitud de su rival. Parecía como si se agitaran ante él mil brazos y montones de espadas a la vez, como si un sinfín de penachos se cimbreara sobre el casco de Aníbal.

Ambos ejércitos gritan a la par, como si toda Sagunto estuviera en llamas. Murro, sobrecogido de espanto, arrastra sus debilitados miembros ante la inminencia de su muerte y ya empieza a decir su última voluntad: «¡Alcida, fundador de nuestra ciudad, cuyas sagradas huellas veneramos en esta tierra, aleja de nosotros la tempestad que nos amenaza, ya que voy a defender tus murallas con mi vigoroso brazo!».

Y, mientras ruega y alza suplicante al cielo sus ojos, Aníbal le contesta: «Cuidado, no vaya a resultar más justo que el héroe de Tirinto[108] ampare nuestra empresa. ¡Invencible Alcida, si no

[107] Dárdano fue fundador de Troya, de ahí que *dardanio* se corresponda con romano.

[108] Otro nombre de Hércules, criado en la ciudad de Tirinto, donde su abuelo Alceo era rey.

te molesta que intenten igualar tu valor, verás que no soy muy diferente a ti cuando eras joven! ¡Asísteme con tu divina protección y, puesto que eres recordado por el primer saqueo de Troya, hace ya tiempo, favoréceme ahora que me dispongo a acabar con los descendientes de la estirpe frigia!». Así habló el cartaginés, y, ciego de ira, desenvainó al punto su espada y la clavó hasta donde se detuvo la empuñadura; al retirarla, manchó su armadura con la sangre de Murro que se desplomaba. Al instante, conmovidos por tan tremenda desgracia, los jóvenes saguntinos se abalanzan presurosos por evitar que el arrogante vencedor se haga con el cadáver y las conocidas armas de Murro. Animándose unos a otros, se unen formando un ejército cada vez más voluminoso y se lanzan en tropel.

Ora resuenan las piedras en el casco de Aníbal, ora las lanzas al golpear su broncíneo escudo. Lo atacan con palos, le arrojan a porfía bolas de plomo. Le arrancan la cimera de su casco, le despedazan el adorno de plumas que se agitaba en medio del combate. Ríos de sudor corren ya por sus miembros, la malla de su coraza está ya erizada de lanzas. Ante tal lluvia de golpes no hay descanso ni tiempo de cambiar de armadura. Sus rodillas se tambalean, sus hombros cansados no pueden sujetar el escudo. De su boca reseca exhala sin cesar bufidos y profundos suspiros. Se deja oír un gemido con entrecortado y jadeante esfuerzo y un rumor ahogado en su casco. No de otro modo que el violento jabalí cuando es acosado por los ladridos de perros espartanos y ha perdido toda opción de seguir en el bosque por culpa de los cazadores que le salen al encuentro, eriza las cerdas de su lomo hirsuto, se prepara para su último combate tragándose su propia sangre encanecida por los espumarajos y lanza entre gemidos sus dos colmillos contra los venablos de sus perseguidores[109].

Pero, con denuedo, Aníbal triunfa ante la adversidad: se contenta pensando que el valor se acrecienta ante las situacio-

[109] Incluimos aquí los versos 421-425 siguiendo las ediciones de Loeb y Les Belles Lettres. Si bien la edición de Teubner mantiene el orden lógico, la explicación que Miniconi y Devallet ofrecen en la edición francesa (apéndice al t. I, pp. 138-140) nos parece lo bastante convincente como para transponer aquí estos cinco versos.

nes críticas y que los laureles de la gloria compensan todas las dificultades.

De pronto se abre el cielo y, entre los densos nubarrones, estalla un fragor que sacude la tierra: por encima de la batalla, el Padre de los dioses tronó por dos veces con sendos relámpagos. Entonces, en medio de un negro torbellino de vientos, una lanza vengadora de tan injusta guerra se agitó entre las nubes y su punta, bien dirigida, vino a alojarse en el muslo de Aníbal.

¡Oh, rocas tarpeyas donde moran los dioses, y vosotras, llamas de Laomedonte[110], altares de Troya siempre relucientes por obra de las vírgenes, ay, cuántas promesas os hicieron los dioses bajo la apariencia de este proyectil engañoso! Si la lanza hubiera asestado un golpe más profundo a este guerrero furioso, los Alpes aún estarían vedados a los mortales, y tus aguas, Trasimeno, tendrían menos renombre que las del Alia[111].

Pero Juno, que oteaba desde las cumbres de los Pirineos las primeras acciones de Aníbal y su precoz ardor en el oficio de Marte, tan pronto como reparó en la herida que el venablo le había infligido, envuelta en una oscura nube, se acercó volando a través del aire y arrancó la resistente lanza de sus fornidos huesos. Él tapaba con su escudo la sangre que manaba de sus miembros y, lenta y pausadamente, arrastraba un pie tras otro con paso vacilante, alejándose de la empalizada.

Por fin la noche, con sus esperadas tinieblas, cubrió la tierra y el mar, y la falta de luz interrumpió los combates. Pero estos espíritus infatigables no descansan y reparan la muralla, una tarea propia de la noche. El peligro extremo estimula a los asediados y la adversidad aviva con mayor vehemencia su valor ahora que se acerca su final. A un lado, niños y endebles viejos; al otro, mujeres; en medio de las dificultades todos están decididos a echar una mano en tan lastimosa tarea; incluso los solda-

[110] Laomedonte fue el primer rey de Troya. Tras la destrucción de la ciudad, Eneas se llevó consigo el fuego sagrado que ardía en Roma en el altar de Vesta.

[111] La derrota en el lago Trasimeno sería, por tanto, superior a la acaecida en el Alia, afluente del Tíber (hoy tal vez *Fosso della Bettina*) en el que los romanos cayeron estrepitosamente ante los galos de Breno en el 390 a.C.

dos con sus heridas aún sangrantes acarrean piedras. Y ya los senadores y los nobles ancianos cumplen su deber: se reúnen a toda prisa, eligen legados y les aconsejan y hasta suplican que los asistan en tal apuro, restablezcan la paz e imploren la ayuda del Lacio ante su extrema desgracia: «Id rápido, impulsad la nave con remos y velas, ahora que la bestia herida está en sus campamentos; debemos aprovechar esta interrupción de la guerra y caminar hacia la gloria a través del peligro. Id rápido, recordadles llorando nuestra lealtad y nuestros muros a punto de sucumbir y procurad un futuro más prometedor para nuestra anciana patria. Y lo más importante: volved antes de que caiga Sagunto». Los legados aceleran su marcha hasta la costa cercana y a toda vela se alejan por el espumoso azul del mar.

La esposa de Titono[112] cubierta de rocío ahuyentaba entonces el sueño y sus rubicundos corceles empañaban los altos montes con sus primeros relinchos mientras tiraban de las rosáceas riendas. Los jóvenes guerreros en lo alto de los muros, una vez terminado el terraplén, presumían de su ciudad infranqueable gracias a las torres levantadas durante la noche.

Se suspende toda actividad; los asaltantes, abatidos, aflojan el cerco y contienen su ardor guerrero, centrando todos sus cuidados en el terrible peligro que corría su general.

Mientras tanto los rútulos[113] surcan los extensos mares y las colinas de Hércules comienzan a elevarse sobre las aguas, alzando sus rocas nebulosas hasta las cumbres del Moneco[114]. El tracio Bóreas[115] es el solitario dueño de estos escollos, un reino nada apacible. Siempre frío, lo mismo golpea la costa que azota a los propios Alpes con el silbido de sus alas; y, cuando llegado desde la gélida Osa[116], se esparce sobre la tierra, ningún otro viento se atreve a desafiarlo. Hace que el mar se retuerza en

[112] Aurora era la esposa de Titono, príncipe troyano hijo de Laomedonte.

[113] En este caso, los saguntinos.

[114] Moneco es un sobrenombre de Hércules. El héroe poseía en Liguria un templo sobre el promontorio llamado hoy *Mónaco*.

[115] Viento del norte que, según la tradición, procedía de Tracia, país muy frío.

[116] La Osa equivale al norte.

veloces torbellinos, las olas jadeen al romper contra la orilla y las montañas queden ocultas por la masa de agua que choca contra ellas. Y, en su vuelo, empuja el Rin y el Ródano hasta las nubes.

Una vez eludieron la terrible furia del Bóreas, los afligidos legados pudieron relatar las sucesivas calamidades de la guerra y el mar y hablaron de lo incierto que se presentaba el desenlace: «¡Oh, patria, renombrada mansión de la Lealtad! ¿Dónde se halla ahora tu destino? ¿Siguen aún sobre las colinas tus sagradas ciudadelas? ¿O solamente cenizas, ah dioses, es lo que queda de tu gran nombre? Llevad una brisa ligera y provocad vientos favorables si es que no brilla todavía el fuego cartaginés en lo alto de nuestros templos, si es que todavía las naves latinas pueden socorrernos».

En medio de estos lamentos pasan llorando noche y día hasta que su embarcación arriba a la costa de Laurento[117], donde el majestuoso Tíber, crecido por las aguas del Anio[118], arroja en el mar su caudal amarillento. Y de aquí ya mismo llegan inmediatamente a las emparentadas murallas de Roma.

El cónsul reúne la venerable asamblea, padres respetados por su honesta pobreza, con sobrenombres adquiridos en victorias militares[119], un senado que iguala en virtud a los mismos dioses. Esforzadas acciones y un deseo sagrado de justicia engrandecen a estos hombres: sus túnicas eran toscas; su mesa, frugal y sus diestras, acostumbradas a manejar el curvo arado, no eran reacias a empuñar la espada. Contentos con poco, no precisaban riquezas y con frecuencia dejaban el carro triunfal para volver a sus humildes penates.

Ante las puertas sagradas, en el umbral del templo, quedaban expuestos los carros capturados como trofeo de guerra y las armas arrebatadas a los generales enemigos: las hachas tan

[117] Legendaria capital del Lacio, residencia del rey Latino cuando llegó Eneas (hoy *Torre di Paterno*). Por extensión, los laurentinos equivalen a los latinos o los romanos.

[118] Afluente del Tíber, actualmente *Teverone* y también *Aniene*.

[119] Esto parece un anacronismo, pues fue Escipión el Africano el primer general que adquirió un sobrenombre derivado de su victoria sobre Aníbal.

mortíferas en combate, escudos agujereados, lanzas aún manchadas de sangre, y las trancas que cierran las puertas de las ciudades. También aquí pueden distinguirse los trofeos[120] conseguidos en las Guerras Púnicas, en las islas Egates, y espolones de proa, testigos de que Libia perdió su dominio del mar con toda su flota desperdigada por las aguas. También están aquí los cascos de los senones, la detestable espada que se echó en la balanza en que se pesó el oro y las armas que portaba Camilo en su regreso triunfal después de haber arrojado a los galos de la ciudadela; los despojos del Eácida y las enseñas del Epiro, los encrespados penachos de los ligures, los toscos broqueles arrebatados a las tribus hispanas y los dardos de los pueblos alpinos.

Pero, cuando el aspecto desaliñado de los suplicantes dejó a las claras los desastres y los horrores de la guerra, el Senado creyó ver ante sus ojos la imagen misma de Sagunto pidiendo auxilio por última vez. Fue entonces cuando el anciano Sícoris[121], con el semblante triste, tomó la palabra: «Oh, raza célebre por tu sagrada lealtad, a la que las naciones sometidas reconocen con razón como descendiente de Marte, no creas que hemos surcado el mar por motivos de poca monta. Hemos visto nuestra patria sitiada, nuestras murallas estremecidas; y hemos visto a un hombre nacido del mar proceloso o del apareamiento de fieras, Aníbal. Os ruego, dioses, que lo mantengáis alejado de estas murallas, que detengáis el funesto brazo de este joven ahora que se enfrenta a nosotros. ¡Con qué fuerza lanza las silbantes jabalinas! ¡Y cómo se crece en los combates! A través de los Pirineos, cruzando con arrogancia el Ebro, sublevó Calpe[122], movilizó a los pueblos perdidos entre las

[120] A continuación se enumeran una serie de trofeos que decoraban el templo donde se reunía el Senado y recordaban diversas derrotas infligidas por Roma en el pasado: la Primera Guerra Púnica, con las naves cartaginesas esparcidas junto a las islas Egates; la invasión de los galos senones en el 390 a.C., cuando su jefe Breno arrojó con desprecio la espada a la balanza en que se estaba pesando el oro con el que Roma tenía que pagar su libertad; la posterior derrota de Breno a manos de Camilo; la guerra contra Pirro, rey del Epiro que se proclamaba descendiente de Aquiles, nieto a su vez de Éaco; las victorias romanas sobre tribus del norte de Italia; etcétera.

[121] Silio concede al emisario saguntino el nombre del río Segre (lat.: *Sicoris*).

[122] Cfr. nota a I, 141.

arenas de las Sirtes[123] y aspira ahora a murallas aún más altas[124]. Si dejáis de refrenar esta ola llena de espuma que viene del mismo océano, pronto se estrellará contra vuestras ciudades. ¿O es que creéis que Aníbal ha provocado esta rebelión, ha roto el acuerdo por medio de la espada y se ha lanzado tan joven a una guerra que ha jurado llevar a cabo con el único fin de tomar Sagunto y someterla? Daos prisa, romanos, en sofocar el fuego ahora que empieza a brotar, no sea que vengan demasiado tarde las preocupaciones, cuando el peligro sea mayor. Pero, ay, aunque no hubiera motivo alguno de temor y la semilla latente de la guerra no se viese ya humear, ¿es que rehusaríais tender la mano a Sagunto, vuestra hermana? Toda Iberia nos amenaza, toda la Galia salvaje con su veloz caballería y Libia entera, sedienta a causa de su clima abrasador. Si os suplicamos, es por los orígenes de la estirpe rútula tanto tiempo reverenciados, por el lar de Laurento y por las reliquias[125] de nuestra madre común Troya: mantened a salvo a estos hombres honestos que se ven obligados a cambiar las murallas de Acrisio[126] por las altas cumbres del héroe de Tirinto.

»Considerasteis honroso ayudar a Zancle[127] frente a las armas del tirano de Sicilia; también juzgasteis digno de vuestros antepasados sigeos[128] velar por las murallas de Capua, expulsando a las fuerzas samnitas[129]. Como antiguo habitante de Daunia[130], a vosotras, fuentes y misteriosas aguas del Numico[131], os

[123] Cfr. nota a I, 408.

[124] Delz inserta aquí los vv. 656-657, siguiendo a Postgate.

[125] Se refiere al Paladión, estatua de Palas traída desde Troya que garantizaba la salvación de la ciudad que la poseyera. Cfr. IX, 527-533 y XIII, 30-93.

[126] Es decir, emigrar desde Árdea hasta Sagunto. Acrisio era rey de Argos y padre de Dánae, fundadora de Árdea. Los emisarios saguntinos intentan convencer a los romanos evocando su origen común.

[127] Antiguo nombre de Mesina, defendida por Roma frente a Hierón de Siracusa, pretexto de la Primera Guerra Púnica.

[128] El cabo Sigeo se halla en Troya: los sigeos son, pues, los troyanos.

[129] En el 343 a.C. Roma defendió Capua del ataque de los samnitas.

[130] Dauno era un rey legendario de los rútulos; Daunia se identifica con Italia. Cfr. nota a I, 291.

[131] Pequeño río que fluye entre Árdea y Lavinio hacia el Tirreno, sagrado para los romanos pues se creía que Eneas murió allí y luego se convirtió en dios (hoy río *Torto*).

pongo por testigos de que, cuando la populosa Árdea dejó marchar a sus jóvenes, cogí los objetos sagrados y los penates de la casa de mi antepasado Turno y llevé el nombre de Laurento más allá de los Pirineos. ¿Por qué soy despreciado como si fuera un miembro cercenado y arrancado del cuerpo? ¿Por qué ha de ser nuestra sangre la que expíe la ruptura del tratado?».

Tan pronto como dejó de hablar, movía a compasión verles rasgar sus vestiduras y, con las manos levantadas, tumbar sus desaliñados cuerpos boca abajo en el suelo.

Acto seguido, se celebró un debate en el Senado y se deliberó sin descanso. Léntulo, como si estuviera viendo arder las casas de Sagunto, pedía un castigo para el joven Aníbal y, en caso de que Cartago ofreciera resistencia, exigía que se quemaran sus campos con un ataque por sorpresa. Por el contrario, Fabio, con su espíritu cauteloso y previsor del futuro[132], no muy amigo de situaciones inciertas y receloso de provocar una guerra, era más partidario de prolongar el conflicto sin desenvainar la espada. Señaló, además, que, en un asunto tan importante, había que juzgar primeramente si la locura de Aníbal le llevaría a empuñar las armas o si el Senado ordenaría que se movieran las enseñas. Desde su punto de vista, había que enviar legados que trajesen una respuesta concreta. Vaticinando el futuro como si fuese un adivino y presintiendo una guerra que era inminente, Fabio dejaba escapar las palabras de lo más profundo de su corazón, igual que desde lo alto de su nave una y otra vez el piloto veterano observa mediante signos que el Cauro va a chocar contra las velas y ajusta inmediatamente las lonas a lo alto del mástil.

Pero las lágrimas y el dolor mezclado con la ira empujaron a todos a precipitar un destino desconocido. De entre los miembros del Senado se propuso una comisión que fuese ante Aníbal con la consigna de que, si prestaba oídos sordos a los pactos y persistía en su empeño por luchar, se dirigiera inmediatamente a las ciudadelas de Cartago y declarara sin más demora la guerra a un pueblo que no respeta a los dioses.

[132] De ahí su sobrenombre de *Cunctator*.

Libro II

Ya la nave dardania, surcando el azul del mar, transportaba a los Padres más distinguidos que llevaban las severas resoluciones del magnánimo Senado. Fabio, descendiente del héroe de Tirinto[1], recordaba a sus trescientos antepasados que en un solo día perecieron en la vorágine del combate, cuando la Fortuna, contraria a sus propósitos, manchó de sangre patricia las riberas del Crémera. Estaba acompañado por Publícola[2], vástago espartano del gran Voleso, con quien compartía idénticas atribuciones. Su conocido nombre hacía referencia a sus simpatías por el pueblo y un antepasado suyo fue quien, como primer cónsul, inauguró los fastos ausonios. 10

Tan pronto como Aníbal tuvo noticia de que éstos, replegadas las velas, habían arribado a puerto y traían una resolución del Senado en la que se pedía la paz (una paz que llegaba dema-

[1] Los miembros de la *gens Fabia* se consideraban descendientes de Hércules a través de su unión con una hija de Evandro. Alude a continuación al episodio de los 306 Fabios que acudieron a luchar contra el pueblo de Veyes (477 a.C.). Todos, a excepción de uno, perecieron a orillas del río Crémera en Etruria.

[2] Publícola («amigo del pueblo») era el sobrenombre de P. Valerio, cónsul en el primer año de la República, después de la abdicación de Tarquinio el Soberbio (509 a.C.). Se ganó el apelativo por sus medidas en favor de los ciudadanos. Voleso fue el fundador de la *gens Valeria*. Era sabino, pueblo que se consideraba de origen espartano.

siado tarde puesto que se hallaban ya en plena guerra) y también un castigo para el jefe, tal y como estipulaba el tratado, ordenó al punto que escuadrones armados a lo largo de toda la costa exhibiesen las enseñas con aire provocador, escudos manchados con la sangre todavía reciente y lanzas teñidas de rojo en la masacre. Les imprecó que no había lugar para discursos cuando todo retumbaba ya con el estrépito de la trompeta tirrena[3] y los gemidos de los moribundos; que, mientras pudiesen, surcaran de vuelta el mar y no se aventuraran a socorrer a los asediados: de todos era conocido cómo se calientan las armas en la matanza, hasta qué punto de ensañamiento se puede llegar o a qué puede atreverse una espada una vez desenvainada. Arrojados por aquellas palabras del general en unas aguas inhospitalarias dieron media vuelta y se dirigen hacia el Senado tirio.

Entonces el cartaginés, señalando insultante con su mano la nave que desplegaba sus velas en alta mar, dijo: «Mi cabeza, por Júpiter, mi cabeza es la que pretende llevarse aquella nave a través de los mares. ¡Ay, mentes ciegas, corazones engreídos por el éxito! ¡Para Aníbal alzado en armas pide castigo esa tierra sacrílega! No hace falta que exijáis nada, yo acudiré. Tendrás oportunidad de verme bien, Roma, incluso antes de lo que crees. Y, en tus propias puertas y hogares, sentirás el miedo, tú que ahora proteges penates extranjeros. De nuevo podréis subir hasta las rocas tarpeyas[4] llenas de escarpas y refugiaros en vuestra empinada ciudadela, que, cuando seáis atrapados, no tendréis oro bastante para pagar por vuestra vida».

Los ánimos se excitaron con estas palabras y los soldados se emplearon con furia renovada. Al instante el cielo se cubrió de una nube de proyectiles y las torres resonaron ante la tupida lluvia de piedras. El ardor incitaba a la lucha cuando todavía se veía alejarse a la nave que, en su avance, aún divisaba los muros de Sagunto. El propio Aníbal pedía insistentemente a sus exaltadas

[3] La trompeta pasaba por ser una invención de los etruscos, también llamados tirrenos.

[4] La primera vez fue durante el asedio que sufrió Roma por parte de los galos en el 390 a.C. Los romanos se vieron obligados a refugiarse en el Capitolio y pagar con oro su libertad al jefe Breno (cfr. I, 622).

tropas el castigo prometido: reconocible por sus heridas al descubierto, el caudillo redoblaba sus quejas y proclamaba con voz furiosa: «Se pide nuestra rendición, compañeros, desde su nave Fabio nos muestra las cadenas, la cólera del Senado soberano nos requiere. Si os habéis cansado de nuestra misión, si es censurable la guerra que hemos comenzado, volved a llamar rápido a la nave ausonia que ya se aleja en el mar. No me preocupa, entregadme al tormento con las manos atadas. ¿Por qué yo, que soy descendiente del oriental Belo[5] y estoy rodeado de tantos pueblos de Libia e Iberia, habría de negarme a soportar la esclavitud? Pues que los reteos gobiernen por siempre y extiendan a lo largo de los siglos su cruel tiranía por todos los pueblos. Temblemos nosotros ante las órdenes y las simples sugerencias de esos hombres». Se suceden los gemidos, lanzan terribles presagios contra la estirpe de los Enéadas y estimulan su cólera a voz en grito.

Entre los libios de desceñidas ropas[6] y los pueblos que hablan dos lenguas se había presentado para hacer la guerra contra Enotria, acompañada de tropas marmáricas[7], la audaz Asbité, descendiente del garamante Yarbas[8]. Éste, hijo de Amón, dominaba con su vasto imperio las cuevas de Medusa, la hija de Forco[9], los macas[10] que habitan junto al río Cínips y los batíadas[11] abrasados por un sol excesivo. Estaban a su mando también los nasamones[12],

[5] Cfr. I, 73.

[6] Esto es una alusión a las amplias túnicas que visten los pueblos de África. Las tropas que seguían a Aníbal deberían de hablar dos lenguas: el libio y el egipcio.

[7] La Marmárica se encontraba entre Egipto y la Cirenaica, al nordeste de la actual Libia.

[8] El hijo de Amón y de la hija Garamantis (cfr. *Eneida* IV, 198 ss.).

[9] Forco, hijo de Neptuno y padre de Medusa y las otras Gorgonas, se convirtió al morir en dios marino.

[10] Pueblo del norte de África, en la parte occidental de la Gran Sirte, donde desemboca el río Cínips (hoy *Oukirré*).

[11] Bato fue el fundador de Cirene. Los batíadas son, por tanto, los pobladores de la Cirenaica.

[12] Sobre los nasamones, cfr. nota a I, 408. Barce es una ciudad costera de la Cirenaica (hoy *Medinet el Merdy*). Los autóloles, pueblo de ágiles pies, y los gétulos, nómadas, habitaban el noroeste de África, entre los actuales Mauritania, Marruecos y Argelia.

súbditos heredados de su padre, la siempre reseca Barce, los bosques de los autóloles y las costas de la peligrosa Sirte, así como los raudos gétulos que cabalgan sin riendas. Había tomado Yarbas por esposa a una ninfa Tritónide[13], y así la reina remontaba sus orígenes y su parentesco a Júpiter y reivindicaba su nombre a partir del bosque profético.

Asbité no había conocido varón y, siempre sola en su estancia, había pasado su juventud cazando en el bosque. Sus manos no habían conocido la delicadeza del canastillo de la lana ni habían manejado el huso; prefería a Dictina[14], las espesuras, espolear jadeantes corceles y abatir bestias salvajes. No de otro modo que las mujeres tracias[15] recorren el Ródope y los bosques del monte Pangeo coronado de rocas: un ejército virginal que con sus carreras no deja reposar al Hebro, menospreciando a los cicones, los getas, el palacio de Reso o los bistones con sus escudos de media luna.

Reconocible, pues, con la indumentaria de su país, sus ondulados cabellos recogidos por detrás con el regalo de las Hespérides[16], su costado derecho al descubierto y dispuesto para el feroz combate, el brazo izquierdo radiante con su pelta del Termodonte[17] que la protege en la batalla, conducía su carro humeante en veloz carrera. Una parte de sus compañeras la sigue detrás en bigas; la otra, a lomos de caballos. Las hay que ya han contraído los lazos de Venus y acompañan a su reina, pero es más numeroso el grupo de las vírgenes. La propia Asbité, ante la formación en línea y a lo largo de las tiendas, mostraba orgullosa los corceles que había elegido de entre la manada. Al tiempo que cabalga en círculo por la llanura, cerca de la colina, arroja su

---

[13] De Tritón, río y lago de África, cercano a la ciudad de Berenice.

[14] Sobrenombre de Diana cazadora.

[15] Se refiere a las amazonas, que vivían en Tracia, en medio de montes como el Ródope (en la actualidad *Despoto-Dagh*) o el Pangeo (hoy *Pirnari*) y ríos como el Hebro (modernamente *Maritza*). Los cicones, getas, bistones y el héroe Reso habitaban también en aquella región.

[16] Un broche de oro. Cfr. I, 431.

[17] Río de Capadocia (hoy *Termeh Tchai*), próximo al lugar en que habitaban las amazonas. La pelta es un escudo ligero y pequeño en forma de media luna.

lanza que vibra a través del aire hasta clavarla en lo alto de la ciudadela.

El viejo Mopso no soportó verla franquear tantas veces las murallas con sus lanzas, y, desde lo alto del muro, disparó con la vibrante cuerda de su arco flechas de Gortina[18] que cortan el aire cristalino e infligen heridas mortales con su acero alado. Era cretense, llegado de las cuevas de broncíneo sonido de los curetes[19]. En la flor de sus años, el joven Mopso acostumbraba a recorrer los bosques de Dicté con sus aladas flechas. A menudo abatía del cielo algún pájaro errante o también, desde lejos, en la llanura, asaeteaba de un flechazo a un ciervo que luchaba por escapar de las redes y el animal, desprevenido ante el golpe imprevisto, caía desplomado antes de que el arco dejara de silbar. Gortina podía entonces jactarse con razón de Mopso más que de ningún otro arquero, por más que tuviera la dura competencia de los saeteros orientales[20]. Pero, cuando, constreñido por la necesidad, no quiso pasar la vida cazando y la penuria le obligó a surcar los mares, guiado por el destino, como humilde forastero junto con su esposa Méroe y sus dos hijos, vino a parar a la desdichada Sagunto. A los hombros de ambos hermanos colgaban el carcaj y las flechas del padre, así como el veloz acero, armas todas propias de Minos. En medio de ambos jóvenes, Mopso lanzaba con su arco cidoneo[21] una lluvia de flechas contra el ejército masilio. Y ya había derribado a Gáramo y al atrevido Tiro, cuando de un golpe abatió a Gisgón y a Bagas que estaba a su izquierda, y a Lixo aún imberbe, que no merecía luchar con una flecha tan certera; con su carcaj lleno Mopso dirigía la guerra. A continuación, apuntando con su vista y su flecha al rostro de la virgen, comenzó a invocar el favor de Júpiter; pero este dios, al que pre-

[18] Gortina (hoy *Hagios Deka*) y Dicté (hoy *Lassithi*) son una ciudad y una montaña de Creta, isla de reputados arqueros.

[19] Los curetes, sacerdotes de Cibeles, guardaron en una cueva cretense a Júpiter recién nacido y con sus címbalos lo hicieron callar para sustraerlo a la voracidad de Saturno.

[20] Se refiere a los arqueros partos, también muy afamados.

[21] Nuevas alusiones a la destreza de los arqueros de Creta. Cidón es una villa cretense.

viamente había abandonado, no le fue propicio[22]. Tan pronto como la nasamonia Harpe vio que se torcía el fatídico arco, se colocó en medio del peligro que venía de lejos y se anticipó a la muerte. Cuando intentaba gritar, la flecha voladora se aloja en su boca abierta: la atraviesa y fueron sus hermanas las primeras en ver asomar el hierro por la nuca.

Pero Asbité, enfurecida por el triste fin de su compañera, levantó aquellos miembros muertos y bañó con lágrimas aquellos ojos que ya se cerraban a la luz. Luego, ayudada por la fuerza que da el dolor, arrojó contra las murallas su venablo mortal; en su trayectoria atravesó de un golpe súbito el hombro de Dorilas, quien ya había colocado la flecha en la cuerda estirada acercando las puntas de su arco y se disponía a confiar a los vientos su arma soltando el pulgar. Sin advertir la herida, cae Dorilas rodando desde las altas empalizadas del muro, a la vez que las flechas de su aljaba se desparraman junto con sus abatidos miembros. Su hermano Ícaro, que con parejas armas combatía a su lado, lanzó un grito y se dispuso a vengar tan triste destino; y, ya se apresuraba a coger una flecha para entrar en combate, cuando Aníbal se adelantó arrojándole un enorme peñasco. Sus miembros, yertos por el frío de la muerte, se derrumbaban y su mano desfallecida dejaba caer las saetas de nuevo dentro del carcaj.

Mopso, atenazado de cólera y tristeza por la muerte de sus dos hijos, por tres veces intentó apuntar con su arco, y otras tantas falló su brazo: el dolor le había arrebatado su conocida destreza como arquero. Se arrepiente (ah, demasiado tarde) de haber abandonado sus dulces penates. Con vehemencia el anciano agarra la piedra que te abatió, Ícaro, pero, cuando se dio cuenta de que en vano se golpeaba el pecho y de que su brazo no tenía la fuerza necesaria para poner con la muerte fin a tanto dolor, se arroja desde lo alto de una gigantesca torre y, con todo, el peso de su cuerpo fue a caer sobre los miembros de su hijo moribundo.

El forastero de Gortina, entre tanto, sucumbía en una guerra en tierra extraña; Terón, guardián del templo del Alcida y sacerdote de su altar, instigaba a los soldados y emprendía nuevas

[22] Mopso había abandonado Creta, lugar de nacimiento de Júpiter.

operaciones; desplegó una tropa para sorprender a los tirios y con las puertas abiertas libró feroces combates. Sin lanza en la mano, sin casco en la cabeza, confiando sólo en sus poderosos hombros y en la corpulencia que le proporcionaba su juventud, sin necesidad de espada arrasaba las filas enemigas con su clava. De su cabeza colgaban los despojos y la piel de un león cuyas fauces abiertas sobresalían, terribles, en lo alto de su coronilla. Tachonaban su escudo cien serpientes y el monstruo de Lerna: la hidra[23], que duplicaba el número de sus cabezas cuando se las cortaba. A Juba[24] y a su padre Tapso, a Micipsa, ilustre por el **160** renombre de su abuelo, y a Saces el mauro, los arrojó de las murallas y, huyendo en desbandada, los hizo ir corriendo hacia la costa. Su solo brazo bastaba para llenar los mares de espuma sanguinolenta. Y no se contentó con enviar a la muerte a Ido y a Cotón el marmárida y con asesinar a Roto y a Yugurta; buscaba insistentemente el carro de Asbité, el reluciente manto con que se cubría y su escudo adornado de brillantes piedras preciosas: fijaba toda su atención en la belicosa virgen.

Cuando la reina lo vio acercarse con su lanza manchada de sangre, volvió las riendas de su caballo y, con un giro a la **170** izquierda, eludió a su rival, surcó la llanura y, como un pájaro, se precipitó por la sinuosa pradera alejándose en su carro. Al tiempo que desaparecía de su vista y las veloces pezuñas de sus corceles, más rápidas que el Euro, levantaban una nube de polvo por todo el campo abriendo una amplia brecha en las líneas enemigas con las estridentes ruedas de su carro, la joven virgen no dejó de disparar lanzas contra sus atemorizados adversarios. Lico y Tamiris cayeron entonces y también Euridamante el de

---

[23] Como sacerdote de Hércules, Terón llevaba representada en su escudo la Hidra de Lerna, uno de los trabajos del héroe. Por cada cabeza que éste cortaba de las 100 que tenía el monstruo, brotaban dos.

[24] Silio concede a los guerreros africanos nombres de otros tantos personajes célebres en la historia de Roma: Juba, rey númida favorecedor de Pompeyo contra César, sería derrotado por este último curiosamente en la ciudad de Tapso (46 a.C.). Micipsa era hijo de Masinisa, rey de Numidia. Los mauros (cfr. esp. «moro») habitaban Mauritania, región de África. Cotón es el nombre del puerto artificial de Cartago. Yugurta, sobrino y sucesor de Micipsa, fue también rey de Numidia y cayó derrotado por Mario.

ilustre nombre, que procedía de la noble estirpe de su padre, aquel que mucho tiempo antes osó pretender un matrimonio de prestigio (¡ay, insensato!): el lecho del rey de Ítaca[25]. Pero la casta esposa lo engañó, destejiendo astutamente cada noche el hilo de su tela engañosa. Él se jactaba de que Ulises había perecido en el mar, pero el de Ítaca infligió a tal charlatán una muerte no fingida sino real y la teas nupciales se tornaron antorchas fúnebres. Su último descendiente, Euridamante, vino a morir a los campos de Iberia, a manos de la reina nómada. Las ruedas del funesto carro le pasaron rechinando por encima y siguieron su camino sobre los huesos aplastados.

Y he aquí que la joven dio media vuelta y se acercó nada más ver que Terón se hallaba enfrascado en el combate; apuntando con su terrible hacha a la mitad de su frente, te consagraba a ti, Dictina, tan espléndido despojo, así como la piel del león de Hércules, pero, con el anhelo de gloria tan grande, no tardó Terón en levantarse por encima de los caballos y mostrar ante sus asustados semblantes la peluda cara del rubicundo león. Perplejos ante el horror tan insólito que suponía la amenazante boca de la fiera, los caballos se encabritan y vuelven el carro boca arriba. Al momento, de un salto, cerró el paso a Asbité, que intentaba abandonar la lucha, y la alcanza con su clava en mitad de las sienes. Los sesos que saltaron del cráneo estrujado salpicaron las ardientes ruedas y los frenos enmarañados por los caballos erizados. Apresurándose a hacer alarde de tal masacre, arrebata el hacha a la joven reina y le corta la cabeza cuando caía del carro. Pero no acabó aquí su cólera, pues clavó la cabeza en una enhiesta lanza para que todos la contemplaran. Ordenó a continuación que la pasearan delante de las líneas cartaginesas e introdujeran a toda prisa el carro en las murallas.

Ignorante de su destino y sin el favor de los dioses, Terón seguía luchando aunque su muerte estaba próxima. Y es que se acercaba Aníbal profiriendo por su boca toda clase de resenti-

[25] Silio comete un error: si bien Euridamante aparece en la *Odisea*, es Eurímaco el pretendiente que anuncia la muerte de Ulises y al que la fiel Penélope engaña destejiendo de noche lo hilado durante el día (cfr. *Odisea* II, 183).

mientos y amenazas, dolido y lleno de furia por la muerte de Asbité y el macabro trofeo de su cabeza expuesta.

Tan pronto como el escudo comenzó a irradiar su broncínea luz y la armadura a resonar a lo lejos rozando sus veloces miembros con un estrépito que predecía la muerte, las tropas desconcertadas iniciaron súbitamente la huida hacia los muros en temblorosa carrera. Así es como, al caer el sol, la tarde obliga a volver a sus habituales nidos a los pájaros de ligeras alas una vez alimentados; no de otro modo que, cuando en el cecropio Himeto[26] los enjambres dispersos sobre las flores se recogen ante el temor de una nube preñada de lluvia y las abejas, henchidas de miel, retornan presurosas a sus dulces celdillas y a sus panales de oloroso corcho; se arremolinan entonces ante la colmena volando todas juntas con su sordo zumbido.

Presos de pánico, los soldados se precipitan y se lanzan ciegamente. ¡Ah, dulce luz del cielo! ¿A qué tanto miedo por evitar la muerte que algún día nos ha de llegar, por eludir un destino que está ya escrito cuando nacemos? Maldicen su decisión y lamentan haber desdeñado la seguridad de puertas y murallas. A duras penas puede Terón retenerlos en su huida, unas veces con las manos, otras gritándoles con amenazas: «¡Deteneos, soldados! Este enemigo me pertenece. ¡Deteneos, a mí me está reservada la gloria de tamaña contienda! Este brazo bastará para expulsar a los cartagineses de las murallas y casas de Sagunto. Vosotros, mis soldados, sólo tenéis que contemplar este espectáculo. Ahora bien, si un miedo atroz os arrastra a todos a la ciudad, ¡qué hecho más vergonzoso!, cerrad las puertas y dejadme solo».

Mientras temblaban de miedo ante semejante trance y se desesperaban por su muerte segura, el cartaginés se dirigía hacia las murallas en rápida carrera. Había decidido atacar, en primer lugar, la ciudad y los muros abiertos, para, más tarde, dejar la matanza y el combate. Tan pronto como lo vio el intrépido guardián del altar de Hércules, con la rapidez que da el miedo, de un salto se adelantó a su enemigo. La cólera del soberano eliseo se

[26] Himeto (actualmente *Trelovuni*) es una colina ateniense famosa por la miel de sus colmenas. Cécrope era un legendario rey de Atenas (cecropio = ateniense).

acrecentó con mayor vehemencia aún: «Ahora vas a sufrir tu castigo», dijo, «ferviente guardián de tu ciudad, y con tu muerte me dejarás expedito el camino hacia tus murallas».

La ira le ahorró más palabras y esgrimió su fulgurante espada; pero el joven daunio[27] se anticipó y, con gran impulso, le arrojó su maza. Golpeada por tan tremendo fragor, la armadura de Aníbal emitió un ronco estruendo y la nudosa clava, tras chocar con todo su peso contra el bronce hueco, saltó por los aires. Cuando se vio desarmado y traicionado por el fallido golpe, entregó sin más sus raudos miembros a una alocada carrera y, en su huida, recorrió con pies presurosos las murallas.

Implacable, el vencedor perseguía e increpaba por la espalda al fugitivo Terón. Gritaban las mujeres y, desde lo alto de los muros, sus voces se mezclaban con lamentos. Ora lo llamaban por su nombre, que tan bien conocían, ora desearían abrirle, aunque tarde, las puertas al exhausto guerrero. Mientras lo alentaban, sacudía sus corazones el temor de que acogieran al mismo tiempo a tan poderoso enemigo dentro de sus murallas. El cartaginés golpeó al desfallecido saguntino con su escudo, lo derribó y saltó sobre él; ante la ciudad que lo miraba desde las murallas, le espetó engreído: «Ve y consuela a la desdichada Asbité, a la que acompañarás ahora mismo con tu muerte». Y, diciendo esto, hundió su funesta espada en el cuello de quien ya deseaba abandonar la vida. Ufano, desde las mismas murallas, guio los corceles arrebatados (majestuoso botín) a los que el tropel de azorados fugitivos impedía llegar hasta la puerta y en su carro atravesó triunfante las líneas que lo vitoreaban.

Por su parte, la furibunda horda de nómadas se aprestó a celebrar el triste funeral de su princesa: erigen un túmulo en su honor y, por tres veces, arrastran el cadáver del enemigo alrededor de sus cenizas; a continuación arrojan a las llamas la mortífera maza de Terón y el temible atavío de su cabeza[28]. Cuando el fuego consumió su rostro y sus mejillas, dejaron para los buitres ibéricos el cadáver desfigurado.

---

[27] Saguntino.

[28] Se refiere a la piel de león que adornaba su cabeza.

Los que administraban los asuntos en Cartago deliberan, entre tanto, acerca de la guerra y qué respuesta dar a los pueblos de Ausonia, no sin temer la inquietante llegada de los enviados: por un lado, les trastorna el acuerdo de lealtad y el juramento pactado por sus ancestros teniendo a los dioses por testigos; por otro, el favor que el pueblo profesaba hacia el joven y ambicioso general; y, además, albergaban la esperanza de vencer. Pero Hannón[29], cuyo odio inveterado hacia la familia de Aníbal le impulsaba a atosigar al jefe, les echa en cara su parcialidad y su imprudente trato de favor: «Toda esta situación, senadores, me impide hablar por temor, pues las iras y amenazas de mis adversarios no conocen la mesura. Sin embargo, no desistiré de mi empeño, por más que las armas aceleren mi muerte. Los dioses serán testigos y al cielo dejaré que tome las medidas oportunas en esta apurada situación con el fin de salvaguardar el Estado y la patria. Y no sólo ahora, ya demasiado tarde, con Sagunto asediada y en llamas, es cuando Hannón se dedica a hacer vaticinios. En su momento estallé en angustiosas quejas para que esa mente perniciosa no se educase entre campamentos. Lo advertí, y, mientras viva, lo seguiré advirtiendo, pues conozco a la perfección el veneno que lleva en la sangre y la ambición que ha heredado, lo mismo que quien observa el cielo estrellado y, sin equivocarse, predice a los desgraciados marineros la inminente furia del mar y la inmediata tempestad del Cauro. Aníbal ha ocupado el trono y ha usurpado las riendas del Estado; en consecuencia, ha roto el pacto con las armas y, con ellas, ha quebrantado toda ley divina y humana; las ciudades son destruidas y, desde lejos, los Enéadas tienen la mente puesta en nuestras murallas: la paz se ha roto. No dejan de atormentar a este muchacho ni los manes y las Furias de su padre, ni el funesto juramento[30] que ha hecho, ni los dioses que, con la ruptura del tratado de paz, se han puesto en contra de ese pérfido, ni la sacerdotisa masilia. Y ahora, cegado por un poder recién adquirido, ¿pretende convulsionar ciudades extranjeras? No son las

[29] General y hombre de estado cartaginés, enemigo acérrimo de Aníbal y de toda su familia.

[30] Cfr. I, 99 ss.

casas tirintias[31] las que él asedia –ojalá sufra él solo el castigo en sus carnes, y no vincule el destino de la ciudad al suyo propio–; en este momento, lo afirmo, son tus muros, Cartago, los que asedia con sus tropas. Hemos bañado los valles de Henna con la sangre de los valientes y a duras penas pudimos continuar la guerra con la ayuda de los laconios[32]. Hemos llenado las grutas de Escila con los restos de nuestras naves y hemos contemplado cómo Caribdis[33] escupía desde las profundidades los bancos de nuestros remeros, arrastrados con el reflujo del mar. Tú, insensato, que ningún respeto por los dioses guardas en tu corazón, recuerda las islas Egates y los cadáveres libios flotando a lo lejos a la deriva. ¿Adónde te precipitas? ¿Es que pretendes tu gloria personal a costa de la perdición de tu patria? Es cierto que los inmensos Alpes se someterán con sólo ver tus armas de joven y seguro que el Apenino, cuyas nevadas cumbres rivalizan con las de los Alpes, caerá igualmente sometido. Pero, admitamos, insensato, que las llanuras se rinden a tus pies. ¿Acaso crees que es mortal la condición de ese pueblo? ¿O que se entregan ante el acero o el fuego? No tendrás nada que hacer frente a la estirpe neritia[34]. Sus soldados crecen en medio de campamentos, sus mejillas quedan marcadas por el casco antes de que pueda percibirse el rubio bozo. Su edad no conoce reposo: los más viejos, desangrados tras tantos años de servicio, permanecen en primera línea y desafían la muerte. Yo he visto con mis propios ojos escuadrones de soldados romanos maltrechos arrancarse la lanza de la herida y blandirla contra su enemigo. He visto su coraje, su muerte heroica y su pasión por la gloria. Si te opones a la guerra y no te enfrentas a quienes te han de derrotar, ¡ah, Cartago, de cuánto derramamiento de sangre te va a librar Hannón!».

---

[31] Sagunto. Cfr. notas a I, 291 y 509.

[32] Se trata de las tropas espartanas al mando de Jantipo que ayudaron a la victoria cartaginesa en el 258 a.C. sobre Régulo, durante la Primera Guerra Púnica.

[33] El escollo denominado Escila y el remolino Caribdis se encuentran entre las costas de Sicilia y el Brucio. Está aludiendo al desastre de las islas Egates que puso fin a la Primera Guerra Púnica.

[34] Alusión a los saguntinos, que procedían de Zacinto, una isla jónica lo mismo que Nérito, próxima a Ítaca.

El impaciente y severo Gestar[35], que llevaba largo tiempo incubando una cólera feroz y ya por dos veces había intentado entre gritos interrumpir las palabras de Hannón, le dio réplica: «¡Oh, dioses! ¿Es tal vez un soldado ausonio el que se sienta en esta asamblea libia, en el Senado tirio? Sólo le falta empuñar las armas, porque, por lo demás, a nadie se le escapa que es enemigo nuestro. Ahora nos amenaza con el doble peligro de los Alpes y los Apeninos, con el estrecho de Sicilia y las olas de la costa de Escila. Y no falta mucho para que se eche a temblar ante los manes y las sombras dardanias. ¡Qué grandes alabanzas hace de las heridas y la muerte de sus soldados, y cómo ensalza hasta las estrellas a este pueblo! Es mortal, creedme, aunque el corazón de estos indolentes tiemble con infame pavor, el enemigo al que nos enfrentamos es mortal.

»Yo he visto con mis propios ojos cómo Régulo, esperanza y orgullo de la estirpe de Héctor[36], atadas sus manos a la espalda con apretadas cadenas, era arrastrado hasta la oscura prisión en medio del regocijo de la chusma. Yo lo he visto colgado de un madero, mirando hacia Hesperia desde lo alto de su cruz. Y no nos deben asustar sus rostros juveniles demasiado precoces bajo los cascos, ni las mejillas marcadas prematuramente contra los yelmos.

»Y tampoco es tan pusilánime nuestro carácter. Observa cómo la caballería libia sobrepasa en esfuerzo a lo natural para su edad y cómo guerrea a lomos de caballos sin aparejos. Mira tú mismo a Aníbal: en cuanto pudo balbucear con sus tiernos labios la primera palabra, ya hacía sonar la trompeta de guerra, juraba arrasar con fuego al pueblo frigio y concebía en su ánimo llevar el ejército de su padre. Por tanto, que los Alpes se eleven hasta el cielo y que el Apenino alce sus cumbres resplandecientes de nieve hasta las estrellas: a través de rocas, a través de la nieve e, incluso, a través del mismo cielo –he de decirlo, por si algo insustancial puede estimular una mente tan sombría–, hay quien puede abrirse camino. Resulta vergonzoso renunciar a una ruta ya abierta por Hércules[37] y tener miedo de repetir su hazaña.

[35] Este personaje no es histórico sino inventado por Silio.

[36] Silio identifica a los troyanos con los romanos.

[37] Tradicionalmente Hércules fue considerado como el primero que logró atravesar los Alpes.

»Pero Hannón exagera la derrota de Libia y la catástrofe de la primera guerra; una y otra vez impide que soportemos penali-
360 dades en pro de nuestra libertad. Que se deje de miedos y esconda su alma quejumbrosa tras las paredes de su casa, como una mujer que rehúye la guerra. Nosotros marcharemos contra el enemigo, nosotros que estamos decididos a expulsar a los tiranos lejos de la tiria Birsa[38], aunque Júpiter no nos sea propicio. Y, por más que los hados se opongan y Marte ya haya condenado a Cartago y la abandone a su suerte, preferiré morir antes que entregarte, ¡oh, patria gloriosa!, a una esclavitud eterna, y marcharé libre a ver el Aqueronte. Pero, dioses, ¿cuáles son las órdenes de Fabio?: "Deponed pronto las armas y salid de la ciudadela de Sagunto, que
370 habéis tomado; inmediatamente después, que vuestras tropas selectas apilen sus escudos y los quemen, que el fuego consuma vuestra flota, y desapareced por completo de los mares". ¡Oh dioses, si es que Cartago no ha merecido jamás semejante castigo, alejad de nosotros esta impiedad y mantened libres las manos de nuestro jefe!». A continuación se sentó y, según la costumbre, se dio paso a la deliberación del Senado. Hannón volvió a levantarse para pedir con insistencia que se reintegrara inmediatamente todo lo que se había saqueado durante el combate, incluido el responsable de la ruptura del tratado[39].

Entonces los senadores, estupefactos como si el enemigo hubiera irrumpido en el templo, se abalanzaron a pedir a su dios
380 que invirtiera el mal presagio hacia el Lacio. Pero, después que Fabio se dio cuenta de la hostilidad que encerraban en su corazón y de que aquellas pérfidas mentes eran proclives a la guerra, sin poder soportar más tiempo su resentimiento, les exigió que se dieran prisa en tomar una resolución. Una vez convocados los senadores, les dijo que llevaba en el pliegue de su toga la paz y la guerra, y les instó a que le comunicaran la decisión final y no intentasen engañarlo con palabras de doble sentido.

El Senado, enfurecido, respondió que no se había dictaminado ni una cosa ni la otra; Fabio, como si dejase escapar de su toga

[38] Ciudadela de Cartago construida por Dido.
[39] Aníbal.

ejércitos escondidos y armas, declaró: «Disponeos a sufrir una guerra funesta para Libia que tendrá el mismo resultado que la primera», y dejó caer los pliegues de sus vestiduras; regresó luego a las ciudadelas de su patria como mensajero de la guerra.

Mientras esto sucedía en el reino de la fugitiva Elissa, el cartaginés se daba prisa en arrasar los pueblos cuya lealtad se tambaleaba insegura ante la marcha incierta de la guerra y, cargado de botín, se dirigía con sus ejércitos hasta los muros de Sagunto.

Y he aquí que los pueblos del Océano venían con regalos para el general: un escudo que brillaba con rabioso fulgor, obra de la tierra galaica[40]; un casco coronado de resplandeciente cresta, en cuya blanca cimera relucían y se bamboleaban plumas de nieve; una espada, y una lanza capaz de acabar con miles de guerreros. Además, una coraza tejida con triple malla de oro, armadura impenetrable a cualquier tipo de proyectil. Todas estas armas, forjadas en bronce y duro acero y recubiertas con oro del Tajo, las examinaba detalladamente Aníbal con ojos llenos de felicidad y, triunfante, se alegraba de contemplar grabados los orígenes de Cartago[41]:

Podía verse a Dido levantando la ciudadela de la primitiva Cartago; los jóvenes ponían manos a la obra después de atracar las naves. Unos formaban en el puerto un dique con grandes piedras, otros recibían los techos y hogares que tú, Bitias, venerable e íntegro anciano, repartías.

Se exhibía la cabeza de un caballo de guerra hallada al excavar en el suelo y todos acogían este presagio entre clamores. En medio de estas imágenes podía verse a Eneas, privado de flota y compañeros, arrojado por el mar y suplicando con su mano. Con el semblante apacible y cierto aire de amistad, lo está mirando, deseosa, la desdichada reina. A su lado, los artesanos galaicos han modelado la cueva y la secreta unión de los amantes; se escapa hasta el

[40] Galicia pasaba por ser uno de los territorios más ricos en oro. El Océano del que se habla es el Atlántico. La descripción del escudo de Aníbal ha dado lugar a varios artículos. Cfr., por ejemplo, P. VENINI (1991), pp. 1191-1200; o también D. W. T. C. Vessey (1975), pp. 391-405.

[41] La descripción del escudo del héroe, en este caso Aníbal, es un recurso típico de la épica. Cfr. el escudo de Aquiles (*Ilíada* XV, 478 ss.) o el de Eneas (*Eneida* VIII, 626 ss.).

cielo el ladrido de los perros; la partida de cazadores, asustados ante el repentino aguacero, se oculta en el bosque. Y, no muy lejos, estaba representada la playa solitaria y la flota de los Enéadas alejándose en el mar mientras Elissa la llamaba en vano.

La misma Dido, herida en su orgullo, de pie sobre una enorme pira, instigaba a las generaciones venideras de tirios a una guerra vengadora; el dardanio, desde alta mar, observaba la hoguera encendida y mandaba desplegar las velas en busca de su grandioso destino.

En otra parte del escudo se podía contemplar a Aníbal suplicante junto a la sacerdotisa estigia, ofreciendo ante los altares de los dioses infernales una libación de sangre y jurando ya, desde sus primeros años, hacer la guerra contra los Enéadas. El anciano Amílcar galopa a lo largo de las praderas de Sicilia: podría pensarse que vivía sólo para librar denodados combates. Se percibe el fuego en su mirada, su aspecto resulta amenazante y fiero.

La parte izquierda del escudo ofrece también figuras en relieve que muestran un triunfante regimiento espartano conducido por el victorioso Jantipo[42], llegado de Amiclas, la ciudad de Leda. Junto a él (infausta gloria) está colgado Régulo en una imagen de su suplicio, dando a Sagunto un maravilloso ejemplo de lealtad.

Más alegre es lo que se aprecia al lado: se ven brillar manadas de fieras acosadas por cazadores y cabañas cinceladas. No lejos de allí se muestra, con su piel tostada por el sol, la desaliñada hermana del negro mauro amansando leonas en su lengua vernácula. Libremente se pasea por el campo el pastor cuyos rebaños ocupan a sus anchas aquellos espaciosos prados. Atento el cartaginés a su ganado, según costumbre inveterada, anda errante con todas sus posesiones: su jabalina, su perro de Cidón[43], su tienda, las venas de sílex que le proporcionan el fuego y el caramillo que tan bien conocen sus reses.

Resalta también en el escudo Sagunto sobre su prominente colina, asediada por un sinfín de pueblos y compactas formaciones de combatientes que la hostigan blandiendo sus lanzas.

---

[42] Cfr. nota a II, 304. Amiclas es una ciudad de Laconia, la patria de Leda y Tindáreo.

[43] Parece que tuvieron gran fama los perros de caza cretenses.

El Ebro, con sus aguas tranquilas, recubría los bordes del escudo, encerrando la enorme redondez con sus curvas y recodos. Después de cruzar sus orillas, rompiendo así el tratado de paz, Aníbal emplazaba a todas las naciones cartaginesas a la guerra contra Roma.

Ufano con semejante obsequio, Aníbal se ajusta su nueva armadura, la hace sonar y, echándosela sobre sus descomunales hombros, dice altanero: «¡Ah, de cuánta sangre ausonia se va a empapar esta armadura! ¡Qué castigo te voy a infligir, Curia, árbitro de la contienda!».

Ya el enemigo, bloqueado tras sus propias murallas, comenzaba a debilitarse; el transcurso de los días iba minando a los ciudadanos que, extenuados, esperaban la llegada de enseñas y tropas aliadas. Definitivamente apartan sus ojos del mar desértico; desisten de la decepcionante costa: ven que se aproxima su fin. Una calamidad largo tiempo arraigada en sus corazones se apodera de esta gente privada de alimentos y la consume por completo. El hambre, largo tiempo escondida, devora en silencio sus cuerpos curtidos en las miserias y el lento sufrimiento y abrasa sus venas secas de sangre. Las mejillas demacradas hacen retroceder sus ojos hasta el fondo de sus órbitas, se distinguen ya sus huesos recubiertos sólo de piel amarillenta y mal engarzados por las palpitantes venas: triste espectáculo observar tantos cuerpos demacrados.

Intentan aliviar sus males con el húmedo rocío de la noche y con la tierra mojada; con desvelo inútil tratan de extraer la savia de un árbol seco. Se atreven a profanarlo todo; en su delirio, su hambre insaciable les impulsa a alimentarse de insólitas viandas: llegan a morder el cuero que recubre su protección arrancándolo del escudo.

Al ver este espectáculo desde el cielo, el héroe de Tirinto rompe a llorar ante la desgracia de su ciudad vencida; pero resulta inútil: lo detiene el respeto que guarda a las órdenes de su poderoso padre, que le impiden actuar contra la decisión de su cruel madrastra[44]. De este modo, ocultando sus propósitos, se encamina a la morada de la divina Lealtad con el fin de averiguar sus secretas intenciones.

[44] Juno.

Casualmente la diosa amante del misterio se hallaba en ese momento en un lugar recóndito del cielo, meditando acerca de las grandes preocupaciones que acucian a los moradores del cielo y que ella conoce bien. A ella se dirigió el héroe pacificador de Nemea[45] con estas palabras llenas de respeto: «Oh, tú, que fuiste engendrada antes que Júpiter, honra de dioses y de hombres, sin la que ni la tierra ni el mar conocerían la paz, hermana de la Justicia, divinidad callada en el corazón de los hombres, ¿cómo puedes permanecer impasible contemplando la ruina terrible de tu querida Sagunto y viendo el desmesurado castigo que paga, diosa, por defenderte? Por ti muere su población, a ti sola invocan las madres vencidas por el hambre, a ti invocan los guerreros con voz triste, tu nombre es el primero que balbucean los niños. Ven desde el cielo en su auxilio, ayúdalos a reponerse en este desesperado trance».

Así habló el hijo de Alcmena. La diosa le contestó de esta manera: «Ciertamente me doy cuenta y no me deja indiferente que se rompan los acuerdos de paz. Está fijado el día en que habrá de castigarse este fatal atrevimiento. Pero yo, que tuve que abandonar a toda prisa la tierra manchada de crímenes, me vi forzada a mudar mi morada y establecerme aquí por culpa de la raza humana tan proclive a la falsedad. He evitado a los reyes impíos que temen al mismo tiempo que son temidos; he evitado el ansia de oro y la nada despreciable recompensa que reciben los crímenes. Además, me he apartado de los pueblos de horribles costumbres, que, como bestias salvajes, viven de la rapiña, para los que toda dignidad se abandona ante el lujo y la castidad se esfuma en la profunda oscuridad de la noche.

»Se venera la violencia, la espada reclama para sí el lugar de la justicia, la virtud cede ante la ignominia. Mira las naciones: no hay nadie inocente, sólo la complicidad en la culpa preserva intacta la paz. Pero, si deseas que estos muros levantados por tu propia mano conserven un vigor digno de ti merced a un fin memorable y que

[45] Uno de los trabajos de Hércules era matar al león de Nemea.

sus habitantes no se entreguen maltrechos a los cartagineses, haré lo único que me permiten en este momento los hados y el desarrollo de los acontecimientos futuros: divulgaré su honrosa muerte y la transmitiré a la posteridad, y yo misma acompañaré a sus gloriosas sombras junto a los manes».

A continuación, la inflexible diosa, descendiendo por el aire sutil, inflamada de cólera, se dirigió a Sagunto, que se debatía contra el destino. Penetró en sus mentes, atravesó unos corazones que le eran familiares e infundió en aquellos espíritus su divina protección. Luego, deslizándose en sus entrañas, les insufló una ardiente devoción por ella. Ya reclaman las armas y renuevan sus cansadas fuerzas para la lucha. Les sobreviene una inesperada energía: cada vez están más decididos a honrar a su admirada diosa y a morir por su virgen protectora. Un silencioso sentimiento invade los corazones animosos de los cansados y les induce a tolerar incluso algo aún peor que la muerte: experimentar los hábitos alimenticios de las fieras salvajes y añadir a la mesa una nueva atrocidad. Pero la casta Lealtad impidió que prolongasen por más tiempo su vida mancillándola con la culpa, que saciasen su apetito con la carne de sus semejantes.

Tan pronto como la Saturnia[46], que casualmente se dirigía a los campamentos libios, vio a la diosa Lealtad en la ciudadela de un pueblo que ella tanto odiaba, recriminó a la virgen su vehemente deseo de provocar la guerra y, con paso airado, hizo venir a toda prisa a la negra Tisífone[47], quien, con su látigo, hostiga a los infernales manes; extendiendo sus manos le dijo: «Hija de la Noche, derriba con tus propias manos estos muros que aquí ves y extermina a este pueblo fogoso con todo su valor. Es Juno quien esto te ordena; yo misma observaré de cerca, desde una nube, el desenlace y tu celo. Tú tienes armas que hacen temblar a los dioses, incluido el supremo Júpiter, armas capaces de estremecer al Aqueronte: llamas y monstruosas serpientes, ese silbido tuyo que aterra al Cerbero y refrena sus bocas[48]; tu veneno,

[46] Juno, hija de Saturno.

[47] Las Furias, también llamadas Erinias o Euménides, son criaturas infernales que atormentaban a los espíritus malvados. Son tres: Alecto, Megera y Tisífone.

[48] El Can Cerbero, perro guardián de los Infiernos, tenía tres bocas.

que echa espuma mezclada con hiel; todos los crímenes, todos los castigos y toda la cólera que hierven en tu rebosante pecho, mézclalos, arrójalos contra los rútulos y manda a Sagunto entera al Érebo. Que sea éste el precio que paguen por haber descendido la Lealtad a través del aire».

Con estas palabras la irritada diosa apremió a la cruel Euménide y, con su propia mano, la lanzó contra los muros. De pronto, todo el monte tembló y las olas resonaron en la orilla con mayor estruendo. Por encima de su cabeza y alrededor de su hinchado cuello, silban las numerosas serpientes, agitándose con sus repulsivas escamas. La Muerte avanza y, con las fauces abiertas, exhibe su profunda garganta; se disponía a devorar a un pueblo que estaba a punto de sucumbir. Le siguen el Duelo, rodeado de los sombríos corazones del Llanto, la Tristeza y el Dolor; también acudieron todos los Castigos, y, por su triple garganta, el insomne Guardián[49] de la morada de las lágrimas comenzó a bramar.

Inmediatamente después el monstruo de mudable faz toma la apariencia, el modo de caminar y la misma voz de Tiburna[50], quien, privada de su marido Murro, lloraba ante su lecho vacío por culpa de la guerra y el salvaje furor de Marte. De noble origen, Tiburna tomaba su nombre de la sangre de Dauno. Con su mismo aspecto y con el cabello desaliñado irrumpió la Euménide en medio de la multitud y, desgarrándose las mejillas de dolor, dijo: «¿Cuándo terminará todo esto? ¡Bastante hemos hecho ya por la Lealtad y por nuestros antepasados! Yo he visto a mi querido Murro ensangrentado, sí, lo he visto atormentando mis noches con su cuerpo desfigurado por las heridas y pronunciando terribles palabras: "Escapa, esposa mía, a los sufrimientos de nuestra desdichada ciudad y, si la victoria cartaginesa te deja sin un lugar en la tierra, reúnete conmigo, Tiburna, junto a mis manes. Nuestros penates han sucumbido, los rútulos estamos pereciendo, la espada cartaginesa se adueñará de todo". Mi mente se estremece al recordarlo y su imagen no se ha borrado todavía de mi vista. ¿Es que no podré ver ya nunca

[49] Cerbero.

[50] Literalmente, «la natural de Tibur». En esta ciudad sabina se encontraba un hermoso santuario dedicado precisamente a Hércules, creador y protector de Sagunto.

más, Sagunto, tus hogares? ¡Dichoso tú, Murro, dichoso tú, que moriste estando tu patria aún en pie!

»En cuanto a nosotras, tendremos que servir como esclavas de las matronas sidonias y Cartago, victoriosa, nos contemplará tras los desastres de la guerra y los peligros del inmenso mar. Y, cuando llegue al fin mi última noche, yaceré prisionera en el seno de Libia.

»Pero vosotros, jóvenes cuyo firme valor se resiste a la idea del cautiverio y tenéis la más poderosa arma contra los males, la muerte, apartad a vuestras madres de la servidumbre con vuestras propias manos. Arduo es el camino que ha de seguir el valor. Procuraos, antes que nadie, una gloria poco común y que sólo algunos pueblos alcanzan».

Cuando hubo estimulado los ánimos ya turbados con estas palabras, se encaminó al túmulo que el Anfitriónida había erigido en lo alto del monte como señal visible para los marineros desde alta mar y que había servido para honrar las cenizas de su querido compañero[51].

De pronto (espeluznante visión) surgió impetuosa del fondo del monumento una negruzca serpiente[52] con manchas recamadas de oro. Sus ardientes ojos irradiaban llamas rojas como la sangre, y, al vibrar la lengua en su boca, producía un silbido estridente. Avanzó serpenteando a través de la ciudad en medio de la multitud azorada, se deslizó a toda prisa desde los elevados muros y, como si intentara huir, se dirigió hacia la costa cercana hasta sumergirse de cabeza bajo las olas del espumoso mar.

Fue entonces cuando las mentes quedaron perplejas como si los manes salieran vencidos de sus casas ya perdidas y las sombras se negaran a reposar en suelo conquistado. Les resultaba molesto confiar en la salvación y rehusaban tomar alimento; la oculta Erinia se adueña de sus voluntades. En momentos tan críticos no es más duro soportar la falta de clemencia de los dioses que la tardanza en morir. Desvariados, se afanan en quitarse la vida cuanto antes y hasta la luz les resulta agobiante.

---

[51] Zacinto. Cfr. I, 276 ss. El Anfitriónida es Hércules, hijo de Alcmena, esposa de Anfitrión.

[52] La serpiente representa el espíritu del fundador de la ciudad, abandonándola ante su inminente final.

A porfía levantan todos en medio de la ciudad una pira de enormes dimensiones que se eleva hasta las estrellas. Hasta ella llevan y arrastran todos los bienes acumulados durante una paz duradera, todos los bienes conseguidos con el poder de sus brazos, vestidos bordados por las matronas con oro de Galicia, armas que sus ancestros trajeron desde la duliquia Zacinto y los penates procedentes de la antigua ciudad de los rútulos[53]. Los asediados arrojan allí todo lo que les queda, sus escudos, sus infaustas espadas; desentierran tesoros escondidos en tiempos de guerra y se regocijan entregando a las funestas llamas el trofeo del arrogante vencedor.

Cuando la Erinia fatal divisó esta pila, agitó una antorcha empapada en las llameantes aguas del Flegetonte[54] hasta cubrir a los dioses del cielo con una humareda infernal. Emprendieron entonces una acción conocida en el mundo entero y que ha reservado eternamente una amarga gloria para este pueblo invicto. Tisífone fue la primera que, indignada ante la indecisión de un padre, agarró ufana la empuñadura de su espada vacilante y la clavó. Luego, dos o tres veces hizo restallar terriblemente su látigo estigio. Contra su voluntad se manchan todos las manos con la sangre de sus consanguíneos, observan con estupor la impiedad cometida contra sus deseos y rompen a llorar ante el crimen perpetrado. Aquí, uno furioso de cólera y rabia ante las calamidades y sufrimientos desmesurados lanza una mirada sesgada a los pechos de su madre; allá, otro empuña un hacha y la apunta contra el cuello de su amada esposa, pero se recrimina a sí mismo y, como paralizado en medio de su arrebato, reprueba su acción y suelta el arma. Pese a todo, no llega a escapar, puesto que la Erinia lo fustiga con su látigo y le infunde siniestros propósitos con su sibilante boca. Así es como desaparece todo amor conyugal, los maridos desprecian la dulzura del lecho y se olvidan de la antorcha nupcial. Un tercero, reuniendo todas las fuerzas que le quedan, arroja su cuerpo cansado a las llamas, allí

[53] Árdea. Cfr. nota a I, 271.

[54] Uno de los ríos de los Infiernos, junto al Aqueronte, el Cocito y la Estigia.

donde el torbellino de fuego se eleva proyectando una columna de espeso humo negro como pez.

En medio de la multitud, desdichado Timbreno, enloquecido por un funesto amor filial, te apresuras a matar a tu padre antes de que lo hagan los cartagineses, desfiguras un rostro que recuerda al tuyo y profanas unos miembros que tanto se te parecen.

Y también caísteis vosotros, en la flor de la juventud, Eurimedonte y su gemelo Licormas, iguales en todo. Una dulce molestia fue para la madre poner nombre a sus dos hijos después de mirar fijamente el rostro de ambos. Ya la espada clavada en tu garganta, Eurimedonte, te ha librado de cometer un crimen atroz en medio de los lamentos de tu desdichada madre. Trastornada ella ante tan terrible desgracia y confundiéndolos, gritaba: «¿Qué pretendes hacer? ¡Licormas, vuelve tus armas contra mí!». Pero ya Licormas había traspasado su garganta con la espada. Su madre, entre grandes lamentos, le dice: «Pero ¿qué locura es ésta, Eurimedonte?». Engañada por el gran parecido entre ambos hermanos, llamaba a los cadáveres trocando sus nombres. Finalmente, toda temblorosa, se atravesó el pecho con el acero y cayó sobre sus hijos sin haber llegado a distinguirlos.

¿Quién podría reprimir sus lágrimas al narrar las terribles desgracias de esta ciudad, las increíbles monstruosidades, el castigo infligido a la Lealtad y el funesto destino de los justos? Incluso un enemigo tan insensible a la compasión como las tropas cartaginesas apenas habrían podido sustraerse al llanto. Una ciudad, durante tanto tiempo habitada por la Lealtad y fundada por un dios, se derrumbaba en medio de las infieles armas del pueblo sidonio y los actos atroces de sus ciudadanos, marginada por los inicuos dioses. No tenían freno las espadas y el fuego: allá donde no había llamas había crímenes. Una enorme hoguera proyectaba hasta las estrellas una sombría nube de negro humo. En lo más alto de la colina ardía la ciudadela, incólume en anteriores guerras y desde la que podía verse el campamento cartaginés, la costa y Sagunto entera; ardían también los templos de los dioses. El mar brillaba con el reflejo de las llamas y su luz tremolaba en medio de las agitadas aguas.

En medio de esta locura asesina, he aquí que aparece Tiburna: en su diestra lleva la refulgente espada de su marido, en la

izquierda blande, desdichada, una tea encendida. Con los cabellos desordenados y erizados, los brazos desnudos, mostrando su pecho amoratado por los golpes de dolor, se encamina a la tumba de Murro por encima de los cadáveres. No de otro modo que Alecto, cuando truena salvajemente el palacio de su padre infernal[55] cuya regia cólera ahuyenta a los asustados manes, de pie ante el trono del dios, ese temible sitial, se consagra al Júpiter del Tártaro y hace cumplir los castigos. Entre lágrimas, Tiburna coloca en la tumba las armas de su marido, defendidas poco antes con tanto derramamiento de sangre. Ruega luego a los manes que la acojan en su seno y aplica la antorcha encendida. Acelerando su muerte, dice entonces: «Amante esposo, yo misma te llevaré estas armas hasta tus manes». Dicho esto, se hiere con la espada, cae sobre las armas y, con la boca abierta, se arroja a las llamas.

Montones de cadáveres a medio quemar yacen confusamente por todo el suelo, desdichado final, unos mezclados con otros. Lo mismo que el león acuciado por el hambre que logra por fin penetrar en el aprisco con las fauces resecas y, mostrando sus colmillos, devora al pacífico rebaño, la sangre sale a borbotones de su boca abismal. Se recuesta sobre la horrible pila de cadáveres medio roídos, o bien con ávidos rugidos rechina sus dientes y se pasea entre los montones de carne desgarrada. Por todas partes yacen las ovejas, el moloso[56] que las guarda, todos los pastores y el dueño de establo y rebaño; todas las cabañas son destruidas, todas las casas devastadas. De esta manera los cartagineses irrumpieron en una ciudad vacía a fuerza de tantos desastres. Sólo entonces la Erinia, cumplido su cometido, regresó a los manes con los elogios de Juno, muy feliz y ufana de llevarse consigo hasta el Tártaro a una gran multitud.

Pero vosotras, almas divinas, que ninguna época podrá igualar, marchad, orgullo de la tierra, muchedumbre venerable, marchad al Elíseo[57] a honrar las intachables moradas de los justos.

---

[55] Plutón, dios de los Infiernos, también llamado Júpiter del Tártaro o Dite.

[56] Raza de perros procedentes de la región homónima del Epiro.

[57] Los Campos Elíseos, morada de los héroes después de su muerte.

Y, en cuanto a aquel que alcanzó la gloria con una inicua victoria (¡prestad atención, naciones del mundo, y no rompáis los tratados de paz ni posterguéis la lealtad en favor de las ansias de poder!), vagará errante y desterrado por todo el mundo, expulsado de su patria, y Cartago temblorosa le verá volver la espalda[58]. A menudo, atormentado en sueños por las sombras de los saguntinos muertos, deseará haber perecido en combate. Pero se le negará la espada, y aquel guerrero, otrora invencible, llevará a las aguas de la Estigia su cuerpo desfigurado por el veneno que deja lívido[59].

[58] Alusión a la derrota definitiva de Aníbal en Zama (202 a.C.).

[59] Tras veinte años de exilio, Aníbal morirá en Bitinia después de ingerir veneno.

Libro III

Una vez que los tirios rompieron el tratado y, por obra del inicuo padre de los dioses, cayeron las murallas de la leal Sagunto, el vencedor partió de inmediato hacia los pueblos situados en los límites extremos del mundo, hacia Cádiz, ciudad hermanada con Cartago[1]. Y no dejó de consultar la opinión y los dones proféticos de los adivinos a propósito de la supremacía del universo. Se ordenó a Bostar que largara velas cuanto antes y fuera a averiguar lo que el destino les depararía.

Desde tiempo inmemorial se ha confiado en las predicciones del santuario con las que el cornígero Amón, desde su elevado trono, tal y como sucede en la cueva de Cirra[2], revela el porvenir en su profético bosque en medio de los sedientos garamantes. Allí buscaba Aníbal un presagio favorable a su empresa, conocer los acontecimientos futuros antes de que sucedieran y tener constancia de las vicisitudes de la guerra. 10

Honró luego el altar del dios portador de la clava[3] y lo colmó de ofrendas, despojos semicalcinados poco antes adquiridos como vencedor en la humeante ciudadela de Sagunto.

---

[1] Cádiz era una antigua colonia de Tiro.

[2] Cirra (hoy *Magula*) es una ciudad griega cercana a Delfos, donde se consultaba el famoso oráculo.

[3] Hércules era representado con una clava o maza en su mano.

Se piensa –y no sin razón– que todavía perduran las vigas colocadas cuando se levantó el templo y que, a lo largo de los años, las únicas manos que han conocido han sido las de sus constructores. Por ello les agrada pensar que el dios fijó su residencia allí y evitó que el paso del tiempo acabara con el santuario. Aquellos que tienen el privilegio y el honor de conocer las estancias interiores del recinto prohíben la entrada a las mujeres y procuran mantener alejados del umbral a los hirsutos cerdos. Y todos están ataviados ante el altar con idénticas ropas: cubren sus cuerpos con lino y adornan su frente con una cinta de Pelusio[4]. Es su costumbre ofrecer incienso llevando una túnica sin ceñir y, según una tradición ancestral, engalanan la vestimenta de los sacrificios con una ancha banda de púrpura; llevan los pies descalzos y la cabeza rasurada, y su lecho permanece casto. Las llamas del fuego sagrado mantienen los altares siempre encendidos, pero la falta de estatuas o imágenes de dioses conocidos confiere al lugar un aspecto de majestuosidad y temor religioso.

En las puertas se observan los trabajos del Alcida[5]: están grabados la hidra de Lerna abatida con las serpientes cercenadas y el león de Cleonas, estrangulado y con las fauces abiertas. El guardián de la Estigia, que aterroriza a las sombras con sus salvajes ladridos, se enfurece al verse encadenado y, por vez primera, arrancado de su antro eterno. Y también Megera teme las cadenas. A su lado aparecen representados los caballos tracios y

[4] Ciudad situada en la desembocadura del Nilo famosa por su lino (hoy *Tineh*).

[5] Los trabajos de Hércules que se citan son la muerte de la hidra de Lerna y el león de Nemea (Cleonas es una pequeña ciudad cerca de Nemea, en la Argólida); el rapto del Can Cerbero, guardián de los Infiernos; la captura de los caballos de Diomedes, rey de Tracia que los alimentaba de carne humana, y del jabalí de Erimanto, que sembraba el pánico en Arcadia; la carrera contra el ciervo de pies de bronce; la lucha contra el gigante Anteo, que habitaba junto al Atlas y cuyas fuerzas se renovaban cada vez que sus pies tocaban a su madre, la Tierra; la victoria sobre los Centauros de Arcadia; el enfrentamiento con el dios del río Aqueloo, en Acarnania (hoy *Aspropotamo*), que pretendía la mano de Deyanira (los ríos personificados eran representados con cuernos y cabeza de toro). Hércules murió abrasado en el monte Eta (actualmente *Katavothron*).

el monstruo de Erimanto, los cuernos del ciervo de broncíneos pies elevándose por encima de las altas ramas de los árboles, y el hijo de la tierra libia, nada fácil de vencer cuando con los pies pisaba a su madre. Tumbados yacen los Centauros de doble naturaleza, horrorosa estirpe, y se ve también el río acarnanio, privado de uno de sus cuernos. En medio de estas imágenes brilla el Eta con el fuego sagrado cuyas llamas remontan hasta las estrellas el alma ingente del héroe.

Cuando sus propios ojos apreciaban tan variadas representaciones de valor, Aníbal pudo contemplar otros espectáculos maravillosos: el mar, levantándose desde sus profundidades, se lanzaba súbitamente sobre la tierra cubriendo toda la costa a su alrededor[6]; y el volumen de agua desbordada inundaba las llanuras. En efecto, allí donde Nereo abandona sus azuladas cuevas y arroja desde los abismos las aguas de Neptuno, el mar estalla rebosante, y el Océano, liberando sus secretas fuentes, prorrumpe con impetuoso oleaje. Entonces las aguas, como removidas desde lo más hondo por el salvaje tridente, se empeñan en cubrir la tierra con el henchido mar, pero la corriente retrocede y súbitamente las olas fluyen en sentido contrario. Cuando el mar se retira, los barcos quedan varados en la explanada y los marineros, tendidos en los bancos, esperan la vuelta de la marea. Luna remueve los flotantes dominios de Cimótoe[7]; Luna que, conduciendo su biga por las regiones celestes, hace que las olas fluyan y refluyan al tiempo que Tetis[8] avanza y retrocede alternativamente.

Pero el general observaba deprisa estas maravillas, que eran muchas las preocupaciones que le asaltaban: la primera, apartar de la guerra a la que compartía su lecho y, con ella, al recién nacido al que aún amamantaba. La esposa había colmado de felicidad al joven esposo con su unión virginal y con su matrimonio aún reciente ambos compartían un amor lleno de recuerdos. En cuanto al niño, nacido a las puertas de la asediada Sagunto, aún no había completado doce ciclos de la luna.

---

[6] Se trata de la marea, fenómeno que sorprende a Aníbal por desconocerse en el Mediterráneo.

[7] Una de las Nereidas, ninfas del mar.

[8] Esposa del Océano y madre de las ninfas del mar.

Decidido a separarse de ellos y alejarlos de las armas, Áníbal
70 les habló de esta manera: «¡Hijo mío, esperanza de la altiva Cartago y terror imponente de los Enéadas, te pido que superes la gloria de tu padre y consigas gran renombre con tus hazañas, hasta que sobrepujes como guerrero a tu propio abuelo! Trastornada de miedo, Roma cuenta ya tus años, años que harán llorar a muchas madres. Si las predicciones de mi corazón no me engañan, contigo crece una tremenda calamidad para la tierra. Puedo reconocer en el tuyo el rostro de mi padre, sus ojos amenazadores bajo la torva frente, su voz poderosa y los primeros indicios de una cólera idéntica a la mía. Si, por casualidad, alguno de los dioses pusiera fin a mis grandes proezas e inte-
80 rrumpiera mi incipiente carrera con la muerte, lucha, esposa mía, por conservar a este niño como garante de la guerra. Y, cuando pueda hablar, guíalo como a mí me guiaron en mi infancia. Que sus pequeñas manos toquen el altar de Elissa y que, ante las cenizas de los suyos, jure la guerra a Laurento. Luego, cuando con el primer bozo consolide el vigor de su juventud, que destaque en las labores de Marte y, pisoteando los tratados de paz, reclame como vencedor un túmulo en mi honor en lo alto del Capitolio.

»En cuanto a ti, cuya fidelidad merece ser venerada, tú, para quien está reservada la dicha y la gloria de tan grandioso alumbramiento, evita los peligros de una guerra de incierto final y
90 abandona tus pesadas congojas. A nosotros nos esperan desfiladeros infranqueables por la nieve, rocas que sujetan el cielo; nos aguarda un trabajo que hizo sudar al Alcida y asombrar a su propia madrastra[9]; nos aguardan los Alpes, un trabajo aún más penoso que la guerra.

»Pero, si la Fortuna no cumple el favor que nos ha prometido y no es propicia a nuestros objetivos, querría que vivieras mucho tiempo y conocieras una longeva vejez. Tu juventud merece que las hermanas[10] hilen tu destino sin prisas cuando yo me haya ido».

---

[9] Juno. Hércules fue el primero en franquear los Alpes.
[10] Las Parcas.

Así dijo. Le respondió Imilce, la hija de Castalio de Cirra, aquel que, en honor a su madre, dio nombre a la ciudad de Cástulo[11], que todavía hoy conserva el nombre de aquella sacerdotisa de Febo. Contaba Imilce con antepasados de origen divino: en los tiempos en que Baco dominaba los pueblos iberos y, armado con su tirso, asolaba Calpe junto con sus Ménades[12], Mílico, nacido de un lascivo sátiro y de la ninfa Mirice, extendía sus dominios por toda su patria llevando, igual que su padre, cuernos sobre su frente[13]. A él remontaba Imilce su patria y sus nobles orígenes, y su nombre había sido ligeramente modificado en la lengua bárbara.

Vencida ya la joven por las lágrimas que poco a poco le brotaban, habló así a su marido: «¿Olvidas que nuestra salvación depende de la tuya? ¿Acaso te niegas a que te acompañe en tu empresa? ¿Nuestra unión y las primeras alegrías de nuestro matrimonio significan tan poco que crees que no puedo yo, tu esposa, subir contigo montañas heladas? Ten confianza en la fuerza de una mujer. Ninguna fatiga puede doblegar a un amor honesto. Pero, si únicamente te fijas en mi condición de mujer y estás decidido a abandonarme, te obedezco, no demoraré por más tiempo al destino. Que la divinidad te proteja: marcha en buena hora, marcha con el favor de los dioses y con mis buenos deseos y, en medio de los combates y el ardor de la batalla, no olvides a la esposa y al hijo que has dejado atrás. Porque no temo tanto las armas y el fuego de los ausonios como te temo a ti: tú te lanzas temerario contra las mismas espadas y ofreces tu cabeza a los proyectiles. No hay éxito alguno que sacie tu valor. Sólo tú crees que la gloria no tiene límites, que morir en paz es indigno de hombres guerreros. El miedo agarrota mis miembros, no temo a ningún hombre que se enfrente a ti cuerpo a cuerpo.

[11] Cástulo parece identificarse con la actual *Cazlona*, cerca de Linares. Silio se sirve de la similitud con el nombre de Castalia, la fuente junto al Parnaso consagrada a las Musas, para sugerir un origen griego a la familia de Imilce.

[12] Bacantes, sacerdotisas de Baco.

[13] Los sátiros eran comúnmente representados con cuernos y patas de cabra.

Y, en cuanto a ti, padre de las batallas[14], ten piedad de nosotros, aleja toda desgracia y mantén esta cabeza a salvo de los teucros»[15].

Ya habían avanzado hasta detenerse en la costa misma, la nave estaba dispuesta para zarpar y los marineros, colgados del mástil, ajustaban las velas al soplo aún débil del viento, cuando Aníbal se apresuró a calmar los temores de su esposa y a aliviar su mente angustiada por turbadoras preocupaciones hablándole de esta manera: «Deja los presentimientos y las lágrimas, mi fiel esposa. Tanto en la paz como en la guerra, hay un final predestinado para todos y el primer día nos lleva hasta el último. A muy pocos su corazón ardoroso les otorga un nombre que vaya eternamente de boca en boca; a éstos los destina el padre de los dioses a morar en el cielo. ¿Es que voy a seguir sufriendo el yugo de Roma y las murallas de Cartago prisioneras? Me empujan los manes de mi padre animándome en medio de la oscuridad de la noche. Tengo ante mis ojos los altares y aquel horrible sacrificio: el carácter breve e inestable de la vida no permite más demora. ¿Me voy a quedar sentado y que sólo Cartago conozca mi nombre? ¿Y que la humanidad no sepa quién soy? ¿Y renunciar a la más alta fama por el miedo a morir? ¿Qué hay más parecido a la muerte que una vida en silencio? Sin embargo, no temas que mis ansias de triunfo sean temerarias. Tengo en alta estima la vida y, en la vejez, la gloria reconforta cuando los honores engrandecen una edad tan larga. A ti también te está reservada una gran recompensa por esta guerra que hemos asumido. Basta con que los dioses se pongan de nuestra parte, para que tengas a tus pies todo el Tíber, las mujeres de Ilión y los dardanios con todo su oro»[16].

Mientras intercambian entre lágrimas todas estas cuitas, el timonel, confiado en las condiciones del mar, llama desde lo alto de la popa a la vacilante esposa, a duras penas arrancada de los brazos de su marido. Clavó ésta su mirada en él y siguió obser-

[14] Marte, dios de la guerra.
[15] Los teucros son los troyanos y, por consiguiente, los romanos.
[16] Diferentes alusiones a Roma y los romanos.

vando la costa hasta que la nave, volando sobre la masa líquida, se perdió de vista y la tierra se alejó.

El cartaginés, por su parte, procuraba dejar a un lado su amor en favor de los cuidados de la guerra y se dirigía con paso acelerado a las murallas. Mientras las inspeccionaba, y revisaba todo una y otra vez, su incansable vigor cedió ante el esfuerzo reiterado y pudo por fin su espíritu belicoso conciliar el sueño.

Entonces el Padre Omnipotente, que pretendía poner a prueba a la raza dardania a través del peligro y encumbrarla hasta las estrellas por medio de la fama adquirida en guerras encarnizadas, rememorando así antiguas penalidades[17], precipitó los planes del héroe sobresaltando su apacible descanso y quebrantando con temores su sueño. Al instante el dios Cilenio[18], dejándose guiar por sus alas, llevaba las órdenes de su padre por las húmedas sombras de la noche. Sin demora, se dirigió al joven jefe que reposaba sus miembros con un sueño tranquilo y lo incitó con desagradables reproches: «¡Señor de Libia, resulta vergonzoso para un general pasar toda la noche durmiendo! Las guerras se hacen con un comandante siempre despierto. Pronto verás el mar cubrirse de quillas y a los jóvenes guerreros latinos cruzar de aquí allá todo el océano, mientras tú, indiferente a tu designio, pierdes el tiempo en tierras iberas. ¿Tal vez es gloria suficiente para ti y prueba perdurable de tu valor haber derrotado a la griega Sagunto con tan ingente esfuerzo? Vamos, y si tu ánimo está a la altura de tan denodado propósito, ven rápido junto a mí y sígueme cuando te llamo. Te prohíbo que mires atrás, pues así lo ha dispuesto el padre de los dioses; yo te guiaré como vencedor hasta las altas murallas de Roma».

Ya se veía cogido de la mano de Mercurio y arrastrado alegre hasta el reino de Saturno[19] a paso ligero, cuando un repentino fragor se oyó en torno a él; a sus espaldas, vibrantes lenguas lo asustaron con sus desapacibles silbidos que atravesaban el aire. Sobrecogido por el tremendo espanto, el héroe desobedeció

[17] El asedio de Troya.

[18] Sobrenombre de Mercurio, nacido en el monte Cilene, en Arcadia (hoy Monte *Zyria*).

[19] Cfr. I, 70.

el mandato divino y, amedrentado, volvió la vista atrás. Fue entonces cuando, arrancando con su inmensa corpulencia los árboles y robles de la cima y arrastrando rocas por lugares inaccesibles, una negra serpiente empezó a silbar y a remover sus mortíferos anillos. Tan descomunal como el Serpentario[20] que recorre sinuoso las dispares Osas y une ambas constelaciones con su trayectoria, así separaba sus fauces con una monstruosa abertura y levantaba su cabeza a la altura de las tempestuosas montañas. La furiosa inclemencia del cielo redobla el estrépito y desata un aguacero acompañado de granizo.

Aterrado por semejante prodigio (pues no podía dormir ni estaba sumido en un profundo sopor, y el dios, ahuyentando las tinieblas con su caduceo[21], había mezclado la luz con la oscuridad del sueño), preguntó qué horrible monstruo era, hacia dónde dirigía su cuerpo que aplastaba la tierra y a qué pueblos desafiaba con sus fauces abiertas. El dios nacido en las heladas cuevas de su benefactora Cilene le contesta: «Estás contemplando la guerra que tanto anhelabas. Tras de ti vendrán las guerras más atroces, tras de ti la destrucción de los bosques, tras de ti las violentas tempestades en un cielo revuelto, la mortandad de guerreros, la ruina total de la raza idea[22] y un destino lleno de lágrimas. Lo mismo que esta serpiente con su dorso cubierto de escamas devasta las montañas, arranca y arroja los bosques por los campos e impregna la tierra con su espumoso veneno, también tú someterás los Alpes y descenderás luego a Italia para sumirla en una funesta guerra y, con idéntico fragor, asolarás y destruirás ciudades cuyos muros habrás arrancado de cuajo».

Con semejantes sugerencias el dios y el sueño lo dejaron atormentado. Un sudor frío recorría sus miembros, meditaba acerca de las advertencias del sueño con sentimiento alegre y temeroso a la vez, recordaba las visiones de aquella noche. Con tan favorables auspicios, ofrecieron un sacrificio al rey de los dioses y a

[20] La constelación de Serpentario se extiende entre la Osa Mayor y la Osa Menor.

[21] Vara delgada y lisa rodeada de dos serpientes, atributo de Mercurio que portaba la paz y la concordia.

[22] Cfr. nota a I, 126.

Marte, pero, antes, honró al dios Cilenio en pago por su revelación, inmolando, junto a su altar, un toro blanco como la nieve. Acto seguido, ordenó arrancar las enseñas y un repentino clamor sacudió el campamento con un bullicio en diferentes lenguas.

Descubre públicamente, Calíope[23], qué pueblos fueron emplazados para el horrible objetivo de atacar el reino de Latino, a qué ciudades de indomables iberos llamó a las armas, qué ejércitos congregó Libia junto a la costa paretonia[24], osando reclamar para sí las riendas de la supremacía mundial y que el universo cambiase de dueño.

Nunca jamás una tempestad desatada por atroces tormentas fue tan cruda, ni siquiera la guerra atroz[25] que vio destrozadas mil naves estalló con tanta violencia ni hizo temblar de pánico al mundo entero.

En primer lugar, portando las enseñas, marchaban los jóvenes de la tiria Cartago, de ágiles miembros y carentes de la insigne distinción que otorga una alta estatura, aunque expertos en el engaño y siempre dispuestos a urdir ocultas asechanzas. Llevaban en aquella ocasión escudo rudimentario y guerreaban con espada corta; iban descalzos y, como de costumbre, sin ceñir su cintura; solían disimular con habilidad la sangre derramada en combate con vestimentas de color rojo. Al frente de ellos iba, resplandeciente de púrpura, el hermano de Aníbal, Magón, descollando por encima del resto, sacudiendo con alegre bullicio su carro y con la misma animosidad en combate que su hermano.

Próximos a la tropa sidonia se desplegaban los batallones de Útica[26], fundada mucho tiempo atrás, antes incluso que la antigua ciudadela de Birsa. A continuación viene Aspis[27], la ciudad

[23] Comienza el catálogo de los ejércitos cartagineses, para el que Silio recurre a la musa de la poesía épica, Calíope. Cfr. D. AUVERLOT (1992), pp. 3-11.

[24] Paretonio es una ciudad del norte de Egipto (hoy *Marsa Labeit*), aunque aquí aparece referido a África en general.

[25] La guerra de Troya.

[26] Colonia tiria fundada trescientos años antes que Cartago. Sobre Birsa, cfr. nota a II, 363.

[27] Aspis o Clipea (modernamente *Kalibia*) debía su nombre a la forma de escudo de la ciudad y había sido fortificada por Agatocles, tirano de Siracusa, en el 310 a.C. Se hallaba cerca de Cartago y Útica.

que bordea la costa con un muro sicanio, con torres dispuestas en curva a la manera de un escudo. Por lo demás, su jefe era Siqueo, sobre quien recaían todas las miradas; hijo de Asdrúbal[28], la sangre de su madre infló su espíritu de vana arrogancia y de su boca engreída sólo se oía el nombre de Aníbal, su tío.

A su lado, el ejército procedente de Berenice[29], ciudad agi-
250 tada por las olas; y no faltaba tampoco la árida Barce de fuentes resecas, armada para la lucha con chuzos pulimentados. También Cirene[30], que llamó a las armas a los pérfidos batíadas, descendientes de Pélope. Están a las órdenes de Ilertes, estimado en otro tiempo por el viejo Amílcar, rápido a la hora de deliberar aunque tardo en actuar.

A continuación enviaban sus tropas tirias Sábrata[31] y la sarrana Leptis, Oea sus colonos trinacrios mezclados con africanos, y de la impetuosa corriente del Lixo venían los guerreros de Tán-
260 ger. Les seguían los contingentes de Vaga y de Hipona, la predilecta de los antiguos reyes; y los de Rúspina, que se mantiene resguardada de la violencia de las olas, los de Zama y los de Tapso, ciudad ahora más prolífica por la sangre de los rútulos. Conduce a todos estos pueblos Anteo[32], gigantesco por su corpulencia y sus armas. Sus hazañas y su nombre recuerdan la

---

[28] Asdrúbal se había casado con la hermana de Aníbal.

[29] Ciudad de la Cirenaica, junto a la Gran Sirte (hoy *Banghazi*). Barce está un poco más al norte (hoy *El Merdscheh*).

[30] Cirene (hoy *Shahhat*) era la capital de la Cirenaica, fundada en el 631 a.C. por Bato, personaje procedente del Peloponeso (de ahí la mención a Pélope). A diferencia del fundador Bato, sus sucesores pasaban por ser hombres traidores y crueles.

[31] Sábrata *(Sabratah)*, Leptis *(Lebda)* y Oea *(Trípoli)* están situadas entre las dos Sirtes. Sarra es el antiguo nombre de Tiro, por lo que sarrano *equivale* a tirio. Trinacria es Sicilia, llamada así por sus tres promontorios. El río Lixo (hoy *Wadi Al-Khos*) fluye por la Tingitana. Vaga es una ciudad de Numidia, llamada hoy *Bedja*. Hipona (hoy *Bona* o *Annaba*) también está en el actual Túnez. Rúspina (actualmente *Monastir*) está situada al este de Túnez, cerca de Leptis. Zama (hoy *Zamra*) está en el interior. Tapso (la moderna *Dimas*) es célebre por la derrota que César infligió a Pompeyo en el 46 a.C.

[32] Cfr. III, 40. Este Anteo debe de ser descendiente del gigante abatido por Hércules.

fama de Hércules, su erguida cabeza destaca por encima de los ejércitos.

Vinieron también los etíopes, raza bien conocida del Nilo y experimentada en la extracción del imán: son los únicos que saben separar el hierro sin tocar el filón, con sólo acercar la piedra imantada. Con ellos llegaron los nubios[33]; su cuerpo abrasado da prueba de los terribles efectos del sol. No llevan cascos de bronce ni corazas recamadas de hierro, ni tensan el arco: es su costumbre cubrir la cabeza con capas superpuestas de lino y también con lino protegen su costado; suelen disparar picas emponzoñadas de veneno en sus puntas.

Entonces fue la primera vez en que los macas del Cínips aprendieron a montar en el campamento tiendas a la manera de los fenicios. Son hombres de barbas descuidadas que cubren sus espaldas con la piel hirsuta de una cabra y llevan en su mano una cateya[34] arqueada. Por el contrario, los adirmáquidas[35] usan cetra de diversos colores, espada moldeada en forma de hoz, y protegen la pierna izquierda con una canillera. En la mesa son frugales y parcos en comida, el calor de la arena les basta para calentar sus vulgares viandas.

Portaban sus relucientes enseñas también los masilios, llegados de la zona más remota de la tierra, en el recinto sagrado de las Hespérides. Al frente de ellos se hallaba el terrible Boco[36] con sus rizados cabellos cayéndole de la cabeza; había contemplado el sagrado bosque junto al mar y visto crecer entre las hojas los dorados frutos.

También marchabais los gétulos[37], después que trocasteis vuestras cabañas por los campamentos; gente habituada a vivir

[33] Nubia era una región de Etiopía que se corresponde más o menos con la actual Sudán.

[34] Arma arrojadiza provista de una correa para recogerla después de ser lanzada.

[35] Pueblo que habitaba entre la Cirenaica y la costa egipcia. La cetra es un escudo de cuero que utilizaban los pueblos de España y África.

[36] Los masilios habitaban en Numidia. Su cabecilla, Boco, había contemplado las manzanas de Oro que crecían en el jardín de las Hespérides y que, según la tradición, se encontraba en el noroeste de África.

[37] Este pueblo se encontraba en la región que hoy ocupa el Sáhara.

entre manadas de fieras y a hablar a los indomables leones para
290 calmar su furia. No tienen casas, viven en sus carros y acostumbran a trasladarse de un lugar a otro llevando sus errantes penates. Miles de escuadrones de alados pies marchaban hacia el campamento, corceles más veloces que el Euro y adiestrados para obedecer la vara. Lo mismo que el veloz perro de Laconia[38] cuando llena los espesos matorrales con sus ladridos en busca de la presa, o que el sabueso umbro cuando, con ayuda de su olfato, hace salir del sendero a su víctima mientras las asustadizas manadas de presurosos ciervos se lanzan por todas partes. Los guía con el semblante triste y la frente turbada Aquerras, el hermano de Asbité, desaparecida poco antes.

300 Los marmáridas, pueblo de magos, llegaron en masa causando enorme estrépito. Con sus encantamientos cualquier serpiente olvida su veneno, con su contacto incluso las cerastas[39] se recuestan dóciles.

A continuación llegaban los animosos guerreros de Baniura[40], donde el hierro escasea y se contentan con endurecer sus lanzas sobre exigua llama. Ávidos de lucha, provocaban un bullicio terrible con sus lenguas bárbaras. Y también los autóloles[41], fogosa raza de pies ligeros a la que ni un caballo al galope ni un río de torrenciales aguas podrían aventajar, tal es su agilidad. Compiten incluso con los pájaros y, cuando recorren volando el llano, resulta inútil buscar las huellas de sus pisadas.

310 Puede verse en el campamento a aquel pueblo que se alimenta de loto[42], árbol famoso por su jugo y cuyo dulce fruto es enormemente placentero.

Y a los garamantes, que, en el inmenso desierto, temen la rabia de las víboras de negro y abrasador veneno. Cuenta la le-

---

[38] Eran renombrados los perros de Laconia, lo mismo que los sabuesos de Umbría.

[39] Cfr. nota a I, 413.

[40] Pueblo de Tingitana que ocupaba la actual *Fez*.

[41] Pueblo de difícil localización, tal vez ocupaba la parte occidental de Marruecos.

[42] Los lotófagos, tal vez situados en la Cirenaica, era un pueblo fabuloso que, por alimentarse del loto, perdía la memoria.

yenda que, cuando Perseo[43] se llevó la cabeza cortada de la Gorgona, su repugnante sangre cayó sobre Libia, y es por ello que la tierra se inundó de serpientes como las de Medusa. Al frente de estos miles de hombres se encontraba Coaspes, experimentado guerrero nacido en la neritia Meninge[44] que llevaba siempre en su fulgurante diestra la jabalina, su bien conocida arma.

Junto a ellos desfilan los nasamones, pueblo marino capaz de abordar los barcos naufragados y arrancar del mar su presa. Y, con ellos, los que habitan junto a las profundas aguas del lago Tritón[45], de donde surgió, según la leyenda, la virgen guerrera[46] que, tras descubrir el aceite de oliva, lo difundió inmediatamente por toda Libia.

También acude todo el Occidente[47] con sus pueblos situados en el fin del mundo. Delante los cántabros, a quienes no doblegan ni el frío, ni el calor, ni el hambre y que salen triunfantes de cualquier penalidad. Siente este pueblo una extraña inclinación: cuando la pesada vejez les llena de canas, arrebatan al destino los años que han de pasar ya sin combatir y no soportan la vida sin la guerra. Y es que la única razón de su existencia radica en las armas, les repugna vivir en paz.

Llega asimismo, bañado por las lágrimas de la Aurora, el desdichado escudero del oriental Memnón, el astur[48] que, tras

[43] Perseo, hijo de Zeus, cortó la cabeza de la Gorgona Medusa, cuyos cabellos eran serpientes. Mientras Perseo sobrevolaba Libia con las sandalias aladas que Mercurio le había prestado, la sangre de la Gorgona cayó sobre el territorio, plagándolo de serpientes.

[44] Sobre Nérito, cfr. nota a II, 317. La isla de Meninge se encontraba en la costa meridional de la Pequeña Sirte en África (hoy *Djerba*).

[45] Cfr. nota a II, 65.

[46] Minerva. Según la tradición que sigue aquí Silio, la diosa guerrera fue engendrada a partir de la cabeza de su padre Júpiter a orillas del lago Tritón, en Libia, donde introdujo primeramente el cultivo del olivo, su árbol.

[47] Bajo la denominación genérica de Occidente *(vesper)* se alude a los pueblos de la Península Ibérica.

[48] Por una similitud entre ambos nombres, Silio establece como héroe epónimo de los pueblos que habitaban la actual Asturias a Astyr, el escudero de Memnón. Éste, hijo de la Aurora *(Eos)*, fue abatido por Aquiles en Troya y por ello su madre vertió lágrimas que son las gotas de rocío que cubren los campos por la mañana.

alejarse de los límites de su patria, vino a parar al otro extremo del mundo. Montan caballos de poca alzada no muy habituados a combatir, pero saben ir al galope sin tirar al jinete y arrastrar con su dócil cuello un carro a gran velocidad y sin brusquedades. Los dirige Cidno, infatigable a la hora de recorrer las cumbres de los Pirineos en sus cacerías o combatir a distancia arrojando la jabalina maura.

Llegan también los celtas, cuyo nombre está ligado al de los iberos[49]. Sucumbir en combate es para ellos un honor, pero consideran un crimen incinerar el cadáver de un guerrero así abatido. Creen que irán junto a los dioses en el cielo si los buitres hambrientos despedazan su cuerpo tendido.

La rica Galicia[50] envía a sus jóvenes expertos en interpretar las entrañas de las víctimas, el vuelo de las aves y los relámpagos del cielo, ya sea entonando en su propia lengua cantos bárbaros, ya sea regocijándose mientras golpean la tierra con uno y otro pie alternativamente y entrechocan sus ruidosas cetras con ritmo. Así se relajan y reconfortan los hombres, con ello experimentan un placer sagrado. Las mujeres realizan el resto de las tareas: arrojar la semilla en el surco o voltear la tierra con el arado es un síntoma de debilidad para el hombre. Cualquier ocupación que no tenga que ver con la dura profesión de Marte la esposa galaica la afronta incansable. Viriato[51] es quien los dirige, y también a los lusitanos salidos de sus apartados rincones, el joven Viriato cuyo nombre pronto habría de estar asociado a los desastres romanos.

Y no tardaron en tomar las armas los cerretanos[52], en cuyo país acampó en otro tiempo el héroe de Tirinto, y los vascones,

---

[49] Los iberos se fusionaron con los celtas invasores y formaron los celtiberos, que ocupaban la zona nororiental de la Península que más adelante formaría parte de la Tarraconense.

[50] Esta región ya ha aparecido en II, 397.

[51] Silio llama Viriato al cabecilla de los efectivos galaicos y lusitanos para luego aludir al famoso pastor lusitano homónimo que, a mediados del siglo II a.C., se enfrentó a las tropas romanas y murió víctima de una traición.

[52] Cerretania ocupaba más o menos la actual Cataluña, los vascones se corresponden con los vascos. Lérida sería el escenario de la lucha entre César y los pompeyanos en el 49 a.C. Los cóncanos son una tribu cántabra a la que Silio otorga aquí las salvajes costumbres de los masagetas, pueblos escitas.

que no suelen llevar casco. También Lérida, que más tarde conocería la furia dardania, y tú, cóncano, que recuerdas las salvajes costumbres de tus antepasados masagetas bebiendo la sangre que extraes de tus caballos.

Ya ha tomado las armas la fenicia Ibiza[53] y el arévaco, agresivo cuando hay que atacar con la jabalina o con el afilado dardo. Y también llegan los baleares, cuyo padre fundador fue Tlepómeno[54] y Lindos su procedencia, que aportan a la contienda la honda con su volador proyectil. Y los venidos desde el país de Eneo y la etolia Tide[55], que ahora se llaman gravios por deformación de su nombre original, *Graii*. Cartagena[56], fundada por el antiguo Teucro, también ofrece sus guerreros, y la focea Ampurias los suyos; aporta sus jóvenes Tarragona, tierra fértil en vides, sólo superada por el Lieo[57] latino. Entre ellos relucía con el resplandeciente brillo de sus corazas el regimiento edetano[58], procedente de las heladas aguas del Júcar y de la excelsa ciudadela de Játiva, su patria. Játiva, orgullosa de prevalecer sobre las telas de Arabia y de comparar sus hilos con el lino de Pelusio. Presiden estos pueblos Mandonio y el famoso domador de caballos Cesón; su esfuerzo común mantiene el buen orden en los campamentos.

---

[53] Ibiza fue colonizada por los fenicios. Los arévacos ocupaban las actuales provincias de Soria y Segovia.

[54] Hijo de Hércules que fundó en Rodas tres ciudades, Camiro, Yáliso y Lindos. Después de la guerra de Troya, los compañeros de Tlepólemo se establecerían en Iberia, de donde Silio insinúa un origen griego para las Baleares. Durante toda la literatura antigua es muy común la mención de la honda asociada al pueblo balear.

[55] El rey etolio Diomedes, hijo de Tideo y nieto de Eneo, habría fundado en Galicia una ciudad llamada Tide (modernamente *Tuy*) en recuerdo de su padre. Sobre los gravios o grovios, cfr. I, 235.

[56] *Cartago Nova* habría sido fundada por Teucro después que su padre Telamón lo expulsó de Salamina. Ampurias era una colonia de Marsella, a su vez colonia de Focea, en Asia Menor. Eran muy reputados los viñedos de Tarragona.

[57] Sobrenombre de Baco, derivado del carácter «liberador» del vino (gr. λυâιος; lat. *Liber*).

[58] Los edetanos (*Edeta* era la actual Liria) se extendían entre el Ebro y el Júcar *(Sucro)*. Játiva era muy conocida por sus telas. Sobre Pelusio, cfr. nota a III, 25.

En campo abierto Bálaro pasa revista a los escuadrones vetones[59]. En este país, cuando la primavera es apacible y el aire empieza a ser más suave, la manada de yeguas se prepara para
380 secretas cubriciones, y, con la ayuda de la fecunda brisa, conciben misteriosa simiente. Pero su descendencia no vive mucho tiempo: muy pronto estos animales envejecen y, como mucho, pueden llegar a los siete años[60].

Por su parte Úxama[61], ciudad que se yergue sobre muros sármatas, presenta unos caballos no tan ágiles; de ahí que viniera a luchar con corceles de una raza más resistente, de robusto vigor, remisos a soportar las bridas o a obedecer las órdenes del jinete. Los dirige Ríndaco, que lleva un venablo como arma; en sus cascos causan terror las fauces abiertas de una fiera. Pasan el tiempo cazando o bien, como hacían sus ancestros, viven de la violencia y la rapiña.
390 De manera especial brillan las enseñas de la parnasia Cástulo[62]; de Híspalis[63], célebre por el estuario y el flujo y reflujo del mar, y de Lebrija, conocedora del tirso del dios niseo, en la que vivieron los ágiles sátiros y la Ménade que lleva la sagrada piel de cervatillo para realizar de noche los misterios de Lieo.

Carteya[64] provee de armas a los descendientes de Argantonio, quien reinó sobre sus antepasados y fue el más longevo de los hombres; no en vano, sobrepasó los trescientos años en medio de batallas.

---

[59] Pueblo de la Lusitania, al sur de los vacceos y al norte de los carpetanos. Ocupaban las actuales provincias de Zamora, Salamanca, Ávila, Toledo, Cáceres y Badajoz.

[60] La leyenda de las yeguas fecundadas por el viento ya aparece en VIRGILIO (*Geórgicas* III, 271-275).

[61] Ciudad de la Tarraconense, cuya relación con los sármatas (entre Polonia y Ucrania) no aparece en ningún otro lugar. Se trata de la actual *Osma*, en Soria.

[62] Cfr. nota a III, 98.

[63] Sevilla, al estar cerca de la desembocadura del Guadalquivir, experimentaría las mareas del Océano. Silio relaciona el nombre latino de Lebrija *(Nebrissa)* con la piel de cervatillo *(nebris)* que se llevaba en las fiestas de Baco, dios criado en Nisa, lugar seguramente de la India.

[64] Ciudad de la Bética, en la bahía de la actual Algeciras, en *El Rocadillo* (cerca de San Roque). Argantonio, rey de los tartesios, alcanzó una edad muy avanzada.

También toma las armas Tartesos[65], que ve entrar en su
morada a los caballos de Febo, y Munda, que habría de causar a 400
los ítalos una derrota como la de Ematia. Tampoco falta Córdoba, gloria de una tierra rica en oro. Dirigían a éstos guerreros Forco, el de rubios cabellos, y Araurico, infatigable enemigo de los pueblos donde abunda la espiga. Ambos de la misma edad, nacieron junto a la fértil orilla del Betis, con sus riberas cubiertas por la sombra que ofrecen las ramas del árbol de Palas[66].

Tales son las tropas que el jefe sidonio conduce por las llanuras que la polvareda oscurece. Mientras pasa revista a las resplandecientes enseñas de sus ejércitos hasta donde sus ojos le permitían ver, se paseaba triunfante y proyectaba una larga sombra
sobre el suelo. No de otro modo que cuando Neptuno, cada vez 410
que, embridados sus caballos, surca los mares en su carro y se dirige a la remota Tetis, donde descansa Febo, todo el coro de Nereidas sale de sus cuevas y, según la costumbre, compiten a nado sacudiendo sus blancos brazos en las transparentes aguas.

Pero el cartaginés, después de perturbar la paz del mundo, dirigía sus pasos hacia las frondosas cumbres de los Pirineos. Los Pirineos, que desde la prominente altura de sus anubarradas cimas pueden divisar a lo lejos a los iberos separados de los celtas manteniendo para siempre la división entre estos dos vastos
territorios. Estas montañas tomaron el nombre de la hija de 420
Bébrix[67], víctima de su huésped, el Alcida, quien, en el transcurso de sus trabajos, cuando se dirigía a los lejanos campos de Gerión el de triple cuerpo, fue acogido en el palacio del implacable Bébrix y, enajenado por el ardor de Baco, privó a Pirene de su virginidad y convirtió su hermosura en motivo de llanto. Pero fue el dios (si es lícito creerlo), fue el dios, quien causó la muerte

[65] Tartesos se hallaba en la desembocadura del Guadalquivir (entre Huelva y Cádiz), al oeste de la península Ibérica (de ahí que presenciasen la puesta del sol). Munda (hoy *Monda*) era una ciudad de la Bética famosa por la reñida victoria de César sobre los pompeyanos (45 a.C.), victoria comparable a la de Farsalia en Tesalia, región esta a la que los poetas llaman Ematia.

[66] El olivo (el árbol de Palas) es característico de esa parte de Andalucía.

[67] Rey legendario que dio nombre al pueblo que habitaba entre Francia y España, a lo largo de la Galia Narbonense. Sobre Gerión, cfr. I, 276.

de la pobre desdichada. En efecto, después que de la unión engendró una serpiente, temiendo la ira de su padre, abandonó trastornada sus queridos penates. Entonces, sola en una cueva, empezó a lamentar la noche pasada con el Alcida relatando a los sombríos bosques las promesas del héroe, hasta que, entristecida por el amor ingrato de su seductor y extendiendo sus manos para pedir las armas de su huésped, fue despedazada por las fieras. Cuando el héroe de Tirinto regresaba victorioso, bañó con sus lágrimas los desgarrados miembros y palideció, preso de la locura, al reconocer el rostro de la joven que había amado. La voz de Hércules sacudió las cimas de aquellos montes y estremeció las cumbres; con profunda tristeza gritaba el nombre de Pirene y todas las rocas y las guaridas de las fieras con el eco le respondían «Pirene». A continuación, colocó sus restos en una tumba para llorarla por última vez. El tiempo no podrá extinguir esta honrosa ofrenda y, por los siglos de los siglos, estas montañas conservarán tan lamentado nombre.

Ya había atravesado el cartaginés los montes y los tupidos bosques de abetos y sobrepasado los límites del reino de Bébrix. Desde allí se abrió camino con sus armas por entre los inhóspitos campos de los volcas[68] devastándolos ferozmente hasta llegar a marchas forzadas a las inquietantes orillas del caudaloso Ródano. Tiene este río su fuente entre las nevadas rocas de las cumbres alpinas, avanza en dirección a los celtas, extiende su inmensa corriente de espumosas aguas a través del llano y va a morir, presuroso y pleno de ímpetu, en un amplio estuario. Aumenta su caudal cuando se le une el Arar[69] de calladas aguas, casi estancadas. En su vertiginoso curso arrolla a este río tranquilo y lo empuja hacia el mar, arrastrándolo por los campos e impidiendo que lleve su nombre de origen hasta la costa cercana.

Los guerreros se lanzan animosos a un río que difícilmente tolera los puentes. Algunos protegen sus armas colocándolas en lo alto de su cabeza y su nuca, otros intentan luchar contra la corriente con sus poderosos brazos. Los caballos, atados, pasaron el río en balsas, y el

[68] Pueblo que ocupaba el Languedoc francés.

[69] Actual río *Saona*, que pierde su nombre cuando se une al Ródano.

temor de las bestias libias[70] no demoró el cruce del río: determinaron cubrir el agua con maderos atados sobre los que echaron una capa de tierra para luego conducir a los elefantes hasta la mitad del río, soltando poco a poco las cuerdas situadas en el dique de la orilla[71]. Pero el Ródano, sobresaltado ante la irrupción entre bramidos de la manada y temiendo su imponente volumen, lanzó gritos amenazadores removiendo sus aguas desde las arenosas profundidades.

Ya el ejército se mueve en tierras de los tricastinos[72], ya recorren los campos voconcios, llanuras transitables. Aquí el Druencia, revuelto por los troncos y las piedras, perturbó la marcha hasta entonces exitosa de Aníbal. Y es que este río, que nace en los Alpes, arrastra con gran estrépito los alisos que arranca y los fragmentos desgajados de los montes y discurre con rumorosas aguas; su curso cambiante hace inseguras las zonas vadeables. Es poco fiable para la infantería y no adecuado para grandes embarcaciones. En aquella ocasión, después de copiosas lluvias, arrastró a numerosos guerreros con sus armas volteándolos en la espumosa superficie hasta sumir en las profundidades sus cuerpos mutilados y desgarrados.

Pero, al ver de cerca los Alpes, borraron ya el recuerdo de tantas calamidades pasadas para sufrir otras nuevas. Allí todo está cubierto siempre de nieve y blanco granizo que conserva el hielo durante tanto tiempo acumulado. La escarpada cara de estas montañas se eleva hasta el cielo, yerta por el frío, y ni siquiera el naciente Febo puede calentar con sus rayos la endurecida escarcha. Como el abismo que divide el pálido reino del Tártaro de la superficie de la tierra y se extiende hasta los profundos manes y las negruzcas aguas de la laguna, así también la tierra se elevaba por los aires hasta tapar el cielo con su sombra. Jamás llega hasta allí la primavera, jamás hay lugar para el placentero verano: el único que mora en aquellas terribles cumbres, velando perpetuamente por aquellos parajes, es el crudo invierno, que de todas partes lleva hasta allí negros nubarrones y lluvia mezclada con granizo. Todos los vientos y ventiscas habían instalado ya su feroz

[70] Los elefantes.

[71] El relato de este episodio en Livio (*AVC* 21.28.5) es muy similar.

[72] Los tricastinos se hallaban en torno a St. Paul-Châteaux, los voconcios habitaban entre Drôme y el río Druencia (actual *Durance*).

reino en la región alpina. La vista se cegaba en medio de estas elevadas rocas, las montañas se perdían en las nubes.

Superponiendo el Atos[73] al Tauro, el Ródope al Mimante, el Ossa al Pelión o el Otris al Hemo, no los igualarían en altura. El héroe de Tirinto fue el primero que accedió a estas cumbres nunca antes franqueadas. Los dioses pudieron observarlo rasgando las nubes, traspasando las escabrosas montañas y domeñando con todo su ímpetu aquellas rocas jamás holladas desde el origen del mundo y durante tantos siglos.

Los soldados avanzaban con paso lento e inseguro, como si llevaran armas sacrílegas por todo el mundo hasta unos confines sagrados, sin el permiso de la naturaleza y oponiéndose a la voluntad de los dioses. Sin embargo su jefe, a quien no asustan ni los Alpes ni ese espantoso paraje, alienta sus corazones decaídos por la tristeza y reaviva sus fuerzas: «¿No os da vergüenza desfallecer ante el favor de los dioses y ante el éxito? ¿No os da vergüenza, después de tantas glorias militares, dar la espalda a unas montañas nevadas y arrojar indolentes las armas ante unos peñascos? Ahora, compañeros, ahora pensad que estáis escalando las murallas de la soberana Roma y la empinada colina de Júpiter[74]. Esta empresa, ésta y no otra, nos entregará Ausonia y el Tíber rendidos».

Y, sin demora, condujo montaña arriba a su ejército entusiasmado ante tan suculentas promesas; ordenó que no siguieran las huellas dejadas por el gran Hércules, que anduvieran por lugares fragosos y que cada batallón marchara por su propia senda. Abrió caminos nunca antes pisados, fue el primero en franquear tan escarpadas cimas y, desde lo alto de las rocas, animaba a sus tropas. Luego, donde la pendiente cubierta de nieve de la colina se endurecía con una capa de hielo solidificado y el sendero resultaba resbaladizo y poco fiable, empezó a clavar su espada en el resistente témpano. La nieve derretida abrió una sima que engulló a los soldados y, precipitándose desde las cumbres, sepultó a los escuadrones bajo una avalancha.

[73] Silio recurre a montañas cuya altitud es proverbial en la literatura antigua, como el Atos macedonio, el Tauro en Asia Menor, el Ródope tracio, el Mimante en Jonia, los tesalios Osa, Pelión y Otris y el tracio Hemo.

[74] El Capitolio.

A veces el horrible Cauro[75] lanza con sus sombrías alas copos de nieve que, dando vueltas, impactan en pleno rostro, o, silbando en mitad de una terrible tormenta, despoja a los guerreros de sus armas: las hace girar en espiral y, con sus remolinos, las voltea por los aires hasta las nubes. Cuanto más se acercan a la cúspide y más se esfuerzan en escalar y remontarse, tanto más se acrecienta su fatiga. Agotados, observan que, tras coronar una cima escarpada, aparece otra; desde lo alto no quieren ni ver lo que ya han subido con denodado esfuerzo y sudor: tanto pánico les causa el examinar con sus ojos el llano que lo más lejos que su vista alcanza es un paisaje blanco de nieve. Es así como en mitad del océano el marinero, cuando ha abandonado su tierra querida y no hay viento alguno que azote las velas, sereno el mástil, divisa a lo lejos la inmensidad del mar y, cansado, mira al cielo para sosegar sus ojos que no soportan ya la contemplación de las profundas aguas.

Después de tantas calamidades y tantas escabrosidades del terreno, surgen de entre las rocas seres medio salvajes de aspecto horrible, con la cabellera tiesa por la suciedad y la mugre de tantos años. La muchedumbre de nativos de los Alpes sale de las huecas cavernas excavadas en la roca y ataca con su acostumbrado vigor a través de las zarzas, de la nieve que tan bien conocen y de lugares intransitables. Rodean al enemigo acorralándolo con rápidas carreras a lo largo de las montañas. Inmediatamente cambia el aspecto del lugar: aquí, la nieve se torna roja al mancharse de sangre; allá, el hielo, tan difícil de fundir, se derrite poco a poco al contacto de la sangre tibia. El caballo, cuando pisa el suelo con sus duros cascos, queda clavado con la pezuña hundida en la nieve. Y las caídas no son el único peligro; algunos dejan atrás miembros cercenados por el hielo, el frío insoportable corta las extremidades previamente fracturadas. Después de doce días y otras tantas insufribles noches soportando las heridas, coronaron la ansiada cima y colgaron sus campamentos en la pendiente de aquellas abruptas rocas.

Venus, por su parte, con la mente abatida por el temor y la duda, deshaciéndose en tristes lamentos, habló a su padre: «¿Cuál va a ser, te pregunto, el fin de los sufrimientos y del exterminio

[75] Cfr. nota a I, 469.

de los Enéadas? ¿Cuándo les permitirás el descanso después de recorrer tantas tierras y tantos mares? ¿Por qué pretende el cartaginés expulsar a nuestros descendientes de una ciudad que tú les concediste? Aníbal ha instalado Libia en los Alpes y amenaza con poner fin a nuestra supremacía. Roma teme ya el mismo destino de Sagunto. Señala un lugar, padre, al que podamos trasladar las postreras cenizas de Troya, sagradas reliquias, y el lar de Asáraco[76], y los misterios del culto a Vesta[77]. Señala un lugar donde puedan descansar seguros. ¿No basta con que hayan vagado por todo el mundo en busca de un lugar de asilo? ¿Es que se va a repetir el destino de Pérgamo con la conquista de Roma?».

Así habló Venus. Su padre le contestó seguidamente con estas palabras: «No tengas temor, Citerea[78], ni te alarmes ante los propósitos del pueblo tirio. Tus descendientes ocupan todavía las alturas tarpeyas y las ocuparán por mucho tiempo. Mi intención es contemplar a estos guerreros en un conflicto de tan grandes dimensiones y examinarlos en combate. Esta raza curtida en las armas, que disfruta venciendo las penalidades, poco a poco va degenerando de las antiguas virtudes de sus antepasados. Y aquel pueblo, sangre de nuestra sangre, que jamás escatimó el derramamiento de sangre con tal de alcanzar la gloria, siempre sediento de fama, malgasta el tiempo escondido y sin actuar, dejando pasar su vida en silencio y sin gloria, mientras el valor se deja vencer y declina poco a poco por culpa del dulce veneno de la desidia. Reclamar para sí solos el dominio sobre tantas naciones resulta una empresa ingente que necesita de ímprobos esfuerzos. Vendrá un tiempo (tú serás testigo) en que la poderosísima Roma será más conocida por sus calamidades. Entonces, tales trabajos glorificarán nombres nada indignos de

[76] Asáraco era rey de Troya, hijo de Tros, padre de Capys, abuelo de Anquises y bisabuelo de Eneas. A su vez, Asáraco era bisnieto de Dárdano, cuyo padre era Júpiter. De ahí que los romanos, como descendientes de Eneas, se remontaban hasta Júpiter.

[77] El fuego consagrado a Vesta que Eneas llevó desde Troya hasta Roma. Pérgamo es la ciudadela de Troya (cfr. I, 47).

[78] Apenas Venus salió de las olas del mar, fue llevada hasta la isla de Citera (hoy *Cerigo*).

nuestra región celestial. Allí podrás ver a Paulo, allí estará Fabio y estará mi querido Marcelo[79], que tantos despojos me ofrecerá. A través de sus heridas engendrarán un imperio tan grande para el Lacio que sus hijos no podrán destruirlo pese al lujo excesivo y la degeneración. Ya ha nacido quien eche del Lacio al cartaginés y lo haga volver a su patria, privándole de sus armas ante las mismas murallas de su querida Cartago. Desde ese momento, Citerea, los tuyos gobernarán por un largo tiempo. Luego, un prodigio divino procedente de Cures[80] subirá hasta las estrellas y una raza belicosa crecida en la Sabina rica en olivos engrandecerá el nombre de los divinos Julios. El padre de esta dinastía facilitará la victoria sobre la desconocida Tule, llevará por vez primera los ejércitos hasta los bosques de Caledonia, retendrá a los pueblos del Rin en sus riberas, dominará sin desfallecer a los africanos y, ya anciano, tras una guerra, someterá Idumea, tierra rica en palmeras. Y no ocupará la laguna Estigia y el reino privado de la luz, sino la morada de los dioses donde recibirá nuestros mismos honores.

»Luego, un joven[81] que descollará por su enorme fortaleza mental, asumirá el peso del imperio de manos de su padre y se elevará hasta que su cabeza se iguale a su poder. Aún en la flor de su edad pondrá fin a la terrible guerra contra el pueblo palestino.

»En cuanto a ti, Germánico[82], superarás las hazañas de tu familia: ya de niño serás temido por los bátavos[83] de dorados cabellos. No te asustará el fuego del templo tarpeyo, sino que te

[79] Júpiter nombra a los generales que en el desarrollo de la guerra encarnarán las virtudes romanas.

[80] Silio exalta la gloria de la dinastía flavia: Vespasiano nació en la ciudad sabina de Cures y dominará sobre Tule (seguramente Islandia), Caledonia (Escocia), Germania y África. Finalmente, someterá Judea (denominada aquí Idumea, que propiamente designa la zona meridional de Palestina).

[81] El joven en cuestión es Tito, hijo y sucesor de Vespasiano, y hermano y predecesor de Domiciano, que será emperador entre el 79 y el 81 d.C.

[82] Título que Domiciano (emperador entre el 81 y el 96) se otorgó a sí mismo como consecuencia de sus campañas contra los catos junto al Rin. Cfr. W. C. McDermott y A. E. Orentzel (1977), pp. 24-54.

[83] Pueblo que ocupaba la actual Holanda. Domiciano fue testigo del incendio en el Capitolio (69 d.C.). Sus campañas en el este (que curiosamente no se ajustan a la realidad histórica) quedan reflejadas con la alusión al Ganges y a los bactrianos (que habitarían la actual Afganistán).

salvarás de entre esas sacrílegas llamas para el bien de la tierra, pues aún queda lejano el día en que compartas con nosotros el poder en este nuestro reino. Ante él entregarán las tropas del Ganges sus arcos distendidos y los de Bactra mostrarán sus aljabas vacías. Será él quien, llegado desde el polo Ártico, paseará su carro por toda la Ciudad y triunfará también sobre los pueblos del Este, superando a Baco. Victorioso contendrá en sus límites sármatas a los pueblos del Istro[84], que niegan el paso a las enseñas dardanias. Y, aún más, superará con sus virtudes oratorias a los descendientes de Rómulo y su elocuencia le proporcionará la gloria. Las Musas le otorgarán los honores que le corresponden
620 y la música de su lira embelesará a Febo con mayor encanto que la de aquel que detuvo las aguas del Hebro y atrajo al Ródope[85]. También él será quien erija un Capitolio de oro[86] en aquella roca tarpeya desde la que puedes ver mi antiguo palacio, y el techo de este templo se confundirá con el cielo que habitamos.

»Entonces, hijo de los dioses que habrás de engendrar otros dioses[87], gobierna felizmente la tierra con autoridad paternal. El cielo te acogerá muy tarde en su seno; ya muy anciano, Quirino[88] te hará sitio en su trono y te sentará entre tu padre y tu hermano; a tu lado brillarán las radiantes sienes de tu hijo celestial».

630 Al tiempo que Júpiter revela la cadena de acontecimientos futuros, el jefe agenóreo bajaba de las escabrosas alturas y, con vacilante afán, intentaba afianzar sus pies, pues, pisando piedras mojadas, resbalaban por aquel declive intransitable. Y no era un ejército enemigo el que lo detenía: lo incomodaban el precipicio con su amenazante escabrosidad y las rocas que le salían al paso. Todos permanecían quietos, como acorralados, y se lamentaban de los obstáculos y las dificultades del camino; ni siquiera con el sueño podían recuperarse

---

[84] El Danubio y los pueblos que habitaban junto a sus riberas. La campaña de Domiciano contra los dacios y los sármatas parece datar del 92 o, tal vez, 93 d.C.

[85] Orfeo, aedo tracio que detenía el curso de los ríos y movía las montañas. Domiciano escribió un poema épico del que no se conserva nada.

[86] Domiciano concluyó en el 82 d.C. la reconstrucción del Capitolio que se incendió en el año 69.

[87] Domiciano tuvo un hijo que murió a temprana edad.

[88] Nombre de Rómulo divinizado.

sus entumecidos miembros: que hasta de noche trabajaban cargando una y otra vez sobre sus espaldas los robles y alisos arrancados del monte. Después que despoblaron aquellos riscos de tan espeso boscaje, apilaron los troncos. Las llamas se apoderaron de los contornos del roquedal y lo calcinaron en un momento. Seguidamente, derribada por el hacha, la masa descompuesta soltó un gemido y, cayendo por su propio peso, descubrió a los extenuados guerreros el reino del viejo Latino[89]. Después de tantos padecimientos, por fin el jefe cruzó los Alpes hasta entonces infranqueables e instaló sus tiendas en las llanuras de los taurinos[90].

Mientras esto sucedía, llegó Bostar, satisfecho después de atravesar los desiertos de los garamantes; traía la respuesta del oráculo de Júpiter y alentaba los ánimos como si hubiese visto al mismísimo Tonante: «Oh, tú, el más grande de los belidas[91], que con tu brazo alejas la esclavitud de las murallas de nuestra patria; hemos penetrado hasta los altares de Libia. La Sirte, cuyas olas salpican hasta las estrellas, nos condujo junto a los dioses; la tierra, más impetuosa que el mar, casi nos engulle. Desde el centro del mundo hasta los límites del cielo se extienden unas llanuras estériles. La naturaleza no concedió elevación alguna en estos vastos espacios, a no ser la que forma el torbellino con sus nubes en espiral, cuando proyecta la arena concentrada y la acumula o cuando irrumpen salvajemente en la llanura donde tendrá lugar la lucha el Ábrego[92], que devasta la tierra después de romper sus cadenas, o el Cauro, que rocía el aire con el agua del mar. Soplando alternativamente, levantan una polvareda que se aglomera formando dunas.

»Atravesamos estos valles orientándonos por las estrellas, pues de día se confunde el camino, y la Cinosura[93], en la que tanto confían los marineros sidonios, guía al caminante que vaga por estos enormes desiertos y cree verse siempre en medio del llano.

---

[89] Cfr. Tito Livio *AVC* 21, 36 y 37.

[90] Pueblo galo que habitaba en los Alpes, en los alrededores de Turín.

[91] Aníbal. Cfr. nota a I, 73.

[92] Viento del sudoeste que sopla desde África, de donde su nombre *Africus*. Sobre el Cauro, cfr. I, 469.

[93] Literalmente, «el rabo del perro», nombre griego de la Osa Menor.

»Pero, una vez que, extenuados, llegamos a los frondosos dominios de Júpiter cornígero[94], a sus bosques sagrados y sus refulgentes templos, Arisbas nos acogió bajo la hospitalidad de su techo. Junto al templo, suceso extraño y digno de mención, había una fuente que, al amanecer y al atardecer, vierte agua caliente, y, en cambio, helada cuando el sol de mediodía abrasa el Olimpo, y esa misma agua vuelve nuevamente a hervir en la oscuridad de la noche.

»Entonces el anciano nos mostró aquel lugar, campos fértiles sin necesidad del arado, pues el dios lo llena con su presencia, y a continuación dijo con agrado: "Honra con tu plegaria, Bostar, estos sombríos bosques, estas copas que se elevan hasta el cielo, estos sagrados recintos que Júpiter pisa. Pues ¿quién en el mundo no sabe del regalo de Júpiter, las dos palomas que se posaron en medio de Tebas?[95] La una guiada por sus alas hasta la tierra de Caonia[96], impregna con su profético murmullo la encina de Dodona. En cuanto a la otra, el ave citerea que atravesó el aire en dirección a Libia sobrevolando el mar de Cárpatos[97], con sus alas del mismo color que la nieve[98], fijó este lugar como sede de su templo. Aquí, donde ahora ves el altar y los sombríos bosques, ella eligió (maravilla digna de mención) un jefe para la manada y, posándose entre los cuernos de su lanosa cabeza, revelaba las respuestas del dios a los pueblos marmári-

[94] Júpiter Amón. Cfr. I, 415.

[95] Son varias las ciudades que poseen este nombre (en Egipto, en Misia, en Cilicia, en Beocia). La historia acerca de la paloma que salió del seno de Tebas para posarse en el bosque en que debía construirse el santuario de Júpiter Amón aparece ya en HERODOTO (II, 55). Sin embargo, éste se refiere a la Tebas de Egipto, mientras que Silio alude a la Tebas griega (cfr. v. 681).

[96] Región noroccidental del Epiro (en la actual Albania), donde estaba situada la ciudad de Dodona, en cuyos bosques se encontraba el más antiguo oráculo de Grecia (cfr. Herodoto, II, 52, 5). Sobre una encina, Júpiter anunciaba el futuro sacudiendo las hojas.

[97] Cárpatos es una isla del mar Egeo situada entre Rodas y Creta (hoy *Scarpanto*). La paloma es el ave de Venus, de donde *citerea*.

[98] El pasaje es complicado. Pese a que Herodoto habla de palomas negras que coincidirán con el color atezado de los africanos (y de ahí los autores que han conjeturado *piceis*), los manuscritos ofrecen *niveis*, que es la lectura por la que finalmente nos hemos decantado.

cos[99]. Justo después creció repentinamente un bosque, un recinto sagrado lleno de robles añosos. Las encinas que ahora tocan las estrellas ya eran así de altas el primer día. Estos árboles son venerados desde entonces con un profundo temor religioso y sus altares humean sin interrupción".

»Mientras admirábamos este espectáculo, se abrieron de pronto las puertas con tremendo estrépito y una luz muy intensa hirió repentinamente nuestra vista. Junto al altar se hallaba el sacerdote, radiante con sus vestiduras blancas como la nieve; la gente porfiaba en aproximarse. Una vez expuse el mensaje que se me había encomendado, inmediatamente el espíritu del dios se adueñó del adivino. Al chocar los troncos entre sí, se dejó oír un profundo ruido que resonó en todo el recinto y una voz más alta que cualquier otra conocida estalló en el aire: "Libios, marcháis contra el Lacio y os disponéis a hacer la guerra contra los descendientes de Asáraco[100]. Veo una empresa difícil, al inexorable Gradivo montado ya en su carro, con sus enfurecidos caballos vomitando llamas negras contra la tierra de Hesperia y sus riendas chorreando abundante sangre.

»Tú que quieres averiguar el desenlace de la lucha y el resultado final, tú que despliegas fiero tus velas en busca de una hazaña insigne, invade la llanura yapigia del jefe etolio[101]. Engrandecerás a tus antepasados sidonios y no permitirás que nadie cale más hondamente en el corazón de la raza ausonia, hasta que el reino dardanio se estremezca rendido a tus pies. La juventud saturnia no dejará de azorarse mientras Aníbal respire el aire de este mundo"».

Tal fue el oráculo que Bostar llevaba a los alegres soldados cuyos corazones ya deseaban la guerra inminente.

[99] Cfr. nota a II, 165.

[100] Cfr. nota a III, 566.

[101] Diomedes, rey de Etolia, fundó en Apulia la ciudad de Argiripa (posteriormente Arpi) al volver de Troya. Yapigia es una comparca de Apulia. La llanura yapigia es donde tendrá lugar la batalla de Cannas.

Libro IV

Entre las alarmadas ciudades de Ausonia la Fama hace saber que los tempestuosos montes cuyas rocas desafían al cielo han sido subyugados, que los cartagineses han atravesado aquellos parajes infranqueables y que su general, orgulloso de una hazaña émula de los trabajos de Hércules, ha descendido hasta el llano. La incontenible diosa revela esta terrible insurrección, aligera sus pasos y, más veloz que el alado Euro, estremece las consternadas ciudades con terroríficos rumores. Exagera la noticia el pavor que suele alimentar las habladurías de la chusma con vanas falsedades. De forma atropellada se procede a los angustiosos preparativos de la guerra; de pronto resuena Marte por Ausonia entera pidiendo armas y guerreros. Ponen a punto sus jabalinas, devuelven al hierro su temido brillo eliminando la herrumbre, avían de nuevo sus cascos, tanto tiempo guardados, adornándolos con su cimera blanca como la nieve. Se asegura la lanza con el amiento, vuelven a forjar hachas en el fuego. Como protección impenetrable para el costado, se ensambla una coraza que habrá de recibir muchos golpes e infructuosas heridas. Algunos pasan la noche restaurando su arco, otros doman sus jadeantes corceles obligándolos con el látigo a dar vueltas; los hay que afilan sus espadas con una piedra. Tampoco se demoran en reparar los muros que el tiempo ha deteriorado; transportan piedras y retocan las huecas torres que el paso de los años ha corroído.

Llevan armas hasta las ciudadelas, se afanan en traer de los bosques maderos para reforzar las puertas y en colocar trancas

resistentes; alrededor construyen fosos. El miedo, instigador nada indolente, todo lo precipita, reina el azoramiento en las extensas llanuras. Todos abandonan sus casas y sobrecogidos de espanto llevan sobre sus hombros a sus madres enfermas, arrastran a los ancianos que van concluyendo el hilo de su existencia. Ante ellos, con los cabellos sueltos, avanza la esposa llevando en cada mano a sus hijos pequeños que apenas pueden seguirla. Así marcha el pueblo; el miedo se transmite sin preguntarse la causa.

En cambio, los senadores, aunque temen tan monstruosos planes y una guerra dentro de su territorio, decepcionados al ver atravesados los rocosos Alpes, avivan su resuelto ánimo ante la adversidad y elevan su moral. Les estimula alcanzar la gloria haciendo frente a los peligros y labrarse con la fuerza de su brazo un nombre memorable como el que jamás la Fortuna ha otorgado en tiempos de prosperidad.

Pero el jefe libio cuida de sus ejércitos al amparo de su campamento, cansados de caminar y con los nervios ateridos por el frío intenso. A modo de consuelo, para alegrarlos les hace ver que el trayecto que queda hasta la ciudad se extiende en campo abierto y que Roma está ya a su alcance. Sin embargo, no admite que se abandonen las preocupaciones y los planes de guerra, ni puede él solo soportar la inacción.

Antaño, en un tiempo muy lejano, unos pueblos armados invadieron las ricas tierras ausonias y sembraron el pánico con su violencia[1]. Al instante la sacrílega guerra afectó al padre Tarpeyo y a los Quirites[2] prisioneros. Mientras Aníbal intentaba ganarse con dádivas a estos mismos pueblos de corazón mudable y disolutas costumbres y los incitaba a formar parte de su ejército, el cónsul Escipión volvía de tierras foceas[3], después de recorrer la costa con sus presurosas naves.

---

[1] Se trata de la invasión de los galos senones en el 390 a.C. Cfr. II, 33.

[2] Propiamente, los Quirites eran sabinos procedentes de Cures que se establecieron en el Quirinal y que, al unirse con los romanos, dieron su nombre a los ciudadanos de Roma. Por extensión, designa a los ciudadanos de Roma.

[3] Marsella había sido fundada por colonos de Focea (Asia Menor). Escipión regresó de Marsella en cuanto supo que Aníbal había atravesado los Alpes.

Se trataba de dos generales imponentes que, después de experimentar distintas calamidades tanto por tierra como por mar, acercaban sus campamentos para un peligro inminente: se percibía el principio de un gran desastre. En efecto, tan pronto como la Fortuna no aguantó más el retraso, después que llegó el cónsul y los campamentos se reunieron frente a frente, ambos ejércitos se inflamaban ante la vista del enemigo y reclamaban la señal para el furibundo combate. El jefe tirio decía con voz poderosa a sus numerosas tropas, que habían conquistado todo el territorio que recibe el nombre de Iberia, que ni los Pirineos ni el impetuoso Ródano se habían negado a obedecerles; que la rútula Sagunto era ya solamente humo; que habían abierto un camino a través de los celtas y que, allí donde el Anfitriónida a duras penas pudo poner el pie, las tropas cartaginesas habían pasado con las armas; que su caballería había atravesado escabrosas montañas y saltado encima de las cumbres; que los Alpes habían retumbado con los relinchos. 60

Por su parte, el cónsul incitaba a los suyos a gloriosos peligros: «Soldados, vuestros enemigos están extenuados y abrasados por los escollos cubiertos de nieve; a duras penas pueden arrastrar sus entumecidos miembros. Pues bien, ellos que han cruzado unos montes sagrados y unas profundas simas, que aprendan cuánto más alta se yergue nuestra empalizada que las montañas de Hércules[4], que comprueben si es más difícil escalar unas colinas o romper nuestras compactas filas. Que se jacten de sus vanos intentos, con tal de que, tras una gran batalla, tengan que volver corriendo por donde han venido y los Alpes se conviertan en un obstáculo. Los dioses los han conducido hasta aquí a través de escabrosas montañas para que rieguen con su sangre nuestro territorio, para que un suelo hostil sepulte sus huesos. Me gustaría saber si esta Cartago es nueva, si es otra diferente la que nos empuja a la guerra, o si es la misma que, sumergida bajo las olas, reposa en el inmenso mar junto a las Egates»[5]. 70 80

[4] Los Alpes.

[5] Acontecimiento que puso fin a la Primera Guerra Púnica. Cfr. nota a I, 35.

Así habló, y, sin más, condujo su ejército hacia la corriente del Tesino[6]. El transparente Tesino conserva sus aguas cerúleas que no se enturbian al removerse su fondo poco profundo y arrastra lentamente su cristalina corriente de verdoso caudal. Apenas puede percibirse su movimiento: tan dulcemente discurre a lo largo de sus sombrías riberas, compitiendo con los melodiosos cantos de los pájaros y arrastrando su soñoliento curso que fluye reluciente.

Ya la noche llegaba a su final, las sombras se marchaban dando paso a la luz y el Sueño consumaba su tiempo. El cónsul se disponía a explorar el terreno, las características de la colina contigua y la naturaleza del llano. Idéntico afán ocupaba el corazón del cartaginés e idénticas preocupaciones. Se hallaban, por tanto, muy cerca el uno del otro, escoltados por sus veloces escuadrones de caballería.

Pero, cuando la polvareda levantada anunció que el enemigo se ponía en marcha, cuando la tierra comenzó a rechinar cada vez más fuerte con los sonoros cascos de los caballos y sus agudos relinchos estallaron sin dejar oír a las trompetas, ambos jefes apremiaron de esta manera: «A las armas, soldados, rápido, coged las armas». Ambos manifiestan el mismo impetuoso valor, idénticas ansias de gloria y una pasión semejante por los combates de Marte.

No hay lugar para el descanso: ya el único espacio que les separaba para enfrentarse era el que alcanza una pica impulsada por el amiento, cuando, de pronto, un prodigio en el cielo sereno y sin nubes hizo volver sus pensamientos y sus miradas hacia las estrellas. Un halcón procedente de la región media del sol[7] acosaba con violencia a las aves queridas por Venus y conocidas por el culto a Dione[8], y, ya con las garras, ya con su pico, ya golpeándolas fuertemente con las alas, había matado quince después de herirlas brutalmente; y no acababa de saciarse, sino que su sed

[6] Río del norte de Italia, afluente del Po y escenario de la primera gran victoria de Aníbal en Italia.

[7] Esto es, del sur, precisamente la dirección en que se encuentra Cartago.

[8] Las palomas son las aves predilectas de Venus. Dione es la madre de Venus (Homero, *Ilíada* V, 370).

de sangre fresca iba en aumento y perseguía otra paloma azorada ya por la matanza de las anteriores y sin saber, alicaída, por dónde escapar, hasta que, apareciendo por donde sale Febo, el ave de Júpiter la obligó a huir definitivamente hacia las sutiles nubes. Luego, victoriosa y ufana, dirigió su vuelo hacia las enseñas romanas, al lugar en que el hijo del cónsul, Escipión[9], blandía con sus juveniles brazos relucientes armas; graznó dos o tres veces y, tras rozar con su pico la cimera de su resplandeciente casco, volvió a las estrellas.

Entonces Líger, experto en descifrar las señales de los dioses y adivinar el futuro mediante la observación del vuelo de las aves, exclamó: «Cartaginés, lo mismo que esta ave atrevida, durante dos veces ocho años[10] hostigarás en suelo itálico a los jóvenes guerreros ausonios, lo que te reportará un abundante botín después de derramar mucha sangre. Pero refrena tus amenazas: he aquí que el águila portadora de las armas de Júpiter te niega el reino de Dauno. Te conozco bien, oh, tú, el más grande de los dioses. Asístenos, padre, y confirma el presagio de tu ave. Pues a ti, muchacho (a menos que el vuelo de esta águila nada signifique y confunda a los dioses), te está reservado cumplir el destino de Libia conquistada y procurarte un nombre[11] mayor que el de Cartago».

En el otro bando, Bogo predice buenos augurios al rey tirio: el halcón es un presagio favorable y las palomas exterminadas en las nubes pronostican una calamidad para los Enéadas y la raza de Venus[12]. Acto seguido, como impulsado por la divinidad y sabedor del destino, acompaña sus palabras arrojando el primero su lanza contra el enemigo. El proyectil se alejó por los aires de la extensa llanura y la distancia recorrida habría aminorado su fuerza de no ser porque Cato, en su intento por conseguir la gloria en el primer combate, dirigió su montura a galope tendido a

[9] P. Cornelio Escipión el Africano, posterior vencedor de Aníbal.

[10] 16 era el número de palomas abatidas. El ave de Júpiter (el águila) representa a Escipión.

[11] El sobrenombre de *Africano*.

[12] La matanza de las palomas, ave de Venus, augura el desastre de los romanos, el pueblo que la diosa protege.

su encuentro. De este modo la lanza, sin fuerza y ya cayendo, dio con la herida que buscaba y, al brindarse el enemigo a la muerte, se incrustó en mitad de la frente que se le ofrecía.

Los ejércitos se lanzan al ataque[13] y, en medio del enorme estruendo que se apodera de la llanura, todos los jinetes tiran de las bridas haciendo que sus corceles se encabriten en el aire; de un impulso los lanzan adelante. Los animales avanzan erguidos en el aire y, como una arrebatadora tormenta, vuelan por el campo abierto sin dejar apenas una leve huella entre tanta polvareda. Antes que ningún otro, el raudo escuadrón de boyos[14], al mando de Crixo, arremete contra las primeras líneas romanas oponiendo sus gigantescos cuerpos. El propio Crixo, orgulloso de sus antepasados, hacía remontar sus orígenes hasta Breno y, entre sus timbres de gloria, destacaba la toma del Capitolio[15]. Llevaba el insensato grabado en su escudo a los celtas pesando el oro en las sagradas cumbres del monte Tarpeyo. Su cuello blanco como la leche relucía con un collar de oro; de oro llevaba bordados sus vestidos, de oro ribeteados los puños y del mismo metal resplandecía el crestón.

Tras una tremenda colisión cae abatida en primer lugar la falange camertina[16] y la compacta oleada de boyos avanza entre la enorme profusión de armas; a esta tropa de aliados se unen los infames[17] senones. Al chocar contra el pecho de los caballos, los cuerpos de los soldados ruedan por toda la llanura. Los campos se anegan, la gran cantidad de sangre de guerreros y animales borra las huellas de los belicosos escuadrones sobre la tierra resbaladiza. Los cascos con su peso acaban rematando a los moribundos; chapoteando aquí y allá, salpican el suelo de un repugnante y sanguinolento rocío, bañando en su propia sangre el rostro de los desdichados.

---

[13] Sobre *Punica* IV, 143-188 y su relación con *Eneida* XI, 597-647, cfr. J. LORENZO (1978), pp. 201-216.

[14] Pueblo de la Galia Cisalpina sometido por Roma en el 224 a.C. Se sublevó aliándose con Aníbal.

[15] Cfr. nota a I, 622.

[16] Pueblo de Umbría cuya capital era Camerinum (hoy *Camerino*).

[17] Así llamados por el desagradable recuerdo que para los romanos suponía la toma de la Ciudad en el 390 a.C.

Eres tú, joven Tirreno[18], el primero que caes tiñendo de tu purpúrea sangre la pica vencedora del altivo Peloro. Mientras insuflabas ánimos con tu trompeta, inflamabas los corazones para el combate y con tu toque devolvías a los guerreros al ataque, la lanza de aquel bárbaro se incrustó en tu jadeante garganta; la herida mortal frenó el ronco tañido. Pero el sonido que salía de la boca del moribundo recorrió el corvo clarín aunque sus labios ya estaban mudos. Crixo mató a Picente y a Lauro, y no desde lejos: a Lauro con su espada, a Picente le dio muerte con una lanza pulida arrancada de las orillas del Po; cuando Picente buscaba un lugar apartado y pretendía esquivar a su rival con un giro a la izquierda, la lanza se clavó en su muslo y atravesó al mismo tiempo los ijares desguarnecidos del veloz caballo causando a ambos una muerte horrorosa. El mismo Crixo arrancó su lanza de la cabeza ensangrentada de Vénulo y, con ella aún caliente, dio contigo en el suelo, Fárfaro; y también a ti, Tulo, criado junto a las gélidas aguas del Velino[19], insigne gloria y nombre digno de recuerdo para Ausonia si el destino hubiera esperado o si los cartagineses hubiesen respetado los tratados. A continuación pretendía alcanzar con su amenazadora lanza a Rémulo y a otros nombres tan señalados tiempo atrás en los hechos de armas como los Magios de Tíbur, Metauro el de Hispelo[20] o Clanio.

Y no había lugar para que los tirios luchasen y peleasen, pues el furor de los celtas se adueñó de todo el campo; no hubo pica que errase el blanco, todos los dardos se clavaban en cuerpo enemigo. En medio de esta confusión Quirinio, con una audacia tremenda, guerrero que desconocía qué es huir, dotado de un corazón invencible que en la adversidad gustaba de arrostrar la muerte de frente, aguijoneó con la lanza su caballo y dispersó con su brazo los proyectiles, para dejar libre el camino y abrirse

[18] Silio otorga el nombre de Tirreno al soldado encargado de tocar la trompeta, un invento de origen etrusco o tirreno. Cfr. II, 18.

[19] Río y lago de la Sabina, entre Reate e Interamnum (hoy *Lago de Reate*).

[20] Tíbur (hoy *Tivoli*) se encuentra a ambos lados del Anio. Hispelo está en Umbría, a los pies de los Apeninos, hoy *Spello*.

paso, espada en mano, hasta el rey Crixo. Decidido a morir, buscaba por todos los medios una gloria que no podría disfrutar. Cae Téutalo con una herida en la ingle y bajo su enorme peso la tierra se agita. Sucumbe Sarmente, quien quería ofrecerte a ti, Gradivo[21], si salía victorioso, su rubia cabellera, sus melenas émulas del oro y el rutilante moño de su cabeza. Pero, haciendo caso omiso de sus votos, las Parcas lo arrastraron por sus cabellos intonsos hasta los manes. La sangre fluía humeante por sus cándidos miembros, tiñendo de rojo la tierra. Ligauno, por el contrario, esquivó el venablo que le venía de frente y se lanzó esgrimiendo su espada contra Quirinio; levantándose lo hirió en la parte en que los flexibles tendones unen el brazo al hombro; cercenada por tal golpe, la mano le colgaba de las riendas sueltas inerte por un momento; se agitaba temblorosa e intentaba agarrar las bridas, imitando inconscientemente el gesto habitual de sujetar el freno. Acto seguido, Vosego corta por la espalda el cuello a Quirinio. Asiéndolo por la melena, llevó el casco, con la cabeza del guerrero muerto dentro, a la vez que saludaba a los dioses con el grito de guerra de su país.

Mientras los pueblos de la Galia sembraban así la muerte por todo el campo de batalla, el cónsul hacía salir a sus escuadrones urgentemente del campamento disponiéndolos para la lucha y, montado en un caballo blanco, arremetía, antes que nadie, contra el enemigo. Se hizo seguir de guerreros elegidos de toda la opulenta Ausonia: marsos[22], jóvenes de Cora, el orgullo de Laurento, los sabelios expertos lanzadores de jabalina, los tudertinos que honran a Gradivo en lo alto de la montaña, los faliscos ataviados con el lino de su país, aquellos[23] otros que crecen junto a

[21] Marte.

[22] Pueblos todos del Lacio: los marsos, pueblo de hechiceros, se encontraban junto al Lago Fucino. Cora (hoy *Cori*) está situada en territorio volsco; los sabelios se corresponden con los sabinos; Túder (hoy *Todi*) está en Umbría; los faliscos se hallan en Etruria.

[23] Los tiburtinos. Hércules tenía un templo en Tíbur (hoy *Tivoli*). Se pensaba que esta ciudad situada a orillas del Anio había sido fundada por Catilo y Tiburto, hijos de Anfiarao, adivino de Argos. Los hérnicos habitaban una zona montañosa del Lacio. Casino estaba más al sur, entre los samnitas y la Campania.

los muros de Hércules, en los fértiles campos de Catilo, ribereños del Anio de silenciosa corriente y los que provenían de las peñas hérnicas, curtidos entre aguas tan gélidas y en las llanuras de la brumosa Casino.

Así marchaban a la guerra los hijos de la dominadora Italia, jóvenes condenados por los dioses a nunca volver. Escipión lleva su caballo allá donde la vorágine del combate engulle más soldados e, instigado por las bajas de los suyos, sacrifica como ofrenda a los difuntos a Lábaro, a Pado, a Cauno y a Breuco. Este último sólo sucumbe tras recibir múltiples heridas; y a Laro, que revolvía sus ojos mostrando el espantoso aspecto de una Gorgona[24]. También tú, belicoso Lepóntico, cedes a un destino macabro: mientras agarraba con fiereza las riendas para incorporarse y colocarse de pie, cara a cara con el cónsul a caballo, la funesta espada se hundió en mitad de su frente; su cabeza cayó partida en dos sobre los hombros. En cuanto a Bato, que luchaba fuera de sí a lomos de su caballo, por defenderse con su escudo de las acometidas de Escipión, cayó a la arena rojiza después de chocar con el caballo: sus cascos le pisotearon el rostro hasta desfigurarlo.

El jefe ausonio no podía dominar su furor en medio de la agitación que sacudía la llanura, no de otro modo que el gético Bóreas cuando triunfante solivianta el mar Icario[25] desde sus profundidades y, tras destrozar las naves, los marineros salen disparados hacia el inmenso mar y las Cícladas acaban completamente anegadas de blanca espuma.

Crixo, con pocas esperanzas y escasas posibilidades de salvarse, prepara su mente con el desprecio a morir: espumarajos llenos de sangre enrojecen su barba hirsuta, de su boca salen babas blancas propias de un loco, sus cabellos están sucios de la polvareda. Aborda a Tario, que luchaba junto al cónsul, y lo rodea y aturde con sus terribles armas. Tario rueda por el suelo: la jabalina portadora del destino fatal le hizo caer de cabeza por

[24] Cfr. nota a III, 313.

[25] El mar Egeo, en el que cayó Ícaro. Bóreas procedía de Tracia, el país de los getas.

encima del cuello de su montura que, presa del pánico, lo arrastró con las piernas liadas entre la cincha. Por todo el campo esparció un largo reguero de sangre mientras su lanza trazaba un trémulo surco en la arena. El cónsul ensalzaba la muerte del joven y, ya se disponía a vengar sus nobles manes, cuando llegaron a sus oídos terribles voces; supo entonces por sus gritos que se acercaba Crixo, pues no conocía su rostro. Aflora en ese momento con mayor violencia su cólera y clava los ojos en su codiciada víctima. Acto seguido, estimula a su corcel dándole palmadas en el cuello y le habla de esta manera: «Gargano, deja para luego la multitud y los rivales de menor importancia: los dioses nos llaman a triunfos mayores. ¿No ves cómo avanza Crixo? Desde ahora te prometo como recompensa aquella gualdrapa resplandeciente con el brillo de la púrpura sidonia, adorno distintivo del bárbaro; te obsequiaré también con frenos de oro». Así habló; emplazó luego a Crixo a luchar con enormes gritos al tiempo que reclamaba un duelo en campo abierto. Su rival, inflamado de idéntica cólera, no rehusó el desafío. Cuando ambos escuadrones recibieron la orden de retroceder dejando sitio a uno y otro lado, la contienda se detuvo en medio de la explanada. Lo mismo que el hijo de la Tierra que portaba las enseñas en el campo Flegreo[26], aquel Mimante que con sus armas aterró al cielo, así también Crixo lanzó desde su monstruoso pecho un grito y, en medio de horribles lamentos, desató su cólera: «¿Es que no quedó nadie tras el incendio y saqueo de tu ciudad[27], que te narrara qué valerosas diestras aportamos al combate los del pueblo de Breno? Ahora lo vas a comprobar», dijo, y al punto lanzó una nudosa jabalina de madera acerada al fuego capaz incluso de tirar las puertas de una ciudad. Resonó el proyectil con tremendo estrépito, pero, al ser arrojado con demasiada fuerza, incapaz de controlar la distancia que debía recorrer, sobrepasó volando al enemigo que cada vez estaba más cerca.

[26] En Flegra, ciudad de Macedonia luego llamada *Palene*, tuvo lugar el combate entre los dioses y los gigantes hijos de la Tierra, entre los que se encontraba Mimante.

[27] Roma. Cfr. I, 622 ss.

El cónsul le respondió: «Acuérdate de relatar a tus sombras y a tu antepasado[28] lo lejos que has muerto del templo tarpeyo, y que no se te ha permitido contemplar la colina sagrada del Capitolio». Acto seguido aumentó la potencia de su lanza con una correa y, cabalgando a galope tendido, la descargó con un esfuerzo digno de la magnitud de su rival. Salió disparada y, después de traspasar las múltiples capas de lino y el escudo de cuero reforzado, la punta vino a clavarse en mitad de su pecho. Crixo se desplomó a lo largo por todo el suelo con estrepitosa caída y la tierra gimió al ser aplastada por su gigantesca armadura. No de otro modo que un dique construido en piedra junto a la costa del Tirreno, destinado a vencer los secretos embates de las corrientes bajo el mar, choca con violencia contra las olas provocando horrendo estrépito: ruge Nereo, las azuladas olas se rompen con el impacto y ocultan bajo la superficie embravecida esta montaña contra la que se estrellan.

Privados de su jefe, los celtas se dan a la fuga: en la vida de uno solo radicaban tantas esperanzas y tanto ardor. Lo mismo que cuando el cazador en las cumbres del Pícano[29] acosa los escondrijos atestados de fieras y provoca un terrible incendio en las pobladas guaridas obligándolas a huir a través de la inaccesible maleza: al tiempo que el fuego silenciosamente cobra fuerza y asoman las llamas, un negruzco remolino despliega una niebla cada vez más sombría y revuelve las nubes con una espesa humareda; de pronto las llamaradas iluminan todo el monte, se oye un ruido, las fieras huyen, huyen los pájaros y, allá a lo lejos, en el fondo del valle, se estremecen las novillas.

Por su parte, Magón[30], al ver que sus tropas daban media vuelta y que su primer ataque –el único que podía permitirse su pueblo– había fracasado, llamó a luchar a sus propios soldados y a la caballería de su patria. De todas partes acuden escuadrones embridados y sin embridar. Ya los ítalos vuelven las riendas e inician la retirada, ya el temor hace retroceder a las tropas tirias; los unos giran a la derecha trazando una curva en forma de media

[28] Breno.
[29] Montaña de Apulia.
[30] El hermano menor de Aníbal.

luna, los otros tuercen a la izquierda en forma de cuerno; en su movimiento inverso se agrupan en círculos cerrados para luego distanciarse hábilmente en su retirada. De esta suerte alterna el mar cuando los vientos libran dura batalla: el Bóreas arrastra la corriente en un sentido, el Euro en sentido contrario, y ambos traen y llevan la gran masa de agua de un lado a otro.

Refulgente de oro y púrpura, acude presuroso el jefe sidonio, seguido del Miedo, el Terror y el Furor. Tan pronto como levantó el radiante disco de su escudo galaico[31] hiriendo los campos con su inmensa luz, la esperanza y el valor sucumbieron; de los amedrentados pensamientos desapareció la idea de que era vergonzoso huir. Nadie atiende a una muerte honrosa; su obsesión es escapar, desean que la tierra se abra a sus pies. Del mismo modo que, cuando la tigresa sale de su cueva del Cáucaso, los campos quedan desiertos: todos los animales horrorizados por su furioso semblante buscan un refugio seguro; ella se pasea triunfante por los solitarios valles; abriendo los belfos, descubre poco a poco sus colmillos como si devorara una presa que tuviera delante y maquina una carnicería con sus fauces abiertas. Ni Métabo ni Ufente, de mayor estatura, pudieron escapar de Aníbal, pese a que éste huía con pies ágiles y aquél montado en su corcel a toda brida. Con su lanza de refulgente punta envió a Métabo a los manes, Ufente cayó desjarretado por obra de su espada y, al tiempo que perdía su sangre, perdía su fama de veloz. Dio muerte también a Estenio, Lauro y a Colino, al que en su gélido país el lago Fucino[32] había criado en verdosa caverna y le había permitido atravesar a nado sus aguas. Alcanzado por una lanza, les acompaña en la muerte Másico[33], engendrado en la sagrada cumbre del monte rico en vides y que bebió en el Liris, río cuyas tranquilas aguas no parecen fluir; su corriente, que no aumenta con las lluvias, roza silenciosamente las orillas con su resplandeciente caudal.

[31] Sobre el escudo de Aníbal, cfr. II, 395-456.

[32] Lago situado en el país de los marsos, junto a los Apeninos.

[33] Guerrero que lleva el nombre del monte de Campania proverbialmente famoso por sus vinos. El Liris (hoy *Garigliano*) fluye entre los volscos y la Campania.

Aflora entonces una rabia asesina y difícilmente pueden las armas saciar la locura: se traban entre sí escudo con escudo, se pisan pie sobre pie, y el penacho que se bambolea sobre el casco golpea con trémulo movimiento la frente del enemigo.

Tres trillizos libraban feroces combates en primera línea. La sidonia Barce, esposa de Jantipo[34] el del país de Leda, les dio el ser de su fértil vientre en medio de la batalla. La victoria griega a las órdenes de su padre, el ilustre nombre de Amiclas[35], y **360** Régulo con grilletes espartanos sobre su cuello: todas estas glorias pasadas henchían sus corazones. Ardían en deseos de demostrar su origen en combate y justificar con hechos sus antepasados laconios, para luego ir a contemplar las gélidas cumbres del Taigeto[36] y, finalmente, una vez concluida la guerra, sumergirse en el Eurotas, el río de su país, y conocer las leyes de Licurgo. Pero no les permitieron llegar a Esparta ni la divinidad ni otros tantos hermanos ausonios de la misma edad e idéntica determinación, nacidos en los profundos bosques de Egeria[37], a los que había enviado a luchar la inexorable Aricia; la severa Cloto[38] sólo les permitió conocer el lago y el altar de Diana.

Enfrascados en la vorágine de la lucha, Éumaco, Critias y **370** Jantipo (que llevaba orgulloso el nombre de su padre) iban al encuentro de sus adversarios. No de otro modo que cuando los leones entablan entre sí furiosos combates llenando con sus jadeantes rugidos los áridos campos y las lejanas cabañas, los mauros huyen todos en tropel a refugiarse en ocultas cuevas y rocas inaccesibles, en tanto que sus esposas libias calman los gritos de sus hijos dándoles de mamar de sus pechos rebosantes.

---

[34] Cfr. notas a II, 304 y II, 434. Jantipo procedía de Laconia, país en el que reinó Leda junto a su marido Tindáreo.

[35] Ciudad de Laconia que aquí se identifica con el pueblo espartano en su totalidad.

[36] La cadena montañosa de Taigeto y el río Eurotas (hoy *Basilipotamo*) se encuentran en Esparta.

[37] La fuente de la ninfa Egeria estaba cerca de Aricia, ciudad latina (hoy *La Riccia*) a los pies del Monte Albano en la que existía un templo de Diana cuya sacerdotisa no lo era hasta que sacrificaba a su predecesora. El lago que se menciona estaba delante del templo (hoy lago de *Nemi*).

[38] Junto con Láquesis y Átropos, las tres Parcas.

Rugen terriblemente las fieras y, en sus fauces ensangrentadas, crujen los huesos destrozados de los miembros que aún forcejean entre los feroces colmillos. Es así como acometen los jóvenes egerios, aquí el valiente Virbio, allá Capis y Albano, todos con las mismas armas. Critias se agacha un poco y derriba a Albano atravesándole el vientre: al tiempo que el desdichado sucumbía, todas sus vísceras llenaron su escudo. A continuación Éumaco aborda a Capis, quien, con toda su energía, tenía la protección como pegada al cuerpo; sin embargo, la infame espada cercenó de un tajo la mano izquierda, que sujetaba el escudo; la infausta mano siguió aferrada con fuerza a la protección sin soltarla y, pegada a ella, cayó al suelo.

Derrotados ambos hermanos, el último adversario a quien vencer era Virbio. Éste, simulando que se retiraba amedrentado, mató a Jantipo con su espada y a Éumaco con su inflexible lanza, y, con ambas muertes, igualó la contienda. Luego, uno y otro guerrero atravesaron con su espada el pecho de su rival y, arrebatándose mutuamente la vida, pusieron fin al combate. ¡Muertes dichosas las de aquellos cuyo amor fraternal envió a las sombras! Las generaciones venideras soñarán con hermanos como éstos; por siempre podrá ser celebrada su gloria imperecedera si nuestro canto puede perdurar y conocer una duradera descendencia y si Apolo no siente envidia de nuestra fama.

Entre tanto, el cónsul detenía a sus escuadrones dispersos por la llanura con su voz (con la voz que apenas le quedaba): «¿Adónde lleváis las enseñas? ¿Qué miedo, eh, se ha adueñado de vosotros? ¡Si os parece espantoso marchar en primera línea y atacar de frente al enemigo, colocaos detrás de mí, soldados, perded el miedo y simplemente observad! ¡Prisioneros nuestros[39] engendraron a estos guerreros! ¿Por dónde huís? ¿Qué os aguarda si perdéis? ¿Acaso marcharemos hacia los Alpes? Pensad que la misma Roma con sus muros coronados por torres nos tiende ahora suplicante sus manos. Por todas partes puedo ver niños cautivos, padres asesinados y el fuego de Vesta apagado con sangre. ¡Evitad semejante sacrilegio!».

[39] Los que cayeron derrotados durante la Primera Guerra.

Después de proferir tales palabras, los reiterados gritos y la espesa polvareda ahogaron su garganta. Acto seguido, tomó las riendas con la mano izquierda, las armas con la derecha, y, ofreciendo abiertamente su pecho a las heridas, amenazó, espada en mano, con matarse él o bien acabar con los cobardes si no permanecían a su lado.

Mientras el padre de los dioses observaba desde el elevado Olimpo la situación de la batalla, conmovieron su corazón los peligros que corría el noble cónsul. Mandó llamar a Gradivo y, con tono paternal, le habló así: «Hijo, me aterran las fatigas de este magnánimo héroe y me temo que serán las últimas si no tomas parte en la lucha. Arranca de la contienda a este ardiente guerrero que se olvida de sí mismo en medio del placer de la masacre. Detén al general libio, pues el malvado prefiere la sola muerte del cónsul antes que la masacre total del ejército. Además, puedes ver a aquel niño[40] que ya confía sus tiernos brazos a la batalla, pretende con sus actos exceder su edad y piensa que resulta lenta la espera para alcanzar la madurez en combate. Guía sus primeros pasos en la batalla; que, junto a su maestro, afronte grandes objetivos y que su primera gloria militar sea salvar a su padre».

Esto dijo el creador del universo. A su vez, Marte mandó que, desde tierra odrisia[41], le trajeran para el combate su carro. A continuación tomó su escudo que despide las funestas llamas del rayo, su casco que difícilmente podría llevar otro dios y su coraza cuya fabricación tantos sudores costó a los Cíclopes[42]; blandió por los aires su lanza impregnada de sangre en la guerra contra los Titanes y llenó los campos con su carro. Junto a él marchaba su ejército de las Iras, las Euménides y las múltiples caras que presenta la muerte sanguinaria. Belona[43], que se encarga de llevar las riendas, fustiga los cuatro caballos con su negro látigo. Desde la inmensidad del cielo sobreviene una horrible tempestad que cubre

[40] El futuro Escipión Africano.

[41] Odrisia era un pueblo de Tracia; aquí equivale a Tracia entera.

[42] Los Cíclopes la habían forjado en la fragua de Vulcano.

[43] Divinidad romana de la guerra, identificada a menudo como hermana de Marte.

la tierra de negros torbellinos y nubes procelosas. Se estremece el reino de Saturno agitado por la llegada del dios. Al oír su carro, el río abandona su curso y retrocede hasta sus fuentes.

Los guerreros garamantes habían acorralado al jefe ausonio y se disponían a ofrecer al rey tirio un regalo insólito: el despojo de las armas y la cabeza chorreante de sangre del cónsul. Él permanecía resuelto a no ceder ante la Fortuna; robustecido por tantas muertes, con toda su fuerza arrojaba de vuelta las lanzas; tanto su sangre como la de sus enemigos bañan sus miembros; su penacho ha caído al suelo y los garamantes, estrechando el cerco en torno a él, lo atosigan con sus picas cada vez más cerca y le disparan un venablo guiado por su punta inexorable.

Tan pronto como el niño vio que el proyectil se clavaba en el cuerpo de su padre, las lágrimas bañaron sus mejillas; palideció de repente, se estremeció de pavor y lanzó un gemido a las estrellas. Por dos veces intentó adelantarse al destino de su padre volviendo hacia sí mismo sus manos; por dos veces Marte tornó sus iras contra los cartagineses. El intrépido niño avanzó en medio de las armas, en medio de los enemigos, caminando a la par de Gradivo. Inmediatamente las tropas se apartaron dejándole expedito un amplio espacio en el campo. Protegido por su escudo celestial, abriéndose paso entre los ejércitos y por encima de tantas armas y cadáveres yacientes, abatió al autor del golpe y, ante los ojos de su padre (ansiada ofrenda), inmoló en su honor muchas vidas. Luego, extrajo a toda prisa la lanza de sus duros huesos, subió a su padre sobre su propio cuello y hombros y salió corriendo. Las tropas, atónitas ante semejante exhibición, bajaron sus armas; los implacables libios se apartaron, se apartaron también los iberos: un amor filial inigualable y una edad tan corta provocaban un silencio asombroso en el campo de batalla.

Entonces, desde lo alto de su carro, Marte dijo: «Tú derribarás la ciudadela de Cartago y obligarás a los tirios a pactar. No obstante, no habrá en tu larga existencia un día tan feliz como el de hoy, querido niño. ¡Valor, divino genio! ¡Valor, auténtica descendencia de Júpiter![44] Glorias más altas te aguardan todavía,

[44] Acerca del parentesco de Escipión con Júpiter, cfr. XIII, 634 ss.

pero ninguna otra más noble alcanzarás». Acto seguido, y una vez que el sol finalizó su curso sobre la tierra, Marte se dirigió a las nubes del cielo; con la llegada de las tinieblas de la noche, los ejércitos, extenuados, se recluyeron en sus campamentos.

Cintia[45], bajando del cielo en su carro, ponía fin a la noche, empujada por la carroza de su hermano; desde el mar de Oriente aparecían llamas rosáceas en medio de las azuladas aguas. En cuanto al cónsul, temiendo los siniestros campos y la llanura favorable a los cartagineses, se dirigió hacia el Trebia[46] y sus montañas. Ya había consumido varios días de marchas forzadas y activo trabajo y el puente por el que el ejército dardanio había cruzado flotaba en medio del río hecho añicos y con los cables cortados, cuando el cartaginés alcanzó las impetuosas aguas del Erídano. Mientras daba un rodeo a través de lugares apartados en busca de aguas calmadas y tanteaba vados y accesos abordables, mandó arrancar de los cercanos bosques quejigos para construir pontones flotantes por los que el ejército pudiera pasar el río. En ese preciso instante llega el otro cónsul, de la estirpe de los Gracos, a quien habían mandado surcar el ancho y azulado mar desde el trinacrio Peloro[47], y acampa en las inmediaciones del Trebia. Familia afamada y valiente la de este gran hombre cuyos numerosos ancestros resplandecían en sus retratos con ilustres honores tanto en la guerra como en la paz.

Tampoco faltaron los cartagineses, con sus campamentos instalados más allá del río, sobre la hierba. Sus éxitos estimulaban sus ánimos y también su jefe, quien no cesaba de increpar a los romanos: «¿Qué tercer cónsul os queda ya en la Ciudad? ¿Qué otra Sicilia permanece armada? Se hallan aquí reunidas todas las fuerzas del Lacio y de los descendientes de Dauno. Que los jefes ítalos sellen un acuerdo conmigo ahora, que reclamen leyes y tratados. En cuanto a ti[48], a quien se perdonó la vida en

[45] La luna, astro de Diana, había sido honrada en el monte Cinto, en Delos. Su hermano era Apolo, el sol.

[46] Río nacido en el Apenino y afluente del Po.

[47] Promontorio situado al este de Sicilia. Sobre trinacrio, cfr. III, 257. El cónsul en cuestión es Ti. Sempronio Longo. Los Gracos pertenecían a la *gens Sempronia*.

[48] El cónsul Escipión.

medio de las armas de Marte, así, alma desdichada, así sobrevivas y concedas a tu hijo de nuevo esta gloria. Y, al final de tus días, cuando te reclamen los hados, que no se te permita morir en combate. Es a mí a quien corresponde caer luchando». Así gritaba enfurecido. Luego, sin más demora, envió junto a los mismos campamentos romanos escuadrones de guerreros masilios con sus ligeras lanzas a fin de provocar y hacer salir al enemigo.

Los soldados romanos no consideraban razonable que su salvación dependiera de una empalizada o que los proyectiles enemigos se clavasen en las puertas cerradas. Se lanzan fuera y el primero en aparecer en medio del parapeto abierto es el cónsul, digno descendiente de la estirpe de los Gracos. El aire mueve el penacho de su yelmo aurunco[49] y en su hombro brilla el manto rojo de sangre, honra de sus ancestros. Volviendo la vista hacia sus ejércitos, los llama a grandes gritos y, rompiendo una brecha por donde las filas enemigas eran más compactas, se abre paso por la llanura. Como el torrente que desde las altas cumbres del Pindo[50] se precipita ruidoso hacia los campos, arranca la ladera de una montaña y la hace rodar río abajo con tremendo fragor. A su paso arrastra rebaños, fieras salvajes y bosques enteros. Resuenan las aguas espumosas entre los rocosos valles.

Ni aunque me sobreviniera la gloria del poeta meonio[51], ni aunque el venerable Febo me concediera cien bocas, podría yo relatar todas las muertes que infligió el brazo del magnífico cónsul o, en el otro bando, las que provocó la rabia furiosa de los tirios. El jefe libio mató a Murrano, el ausonio a Falanto, ambos expertos en la milicia y veteranos en las fatigas de la guerra; los dos jefes los abatieron de cerca, mirándose cara a cara. Murrano provenía de las procelosas cumbres de Anxur[52], y tú, Falanto, de las transparentes aguas del sagrado Tritón[53].

---

[49] Aurunca era una antigua ciudad de la Campania.

[50] Cadena montañosa entre Tracia y Tesalia.

[51] Antiguo nombre de Lidia, en Asia Menor, que fue considerada la patria de Homero.

[52] Ciudad marítima de los volscos, en la costa del Tirreno. Los latinos la llamaron Terracina.

[53] Cfr. nota a III, 322.

Tan pronto como Cupenco pudo distinguir al cónsul con su manto reluciente, pese a estar privado de la visión de un ojo (con el otro le bastaba para luchar), blandió con violencia su lanza y la clavó temblando en el extremo superior del escudo. El cónsul, encendido de cólera, le dijo: «Borra, malvado, el aspecto que presenta tu fiero rostro y el brillo de tu frente mutilada». Así habló, y lanzó en línea recta su pica, atravesándole con la punta por completo su ojo feroz. No menos terrible se mostraba el hijo de Amílcar[54]: mató al desdichado Vareno que portaba una armadura blanca como la nieve, Vareno el de Mevania[55]. Para él la fértil Fulginia labraba pródigos campos y, en su gélida corriente, el Clitumno bañaba toros blancos, en medio de extensas praderas. Pero los dioses se mostraron desdeñosos y de nada le sirvieron las enormes víctimas que con cuidado no correspondido Vareno había criado para el tarpeyo Tonante.

Atacan con rapidez los iberos, y más rápidos aún se despliegan los mauros. De un lado las jabalinas, del otro las picas libias en forma de cuerno pugnan por cubrir el cielo con una espesa nube. Todo cuanto se extiende desde las llanas campiñas hasta la orilla del río estaba sepultado bajo una lluvia de proyectiles. En un espacio tan reducido, los muertos no tienen dónde caer.

Alio el cazador, llegado de Argiripa[56] y de los campos de Dauno, recorría el llano a lomos de su caballo yapigio con sus rudimentarias armas; empujado en mitad de los enemigos, lanzaba con mano certera sus picas apulias. Por coraza llevaba la piel erizada de una osa samnita, su casco estaba reforzado con los colmillos de un viejo jabalí. Así sembraba el terror, como si en la soledad del bosque rondara las guaridas o acechara a las fieras del Gargano[57], cuando Magón y el cruel Maharbal lo vieron al mismo tiempo, cada uno desde su posición; como dos osos acuciados por el hambre que desde rocas opuestas atacan a

[54] Aníbal.

[55] Mevania (actualmente *Bevagna*) y Fulginia (hoy *Foligno*) eran dos ciudades de Umbría bañadas por el Clitumno, cuyas aguas tenían el poder de convertir en blanca la piel de los rebaños que allí bebían.

[56] La ciudad de Arpos en Apulia o Yapigia.

[57] Montaña de Apulia.

un toro que tiembla en mitad de ambos contrincantes y cuya rabia no admite compartir la presa, así también el esforzado Alio cae víctima de las jabalinas lanzadas de una y otra parte. Silbando, las picas maurusias[58] lo atraviesan de parte a parte; sus puntas resonaron al chocar en medio de su pecho; no se supo qué lanza fue la que lo mató. Y ya, con sus enseñas dispersas entre las líneas romanas, el cartaginés empuja a sus enemigos desperdigados, los va llevando angustiados hasta la orilla y se empeña en ahogarlos en el río, un espectáculo deplorable.

Entonces, el Trebia de funesta corriente entabló insólitos combates contra las tropas agotadas, y, ante las súplicas de Juno, acrecentó su caudal. La tierra se hunde tragándose los cuerpos de los que huyen, absorbidos por la tramposa vorágine de un suelo inestable. No pueden sujetarse ni sacar sus pies hincados en las profundidades del fango viscoso. Las piernas quedan inmóviles, presas del pegajoso lodazal. La tierra de las márgenes, reblandecida, los engulle y sumerge en el cebo invisible de la laguna. Uno tras otro intentan incorporarse en medio de la resbaladiza superficie y, tratando por sí mismos de anticiparse y encontrar una salida a través de la intrincada orilla agarrándose a la hierba aplastada, finalmente se escabullen y sucumben, y, en su caída, quedan sepultados. Aquél, veloz nadador, a punto está de alcanzar tierra firme ayudándose de su corpulencia; llega a asir con su mano la hierba por la punta, pero, cuando salía de las aguas del río, una lanza en pleno vuelo clava su mano a la orilla y allí queda prendida. Éste, desarmado, rodea con sus brazos a un adversario que se debatía contra la corriente y lo obliga a morir con él ahogado. La muerte muestra mil caras diferentes. Ligo muere en el campo, pero su cabeza queda tendida sobre las aguas del río, con su boca sorbiendo, entre agónicos estertores, la corriente teñida de sangre. El hermoso Irpino intentaba a duras penas salir nadando de una vez de las aguas y solicitaba a gritos la mano de un compañero, cuando un caballo, arrastrado por la impetuosa corriente y exasperado por sus múltiples heridas, lo empujó hasta hundirlo ya bajo la superficie. Se agudiza

[58] Mauras.

el desastre cuando aparece, de pronto, la manada de elefantes que se precipita en las aguas con torres en sus lomos. La corriente los arrastra río abajo, como caen las rocas arrancadas del monte. Ante sí impulsan con su pecho el Trebia, asustado por aquel peligro que desconoce, y quedan tumbados sobre el cauce espumoso.

La adversidad descubre a los héroes y es, en las dificultades, donde el intrépido valor escala una dura pendiente hasta la gloria. En efecto, Fibreno no pudo soportar que su muerte pasara sin honor y careciera de notoriedad: «Yo seré recordado –dijo– y no sepultarás, Fortuna, mi muerte bajo estas aguas. Quiero comprobar si hay algo en la tierra que la espada ausonia no pueda dominar, algo que la lanza tirrena no pueda atravesar». Dicho esto se puso en pie y arrojó una pica cruel que se clavó en el ojo derecho de un elefante; el proyectil quedó fijo en la herida. La bestia acompañó el golpe propinado por la penetrante punta con un horrible barrito; luego, levantó su frente mutilada que manaba abundante sangre y huyó precipitando a su cornaca. Acto seguido, lo atacaron con jabalinas y una lluvia de flechas ya albergaban la esperanza de matarlo; las heridas causadas por las funestas puntas se extendían por sus inmensos lomos y costados. Un sinfín de lanzas se clavan en su dorso, en su ennegrecido lomo, y, al sacudir su cuerpo, se remueve todo este bosque de dardos hasta que, agotados los proyectiles después de tan prolongada lucha, el animal se desploma y, en su tremenda caída, tapona y obstruye la corriente.

En ese preciso instante llega por la otra orilla Escipión. Aunque sus heridas le hacen avanzar con lentitud, penetra incansable en el río e inflige innumerables bajas al enemigo. El Trebia se cubre de cadáveres y también de los escudos y los cascos de los caídos, hasta que apenas pueden verse las aguas. Una lanza derriba a Maceo, la espada a Gestar. A éstos sigue Telgón, natural de Cirene y por sus antepasados, descendiente de Pélope[59]. Tomando Escipión una jabalina de la impetuosa corriente, se la arrojó deslizándose su afilada punta de hierro hasta atravesarle

[59] Cfr. III, 252.

por completo la boca abierta. Con el golpe, los dientes resonaron. Pero con la muerte no encontró Telgón el ansiado reposo: el Trebia entregó su cadáver hinchado al Erídano, y el Erídano a las olas del mar[60]. También tú, Tapso[61], sucumbes, e igualmente se te negará la sepultura después de muerto. ¿De qué te han servido la morada de las Hespérides, o los bosques sagrados de las divinidades cuyos árboles plagados de oro conservan siempre sus ramas rubicundas?

El Trebia se desbordó y desde sus profundidades se elevó, proyectando con ímpetu las aguas de su cauce y liberando toda su fuerza. Las olas se enfurecieron en forma de sonoros torbellinos seguidos de un estrepitoso torrente nunca visto. Tan pronto como el jefe[62] lo ve, su cólera se acrecienta con mayor violencia aún: «Un gran castigo –dice– has de sufrir, pérfido Trebia, y yo te lo haré pagar. Destrozaré tu corriente desperdigándola en pequeñas acequias por los campos galos; te arrebataré tu condición de río. Atajaré la fuente de la que naces, y no permitiré que toques tus márgenes ni que desemboques en el Po. Pero ¿qué locura es ésta, infeliz, que te ha convertido de repente en un río sidonio?».

Mientras esto decía, se elevó una masa de agua que lo empujó golpeándole los hombros con sus arqueadas olas. El jefe, erguido, plantó su descomunal corpulencia frente a las aguas que se le venían encima y, con su escudo, detuvo la acometida del río. Por detrás, sin embargo, la estridente tempestad de espumoso oleaje le salpicó mojando lo alto de su penacho. El río, retirando su fondo, le impidió vadearlo y clavar pie firme. De lejos se oyó el ronco sonido de las rocas golpeadas por la corriente. Las olas levantadas se unieron al combate de su padre, el río perdió sus orillas. En ese instante alzó su cabeza de mojadas crines coronadas de glaucas hojas y dijo[63]: «¿Es que encima me amenazas con castigarme y destruir el buen nombre del Trebia, arrogante ene-

[60] El Adriático.
[61] Cfr. III, 256.
[62] Escipión el Cónsul.
[63] Sobre los reproches similares del río Escamandro a Aquiles, cfr. *Ilíada* XXI, 214 ss.

migo de mis dominios? ¡Cuántos cuerpos llevo, abatidos por tu propia mano! Los escudos y los cascos de los guerreros que has sacrificado han estrechado mi cauce y han hecho que pierda mi curso. Mis aguas, tú lo ves, están enrojecidas hasta el fondo con tantos muertos y retroceden. Modera tu brazo o dirígete a las llanuras próximas».

Desde un alto montículo observaba esto Mulcíber[64] acompañado de Venus y cubierto por la espesura de una oscura nube. Levantando sus manos al cielo, Escipión exclamó amargamente: «Oh, dioses de mi patria, bajo cuyos auspicios permanece en pie la dardania Roma, ¿es que me habéis mantenido hasta ahora a salvo de tantos combates para reservarme una muerte como ésta? ¿Os parece indigno que la mano de un valiente ponga fin a mi vida? ¡Hijo mío[65], devuélveme a los peligros, devuélveme junto al enemigo! Dejadme encarar luchando una muerte que mi patria y mi hermano[66] elogien». En ese momento Venus, conmovida por sus palabras, empezó a gemir y volvió contra el río las devoradoras fuerzas de su invencible esposo[67], arrojando éste por doquier llamas que llegaron hasta las márgenes; su fuego abrasador arrasó los umbríos árboles que el río durante tantos años había hecho crecer. Arde toda la espesura y Vulcano, victorioso, crepita a rienda suelta dispersándose por los altos bosques. Ya está calcinada la copa del abeto, y el pino y el quejigo; ya sólo queda el tronco del álamo, que ve marcharse por los aires a los pájaros que solían habitar sus ramas. Las voraces llamas absorben la humedad arrastrándola desde el fondo del río. La sangre, seca, se consume en la orilla por el furioso y asfixiante calor. La tierra por todas partes se torna rugosa, se agrieta y entreabre; montones de ceniza se asientan en el cauce del río.

El venerable Erídano se asombra al comprobar que su curso nunca interrumpido se paraliza de pronto. El entristecido coro de las Ninfas llenó el fondo de sus cuevas de angustiosos alaridos.

[64] Sobrenombre de Vulcano («el que ablanda el hierro»).

[65] El joven Escipión lo salvó de la muerte en el Tesino (cfr. IV, 454 ss.).

[66] Cn. Escipión Calvo, que por entonces llevaba a cabo exitosas campañas en Iberia.

[67] Vulcano, dios del fuego, era esposo de Venus.

Por tres veces intentó levantar su cabeza abrasada, y otras tantas arrojó Vulcano una antorcha que lo hizo sumergirse bajo las humeantes aguas. Por tres veces se prendieron las cañas despojando al dios de su cabellera. Entonces se oyeron por fin sus ruegos y peticiones y se concedió al suplicante que conservara sus antiguas orillas.

Finalmente Escipión, acompañado por Graco, optó por retirar del Trebia sus cansadas cohortes y conducirlas a una altura fortificada. El cartaginés, por su parte, colmó de ofrendas al río y erigió altares de hierba en honor de aquellas aguas aliadas, sin conocer aún, ah, los trascendentales acontecimientos que los dioses tramaban y el dolor que tú, Trasimeno, habrías de procurar a Ausonia.

Un tiempo atrás Flaminio[68] había asaltado por las armas a las tribus de los boyos; fue en aquella ocasión una victoria fácil para este guerrero el aniquilar a un pueblo inconstante y carente de astucia. Pero no era lo mismo enfrentarse al soberano tirio. A Flaminio, nacido bajo funestos presagios para causar fatales daños a Roma, eligió la Saturnia[69] para tomar las riendas de un imperio exhausto, como hombre adecuado para el inminente desastre. En su primer día de mandato, en cuanto asumió el timón para dirigir la patria y tuvo a los ejércitos bajo sus órdenes, se mostró como el principiante que, desconociendo el mar e inexperto en el arte de navegar, acepta el mando de un barco malhadado y él solo afronta las vicisitudes de los vientos y expone su nave a todas las tormentas: el barco avanza a la deriva arrastrado por la corriente y es la mano del propio timonel la que lo empuja contra los escollos. Así fue como el ejército se dio prisa en empuñar las armas y lanzarse contra los lidios[70], contra la ciudad sagrada que fundaran tiempo atrás Córito y colonos meonios emparenta-

[68] C. Flaminio Nepote había sido elegido cónsul en el 217 a.C. y ya había ocupado el cargo en el 223 cuando luchó con éxito contra pueblos galos en el norte de Italia.

[69] Juno.

[70] Los etruscos. Colonos lidios llegados de Asia Menor se asentaron en el norte de Italia. Meonia es el antiguo nombre de Lidia. Cortona es la ciudad sagrada que fundó Córito, hijo de Paris y la ninfa Enone.

dos con los ítalos por la sangre de sus antepasados, uniendo así ambas razas.

La divinidad que avisó a Aníbal de tan alta gloria no se demora en hacer saber al rey de los africanos los planes del cónsul. El sueño lo había ocultado todo y entregaba al olvido las penosas fatigas, cuando Juno, convertida en divinidad del lago cercano[71], con los cabellos mojados y la frente ceñida de hojas de álamo, quebrantó el corazón del jefe con repentinas preocupaciones e interrumpió su descanso con unas palabras que no debía desoír: «¡Oh, tú, Aníbal, nombre de reputada fama, funesto para el Lacio, si la Fortuna te hubiese engendrado en Ausonia, estarías al lado de los grandes dioses! ¿Por qué detenemos el curso del destino? No te demores. Breve es el espléndido favor de la Fortuna. Toda la sangre que prometiste cuando juraste a tu padre la guerra contra los dardanios va a fluir de Ausonia entera por obra de tus golpes: con todas estas muertes saciarás las sombras de tu padre. Una vez a salvo, me tributarás los honores que merezco, pues yo soy el lago ceñido de altas montañas en cuyos alrededores se asientan las tropas venidas de Tmolo[72], soy el Trasimeno de oscuras aguas».

Se dejó llevar por tales advertencias y condujo inmediatamente sus ejércitos, alegres por la protección de la diosa, hasta los elevados montes[73]. Erizado por el hielo y en medio de resbaladizas rocas, el Apenino confundía con el excelso cielo sus cumbres cargadas de pinos. Una nieve espesa había cubierto los árboles y, en lo alto de la empinada cima, se alzaba hasta las estrellas un pico blanco que la escarcha había formado. Aníbal ordenó avanzar. Le parecía que sus glorias pasadas se esfumarían y apagarían si, después de cruzar los Alpes, una montaña cualquiera lo detenía. Escalan las cimas coronadas de escarpadas rocas batidas por las tormentas, pero ni haber franqueado la cúspide supone el fin o el alivio a sus fatigas. Los llanos están anegados y las aguas, al fundirse el hielo, convierten el terreno en un pantano cenagoso e intransitable.

[71] Trasimeno.
[72] Montaña de Lidia en Asia Menor.
[73] Para dirigirse a Roma, Aníbal tuvo que cruzar los Apeninos.

El caudillo, con la cabeza descubierta en medio de unos parajes inhóspitos, sufre las inclemencias del clima, un ojo supura por su rostro y sus mejillas. Está habituado a despreciar a los médicos y cree que, cualquiera que sea el peligro, está bien pagado con tal de llegar al ansiado momento de la batalla. Nada le preocupa la belleza de su aspecto con tal de no abandonar la marcha; no dudaría en ofrecer el resto de su cuerpo como precio para conseguir su victoria en la guerra. Consideraba que ya era suficiente poder contemplar victorioso el camino al Capitolio y batir a su enemigo ítalo de cerca. Después de experimentar tales penalidades en medio de un ambiente hostil, llegaron por fin al ansiado lago, donde debería con sus armas sacrificar muchas víctimas para expiar la pérdida de su ojo.

En ese preciso momento llegaron los senadores enviados desde Cartago; no era en absoluto despreciable el motivo de su viaje, y las noticias no eran halagüeñas. Era costumbre entre los pueblos que fundó la advenediza Dido solicitar con sangre el favor de los dioses e inmolar –algo despreciable de relatar– a los hijos recién nacidos junto al fuego de los altares. Esta urna del destino renovaba todos los años la deplorable calamidad, a la manera del rito sagrado ofrecido a Diana en los dominios de Toante[74].

Según tal costumbre, Hannón, su inveterado enemigo, reclamaba al hijo de Aníbal para cumplir tal destino y suerte de los dioses. Pero se sentía de cerca el miedo a la cólera del jefe armado; la grandiosa figura de aquel padre persistía fija ante sus ojos; a ello había que sumar a Imilce con sus mejillas desgarradas, mesándose los cabellos y llenando la ciudad con sus tristes lamentos. Lo mismo que una mujer edonia[75] que, durante las fiestas trienales, recorre extática la cima del monte Pangeo y llama suspirando a Baco encerrado en su pecho, así también Imilce, en medio de las matronas tirias, como si fuese arrojada al fuego, exclama: «¡Oh, esposo mío, cualquiera que sea la región

[74] Toante era rey de Táuride (la actual Crimea), donde existía un templo de Diana en el que se llevaban a cabo sacrificios humanos.

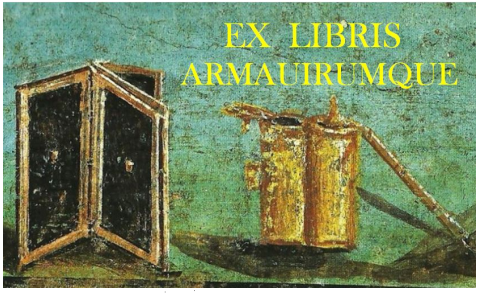
[75] Los edonios son una tribu de Tracia, donde también se encuentra el monte Pangeo. Las fiestas en honor a Baco se celebraban cada tres años.

del mundo en que suscitas la guerra, trae hasta aquí tus enseñas! 780
¡Aquí se encuentra un enemigo más violento y más cercano! Tal vez en este momento estés junto a los mismos muros de la ciudad dardania, recibiendo intrépido en tu escudo los dardos que contra ti lanzan o agitas una terrible antorcha para prender fuego al templo tarpeyo. ¡Y, mientras tanto, en el seno de tu patria, tu principal familia, tu único hijo, ah, es arrastrado hasta los altares de la Estigia! ¡Ve ahora a devastar los penates ausonios con tu espada, ve y abre un camino a través de lugares vedados a los humanos![76] ¡Ve y viola el acuerdo jurado ante todos los dioses! ¡Ésa es la recompensa que te ofrece Cartago, tales son los hono- 790
res que ahora te tributa! Pero ¿qué piedad es ésta de rociar de sangre los templos? ¡Ah, la causa principal de los crímenes que cometen los corrompidos mortales es la de desconocer la naturaleza de los dioses! ¡Id a suplicar justos sacrificios con piadoso incienso, pero dejaos de crueles ritos de muerte! Dios es bondadoso y está vinculado al hombre. Que os baste por el momento con sacrificar novillos ante los altares, os lo ruego. Y, si creéis firmemente que los dioses desean este sacrílego acto, llevadme a mí, a mí que soy su madre, para cumplir con vuestros votos. ¿Por qué os agrada desposeer al pueblo libio de las condiciones que este niño augura? ¿Acaso no deberíais haber lamentado aún más 800
el desastre de las Egates[77] y el poderío cartaginés sumergido bajo el mar, si el sanguinario ritual nos hubiera arrebatado en su día el enorme valor de mi esposo?».

Este discurso obligó a los senadores a actuar con prudencia, dudosos como estaban entre el temor a los dioses o a semejante hombre: dejaron en manos del propio Aníbal si había que oponerse a esta suerte o, por el contrario, acatar el culto debido a los dioses. Y entonces Imilce comenzó a estremecerse de miedo y a duras penas podía dominarse, temiendo el implacable corazón de su magnánimo esposo. Después de escuchar con atención, el general empezó a hablar de esta manera: «¿Cómo podría Aníbal corresponderte equitativamente por el enorme honor de ser com-

[76] Alusión al paso de los Alpes por Aníbal y sus ejércitos.
[77] Cfr. nota a I, 35.

parado con los dioses? ¿Qué digna recompensa podría encontrar, Madre Cartago? Noche y día empuñaré las armas, desde aquí haré llegar a tus templos numerosas y muy nobles víctimas del pueblo del ausonio Quirino[78]. Pero este niño será preservado como heredero de mis armas y de mi guerra. Hijo mío, mi esperanza y la única salvación del poder tirio ante la amenaza de Hesperia, no olvides, mientras vivas, luchar por tierra y por mar contra los Enéadas. Adelante, los Alpes están abiertos para ti, asume nuestra empresa. Vosotros también, dioses de mi patria, cuyos templos son honrados con muertes y se alegran de que el temor de las madres los venere, dirigid a mí vuestras miradas complacidas y vuestros corazones. Me dispongo a ofreceros sacrificios y erigiros altares aún mayores. Tú, Magón, sitúate en la cima del monte de enfrente; tú, Coaspes, más cerca, dirígete a la colina de la izquierda, que Siqueo conduzca a sus hombres por la espesura hacia los desfiladeros y estrechuras. En cuanto a mí, exploraré veloz tus orillas, Trasimeno, con tropas ligeras, buscando libaciones que ofrecer a los dioses; pues no es despreciable la victoria que la divinidad[79] me ha augurado y prometido francamente. Y, cuando la contempléis, senadores, volveréis para contarla a nuestra ciudad».



[78] Nombre de Rómulo después de convertirse en dios. Cfr. III, 627.
[79] La divinidad del lago cuyo rostro usurpó Juno.

Libro V

Con la ayuda de tropas emboscadas, el caudillo sidonio había tomado las colinas etruscas y, en medio del profundo silencio de la noche, había apostado soldados ocultos en las quebradas de los bosques. Por la parte izquierda, el lago extendía su inmenso caudal y todo lo bañaba a la manera de un mar estancado, ensuciando las proximidades con abundante limo. Estas aguas fueron en otro tiempo el reino de Arno[1], el hijo de Fauno, y, con el paso de los años, mantienen el nombre de Trasimeno, aquel cuyo padre, de origen lidio, el orgullo de Tmolo[2], había conducido después de una larga travesía por mar a la juventud meonia hasta las costas del Lacio y había dado su nombre, Tirreno[3], al país. Y era él también quien había enseñado 10
a estos pueblos el desconocido sonido de la trompeta que rompe el desidioso silencio en la batalla. Con una ambición sin límites animaba a su hijo a empresas mayores. Pero Agile[4], abrasada de amor

[1] Personaje epónimo del río que nace en el Apenino y cruza Etruria.

[2] Montaña de Lidia donde nace el río Pactolo. Meonia equivale a Lidia, en Asia Menor.

[3] Según creencia antigua, los lidios se vieron obligados a abandonar su lugar de origen y llegaron hasta tierras etruscas, hasta Umbría, guiados por Tirseno o Tirreno, hijo del rey Atis (cfr. Herodoto, 1.94). Tirreno pasa por ser el inventor de la trompeta (cfr. IV, 67 y también HIGINO, *Fab.* 274. 20).

[4] Ninfa que Silio considera epónima de la ciudad de Agile en Etruria, fundada por los pelasgos y luego colonizada por los lidios, que la denominaron *Caere* (hoy *Cerveteri*).

por el joven y despojada del casto pudor (pues bien podrías, Trasimeno, emular a los dioses en belleza), lo raptó de la orilla y lo sumergió en las profundidades; era ésta una ninfa proclive a dejarse cautivar por la tierna belleza de los jóvenes y presta a inflamarse con la flecha idalia[5]. En el fondo de sus verdosas cuevas, las Náyades[6] consolaron y reconfortaron al niño que extrañaba sus abrazos y aquel reino agitado por las olas. Fue así como el lago, a modo de dote, recibió tal nombre y las aguas cómplices de tan lascivo casamiento se llamaron Trasimeno[7].

La noche cubierta de rocío rozaba ya con su carro la negra meta y la esposa de Titono[8], sin abandonar su lecho, seguía brillando en ese momento impreciso en que el caminante pensaría mejor que la noche no había terminado antes que el día había comenzado. El cónsul[9], por delante de las propias enseñas, iniciaba una funesta marcha; con él avanzaba en desorden toda la caballería. Los soldados armados a la ligera no estaban separados por grupos; insertos en el pelotón, los de infantería y el cuerpo de lacayos, tropa inútil para el combate, lo llenaban todo de un tumulto de mal agüero y marchaban a la batalla como fugitivos.

Por si fuera poco, el lago, difundiendo en ese instante una espesa nube de negras sombras, estorbaba toda visión a aquellos desdichados, a la par que el cielo, atrapado bajo el manto de la sombría noche, mostraba un aspecto nada agradable, preso entre las nubes de pez.

Pero no cesaba el cartaginés en sus ardides: escondido y con la espada envainada, permanecía quieto y sin permitir que nadie de su ejército impidiese el paso a los presurosos romanos. Les dejó vía libre para avanzar: a lo lejos se extendían, como en la más absoluta tranquilidad, las riberas desguarnecidas y sin reti-

[5] Se refiere a Venus, que tenía un templo en Idalia, ciudad de Chipre.

[6] Ninfas de los ríos y las fuentes.

[7] Se trata, en consecuencia, de una etimología artificial, motivada por la leyenda que Silio expone.

[8] La Aurora (cfr. I, 576).

[9] Flaminio. Sobre este luctuoso episodio de la historia de Roma, cfr. Livio, *AVC* 22.4. Silio adorna todo este relato de una aureola de presagio fatal para los soldados romanos.

rada posible. En efecto, a través de un estrecho sendero junto a los ajustados desfiladeros, el camino conducía a los romanos a una doble trampa que resultaría funesta si lo tomaban: por un lado las rocas, por el otro las aguas, los tenían acorralados.

En puestos de vigilancia, desde la sombría cima del monte, observaban el paso del enemigo con el fin de abordarlo en caso de que intentase huir. No de otro modo el hábil pescador, junto a las cristalinas aguas, teje de mimbre una ligera cesta de ancha abertura, entrelaza con cuidado la parte interior y, desde el centro, la va rematando poco a poco hasta la punta apretándola y anudándola de tal modo que el pez que sacó del agua y que tan fácilmente entró en su cesta, por medio de esta trampa, no pueda salir por el estrecho agujero.

Entre tanto el cónsul Flaminio, con la mente trastornada por la vorágine del destino, ordena que avancen cuanto antes las enseñas hasta que, elevando de las aguas su carro ardiente, los caballos del sol hayan esparcido la luz del día. Con la llegada del nuevo día, Titán[10] ya había disipado las nubes y la bruma desaparecía poco a poco de la tierra, dispersándose en medio de un cielo claro y sereno. En ese momento, el ave sagrada que, según arraigada costumbre, sirve de auspicio[11] para los pueblos latinos cuando se disponen para la batalla y quieren conocer el sentir de los dioses acerca de su resultado, como previendo la desgracia, renunció a comer y, golpeándose con sus alas, rechazó cualquier alimento. Cuando era sacrificado, el toro no dejó de emitir roncos y amargos mugidos y huyó de los altares llevando junto al cuello el hacha que un golpe fallido no clavó en su cerviz[12]. Además, cuando los soldados se afanaban con todas sus fuerzas por arrancar las enseñas, una sangre negruzca brotó del suelo rasgado y les saltó al rostro: desde su seno ensangrentado, la misma madre tierra ofrecía a aquellos desdichados un terrible presagio de la inminente catástrofe. Por si fuera poco, el padre de los dio-

[10] Cfr. nota a I, 209.

[11] Sobre estos presagios anteriores a la batalla, cfr. H. Le Bonniec (1980), pp. 194-206.

[12] El hecho de que las víctimas salieran huyendo de su sacrificio constituía un mal presagio. Cfr. Virgilio, *Eneida* II, 223.

ses, sacudiendo tierra y mar con su trueno, arrojó los rayos arrebatados de la fragua de los Cíclopes[13] contra las tirrenas aguas del Trasimeno; el lago, alcanzado por las llamas divinas, comenzó a humear en toda su extensión y sobre sus olas ardía el fuego. ¡Ay, consejos inútiles y prodigios que en vano pueden demorar la llegada de las Parcas! ¡Ay, dioses impotentes ante la fuerza del destino!

Fue entonces cuando Corvino, de insigne elocuencia e ilustre nombre, en cuyo dorado casco el ave de Febo mostraba el glorioso combate de su antepasado[14], henchido de inspiración divina y con el mismo miedo que amedrentaba a sus compañeros, mezcló los consejos con las súplicas y habló de esta manera: «¡Por el fuego de Ilión, cónsul, por las rocas tarpeyas, por los muros de nuestra patria y por nuestros hijos, prendas que quedan en suspenso a la espera del resultado de nuestra batalla! ¡Te rogamos que cedas ante los dioses y esperes el momento apropiado para el combate: ellos mismos te proporcionarán la ocasión y el lugar de la contienda. Simplemente, no renuncies a esperar el favor divino. Cuando resplandezca la hora que anuncie una sanguinaria matanza para Libia, entonces te seguirán las enseñas sin que mano alguna las arranque, el ave comerá gozosa y sin temor, y la benévola tierra no vomitará sangre alguna. ¿Acaso se escapa a un guerrero tan señalado como tú el enorme poder que tiene la malvada Fortuna en esta posición que ocupamos? El enemigo está frente a nosotros y nos cierra el paso; a nuestro alrededor las frondosas cumbres nos exponen a las emboscadas; por la izquierda las aguas estancadas no nos ofrecen una huida segura, y el paso a través del desfiladero es estrecho. Si optas por competir con Aníbal en argucia y prolongas la guerra, entre tanto llegará Servilio[15] a marchas forzadas: él tiene

[13] Los Cíclopes eran los encargados de forjar los rayos para Júpiter en su fragua de las islas Lípari.

[14] M. Valerio recibió el sobrenombre de *Corvus* después de un combate contra un galo gigantesco, en el 349 a.C. Un cuervo se posó en su casco y le ayudó a vencer a su rival. Cfr. Livio, *AVC* 7.26 y VAL. MÁX. 8.15. El ave de Febo es el cuervo, animal profético por excelencia desde que Apolo se metamorfoseó en él (cfr. OVIDIO, *Met.* V, 329).

[15] Cn. Servilio Gémino compartía el consulado con Flaminio en el 217 a.C.

la misma autoridad que tú y sus legiones las mismas fuerzas que las tuyas. Debes luchar con astucia. Para un general es menos relevante la gloria que deriva de su diestra».

Así habló Corvino, y de todas partes los personajes principales añadieron palabras de súplica, cada cual ante un temor distinto: unos imploran a los dioses por Flaminio, otros ruegan a Flaminio que no persista en su disputa contra los dioses. Esto azuzó aún más la fogosa cólera del general, enfurecido al oír que las fuerzas de su colega no le abandonarían: «¿Es así –decía– como me visteis correr a la guerra contra los boyos, cuando el tremendo azote de tan terrible horda nos acuciaba haciendo temblar por segunda vez[16] las rocas tarpeyas? ¡Qué valerosas almas abatí yo entonces con mi propio brazo, qué cuerpos nacidos de la áspera tierra, que apenas con un solo golpe rindieron su vida! Sus ingentes miembros yacían por toda la llanura, y aún hoy sus enormes esqueletos cubren los campos. Seguro que Servilio añadirá a mis proezas su refuerzo que llega tarde para que tenga que compartir con él mi éxito y me quede contento con una parte de la gloria[17]. Es cierto que los dioses nos ofrecen sus consejos, pero no penséis que son como vosotros, que tembláis ante el sonido de la trompeta. Contra el enemigo, la espada es un adivino bastante poderoso, y la fuerza de un brazo armado proporciona un auspicio bello y digno del soldado latino. ¿O prefieres, Corvino, que el cónsul permanezca recluido tras la empalizada sin hacer nada y que el cartaginés tome primero los elevados muros de Arrecio[18] y luego destruya la ciudadela de Córito?

[16] Flaminio se refiere a su reciente victoria sobre los boyos en el 223, que evitó que los galos asaltaran Roma por segunda vez, después del ataque de los galos senones en el 390 a.C.

[17] Silio no escatima recursos para acentuar la soberbia de Flaminio: primero el cónsul resalta la enorme estatura de los galos, similar a la de los gigantes, hijos de la tierra; luego, negándose a recibir la ayuda de su colega en el consulado para no tener que compartir con él la posible gloria del triunfo. A continuación, llega a despreciar la autoridad suprema de los dioses.

[18] A continuación se enumera una serie de ciudades etruscas. Arrecio (hoy *Arezzo*) se encuentra al este de Etruria. Cerca de ella se encuentra Córito (hoy *Cortona*, cfr. IV, 720). Clusio (hoy *Chiusi*) está al sudoeste del lago Trasimeno y al pie de la *Via Cassia*.

¿Y de ahí que pase a la de Clusio, y que, por último, dirija impunemente su marcha hacia las murallas de Roma? ¡La vana superstición resulta deshonrosa en medio de una guerra! La única divinidad que reina en los corazones de los guerreros es la Virtud. En mis negras noches me asaltan ejércitos de sombras, los que giran en los remolinos del Trebia y en las aguas del Erídano, todos aquellos jóvenes sin sepultar».

Y, sin más dilación, en medio de la asamblea y ante las mismas enseñas, el cónsul se mostraba inflexible en sus ansias por tomar ya las armas por última vez. Su casco estaba guarnecido de bronce y de la dorada piel de un becerro marino[19]; en la cimera se alzaba un triple penacho del que caía a modo de cabellera la melena de un suevo[20]. Por encima, Escila blandía pesados fragmentos de remos, con su jauría de perros abriendo las fauces en actitud fiera, insigne despojo de Gargeno que su orgulloso vencedor había acomodado intacto a su cabeza después que acabó con este rey de los boyos: lo llevaba como un trofeo en todas las batallas. Se puso la coraza, cuya malla entretejida con escamas de hierro en bruto mezclado con oro se erizaba de ganchos retorcidos[21]. Cogió luego su escudo salpicado con sangre de los celtas, fruto de anteriores masacres. En él, al fondo de una húmeda cueva, una loba lamía, como si se tratara de su cría, los miembros de un niño, descendiente de Asáraco[22] que ella alimentaba con vistas a su grandioso destino. Acto seguido ajustó la espada a su costado y tomó en su mano la lanza. Su corcel permanecía en pie, destrozando salvajemente el freno cubierto de espuma; por silla llevaba la piel listada de una tigresa del Cáucaso.

Montado luego en su caballo, el cónsul se acercaba a unos y a otros por donde la estrechez del camino se lo permitía, insuflando los oídos de todos con arengas: «Tarea vuestra es, vuestra es la gloria de llevar por toda la ciudad la cabeza del general cartaginés clavada en una lanza para que vuestros padres la con-

[19] Alusión a la foca (cfr. la denominación *vitulus marinus* en PLINIO, *NH* 9. 13. 15).

[20] Los suevos son una tribu de origen germánico.

[21] Cfr. Virgilio, *Eneida* 3, 467 y también SILIO, II, 401.

[22] Antiguo rey de Troya, abuelo de Anquises (cfr. III, 566).

templen: esta sola cabeza valdrá por todas. Que cada uno recuerde sus propias penalidades a modo de estímulo: "Mi hermano, ay, mi hermano yace junto a las funestas riberas del Tesino", o también "mi hijo vaga sin enterrar por las profundas aguas del Erídano". Que cada uno se anime a sí mismo como le parezca. Pero, si alguno de vosotros no encuentra su propio motivo de rabia y resentimiento, que lo busque en el terrible dolor que carcome el corazón de todos nosotros con una cólera inmensa: que piense en los Alpes profanados; en los indecibles 160
sufrimientos de Sagunto, que piense en aquellos para los que el nombre del Ebro[23] constituía un sacrilegio, que tenían vedado cruzarlo y, sin embargo, ya están ante el Tíber. Pues, mientras vosotros os demoráis consultando augures, entrañas de animales e inútiles arúspices, a Aníbal sólo le resta plantar sus campamentos en la roca Tarpeya».

Así de exaltado hablaba cuando, entre los miles de soldados apiñados, vio a uno que se ajustaba el sombrío penacho de su casco: «Obligación tuya –le dijo– es este combate, sí, Órfito, tuya. ¿Quién habrá de llevar a Júpiter propicio los abundantes despojos cargados en unas angarillas ensangrentadas? ¿Por qué semejante gloria habría de recaer en otra diestra?». Siguió cabal- 170
gando y, cuando escuchó una voz que le resultó familiar en tantos combates, añadió: «Desde lejos te precede el clamor de Marte, Murrano[24]. ¡Ya veo que estás furioso por exterminar tirios! ¡Qué gloria más grande te aguarda! Pero una cosa te ruego: acaba con la estrechez de este lugar y ábrete paso con la espada».

A continuación reconoció a Ecuano, natural del Soracte[25], quien descollaba por su corpulencia y por sus armas. En los campos de su patria, cuando el piadoso Arquero[26] disfrutaba

---

[23] Alusión al tratado que, al final de la Primera Guerra Púnica, prohibía a los cartagineses cruzar el Ebro (cfr. I, 480).

[24] Un soldado de este nombre ya aparece en la *Eneida* (12, 529) y también en un pasaje anterior de los *Punica* (IV, 529).

[25] Montaña de los faliscos, consagrada a Apolo (modernamente *Soratte*).

[26] El Arquero *(Arcitenens)* es sobrenombre de Apolo. El calificativo de *piadoso* responde al hecho de haber defendido a su madre Latona de la serpiente Pitón.

viendo las hogueras encendidas, era él quien, conforme al ritual, gustoso llevaba tres veces las entrañas a través de las ascuas sin quemarse: «Que pises por siempre y sin daño las brasas de Apolo, y, superando el fuego, lleves hasta el altar solemnes ofrendas a Febo apaciguado. ¡Concibe, Ecuano –añadió luego Flaminio–, un furor digno de tus hazañas y tus heridas! Si compartes conmigo mi cólera y mis deseos de sangre, no dudaré yo en penetrar a través de la falange de los marmáridas[27] e irrumpir en medio de los escuadrones de la caballería cinifia»[28].

Y ya no dio más consejos ni más discursos que retrasaran el combate, algo que los Enéadas habrían de lamentar largo tiempo. Al unísono dan las trompetas la funesta señal y la tuba resquebraja el cielo con terrorífico estridor[29]. ¡Ay, dolor! ¡Ay, lágrimas que después de tantos siglos no vienen a deshora! Siento horror como si el mal fuese inminente, como si el caudillo tirio llamara a las armas.

Desde recónditos montes irrumpen astures, libios, fieros baleares que hacen girar sus hondas, y un tropel de macas, garamantes y nómadas; a continuación aparecen los cántabros, más vivos que ningún otro en aportar al combate sus brazos venales y aprobar las guerras de mercenarios, y los vascones que renuncian a cubrirse con casco. Y de un lado las rocas, de otro el lago, de otro las armas y con ellas el grito unísono de guerra, atosigan a los romanos en tanto que el cordón de guerreros tirios despliega de colina en colina la señal que indica el ataque.

Los dioses[30] apartaron la mirada y cedieron impotentes al destino, más poderoso. El propio Marte se asombra de la fortuna del soberano libio, Venus rompe a llorar con los cabellos revueltos y Apolo, llegado hasta Delos[31], intenta consolar su triste dolor

---

[27] Cfr. II, 57.

[28] Cfr. II, 61.

[29] No puede dejar de observarse una similitud entre el original de Silio («ac tuba terrificis fregit stridoribus auras») y el archiconocido verso de ENNIO, frg. 259V («at tuba terribili sonitu taratantara dixit»).

[30] Es recurrente en los poemas épicos la mirada de los dioses sobre los enfrentamientos de los mortales. Cfr. la mirada de Juno en torno a los preparativos de la batalla entre Eneas y Turno (*Eneida* XII, 134 ss.).

[31] Su lugar de nacimiento.

con su compungida lira. Sólo Juno, en su morada de las cumbres del Apenino, aguarda la terrible catástrofe con corazón despiadado.

Las cohortes picentinas[32] fueron las primeras en atacar con decisión en cuanto vieron a las tropas enemigas desperdigarse como un desenfrenado torbellino y a Aníbal precipitarse sobre ellos: con el ardor propio de su juventud y ante su muerte ya inminente, pretenden resarcirse hostigando a los vencedores; y, libres de temor, puesto que daban su vida por perdida, envían por delante víctimas que aplaquen a sus propios manes. Con unánime esfuerzo y pareja audacia, disparan una lluvia de jabalinas contra los cartagineses; éstos, rechazados, bajan sus escudos, doblados por el peso de los proyectiles.

Azuzados por la presencia de su implacable general, los libios se animan entre sí con renovado ardor y se golpean chocando pecho con pecho. La misma Belona[33], agitando su antorcha y esparciendo su rubia cabellera cubierta de sangre, se pasea en medio de las filas. Un chillido mortífero y estridente sale del sombrío pecho de la diosa del Tártaro; su horrible trompeta de funesto sonido empuja a luchar a aquellas mentes trastornadas. En un bando la adversidad acrecienta la cólera: abandonar toda esperanza de salvación resulta un estímulo formidable cuando la fortuna se derrumba[34]. En el otro, la divinidad es propicia y la Victoria, con semblante alegre, los anima sonriente; disfrutan del favor de Marte.

Dejándose llevar por su frenético deseo de masacre, Laterano obedece a su brazo y había penetrado ya en las líneas enemigas. Tan pronto como Léntulo, en la flor de la edad como él, lo ve desafiando al destino en desigual combate, ansioso de lucha y ansioso de sangre, se abalanza con denodado ímpetu en medio de las hordas enemigas y, anticipándose al fiero Baga –que

[32] El Piceno se encuentra en el centro de la península Italiana, al este de los Apeninos. En principio aliados de Roma, dejaron de serlo en el 269 a.C. para luego incorporarse definitivamente a sus fuerzas.

[33] Diosa romana de la guerra.

[34] Cfr. el verso virgiliano «una salus victis nullam sperare salutem» («la única salvación de los vencidos es no esperar salvación alguna», *Eneida* II, 354).

estaba a punto de asestar[35] un golpe por la espalda a Laterano, enfrascado en la lucha–, lo aborda con un rápido movimiento de su lanza y se suma a su compañero en tan embarazoso lance. Acto seguido, ambos unen con arrojo sus armas, idéntico resplandor ilumina sus frentes y sus erguidas cabezas relucen con penachos iguales. Empujado contra ellos por azar (pues ¿quién se habría atrevido a hacerles frente si no aquel que hubiese sido condenado a la noche estigia por el dios de los que moran en el infierno?), Sírtico bajó del elevado monte con una maza arrancada de un roble y, sacudiendo con violencia aquella nudosa y pesada rama, ardía en deseos de acabar con ambos, aunque en vano: «Jóvenes, no estamos aquí en las Egates[36], en costas inseguras para los marineros; no será un mar revuelto por inusitadas tempestades el que, sin la intervención de Marte, decida la suerte de la batalla. Vosotros, que en otra ocasión vencisteis sobre las aguas, aprended cómo se bate un guerrero libio en tierra firme y ceded al mejor en autoridad».

Y, dicho esto, atacó a Laterano con su odioso y pesado leño al tiempo que lo denostaba. Rechinando los dientes de cólera, Léntulo le respondió: «Antes remontará el Trasimeno hasta lo alto de estas colinas que esta rama se impregne con la bendita sangre de los míos». Y, agachándose, le atravesó el costado, que, al tomar impulso, había quedado al descubierto: desde su negro pulmón la sangre ardiente salía a borbotones por las entrañas desgarradas.

En la otra parte del campo no era menor la locura sanguinaria que incitaba a ambos bandos a asestarse golpes mortales: el espigado Iertes mata a Nerio; tú, ilustre Vólunx, poseedor de tan ricos campos, sucumbes ante Rulo: de nada te valieron los tesoros ocultos en remoto lugar, ni tu palacio otrora reluciente con el marfil de tu patria, ni las cabañas de tu exclusiva propiedad. ¿De qué sirve la rapiña? ¿Para qué esa inextinguible sed de los hombres por el oro? A quien la Fortuna hace poco favoreció agasa-

[35] Los manuscritos recogen *serebat*, lectura que preferimos en lugar del *ferebat* propuesto por Bauer.

[36] Cfr. nota a I, 35.

jándole con montones de riquezas y abundantes regalos, el barquero del Tártaro[37] lo habrá de llevar desnudo en su barcaza.

Muy cerca, el belicoso Apio, con su juvenil audacia, abría un sendero de muerte: donde más claramente podía probarse el valor y nadie tenía fuerzas para demostrarlo, allí procuraba él la gloria. Atlante le cerró el paso, Atlante venido de las costas de Iberia, lejano habitante de unas remotas tierras que en vano atacó con su lanza el rostro de su rival: la punta apenas rozó su piel saboreando ligeramente aquella sangre noble. Apio profirió terribles amenazas y sus violentos ojos arrojaron llamas nunca vistas. Enfurecido, asestó golpes a todos los que hallaba a su paso. El casco le tapaba la herida; la sangre, fluyendo, realzaba su aspecto marcial. Entonces pudo verse a su joven adversario correr de miedo a ocultarse entre los compañeros: es así como tiembla la cierva acosada por una tigresa hircania[38]; como repliega, aterrada, sus alas la paloma que en las nubes avista al halcón; como la liebre se esconde entre las zarzas al barruntar al águila que planea en el cielo cristalino. Con un rápido movimiento de espada, Apio hirió a su enemigo en el rostro, luego en el cuello y, por fin, cercenó su mano temblorosa: su reciente éxito lo volvió más encarnizado y fue en busca de otro contendiente.

Le hizo frente un joven cinifio[39], el desdichado Isalces, que luchaba con refulgente hacha de doble filo. Deseaba entrar en combate ávido de conquistar la gloria ante la mirada de su suegro Magón[40]; se mostraba engreído por su inminente enlace con una sidonia y ensoberbecido por la vana promesa de antorcha nupcial[41] tras la guerra contra los dardanios. Contra él volvió su

[37] Caronte.

[38] Es proverbial en poesía épica la fiereza de las tigresas procedentes de Hircania, provincia de Asia situada al sudeste del mar Caspio, junto al territorio de los partos. Cfr. *Eneida* IV, 367 o MELA, *Chor.* 3. 43.2. Cfr. también ESTACIO, *Theb.* 5, 204, referido a las leonas.

[39] Procedente del río Cínips, en el norte de África. Cfr. II, 60 y V, 187.

[40] Este episodio responde más a una convención épica que a la realidad histórica, ya que Magón tenía en aquel momento poco más de treinta años. Para episodios similares, cfr. Homero (*Ilíada* XIII, 369) y Virgilio (*Eneida* II, 343).

[41] Un niño al frente del cortejo que conducía a la novia llevaba una antorcha hasta la casa del novio.

encarnizada ira el implacable Apio y, cuando aquél intentaba incrustarle su pesada hacha en la frente, éste se irguió y le asestó un golpe sobre el casco. Como consecuencia del violento impacto, la frágil espada se rompió contra el bronce del cinifio. Pareja suerte corrió Isalces, quien, con un golpe fallido, rozó sin éxito el centro del escudo de Apio. Fue entonces cuando éste, jadeante, cogió del suelo una piedra que jamás habría podido levantar sin la fuerza que proporciona la cólera sanguinaria, la arrojó y tumbó boca arriba a su enemigo; éste cayó de espaldas, aplastado bajo el peso de la roca y con todos sus huesos rotos. Su suegro, que se batía en un lugar próximo, lo vio caer y, entre gemidos, comenzó a derramar lágrimas bajo su casco. Se lanzó luego rabioso: inflamaban su ánimo el matrimonio recién concertado y la esperanza de futuros nietos. Ya andaba cerca y con la vista examinaba el escudo y los imponentes miembros de Apio. Al acercarse un poco más, pudo ver la resplandeciente luz que despedía la parte frontal del casco y, por un momento, contuvo su terrible cólera. No de otro modo que el león que, tras precipitarse desde su oscura guarida, tiene que agacharse en el suelo y encoger sus miembros acurrucándose al ver de cerca los desafiantes cuernos de un toro, por más que lo acucie un hambre atroz. La fiera aprecia los músculos que sobresalen de su alta testuz y la torva mirada en su arrugada frente, observa que el toro mueve sus defensas[42] y se apresta a luchar escarbando la arena con sus pezuñas[43].

Apio fue el primero en blandir un proyectil y habló de esta manera: «Si hay algo de afecto en ti, no incumplas el pacto que sellaste y ve, suegro, a reunirte con tu yerno». Al instante la veloz lanza atravesó el arnés de cuero del escudo y su guarnición de bronce para clavarse finalmente en el brazo izquierdo. El libio,

[42] La expresión *signa movere* (lit. «mover las enseñas») alude, en última instancia, a la preparación para una acción inminente. Cfr. Livio *AVC* 7.34.13; 22.38.6; etc.; LUCANO, *Fars.* 1.422; 6.13; VIRGILIO, *Georg.* 3.236.

[43] Es constante la evocación a Virgilio en este duelo entre Magón y Apio: Palante desprende luz por sus ojos (*Eneida* X, 446-7); Turno es comparado a un león (X, 454-5); por último, un toro a punto de embestir escarba la arena en *Geórgicas* 3, 234.

por su parte, no respondió con palabras, sino que, pleno de ardor, arrojó con tino su lanza, memorable obsequio de su intrépido hermano. Éste se la había arrebatado a Durio[44] cuando lo derrotó al pie de las murallas de Sagunto y se la había entregado a su hermano para que la llevara en los combates como insigne recuerdo de un duelo sin igual. El enorme proyectil, reforzado por el resentimiento de quien lo arrojaba, atravesó la armadura y el rostro del guerrero y asestó un golpe mortal. Mientras luchaba por arrancarse el hierro, sus manos desangradas cayeron sobre la herida. En la llanura meonia[45] yace Apio, nombre ilustre y parte importante de aquella Italia en ruinas. El lago se estremeció, Trasimeno evitó tocar su cuerpo y retiró sus aguas. Ya en los estertores de la muerte, apretó el proyectil en su boca ensangrentada y, con la lanza mordida, comenzó a mascullar[46].

Y no corrió mejor suerte Mamerco, que expió su castigo en todo su cuerpo: no hubo enemigo que no lo hiriese. En efecto, por entre las líneas enemigas, allí donde la indomable tropa lusitana[47] azuzaba al combate, llevaba él un descomunal estandarte ensangrentado que había sustraído a un abanderado muerto e intentaba reunir, pobre desdichado, las trémulas enseñas de los suyos. Pero aquella cohorte, furiosa y enardecida por su arrogante atrevimiento, le arrojó a un tiempo todo proyectil que vino a sus manos, todo lo que les brindaba el suelo, apenas transitable con todas aquellas armas esparcidas: muchas de las lanzas no encontraron sitio en un cuerpo que tenía los huesos atravesados de parte a parte.

En esto llegó el caudillo libio, rabioso de cólera por la herida de su hermano: cuando vio la sangre, pregunta enloquecido a Magón y a sus compañeros si la punta había alcanzado el costado, si el dardo se había alojado con todo su peso. Tan pronto como supo que no había que temer por su vida y que la herida era menos grave de lo que pensaba, lo cubrió con su propio

[44] Cfr. I, 438.

[45] Cfr. nota a V, 10.

[46] Cfr. Homero, *Ilíada* 5, 75 y Ovidio, *Met.* V, 143.

[47] Entre el ejército cartaginés había un contingente formado por soldados lusitanos (cfr. Livio, *AVC* 21.57.5).

escudo, se lo llevó a todo correr del frente y lo acomodó en el campamento, a salvo de la vorágine del combate.

Al instante solicita los conocimientos de un médico y la asistencia del anciano Sínalo. Nadie lo aventajaba ungiendo las heridas con el jugo de hierbas, extrayendo el hierro del cuerpo por medio de encantamientos o durmiendo a las serpientes con el tacto[48]; su nombre era conocido en todas las ciudades y en todas las costas de la Sirte paretonia[49]. Mucho tiempo atrás el primer Sínalo recibió de su padre, el mismísimo Amón el Garamante[50], los conocimientos para sanar las mordeduras de las fieras y las graves heridas que causan las armas. Al morir, reveló aquel divino don a su hijo, y su hijo transmitió a su heredero, para su gloria, el arte de su padre. Y a éste sucedió con no menor[51] fama Sínalo, quien, con su maestría y su estudio, perfeccionó el saber de los garamantes; entre sus muchas imágenes contaba con la de su ancestro, el legendario compañero de Amón[52].

Aplica entonces con premura y por medio de un terso[53] masaje los remedios de sus antepasados: sujetándose, según costumbre, los pliegues de sus vestiduras, limpia con agua clara la sangre de la herida. Mientras, Magón sólo tiene en mente los despojos y la muerte del enemigo abatido; intentaba con palabras disipar las preocupaciones del corazón de su hermano y aliviar su fatalidad por medio del éxito alcanzado: «No temas, hermano. No podrías aplicar a mis males mejor remedio: Apio yace arrojado a los manes por obra de mi lanza. Si pierdo la vida, ya he hecho suficiente; dichoso seguiré a mi enemigo hasta las sombras».

---

[48] Cfr. I, 412.

[49] Paretonio era una ciudad egipcia cercana a Alejandría (cfr. III, 225).

[50] Cfr. I, 414 ss.

[51] Todos los manuscritos recogen *melior*, que Heinsius corrige por *levior*. El sentido hace que nos decantemos por esta segunda lectura.

[52] Entre los épicos es recurrente la transmisión de conocimientos acerca de la curación de heridas. Quirón enseña a Macaón (Homero, *Ilíada* IV, 219), Apolo a Yápige (Virgilio, *Eneida* XII, 391). También se repite toda la parafernalia que acompaña a los sanadores, como el hecho de sujetarse la toga (cfr. *Ilíada* V, 401; *Eneida* XII, 400).

[53] Los manuscritos presentan *levi*, que Drakenborch corrige por *leni*. Nosotros nos decantamos por la lectura de los manuscritos.

Mientras tales ocupaciones alejaban a los jefes de la llanura y los retenían tras su empalizada, el cónsul, contemplando desde un elevado montículo cómo el cartaginés abandonaba las filas, cómo los negros nubarrones de la guerra se ocultaban en los campamentos, atacó furioso las temblorosas formaciones de guerreros desalentados y, con su ataque por sorpresa, rompió las líneas enemigas, ya de por sí despobladas; al punto reclama con voz fiera su caballo y se lanza a luchar en medio del valle. Así es como Júpiter proyecta sobre la tierra torrenciales aguaceros de crepitante granizo y con su rayo azota ya los elevados Alpes, ya los Ceraunios[54] que se confunden con el cielo, y se estremecen a un tiempo tierra, mar y aire, y, ante las sacudidas del universo, hasta el mismo Tártaro se remueve: no de otro modo cayó sobre los aturdidos cartagineses este repentino huracán, esta catástrofe imprevista. Un escalofriante horror caló hasta los huesos de aquellos desdichados cuando vieron al cónsul, que, espada en mano, se lanzó en medio de las apretadísimas filas abriendo un ancho camino.

Un clamor de voces confusas y discordantes eleva hasta los dioses la furia de la batalla y golpea las estrellas. No de otro modo que cuando el padre Océano descarga la impetuosa Tetis[55] contra la hercúlea Calpe[56] y arroja el mar revuelto con su rugiente oleaje contra las socavadas entrañas del monte, gimen los escollos y el choque de las aguas contra las rocas se oye desde Tartesos, de la que está separada por un vasto territorio, y se oye también desde el Lixo[57], del que media un mar considerable.

Alcanzado por un venablo que calladamente atravesó el aire, Bogo fue el primero en caer. Él había sido el primero que, junto a las orillas del infausto Tesino, arrojó contra los rútulos su veloz lanza. Engañado por los vanos auspicios de las aves[58], había creído

[54] Cadena montañosa del Epiro que bordea toda la costa (hoy *Kimara*).

[55] Esposa del Océano, madre de los ríos y las ninfas marinas. Aquí designa el mar sin más.

[56] Gibraltar, donde se encontraba una de las columnas de Hércules. Cfr. I, 141.

[57] Ciudad y río de Mauritania Tingitana. Cfr. III, 258.

[58] Cfr. IV, 131 ss.

que Cloto le otorgaría larga vida y numerosa descendencia. Pero no hay augurio que permita a nadie eludir el término fijado por las Parcas: cayó en medio de las armas y, mirando al cielo con los ojos ensangrentados, ya moribundo, reclamaba a los dioses la larga vejez que le habían prometido.

Tampoco pudo Bagaso mostrarse exultante o marcharse impunemente después de quitar la vida a Libón ante los ojos del cónsul. Orgullo de sus laureados ancestros, estaba en la flor de su juventud, pero el hierro del masilo[59] le cercenó la cabeza con sus mejillas sombreadas de bozo: con su muerte prematura, el guerrero bárbaro puso fin a sus tiernos años. Sin embargo, sus súplicas a Flaminio cuando estaba a punto de morir no fueron en vano, pues el cónsul se apresuró a segar de un tajo cabeza y cuello de su contrincante; se deleitó castigando al vencedor con un ejemplo atroz y devolviéndole la misma muerte que él había infligido.

¿Qué dios, oh, Musas, podría relatar tantas muertes con las palabras apropiadas?[60] ¿Quién podría plasmar en versos lamentaciones dignas de tan nobles sombras? ¡Jóvenes en la flor de la vida disputándose la gloria de morir, hazañas despiadadas de guerreros en el umbral de la muerte, rabia en aquellos corazones acribillados de dardos! Tras brutales acometidas, caen desplomados guerreros de ambos bandos y no hay tiempo para expoliar al enemigo o preocuparse del botín.

Acuciado por el ansia de matar, mientras la herida de su hermano retenía a Aníbal en el campamento, el cónsul avanza y se precipita ya con dardos, ya con la espada. Se le reconocía montado en su caballo, entre miles de guerreros, o a pie, batiéndose en feroz combate delante mismo de águilas y enseñas. Regueros de sangre inundan aquel valle infame, los montículos y las socavadas rocas repiten el fragor de las armas y el resuello de los caballos.

Sembraba la confusión en el campo un guerrero que luchaba con fortaleza y estatura sobrehumanas; aterradas quedaban las

[59] Pueblo del norte de África. Cfr. I, 101.

[60] Cfr. Virgilio, *Eneida* II, 360 ss.; Lucano, *Fars.* VII, 617 ss.

tropas al contemplar el cuerpo gigantesco de Otris el marmárida. Sus descomunales hombros elevaban su inmensa cabeza por encima de ambos ejércitos; la hirsuta cabellera que crecía en su torva frente y una barba semejante a su melena ensombrecían su boca. Erizado por la horrible rugosidad, su velludo pecho se encrespaba con cerdas propias de una fiera. Nadie osaba hacer frente a tal guerrero y combatir de cerca con él: como a una bestia en campo abierto, lo acosaban con proyectiles lanzados al amparo de las líneas. Cuando al fin, dando gritos y con fiero semblante, iba en pos de los romanos desperdigados, una flecha gortinia[61] atravesó sigilosa las nubes y fue a clavarse en su torvo ojo, deteniendo su avance. Mientras huía junto a los suyos, el cónsul le lanzó por la espalda un venablo que se hundió en sus desguarnecidas costillas y asomó la punta por el pecho encrespado; a toda prisa intentaba arrancarlo por donde ve aparecer el reluciente extremo de hierro, hasta que, perdida abundante sangre, cayó a tierra muerto, oprimiendo el dardo con la herida de su pecho. Al exhalar su último suspiro, levantó a su alrededor una polvareda que se dispersó como una nube por los aires.

Mientras tanto, no era menor la furia con que Marte rugía por montes y bosques. Sobre aquel terreno escabroso se libran los combates más diversos: rocas y zarzas brillan teñidas de sangre. Siqueo siembra la muerte y la destrucción y causa brutales estragos entre los desconcertados romanos. De lejos abate con su lanza a Murrano, a quien nadie sobrepujaba en dulzura cuando con su plectro tocaba las cuerdas de Eagro[62] en tiempos de paz. Cae en el enorme bosque y, ya a punto de morir, busca los montes de su patria, los campos ecuanos[63] fértiles en los dones de Baco y Surrento[64], apacible por el soplo del saludable Céfiro.

Pero añadió Siqueo una nueva víctima que acompañara a Murrano en su desgracia; triunfante, disfrutaba con aquella feroz

[61] Cfr. nota a II, 90.

[62] Eagro es rey de Tracia y padre de Orfeo.

[63] De Ecua, antigua ciudad de Campania cercana a Surrento y afamada por sus vinos.

[64] En la actualidad *Sorrento*, en la costa de Campania. El Céfiro es un viento del oeste, suave y templado.

contienda, macabra e insólita. En efecto Taurano, siguiendo a los huidos, se había adentrado en un frondoso bosque y, recostado de espaldas sobre el tronco de un viejo olmo, estaba a salvo de los golpes; en vano llamaba con sus últimas palabras a los compañeros que había dejado atrás. La punta de la lanza sidonia alcanzó al joven guerrero y, luego de atravesar a toda velocidad su cuerpo, terminó clavándose en el árbol.

¿Qué os sucede? ¿Qué cólera divina, guerreros, qué siniestro pánico se ha apoderado de vuestras mentes para que abandonéis la batalla en busca de un refugio entre las ramas? No hay duda: en las situaciones críticas el miedo no es buen consejero. Un fatal desenlace demuestra a la postre que el temor es una decisión desacertada. Una añosa encina extendía sus elevadas ramas hasta el cielo, alzándose altiva por encima de los espesos bosques e incrustando su umbrosa copa en las excelsas nubes; de estar en campo abierto, parecería ella sola un bosque; la negra sombra de su frondoso ramaje ocupaba una vasta extensión de terreno. A su lado, una encina de similares dimensiones, empeñada durante siglos en levantar hasta las estrellas su copa de encanecida punta, dejaba caer las ramas que salían de su enorme tronco y ensombrecía con su follaje las escarpadas cumbres de los montes. Hasta ella se llegó a toda prisa, enviada desde tierras triangulares[65] por tu rey[66], Aretusa[67], la cohorte de Henna[68]: incapaz de salvar su muerte del deshonor y con la mente trastornada por el excesivo temor, ascendía sucesivamente hasta agarrarse a las ramas, que se cimbreaban con tan inestable carga. Acto seguido, mientras se subían unos encima de otros pugnando por colocarse en lugar seguro, unos cuantos cayeron: el árbol,

[65] El original presenta el adjetivo *Triquetrus*, que alude a la forma triangular de la isla de Sicilia.

[66] Hierón II, rey de Siracusa, fiel aliado de los romanos.

[67] Ninfa del Peloponeso amada por Alfeo, dios del río homónimo. Cuando éste la perseguía, Aretusa pidió auxilio a Diana, su protectora, que la convirtió en fuente. Por amor, Alfeo mezcló sus aguas con las de ella. A través de una conducción subterránea llegó hasta cerca de Siracusa, en la isla de Ortigia, dedicada a la diosa. Cfr. Ovidio, *Met.* V, 572 ss.

[68] Ciudad de Sicilia, célebre por haber sido allí donde Plutón raptó a Proserpina para convertirla en diosa de los infiernos. Cfr. nota a I, 93.

poco fiable por la fragilidad de sus ramas putrefactas y el paso del tiempo, les había fallado; quedaron otros colgados en la alta copa, temblando y expuestos como blanco de las lanzas. Apresurándose a acabar de un golpe con todos aquellos cobardes, Siqueo soltó su escudo y, cambiando de arma, asió sin más el hacha de doble filo guarnecida de bronce para el combate. Algunos compañeros acudieron a ayudarle, y, con enorme estruendo, el árbol sacudido crujió, cediendo a los continuos golpes. Al zarandear el tronco, la multitud de desdichados comenzó a tambalearse, como cuando el soplo del Céfiro agita los bosques añosos y en la copa de un árbol, sobre las trémulas hojas, un pajarillo a duras penas puede agarrarse, balanceándose a la vez que su nido. Vencida finalmente por tantos hachazos, la inhabitable encina, triste cobijo de aquellos desdichados, sucumbió aplastando en su descomunal caída los cuerpos de los guerreros.

La catástrofe presenta entonces un aspecto diferente: la encina que estaba junto a esta masacre se prende y al momento la envuelven las voraces llamas. Inmediatamente Vulcano aviva la madera seca con sus violentas ráfagas y arroja entre el follaje asfixiantes bolas de fuego abrasador que calcinan la copa. Mientras tanto, no cesan los proyectiles: los cuerpos, medio quemados y gimiendo, caen abrazados a las ardientes ramas.

En medio de la deplorable angustia de sus soldados, llega el cónsul[69], furioso y resuelto a matar a Siqueo. Pero el joven guerrero, ante el incierto desenlace de tan gran duelo, toma la delantera y prueba su suerte arrojando primero su dardo. La punta se clava ligeramente en medio del escudo, en el relieve de bronce, incapaz de atravesar el entramado que se le oponía. Por su parte, el cónsul no estaba dispuesto a confiar el azar de aquella muerte que tanto anhelaba al lanzamiento de un proyectil, así que le clavó la espada en el costado, sin que la protección de cuero de su escudo pudiera detener el golpe. El desdichado Siqueo se desploma y su boca ensangrentada muerde la tierra, dejando escapar el último suspiro: en ese momento, el frío estigio se dispersó

[69] Flaminio.

por todo su cuerpo, recibió la muerte que se colaba hasta sus entrañas y preparó sus ojos para un largo sueño.

Mientras Marte alternaba confusamente este luctuoso panorama con los más variados acontecimientos, Magón había abandonado ya el campamento, y lo mismo había hecho el caudillo libio: ambos hacían avanzar sus presurosas enseñas a marchas forzadas, ansiosos por recuperar mediante una carnicería el tiempo perdido en la inactividad y compensarlo con abundante derramamiento de sangre. El escuadrón se adentra en el negro torbellino de una nube de polvo, el suelo se levanta con la arena removida. Allí donde el jefe se encamina y dirige sus pasos, se desata una tempestad que todo lo envuelve con remolinos de viento y cubre de niebla las cumbres de las montañas. Cayeron Fontano, alcanzado en una pierna, y Buta, con su melodiosa garganta atravesada: tras asestar el golpe, la punta asomó por la espalda. A uno, de numerosos ancestros, lo llora entristecida Fregelas[70], por el otro se lamenta Anagnia, su tierra natal.

No corriste distinta suerte, Levino, aunque no mostraras la misma audacia: no probaste a batirte con el rey tirio, sino que elegiste para un duelo igualado a Itemón, cabecilla de los autóloles[71]. Ya le habías cercenado las corvas y lo estabas expoliando, cuando, con feroz impulso, lanzó una pesada jabalina de fresno que se alojó en tus costillas; tu cuerpo, colapsado por el golpe, cayó de pronto al suelo, sobre el enemigo yaciente.

Y no faltó tampoco la cohorte de Sidicino[72]: Viriasio estaba al frente de mil soldados; nadie lo aventajaba a la hora de emplazar un campamento, ensamblar una barca, derribar murallas con el duro ariete o colocar improvisados puentes de asalto junto a una torre. Cuando el caudillo libio lo vio jactándose de su fiero valor (pues Araurico, herido y receloso de su ligera armadura, huía atropelladamente de él), montó en cólera, acrecentada entonces por tan señalado duelo, y creyó que merecía enfrentarse cuerpo a

[70] Fregelas (en la actualidad *Ceprano*) y Anagnia (hoy *Agnani*) son dos ciudades próximas a Roma, la primera en territorio volsco; la segunda, capital de los hérnicos.

[71] Cfr. II, 63.

[72] Teano Sidicino (hoy *Teano*), ciudad de Campania.

cuerpo con tan sanguinario guerrero. Mientras Viriasio arrancaba su lanza del cadáver de Araurico[73], voló hasta él y, atravesándole el pecho, dijo: «Encomiables son tus hazañas, quienquiera que seas; no mereces morir a manos de otro que no sea yo. Lleva hasta los manes la gloria de esta muerte. Si no fueras de raza itálica, te habría permitido marchar con vida».

Abordó luego a Fado y a Labico, veterano guerrero al que mucho tiempo atrás se había enfrentado Amílcar[74] en tierras de Sicilia en un excelente duelo que le reportó un nombre ilustre. Despreciando sus años y olvidándose de su provecta edad, marchaba a la contienda con fiera determinación y con toda la energía de su cólera; pero sus inofensivos golpes revelaban su decrepitud, agarrotada para el oficio de Marte: era el fuego languideciente de una paja que crepita en vano y produce una llama escasa y sin fuerza. Cuando el altanero caudillo de los cartagineses supo quién era gracias a las indicaciones del escudero de su padre, le dijo: «Paga aquí y ahora el castigo que corresponde a la primera guerra; es Amílcar, a quien conoces bien, el que te arrastra a los manes por obra de este brazo». Puso a continuación la jabalina a la altura de su oído y la lanzó, atravesando a Labico, que se retorcía con el golpe. Al arrancar la punta, sus canas se tiñeron de sangre, y, con su muerte, puso fin a tan prolongadas fatigas. También acabó con Herminio, que hacía sus primeras armas; Herminio, aquel que solía saquear tu lago, Trasimeno, pescando con anzuelos y tender la malla sobre tus tranquilas aguas para extraer alimento para su anciano padre.

Entre tanto, los apenados cartagineses llevaban a Siqueo sin vida sobre sus armas, y conducían su cuerpo hacia el campamento. Cuando Aníbal los vio desfilar entre gritos de desolación, su pecho se estremeció presagiando el duelo: «¿Qué dolor es éste, compañeros? –dijo–. ¿A quién nos ha arrebatado la cólera de los dioses? ¿A ti, Siqueo, enardecido por la dulzura de la gloria y por la excesiva pasión del primer combate? ¿A ti la muerte prematura te ha llevado en este lúgubre día?».

[73] Cfr. III, 403.
[74] En la Primera Guerra Púnica.

Cuando así lo refrendaron los sollozos y las lágrimas de la comitiva fúnebre y los entristecidos soldados señalaron al culpable de aquella muerte, Aníbal añadió: «Puedo ver en tu pecho una gloriosa herida recibida de frente[75] causada por una lanza de Ilión; digno de Cartago, digno de Asdrúbal[76], partirás junto a los manes. Tu virtuosa madre te llorará de igual modo que a tus antepasados, y nuestro querido Amílcar, al verte allá en las sombras de la Estigia, no te evitará como si fueses indigno de su raza. En cuanto a Flaminio, causante de tan triste dolor, con su muerte apaciguará mi llanto. Ésa será la comitiva que acompañe tus exequias. Aunque es tarde ahora, ya quisiera la sacrílega Roma pagar un alto precio por haber profanado con su espada el cuerpo de mi querido Siqueo».

Así dijo, arrojando por su boca un humeante vapor; la ira se escapaba de su pecho en entrecortados murmullos, del mismo modo que rebosa el agua hirviendo encima de un fuego excesivo, cuando el líquido bulle encerrado en el caldero inflamado[77]. A continuación, se arrojó al fragor de la batalla, provocando y hostigando solamente a Flaminio; éste, antes que entretenerse en palabras, deseaba ya entablar combate. Marte empezaba ya a insinuarse cada vez más cerca y ambos estaban ya frente a frente en el campo de batalla, cuando, de pronto, se produjo un fragor que sacudió las rocas[78]. De improviso las colinas se estremecieron (algo horrendo) y las elevadas cumbres de las montañas temblaron por completo. En la cima se tambaleaban los bosques de pinos y un alud de piedras se precipitaba sobre los ejércitos. Removida en sus más profundas entrañas, la tierra bramó al hendirse en dos, mostrando una enorme grieta. El inmenso abismo con sus fauces abiertas dejó al descubierto las sombras estigias. Los manes de las profundidades se asustaron al ver la luz que ya conocieron en el

[75] Prueba de que no estaba huyendo y, en última instancia, indicio irrefutable de su valor.

[76] Su padre (cfr. III, 346).

[77] Cfr. los precedentes de este símil en Homero (*Ilíada* XXI, 362-365) y Virgilio (*Eneida* VII, 462-466).

[78] Este terremoto no es un recurso poético sino una realidad histórica (cfr., por ejemplo, Livio, *AVC* 22.5.8).

pasado[79]. El sombrío lago se aupó hasta la cima de los montes y, 620
arrancado de su primitivo cauce, inundó los bosques tirrenos de unas aguas desconocidas. La terrible crecida originada por esta tempestad se extendió llevándose por delante pueblos y ciudades de poderosos reyes. Y, aún más: los ríos pugnaban por retroceder hasta sus fuentes, el mar volvió el curso de las olas. Los Faunos[80] que habitan el Apenino abandonaron las montañas para huir hacia la costa.

Los soldados, sin embargo, seguían combatiendo (¡ah, guerra sin sentido!): tambaleándose sobre un suelo resbaladizo, precipitándose sobre una tierra que se movía bajo sus pies, arrojaban, imprecisas, sus jabalinas al enemigo, hasta que los guerreros 630
daunios se vieron forzados a dirigir sus inestables pasos hacia la orilla, penetrando sin darse cuenta en las aguas. A sus espaldas (pues la convulsión del terremoto lo había alejado de ellos) el cónsul les increpaba una y otra vez: «¿Qué os queda, contestadme, qué os queda si salís huyendo? Vosotros sois los que guiáis a Aníbal hasta las murallas de Roma, vosotros los que arrojáis hierro y fuego contra el templo tarpeyo del Tonante. Fijaos, soldados, y aprended de mí a luchar con valentía; y, si no podéis luchar, aprended a morir. No es despreciable el ejemplo que Flaminio va a ofrecer a las generaciones venideras: ni libios ni cántabros verán jamás al cónsul volver la espalda; yo solo, si tanto 640
afán y tanta locura tenéis por huir, yo solo acogeré en mi pecho todos los proyectiles del enemigo; y, al morir, cuando mi alma se desvanezca a través del aire, llamaré de nuevo a vuestras diestras a la lucha».

Mientras decía estas palabras y avanzaba al encuentro de las compactas filas enemigas, se le acercó, fiero en su aspecto y en su determinación, Ducario[81]: tal era el nombre de familia de tan valeroso guerrero. Desde la derrota sufrida en otro tiempo por sus paisanos, los escuadrones boyos, aún llevaba grabada en su corazón bárbaro aquella vieja herida[82]. Al reconocer el rostro de

[79] Cfr. Virgilio, *Eneida* VIII, 243-246.
[80] Genios de los bosques y campiñas, compañeros de los pastores.
[81] Cfr. Livio, *AVC* 22.6.4.
[82] Cfr. IV, 704 ss.

su altanero vencedor, le gritó: «¿Y tú eres aquel a quien tanto
650 temen los boyos? Con la ayuda de esta jabalina me gustaría saber si de la herida de este cuerpo tan afamado mana sangre[83]. Y no sintáis reparo, compatriotas, en ofrendar esta cabeza a las sombras de nuestros valerosos guerreros. He aquí al hombre que, subido en nuestros carros, condujo hasta el elevado Capitolio[84] a nuestros antepasados vencidos. Ha llegado la hora de la venganza». Al instante, acribillaron al cónsul con proyectiles venidos de todas partes; y hasta tal punto lo cubrieron con aquella lluvia que atravesó el aire, que nadie pudo jactarse de haber matado a Flaminio con su propia mano[85].

Con la muerte del cónsul la batalla llegó a su fin, pues en fila
660 compacta los soldados principales, enojados con los dioses y consigo mismos por aquella funesta derrota, pensaban que más deshonroso aún que la muerte era ver al cartaginés triunfante: inmediatamente todos, sobre el cadáver de su general, sobre sus miembros abatidos, echaron a porfía armas, cuerpos y manos ensangrentadas en tan desgraciado combate. Y así, con esta inmensa pila de muertos, cubrieron al héroe a la manera de una tumba. Luego, cuando la destrucción y la sangre se esparcieron por aguas, bosques y el profundo valle, el cartaginés, acompañado de su hermano[86], se introdujo en medio de los batallones de guerreros muertos y dijo: «¡Mira qué heridas! ¡Mira qué muertes! Todas las manos empuñan la espada, los soldados yacen armados en actitud de combate. ¡Observad mis escuadrones, a
670 estos muertos, éstos de aquí! Aún persiste la amenaza en sus semblantes, aún permanece la ira en sus rostros. Temo que, a esta tierra prolífica en hombres valientes y aguerridos, el destino haya deparado la soberanía y que, a partir de sus propias derrotas, domine el mundo».

Así habló, y luego se marchó ante la llegada de la noche: al retirarse el sol, llegaron las tinieblas poniendo fin a la masacre.

---

[83] Ducario trata con desprecio e ironía a Flaminio.

[84] Cuando derrotó a los boyos, Flaminio los hizo desfilar delante de su carro triunfal en dirección al Capitolio.

[85] Según Livio, Ducario, galo ínsubre, fue el asesino de Flaminio.

[86] Magón.

Libro VI

Titán[1], que había desenganchado sus caballos en el mar de Tartesos[2] para fundirse con la noche, ya los volvía a uncir en las costas de Oriente, y los seres[3] (los primeros que el renovado Faetón ilumina) recolectaban de nuevo los vellones de sus árboles cargados de seda, cuando la repugnante masacre se apareció ante los ojos y pudieron contemplarse de cerca la insana labor de Marte[4]. Una mezcla confusa de armas, soldados, caballos e, incluso, manos aferradas a las heridas del enemigo caído; por doquier escudos, penachos, cuerpos decapitados y espadas tiradas por el suelo, rotas al golpear en el duro hueso; podían verse también las miradas de los moribundos buscando en vano la luz del 10
cielo. El lago estaba cubierto de espumarajos de sangre y los cadáveres, privados para siempre de su tumba, flotaban en la superficie.

Pero no todo el valor itálico había sucumbido ante tal adversidad. Brutio, cuyo cuerpo acribillado mostraba las iniquidades

---

[1] Cfr. nota a I, 209.

[2] Cfr. III, 399.

[3] Con este nombre se denomina a los remotos pueblos que habitaban el lejano Oriente, y más concretamente la actual China. Según creencia antigua, los pueblos orientales recogían los vellones de seda de las ramas de los árboles.

[4] Sobre el macabro espectáculo que se detalla a continuación, cfr. E. L. BASSETT (1959), pp. 10-34.

de Marte, yacía sobre un enorme montón de infortunados cadáveres; a duras penas había levantado su cabeza abatida y, en medio de aquella carnicería, arrastraba los miembros mutilados con sus músculos vacilantes. Carecía de riquezas y tampoco brillaba por sus ancestros o su elocuencia, pero era incansable con la espada: nadie del pueblo volsco[5] alcanzó con su noble muerte mayor gloria que él. De niño, cuando apenas despuntaba en sus mejillas el primer bozo, ya deseaba ingresar en el ejército; el esforzado Flaminio pudo comprobar su valor cuando, victorioso, devastó las huestes célticas con la ayuda de unos dioses más propicios. Luego tuvo el honor de custodiar en todos los combates el ave sagrada[6], gloria esta que le ocasionó la muerte. En efecto, sabedor de su final y sin poder impedir que los cartagineses arrebataran el águila, en cuanto vio que el destino le era adverso y que la contienda se decantaba hacia una estrepitosa derrota, trató de ocultarla, entregándola por un momento a la tierra. Pero fue alcanzado de pronto por varios proyectiles y cayó abatido, cubriendo el águila con su cuerpo moribundo. Cuando la luz del día le devolvió de la noche estigia y de este desdichado adormecimiento, se levantó apoyándose en una lanza clavada en un cadáver a su lado y, sin ayuda de nadie, cavó con su espada un hoyo en la tierra que, anegada con su sangre, se abría con facilidad. Tras venerar la efigie de la infortunada águila, la enterró y luego allanó la arena con sus débiles manos. Acto seguido, el postrero aliento de aquel guerrero extenuado se marchó por el aire sutil, enviando su noble corazón al Tártaro.

Muy cerca podía verse una muestra de valor lleno de furia divina y digno de versos imperecederos: Levino, natural de la alta Priverno[7] y distinguido con el honor de la cepa latina[8], yacía sin vida sobre el cuerpo también sin vida del nasamón Tires, guerrero este que no llevaba lanza ni espada. En la disputa la Fortuna le había arrebatado las armas. Sin embargo, pese a

[5] Primitivo pueblo del Lacio, al sur de Roma.

[6] El águila, distintivo de la legión romana. El *aquilifer* pasaba por ser el centurión de mayor prestigio.

[7] Ciudad situada en pleno territorio de los volscos (hoy *Piperno*).

[8] Todos los centuriones llevaban como distintivo una cepa de vid.

hallarse indefenso, su resentimiento le procuró una herramienta con la que combatir. Con la boca ensangrentada luchaba, sus dientes servían de hierro para su cólera. Tenía la nariz destrozada, los ojos desgarrados por los mordiscos, la cabeza mutilada con las orejas arrancadas, la frente misma machacada de manera monstruosa; de su boca abierta manaba abundante sangre. Y no quedó satisfecho hasta que sus voraces mandíbulas perdieron el aliento y la negra muerte se adueñó por completo del rictus de su cara.

Mientras el siniestro valor ofrecía tales portentos, los heridos que huían en tropel son presa de la más diversa suerte. En medio de oscuros bosques, por intrincados caminos, se alejan a hurtadillas y, cubiertos de heridas, recorren de noche los solitarios campos. Se asustan ante cualquier ruido, ante el soplo del aire o el leve aleteo de un pájaro. No consiguen dormir, su mente no encuentra descanso. Aterrados, en sueños se les aparece lo mismo el terrible Magón que el valeroso Aníbal, persiguiéndolos con lanza cruel.

Serrano[9], un nombre ilustre (hijo tuyo, Régulo, tu fama crece más y más con el paso del tiempo y serás recordado porque mantuviste ante los pérfidos cartagineses la palabra dada), se había incorporado a la guerra púnica en la flor de su esplendorosa juventud, con los mismos augurios, ay, que su padre; herido, regresaba Serrano en tan doloroso trance junto a su desdichada madre y sus queridos penates. No le quedaba ningún compañero, nadie que le socorriera en sus terribles heridas. Apoyado en su lanza rota, huía a hurtadillas por lugares apartados a través de la oscura noche, marchando en silencio hasta los campos de Perusa[10]. Extenuado, llamó a la puerta de un humilde hogar, sin saber qué le depararía allí el destino; incorporándose de su lecho, Maro (un antiguo soldado de su padre cuyas hazañas no había silenciado la fama) avanzó ligero sosteniendo una antor-

[9] *Cognomen* de la familia de los Atilios, a la que pertenece Régulo, lo que da pie a Silio para introducir una larga digresión acerca de las vicisitudes de éste en el transcurso de la Primera Guerra Púnica, de la que fue parte importante.

[10] Ciudad etrusca (hoy *Perugia*), al este del Trasimeno.

cha reavivada en el fuego de su humilde Vesta[11]. Tan pronto como reconoció aquel rostro y lo vio maltrecho por las brutales heridas, deplorable espectáculo, apoyando sus titubeantes pasos con un trozo de lanza, con la noticia de la funesta calamidad martilleándole ya los oídos, le dijo: «¿Qué crimen estoy contemplando, yo que ya he vivido demasiado y que nací para soportar tantas y tantas adversidades? Oh, tú, el más grande de nuestros jefes[12], yo te vi cuando, aun siendo prisionero, atemorizabas la ciudadela de Cartago con tu mirada, y te vi morir (crimen y vergüenza del Tonante), y sentí tal dolor que ni la destrucción de los hogares sidonios podría arrojarlo de mi corazón. Y ahora, de nuevo, ¿dónde estáis, dioses? Régulo ofrece su pecho al acero y la pérfida Cartago trunca el vástago naciente de tan noble familia». A continuación coloca el cuerpo malherido sobre su lecho y, experto en aplicar medicamentos (arte que había aprendido después de tantas guerras), lava sus heridas con agua y las calma con ungüentos. Luego las venda liándolas con una gasa suave al tacto, para aliviar así sus miembros entumecidos. Después el anciano se encarga de apagar la terrible sed del paciente y avivar sus fuerzas con frugal comida. Tras estos diligentes cuidados, el sueño cumplió su labor reparadora, infundiendo un dulce reposo por todo su cuerpo.

Aún no había amanecido y Maro, sin tener en cuenta su edad, se apresuraba ya a remediar con sus conocimientos la inflamación de las heridas, suministrando con solícito cuidado un reconfortante calor.

El joven, alzando a las estrellas su rostro entristecido, dijo entre gemidos y lágrimas: «Si aún no odias las cumbres tarpeyas ni has maldecido el cetro de Quirino, observa la extrema situación de Italia y la ruina de Ausonia, padre de los dioses; torna una mirada favorable sobre las tormentas que acechan a los hijos de Ilión[13]: hemos perdido los Alpes, y ello no supuso el fin de nuestras desgracias; el Tesino, el Erídano ennegrecido por los

[11] Diosa romana que preside el fuego del hogar.

[12] Régulo.

[13] Diferentes denominaciones para Roma y su poder: cumbres tarpeyas, cetro de Quirino, Italia, Ausonia, hijos de Ilión.

cadáveres; y tú, Trebia, recordado por los trofeos sidonios, o la deplorable tierra del Arno. Pero ¿para qué digo esto? ¡Cuánto más grave es la violencia de los males que vinieron luego! Yo he visto las aguas del Trasimeno crecidas por los cadáveres y por montones de guerreros flotando. He visto a Flaminio caer en medio de los proyectiles. A los manes, divinidades a las que venero, pongo por testigos de que, exterminando al enemigo, busqué un final digno de la honrosa agonía sufrida por mi padre, si no fuera porque los hados funestos me negaron, como antes a él, la muerte».

Mientras añadía lamento tras lamento, el viejo, procurando calmarlo, le habló así: «Héroe valiente, es menester soportar, como hizo tu padre, cualquier dificultad que se nos presente y cualquier revés de la fortuna. Es así como, según la ley de los dioses, por el escarpado sendero de la vida, la rueda de nuestra existencia gira sin parar a través de las más variadas vicisitudes. En tu propia familia tienes muchos y muy grandes ejemplos, conocidos en todo el mundo: aquel héroe sagrado a quien ninguna divinidad supera, tu padre[14], alcanzó una gran gloria luchando contra la adversidad y jamás renunció a su virtud, hasta que el aliento faltó a sus resistentes brazos. Apenas había salido yo de la infancia cuando el primer bozo empezaba ya a despuntar en las mejillas de Régulo. Fui su compañero y juntos pasamos todos nuestros años, hasta que los dioses decidieron extinguir la luz de la raza itálica, aquel insigne corazón en que la venerable Lealtad fijó su morada, estrechando entre sus brazos su alma. Él fue quien, como premio a mi valor y a título de alto honor, me entregó esta espada y también los frenos que aquí ves, envejecidos ahora por el humo pero que aún conservan su brillo de plata. Después de estos obsequios no hubo caballero que estuviera por encima de Maro. Pero no hay honor más grande para mí que esta lanza. Tú que me ves ofrecerla en libación con el caldo de Lieo, mereces saber el motivo:

[14] Sobre la inclusión del episodio de Régulo, cfr. E. L. BASSETT (1955), pp. 1-20.

»El turbio Bágrada[15] avanza lentamente surcando las ardientes arenas, y no hay otro río en tierra libia que lo supere a la hora de extender sus pantanosas aguas y cubrir las amplias llanuras con su manto fangoso. Cuando buscábamos agua en aquella tierra, nada pródiga en ella, acampamos alegres junto a la orilla, en medio de parajes inhóspitos. Muy cerca de allí, un bosque de hojas inmóviles escondía una espesura privada de la luz del sol, con sombras pálidas como las de la Estigia. Soltaba por los aires un vapor denso que despedía olor fétido. Dentro había una espantosa guarida, una cueva monstruosa bajo la tierra, en el interior de una sinuosa gruta llena de lúgubres tinieblas sin luz. Sólo recordarlo me causa horror. Un monstruo abominable engendrado por la cólera de la tierra, como el que jamás pudo conocer generación alguna, una serpiente[16] de cien brazas de largo, habitaba aquellas mortíferas orillas, aquel bosque del Averno. Saciaban el apetito voraz de su vientre y su panza preñada de veneno los leones que capturaba junto a la fuente, los rebaños que la abrasadora antorcha del sol empujaba hacia el río o las aves arrastradas por la insoportable fetidez que envolvía el aire y la peste del ambiente. Huesos medio roídos cubrían el suelo, inmundo banquete que, con el estómago lleno y pesado por los rebaños engullidos, había vomitado en su negra caverna. Y, cuando, sumergiéndose en la impetuosa corriente de espumosas aguas, se disponía a calmar el ardor producido por la ingestión de alimento, aún no había hundido todo su cuerpo en el río y ya sacaba la cabeza por la margen contraria. Sin reparar en aquel ser pestilente, caminaba yo con Aquino, oriundo del Apenino, y con el umbro Avente. Nuestra intención era explorar el bosque y examinar la quietud del lugar. Ya estábamos cerca cuando un horror silencioso invadió nuestro cuerpo, un misterioso escalofrío paralizó nuestros miembros. A pesar de ello entramos, invocamos a las ninfas y deidades de aquellas aguas desconocidas y,

[15] Río de proverbial lentitud (hoy *Mejerda*), que fluye por el norte de África y desemboca en el Mediterráneo. Esta expedición de Régulo en África se sitúa sobre el 256 a.C.

[16] Sobre este episodio, cfr., por ejemplo, VALERIO MÁXIMO 1.8; PLINIO EL VIEJO, *NH* 8.36; o AULO GELIO, *Noctes Atticae* 7.3.1.

llenos de miedo, decidimos adentrarnos con paso tembloroso en aquel bosque secreto. Y fue entonces cuando, desde la entrada, desde la puerta misma de la caverna, se levantó un torbellino como el del Tártaro y un vendaval más violento que el furioso Euro[17]; del enorme remolino se originó una tempestad que desencadenó una tormenta de una estridencia similar a la de Cerbero[18]. Aterrados por tal aparición, nos miramos los unos a los otros: retumbó el suelo, se movió la tierra, la cueva se vino abajo y se vio que los manes avanzaban. Tan grande como las serpientes con que se armaron los Gigantes para asaltar el cielo[19], tan grande como la hidra que hostigó al Anfitriónida junto a la laguna de Lerna[20], semejante al dragón de Juno[21] que custodiaba las ramas cargadas de oro, así se elevó, al abrirse la tierra, irguiendo su deslumbrante cabeza bajo las estrellas; antes de nada arrojó sus babas a las nubes y apestó el cielo con el hedor de su boca. Salimos huyendo y, sin aliento, intentamos alzar un clamor entrecortado por el pánico; pero era inútil, pues sus silbidos llenaban el bosque entero. Cegado por un inesperado temor, Avente cometió un hecho reprobable (aunque era el destino el que lo arrastraba): se ocultó en el tronco enorme de una vieja encina, con la esperanza de esquivar a aquel monstruo repelente. Apenas puedo creerlo. Con sus inmensos anillos la serpiente arrancó el árbol entero tirando de él hasta separarlo de sus más profundas raíces. Luego, mientras llamaba tembloroso por última vez a sus compañeros, el monstruo lo agarró y, engulléndolo con sus negras fauces, se lo tragó (yo, al verlo, volví la mirada) hasta ocultarlo en su repugnante vientre. El desdichado Aquino se entregó a las impetuosas aguas del río y ya huía veloz a nado, pero la serpiente lo atrapó en mitad de la corriente y, tras

[17] Cfr. II, 173.

[18] Cfr. II, 538.

[19] Los Gigantes intentaron destronar a Júpiter asaltando el cielo. Llevaban serpientes a modo de pies.

[20] La famosa hidra de Lerna abatida por Hércules en uno de sus trabajos (cfr. II, 158).

[21] Un dragón ayudaba a las Hespérides a custodiar las manzanas de oro que la Tierra había regalado a Juno con motivo de su casamiento con Júpiter.

llevar su cuerpo a la orilla, allí lo devoró (¡qué manera más terrible de morir!).

»Así fue como pude escapar de este monstruo abominable y cruel. Aligeré mis pasos todo cuanto mi azorado corazón me permitía y se lo conté todo a nuestro general. Lanzó un gemido, compadeciéndose de la horrible desgracia de los guerreros. Ardoroso como era en los combates de Marte y en la lucha contra el enemigo, abrasado por el ansia de acometer acciones gloriosas, ordenó al punto tomar las armas y que su caballería, distinguida en multitud de batallas, avanzase por la llanura. Él también se lanzó picando espuelas a su brioso corcel. A sus órdenes, la tropa armada con escudos lo siguió sin demora, llevando las pesadas ballestas capaces de derribar murallas y la lanza de inmensa punta que sacude las elevadas torres[22]. Y, cuando los cascos agitaban la pradera cubierta de hierba e hicieron retumbar estrepitosamente su odiosa guarida, la serpiente, soliviantada por los relinchos, salió de la cueva y exhaló estigios vapores por su boca humeante. Un fuego terrible brillaba en sus ojos. Su cresta erguida sobresalía por encima del bosque y las copas de los árboles. Su lengua trisulca se removía vibrando a través del aire, y, al levantarse, buscaba lamer el cielo. Pero, cuando resonaron las trompetas, espantada levantó su descomunal tronco y, apoyándose en el lomo, enroscó bajo su pecho en sinuosa espiral el resto del cuerpo. Se enzarzó luego en una encarnizada batalla, desenvolvió rápidamente sus retorcidos anillos y, con el cuerpo enhiesto, estiró toda su masa hasta plantarse de pronto delante de los combatientes que poco antes tenía tan lejos. Espantados por la serpiente e incapaces de soportar el freno que los oprimía, todos los caballos jadeaban y exhalaban abundante fuego por sus hocicos. El monstruo, sosteniendo sobre su hinchada cerviz la alta cabeza, la movía a uno y otro lado. Exasperado por la ira, lo mismo levantaba por los aires los caballos temblorosos que disfrutaba aplastándolos bajo su enorme peso. Después de destrozar sus huesos, se bebía la sangre ne-

[22] Se trata de la falárica, como se observa en el v. 273 y, anteriormente, en I, 351.

gruzca y, con los espumarajos goteando en su boca, dejaba los miembros a medio devorar e iba en busca de otro contrincante. Ya retrocedían las enseñas y, victorioso, el monstruo acosaba con su pestilente soplo a las tropas que huían a lo lejos, cuando el general[23] animó a sus escuadrones a retomar cuanto antes la lucha con estas palabras: "¿Es que nosotros, los jóvenes de Italia, vamos a dar la espalda ante una serpiente, y admitir que Ausonia no puede medir sus fuerzas con culebras libias? Si su aliento vence vuestra falta de energía, si vuestros corazones desfallecen perturbados al ver sus fauces, con decisión marcharé yo solo a su encuentro y me bastaré para enfrentarme a este monstruo". Y, proclamando esto, con la fuerza de su brazo arrojó por el aire, intrépido, su lanza voladora. Con certero disparo la punta se clavó en la frente; el ímpetu con que la fiera venía a su encuentro acrecentó la potencia del proyectil, hasta incrustarse vibrando en su cabeza. Un gruñido se alzó hasta las estrellas, hasta las moradas celestiales llegaron aquellos quejidos repentinos. Al instante, aquel monstruo nacido de la tierra montó en cólera: no estaba acostumbrado a huir, no conocía el dolor, en su larga vida era la primera vez que sufría el acero. Y esta furia desbocada que el dolor acentuaba no habría resultado inútil si Régulo no lo hubiera esquivado apartando con habilidad su caballo; y luego otra vez, cuando los tortuosos anillos seguían de cerca los giros de su corcel, si no lo hubiera burlado volviendo las riendas rápidamente a la izquierda.

»Pero Maro, testigo de la contienda, tampoco permanecía allí cruzado de brazos. Fue mi lanza la que alcanzó en segundo lugar el gigantesco cuerpo del monstruo. Su lengua trisulca estaba a punto de lamer el lomo del caballo cansado de combatir. Le arrojé una jabalina y volví rápidamente contra mí los peligrosos ataques de aquella serpiente implacable. Entonces, la cohorte siguió mi ejemplo y a porfía arrojó picas con sus diestras, obligando a la fiera a repartir sus arrebatos a uno y otro lado, hasta que un golpe de ballesta, capaz de derribar un muro, la inmovilizó. Entonces, por fin, sus fuerzas quedaron rotas; su dorso herido, siempre presto a la lucha, no conservaba ya su habitual rigidez, ni tampoco

[23] Régulo.

la cabeza, que solía elevar hasta las nubes. La asaltan una y otra vez: una falárica se clava en el fondo de su vientre, dos flechas ligeras arrebatan la luz a sus ojos. Del negro hueco de enorme abertura que la herida descomunal había causado brotaba una sangraza infecta; el extremo de su cola, acribillada de jabalinas y de una pesada pica, estaba clavada al suelo, pero aún seguía amenazando con las fauces exhaustas, hasta que una viga arrojada desde una máquina rompió en pedazos su cabeza con tremendo y estridente fragor. Desplomándose a lo largo de la arena de la orilla, finalmente exhaló por los aires una nube violácea de veneno procedente de su boca. El río prorrumpió en lúgubres alaridos, se oyeron murmullos en las profundidades; de improviso el bosque, la cueva y las sonoras riberas profirieron conmovedores aullidos por toda la espesura. ¡Ah, cuántos castigos tuvimos que pagar luego por esta calamitosa batalla! ¡Cuántos suplicios y qué odiosa condena tuvimos que sufrir! Los piadosos adivinos no permanecieron en silencio: nos advirtieron de los peligros que con el tiempo habríamos de correr por haber profanado con nuestras propias manos al sirviente de las Náyades, hermanas que el Bágrada de tibias aguas alimenta. Fue entonces, Serrano, cuando tu padre me entregó esta lanza, como premio y recompensa por haber infligido a la bestia la segunda herida mortal; fue ésta la primera que bebió la sangre de la serpiente sagrada».

Largo tiempo llevaba Serrano con el rostro y el semblante bañados en lágrimas, y todavía hablaba el viejo guerrero, cuando le interrumpió de esta manera: «Si la vida de este general se hubiera prolongado hasta nuestros días, no habría el Trebia inundado de sangre sus infaustas orillas, ni tu corriente, Trasimeno, habría sepultado a tantos hombres».

El anciano respondió: «Se vengó ampliamente con sangre tiria y les hizo pagar con antelación su muerte. En efecto, África estaba mermada de efectivos y falta de recursos y nos tendía suplicante sus manos, cuando la animosa Terapne[24] envió en mala

[24] Ciudad de Laconia de la que procedía Jantipo (cfr. II, 305). Sobre los hijos de Agenor, esto es, los cartagineses, cfr. I, 15.

hora un jefe para los descendientes de Agenor. No era su aspecto distinguido, su cuerpo carecía de belleza y compostura, pero sus pequeños miembros, cosa admirable, encerraban una vigorosa energía y podían superar en coraje a guerreros más corpulentos. Y, a la hora de dirigir el combate, combinar astucia y manejo de espada o vivir sin dificultad adaptándose a lugares inhóspitos, no lo superaría ni aquel que domina ahora el arte de la guerra, Aníbal. ¡Y ojalá, Taigeto[25] tan funesto para nosotros, no hubieses curtido a este hombre, a éste solo, junto a las sombrías riberas del Eurotas! Habría contemplado yo las murallas de la Fenicia[26] consumiéndose bajo las llamas, seguramente no habría llorado el horrible destino de nuestro general[27], todos esos tristes sucesos que ninguna muerte ni ningún fuego podrán borrar y que llevaré conmigo hasta el Tártaro.

»Los ejércitos se encontraron en el campo de batalla, bullía toda la llanura con el fuego de Marte: no había corazón que careciera de furia. En medio de la confusión, Régulo se abría camino con la espada en busca de una hazaña memorable: se lanzaba al peligro y su mano mortífera no necesitaba repetir el golpe. Así también, cuando, con el silbido del Austro, un torbellino estalla creando un oscuro velo y la lluvia amenaza con caer sobre la tierra y el mar desde esta nube negra como pez, todos se estremecen: el agricultor, el pastor en la frondosa cumbre de los montes y el marinero que en el mar repliega las velas. Pero el jefe griego urdió una trampa: de repente dejó de luchar y, fingiendo miedo, se batió rápidamente en retirada justo donde los suyos se ocultaban, entre los huecos de las rocas. No de otra suerte procura el pastor la tranquilidad de su redil, conduciendo de noche hasta una fosa recubierta de unas pocas hojas a los lobos atraídos por los balidos de una corderilla atada a tal efecto. Las ansias de gloria y la confianza engañosa en el desarrollo incierto de los combates, luz que ilumina los corazones honestos, se llevó y arrastró al héroe. Ya no miraba si le seguían sus compañeros o su escolta,

[25] El Taigeto y el Eurotas son, respectivamente, un monte y un río de Esparta (cfr. IV, 363-364).

[26] Dido.

[27] Régulo.

provistos de armas: un deseo irrefrenable lo empujaba a luchar solo. Entonces, el denso tropel de laconios salió de pronto de su escondrijo en las rocas y lo rodeó cuando se disponía a combatir, mientras por detrás le sobrevino un ejército de feroces guerreros. ¡Oh, día aciago para el Lacio, digno de ser reprobado en los fastos! ¡Oh, qué deshonor para ti, Gradivo! ¡Que un brazo nacido para protegerte a ti y a tu ciudad se vea condenado a la dolorosa condición de las cadenas! Jamás dejaré de lamentarlo. ¡Las prisiones sidonias te conocieron, Régulo! ¡Y que los dioses, Cartago, te hayan considerado lo bastante grande para un triunfo como éste! ¿Qué castigo merecerán los laconios, manchados con semejante combate?

»Por su parte, el Senado eliseo[28] resolvió enviar al general bajo juramento para negociar nuevas condiciones de paz: exigían la entrega de soldados capturados en el transcurso de la batalla y, a cambio de este grupo de prisioneros, liberarían a nuestro general. Sin demora, ya estaba en las aguas próximas a la costa un navío recién sacado de la dársena, los jóvenes marineros fabrican remos con los árboles del bosque o talan abetos para reparar los bancos; unos ponen todo su empeño en desliar y amarrar los cables, otros en ajustar las velas al enhiesto mástil. En lo alto de proa colocan la pesada ancla de hierro encorvado. Gran conocedor del mar y piloto de la nave, Cotón ajusta el timón a la popa. Reluce en las profundidades el brillo de bronce del espolón de tres puntas reflejado en el agua. Llevan además armas y múltiples utensilios para luchar en su momento contra las inclemencias del mar. En el borde mismo del alcázar de popa se encuentra el cómitre que, con su voz, dirige los golpes alternos de los marineros, dicta el compás de sus remos y, cuando los echan atrás simultáneamente, les hace batir con ritmo las aguas que resuenan como en eco.

»Cuando los marineros hubieron terminado su tarea y llegó la hora de partir, cuando la nave estuvo equipada y los vientos permitieron navegar, acudió toda una multitud de mujeres, niños y ancianos. En medio de este gentío la Fortuna hostil arrastró

[28] De Elissa y, por extensión, de Cartago.

también a nuestro general para ser contemplado públicamente. Él los miró a los ojos con la frente serena, como cuando alcanzó la costa sidonia al mando de su flota. Yo me acerqué para seguirle (él no me lo impidió) y, al embarcarme, me uní a él como triste compañero de sus desdichas. Pensaba él que la inmundicia, el escaso alimento, un duro camastro o arrostrar los males que le acuciaban, era más glorioso que derrotar al enemigo; y no era tan honroso soslayar prudentemente la adversidad como dominarla a través de la resistencia. Albergaba yo una única esperanza (pese a conocer a la perfección y desde mucho tiempo atrás su inquebrantable lealtad): que, si en nuestra desgracia llegábamos a ver de nuevo Roma, las murallas y nuestras casas, su corazón pudiera emocionarse o, cuando menos, ablandarse con vuestro llanto.

»Oculté en mi corazón el temor y creí que este hombre podía llorar y sentir una tristeza similar a la nuestra. Cuando por fin llegamos a la patria y a nuestro río Tíber, observé el rostro del general y sus ojos que delatan los sentimientos; mantuve mi mirada fija en él. Si puedes creerme, joven, yo le veía el mismo semblante en medio de mil fatigas, en nuestra patria, en la bárbara ciudad de Agenor[29] o en el momento de su suplicio. Al encuentro del prisionero acudían de todas las ciudades de Ausonia; la multitud abarrotaba la llanura y llenaba a rebosar incluso las colinas cercanas. Rugían las altas márgenes del Álbula[30]. Los propios dirigentes cartagineses intentaban vencer su duro corazón para que volviera a vestir los atuendos de su patria y le querían entregar la honorable toga. Él permaneció impasible en medio de las lágrimas del Senado y el tremendo dolor de la muchedumbre de mujeres y jóvenes. Se quedó como inmóvil entre tanto lamento. Desde la orilla, el cónsul le tendió la mano y fue el primero en darle la amistosa bienvenida cuando pisaba ya el suelo de su patria. Régulo detuvo sus pasos; el cónsul fue obligado a apartarse para no mancillar su suprema dignidad. Rodeado de la multitud altanera de cartagineses e incluido entre

[29] Cartago. Agenor era padre de Cadmo y rey de los fenicios.
[30] Antiguo nombre del río Tíber.

el grupo de los prisioneros, avanzaba induciéndonos a odiar al cielo y los dioses.

»Fue entonces cuando llegó Marcia con sus dos hijos, la prenda de su amor; desgraciada por la exagerada virtud de su noble marido, laceraba sus desaliñados cabellos y sus ropas de luto. ¿Recuerdas aquel día, o tal vez tu tierna infancia lo borró de tu memoria? Cuando la esposa lo vio, con su aspecto irreconocible y ataviado como un cartaginés, lanzó un alarido y cayó desmayada. La palidez de la muerte se adueñó de sus helados miembros. Si algo de bondad hay en los dioses, Cartago, que consientan que veas así a las matronas sidonias. Con voz queda me ordenó impedir vuestros abrazos y los de su esposa. Se mostró imperturbable ante el sufrimiento y jamás bajó la cabeza ante el dolor».

Entonces, el joven Serrano, entre profundos lamentos y con lágrimas en los ojos, dijo: «Noble padre, más noble para mí que el dios que mora en la cumbre tarpeya, si con nuestras amargas quejas demostramos un amor respetuoso y justo, ¿por qué nos negaste a mi madre y a mí el consuelo, por qué, inflexible, nos negaste el honor de tocar tu divino rostro o recibir de tus labios un beso? ¿No permitiste que mi mano tocase la tuya? ¡Cuánto más leves, venerable padre, serían estas heridas mías si pudiese llevarme hasta los manes tu abrazo grabado en mi mente! Pero, Maro, si mal no recuerdo (yo era entonces un niño pequeño) su altura era sobrehumana. Los hirsutos cabellos le caían de la cabeza encanecida hasta cubrir su robusto cuello; en la frente, junto a la desastrada melena, podía vislumbrarse una dignidad que inspira terror y la venerable gravedad de su ánimo. Nunca después vieron mis ojos nada parecido».

Retomó luego Maro el discurso para evitar que sus lamentos removieran las heridas: «¿Y qué decir de cuando pasó de largo ante sus propios penates y entró en el odioso alojamiento destinado a los cartagineses? Los escudos colgados en su puerta, los carros, las lanzas que reconoció en su humilde hogar, ilustres recuerdos de sus triunfos que atraían las miradas[31]; y desde el

[31] Era costumbre que, a su regreso a Roma, los vencedores en las distintas batallas colgaran a las puertas de sus casas los trofeos que hubiesen conquistado.

umbral, su esposa le gritaba: "¿Adónde vas? No es ésta una prisión cartaginesa de la que debas huir, Régulo. Este hogar es el casto testimonio de nuestra unión y guarda íntegro y sin tacha el lar familiar. Aquí una primera vez, y luego una segunda (te lo ruego, dime, ¿qué deshonra he podido causarte?), te di descendencia en medio de las felicitaciones del Senado y la patria. Éste es tu sitio, míralo; de aquí, siendo cónsul, con tus descomunales hombros cubiertos de resplandeciente púrpura, viste avanzar las fasces[32] latinas; desde aquí solías partir al combate; hasta aquí solías traer tu botín de vencedor y en estas puertas colgabas conmigo las armas. Yo no te pido que me abraces ni que nos unamos según el sagrado lazo de nuestro matrimonio: deja de agraviar los penates de tus padres y ten a bien pasar esta noche con tus hijos".

»En medio de este llanto, él siguió los pasos de los cartagineses y se recluyó en el cuartel tirio[33], haciendo oídos sordos a los lamentos de su esposa.

»Apenas la luz del día iluminaba la hoguera encendida en memoria de Hércules en la cima del Eta[34], cuando el cónsul mandó llamar a los libios. Entonces vimos a Régulo atravesar el umbral del templo. Las deliberaciones del Senado, las postreras palabras que la entristecida curia oyó del héroe, él mismo me las reveló con rostro sereno. Nada más entrar, todos a porfía lo invitaban con palabras y gestos a tomar asiento en su lugar habitual. Régulo se negó, rechazando su antiguo lugar de honor que había ocupado en el pasado. Sin embargo, lo rodeaban por todas partes, le tomaban la mano y le pedían que restituyera a la patria a un general de tanto renombre; le decían que podía ser liberado a cambio de un grupo de prisioneros y que sería más conveniente que aquella diestra, entonces cargada de cadenas, quemara las ciudadelas tirias.

[32] Insignia de los magistrados romanos, en especial del consulado, representada por una segur en un haz de varas. Por extensión designa a los cónsules.

[33] Alojamiento acomodado a la sazón para la embajada cartaginesa.

[34] Perífrasis muy del estilo poético de Silio para aludir a la llegada de la aurora. El Eta es un monte de Tracia en el que se lleva a cabo la apoteosis de Hércules (cfr. III, 43).

»Fue entonces cuando, elevando manos y ojos al cielo, respondió: "¡Oh, dios garante de lo justo y lo recto, que todo lo gobiernas, y tú, divina Lealtad[35], no menos querida por mí, y tú, Juno Sarrana[36], divinidades todas a las que invoqué bajo juramento como testigos de mi vuelta! Si se me permite utilizar un lenguaje digno de mi persona y amparar con mis palabras los hogares del Lacio, iré sin vacilar junto a los tirios, con la firme promesa de regresar y no faltar al castigo fijado para mí. Por tanto, dejad de ofrecerme un honor que reportaría la ruina del Estado. Tantas guerras y tantos años han estropeado mi vida. Ahora, además, las fuerzas de este viejo prisionero decaen, encadenado y tras un largo cautiverio. Régulo ya no volverá a ser aquel que jamás en su vida abandonó el duro oficio de Marte: este frágil cuerpo que veis es sólo un nombre. En cuanto a Cartago, refugio de la traición, no desconoce lo poco que me queda y pretende canjear a este viejo por unos jóvenes cautivos de corazón curtido para la batalla. Impedid esta trampa, y que esta raza que se deleita engañando por medio de argucias aprenda cuánto tiempo te queda aún, Roma, por más que yo esté prisionero. Y no aceptéis la paz, a no ser bajo las condiciones que nuestros antepasados fijaron. Lo que exigen los libios, lo que me han encargado comunicaros, es que se pacte el fin de la guerra con un acuerdo equitativo y que se redacte un tratado de paz en igualdad de condiciones. Pero ojalá yo penetre en los penates de la Estigia antes de ver a los latinos firmando un tratado como éste".

»Así habló, e inmediatamente se entregó al furor de los tirios. El Senado, tomando en cuenta una advertencia tan seria y sincera, despidió a los emisarios cartagineses que, contrariados por su fracaso y amenazando al prisionero, salieron a toda prisa hacia su patria. El pueblo acompañaba a los senadores y todo el

[35] Silio acentúa el carácter de lealtad de Régulo a través de distintos recursos, como, por ejemplo, estas invocaciones. A este respecto, CICERÓN (*De Off.* 3.27) señala que, en virtud del juramento hecho a los cartagineses, Régulo no se consideraba senador y, por tanto, no podía ocupar su lugar habitual.

[36] Cfr. I, 72.

Campo[37] retumbó con llantos y manifestaciones de duelo; con legítimo dolor, algunos intentaban hacer volver y retener al héroe que les era arrebatado.

»Tan pronto como su esposa lo vio entrar presuroso en la nave, alarmada como si de pronto estuviera ante su lecho de muerte, salió corriendo hacia la orilla profiriendo gritos tremendos: "Llevadme, libios, para acompañarlo en su suplicio y su muerte. Sólo una cosa, esposo, sólo una te pido en nombre de los hijos que te di: que se me permita compartir contigo todas las penalidades que te deparen la tierra, el mar y el cielo. No fui yo quien envió a luchar al caudillo amicleo[38], ni hemos sido nosotros los que hemos ceñido tu cuello de cadenas. ¿Por qué huyes con los cartagineses, dejándome aquí desdichada? Llévanos a mí y a nuestros hijos. Tal vez con nuestras lágrimas podamos mitigar la implacable ira de Cartago o, al menos, en caso de que la ciudad enemiga haga oídos sordos a nuestras súplicas, la misma hora nos habrá arrebatado a ti y a los tuyos. Ahora bien, si persistes en poner fin a tu vida, muramos en nuestra patria. Aquí tienes a quien va a acompañarte en tu destino hasta el final".

»En medio de estas palabras, la nave, sueltas las amarras, empieza poco a poco a moverse y alejarse de la orilla. Entonces la desdichada, enloquecida por el dolor y extendiendo sus cansadas manos hacia la orilla, exclama: "Aquí veis a quien se jacta de mantener su palabra con Libia, con este pueblo infame, con nuestro enemigo. Y el compromiso que juraste conmigo, y la palabra prometida en nuestro matrimonio, ¿dónde están ahora, pérfido?". Éstas fueron las últimas palabras que llegaron a sus inflexibles oídos. El resto no lo pudo percibir con el batir de los remos.

»Acto seguido, el río nos llevó rápidamente hasta la orilla del mar, donde nuestra cóncava nave de pino curvado surcó la extensa llanura de inmenso oleaje. Horrorizado ante el escarnio que supondría su muerte, deseaba yo que la violencia del mar nos hundiera, o que la incesante furia del Euro destrozara la nave

[37] Se refiere al Campo de Marte que, tras descender del Capitolio, había que cruzar para dirigirse a la orilla del Tíber.

[38] Jantipo. Cfr. II, 305 y 434. Amiclas es una ciudad laconia.

contra los escollos, lo que hubiese resultado una muerte normal. Pero apacibles Céfiros nos llevaron con su suave soplo hasta el sacrificio, entregándonos a la cólera de los tirios.

»Yo tuve la desdicha de presenciar su suplicio y, enviado de vuelta a mi patria para contarlo, pagué un alto precio por mi regreso. Y no intentaría yo relatarte ahora cómo la raza de Pigmalión[39] imita con sus costumbres la rabia de las fieras si la raza humana hubiera conocido a lo largo y ancho del mundo un ejemplo de valor tan venerable como el que dio tu padre. Me da vergüenza lamentarme de torturas que yo le vi soportar con semblante apacible. Y tú, estimado joven, nunca dejes de creerte digno de una sangre tan noble, y refrena las lágrimas que empiezan a brotar.

»Por entre las junturas de las paredes de su celda colocaron afilados dardos, todos de la misma longitud, que, hábilmente dispuestos, formando un compacto entramado, proyectaban una punta sombría de hierro rígido y penetrante, de tal modo que era imposible dormir con este artilugio: en efecto, fuese cual fuese el lado para donde el sueño indolente, con el paso del tiempo, lo iba inclinando, su cuerpo quedaba atravesado hasta las entrañas. Deja, joven, de llorar. Esta pena supera todos los triunfos logrados. A lo largo de los siglos su gloria reverdecerá, mientras la casta Lealtad mantenga su sitio en la tierra y el cielo, mientras la Virtud conserve su venerable nombre, y llegará el día, jefe insigne, en que las generaciones venideras se estremecerán al oír cómo te reíste del destino». Así habló Maro, al tiempo que con triste cuidado aliviaba las heridas de Serrano[40].

Entre tanto la Fama, manchadas sus alas ligeras con la sangre de las cruentas aguas del Trasimeno, divulgaba verdades y mentiras por toda la ciudad. El Alia[41], los infames senones[42] y la imagen de la ciudadela conquistada vuelven a las aterradas men-

[39] Cfr. I, 21.

[40] Termina aquí la larga digresión que Silio, por boca de Maro, incluye acerca del valor de Régulo durante la Primera Guerra Púnica. La historia resulta tal vez innecesaria, por cuanto Serrano debía de conocer las vicisitudes de su padre, pero sirve para satisfacer el deseo de Silio de recrearse en este episodio de la historia de Roma.

[41] Cfr. I, 547.

[42] Cfr. I, 624.

tes de todos. El Pavor, causante de las penas, cabalga a rienda suelta, y, con el temor, arrecia la tormenta. Unos corren en desbandada a las murallas. Una voz horrible se deja oír: «¡El enemigo está aquí!». Disparan[43] estacas y proyectiles que de nada sirven. Las mujeres, por su parte, se mesan los cabellos encanecidos y barren con ellos los excelsos templos de los dioses, suplicándoles incesantemente por los suyos; pero es tarde, pues la muerte ya se los ha llevado. Ni el día ni la noche ofrecen descanso. La gente se tumba dispersa junto a las puertas, entre gritos de consternación. Cuando los soldados vuelven en largas columnas, la muchedumbre sigue sus pasos, pendiente de sus labios. Si reciben buenas noticias, no les dan crédito y de nuevo detienen a otro para interrogarlo, inquiriendo a veces más con el gesto que con palabras: temen oír la respuesta a sus preguntas. Algunos estallan en lágrimas cuando una grave desgracia sacude sus oídos. A otros puede el miedo si el mensajero dice no saber nada o no sabe qué contestar. Cuando por fin, llegados más cerca, reconocen a los que vuelven, los rodean embargados de una nerviosa alegría y besan sus mismas heridas sin dar reposo a los dioses con sus agradecimientos.

En medio de esta agitación, Maro traía a Serrano con un desvelo digno de respeto. Marcia, que después de la muerte de su esposo no había salido aún de su casa para evitar el encuentro con la gente y, si seguía viviendo, era por sus hijos, salió corriendo en busca de un dolor similar al de tiempos pasados. Conturbada de repente al reconocer a Maro, le dijo: «Compañero insigne de aquel héroe tan leal, al menos a éste me lo traes con vida. ¿Es leve su herida? ¿O la funesta punta ha penetrado hasta lo más profundo de mis entrañas? Sea lo que sea, con tal de que Cartago

[43] Los manuscritos recogen *iacium*, lectura que, si bien parece no tener mucho sentido por el hecho de que Aníbal se encuentra bastante lejos de Roma todavía, lo adquiere, sin embargo, como consecuencia del azoramiento que reina entre la población romana, azoramiento que lo impulsa a arrojar *inania tela*. Esta última es la lectura por la que nos decantamos. La edición de Les Belles Lettres prefiere *rapiunt* (conjetura de Bothe), justificándolo con una imposibilidad métrica de la primera forma, algo a todas luces incorrecto por cuanto Silio incluye *iaciunt* en esta misma parte del hexámetro hasta tres veces a lo largo de *Punica* (I, 554; II, 268 y 606).

no me lo arrebate cargado de cadenas y repita así el monstruoso tormento de su padre, os doy las gracias, dioses. ¡Ay, hijo mío, cuántas veces pedí que no aportases a la batalla la cólera y el furor de tu padre, que la triste gloria de tu belicoso progenitor no te incitara a las armas! Con suplicios espantosos he pagado mi vejez excesivamente larga. Y, si alguno de vosotros, dioses, se cebó contra mí, dejadme ya, os lo pido».

No obstante, como si los nubarrones de una terrible calamidad se hubiesen disipado, los senadores discurrían la manera de encauzar aquel difícil trance; todos porfiaban por repartirse los cargos de la guerra y el temor se desvanecía ante un peligro más grave. La máxima preocupación era poner al frente de las tropas a un jefe capaz de soportar sobre sus hombros la convulsa situación del Lacio, ahora que se sentía cerca el fin de la patria.

Y fueron los desvelos de Júpiter los que prolongaron la existencia de Ausonia y la soberanía de Italia, ya en ruinas, pues, desde lo alto del monte Albano[44], volvió su mirada a tierras tirrenas y hacia el cartaginés, engreído por el éxito y a punto de lanzar contra los muros sus enseñas victoriosas. Sacudiendo luego su cabeza le advirtió: «Nunca Júpiter te permitirá, joven, que atravieses las puertas de Roma y pongas tus pies en la ciudad. Puede que hayas atestado de muertos los valles tirrenos y desbordado los ríos con sangre latina, pero te prohíbo que te acerques a las rocas tarpeyas y llegues hasta los muros». Acto seguido, con la diestra arrojó cuatro veces su fulgurante rayo, que iluminó todo el país de los meonios[45]; después de levantar por los aires un oscuro nubarrón que rasgó el cielo, lo hizo caer sobre los ejércitos. Y no tuvo suficiente con alejar al cartaginés: con su divina voluntad incitó a los Enéadas a poner los dominios de Rómulo en buenas manos, confiando las riendas de la salvación a Fabio[46] en calidad de gene-

[44] Montes situados a unos 20 kilómetros al sudeste de Roma, en los que se rendía culto y se realizaban sacrificios en honor a Júpiter. Aunque Silio dice que el padre de los dioses mira hacia tierras etruscas (esto es, al norte), Aníbal se encontraba en Umbría, al noroeste.

[45] Cfr. IV, 721.

[46] Q. Fabio Máximo Verrucoso, llamado luego Cunctátor, fue designado *dictator* en el 217, tras la derrota de Trasimeno. Cfr. Livio, *AVC* 22.9.7 ss.

ral en jefe. Cuando lo vio al frente del mando supremo de los ejércitos, señaló: «Este que veis no se dejará vencer jamás por la envidia o por el atractivo embeleso de la lisonja popular, ni por engañosas artimañas, el ansia de pillaje o cualquier otra pasión. Curtido en muchas batallas, con su espíritu sereno puede afrontar tanto el éxito como el fracaso: tiene el mismo talento para las armas y para la toga»[47]. Así habló el padre de los dioses, y luego regresó al firmamento.

Y este que no se dejaba sorprender por nadie, siempre en guardia, este Fabio al que Júpiter ensalzaba, sentía una maravi- 620
llosa satisfacción cuando regresaba a la patria con el mismo número de soldados que había llevado a la batalla. No había nadie que mirara por su vida o la de algún hijo amado con mayor celo que el que mostraba él por su ejército, nadie que quedara más apenado al ver la sangre de los suyos derramada en combate. Incluso cuando volvía victorioso y manchado de sangre enemiga, retornaba a las murallas con su ejército al completo. Era su familia de origen ilustre y estaba emparentado con los dioses. En efecto, hace mucho tiempo, cuando el héroe de Tirinto[48] regresaba de lejanas tierras con la gloria de haber aniquilado al monstruo de tres cabezas[49] y arrebatado sus bueyes, 630
desfiló (admirable espectáculo) con los honores de la ovación por donde ahora relucen majestuosas las murallas de Roma. Cuenta la leyenda que en aquel tiempo un arcadio[50] ubicó los cimientos del Palatino en medio de solitarios zarzales, erigiéndose en gobernante de aquel pueblo menesteroso. La hija del rey, prendada por el divino huésped y, fruto de un feliz delito, dio a luz a Fabio. Así, mediante la unión con tan noble simiente, esta mujer arcadia se convirtió en madre de todos los descendientes

[47] Quiere esto decir que era gran defensor de la paz, como reza la máxima *cedant arma togae*.

[48] Alceo, rey de Tirinto, era padre de Alcmena, la madre de Hércules. Cfr. I, 661 y III, 422.

[49] Gerión. Cfr. I, 277.

[50] Evandro, hijo de Mercurio y Carmenta, partió de Arcadia y se estableció en Italia, donde, con el consentimiento del rey Fauno, fundó Palanteo, pueblo que se levantó sobre el Palatino mucho antes de que Rómulo fundara Roma.

de Hércules. Y de esta familia salieron los trescientos Fabios[51] que tomaron las armas contra el enemigo, todos procedentes de un mismo hogar. Pero hubo un Fabio que superó las muy nobles hazañas de todos ellos por saber dejar pasar el tiempo e igualarse como general a Aníbal. ¡Tal era entonces tu grandeza, cartaginés![52]

Mientras los desalentados latinos se recuperaban para un nuevo enfrentamiento, Aníbal, trastornado por el aviso de Júpiter y sin esperanzas ya de destruir las murallas de Roma, se dirigió hacia las colinas y los campos de Umbría[53]; allí, en la cima de sus elevadas montañas, inclinada sobre una ladera, se encuentra Túder[54]; y, extendiéndose a lo largo de vastas llanuras, Mevania[55] emana informes nieblas y da alimento a enormes toros, regalo para Júpiter. Pasó luego hasta los campos de Palas, el Piceno rico en botín, y, junto con su ejército, que sin rumbo fijo marchaba a donde el expolio lo atraía, llevó sus devastadoras enseñas, hasta que la apacible Campania detuvo su exterminador avance, acogiendo indefensa la guerra en su seno.

Allí, mientras observaba el templo y los edificios de la pantanosa Literno[56], pudo el caudillo apreciar pinturas de variados colores que recordaban la primera guerra, llevada a cabo por sus padres (aún permanecían grabadas en los pórticos) y reflejaban claramente la larga serie de acontecimientos. Se veía primeramente a Régulo, fiero el semblante, insuflando la guerra, una guerra que habría rehuido de haber conocido su desenlace[57]. A su lado estaba Apio[58], el primero que declaró la guerra a los cartagineses según la costumbre de sus antepasados; coronado de lau-

[51] Cfr. II, 4 y, más adelante, en VII, 38-65.

[52] Silio ensalza la grandeza de Aníbal precisamente por igualarse a Fabio.

[53] Sobre los movimientos de Aníbal, cfr. Livio, *AVC* 22.9 ss.

[54] Ciudad umbra (hoy *Todi*). Cfr. IV, 222.

[55] Sobre los toros de Mevania ofrecidos a Júpiter, cfr. IV, 544.

[56] Ciudad de la costa de Campania, donde hoy se asienta Patria. Se encuentra al sudoeste de Capua.

[57] Esto es, su derrota y posterior cautiverio.

[58] Apio Claudio Cáudex, cónsul en el 264 a.C., llevó un ejército a Sicilia y derrotó primero a los siracusanos y luego a los cartagineses.

rel, guiaba un merecido triunfo por su matanza infligida a los sarranos. Muy cerca, sobre una plataforma blanca como la nieve, se alzaba una columna adornada con espolones, trofeo naval logrado tras una victoria en el mar, despojos que Duilio[59] ofrecía como obsequio a Marte por ser el primero en hundir una flota cartaginesa bajo las aguas. Se le rendían honores todas las noches: tras la cena, una comitiva le acompañaba con luminosas antorchas y un flautista sagrado, y así era como volvía a sus humildes penates, distinguido por el sonido de alegres cantos. Vio también Aníbal el postrero homenaje tributado a un compatriota suyo muerto: Escipión, vencedor en Cerdeña, celebraba los funerales de aquel general cartaginés[60].

Contempló luego al ejército romano en costas libias, arremetiendo contra tropas en desbandada. Con su refulgente penacho, Régulo los acosaba pisándoles los talones. Una vez depuestas las armas, autóloles, nómadas, mauros, amonios y garamantes entregaban sus ciudades. El Bágrada de lento curso escupía sobre la arenosa llanura el veneno de la serpiente que un poco más allá se batía con los desafiantes escuadrones y libraba un duelo con su general[61]. Una pérfida tropa sumergía en el mar al capitán amicleo[62] que, arrojado desde popa, en vano invocaba a los dioses: demasiado tarde para ti, Régulo, pagó su castigo Jantipo con una merecida muerte en el mar.

Aparecían retratadas además las dos Egates[63] alzándose en mitad de las olas: a su alrededor se apreciaban restos de naves destrozadas y a los cartagineses nadando desperdigados en medio de la corriente. Dueño y señor de los mares, el victorioso Lutacio conducía con el viento a favor hacia la costa las naves capturadas. Entre todas estas escenas se hallaba Amílcar, padre del general, encadenado junto a una larga cuerda de penados; con-

[59] El cónsul en el 260 a.C., C. Duilio, derrotó a la armada cartaginesa en Milas (Sicilia). Como premio se le otorgó que un cortejo lo acompañara todas las noches a su casa, al son de la flauta.

[60] L. Cornelio Escipión derrotó a los cartagineses en Córcega y Cerdeña (259-258 a.C.) y luego rindió honores fúnebres a su rival, Hannón.

[61] Régulo. Cfr. en este mismo libro, vv. 146 ss.

[62] Nueva alusión a Jantipo. Cfr. II, 434; VI, 504.

[63] Cfr. I, 35 y 61. Lutacio Cátulo dirigía la flota romana.

centraba las miradas de todo el vulgo más que ninguna otra de las figuras allí representadas.

Pero podía verse también la imagen de la Paz, los altares manchados con la ruptura del tratado, a Júpiter traicionado y a los latinos redactando las condiciones de paz. Horrorizados estaban los libios ante las hachas que se cernían sobre sus temblorosos cuellos y, ofreciendo todos ellos sus manos, imploraban perdón y en vano juraban acatar el tratado. Y todo esto lo contemplaba alegre Dione, desde la cumbre del Érix[64].

Cuando el cartaginés hubo contemplado con hostil semblante todas estas pinturas, echándose a reír, con rabia contenida exclamó: «Las hazañas no menos gloriosas de mi diestra podrás plasmar, Cartago, en nuestros muros: podremos ver la toma de Sagunto[65], devastada a hierro y fuego; padres atravesando de parte a parte los cuerpos de sus propios hijos; y no ocupará un lugar irrelevante la conquista de los Alpes. Por sus escarpadas cumbres, garamantes y nómadas saltarán triunfantes a lomos de sus caballos. Podrás retratar las riberas del Tesino espumosas de sangre, nuestro Trebia y las orillas del toscano Trasimeno, cubiertas de cadáveres. Que caiga Flaminio, enorme por su corpulencia y por el peso de sus armas, que huya el cónsul Escipión junto a los suyos, chorreando sangre a hombros de su hijo[66].

»Da a conocer estas hazañas a los pueblos, y otras mayores que aún tendrás que transmitir. ¡Cartago, tú pintarás a Roma ardiendo con el fuego de antorchas libias, y al Tonante arrojado de las rocas tarpeyas! ¡Mientras tanto, y como es justo, jóvenes guerreros por cuyos brazos logro tantas victorias, id pronto y reducid a cenizas todas esas obras entregándolas a las llamas!».

[64] Uno de los nombres de Venus (cfr. IV, 106). Esta diosa poseía un templo en Sicilia, sobre la cumbre del Érix. Precisamente en este monte quedó cercado el ejército de Amílcar después de la Primera Guerra Púnica.

[65] Aníbal comienza a enumerar las victorias logradas desde Hispania hasta Italia (Sagunto, los Alpes, Tesino, Trebia, Trasimeno, etcétera).

[66] Cfr. IV, 445-478.

Libro VII

Mientras tanto, Fabio era la única esperanza en esta difícil situación[1]. Se apresura a armar tropas aliadas[2] y también a Ausonia, gravemente herida; guerrero de lozana vejez, arrostraba duras fatigas y ya estaba movilizando sus campamentos contra el enemigo. Pero su temple sobrehumano no se inquietaba por proyectiles, espadas o robustos caballos: contra tantos miles de cartagineses, contra su jefe invencible, contra tantas tropas, él marchaba solo llevando dentro de sí todas las armas y todos los soldados. Y, de no haber sido por la divina energía de este anciano y su firme determinación de paralizar la Fortuna propicia al adversario mediante su táctica de retardo, aquélla hubiera sido la última generación para el nombre de Dardania. Él puso freno al favor de los dioses hacia las fuerzas cartaginesas y, en medio de tantos éxitos militares, marcó el fin de las victorias de los libios. Mediante su táctica de lento desgaste[3], humilló al cartaginés, ensoberbecido con sus estragos en Hesperia. Oh, tú, el más grande de los generales, que velas por el reino de Troya, de nuevo al borde de la ruina, por la decadente situación del Lacio y por las penalidades de nuestros antepasados, tú que velas por las

10

[1] Se retoma aquí el hilo de la narración, que quedó cortado en VI, 652, cuando Silio incluyó la visita de Aníbal al templo de Literno.

[2] Cfr. Livio, *AVC* 22.11.2-3.

[3] Táctica que le reportó el sobrenombre de *Cunctator* («El Lento», «El Parsimonioso»). Cfr. VI, 611 ss.

riquezas de Carmenta[4] y los dominios de Evandro, levántate y coloca tu divina cabeza en el cielo tal y como mereces.

Por su parte, el caudillo libio, cuando se designó a un dictador y nombres que él desconocía alcanzaron los puestos de relevancia[5], discurriendo que estos cambios imprevistos de poder no suceden por azar entre los latinos, ansiaba conocer la condición de este hombre, sus glorias, por qué la última áncora de salvación para aquel pueblo desahuciado era Fabio, a quien Roma equiparaba a Aníbal, después de tantas tempestades. Lo inquietaban sus años carentes de pasión y su vejez a prueba de intrigas.

Mandó llamar inmediatamente a uno de sus prisioneros para preguntarle el origen del nuevo general, su manera de ser y sus hazañas militares. Cilnio[6], natural de Arrecio, en el país tirreno, gozaba de un nombre ilustre, pero el funesto destino lo había enviado de joven a las riberas del Tesino y, derribado al caer su caballo herido, tendió su cuello a las cadenas libias. Ante su desgracia, ardía en deseos de morir y poner fin a sus días: «No estás tratando ahora –le dijo– con Flaminio[7], ni tienes ante ti las ciegas resoluciones de Graco: se trata de la estirpe tirintia[8], y, si los hados, Aníbal, lo hubiesen alumbrado en tu patria, desde la ciudadela de Cartago podrías contemplar vuestra supremacía en el mundo. No voy a detallarte la larga lista de sus hazañas; una sola bastará, y con este único acto vas a conocer a los Fabios:

»El pueblo de Veyes[9] había roto la paz con Roma y se negaba a aceptar el yugo, la guerra rugía de furia ante nuestras puertas

---

[4] Sobre Carmenta y Evandro, cfr. VI, 631.

[5] Fabio era el nuevo *dictator* y Minucio era el *magister equitum*, ambos cargos nombrados en julio del 217 a.C.

[6] Nombre de familia procedente de Arrecio, en Etruria. A esta familia pertenecía C. Cilnio Mecenas.

[7] Clara referencia a la precipitación de Flaminio durante la batalla de Trasimeno (cfr. V, 52 ss.) y a la temeridad de las acciones de T. Sempronio Longo al principio de la batalla de Trebia (IV, 514 ss.).

[8] Cfr. VI, 628. Hércules era el legendario ancestro de los Fabios.

[9] Ciudad de Etruria, situada cerca de donde modernamente se encuentra *Isola Farnese*. Cuenta la leyenda que, durante la incontenible expansión de Roma, 306 miembros de la familia Fabia intentaron fundar una colonia en Veyes y fueron asesinados.

por el inminente enfrentamiento y el cónsul llamaba a las armas. Ante la negativa a realizar una leva, los penates de Hércules reclutaron una tropa privada: de una sola casa, ¡admirable!, un ejército de patricios marchaba bajo las mismas armas. Trescientos fueron los generales que se movilizaron, y con cualquiera de ellos al frente te habrías lanzado sin temor a la lucha. Pero, funesto presagio para la expedición, los umbrales de la Puerta Maldita[10] retumbaron con amenazador y estridente sonido, y el Altar Mayor de Hércules[11] bramó. Acometieron al enemigo con tal ímpetu que su denodado valor no pudo dar cuenta de cuántos héroes luchaban: había más víctimas que guerreros. Unas veces agrupados en filas cerradas, otras luchando dispersos a través de lugares inaccesibles, resistieron las vicisitudes del combate y, con una fatiga comparable a sus méritos, nadie exhibía menos valor que nadie. Conducir trescientos triunfos hasta el templo tarpeyo[12], ¡ay, falsa esperanza para unos corazones que olvidan que los bienes concedidos a los mortales son transitorios! Aquel grupo de héroes, que consideraba degradante que la guerra se llevara a cabo a expensas del Estado mientras subsistiera la estirpe Fabia, sucumbió a un tiempo ante la envidia de los dioses y ante el enemigo que de pronto lo había acorralado. Pero no tienes por qué alegrarte de su muerte: aún quedan suficientes para acabar contigo y con Libia; y uno solo podría luchar con el valor de trescientos. Tal es la fuerza de sus miembros, la prudencia de sus acciones y su destreza, encubierta bajo una cauta tranquilidad[13]. Y ni siquiera ahora, que te hierve la sangre por tu edad, podrías tú espolear más rápidamente el costado de tu belicoso caballo o lastimar con el freno su boca».

Cuando el cartaginés vio a Cilnio desear su muerte después de aquellas palabras, le replicó: «En vano intentas, insensato,

[10] Después de la matanza de los 306 Fabios, la *Porta Carmentalis*, entre el Capitolio y el Tíber, recibió el nombre de *Porta Scelerata*, precisamente por ser ésta la puerta por la que los Fabios partieron en dirección a Veyes.

[11] El Altar Mayor de Hércules se encontraba en el Mercado de ganado de Roma. Los bramidos que se escucharon eran un presagio desfavorable para la expedición.

[12] El Capitolio era el lugar al que se dirigían los vencedores en las batallas en su carro triunfal.

[13] Se trata de Fabio *Cunctator*.

provocar mi ira y eludir con tu muerte las ataduras del cautiverio. Has de seguir vivo. ¡Que estrechas cadenas ciñan su cuello!». Así habló Aníbal, engreído por el favor de los dioses y sus exitosas proezas.

Empujados por su devoción a los dioses, los senadores y las matronas del Lacio marchaban hacia los altares[14]. Con los ojos llenos de lágrimas, entristecido el semblante, el coro de mujeres avanza; la larga procesión iba a ofrecer a Juno un manto que le habían prometido: «Asístenos, reina de los dioses; nosotras, una casta raza, te lo imploramos, y nosotras, todas de ilustre nombre, la multitud de mujeres ausonias, te ofrecemos este hermoso y respetuoso regalo que con aguja e hilo de oro tejieron nuestras manos. Mientras el temor de las matronas mengüe, tuyos serán, diosa, estos ropajes. Y, si concedes que los nubarrones de Marmárica[15] se alejen de nuestra tierra, en tu cabeza brillará una corona de oro con variopintas incrustaciones de piedras preciosas». También hicieron ofrendas especiales a Palas, a Febo, al dios portador de armas[16] y a Dione[17] la primera. Tan grande es la devoción a los dioses cuando se está en peligro; rara vez humean los altares en tiempos de felicidad.

Mientras Roma rendía inveterados honores en sus templos, Fabio avanzaba sigilosamente con su táctica parsimoniosa y ya había cerrado todas las vías a la Fortuna y al enemigo. No permitía que se abandonaran las enseñas y aleccionaba a sus hombres en la obediencia, ese supremo honor que encumbró hasta las estrellas, romano, la cabeza de tu imperio.

Pero, en cuanto sus primeras enseñas se avistaron a lo lejos, sobre la cima de los montes, y sus tropas relucieron con nuevos efectivos, aumentaron las esperanzas del joven sidonio, que bullía por el favor de la fortuna. Un único obstáculo le impedía vencer, y era que los ejércitos aún no estaban frente a frente: «Adelante –grita–, avanzad pronto, corred hacia las puertas, partid con el pecho la empalizada. La distancia entre los dos cam-

[14] Cfr. Livio, *AVC* 22.10.7 ss.
[15] El ataque de los cartagineses. Cfr. II, 57.
[16] *Deus Armiger*, epíteto de Marte.
[17] Venus, protectora del pueblo romano. Cfr. IV, 107.

pamentos es lo que separa a nuestro enemigo del reino de las sombras. Ellos mandan a la guerra a viejos ociosos con los que da vergüenza batirse. Lo que veis es todo lo que les queda, aquello que rechazaron por inútil al principio de la contienda. Y bien, ¿dónde están ahora los Gracos[18], dónde aquellos dos rayos de la guerra, los Escipiones?[19] Arrojados de Ausonia, no dejaron de huir espantados hasta que el terror los llevó al fin del mundo, junto al Océano; y ahora, errantes y fugitivos, se mantienen ambos en las riberas del Ebro, temblando al oír nuestro nombre. Incluso 110
la muerte de Flaminio hizo que mi gloria creciera y que entre mis hazañas militares pudiera yo incluir el nombre de un guerrero tan terrible en combate. ¡Cuántos años puede mi espada arrebatar a ese Fabio![20] Y, sin embargo, nos desafía. Pues que nos desafíe, que ya me encargaré yo de que no se le vea más en medio de las armas».

Así habló, y al instante arrastró en veloz carrera a su ejército. Delante de todos, montado en su caballo, ora provoca al enemigo agitando su brazo, ora lo increpa con palabras, le arrojaba de lejos una lanza y luego avanzaba triunfante simulando el inminente combate. Así era como, en los campos de Frigia, el hijo de Tetis[21] portaba las armas que Vulcano forjó para él: el escudo en 120
que aparecen representados la tierra y el cielo, el mar de su madre y el mundo entero.

Fabio observaba sin moverse este arrebato estéril. Desde lo alto de una colina reprimía el exaltado corazón de Aníbal y, con su hábil táctica de retardo, minaba sus bravuconerías retardando el combate: igual que el pastor en medio de la sombría noche, tras reforzar los establos, duerme tranquilo con su rebaño bien

---

[18] Cfr. IV, 495 ss.

[19] P. Cornelio Escipión y Cn. Cornelio Escipión, padre y tío de Africano, que habían sido enviados a España a luchar contra Asdrúbal, el hermano de Aníbal. Allí perecerían unos años después.

[20] Aníbal alude en tono de ironía a la extremada vejez del general romano.

[21] Aquiles, en cuyo escudo, forjado por Vulcano, aparecen representados la tierra, el mar, el cielo y todos los trabajos de los mortales (cfr. Homero, *Ilíada* XVIII, 483-613). «El mar de su madre» alude a Tetis, diosa de los ríos y las ninfas marinas.

resguardado en el aprisco, en tanto que, rabiosa y hambrienta,
una manada de lobos se exaspera, lanzando terribles aullidos y
zarandeando a dentelladas los barrotes.

Tras este fallido intento[22], el libio se aleja y recorre pausadamente los campos de Apulia; acampa unas veces agazapado en un lejano valle, con la intención de precipitarse sobre el rival que le sigue los pasos y rodearlo mediante una emboscada por sorpresa; otras veces, al abrigo de las sombras de la noche, dispone trampas ocultas en el camino y simula una retirada y una falsa espantada; hace ver luego que abandona a toda prisa los campamentos dejando allí el botín para, con esta fingida prodigalidad, atraer al enemigo. Es así como circula el Meandro[23] de un lado
a otro por tierras meonias, replegándose sobre su propio curso. No hay nada que intente sin disimulo. Todo lo revuelve y enreda en su cabeza, se las ingenia para urdir los más variados planes. No de otro modo que el rayo de sol proyectado sobre el agua rebota por todos los edificios y el oscilante reflejo de su luz vibra y reverbera con trémula sombra en el artesonado. Furioso por la desazón, comienza a farfullar su cólera: «Si Fabio hubiese sido el primero con quien me topase en combate, ¿no significarían nada ahora los nombres de Trebia y Trasimeno? ¿No habría llorado ningún ítalo, acaso? ¿Es que el río de Faetón[24] no habría
perdido su color ni habría enturbiado el mar con su ensangrentado caudal? Rehusando actuar y desgastándonos con la inactividad, ha inventado una nueva táctica para vencer. ¡Oh, cuántas veces, haciendo como que atacaba, ha desarmado mis ardides y ha descubierto mis artimañas con esta estrategia!». Esto pensaba Aníbal cuando, en mitad del sueño, la trompeta partió la noche en dos[25] y el centinela al que por desgracia tocaba hacer guardia

---

[22] El fallido intento de provocar la batalla.

[23] Río de Asia Menor, entre Caria y Meonia, de curso muy sinuoso (hoy *Mendere*).

[24] El Erídano (actual *Po*), en el que Júpiter precipitó a Faetón después que éste a punto estuvo de incendiar el mundo con el carro de su padre, el Sol.

[25] En los campamentos, las guardias tanto de día como de noche se dividían en cuatro turnos, marcados por toques de trompeta.

se dispuso, quebrantado su descanso, a equiparse para la tercera vigilia. Cambió Aníbal de dirección y, dejando atrás el país de Dauno[26], volvió a tierras de Campania, que ya habían sufrido sus saqueos[27]. Después que llegó a los fértiles campos de Falerno[28] (rica tierra que jamás defrauda al labrador), prendió un pernicioso fuego sobre las ramas cargadas de frutos.

No es lícito, Baco, que pasemos en silencio tus honores, por más que sea un grandioso relato el que me ocupa. Tú, que nos regalas el divino líquido, serás recordado por el néctar que colma aquellas viñas y que no permite que ningún otro vino sobrepuje en nombre al que sale de las prensas de Falerno.

En unos tiempos mejores en que no se conocían las espadas[29], el anciano Falerno labraba las cumbres del Másico[30]. En aquellos campos desnudos, los sarmientos aún no habían entretejido verdes sombras para las uvas, ni los hombres sabían dulcificar sus copas con el jugo de Lieo[31]. Solían apagar la sed con el agua clara de una fuente. Cuando se dirigía Lieo a las costas de Calpe[32], allí donde se pone el sol, la suerte y el momento oportunos le ofrecieron allí hospedaje, y el morador del cielo no tuvo inconveniente en entrar en aquel modesto hogar y cruzar el umbral de tan humilde casa. Acogieron al agradecido huésped las humeantes puertas y la mesa, dispuesta ante el fuego conforme al uso en aquellos tiempos de pobreza. Ni siquiera el complaciente anfitrión reparó en que una divinidad se sentaba junto a él, sino que, a la manera de sus antepasados[33], corría de un lado a otro con afectuoso primor, agotando su vejez con tal de preparar una comida festiva con frutas en

160

170

[26] Apulia, así llamada por Dauno, legendario rey de Apulia (cfr. I, 291).

[27] Cfr. VI, 651 ss.

[28] Territorio de Campania dominado por el monte del mismo nombre y afamado por sus vinos, de los mejores de Italia.

[29] Evocación de la Edad de Oro, en la que no se conocía la violencia.

[30] Falerno sería una invención de Silio, epónimo de aquellos parajes. El Monte Másico, también célebre por sus caldos, se hallaba muy cerca del Falerno. Cfr. D. W. T. C. Vessey (1972/1973), pp. 240-246.

[31] Baco. Cfr. III, 395.

[32] Gibraltar. Cfr. I, 141.

[33] Cfr. el ejemplo de hospitalidad ofrecido por Filemón y Baucis (Ovidio, *Met.* VIII, 611-724).

sencillos canastos y hortalizas que destilaban rocío, arrancadas cuidadosamente de su bien regado huerto. A continuación, ennobleció este delicioso banquete con leche y panales de miel, y, sin manchar de sangre su casta mesa, trajo los regalos de Ceres[34], no sin antes honrar a Vesta[35], quitando un poco de cada plato y arrojándolo al fuego como ofrenda primera.

Encantado por la diligencia del anciano, no permitiste, Íaco[36], que faltara tu licor. De pronto (algo asombroso de contar), el jugo de los sarmientos llenó de espuma las copas de madera de haya, como premio a su humilde hospitalidad. La tosca colodra rebosó de rojo vino, y en la encina esculpida en forma de crátera cayó el dulce caldo salido de olorosas uvas. «Toma –señaló Baco– este obsequio que aún desconoces, pero que algún día habrá de pregonar por doquier el nombre de Falerno el viñador.» Y, diciendo esto, el dios no ocultó quién era por más tiempo. Al instante, racimos de hiedra ciñeron su frente, iluminada con el resplandor de la púrpura; la cabellera le caía por los hombros, de su diestra colgaba un cántaro y, deslizándose desde el verde tirso[37], una vid engalanaba la festiva mesa con los pámpanos niseos. Y no te fue fácil, Falerno, resistir este agradable sabor; después de tomar varias copas, movías a risa con tus pies titubeantes y tu lengua balbuciendo. Con la cabeza aturdida intentabas dar las gracias y recompensar debidamente al padre Lieo con palabras apenas inteligibles, hasta que el Sueño cerró tus ojos renuentes, ese Sueño, Baco, que siempre te acompaña. Cuando, con los primeros rayos de Febo, las pezuñas de los corceles de Faetón disiparon el rocío, el Másico florecía todo de viñedos y se asombraba de aquella espesura con sus relucientes racimos al sol. El monte alcanzó gran renombre y, desde aquel momento, el rico Tmolo[38],

[34] El pan.

[35] Como diosa del fuego doméstico, había que entregar a las llamas un poco de cada plato, en señal de ofrenda.

[36] Otro de los nombres de Baco.

[37] Vara rodeada de hiedra o también de pámpanos de vid que llevaba Baco. Sobre Nisa, cfr. nota a III, 193.

[38] Silio pasa revista a los más afamados vinos de aquellos tiempos: los del monte Tmolo (hoy *Boz-Dagh*), en Lidia; los de Arvisio, promontorio al norte de Quíos, y los de Metimna *(Mythimna)*, en la isla de Lesbos.

las copas de Arvisio con su jugo delicioso como ambrosía y la fogosa Metimna hubieron de rendirse ante las cubas de Falerno.

Ésta era la tierra que por entonces Aníbal devastaba y esquilmaba con furia; sus espadas secas de sangre lo azuzaban, en tanto que Fabio se reía de él. En el campamento ausonio aumentaban cada vez más los malos deseos y un pernicioso afán por luchar; todos estaban dispuestos a precipitarse monte abajo.

Otorga, Musa, otorga fama a este héroe que fue capaz de vencer a dos ejércitos[39] y dominar el furor de ambos. «Si los senadores –decía Fabio– creyeran que tengo un corazón ardoroso, un genio intratable y una mente proclive a dejarse llevar por el clamor, no me habrían confiado esta extrema situación y las riendas de una guerra que se da por perdida. Sigue en pie mi plan de campaña largo tiempo meditado: conseguiré salvaros pese a vuestra desaprobación y vuestras prisas por provocar un desenlace fatal. Ninguno de vosotros obtendrá de Fabio permiso para morir. Si estáis cansados de vivir y deseáis ser los últimos en llevar el nombre de ausonios; si, en una situación como la presente, os disgusta no haber encumbrado ningún lugar mediante una masacre sin precedentes o el fragor de una célebre derrota, entonces tendremos que hacer volver a Flaminio[40] de su sombría morada. Pues ya hace tiempo que él habría corrido a dar la señal de ataque siguiendo los divinos auspicios. Pero ¿no veis todavía el abismo y el destino que se os avecina? Sólo una victoria resta al cartaginés para ganar la guerra. Quietos ahí, soldados, y haced caso a vuestro general. Cuando el ansiado momento reclame vuestros brazos, entonces deberéis igualar con hechos todas esas exaltadas palabras. No es, creedme, no es tarea difícil lanzarse a luchar. Una sola hora bastará para que, abiertas las puertas, os disperséis todos por la llanura. La grandeza está únicamente reservada a aquellos a los que Júpiter miró con buenos ojos cuando avanzaban; la grandeza consiste en poder retornar de la batalla. El libio tiene la Fortuna de cara y lleva su nave confiado en su aura favorable. Mientras no ceda esta bonanza, no retire el

[39] Al cartaginés y al suyo propio.

[40] Sobre la imprudencia de Flaminio, causante del desastre de Trasimeno, cfr. IV, 708 ss.

viento su soplo ni deje de hinchar las velas, nos conviene dejar pasar el tiempo. Jamás ampara a nadie la Fortuna con un abrazo eterno. ¡Cuánto han menguado ya las fuerzas de los tirios, cuánto deterioro ha sufrido su fama sin que hayan combatido ni una sola vez! Y entre el resto de mis glorias militares no faltará aquel que hace poco...[41], pero será mejor que refrene mi lengua. Y, ahora, ¿pedís ejércitos en formación, combates y enemigos? ¡Por los dioses, que perdure tal confianza en vosotros mismos! Mientras tanto, evitad el peligro de un desastre mayor y dejad que yo solo, os lo ruego, que yo solo haga frente a toda esta guerra.» Con este discurso aplacó la furia de todos, las exasperadas tropas se apaciguaron. No de otra suerte que cuando Neptuno alza su frente serena por encima de las agitadas olas y todo lo ve y aparece como señor de todo el mar, los desapacibles vientos dejan de emitir sus terribles silbidos y ya no baten las alas de sus sienes[42]. En ese instante comienza a expandirse la paz sobre el mar en calma y las adormecidas olas relucen a lo largo de la silenciosa orilla.

Atento y sagaz, el cartaginés se percata de la situación y trata de ganarse los corazones con el veneno de su astucia: poseía Fabio unas pocas yugadas que había heredado de sus antepasados y que podían voltearse sin necesidad de muchos arados. El Másico dio fama a estas tierras ricas en viñas[43]. Sabedor de ello, quiso Aníbal levantar una calumnia y difundir ambiguas sospechas en el campamento. Libró este lugar del hierro y las llamas y, por medio de esta maléfica artimaña de protegerlo del fuego, suscitó sospechas, como si la guerra se hubiera prolongado por un acuerdo secreto[44].

Fabio advirtió la treta: el dictador veía cuán despiadada era aquella maquinación tiria, pero, en medio de las espadas y el sonido de las trompetas, no tenía tiempo para amedrentarse por

[41] Los estudiosos apuntan a Minucio, lugarteniente de Fabio, como destinatario de la reticencia que incluye aquí Silio.

[42] Los vientos eran representados con alas alrededor de sus sienes.

[43] Esto es, la cercanía del Másico (cfr. v. 207) otorgaba su buena fama a las yugadas de Fabio.

[44] Cfr. Livio, *AVC* 22.23.4.

culpa de una envidia enfermiza o sacudirse las dentelladas de la calumnia con un combate de incierto desenlace. Mientras el cartaginés andaba merodeando y arrastraba en balde sus efectivos aquí y allá, incesantemente, con la intención de escrutar la ocasión de combatir, Fabio lo acorraló donde se levantaban cumbres boscosas y colinas coronadas de rocas, disponiendo tropas junto a las bifurcaciones de los caminos. Los montes lestrigonios[45], con su escabroso pedregal, lo constreñían por la espalda; por delante tenía las lagunas de Literno, con su terreno sucio y anegado. El lugar no se prestaba al empleo de armas o de soldados. Acorralados en la trampa que les tendía su posición, los acuciaba un hambre atroz que habría de cobrarse las desgracias sufridas por Sagunto: cerca estaba el fin para el ejército de Cartago.

Todo, las tierras y las aguas del inmenso mar, quedó sepultado por el sueño; interrumpidas las labores del día, el mundo disfrutaba del reposo que la noche brinda a los mortales. Pero su corazón consumido por las preocupaciones y un miedo que lo mantenía despierto no permitían al jefe sidonio saborear los bienes de la noche que invita a dormir. Se levanta de su cama, se cubre con la rubia piel de un león sobre la que previamente se había echado, extendiéndola en la hierba del campo a modo de lecho. Dirige luego sus pasos rápidamente hacia la cercana tienda de su hermano[46], quien tampoco desentonaba de la costumbre militar y yacía tumbado sobre una piel de toro, aliviando con el sueño su angustia. No estaba lejos su lanza, clavada en tierra; en lo alto de su punta, colgaba el terrible casco. A su alrededor, estaban por el suelo el escudo, la coraza, la espada, el arco y la honda balear. Junto a él descansaba una tropa selecta, guerreros experimentados en el oficio de Marte; su corcel enjaezado comía hierba. Los pasos de su hermano que entraba lo desvelaron de su ligero sueño y, al tiempo que llevaba la mano a sus

[45] Los lestrigones, gigantes antropófagos, habitaban en las proximidades del Etna, en Sicilia. Cfr. Homero, *Odisea* X, 77 ss. También se les sitúa en la costa de Campania, en torno a Formias (hoy *Formia*) o tal vez Cayeta (hoy *Gaeta*). Livio (*AVC* 22.16.4) denomina *Formiana saxa* a estos montes Lestrigonios.

[46] Magón.

armas, dijo: «Eh, ¿qué preocupación te tiene despierto y fatiga tus agotados miembros, hermano?». Ya se había incorporado y con el pie llamaba a sus compañeros, que dormían dispersos por toda la hierba, para que realizaran las faenas del campamento, cuando el caudillo libio respondió: «Fabio es quien atormenta mis noches, Fabio el que provoca mi inquietud. ¡Ese viejo, ay, es el único que entorpece el curso de mi destino! Como ves, estamos bloqueados por un cordón de tropas armadas y soldados dispuestos en círculo nos tienen rodeados. Pues bien, ahora que nuestra situación es complicada, escucha el plan que he meditado[47]. Como es costumbre después de las escaramuzas militares, nos siguen los rebaños que hemos saqueado a lo largo y ancho de los campos. Ordenaré que se aten ramas secas a sus cuernos y se líen manojos de ligeros sarmientos en sus frentes. Una vez prendidos, las llamas difundirán su calor de modo que los novillos, azuzados por el dolor, saldrán corriendo por todas partes y, al remover sus cabezas, propagarán el incendio por las colinas. Entonces el centinela, aterrado ante un hecho tan insólito, descuidará su puesto poco fiable y temerá peligros aún mayores a causa de la oscuridad de la noche. Si te parece bien mi plan, y puesto que nuestra complicada situación no admite demora, pongamos manos a la obra». Y, sin más, ambos se dirigieron juntos hacia las tiendas.

Gigantesco, con la cabeza recostada sobre su escudo, en medio de caballos y soldados, en medio de los despojos aún sangrientos que había arrebatado con su propia mano, yacía Maraxes; enajenado, como si en sueños librara combates, lanzó casualmente un grito terrible y, removiendo su mano sobre el lecho, buscaba exaltado sus armas y su conocida espada. Empujándolo con la parte trasera de su lanza, Magón lo despertó de su sueño de combate y le dijo: «Modera tu cólera durante las tinieblas, capitán valerosísimo, y difiere la lucha para cuando llegue el día. Debemos ahora aprovechar la noche para engañar al adversario, huir a escondidas y cubrir nuestra retirada. Mi hermano ha dispuesto atar los cuernos de las reses con ramas secas

[47] Sobre este astuto plan ideado por Aníbal, cfr. Livio, *AVC* 22.16.6 ss.

y, después de prenderles fuego, soltarlas por todo el bosque para que el enemigo deje el camino abierto y romper así el asedio a nuestro campamento. En marcha, pues, y que este ardid disuada a Fabio de competir con nosotros en astucia».

Lejos de dudar, este atrevido plan agrada al guerrero, y ambos corren a la tienda de Aquerras. Se contentaba éste con poco descanso, dormía aún menos y su sueño no solía prolongarse toda la noche; siempre en vela, se dedicaba a cuidar de su brioso caballo, con caricias mitigaba su cansancio y aliviaba su boca excoriada por el freno. Sus compañeros, mientras, sacaban brillo a las armas, limpiaban la sangre reseca del hierro y contagiaban su cólera a la punta de las espadas. Revelan a Aquerras lo que requiere el lugar y el momento, lo que ellos mismos traman, y le animan para que sin demora les acompañe como cómplice de su plan. Circula la contraseña por todo el campamento, se afanan en explicar lo que debe realizarse con mayor urgencia; cada cabecilla alecciona a los suyos. El temor los anima a actuar cuanto antes y los incita a abandonar aquel lugar mientras se prolonguen el silencio y la oscuridad, mientras sean más alargadas las sombras. Rápidamente se incendian las ramas y, en lo alto de los cuernos, asoma el fuego. Pero, en cuanto creció el mal y los animales empezaron a sacudir sus doloridas cabezas, las llamas se avivaron y tomaron fuerza, originando un remolino que logró abrirse paso entre el humo. Esta terrible plaga obliga a los jadeantes rebaños a correr embravecidos por colinas y zarzales, por las empinadas rocas del escarpado monte; los novillos, rabiosos, pugnan en vano por mugir con sus narices obstruidas por el fuego. Por cumbres y valles se propaga el azote de Vulcano; el mal no se detiene ante nada y su resplandor se ve reflejado en la ribera cercana: tal es la cantidad de estrellas que distingue el marinero que, bajo una noche serena en medio de las olas, observa fijamente el cielo mientras surca el mar; tal cantidad de incendios de negruzca lumbre divisa el pastor que habita las cimas del Gargano[48], cuando queman los bosquecillos de Calabria para engordar los pastos.

340 350 360

[48] Sobre el Gargano, cfr. IV, 561.

Ante el inesperado panorama de las llamas revoloteando por las cimas de los montes, los centinelas que se encontraban haciendo guardia quedan horrorizados; incluso creen que el fuego se ha propagado sin que nadie lo provocara, que crece sin cesar bajo el suelo de las colinas. En medio del desconcierto, se preguntan si ha caído del cielo, si son rayos que el Omnipotente ha disparado con su poderosa diestra, o si la tierra estéril, resquebrajada en el fondo de sus oscuras cavernas, ha vomitado llamas de azufre incandescente. Al instante salen huyendo; rápidamente el cartaginés ocupa con hombres armados el paso estrecho y salta triunfante a las amplias llanuras[49]. El resultado que el sagaz dictador había obtenido hasta ese momento con su hábil táctica era que, después del Trebia y del toscano lago[50] de profundas aguas, Aníbal hubiera tenido que resignarse a huir de Fabio y de los ejércitos romanos. Y es más: éste habría seguido sus pasos y pisado sus talones si no hubiese tenido que realizar una ofrenda sagrada a los dioses de su familia[51]. Cuando partía para la Ciudad, habló con el joven general al que, según la costumbre, debía entregar las enseñas, el mando de la guerra y las riendas del poder. Con estas palabras lo preparó, con estos consejos lo aleccionó: «Si con mis actuaciones, Minucio[52], aún no has aprendido de la Fortuna a dejarte guiar por la prudencia, no servirán mis palabras para conducirte a la verdadera gloria o alejarte del mal. Has visto cómo he arrinconado a Aníbal sin valerme de soldados de infantería, escuadrones de caballería o legiones en formación compacta. Has sido testigo de que yo solo lo arrinconé, y no tardaré en hacerlo de nuevo. Permíteme que vaya a ofrecer a los dioses un banquete sagrado y solemnes ceremonias. Una y otra vez te entregaré a Aníbal bloqueado por altas montañas o impetuosos ríos: tan sólo abstente de luchar. Mientras tanto (confía en

[49] Livio acentúa la rapidez con que se llevó a cabo esta operación (*AVC* 22.17 ss.).

[50] Trasimeno.

[51] Sacrificio anual en honor de Diana que, como representante de la *gens Fabia,* estaba obligado a cumplir sobre el Quirinal. Cfr. Livio *AVC* 5.52.3 y 22.18.8.

[52] M. Minucio Rufo, jefe de la caballería y, por tanto, lugarteniente de Fabio.

mi experiencia, no me equivoco), siempre que la situación esté complicada, la salvación está en no actuar. Que muchos alcancen la gloria y disfruten abatiendo al enemigo con el hierro (algo realmente respetable), pero que el triunfo de Fabio sea mantenernos a salvo. Te entrego los campamentos al completo y unos guerreros intactos; devuélvemelos tal cual, ésa será tu gloria. Pronto verás al león de Libia abalanzarse sobre esta empalizada, mostrarte el botín y luego dar la espalda, pero sin dejar de mirar atrás y siempre madurando su cólera a base de ardides. Mantén cerrado el campamento, te lo ruego, y priva a Aníbal de cualquier esperanza de lucha. Estos consejos son suficientes, pero, si mis ruegos no sirven para reprimir tu ardor, como dictador y haciendo uso de un derecho supremo y sagrado, te prohíbo que tomes las armas». De tales consejos lo pertrechó; luego, abandonó el campamento y regresó a la Ciudad.

Pero he aquí que una flota fenicia recorría a favor del viento las costas de Cayeta[53] y la bahía lestrigonia, surcando con sus espolones las aguas[54]; ya había entrado en su despejado puerto y, con el reiterado batir de remos, había llenado de espuma todo el mar cuando, sobresaltadas por el ruido, las hermanas del mar[55] salieron de sus cristalinas cuevas, emergieron a la par que las olas y vieron que naves enemigas habían tomado las orillas. Estremecidas entonces por un miedo atroz, la multitud de Nereidas retorna inquieta a lugares que les son familiares, allá donde se alza, en medio del mar, el reino de los teléboas[56] y su remota morada de piedra pómez. En su abrupta cueva se oculta el abominable Proteo[57], adivino que

[53] Ciudad situada en la costa (hoy *Gaeta*), entre el Lacio y Campania, al norte de la región lestrigonia (cfr. VII, 276).

[54] Este suceso irrelevante en el conflicto da pie a Silio para incluir el episodio de Proteo, en el que este dios marino revelará a las Nereidas los orígenes de la guerra, así como su desenlace.

[55] Las Nereidas, divinidades del mar, hijas de Nereo y Dóride.

[56] Teléboas llegados desde Acarnania colonizaron la isla de Caprea *(Capri)*, frente a Sorrento. Cfr. Virgilio, *Eneida* VII, 735 y Tácito, *Annales* IV, 67. La «morada de piedra pómez» hace referencia a la naturaleza rocosa del terreno.

[57] Dios marino encargado de apacentar los rebaños de Posidón. Tiene la virtud de metamorfosearse en cualquier forma (animal o elemento), para eludir así a quienes se acercan a consultar sus dones proféticos. Pese a que los

repele las espumosas olas con una barrera de escollos. Sabedor del motivo de sus recelos, se burló de ellas tomando diversas formas: las asustó bajo la apariencia de una negra serpiente cubierta de escamas que lanzaba horrendos silbidos, o bien empezaba a rugir trocándose en león de torva mirada: «Hablad –les dijo–. ¿A qué se debe vuestra presencia? ¿Por qué vuestros rostros de pronto se han tornado pálidos? ¿Por qué deseáis conocer el porvenir?».

Entonces Cimódoce, la de más edad entre las ninfas de Italia, respondió: «Adivino, tú conoces la causa de nuestros temo-
430 res. ¿Qué presagio trae la flota tiria que nos ha arrebatado nuestras riberas? ¿Acaso los dioses han trasladado el imperio reteo[58] a Libia? ¿Marineros sarranos[59] serán los que dominen este puerto? ¿Tendremos que abandonar nuestro lugar de origen e irnos a habitar las cuevas de Atlas y Calpe[60], situadas en el fin del mundo?».

Fue entonces cuando el adivino de tornadiza figura se remontó hasta el pasado para, desde los orígenes, revelarles el porvenir, y dijo así: «Cuando el pastor hijo de Laomedonte[61] se estableció en el frigio Ida[62] y, al son de su melodiosa flauta, hacía que los toros que vagaban por extraviados zarzales retor-
440 naran hasta los prados cubiertos de rocío, presenció indolente un concurso para dictaminar la belleza de las diosas. Y al instante Cupido, nervioso por llegar a tiempo al juicio, conducía el carro de su madre tirado por cisnes blancos como la nieve. Un pequeño carcaj y un arco de oro colgaban relucientes de su hombro, e, indicando con gestos a su madre que no tuviera temor, le mostró que llevaba su aljaba repleta de flechas. Un Amor peinaba los cabellos sobre su nívea frente y otro recogía su vestido

---

poetas lo ubican habitualmente en Faros, en la desembocadura del Nilo, Silio nos lo presenta en la isla de Capri.

[58] Cfr. I, 115 y II, 51.

[59] Cfr. I, 72.

[60] Las columnas de Hércules, situadas en el Estrecho de Gibraltar (entre Calpe y los Montes Atlas) representaban el fin del mundo.

[61] Paris.

[62] Cfr. I, 126. Este monte es tradicionalmente considerado el escenario del famoso juicio de Paris que provocará la guerra de Troya.

de púrpura, cuando, de sus labios de rosa, Venus dejó escapar un suspiro y habló así a sus hermosos hijos: "He aquí el día en que quedará absolutamente de manifiesto vuestro amor por mí. ¿Quién, sin ofenderos, habría osado creerlo? ¡Venus compitiendo con otras por la hermosura de su rostro! ¿Qué más me queda por aguantar? Puesto que yo fui quien entregó a mis pequeños todas mis flechas impregnadas en dulce veneno, puesto que el que promulga las leyes en el cielo y en la tierra, vuestro abuelo[63], se arrodilla ante vosotros cuando se os antoja, que mi victoria devuelva a Chipre[64] la palma de Idumea[65] después de vencer a Palas, y que en Pafos humeen cien altares en mi honor después de derrotar a Juno".

»Y, mientras la Citerea[66] solicitaba esto a sus alados hijos, por todo el bosque resonaban los pasos de otra diosa: ya había soltado la virgen guerrera[67] su égida, y sus cabellos, habitualmente recogidos bajo el casco, iban, no obstante, bien acicalados para la ocasión. Había aprendido a adoptar un aire sereno para sus ojos, y avanzaba ligera guiando su divino caminar hasta el bosque concertado. Desde otro punto entraba en el recinto indicado la Saturnia[68], ella que, después de haber probado el lecho de su propio hermano, iba a afrontar en el Ida el juicio del pastor frigio y su posterior desaire. La última en llegar fue Venus,

[63] Júpiter, padre de los dioses, se deja llevar en multitud de ocasiones por los Amores, hijos de Venus. Sobre el nacimiento de Venus existen dos versiones: según una, la diosa sería hija de Júpiter y Dione (de ahí que los Amores sean nietos de Júpiter); según la otra, sería hija de Urano (el Cielo), cuyos órganos genitales, cortados por Saturno (Crono), cayeron al mar y engendraron a la diosa.

[64] Chipre pasa por ser el lugar de nacimiento de Venus. Allí poseía un renombrado templo, en la ciudad de Pafos.

[65] Comarca de Palestina meridional en la que abundan las palmeras. Cfr. III, 600.

[66] Según la versión de HESÍODO (*Teog.* 190 ss.), nada más salir del mar, Venus fue llevada por los Céfiros a la isla de Citera (hoy *Cerigo*) y, posteriormente, a Chipre.

[67] Palas o Minerva, representada tradicionalmente con su casco y su égida, una coraza de piel de cabra.

[68] Sobrenombre de Juno, por ser hija de Saturno, hermana y esposa de Júpiter. Cfr. II, 527.

sonriente y con el rostro radiante de hermosura. Todos los bosques de los alrededores y las cuevas ocultas bajo tupidos pedregales se llenaron del perfume que exhalaba su divina cabeza. Ni siquiera pudo el juez quedarse sentado. Bajó sus ojos, deslumbrados por el brillo de tal belleza, y temió aparentar que había tenido alguna duda. Pero las diosas derrotadas llevaron una guerra atroz a través del mar, y Troya fue destruida junto con su juez.

»Más adelante el piadoso Eneas, después de ser arrastrado por tierras y por mares, estableció los penates dardanios en suelo itálico. Y, mientras los peces naden por el mar, mientras las estrellas luzcan en el cielo, mientras el sol salga por las costas de la India, aquí tendrá sus dominios, dominios que no tendrán límites a lo largo de los siglos. Y vosotras, mis hijas, en tanto que corre inalterable el hilo del destino, huid de las funestas arenas de Sasón[69] en el Adriático. El Áufido, desbordado por la sangre, se mezclará con el mar y en él verterá su rojiza corriente. Sobre la llanura que tiempo atrás condenaron los oráculos de los dioses[70], vosotras, sombras etolias[71], habréis de luchar nuevamente contra los teucros. Las lanzas cartaginesas golpearán luego las murallas de Rómulo[72], y el Metauro brillará con el enorme desastre de Asdrúbal[73]. Después de eso, aquel que nazca de amores adúlteros[74] vengará por sí solo la muerte de su tío y de su padre. A continuación envolverá en llamas las costas de

[69] Pequeña isla situada entre Calabria y la costa de Iliria (hoy *Saseno*). Proteo anuncia la batalla de Cannas y el desastre del ejército romano, cuya sangre teñirá las aguas del Áufido (cfr. I, 52).

[70] Los oráculos habían anunciado el desastre de Cannas. Cfr. IX, 55 ss., donde Paulo Emilio recuerda las predicciones de la Sibila de Cumas.

[71] El rey etolio Diomedes fundó Argiripa (o Arpos) después de establecerse en Apulia, región en la que también se encuentra Cannas. Según Proteo, las sombras de los griegos se unirán a los cartagineses para luchar contra los romanos, descendientes de los troyanos (o teucros). Cfr. I, 125; III, 707.

[72] Cfr. XII, 507 ss.

[73] Cuando vuelva de Hispania para auxiliar a su hermano, Asdrúbal caerá abatido por los dos ejércitos consulares junto al río Metauro, en Umbría (207 a.C.). Cfr. XV, 601-807.

[74] Escipión Africano, que derrotará a Aníbal y vengará las muertes de su padre y su tío en Hispania (212 a.C.). Cfr. XIII, 615 ss.

Elissa[75], expulsará a ese cartaginés que está abrasando las entrañas mismas de Italia y lo derrotará en su propio país. A él rendirá Cartago sus armas, a él otorgará África su propio nombre[76]. De él nacerá el que culmine la tercera guerra[77] y lleve, victorioso, las cenizas de Libia hasta el Capitolio».

Mientras el adivino revelaba en su cueva los secretos de los dioses, el prefecto de caballería que estaba al frente del mando ya había desterrado de su mente los consejos de Fabio y se lanzaba de cabeza contra el enemigo. El cartaginés no dejaba de acrecentar y alimentar su perverso furor y, con tal de empujar a Minucio a un combate de mayores dimensiones a cambio de un insignificante número de pérdidas, simulaba a veces que se daba a la fuga. No de otro modo que el cebo que esparce el pescador por las aguas para hacer salir al pez del fondo de su cueva: cuando lo ve nadar ligero por la superficie, lo arrastra hasta la orilla preso en los pliegues de su red.

Se extiende con delirio el rumor de que los enemigos se retiran y de que el cartaginés ha encontrado su salvación en la fuga; que, si lograban la victoria, era evidente el fin de las calamidades; sin embargo, el valor no gozaba de ninguna autoridad, y, en caso de vencer, les estaría reservado un castigo, porque el general[78] encerraría inmediatamente las tropas en el campamento y ordenaría que las espadas fueran de nuevo envainadas para que se alegaran las razones de aquel enfrentamiento y cada soldado justificase por qué derrotó al enemigo. Esto rumoreaba el vulgo; también la Saturnia había punzado las mentes de los senadores con el aguijón de la envidia y el deseo del aura popular. Fue entonces cuando decretaron algo difícil de creer, algo que se ajustaba a los deseos del cartaginés y que pronto habrían de pagar con un grave riesgo.

Se dividen los ejércitos y se equiparan los poderes de Fabio y del jefe de la caballería. El anciano asistió a todo sin resenti-

[75] Dido. Cfr. I, 81.

[76] Esto es, el sobrenombre de *Africano*.

[77] P. Cornelio Escipión Africano Emiliano, hijo adoptivo del hijo de Escipión, será quien destruya Cartago y ponga fin a la Tercera Guerra Púnica (146 a.C.).

[78] Fabio.

miento, pero temía que su ofuscada patria tuviera que pagar un precio muy caro por aquel tremendo error. Revolviendo muchas cosas en su cabeza, nada más regresar de Roma, escindió unas tropas que eran indisolubles y, situando sus enseñas en la cima de un monte cercano, desde su elevada atalaya vigilaba el campamento romano tanto como el cartaginés. Y ya no hubo más dilación; en su locura, Minucio mandó abrir la empalizada: ardía en deseos de causar la perdición de su patria y la suya propia.

Cuando, desde sus respectivas posiciones, el libio y Fabio lo vieron salir atropelladamente del campamento, ambos se aprestaron a tomar medidas prudentes ante cualquier imprevisto. El ausonio ordenó a sus manípulos que tomaran inmediatamente las armas y a su caballería que se pertrechara tras la empalizada. El caudillo de los cartagineses lanzó todas sus fuerzas al combate y animaba a sus hombres diciéndoles: «Soldados, ahora que el dictador está lejos, aprovechad el momento para luchar. Un dios es quien nos ofrece la ocasión (que después de tanto tiempo ya no esperábamos) de batirnos en campo abierto. Soldados, ya que se os presenta la oportunidad, limpiad el óxido que, por culpa de la prolongada inacción, ha criado vuestro hierro y saciad con abundante sangre vuestras espadas cubiertas de herrumbre».

Desde lo alto de su empalizada, Cunctátor sopesaba la situación y oteaba la llanura. Se dolía de que tú, Roma, tuvieras que aprender quién era Fabio en tan grave peligro. Su hijo, que lo acompañaba a la lucha, le dijo: «Ese malvado sufrirá el castigo que merece, él que gracias a unos comicios disparatados usurpó nuestras fasces y nos ha empujado a este trance. ¡Miradle, tribus insensatas! ¡Ah, embaucadoras tribunas[79], asambleas que reverenciáis a hombres sin juicio! ¡Que estos inútiles otorguen el mismo poder a todos los cargos militares y decreten que el sol ha de dar paso a la noche! Bien caro han de pagar su desatinada locura y el daño causado a mi padre». A lo que el anciano, blandiendo su lanza y con los ojos bañados en lágrimas, contestó:

[79] En el original se lee *rostra*, que hace referencia a la tribuna desde la que se hablaba al pueblo, adornada con los espolones *(rostra)* de navíos arrebatados al enemigo en las guerras.

«Hijo mío, con sangre cartaginesa has de borrar tan amargas palabras. ¿He de tolerar que ante mí y ante mi ejército un ciudadano sea asesinado? ¿He de permitir que el cartaginés obtenga la victoria delante de mis propios ojos? ¿No habrá que exculpar a quienes auparon a un subordinado hasta mi mismo rango, si yo era de la misma opinión? Y ahora, hijo, para que salgas de dudas, escucha lo que te dice tu longevo padre y guárdalo para siempre grabado en tu corazón: no está bien ir contra las leyes de la patria, y no hay crimen más atroz que un mortal pueda llevarse consigo a las sombras infernales. Así nos lo enseñaron los antiguos. ¡Qué grande y qué digno fuiste cuando, arrojado y desterrado de tu hogar, volviste de tu exilio para entrar en el Capitolio sobre un carro triunfal![80] ¡A cuántos hombres, Camilo, abatió tu diestra, previamente condenada! Si este héroe no hubiese conservado su sosegado juicio, si su mente no hubiese sido inaccesible al rencor, el reino de Eneas habría cambiado su cetro de lugar y ahora, Roma, no estarías a la cabeza del mundo. No te enojes por mis palabras, hijo. Unamos nuestras armas a las de nuestros camaradas y démonos prisa en socorrerlos». Y, al momento, los sonidos de las trompetas se entremezclaron y los ejércitos chocaron en violenta acometida.

El dictador fue el primero en correr con sus propias manos los cerrojos de las puertas y sus elevados postes y abrir el camino a la batalla[81]. Con no menos fuerza entablan combate los vientos, el odrisio[82] Bóreas y el Ábrego capaz de levantar las Sirtes[83]: cuando se lanzan a una encarnizada lucha, desgarran el mar y cada uno arrastra su parte de las aguas hasta la orilla contraria. A los silbidos de la tormenta sigue el mar empujado aquí y allá, y truena sobre las olas. Ninguna otra hazaña reportaría a Fabio mayor gloria (ni siquiera la sumisión de la tierra fenicia y la caída de Cartago) que vencer la injusticia derivada de la envidia,

[80] L. Furio Camilo, injustamente desterrado por sus conciudadanos, se exilió en Árdea. Sin embargo, cuando los galos senones invadieron Roma (390 a.C.), regresó a su patria, fue nombrado dictador y liberó la ciudad.

[81] Cfr. Livio, *AVC* 22.29.

[82] Tracio. Cfr. nota a IV, 431.

[83] Cfr. I, 408. El Ábrego es el viento del suroeste (cfr. III, 659).

pues todas las adversidades las superó este héroe de una sola vez: el miedo, Aníbal, el rencor y la envidia, y al mismo tiempo supo sobreponerse a los rumores y a la Fortuna.

Nada más verlos abalanzarse desde sus elevadas trincheras, la furia del cartaginés decayó y, entre lamentos, perdió de repente las esperanzas que albergaba de una victoria segura. En efecto, Aníbal había rodeado al ejército de Minucio dentro de un compacto círculo, con la intención de exterminar a los sitiados por medio de una lluvia de proyectiles disparados de todas partes. Ante tan complicado combate, el capitán dardanio[84] ya se veía dentro de las eternas tinieblas de la Estigia (pues consideraba poco honroso esperar la ayuda de Fabio), cuando el anciano general, estrechando el campo de batalla por ambos flancos, encerró por la espalda a los cartagineses en un círculo aún mayor, de manera que, copando las líneas más apartadas, los que poco antes eran sitiadores se convirtieron en sitiados. Del dios de Tirinto[85] había heredado esa sensación de crecerse en medio de la lucha, de aumentar su estatura: los penachos de su casco centelleaban en lo alto y (hecho asombroso) una enorme energía devolvió súbitamente la agilidad a sus miembros. Disparaba lanzas, con una nube de proyectiles hostigaba a su adversario que huía. Era así como se mostraba en combate el rey de Pilos[86], tras sobrepasar su juventud y antes de llegar a la vejez, justo en mitad de su madurez.

Acto seguido arremete y da muerte a Turis, Butes, Naris y Arses, y también a Mahalces, quien le había retado a batirse con él con la esperanza de alcanzar insigne gloria y renombre gracias a la punta de su lanza. Abate luego a Gárado y a Adherbes el de larga cabellera, y a Tulis, cuya cabeza sobresalía por encima de ambos ejércitos y podía incluso agarrar con su mano las elevadas almenas en lo alto de una empalizada. De lejos alcanza a todos éstos, con la espada da muerte a Sáfaro, con la espada a

[84] Minucio.

[85] Silio ya ha mencionado anteriormente (cfr. VI, 633-637) que Hércules era antepasado de la familia de los Fabios. Cfr. también I, 661.

[86] Néstor, rey de Pilos, conocido por su prudencia, elocuencia y, sobre todo, longevidad. Fue uno de los héroes del sitio de Troya.

Moneso y a Morino, aquel que llamaba a la lucha al estridente son de su trompeta: un golpe mortal se alojó en su mejilla derecha y la sangre que brotaba de la herida en su mandíbula recorrió la tuba hasta salir despedida con los últimos estertores. A su lado abatió con la jabalina a Idmón el nasamón. Éste, mientras resbalaba sobre la sangre tibia y en vano intentaba apoyar sus pies inseguros para escapar de aquella superficie viscosa, cayó aplastado por el caballo de Fabio; cuando trataba de levantar su cuerpo estrellado contra el suelo, aquél lo clavó en tierra con un violento golpe de su lanza y se marchó dejando el arma en su herida. El venablo quedó hincado en tierra vibrando con los espasmos del moribundo, y fijo en el suelo quedó, guardando el cadáver que se le había confiado.

El ejemplo de esta hazaña enardeció a los guerreros más jóvenes. Los Silas y los Crasos, Furnio y su compañero Metelo, o Torcuato[87], de más poderoso brazo, todos entraban en combate y todos a una estaban dispuestos a pagar con su propia vida con tal de que Fabio los observara. Cuando el desdichado Bíbulo retrocedía a toda prisa y, apartando su cuerpo para esquivar la enorme piedra que le habían lanzado, se replegaba de espaldas, tropezó con los cadáveres de sus compañeros y, justo donde los sucesivos golpes le habían abierto la fíbula que sujetaba su coraza, una lanza que casualmente sobresalía de un cadáver se alojó en su costado y llegó hasta el fondo de sus entrañas. ¡Ah, qué fin más desafortunado! Él, que había escapado a los proyectiles de los garamantes y a los golpes de los marmáridas, habría de morir arrojado sobre una inofensiva lanza, una jabalina que no estaba destinada a él. Rueda ya sin vida al tiempo que una inusitada palidez desfigura los hermosos rasgos de su juventud. Caen las armas de sus desfallecidos brazos y un negro sueño recorre sus ojos.

Procedente de la tiria Sidón[88] y empujado a prestar auxilio como aliado por los ruegos de sus parientes cartagineses, se había incorporado a la guerra Cléadas, de la estirpe de Cadmo,

[87] Incluye Silio guerreros pertenecientes a familias conocidas en Roma.
[88] Cfr. I, 10. Sobre la *gens Cadmea*, cfr. I, 6.

orgulloso de su batallón de soldados orientales provistos de aljabas. Montones de piedras preciosas relucían por todo su rubicundo casco y su collar de oro. De igual modo brilla Lucifer[89] cuando, refrescado en las aguas del Océano, es el preferido de Venus y compite con astros mayores que él. Púrpura brillaba en su indumentaria, púrpura en su corcel, y todo su ejército brillaba con la púrpura que se tiñe en las tinajas de Agenor[90]. Ávido de lucha, Bruto deseaba acabar con un nombre tan célebre, pero Cléadas, montado en su caballo, se burló de él torciendo unas veces a la izquierda, otras describiendo rápidos giros a la derecha y apartándose, hasta que por fin le disparó por la espalda una flecha voladora mientras rehuía el combate a la manera de los aquemenios[91]. Y no erró su mano el golpe, sino que la penetrante saeta vino a clavarse (¡lamentable!) en mitad del mentón de su escudero Casca: con la punta hacia arriba, causó una herida sesgada y el hierro entibiado alcanzó su húmedo paladar. Pero Bruto, trastornado por la terrible desgracia de su amigo, ya no quiso espolear más a su caballo para atrapar a aquel guerrero tan audaz que infligía terribles heridas de flecha mientras simulaba la fuga, sino que confirió a su lanza toda la cólera de su implacable pecho y, ayudado de la correa[92], arrojó el ligero proyectil cuya punta atravesó la parte alta del pecho, justo en el espacio que queda al descubierto entre las múltiples vueltas del collar. Cléadas cayó desplomado mientras tensaba su arco, y, al tiempo que su mano izquierda lo soltaba desfallecida, la derecha dejaba caer la saeta.

En cambio, no fue tan mala la fortuna que tuvo en combate Carmelo, el orgullo del Soracte[93] consagrado a Febo: cierta-

[89] El lucero de la mañana (el planeta Venus), llamado Lucifer por los romanos, frente al lucero de la tarde *(Vesper)*.

[90] Fenicia, uno de cuyos reyes había sido Agenor, era renombrada por su púrpura, extraída del molusco llamado *murex* («múrice»).

[91] Los persas, así llamados a partir de Aquemenes, fundador de la dinastía persa de los Aqueménidas. Eran afamados jinetes y arqueros, y solían disparar sus flechas mientras huían a caballo, dándose la vuelta.

[92] Cfr. I, 318.

[93] Monte consagrado a Apolo. Cfr. V, 175.

mente, su espada ya se había teñido con la sangre de Bágrada[94], jefe y adalid de los pueblos nubios. Acabó también con Zeusis, indomable descendiente de Falanto[95] de Amiclas, que una madre fenicia había dado a un distinguido laconio. Temeroso de correr la misma suerte, sin atreverse a luchar contra un enemigo tan vehemente ni tampoco a salir huyendo, el desdichado Hámpsico se arrastró por los zarzales, inducido por el pánico, y se encaramó a lo alto de una encina próxima para ocultarse entre sus espesas sombras, agarrado a una rama que temblaba bajo su peso. Mientras suplicaba sin cesar saltando de rama en rama, Carmelo lo atravesó con su larga lanza: es así como el cazador que devasta los bosques con su vareta enligada[96] se afana en alcanzar poco a poco y en silencio las elevadas cumbres del bosque con su larga varilla cónica mientras, extendiendo su caña, sigue al pájaro que está en la copa. Hámpsico dejó escapar su vida, su sangre goteaba desde lo alto, su cuerpo exánime quedó colgado sobre la rama arqueada.

Los ítalos se batían ya encarnizadamente contra sus rivales que huían desperdigados, cuando, de pronto, el mauro Túnger acometió con sus terroríficas armas como un monstruo gigantesco. Negro era su cuerpo, atezados los corceles que tiraban de su elevado yugo, y el carro entero, como un insólito y espantoso artefacto, tenía el mismo color oscuro de los lomos de los caballos. No había olvidado poner sobre su enhiesto casco plumas de un tono similar, como negras eran también las ropas que lo cubrían: fue así como, en otro tiempo, el rey de la noche eterna[97], cuando huyó a su lecho infernal después de raptar a la virgen de Henna, guiaba un carro ennegrecido por las tinieblas estigias.

[94] Sobre Nubia, cfr. nota a III, 269. Silio otorga a este rey el nombre de un río del norte de África que ya ha aparecido con anterioridad (I, 407; VI, 141, 289, 677).

[95] Amiclas es una ciudad de Esparta (cfr. nota a II, 434). Falanto fue el fundador de la ciudad de Tarento.

[96] Cfr. VALERIO FLACO, *Arg.* VI, 260 ss.

[97] Plutón, dios de los muertos, raptó a Proserpina en Henna (Sicilia), para que compartiera con él el reino de los infiernos (cfr. I, 93). Cuando subió a la tierra conducía un carro negro.

Pero Catón[98], en cuyas mejillas despuntaba entonces el primer bozo, vástago glorioso que vieron nacer las murallas tusculanas[99] que se alzan sobre la colina de Circe (dominios que fueron otrora del nieto de Laertes), permaneció impasible pese a apreciar que en las primeras filas el desconcierto retardaba y detenía el avance de los latinos; con sus espuelas de hierro y soltando las riendas, empuja a su recalcitrante caballo. El animal se niega a avanzar y se revuelve, espantado ante aquella sombra insustancial. Se apea luego Catón rápidamente de su montura con intención de luchar a pie, persigue el alado carro y lo aborda por detrás. Riendas y látigo caen de repente: al sentir el hierro sobre su cuello, el desafortunado mauro comienza a temblar y palidece al tiempo que su sangre lo abandona. Con la espada le cercena Catón la cabeza y se la lleva clavada en la punta de su lanza.

Mientras tanto, enardecido por la furia del combate, el dictador[100] se abre camino causando grandes estragos entre la fatigada multitud. Fue entonces cuando vio un espectáculo deplorable: el jefe[101], extenuado por las heridas y manando abundante sangre, dirigía una última y vergonzosa súplica. Con las mejillas bañadas en lágrimas, Fabio cubrió a su asustado compañero con el escudo y estimuló a su hijo diciéndole: «Joven valerosísimo, borremos esta afrenta y hagamos que el cartaginés pague el precio que merece por no haber querido prender fuego también a nuestros campos»[102]. Entonces el joven, complacido por la habilidad de su padre y por sus ánimos, dispersó con su espada las fuerzas cartaginesas que lo circundaban y despejó el camino hasta que el caudillo sidonio abandonó la llanura. Es así como el

[98] Se trata del famoso censor M. Porcio Catón, nacido en el 235 ó 234 a.C. y que puede que participara en Cannas (216) con diecisiete o dieciocho años. Cfr. X, 14.

[99] Túsculo (hoy *Frascati*), ciudad del Lacio, a unos 30 km de Roma, asentada sobre un lugar elevado. Según la leyenda, fue fundada por Telégono, fruto de los amores de Ulises y Circe (y, por tanto, nieto de Laertes).

[100] Fabio. Livio (*AVC* 22.29) no habla en ningún momento de un combate, sino simplemente del reagrupamiento de las fuerzas romanas, que obligó al cartaginés a ordenar la retirada.

[101] Minucio.

[102] Cfr. VII, 260 ss.

lobo de Marte[103], acuciado por el hambre, roba un cordero a espaldas del pastor y lleva al tembloroso animal agarrado entre los dientes, y si el pastor, al oír los balidos, llega corriendo a cerrarle el paso, la fiera teme por su propia vida, deja escapar de sus colmillos la presa que aún respira y huye resentida y con las fauces vacías.

Sólo entonces se desvanecieron por fin las tinieblas de la Estigia, la negra tormenta que los tirios habían esparcido. Sus diestras estaban entumecidas, decían que no merecían haber sido salvados, sus mentes vacilaban desconcertadas ante su inesperada suerte: lo mismo que quienes en un derrumbamiento quedan sepultados bajo los escombros, cuando de pronto son rescatados y desaparece la negra noche que los cubría, entreabren sus ojos y temen volver a ver la luz del sol.

Tras esto, una vez efectuado el recuento de sus tropas, el anciano regresó a las colinas y a su campamento resguardado tras las empalizadas. Fue entonces cuando aquellos jóvenes, resucitados de la misma muerte, alzaron un clamor hasta las estrellas y triunfantes marcharon en larga fila, vitoreando a porfía a Fabio, orgullosos de él, considerándolo su salvador, y a grandes voces lo proclamaban su padre. Luego, aquel[104] que poco antes había dividido los ejércitos y se había separado de él, dijo: «Oh, padre venerable, si a mí, que me has devuelto la dicha de seguir vivo, se me permite plantear una justa queja, ¿por qué consentiste que dividiéramos el campamento y los ejércitos? ¿Por qué consentiste entregarme una tropa que tú solo podías dirigir? Abrumados por este cargo, hemos llegado a divisar las sombras eternas en medio de tanta sangre. Pronto, traed acá de nuevo las águilas y las enseñas que Fabio ha salvado. Aquí está nuestra patria, en este solo corazón reposan los muros de nuestra Ciudad. Y tú, cartaginés, abandona de una vez los engaños y artimañas que ya conocemos. De ahora en adelante sólo deberás batirte contra Fabio».

[103] El lobo era un animal consagrado al dios de la guerra, según una tradición que se remontaba hasta la loba que amamantó a Rómulo, hijo de Marte. Cfr. Virgilio, *Eneida* IX, 565; Horacio, *Odas* 1.17.9.

[104] Minucio.

Y tan pronto como dijo esto, a toda prisa se erigieron (un espectáculo sorprendente) mil altares de verde hierba. Y a nadie se permitió que tocara los manjares o los agradables dones de
750 Lieo[105] sin antes realizar numerosas plegarias y ofrecer sobre la mesa una libación en honor de Fabio.

[105] El vino. Cfr. III, 370.

Libro VIII

Fabio había sido el primero en permitir a los Enéadas ver cómo los agenóridas[1] huían en retirada. Sólo a él saludan como padre los ejércitos romanos, sólo a él considera Aníbal su único enemigo y se enfurece, incapaz de soportar su parsimonia: para que tuviera lugar algún enfrentamiento, habría que esperar la muerte de aquel héroe y aguardar el auxilio de las Parcas con sus armas. En efecto, mientras el anciano siguiera vivo, en balde podría Aníbal confiar en derramar sangre latina. Además, la unificación del ejército, las enseñas agrupadas bajo un solo mando y la obligación de enfrentarse de nuevo ahora con Fabio exclusivamente, eran preocupaciones que lo angustiaban y enfermaban cada vez más. Mucho había logrado ya el dictador conteniendo el ardor de la batalla, entre otras cosas, privar al ejército tirio de todo suministro con su hábil táctica de retardo, y, aunque todavía no se había puesto fin a la lucha, de hecho ya había ganado la batalla al enemigo. A esto había que sumar que los celtas, pueblo charlatán y de mente tornadiza, de débil carácter pese al ardor exhibido al principio, volvían los ojos hacia sus hogares. Lamentaban que la guerra transcurriera sin muerte alguna (algo a lo que no estaban acostumbrados) y de que sus manos, limpias

[1] Los Agenóridas son los cartagineses, descendientes de Agenor, legendario rey de Tiro, la metrópoli de Cartago.

de sangre entre tantas armas, empezaban a entumecerse con el ansia de lucha. Por si fuera poco, los conflictos en el seno de su patria y las envidias entre ciudadanos venían a agravar la herida: contrario a los planes del caudillo, Hannón no permitía que el Senado enviara refuerzos desde el país o que lo socorriese de ningún modo.

Tales preocupaciones desgarraban a Aníbal, que ya temía su fin, cuando Juno, sabedora de lo que acontecería en Cannas y exaltada por lo que había de suceder, le devolvió la esperanza de combatir y sus alocados designios. En efecto, hizo venir a Anna[2] de las sosegadas aguas laurentinas[3] y, colmándola de complacientes ruegos, le habló así: «Oh, diosa, un joven de tu misma sangre anda en apuros: se trata de Aníbal, noble descendiente de vuestro querido Belo[4]. Ve, corre, y calma la malsana agitación que lo azora. Borra de su mente angustiada a Fabio. Él es el único obstáculo para someter a los latinos bajo el yugo. Ahora él se despoja de sus armas. Con Varrón[5] habrá de luchar, con Varrón deberá librar combate: que no desaproveche la oportunidad y mueva las enseñas. Yo estaré allí: que se dirija inmediatamente a la llanura de Yapigia[6]. Aquí le sonreirá de nuevo la suerte de Trebia y de Trasimeno».

La ninfa que habita los sagrados bosques del Indígete[7] contestó: «No me está permitido demorar tus órdenes; concédeme tan sólo, te lo suplico, mantener el favor de mi antigua patria y

---

[2] Hermana de Dido, a menudo confundida con Anna Perenna, antigua ninfa romana del río Numico. Este largo episodio de Anna revela el gusto de Silio por las digresiones mitológicas y, al mismo tiempo, su firme voluntad de relacionar la rivalidad entre Cartago y Roma ya desde tiempos legendarios. Por otra parte, Silio sigue aquí a OVIDIO (*Fastos* III, 545 ss.).

[3] Se trata del Numico (hoy *Torto*, cfr. I, 666), río que fluye por Laurento, legendaria ciudad del rey Latino (cfr. I, 110).

[4] Según la tradición, habría dos héroes cartagineses con este nombre: por una parte, el padre de Dido, Anna y Pigmalión y, por otra, el primitivo ancestro de los tirios (cfr. I, 73), a quien parece aludirse en este pasaje.

[5] C. Terencio Varrón, elegido cónsul en el 216 junto con L. Emilio Paulo.

[6] Apulia, al sudeste de Italia, donde se llevará a cabo la batalla de Cannas.

[7] Eneas, que según la leyenda alcanzó su apoteosis en el Numico, convirtiéndose en dios Indígete (cfr. Livio, *AVC* 1.2.6; Ovidio, *Met.* XIV, 581-608).

el sagrado mandato de mi hermana[8], por más que la deidad de Anna siga siendo venerada entre los latinos».

Muy atrás en la historia, escondida entre los pliegues del tiempo y oculta bajo una densa bruma, descansa la razón inmemorial por la que los enotrios veneran en su templo a una divinidad sarrana[9], por la que en el reino de los Enéadas se rinde culto a la hermana de Elissa. Pero estrecharé al máximo los límites[10] de mi narración y relataré la leyenda desde el principio, evocando brevemente el pasado:

Después que Dido fue abandonada por su huésped ilíaco[11] y sus esperanzas quedaron truncadas, se apresuró furiosa a encender una funesta pira en las estancias íntimas de palacio. Decidida a morir, agarró la espada, infausto regalo de su esposo fugitivo. Yarbas[12], a quien ella había rehusado para el matrimonio, tomó el poder, y con la hoguera aún tibia, Anna huyó. ¿Quién habría podido socorrerla en una situación tan desesperada, cuando el tirano nómada sembraba el terror? Casualmente, Bato[13] gobernaba por aquel entonces Cirene con un régimen moderado; el benévolo Bato proclive a compadecerse de las desgracias humanas. Nada más verla suplicante, se conmovió ante la eventualidad de los que reinan y le tendió su mano. 50 60

Allí permaneció el tiempo que el segador corta dos veces las rubias espigas; no pudo Anna seguir disfrutando del amparo de

---

[8] Nueva conexión entre *Punica* y la *Eneida*: Dido (*Eneida* IV, 622 ss.) había obligado a los cartagineses a jurar odio eterno a los romanos.

[9] Los enotrios son los italianos (cfr. I, 2); los sarranos son los cartagineses (cfr. I, 72).

[10] Se trata de una transposición del lenguaje de las carreras en el circo, en las que los aurigas se ajustaban al máximo a las *metae* para ganar espacio al tomar la curva.

[11] Eneas, procedente de Ilión (Troya).

[12] Príncipe mauro con el que Dido había rechazado casarse (Virgilio, *Eneida* IV, 36 y 196 ss.).

[13] Bato pasa por ser el legendario fundador de la ciudad de Cirene. Cfr. los Batíadas en II, 61 y III, 253. Según algunos, su nombre verdadero era Aristóteles; según otros, Aristeo. De cualquier modo, se ha apuntado que Bato era sólo un sobrenombre (gr. «tartamudo»). Sin embargo, HERODOTO (IV, 145 ss.) señala que esta palabra significa «rey» en lengua libia.

Bato, pues éste reveló a aquella desdichada que Pigmalión[14] venía a través del mar con la intención de darle muerte. Así pues, se hizo a la mar enojada con los dioses y con ella misma por no haber acompañado a su hermana en su final, hasta que, infortunado juguete de los vientos que rasgaban las velas, una tempestad enviada por el destino la mandó hasta las costas de Laurento. En el país latino, la náufraga sidonia estaba asustada y extrañaba clima, suelo y habitantes.

Fue entonces cuando Eneas, acompañado del divino Julo[15] y ya señor de estos dominios, se acercó y descubrió su rostro conocido. Nada más verla con los ojos clavados en tierra, llena de temor y luego arrojada a las rodillas del sollozante Julo, hizo que se incorporara y con ternura la introdujo en su morada. Y, cuando la hospitalidad con que fue regalada calmó sus pesares y el temor ante algún peligro, Eneas, lleno de pena y zozobra, pidió que le relatara la muerte de la infeliz Elissa. Y, de este modo, Anna arrancó a hablar, en medio de profuso llanto, intercalando palabras cariñosas convenientemente: «Hijo de una diosa, tú fuiste para mi hermana la única razón de su reino y de su vida[16]. Su muerte y aquella hoguera –¡ah, por qué no tuvo que ser la mía también!– así lo testimonian. Cuando a aquella pobre se le arrebató el ver tu rostro, unas veces se sentaba junto a la orilla, otras permanecía de pie. La desdichada seguía los vientos con la mirada, a voz en grito llamaba a Eneas y suplicaba que la dejaras subir a tu nave, a ella sola. Trastornada y en sofocante carrera regresaba luego hasta sus aposentos; allí, un repentino temblor la paralizaba y sentía miedo de tocar aquel lecho sagrado. Después, enajenada, estrechaba entre sus brazos la hermosa imagen del radiante Julo, o se volvía de pronto hacia tu retrato y, absorta ante tu imagen, te dirigía sus lamentos y esperaba tu respuesta. El amor nunca pierde la esperanza. Abando-

[14] Hermano y enemigo de Dido y de Anna. Cfr. I, 21.

[15] Otro nombre de Ascanio, hijo de Eneas y Creusa y antecesor de la familia Julia. En el pasaje de Ovidio (*Fast.* III, 603 ss.) que inspira este episodio, es Acates quien acompaña a Eneas. Silio prefiere a Julo para dar más patetismo a la escena (cfr. v. 74).

[16] Se limita Silio en este pasaje a amplificar a Virgilio, su modelo.

naba luego su morada, el palacio, y de nuevo se dirigía enloquecida hacia el puerto, a ver si los vientos habían cambiado su rumbo y te traían de vuelta. Llegó incluso a recurrir a la magia, engañosa y perversa superstición del pueblo masilio[17]. ¡Ah, mal- 100
ditos embustes de estos adivinos! Mientras invocaban a las deidades de la noche y prometían un remedio a tan extraño mal (¡sacrilegio al que asistí, engañada!), reunió ella en una funesta pira todos los recuerdos que tenía de ti y todos los regalos que la habían hecho desgraciada».

En ese momento Eneas sintió revivir su dulce amor y dijo: «Juro por esta tierra que a menudo habéis oído entre mis votos, juro, Anna, por la cabeza de mi adorado Julo, la que tanto queríais tu hermana y tú, que abandoné[18] entonces vuestro reino volviendo la vista atrás y con el corazón roto, y no habría partido del lecho si el dios 110
Cilenio[19] no me hubiese amenazado duramente, si no me hubiese obligado con sus propias manos a embarcarme, si no hubiese empujado mi flota en alta mar con el vehemente soplo del Euro. Pero ¿por qué (ah, tarde llega mi sugerencia), por qué en un momento como aquél dejasteis crecer una pasión tan imprudente?».

Emitiendo apenas un fatigoso murmullo, entre sollozos y con labios temblorosos, Anna le respondió: «Preparaba yo insólitas ofrendas en honor del Júpiter Negro[20], señor del tercer reino, y de su compañera en el sombrío lecho, para que mi hermana, desdichada en el amor, aliviase su mente enferma y su sobresaltado corazón; con mis propias manos llevaba las ovejas 120
negras, impaciente por expiar una visión, ya que una horrible pesadilla había llenado mi corazón de funestos presagios. Tres veces, tres, había Siqueo[21] llamado a gritos a su Dido mostrando un rostro alegre y exultante. Mientras intentaba yo borrar aquella

[17] Pueblo de Numidia aficionado a la magia. Cfr. I, 101.

[18] Este pasaje imita al de *Eneida* VI, 456 ss., en que Eneas se reencuentra con Dido en los infiernos.

[19] Mercurio, nacido en el monte de Cilene (cfr. III, 168).

[20] Apelativo común para Plutón, señor de los infiernos. Júpiter era el rey del cielo y la tierra, Neptuno del mar y Plutón de los infiernos, que constituyen el tercer reino. Su compañera es Proserpina.

[21] Esposo de Dido, muerto por el hermano de ésta, Pigmalión, con el fin de alcanzar el poder. Cfr. Virgilio, *Eneida* IV, 460.

imagen de mi mente, mientras rogaba a los dioses del cielo que, con la llegada del día, propiciaran un final feliz a estas fantasías, y me purificaba en el agua viva de un río[22], ella bajó corriendo hasta la orilla y besó por dos o tres veces las mudas arenas en las que tú habías estado. Abrazó luego tus huellas lo mismo que las madres que han perdido a un hijo oprimen contra su pecho las cenizas. Se lanzó a continuación en veloz carrera, sueltos los cabellos, y subió rauda a la elevada pira que previamente había levantado. Desde esta posición podía divisarse todo el mar y la ciudad entera de Cartago. Ataviada con la túnica frigia y con un collar de perlas, la pobre recordó el día en que pudo contemplar por vez primera todos aquellos regalos[23]; volvieron a su mente aquel banquete y las mesas en fiestas por tu llegada, y cómo te escuchaba atenta mientras le narrabas la larga serie de penalidades de Troya; enajenada, volvió luego sus ojos llenos de lágrimas hacia el puerto, y dijo: «Dioses de la noche interminable, cuya divina protección siento crecer ahora que estoy a punto de morir, suplico que me asistáis y aceptéis de buen grado estos manes vencidos por el fuego de la pasión. Esposa de Eneas, nuera de Venus, he vengado a mi marido[24], he visto[25] elevarse las ciudadelas de mi querida Cartago. Ahora descenderá hasta vosotros la sombra de un cuerpo ilustre. Tal vez el hombre por quien sentí en otro tiempo un dulce amor me esté esperando ansioso de amarme como antes».

Y, diciendo esto, se clavó la espada en mitad del pecho, la espada adquirida del dardanio como prenda de amor[26]. Sus don-

[22] Ceremonia habitual de purificación que también recoge Virgilio en el pasaje correspondiente de la *Eneida* (IV, 635).

[23] Cfr. *Eneida* IV, 642 ss.

[24] Siqueo.

[25] Comienza aquí una laguna hasta el v. 225. Estos 81 versos aparecen en la edición Aldina de 1523, pero no en manuscritos y ediciones anteriores. Aún hoy se discute su autenticidad. Un análisis del pasaje nos revela, sin embargo, su similitud con el estilo habitual del poeta, algo que queda corroborado por las constantes imitaciones de versos virgilianos y ovidianos. No desentona, por tanto, del resto del poema. En definitiva, y siguiendo la mayoría de las ediciones, optamos por incluirlos como escritos por Silio Itálico.

[26] Como no podía ser de otro modo, este episodio toma prestados numerosos elementos de la *Eneida*, en particular de la última parte del libro IV.

cellas lo presenciaban y con triste llanto recorren los vestíbulos. Grandes lamentos resuenan en palacio. Desconsolada recibí yo la nueva y, trastornada por este espantoso fin, desgarraba mi rostro con las manos; en frenética carrera me dirigí al palacio real y traté de subir los empinados peldaños. Tres veces intenté arrojarme sobre la terrible espada, y otras tantas caí sobre el cuerpo sin vida de mi hermana. Y ya se extendía el rumor entre las ciudades vecinas, [los cabecillas nómadas y el fiero Yarbas se dis- **157 a**
ponen para atacar][27]. *Empujada por el destino, arribé a la ciudad* de Cirene, y desde allí la violencia del mar me trajo hasta vuestras costas».

El caudillo troyano estaba conmovido y había adoptado hacia **160**
la desdichada Anna un espíritu apacible y un sentimiento de condescendencia; al instante desterró de su corazón todo duelo y toda inquietud y, en el palacio frigio, dejó de ser considerada una extranjera. La sombría noche con su callado sopor lo había sepultado todo, la tierra y las aguas del ancho mar. En ese momento, Dido se apareció en sueños a su hermana con el rostro *lleno de dolor y tristeza, diciendo estas palabras:* «Y, bajo este techo, hermana, ¿puedes, ay, tan tranquila, abandonarte a un largo reposo? ¿No ves las trampas que te tienden, los peligros **170**
que te acechan? ¿Es que aún no te has percatado de que los hijos de la tierra de Laomedonte[28] traen la desgracia a nuestra raza y a nuestro suelo? Mientras el cielo remueva las estrellas con su vertiginoso avance y la luna ilumine la tierra con la luz de su hermano[29], no habrá paz alguna entre Enéadas y tirios. Vamos, despierta, que Lavinia[30] ya sospecha y trama misteriosas artimañas, y en su corazón anda meditando un crimen atroz. Además –y no creas que es una *ilusión causada por el sueño*– no lejos de aquí

[27] La edición de 1508, realizada por Iacobus Constantius, no difiere de la Aldina de 1523 más que por la adición del verso 157a, que, según algunos autores, aporta coherencia a la narración y que aquí incluimos entre corchetes.

[28] Los troyanos. Laomedonte, padre de Príamo, era rey de Troya. Cfr. I, 543 y VII, 437.

[29] Apolo Febo y Diana son hermanos gemelos, hijos de Júpiter y Latona, y se identifican comúnmente con el sol y la luna.

[30] Hija de Latino, quien se la ofreció a Eneas como esposa después de su llegada a Italia.

fluye el Numico, deslizándose desde una pequeña fuente por los valles con su apacible corriente. Hasta allá, hermana, has de ir a toda prisa en busca de un refugio seguro. En ese río sagrado te acogerán alegres las ninfas y serás eternamente celebrada en suelo itálico como divinidad»[31]. Dicho esto, la Fenicia se desvaneció entre la tenue brisa.

Aterrada por aquella extraña visión, Anna despertó de su sueño; el temor cubrió de un sudor frío todo su cuerpo. A continuación, saltó de la cama tal como estaba, ligeramente vestida, y, saliendo por una ventana baja, corrió con sus ágiles pies a través de los extensos campos hasta que el Numico, según cuenta la leyenda, la acogió en su seno arenoso, ocultándola en sus cristalinas grutas.

El nuevo día había llenado con sus rayos el mundo entero cuando los Enéadas descubrieron que la sidonia no estaba en su aposento. A voz en grito la buscaron por la llanura rútula, siguieron sus huellas hasta la orilla del río cercano y, ante el asombro de todos, el río detuvo el curso de las aguas desde su misma fuente. Acto seguido, pudo verse a la sidonia en las profundidades, sentada entre sus cerúleas hermanas y hablando a los teucros con tono apacible. Desde entonces, es celebrada en toda Ausonia los primeros días de cada año y se le rinde culto como divinidad[32].

Después de animar a Anna a intervenir en las macabras disputas en torno a Italia, la Saturnia partió en su veloz carruaje al elevado cielo con la intención de beber por fin la ansiada sangre del Lacio. La ninfa se disponía a obedecer a la diosa y buscaba ya, sin que nadie la viera, al magnífico caudillo de la raza libia. Éste se hallaba, a la sazón, alejado de todas sus tropas, reflexionando acerca del incierto resultado de los acontecimientos y de la guerra; desvelado, lanzaba suspiros llenos de ansiedad. La diosa trató de consolar su angustia con estas palabras de afecto: «¿Por qué, valerosísimo rey de la raza sidonia, insistes en prolongar el dolor con una inquietud enfermiza? La cólera que los

[31] Cfr. *supra*, v. 39.

[32] La festividad de Anna Perenna se celebraba el 15 de marzo, el primer mes según el antiguo calendario romano. De ahí la alusión a los primeros días del año.

dioses mostraban hacia ti hace ya tiempo que se aplacó, y los agenóridas te han devuelto todo su apoyo. Ea, pues, ve sin más dilación y lanza las fuerzas marmáricas[33] a la batalla. Las fasces han cambiado de manos: por una disparatada decisión del Senado[34], el héroe de Tirinto[35] ha abandonado las armas y la guerra. Contra otro Flaminio[36] debes ahora librar batalla. La esposa del Supremo Tonante[37], no lo dudes, me ha enviado a ayudarte. En las orillas enotrias se me venera como una divinidad eterna, aunque fui engendrada de la sangre de vuestro antepasado Belo. No hay que entretenerse: descarga con fulgurante velocidad el rayo de la guerra allí donde el elevado Gargano[38] se despliega sobre los campos de Yapigia: este lugar no está lejos, dirige hasta allí tus enseñas». Eso dijo, y luego remontó su rostro mojado hasta las nubes. 220

Con la promesa de un éxito asegurado, el general cobró nuevos bríos y respondió: «Ninfa, orgullo de nuestra raza, divinidad a la que veneramos más que a ninguna otra, favorece en buena hora tus augurios. Por lo que a mí respecta, cuando me convierta en dueño y señor de la contienda, colocaré tu imagen en un templo de mármol sobre la ciudadela de Cartago, y al lado de la tuya dedicaré otra a Dido que será venerada con los mismos honores». Así habló y, lleno de vanidad, animó a sus alborozados compañeros: «Guerreros funestos para el Lacio, olvidad vuestras terribles cuitas y los interminables tormentos de la inactividad: hemos aplacado la cólera de los moradores del cielo, los dioses nos han devuelto su confianza. Os comunico que se ha puesto fin al enojoso poder de Fabio: las fasces han cambiado ahora a un nuevo cónsul. Que cada uno de vosotros me brinde de nuevo su diestra y las gloriosas hazañas que prometíais cuando se os impidió luchar. Mirad, una divinidad de nuestra patria nos 230

[33] Pueblo africano. Cfr. II, 57.

[34] El texto original *(senatus ex inconsulto)* presenta un juego de palabras difícilmente traducible con la expresión tradicional *ex senatus consulto* («por decisión del Senado»).

[35] Se trata de Fabio, cuyo parentesco con Hércules ya ha aparecido antes. Cfr. II, 3.

[36] Alusión al imprudente general derrotado en Trasimeno.

[37] Juno.

[38] Sobre el Monte Gargano, cfr. IV, 561. Sobre Yapigia, cfr. I, 51.

vaticina un futuro más glorioso que nuestro pasado. Arrancad las enseñas y, guiados por la diosa, marchemos hasta este campo funesto para los frigios por el nombre de Diomedes»[39].

En tanto que los cartagineses, enardecidos sus corazones, se dirigen a Arpos[40], Varrón, envalentonado por la púrpura[41] usurpada gracias al favor del populacho[42], desbarraba ya junto a los espolones[43]: impaciente por dar lugar a un tremendo desastre, empujaba a la Ciudad a su perdición. De oscuro linaje, sus antepasados carecían de nombre y su lengua insolente se agitaba sin freno en su boca vocinglera. Fue así como acaparó riquezas y se dedicó a prodigar lo rapiñado; a base de alimentar los más bajos instintos del pueblo y murmurar en el Senado, medró hasta tal punto en aquella ciudad sacudida por las guerras que sólo él podía inclinar la balanza de la situación y erigirse en único juez del destino, pese a que con su triunfo el Lacio sintiera vergüenza de salvarse. Unos comicios extravagantes, para nuestra perdición, habían añadido su nombre a los fastos[44], junto a los de los Fabios, los Escipiones consagrados a Marte o Marcelo, que portaba honrosos despojos a Júpiter[45]. Alimentaban el desastre de Cannas el pernicioso mal de la intriga y el Campo, más funesto que la llanura griega[46]. Era tan causante de desórdenes, experto

[39] Aníbal deduce un presagio favorable para su campaña a partir de la hostilidad de Diomedes hacia los frigios. Era éste un héroe etolio que tomó parte en la guerra de Troya y luego se asentó en Apulia, precisamente el escenario de la batalla de Cannas.

[40] También llamada Argiripa, ciudad fundada por Diomedes en Apulia. Cfr. nota a IV, 554

[41] Metonimia que alude a la obtención del consulado, uno de cuyos distintivos era la toga púrpura.

[42] El retrato que del cónsul Varrón hace Livio tampoco es muy halagüeño (cfr. 22.25.18 ss. y 26.1-4).

[43] Cfr. nota a VII, 542.

[44] Especie de calendario en el que el Sumo Pontífice incluía, además de los hechos más relevantes de cada año, los nombres de los cónsules y demás magistrados, las fiestas, los espectáculos públicos, etcétera.

[45] Cfr. I, 133.

[46] Cfr. v. 240. El Campo de Marte era el lugar en que se habían llevado a cabo los desastrosos comicios por los que Varrón se había convertido en cónsul. La llanura griega es el campo de Cannas.

en concitar la envidia y depravado en la vida civil, como torpe en el arte de la guerra y ramplón en los conocimientos de Marte; ningún hecho de armas lo había encumbrado; esperaba procurarse la gloria militar por medio de su verborrea y desde los espolones incitaba a luchar. Por ello se mostraba animoso, increpaba públicamente a Fabio por su inacción y, como si ya hubiese triunfado, hablaba a las masas en contra del Senado: «A vosotros, que ejercéis el poder, como cónsul os pido las consignas y la estrategia para la guerra. ¿He de permanecer quieto o vagar por los montes, mientras garamantes y mauros de tez morena comparten Italia conmigo, o quizá debo emplear el hierro con que me ceñís? Escucha, buen dictador, lo que me ordena el pueblo de Marte: me mandan expulsar a los libios y liberar a Roma del enemigo. ¿Acaso se precipitan, después que han soportado innumerables desgracias y se consumen ya en el tercer año de lamentables sufrimientos? ¡Id pues, soldados, y tomad las armas! Pequeño es el camino que os separa de la victoria. El primer día que nos muestre al enemigo supondrá el fin de la dominación del Senado y de la Guerra Púnica. Id con ánimo. Por toda la Ciudad llevaré yo a Aníbal con cadenas latinas alrededor de su cuello, ante la mirada de Fabio».

Después de recriminarlos así, hizo salir rápidamente al ejército por las puertas rompiendo cualquier obstáculo, lo mismo que el auriga inexperto que, nada más ver abierto el cajón, se lanza a rienda suelta y se inclina hacia delante para fustigar con pies inestables a los caballos, que lo arrastran a su merced: en su accidentado movimiento, los ejes humean y los frenos desequilibrados hacen que el carro oscile de un lado a otro.

Paulo, elegido por el Campo para compartir con Varrón el poder civil y el militar, veía que todo se venía abajo, que con aquel cónsul pernicioso la ruina era inminente. Pero las masas perturbadas son fáciles de convencer, y la cicatriz grabada en su mente refrenaba el dolor que embargaba su atormentado corazón[47]. En

[47] L. Emilio Paulo había sido cónsul con M. Livio Salinátor en el 219 a.C., después de la segunda guerra de Iliria, en la que venció al rey Demetrio de Faros. Acusado luego junto con su colega de cometer un desfalco en el botín (cfr. XV, 594 ss.), se retiró voluntariamente. Sin embargo, los nobles lo for-

efecto, tiempo atrás, cuando siendo joven[48] conquistó el país ilirio, la Envidia, con sus negras fauces, difamó al vencedor, exponiéndolo a los vientos de la injuria. De ahí provenían sus temores y sus recelos hacia el vulgo implacable. Sin embargo, su estirpe lo acercaba a los dioses y sus distinguidos antepasados lo encumbraban hasta el cielo. Amulio[49], el fundador de su linaje, remontaba sus ancestros hasta Asáraco, y Asáraco hasta Júpiter. Y quien lo hubiera visto luchar no podría desmentir su origen. Cuando marchaba a la campaña, Fabio le dijo[50]: «Si piensas que el combate más encarnizado que vas a entablar es contra el caudillo tirio (y me veo forzado a decirte esto), te equivocas, Paulo. O te guardan terribles combates entre ausonios y, dentro de tu propio campamento, contra un enemigo más tenaz, o mis muchas batallas no me han enseñado a presentir las desgracias. Yo mismo le he oído prometer –¡ah, qué pena y qué hastío me causa mi vejez, si aún le resta por padecer la ruina que veo venir!– que se enfrentará a este general tan favorecido por Marte en cuanto lo vea. ¡Qué cerca, Paulo, estamos ahora de nuestro fin, si el fogoso cartaginés ha oído estas palabras del cónsul! Ya me parece ver sus ejércitos enfrente, desplegados por toda la llanura, esperando con las espadas en alto a un segundo Flaminio[51]. ¡A qué grandes guerreros, insensato Varrón, pretendes desafiar tú, por los dioses, tú que estás tan decidido a luchar! ¿Tú serás quien reconozca el terreno, tú quien examine con tiempo las costumbres del rival? Tú

---

zaron a aceptar por segunda vez el consulado (Livio, *AVC* 22.35.3), pese a su resentimiento contra la plebe.

[48] Su victoria en Iliria (región que viene a ocupar la actual Yugoslavia) tuvo lugar en el 219 y ahora estamos en el 216. Esta exageración responde a una convención épica que quiere resaltar la prudencia y madurez de las acciones del cónsul.

[49] Silio relaciona la *gens Aemilia* con Amulio, decimoquinto rey de Alba que usurpó injustamente el trono de su hermano Númitor. Posteriormente, Rómulo y Remo, nietos de éste, lo destronaron y le devolvieron el reino a su abuelo. Por pertenecer al linaje de los reyes de Alba, Emilio remontaba sus orígenes a Eneas, cuyo bisabuelo era Asáraco, rey de Troya. A su vez, Asáraco era bisnieto de Dárdano, hijo de Júpiter y Electra (*cfr. nota a III, 566*). Emilio estaba, por tanto, emparentado con Júpiter.

[50] *Cfr.* este discurso con el que Livio incluye en su obra (*AVC* 22.39).

[51] Cfr. el verso 218.

no tienes destreza para indagar sus recursos, la naturaleza del terreno o su modo de luchar, ni tendrás tampoco en cuenta a la Fortuna, que está por encima de todas las armas. Paulo, no desvíes tu corazón del recto camino. Y, si un solo hombre puede destruir la patria, ¿por qué razón un solo hombre no va a poder salvarla? El libio infame no dispone de alimento y, una vez calmado su ardor guerrero, la lealtad de sus aliados habrá remitido. Ninguna casa **320** aquí está dispuesta a acogerlo como de la familia, ninguna ciudad amiga lo recibirá en sus murallas, y no hay posibilidad de reclutar soldados que compensen las pérdidas. Apenas queda un tercio de los efectivos que salieron del Ebro implacable. Resiste y elige con tiento las ventajas de una táctica cautelosa. Y, si en este tiempo un viento favorable te animara a actuar, si la divinidad da su aprobación, aprovecha la ocasión sin vacilar».

El cónsul, con tono triste, le respondió brevemente[52]: «Siempre tendré presente el deber que me ocupa, y llevaremos tu espíritu, invencible Fabio, contra los cartagineses. Y no paso por alto que la única maniobra posible es la de dejar que pase el tiempo, **330** estrategia que te permitió mermar a Aníbal, quien veía la guerra estancada y en suspenso. Pero ¿qué cólera de los dioses es ésta? Me da la impresión de que han asignado un cónsul a Ausonia y el otro a los cartagineses. Aquél todo lo arrastra consigo y, en su delirio, teme que Roma sucumba con otro cónsul. Traedme como colega a un senador tirio y seguro que no concibe planes tan macabros[53]. No hay corcel lo bastante rápido que lleve a este insensato contra el enemigo. Le atormenta que lleguen las tinieblas de la noche y entorpezcan su camino. Avanza arrogante y con la espada desenfundada para no perder tiempo mientras la **340** saca de la vaina para luchar. ¡Piedras tarpeyas, templo de Júpiter, a quien me une la sangre, y vosotras, levantadas como un baluarte, murallas de mi venerada patria que en estos momentos abandono, os juro que, allí donde me llame la salvación del Estado, marcharé sin miedo al peligro! Pero, si mi ejército, sordo a mis advertencias, prefiere luchar, ya no repararé en vosotros,

[52] Cfr. Livio, *AVC* 22.40.1 ss.

[53] Cfr. II, 330 ss., en que Gestar dice lo mismo a propósito de Hannón.

mis hijos, ni en mi querida familia de la estirpe de Asáraco: una Roma maltrecha jamás verá a Paulo regresar como Varrón».

Con una mentalidad tan opuesta, los dos impulsivos generales se dirigían ya a sus campamentos. En cuanto al cartaginés, ya se había asentado en los campos que los augurios le habían indicado, preservando para el combate las llanuras etolias[54]. Nunca antes la tierra de Italia fue sacudida por mayor número de guerreros o de caballos dispuestos para la batalla. Ciertamente temían el fin de su raza y de su ciudad, y no se ofrecía la oportunidad de un segundo combate.

Tomó parte en la contienda[55], acompañada de sus aliados sicanos, la sagrada tropa de los rútulos[56]: descendientes de Fauno, ocupan el reino de Dauno y disfrutan de la ciudad de Laurento y las fuentes del Numico[57]. Llegaron desde Castro y desde Árdea[58], ciudad en otro tiempo hostil a los frigios; desde Lanuvio[59], morada de Juno situada en la ladera de una elevada colina; desde Colacia[60], la patria del honrado Bruto. Vinieron también los que

[54] Se refiere a las llanuras apulias, en las que se estableció Diomedes, rey de Etolia. Cfr. I, 125 y VIII, 241.

[55] Comienza aquí el catálogo de los pueblos que intervienen en Cannas dentro del bando de los romanos. Es éste un recurso típico de la epopeya (cfr. *Eneida* VII, 641-817). Cfr. P. VENINI (1977-1978), pp. 123-227.

[56] Silio empieza por los pueblos del antiguo Lacio. Dauno (Virgilio, *Eneida* X, 616) era el padre de Turno, rey de los rútulos. Cfr. nota a I, 291. Fauno, antigua divinidad campestre, era el padre de Latino y uno de los primeros reyes de la región; de ahí que los rútulos, súbditos de Latino, sean descendientes de Fauno *(Faunigenae)*. Cfr. Ovidio, *Met.* XIV, 449 ss. Sobre los sicanos, antiguo pueblo albano que habitaba junto al Tíber, cfr. PLINIO EL VIEJO, *NH* 3.69 y, sobre todo, Virgilio, *Eneida* VII, 795 y VIII, 328.

[57] Sobre Laurento y el Numico, cfr. nota al v. 28.

[58] Castro (llamada también *Castrum Inui*, cfr. *Eneida* VI, 775) se halla cerca de Árdea (actual *Genzano di Roma*), la ciudad más importante de los rútulos (cfr. I, 293). Árdea es considerada «hostil a los frigios» por ser la ciudad de Turno, enemigo del troyano Eneas a su llegada al Lacio.

[59] Ciudad situada en la vertiente sur de los montes Albanos, en la frontera entre los volscos y el Lacio (hoy *Città Lavinia*). Había allí un templo consagrado a Juno Salvadora (cfr., por ejemplo, Livio, *AVC* 23.31.15 o SILIO, XIII, 364).

[60] Hoy *Castellaccio*, al nordeste de Roma. Patria de L. Junio Bruto, quien, para vengar a la casta Lucrecia (para algunos su esposa; según otros, esposa de su tío Tarquinio Colatino), que había sido violada por Sexto, uno de los hijos de Tarquino el Soberbio, instigó a la población a alzarse contra Tarquino, hecho que supuso el fin de la monarquía y el establecimiento de la República.

habitan en el terrible bosque de Trivia[61] y quienes viven junto a la desembocadura del río toscano y bañan a Cibeles en las tibias aguas del Almón[62]. Venía después, Catilo[63], tu querida Tíbur, y Preneste[64] con sus sagradas colinas dedicadas a la Fortuna, y Antemna[65], más antigua que la vieja Crustumio[66], y los de Labico[67], hábiles con el arado. Acudieron también los que beben las aguas del Tíber, el río portador del cetro[68], y quienes habitan las márgenes del Anio, están bañados por el gélido Simbruvio y labran los campos de los ecuos. Escauro[69] se hallaba al frente de todos ellos; Escauro que, pese a su 370
tierna edad, daba ya entonces muestras de un incipiente valor que presagiaba una fama imperecedera. Sus hombres no estaban acostumbrados a blandir lanzas en el campo de batalla, ni solían colmar sus aljabas con flechas provistas de plumas: preferían la jabalina y la manejable espada de punta corta. Los cascos de bronce que cubrían sus cabezas sobresalían por encima de los ejércitos.

Aparecen a continuación los oriundos de Setia[70], que reserva su vino para la mesa del mismísimo Lieo, los de Velitras con sus valles

---

[61] Bosque de Aricia consagrado a Diana, llamada aquí Trivia («la diosa de las encrucijadas») porque su imagen se colocaba en los cruces de caminos, lugares apropiados para las prácticas mágicas, cuya protectora es Hécate, diosa muy unida a Diana. Cfr. IV, 367.

[62] El río etrusco es el Tíber, que nace en aquella región. El Almón (hoy *Aquataccio*) es un afluente del Tíber en el que se sumergía una estatua de la diosa frigia Cibeles, como colofón a sus fiestas anuales, cada 27 de marzo. Cfr. OVIDIO, *Fast.* IV, 337 ss.; LUCANO, *Fars.* I, 600.

[63] Cfr. IV, 225.

[64] Preneste (hoy *Palestrina*) poseía un famoso templo dedicado a la Fortuna.

[65] Esta ciudad, de la que no quedan restos, se hallaba en la confluencia del Tíber y el Anio (cfr. Virgilio, *Eneida* VII, 631).

[66] Crustumio o Crustumerio se hallaba un poco más al norte, sobre la Vía Salaria.

[67] Labico (actualmente *Monte Compatri*) se hallaba junto a los montes Albanos y sobre la Vía Labicana, entre Lanuvio y Preneste.

[68] Llamado así porque atraviesa Roma, la capital del mundo. El Anio (hoy *Teverone*, cfr. I, 606) se une al Tíber a unos pocos kilómetros de Roma. Antes forma un lago, el Simbruvio, en pleno país ecuo.

[69] Sobrenombre frecuente entre los Emilios y los Aurelios. Aquí tal vez Silio lo incluya a modo de deferencia hacia la *gens Aemilia*.

[70] Incluye Silio aquí una serie de ciudades volscas famosas por sus vinos: Setia *(Sezze)*, Velitras *(Veletri)*, Cora *(Cori)* y Signia *(Segni)*.

que pocos conocen y también los de Cora y Signia, la de vino espumoso y amargo; vienen también desde las lagunas Pontinas[71] que, llenas de insalubre humedad, inundan las marismas brumosas de
380 Satura[72], allí donde el turbio Ufente lleva sus aguas manchadas de negro cieno a través de sucios campos hasta teñir el mar con su lodo. Conduce las tropas Escévola[73], de ilustre linaje, cuyo valor no desmerece de sus ancestros; grabada en su escudo lleva la honrosa imagen de aquella terrible gesta: el fuego arde en los altares y Mucio, de pie en medio del campamento tirreno, vuelve su cólera contra sí mismo: en la imagen queda bien reflejado su fiero valor. Perplejo ante el espectáculo, se observa a Porsena corriendo de esta mano en llamas, decidido a renunciar a la guerra después de aquel ejemplo.
390 Los que remueven con el arado el monte Circeo, las rocosas cumbres de Anxur y los pedregales hérnicos[74], y quienes surcan y desmenuzan tus ricos terrenos, Anagnia, estaban todos ellos al mando de Sila, que también dirigía los efectivos reclutados en Ferentino y Priverno[75]. A éstos había que añadir los jóvenes de Sora con sus relucientes armas, los guerreros de Escaptia y las tropas de Fabrateria[76]; tampoco faltaron los de Atina, bajados de sus montes

---

[71] Las lagunas Pontinas, situadas en la Vía Apia, ante Terracina, eran de una insalubridad proverbial. Su nombre derivaba de Suessa Pometia, capital de los volscos.

[72] Una parte de las lagunas Pontinas, atravesada por el río Ufente, que baja desde las montañas volscas. Cfr. Virgilio, *Eneida* VII, 801 ss.

[73] Silio pone al frente de estas fuerzas a un descendiente de Mucio Escévola, cuya leyenda transmite Livio (*AVC* 2.12-13): cuando el rey etrusco Porsena pretendía reinstaurar la monarquía en Roma, Mucio entró en su campamento decidido a acabar con él. Sin embargo, mató por equivocación a un secretario. Contrariado por su error, se castigó quemándose la mano derecha en el fuego, lo que le valió el sobrenombre de «zurdo» *(scaevola)*. Acto seguido, el invasor se retiró de Roma.

[74] Silio enumera ahora a las fuerzas llegadas desde la región aurunca y desde las rocas Hérnicas. El monte Circeo es un promontorio cercano a Terracina que conserva hoy su nombre. Sobre Anxur *(Terracina)*, cfr. IV, 532; sobre el territorio hérnico, cfr. IV, 226. Sobre Anagnia *(Anagni)*, cfr. nota a V, 543.

[75] Ferentino está cerca de Anagnia. Sobre Priverno (hoy *Piperno Vecchio*), cfr. VI, 43.

[76] Sora se encuentra en las montañas hérnicas, encima de Arpino, en el valle del Liris. Escaptia (hoy *Passerano*) se encuentra cerca de Tíbur. Fabrateria *(Ceccano)* se halla en la frontera sur del Lacio, cerca de Anagnia.

cubiertos de nieve; los de Suesa, diezmada por las guerras; o los de Frusino[77], a la que el duro arado no incapacitó para la guerra.

El tosco arpinate que vive junto al Liris, río que mezcla sus sulfurosas aguas con el Fibreno[78] y desliza calladamente su curso hasta la costa, emplaza a los jóvenes de Venafro y las tropas de Larino, y concita las fuerzas aliadas, dejando sin guerreros a la populosa Aquino[79]. Tulio[80], descendiente de reyes y sangre del ilustre Tulo, arrastraba a la lucha a estos escuadrones cubiertos de bronce. ¡Ah, qué tremendo genio el de este joven, y qué gran ciudadano habría de dar a los pueblos de Ausonia con el paso de los siglos! Con su voz llenará la tierra, se le oirá más allá del Ganges, más allá de los Indos. Con el relámpago de su verbo dominará los furores de la guerra y nadie después de él aspirará con su elocuencia a alcanzar una gloria semejante.

Entre las primeras líneas se lanza Nerón, de la sangre terapnea de Clauso[81], cuyos impetuosos actos de valor no tienen paran-

[77] Atina está al nordeste de Fabrateria, entre Venafro y Sora. Suessa Pometia es la antigua capital del territorio volsco, saqueada sin cesar por los romanos. Frusino *(Frosinone)* se encuentra sobre la Vía Latina, al sudeste de Anagnia y Ferentino.

[78] El Fibreno es un afluente del Liris (hoy *Garigliano*), río que baña la ciudad de Arpino, patria de Mario y Cicerón, como recordará Silio a partir del v. 406. Aquino se encuentra junto a Casino, sobre la Vía Latina.

[79] Venafro está en el límite noroccidental de la Campania, a orillas del Vulturno. Causa extrañeza la inclusión de Larino en este catálogo de fuerzas latinas y volscas, por cuanto esta ciudad se encuentra ya en el otro extremo del Samnio, junto al Adriático.

[80] Resulta inevitable la alusión a Cicerón en un catálogo de ejércitos en que aparece su ciudad natal, Arpino. Silio, además, sitúa a la cabeza de este contingente a un tal Tulio, ancestro del gran orador y a la vez descendiente de Attio Tulio, jefe volsco relacionado con Coriolano y citado por Livio (*AVC* 2.35.7). Las hiperbólicas alabanzas a Cicerón que siguen no son más que un recurso retórico con el que Silio quiere mostrar la veneración que siente hacia el Arpinate.

[81] A continuación se detalla el contingente de tropas sabinas que se suma a la batalla (cfr. Virgilio, *Eneida* VII, 706 ss.). En Livio (2.16.4) aparece también un Attio Clauso como fundador de la *gens Claudia*. Este Nerón que está al frente de las tropas sabinas debe identificarse con C. Claudio Nerón, cónsul en el 207. Por otra parte, la tradición atribuye un origen laconio a los sabinos (cfr. VI, 603 y VIII, 422). De ahí la aparición del adjetivo *terapneo*, de Terapne, ciudad próxima a Esparta.

gón. Le siguen la cohorte de Amiterno, Casperia, que toma su nombre de Bactra, Fórulos, Reate, consagrada a la Gran Madre de los dioses, Nursia la que vive en medio de la nieve y las cohortes procedentes de los riscos de Tétrica[82]. Todos llevan lanza y escudo circular, cascos sin plumas y espinilleras en su pierna izquierda. Avanzaban alegres, unos cantando en honor a Sanco[83], el fundador de su linaje, ensalzando otros tu gloria, Sabo, por ser el primero que, a partir de tu propio nombre, llamaste *sabinos* a los pueblos de un enorme imperio.

¿Y qué decir de quien alienta a los hijos de la tierra picentina[84], Curión, erizado de mallas y con un penacho de crines de caballo? ¡Qué gran aportación suponen para la guerra! No es tan compacto el oleaje que en el mar embravecido bate las aguas y las tiñe de blanco; ni retumban con menor tumulto el suelo y el Termodonte[85], río de las Amazonas, cuando, en medio de sus mil escuadrones, las vírgenes guerreras simulan el combate con sus lunados broqueles. Podía apreciarse también a los criados en los campos de la pedregosa Numana[86], a los que hacen humear los altares en las costas de Cupra, y a los que guardan las torres de Truento con su río. A lo lejos, bajo un sol radiante, sus tropas armadas de escudos emiten sanguíneos destellos hasta las nubes.

---

[82] Amiterno es la actual *San Vittorino*. La relación entre Casperia, lugar no identificado, y *Caspiraei*, en Bactriana (más o menos la Afganistán actual), puede deberse a la tradición que defendía el origen de Sabo, epónimo del pueblo sabino. Fórulos se identifica con la actual *Civita Tommasa*, cerca de Amiterno; Reate con *Rieti*, cuyo culto a Cibeles quizás obedezca a un juego etimológico con Rhea, sobrenombre de la *Magna Mater*. Nursia se corresponde con *Norcia*, y los riscos de Tétrica tal vez se identifique con el actual *Monte della Sibila*, próximo a Nursia.

[83] Semón Sanco, divinidad de origen sabino, venerada en Roma desde tiempos remotos. DIONISIO DE HALICARNASO (2.49) lo considera padre de Sabo, héroe epónimo de los sabinos. Presidía el cumplimiento de los juramentos.

[84] Comienza ahora la sucesión de tropas procedentes del Piceno, en la costa adriática.

[85] Río de Capadocia que desemboca en el mar Negro y en cuyas orillas vivían las Amazonas (hoy *Termetschai*).

[86] Esta ciudad (actual *Umana*) se encuentra en la costa, lo mismo que Cupra (hoy *Cupra Marittima*). Truento estaba situado a la desembocadura del río homónimo *(Tronto)*.

También está Ancona[87], cuya lana teñida no desmerece de la púrpura de Sidón o Libia; y está Adria, bañada por el Vomano, y el tosco abanderado de la agreste Ásculo. Pico[88], ilustre descendiente del viejo Saturno, fundó tiempo atrás esta ciudad. Con sus mágicas artes, Circe lo obligó a volar por los aires privados de su aspecto humano y, cuando intentaba huir, esparció sobre sus plumas un adorno del color del azafrán. Antes de él, según cuenta la leyenda, ocuparon aquella tierra los pelasgos[89], cuyo rey era Esis. Éste dio su nombre a un río y también de sí mismo denominó *asilo* a su pueblo.

Sin embargo, no aportaban menor energía a este ejército los labradores umbros[90] llegados desde sus montes cavernosos. Bañan sus tierras el Esis y el Sapis; el Metauro que con ruidosos remolinos voltea sus impetuosas aguas por entre las piedras; el Clitumno, cuya sagrada corriente salpica a un toro enorme; el Nar, que empuja sus aguas blanquecinas hacia el Tíber; el Tinia de pequeño curso; el Clanis, el Rubicón y el Sena, cuyo nombre

[87] Ancona se halla igualmente en la costa. Adria es la actual *Atri*, ciudad por donde pasa el río Vomano antes de desembocar en el Adriático. Ásculo (hoy *Ascoli*) era la antigua capital del Piceno.

[88] Silio aprovecha el nombre de Piceno para asignarle como héroe epónimo a Pico. Para esta leyenda, cfr. Ovidio, *Met.* XIV, 321 ss. y Virgilio, *Eneida* VII, 189 ss. Pico, hijo de Saturno, padre de Fauno y abuelo de Latino, era un antiguo rey de Italia al que Circe metamorfoseó en pájaro carpintero por rechazar su amor.

[89] Pueblo semimítico que se asentó en Italia procedente de Tesalia. Vuelve Silio a inventarse un personaje que dé nombre a un pueblo y a un río. Nada se sabe de los *asilos*. En cambio, el río sí existe: es el moderno *Esino* y separa el Piceno y la región de Umbría.

[90] Es el turno ahora del contingente umbro. Enumera Silio una serie de ríos que atraviesan la región, pero sin un orden aparente y de forma arbitraria. Sobre el Esis, cfr. *supra*, v. 444. El Sapis es el moderno *Savio*, y desemboca en Cesena. El Metauro desemboca entre Rímini y Ancona. Sobre el Clitumno, cfr. IV, 545. Desde Virgilio, el Nar (hoy *Nera*), afluente del Tíber, destaca por sus blancas aguas. El Tinia (*¿Timia? ¿Topino?*) pasa por Foligno. El Clanis se corresponde con el *Chiana*. El Rubicón constituye la frontera umbra por el norte. El Sena, moderno *Cesano*, desemboca en Sinigaglia. El listado concluye con el «venerable Álbula», es decir, el Tíber, el río que atraviesa Roma la dominadora del mundo. Para un catálogo similar, cfr. LUCANO, *Fars.* II, 402 ss.

deriva de los senones. Pero, en medio de todos ellos, se insinúa el venerable Álbula con su caudal inmenso; al arrimar sus orillas llega a rozar las murallas. Entre sus ciudades se encuentran Arna[91], Mevania, la de florecientes prados; también Hispelo y Narnia, que se asienta sobre las rocas de una escarpada montaña; Iguvio, en otro tiempo perjudicial por sus húmedas brumas; y Fulginia, que sin murallas se extiende en campo abierto. Hay allí pueblos animosos: amerinos[92], camertinos ilustres tanto con las armas como con el arado, los de Sásina, rica en leche; y los tudertinos, nada parcos en su devoción por Marte. Pisón dirigía a aquellos hombres que despreciaban la muerte: pese a su rostro de niño y su bello porte, igualaba en sagacidad a un anciano y demostraba una astucia por encima de su edad. Delante de las primeras líneas resplandecía con su coloreada armadura, como brilla una piedra de fuego en el dorado collar de los arsácidas[93].

A continuación, una legión integrada por manípulos etruscos obedecía a su jefe de ilustre nombre, Galba. Se remontaba su linaje a Minos y a Pasifae[94], la seducida por el toro, y a partir de ahí siguió una larga serie de preclaros ancestros. Cere[95] enviaba sus más selectos soldados, lo mismo que Cortona, patria del

[91] También es desordenada la enumeración de las ciudades umbras. Arna es la moderna *Civitadella d'Arne*, cerca de Perugia. Sobre Mevania *(Bevagna)*, cfr. IV, 547. Hispelo se corresponde con *Spello*, Narnia con *Narni*, Iguvio con *Gubbio*, Fulginia con *Foligno*.

[92] Ameria es la actual *Amelia*, al noroeste de Narnia. Sobre los camertinos, cfr. IV, 157. Sásina es la actual *Sarsina*, patria de Plauto. Sobre Túder (hoy *Todi*), cfr. IV, 422.

[93] Arsaces es el nombre de varios reyes partos; los arsácidas son, pues, los partos.

[94] Silio tiene en mente al fugaz emperador S. Sulpicio Galba, de quien SUETONIO, *Galba*, 2 comenta que se jactaba de proceder por vía paterna de Júpiter y por vía materna de Pasifae, la esposa de Minos que, enamorada de un toro, concibió al Minotauro.

[95] Cere es la actual *Cerveteri*. Cortona conserva su nombre. Algunos comentaristas identifican la ciudad de Tarcón con Tarquinio, pero parece que Silio se refiere a la propia Cortona. Se cuenta que Tarcón, legendario héroe etrusco hermano de Tirreno, llegó desde Asia y se estableció en Italia, donde fundó varias ciudades. Gravisca es el puerto de Tarquinio (hoy *Corneto*).

soberbio Tarcón, y Gravisca la antigua; y además Alsio[96], con sus costas tan queridas por el argólico Haleso, y Fregenas, rodeada de áridas llanuras. Acudió también Fésula[97], capaz de interpretar el divino rayo alado, y el pueblo de Clusio, terror en tiempos pasados de las murallas romanas, cuando tú, gran Porsena, en vano pretendías que los Soberbios restablecieran en Roma su tiranía después de haber sido expulsados. Venían luego los soldados que, desde sus canteras de blanco mármol, enviaba Luna[98], ciudad célebre por su puerto más grande que cualquier otro, capaz de dar cobijo a un sinfín de navíos y cercar el mar; y los de Vetulonia[99], orgullo en otro tiempo de la raza meonia. Esta ciudad instauró antes que ninguna otra las doce fasces delante del magistrado, añadiendo otras tantas hachas a modo de misteriosa amenaza; además, adornó de marfil las elevadas sillas curules y fue la primera en bordar la toga con púrpura tiria; y también ella comenzó a avivar la batalla al son de la broncínea trompeta. Con ellos venían las tropas de Nepete[100] y los ecuos faliscos; los que ocupan tus lares, Flavina, y los que habitan junto a la laguna de Sabate y el lago de Cimino, sus vecinos de Sutrio y los que pueblan el monte Soracte consagrado a Febo. Suelen llevar dos jabalinas, la piel de una fiera les basta para protegerse la cabeza y con sus lanzas sobrepujan a los arcos licios[101].

[96] Alsio (la actual *Palo*) y Fregenas *(Maccarese)* son colonias cercanas a la costa tirrena. Haleso es un compañero de Agamenón que emigró a Italia y fundó *Falerii*.

[97] Fésula *(Fiesole)* está en el interior. Clusio *(Chiusi)* era la capital de Porsena, quien quiso restablecer la monarquía en Roma (cfr. *supra*, vv. 386 ss.).

[98] Luna, cerca de la actual *La Spezia*, era famosa por su mármol.

[99] Vetulonia estaría situada junto a la actual *Grosseto*. Meonio equivale a etrusco (cfr. IV, 721). Los romanos tenían siempre presente que la mayoría de sus ceremonias y usos provenían de los etruscos; de ahí la inclusión de este inciso por parte de Silio.

[100] Sobre este pasaje, cfr. Virgilio, *Eneida* VII, 695 ss. Nepete es la moderna *Nepi*. Los ecuos faliscos tenían por capital *Falerii (Civita Castellana)*, la ciudad fundada por Haleso. Cerca de ella se encontraba Flavina *(Grammiccia)*. La laguna de Sabate es el actual *Lago di Bracciano*, el Cimino es el *Lago di Vico*. Sutrio es hoy *Sutri*. Sobre el monte Soracte, cfr. V, 175.

[101] Los licios, en Asia Menor, eran afamados arqueros. Cfr. Virgilio, *Eneida* VII, 687 ss.

Todas estas huestes sabían guerrear, pero los jóvenes marsos[102] no sólo sabían batirse sino también encantar las culebras hasta adormecerlas, o neutralizar la mordedura de las víboras con hierbas y hechizos. Cuentan que Angicia[103], hija de Eetes, fue quien les enseñó por primera vez las hierbas mágicas, que sometía las serpientes venenosas con sólo tocarlas y bajaba la luna del cielo, frenaba con sus gritos el curso de los ríos e invocando a los bosques desnudaba los montes[104]. Pero este pueblo debía su nombre a un señor todavía más temible, Marsias[105], quien, a través de los mares, huyó de la frigia Crenes, donde la lira de Febo superó su flauta migdonia. Marruvio[106], distinguido por el nombre del viejo Marro, es su ciudad principal; más al interior, en medio de rezumantes campos, se encuentra Alba[107], cuyos árboles frutales compensan la falta de trigo. Sus restantes plazas fuertes no son muy conocidas y su población carece de prestigio, pero el número de sus habitantes es considerable. A ellos se unen los rudos pelignios, arrastrando sus tropas desde la gélida Sulmona.

No es menor la vehemencia que presentan los soldados sidicinos, que la ciudad de Cales vio nacer[108]. Su fundador no era de poca importancia: Calais, al que, según cuenta la leyenda, su

---

[102] Los marsos habitaban en torno a los Abruzzos, al este de Roma, y eran renombrados como encantadores de serpientes.

[103] Hija de Eetes y, en opinión de SOLINO (2. 27 ss.), hermana de Medea y Circe.

[104] Menciona Silio atribuciones propias de los magos. Cfr. VIRGILIO, *Buc.*, 8.69 o *Eneida* 4.491; TIBULO, *Eleg.* 1.2.43 ss.; etcétera.

[105] Sileno frigio, célebre tañedor de flauta que desafió a la lira de Apolo. Éste lo derrotó y luego lo desolló vivo. Silio, aprovechando la similitud fonética, lo convierte en epónimo de los marsos. Marsias llegaría a Italia desde Crenes (o Aulocrenes, hoy *Dineir*), el valle frigio donde tuvo lugar la prueba. Migdonia era una región de Frigia.

[106] Ciudad situada junto al lago Fucino, cerca de la actual *San Benedetto*. Otra vez Silio recurre a un héroe epónimo, Marro, que no aparece en ninguna otra parte.

[107] Se trata de Alba Fucens, actualmente *Alba*, junto al Fucino. Los pelignios son proverbialmente rudos, y Sulmona *(Solmone)*, la patria de Ovidio, es uno de sus asentamientos más importantes.

[108] Los sidicinos eran de Campania y habitaban Teano Sidicino (hoy *Teano*) y Cales *(Calvi)*, ambas al norte de Capua. En ningún otro lugar se alude a Calais como epónimo de Cales. Calais y su gemelo Zetes eran hijos

madre Oritía crió en las cuevas de los getas, después que el errante Bóreas se la llevara por los aires. Engrosaban las filas los jóvenes vestinos[109], curtidos en la caza de fieras y no menos valientes en combate que el resto. Sus ganados pacen, Fiscelo, en tus alturas, así como en la verde Pinna y en los prados de Aveya, que no tardan en renacer. A su lado, los soldados marrucinos, émulos de los frentanos, arrastraban consigo los pueblos de Cor- 520
finio y la gran Teate[110]. Todos ellos acudían a luchar con venablos, todos empleaban la honda apta para derribar los pájaros del cielo; se cubren el pecho con la piel de los osos que cazan.

Y ya aparece Campania[111], pródiga en riquezas y pródiga en antepasados, aportando soldados a la guerra desde todos sus rincones. Desde una posición cercana, los oscos esperaban la llegada de sus superiores: la cálida Sinuesa, Vulturno en la que resuenan las olas o Amiclas[112] arruinada por el silencio; Fundi o también Cayeta, donde reinó Lamo, la patria de Antífates aislada 530
por el mar; Literno con sus lagunas pantanosas y Cime[113], antaño conocedora del destino. Allí se hallaban también Nuceria

---

de Bóreas (dios del viento del norte) y la ninfa Oritía; habían nacido en Tracia, el país de los getas, y participaron en la expedición de los Argonautas.

[109] Los Vestinos (en torno a la actual *Aquila*), así como los Marrucinos y los Frentanos (v. 519), habitaban la zona oriental de los Abruzzos, junto al Adriático. El Fiscelo *(Gran Sasso)* es la cumbre más alta del Apenino (2990 m). Pinna es *Penne*, Aveya se encuentra cerca de la moderna *Fossa*.

[110] Corfinio *(Pentina)* es una población pelignia. Teate se corresponde con la actual *Chieti* y era una importante ciudad marrucina.

[111] Da paso Silio ahora a las tropas de Campania. Los oscos habitaban junto al Liris *(Garigliano)*, entre el Lacio y Campania. Sinuesa, de la que quedan vestigios junto a *Mondragone*, era famosa por su apacible clima. Vulturno *(Castel Volturno)* se halla en la desembocadura del río homónimo.

[112] Ciudad del Lacio (hoy *Sperlonga*), homónima de la situada cerca de Esparta. Es proverbial el silencio que se atribuye a la ciudad de Amiclas. Su explicación tal vez haya que buscarla en las reiteradas falsas alarmas sobre un ataque enemigo, que impulsaron a sus habitantes a guardar silencio. Ésa fue la razón por la que la ciudad fue tomada. Fundi se corresponde con *Fondi*. Cayeta *(Gaeta)* era el país de los lestrigones, gigantes antropófagos, dos de cuyos reyes fueron Lamo y Antífates.

[113] Sobre Literno, cfr. VI, 653 ss. Cime es el nombre griego de Cumas (hoy *Cuma*), célebre por los oráculos de la Sibila. Nuceria se hallaba junto a la modera *Nocera*; el Gauro es hoy el *monte Barbaro*.

y el Gauro, y los hijos de Dicarquea, llegados desde sus dársenas[114]; allí la griega Parténope con numerosos efectivos; y Nola, donde el cartaginés no pudo penetrar; Alifas y Acerras[115], siempre expuesta a los embates del Clanio. Puede apreciarse además a los pueblos sarrastes y todas las fuerzas del apacible Sarno[116]; y estaban allí los soldados reclutados en los campos Flegreos ricos en azufre, los de Miseno y los del territorio en que se encuentra la tumba del itacense Bayo, donde un gigante echa
540 fuego por la boca. No faltó Próquite ni tampoco Inárime, a la que la suerte eligió para el ardiente Tifeo; ni la rocosa isla del antiguo Telón, ni Calacia la de exiguas murallas. Venían además Surrento y Abella, pobre en campos de trigo[117]. ¡Y sobre todas ellas, ay, Capua[118], que no supo guardar la mesura cuando la situación era próspera y habría de perecer víctima de su perniciosa arrogancia!

Escipión[119] instruía para la guerra a aquellos hombres, y ellos mismos estaban satisfechos con su general. Les había asignado jabalinas y protecciones de hierro alrededor de su pecho, pues, siguiendo el uso de sus antepasados, venían de su patria con armas muy ligeras, venablos sin punta endurecidos al fuego;

---

[114] Dicarquea es el antiguo nombre de Putéolos (hoy *Puzzuoli*), puerto sobre la bahía de Bayas. Parténope es el nombre griego de Nápoles, muy frecuente en poesía. Nola está al nordeste de Nápoles.

[115] Alifas *(Alife)* estaba en el Samnio. Acerras *(Acerra)*, al sur de Capua, sufría con frecuencia las crecidas del Clanio *(Regi Lagni)*.

[116] Los sarrastes serían los pueblos ribereños del Sarno, río que forma el puerto de Pompeya. Los campos Flegreos son una zona de erupciones sulfurosas en Campania. Su nombre deriva de la macedonia Flegra, donde los Gigantes lucharon contra los Olímpicos. Miseno conserva su nombre. Bayo, compañero de Ulises, pasaba por ser el fundador de Bayas, ciudad en la que estaba enterrado.

[117] Próquite *(Procida)* e Inárime *(Ischia)*, islas en las que, conforme a la tradición, Júpiter sepultó a los Gigantes, hecho que provocaba las erupciones. La isla del rey Telón es Capri (cfr. VII, 418). Calacia *(Gallazze)* está en el interior, lo mismo que Abella *(Avella)*. Surrento, en cambio, está junto al mar.

[118] La más importante de las ciudades de Campania. Se alió con Aníbal en el 216 y fue reconquistada en el 211. Después de Cannas, exigió a Roma que uno de los dos cónsules fuera de procedencia campana, algo injustificable; de ahí el lamento de Silio.

[119] El futuro *Africano*.

empleaban chuzos y hachas de doble filo fabricadas para la labranza. El propio Escipión, en medio de su tropa, daba claras muestras de la inminente victoria; blandía una estaca, saltaba el foso que rodeaba el muro y, con la coraza puesta, atravesaba nadando un turbulento vado: tal era la exhibición de valor que ofrecía ante sus tropas. Unas veces, con ligeros pies, superaba corriendo a un caballo que, con los flancos brutalmente espoleados, volaba por el campo abierto; otras se erguía para arrojar una piedra o una lanza que rebasaba los límites del campamento. Marcial la expresión, flexibles sus cabellos y tan largos por delante como por detrás, sus ojos brillaban en su dulce semblante como el fuego; quienes lo miraban sentían una especie de placentero temor.

Acudieron también los samnitas[120], cuyo favor no se había tornado aún del lado de los cartagineses, aunque no olvidaban viejas rencillas; allí estaban los segadores de Bátulo y Nucras, los cazadores que rastrean los montes de Boviano y los que viven adosados a las Horcas Caudinas[121]; y, además, los venidos desde Rufras, Esernia o los agrestes campos de la humilde Herdonia. Con idéntico arrebato los brucios[122], y, con ellos, la tropa procedente de los montes de Lucania y los jóvenes hirpinos, aparecen todos erizados de lanzas e hirsutos con sus pieles de fieras; se alimentan de lo que cazan, viven en los bosques, apagan la sed con el agua de un río y el sueño es la recompensa a sus esfuerzos.

[120] Los samnitas, lindantes con el Lacio sudoriental, habían plantado resistencia contra la dominación romana en el pasado (siglos IV y III a.C.). Después de Cannas, se pondrían del lado de Aníbal. Bátulo y Nucras no son conocidos. En cuanto a Boviano, existen dos ciudades samnitas con este nombre: *Bovianum Vetus* (hoy *Pietrabondante*) y *Bovianum Undecimorum* (hoy *Boiano*).

[121] Las Horcas Caudinas son un desfiladero que pasó a la historia luctuosa de Roma después de la vergonzosa derrota sufrida durante la Segunda Guerra contra los Samnitas (321 a.C.). Rufras parece corresponderse con la actual *Presenzano*, Esernia es *Isernia*. Silio incluye aquí Herdonia *(Ordona)*, que no se halla en el Samnio sino en Apulia.

[122] Se nombran aquí unos cuantos pueblos del sur de Italia: los brucios, al oeste del golfo de Tarento, en la punta de la «bota»; los lucanios, un poco más al norte; los hirpinos, justo debajo de los samnitas y encima de Lucania.

Se les suman los calabreses, las cohortes salentinas y las de Brundisio, donde Italia termina[123]. Esta legión estaba a las órdenes del intrépido Cetego, y en ella se integraban fuerzas aliadas y guerreros armados no distribuidos en manípulos: aquí aparecían soldados venidos de los pedregales de Leucosia[124], allá los que Picencia enviaba desde Pesto y los de Cerilas, devastada luego por efecto de los cartagineses; más allá, los que beben las aguas del Sílaro[125], cuya corriente, según dicen, otorga la dureza de la piedra a las ramas que en ella se sumergen. Cetego elogiaba las armas de la belicosa Salerno, espadas en forma de hoz, y las que los jóvenes guerreros de Buxento llevaban en su diestra, clavas de roble sin pulir. Él mismo, con el hombro desnudo a la manera de sus antepasados[126], gustaba de los caballos indóciles y, con la energía de sus juveniles años, forzaba el duro bocado de su corcel hasta hacerlo girar.

También vosotros, pueblos del Erídano[127], devastados y diezmados de efectivos, os lanzasteis a combates en que habríais de sucumbir sin que ninguno de los dioses atendiera vuestras súplicas. Placencia[128], desolada por las guerras, competía con Módena por

[123] Calabria forma el talón de la «bota»; los salentinos viven al sur de los calabreses *(Capo S. M. di Leuca)*. Desde Brundisio (actual *Brindisi*) se partía hacia Oriente, de ahí que se la considere, erróneamente, el extremo de Italia. La Vía Apia la unía a Roma.

[124] Los emplazamientos que menciona ahora Silio se encuentran cerca del mar Tirreno: Leucosia (hoy *Licosa*) es una isla situada frente a las costas de Pesto. Picencia *(Vicenza)* está cerca de Salerno. Cerilas *(Cirella)* está en el Brucio, al sur de la desembocadura del río Lao.

[125] El río Sílaro (*Sele* o *Silaro*) separa Campania de Lucania y desemboca en el golfo de Salerno. Esta ciudad campana era un importante centro militar. Buxento (junto a la moderna *Policastro*) se encontraba en Lucania.

[126] Como distintivo de su familia, los Cetegos solían llevar bajo la toga, en lugar de túnica, una prenda que les dejaba el hombro al descubierto. Cfr. HORACIO, *Ars* 50; LUCANO, *Fars*. 2.543 y 6.794.

[127] Pasa Silio ahora al norte de Italia, a la zona bañada por el Erídano *(Po)*, un territorio especialmente castigado por los ejércitos de Aníbal. Como de costumbre, la enumeración no sigue un orden geográfico, sino que mezcla aquí y allá ciudades de diferentes regiones.

[128] Placencia (hoy *Piacenza*) y Módena se encuentran en la región de Emilia; Mantua y Cremona, en la de Venecia, en la margen izquierda del Po. Silio presta especial atención a Mantua, lugar de nacimiento de su adorado

enviar tropas, Mantua con Cremona. Mantua, morada de las Musas, encumbrada hasta las estrellas por el canto aonio y émula de la lira de Esmirna.

Venían luego Verona[129], *en torno a la cual fluye el* Átesis, Faventia, experta en hacer crecer los pinos que por todas partes rodean sus campos, Vercelas, y Polentia, rica en negros vellones. También llegaron desde la ciudad que en otro tiempo fue aliada de los teucros en su guerra contra Laurento, la antigua patria de Ocno[130], y desde Bolonia junto al pequeño Reno[131]; y aquellos que, en medio de aguas fangosas, apenas pueden surcar con pesado remo la inerte laguna de Rávena. 600

Aparecen a continuación las fuerzas troyanas que, desde hace mucho tiempo, viven en tierras eugáneas, en el sagrado país del prófugo Antenor[132]. Aquileya[133] desborda los ejércitos

---

Virgilio, de ahí la alusión a las Musas. Aonia es otro nombre de Beocia, donde se encontraban el Helicón y la fuente Hipocrene, ocupados por las Musas. Esmirna es una de las ciudades que se disputaban el ser la cuna de Homero (cfr. Lucano, *Fars.* 9.984; Estacio, *Silv.* 4.2.9).

[129] El río Átesis (modernamente *Adige*) pasa por la ciudad de Verona. Faventia, en Emilia, se identifica con la actual *Faenza*, cuyas fértiles tierras eran renombradas. Vercelas se corresponde con *Vercelli* y está en la Transpadana, entre Milán y Turín. Polentia *(Pollenza)* está en Liguria.

[130] Ocno o Aucno es un héroe etrusco, hijo de Fauno (o quizá de Tíber) y de la ninfa Manto. Para evitar una contienda con su hermano Aulestes, fundador de Perusa, atravesó el Apenino y fundó Felsina (que más tarde se llamó Bononia, la actual Bolonia). Más adelante fundó Mantua. Seguimos la opinión de la mayoría de comentaristas, que piensan que la ciudad fundada por Ocno de la que habla Silio no es ni Mantua ni Bolonia, sino una tercera cuyo nombre desconocemos (¿Perugia?). Por ello, la frase que sigue no va en aposición.

[131] El *Rhenus* (hoy *Reno*) es un afluente del Po que atraviesa Bolonia. No hay que confundirlo con el Rhenus del Centro de Europa *(Rhin)*. Rávena, en la costa adriática, estaba rodeada de marismas.

[132] Se trata de los pobladores de *Patavium* (actual *Padua*). Antenor pasa por ser uno de los troyanos traidores que logró escapar vivo de la guerra de Troya. Después de un largo peregrinar, se estableció en el norte de Italia, en territorio véneto, expulsando a los eugáneos que allí habitaban. Según algunos, Antenor sería el fundador de Padua.

[133] Ciudad en la costa norte del Adriático, cercana a Trieste. Los vagenos son un pueblo de Liguria que vivía en torno a Augusta Bagiennorum *(Bene Vagienna)*, sobre las montañas próximas a la costa y cerca del río Tánaro, afluente del Po.

con contingentes vénetos. A continuación, los ágiles ligures y los vagenos, que viven desperdigados entre las rocas, enviaron a sus tenaces vástagos para mayor gloria de Aníbal[134]. Al frente de tantos pueblos se hallaba Bruto[135], que gozaba de la plena confianza de todos ellos y con arengas los incitaba contra un rival de sobra conocido. Era un hombre austero pero jovial, de espíritu ponderado aunque amable, de gran virtud sin llegar a ser hosco; no pretendía ni la ingrata aureola que otorga la disciplina, ni una expresión sombría en su frente, ni tampoco buscaba la fama a través de una vida llevada por el mal camino.

El rey del sículo Etna[136], fiel aliado, había contribuido también con tres mil soldados experimentados en el combate con flechas. No había aportado Elba[137] tantos guerreros, pero todos ellos empuñaban con exaltación el hierro, metal propio de su país, con el que se sustentan las guerras.

Cualquiera que hubiese divisado tal confluencia de armas habría perdonado a Varrón sus ansias por entablar combate. Así de nutridas eran las tropas que el Helesponto de Leandro[138] vio bullir en otro tiempo junto a la costa retea[139], cuando Micenas[140] la grande invadió Troya.

---

[134] En efecto, la derrota de un número tan alto de soldados vendrá a acrecentar la gloria del general cartaginés.

[135] Como hace también en otras ocasiones, Silio se sirve de una figura histórica para crear sus propios personajes ficticios. En este caso, el Bruto que aparece en el texto comandando las fuerzas del norte de Italia está inspirado en el estoico M. Junio Bruto, uno de los asesinos de César que, curiosamente, había sido gobernador en la Galia Cisalpina.

[136] Hierón II de Siracusa, fiel aliado de los romanos.

[137] La isla de Elba, conocida por el destierro que en ella sufrió Napoleón, era rica en hierro.

[138] Alusión a Leandro, joven de Abidos que se enamoró de Hero. Para poder verla, Leandro tenía que atravesar cada noche el Helesponto (hoy Estrecho de *Dardanelos*), guiado por una lámpara que Hero encendía en lo alto de una torre. Sin embargo, un día de tempestad la luz se apagó y Leandro murió ahogado. La joven no quiso sobrevivirlo y se precipitó desde la torre.

[139] En este caso, *reteo* equivale a *troyano*.

[140] Micenas es la ciudad de Agamenón, quien estaba al frente de las tropas griegas que invadieron Troya.

Después que llegaron a Cannas, levantada sobre los restos de una primitiva ciudad[141], plantaron sus aciagas enseñas sobre la funesta empalizada. Y no cesaron los dioses de ofrecer indicios[142] del inminente desastre a aquellos desdichados sobre los que iba a caer la perdición total. Con el cielo sereno, las jabalinas comenzaron a arder[143] ante los atónitos escuadrones, las elevadas almenas se derrumbaron sobre toda la empalizada, la cumbre del Gargano[144] se tambaleó y cayó aplastando los bosques, el **630** Áufido resonó y gimió en sus profundidades; pese a hallarse lejos del ancho mar, los montes Ceraunios[145], en llamas, llegaron a aterrorizar a los marineros. De repente, la luz desapareció dando paso a inmensas tinieblas y calabreses y sipontinos[146] trataban de alcanzar las tierras y la costa. Un gran número de búhos[147] bloqueó las puertas del campamento. Tupidos enjambres de abejas envolvieron sin cesar las sobresaltadas águilas, y más de un cometa con su resplandeciente cabellera, astro destructor de reinos, rutiló de manera funesta. En el silencio de la noche, fieras rabiosas irrumpieron en campamentos y trincheras, atraparon a un centinela ante la mirada de sus atemorizados compañeros y esparcieron sus miembros por los campos de alre- **640** dedor. Imágenes terroríficas venían también a mofarse de ellos

---

[141] Cfr. POLIBIO, 3.107.4.

[142] Comienza aquí el relato de señales funestas que presagian el desastre. Se trata de un tema tradicional en la epopeya. Cfr. Lucano, *Fars.* 7.151-213. Sobre el desastre de Cannas en particular, cfr. Livio, *AVC* 22.36.6 ss. o Polibio, 3.112.

[143] Parece que se trata del fuego de San Telmo, fenómeno que tiene lugar cuando la atmosfera está muy cargada de electricidad y que suele verse en los mástiles de los barcos, en especial después de las tempestades.

[144] Cfr. IV, 561. El río Áufido (hoy *Ofanto*) fluye cerca de Cannas (cfr. I, 52).

[145] Los montes Ceraunios (o Acroceraunios, hoy *Kimara*) están en Iliria, en la costa griega del Adriático

[146] De Siponto, ciudad marítima de Apulia (hoy *Santa Maria di Siponto*), al sur del Gargano, junto a la actual *Manfredonia*.

[147] Silio incluye una serie de fenómenos que los romanos consideraban de mal agüero, como, por ejemplo, el canto de un búho (cfr. Virgilio, *Eneida* IV, 462; Ovidio, *Met.*, V, 550), la aparición de enjambres de abejas (cfr. Virgilio, *Eneida* VII, 64 ss.; Lucano, *Fars.* VII, 161; Valerio Máximo, 1.6.12) o los cometas (cfr. I, 461).

en sus sueños: veían los manes de los galos[148] saliendo de sus sepulturas; por tres y cuatro veces las rocas tarpeyas se removieron, arrancadas de sus cimientos; en el templo de Júpiter fluyó un río de sangre negruzca, y de la vieja estatua del padre Quirino[149] brotó abundante llanto. Desbordado, el Alia inundó sus horrendas márgenes, los Alpes no estaban ya en su sitio, y el Apenino, como consecuencia de sus enormes grietas, ya no permaneció quieto ni de noche ni de día. En medio del cielo, fulgurantes relámpagos se precipitaron contra el Lacio desde Libia; el firmamento se resquebrajó con horrible fragor y apareció el rostro del dios Tonante. Bramó también el Vesubio, arrojando desde sus rocas un fuego propio del Etna; al proyectar los escollos hasta las nubes, su cumbre flegrea[150] alcanzaba las trémulas estrellas.

Fue entonces cuando, en medio de los ejércitos, un soldado que presagiaba el fin de la batalla, con el rostro asustado y también los sentidos, llenó de terribles clamores todo el campo y relataba sin aliento el inminente desastre[151]: «¡Cesad, dioses crueles, las llanuras ya no pueden dar cobijo a tantos montones de cadáveres! Puedo ver al general de Libia corriendo entre las compactas filas y arrastrando su carro a toda prisa por encima de armas, cuerpos y enseñas. Arrecia el viento[152] en furiosos torbellinos y entabla combate contra nuestros ojos y rostros. Sin cuidar en su vida cae Servilio[153], que en vano escapó, Trasimeno, a tus orillas. ¿Adónde huyes, Varrón?[154] ¡Oh, Júpiter! Golpeado

[148] Evocación del triste episodio de la invasión de Roma por parte de los galos senones (390 a.C.). En las orillas del Alia (cfr. I, 547) las fuerzas romanas sufrieron una estrepitosa derrota.

[149] Nombre de Rómulo divinizado. Cfr. III, 627.

[150] Referencia a la situación del Vesubio en los Campos Flegreos, en Campania (cfr. v. 538).

[151] Cfr. un episodio similar en Lucano, *Fars.* I, 618 ss.; Valerio Flaco *Arg.* I, 207; o Estacio, *Theb.* X, 160 ss.

[152] El Vulturno, viento del sudeste, levantó nubes de polvo que cegaron a los romanos. Fue ésta, en opinión de los historiadores antiguos, una de las causas de su derrota en Cannas.

[153] Cn. Servilio Gémino, cónsul con Flaminio en 217.

[154] Tras la derrota, Varrón salió huyendo hacia Venusia (hoy *Venosa*), en Apulia. Cfr. Livio, *AVC* 22.49.14. Sobre la muerte de Paulo Emilio, cfr. X, 232 ss. y Livio, *AVC* 22.49.1 ss.

por una piedra muere Paulo, última esperanza en medio de nuestra desesperación. Este desastre será aún mayor que el de Trebia. Con los cuerpos de los caídos se forma un puente; el Áufido, 670
humeando, vomita los cadáveres; la bestia victoriosa[155] hace alarde por todo el campo. Siguiendo nuestra costumbre, el lictor agenóreo lleva las hachas del cónsul y porta las fasces manchadas de sangre. La procesión triunfal de los ausonios se traslada ahora a Libia. ¡Oh, dolor! ¿También esto, dioses, nos obligáis a presenciar? Con montones de oro arrebatado a nuestras manos izquierdas[156] es como la victoriosa Cartago determina la ruina del Lacio».

[155] Los elefantes.

[156] Se refiere a los anillos de oro, distintivo de los caballeros romanos (cfr. Livio, *AVC* 23.12.1 ss.).

Libro IX

Por más que el Lacio se conmovía ante tales portentos, por más que los dioses en vano ofrecían por toda Ausonia señales del inminente desastre el cónsul[1] pasó la noche sin dormir, blandiendo su lanza en medio de las sombras, como si los presagios de la cercana batalla fuesen prósperos y favorables: lo mismo increpaba a Paulo por su indolencia que quería hacer sonar las penetrantes tubas y las trompetas nocturnas. Y no era menor el entusiasmo del cartaginés por precipitar el enfrentamiento[2]. Se lanzaron fuera de la empalizada y, apremiados por la siniestra fortuna, entraron en combate. En efecto los macas[3], diseminados 10
por los campos contiguos con el fin de forrajear, dispararon una nube de veloces proyectiles. Mancino, exultante por entrar en combate antes que ningún otro y ser el primero en teñir sus armas de sangre enemiga, cae abatido. Cae también un gran número de soldados. Y, por más que Paulo alegaba que las entrañas de las víctimas y los auspicios de los dioses eran desfavorables, no habría refrenado Varrón sus armas si la suerte por la que se dirigen alternativamente los ejércitos no hubiese estorbado su decisión de precipitar la lucha hacia un funesto desenlace. No

[1] Varrón.

[2] El relato de los acontecimientos sigue, desde el punto de vista del contenido, a Livio, *AVC* 22.41 ss.

[3] Pueblo africano. Cfr. II, 60.

obstante, el azar sólo podía conceder un día más a las miles de víctimas. Volvieron a los campamentos en medio de los lamentos de Paulo, quien veía claramente que el mando del día siguiente recaía en las manos de un loco y que de nada le había servido librar a sus hombres de la muerte. En efecto, Varrón, furioso de cólera y enajenado por dilatar el combate de aquella manera, le dice: «¿Es así como me das las gracias, Paulo, es así como me recompensas por haber salvado tu cabeza? ¿Eso merecen quienes te libraron de las leyes y de la urna que amenazaba con unos resultados desastrosos?[4] ¡Ordena mejor a los combatientes que entreguen inmediatamente al enemigo sus espadas envainadas, que entreguen sus armas, o, mejor aún, arráncaselas de sus mismas manos! En cuanto a vosotros, cuyos ojos y rostros he visto bañados en lágrimas cuando un cónsul os ordenaba volver la espalda y regresar, no esperéis la consabida señal para iniciar el combate. Que cada uno sea general de sí mismo[5] y tome el camino cuando Febo comience a esparcir sus primeros rayos por las cumbres del Gargano[6]. Yo mismo correré a abriros las puertas: lanzaos pronto y recuperad este día que hemos perdido». Así de perturbado encendía Varrón un pernicioso deseo de luchar en sus resentidos ejércitos.

Por el contrario, Paulo ya no tenía el mismo ánimo ni el mismo semblante. Como el que tras la batalla permanece frente a la extensa llanura cubierta de soldados muertos, teniendo delante de sus ojos y de su rostro el mal que se le avecina, o como la madre abatida y aturdida que con un último abrazo intenta en vano reanimar los miembros aún calientes de su hijo, perdida ya toda esperanza de que viva, decía: «Por las murallas de Roma tantas veces golpeadas, por estas vidas inocentes sobre las que revolotean ya las sombras de la noche estigia, desiste de hacer frente al desastre. En tanto que remite el furor de los dioses y se consume la cólera de la Fortuna, bastante es que nuestros soldados bisoños aprendan a sobrellevar el nombre de Aníbal y a no sentir escalo-

[4] Cfr. VIII, 289 ss. Se trata de la urna del destino, vasija que servía para echar las suertes y para averiguar el porvenir.

[5] Cfr. el tono semejante con que Flaminio arenga a sus tropas (V, 126).

[6] Cfr. IV, 561.

fríos cuando divisen al enemigo. ¿Es que no ves, cuando se deja oír en las llanuras cercanas, con qué rapidez abandona la sangre sus pálidos cuerpos, cómo las armas caen de sus manos antes de que suenen las tubas? Un parsimonioso y un enfermo creías que era Fabio, y, sin embargo, todos los soldados que llevó al combate bajo las enseñas que tú desapruebas siguen empuñando las armas; en cambio, todos los que Flaminio...[7] ¡Ah, pero alejad este funesto presagio, dioses! Y, si tu ánimo rechaza mis consejos y mis súplicas, haz caso a la divinidad. Hace ya mucho que la profetisa de Cumas[8] pronunció este vaticinio por todo el mundo; conociéndote a ti y tu locura de antemano, las divulgó por la tierra en tiempo de nuestros antepasados. Y ahora, como un segundo profeta, yo canto en tu presencia tu propio devenir, y no con un vaticinio intrincado: si mañana mueves tus enseñas, con nuestra sangre confirmarás las palabras de la Sibila de Febo, y, en adelante, estos campos no serán conocidos por el griego Diomedes[9], sino que llevarán, si perseveras, tu nombre de cónsul». Así habló Paulo, y de sus ojos ardientes brotaron las lágrimas.

Un crimen por error vino también a manchar[10] aquella noche. Un prisionero de Jantipo[11], Sátrico, que había sufrido cautiverio en tierras libias, fue luego entregado, entre otros trofeos, al rey de los autóloles en recompensa por su valor. En Sulmona[12] había dejado su casa y dos gemelos en el regazo de su madre, Mancino y, con él, Sólimo, nombre éste de origen reteo[13]. En efecto, la ascendencia dardania de su familia se remontaba a

[7] Silio recurre a la aposiopesis para insinuar la funesta derrota que los romanos, comandados por Flaminio, habían sufrido en el Trasimeno.

[8] La Sibila de Cumas (cfr. VII, 483). Silio vierte aquí un pasaje de Livio (*AVC* 25.12.5 ss.) en el que se habla de las profecías de un tal Marcio, que desaconsejaban entablar combate en la llanura de Diomedes, en Cannas.

[9] Cfr. I, 125 y VIII, 241.

[10] Con un marcado patetismo, Silio incluye este crimen atroz que viene a sumarse a los funestos presagios que avisaban del desastre en Cannas.

[11] General lacedemonio que formó parte de las fuerzas cartaginesas durante la Primera Guerra Púnica y derrotó a Régulo. Este Sátrico del que habla Silio habría sido capturado junto con Régulo. Cfr. II, 302 ss. y 434.

[12] Ciudad del Lacio, patria de Ovidio (cfr. VIII, 510).

[13] Es decir, troyano.

un antepasado frigio que, siguiendo el cetro de Eneas, había fundado una ciudad de célebres muros a la que, partiendo de su propio nombre, llamó *Sólimo*. Debido a la afluencia posterior de colonos itálicos, su nombre evolucionó poco a poco hasta llegar al de *Sulmona*. Llevado luego entre las tropas del rey bárbaro, los gétulos[14] requerían a Sátrico como traductor, si se ofrecía la ocasión, para entender la lengua latina. Cuando se le presentó la oportunidad de volver a contemplar hogares pelignios[15] y tuvo esperanzas de ver el lar de sus padres, se amparó en la oscuridad de la noche para sus propósitos y, a hurtadillas, escapó de un campamento que aborrecía. Huía desarmado, pues no quería que se revelaran sus planes por llevar escudo, y regresaba a su país sin armas en sus manos. Así pues, pudo observar los restos de cadáveres que yacían por el campo de batalla, despojó a Mancino y se ciñó sus armas. Su miedo ya había menguado. Sin embargo, el cuerpo sin vida al que había arrebatado las armas y cuyos miembros había desnudado era el de su propio hijo, poco antes abatido por el adversario maca.

En esto, con la llegada de la noche y las primeras horas de sueño, su otro hijo, Sólimo, que a la sazón se hallaba haciendo guardia, había salido de la empalizada ausonia para buscar el cuerpo de su hermano Mancino entre los cadáveres diseminados, con el deseo de dar al desdichado secreta sepultura. Y no había andado muy lejos cuando vio venir, desde el parapeto sidonio, a un enemigo armado. Se ocultó donde la ocasión le ofrecía un escondrijo, tras la tumba del etolio Toante[16]. Cuando pudo luego comprobar que nadie armado acompañaba a aquel guerrero y que avanzaba por entre las sombras sin escolta, saltó de la tumba y lanzó contra la espalda desguarnecida de su padre una jabalina que no marró el golpe. Sátrico creyó que era tiria la tropa que lo atacaba y que era sidonia la herida; con la mirada buscó, tem-

[14] Pueblo del norte de África (cfr. nota a II, 64).

[15] Pueblo samnita, donde se encontraba Sulmona (cfr. VIII, 510).

[16] Rey de Etolia que apareace en el catálogo de las naves en la *Ilíada* (II, 638). A la vuelta de Troya se estableció, según ESTRABÓN (6.1.25), en el Brucio, donde colonizó Temesa. Silio es el único autor que habla de su muerte y enterramiento en Apulia.

bloroso, al autor de aquel golpe ciego. Cuando, con su vigor juvenil, el vencedor se acercó corriendo hasta su víctima, un funesto resplandor brilló en aquellas armas que conocía. Ante sus ojos se mostró, de lejos e iluminado por la luna, el escudo de su hermano centelleando a su lado; el joven, súbitamente inflamado de cólera, exclamó: «¡Que no sea yo, Sátrico, tu hijo nacido en Sulmona, ni sea hermano tuyo, Mancino, que me considere yo indigno descendiente de Sólimo de Pérgamo, si este enemigo ha podido huir indemne de mis manos! ¿Acaso vas a ataviarte, delante de mi vista, con los nobles despojos de mi hermano, acaso vas a enfundarte, pérfido, las gloriosas armas de una casa pelignia mientras yo viva? En tu honor, querida madre Acca, llevaré estos dones para consolar tu dolor, para que los coloques para siempre en el sepulcro de tu hijo». Eso gritaba al tiempo que arremetía con su espada desenvainada. 110

Y ya dejaba caer Sátrico la lanza y todas las armas de sus manos cuando oyó el nombre de su patria, sus hijos, su esposa y sus armas, y un horrible escalofrío paralizó sus miembros y sus sentidos. Entonces, su boca agonizante pronunció estas lastimeras palabras: «Detén tu brazo, te lo ruego, no para que yo siga vivo (pues sería una impiedad querer disfrutar de semejante existencia), sino para no condenar tus manos, hijo, con mi sangre. Yo soy un prisionero de Cartago que acaba de llegar ahora a su patria; sí, yo soy Sátrico, hijo de Sólimo. No, hijo mío, no has hecho mal: cuando, pleno de ardor, arrojaste contra mí tu lanza, yo era cartaginés, pero escapaba de este odiado campamento para volver cuanto antes junto a vosotros, junto al rostro de mi amada esposa. A un muerto arrebaté este escudo, pero, mi único hijo, devuelve ya a la tumba de tu hermano estas armas que han expiado su culpa. Que tu primer cometido sea ahora, hijo, transmitir a tu jefe Paulo este mensaje[17]: que ponga todo su empeño en posponer la guerra y que niegue a Aníbal la ocasión de combatir. Él se muestra exultante con el augurio de los dioses y espera causar estragos sin mesura en el combate que se ave- 120 130

[17] Es un recurso épico el que los moribundos adviertan de algún peligro o anuncien el futuro. Cfr. Dido en *Eneida* IV, 607 ss., o Héctor, en *Ilíada* XXII, 359 ss.

cina. Os suplico que refrenéis el furor de Varrón, pues se dice
140 que es él quien empuja las enseñas a la guerra. Bastante consuelo será para mí, en este punto de mi desdichada vida, el mantener a salvo a los míos. Y ahora, hijo mío, da un último beso al padre que acabas de encontrar y perder a la vez». Así habló y, quitándose el casco, rodeó con sus temblorosos brazos el cuello de su hijo estupefacto. Temiendo su zozobra, procuraba Sátrico remediar con palabras la vergüenza por la herida infligida y encontrar una disculpa por la lanza clavada: «¿Qué testigo, qué cómplice ha presenciado lo que nos ha sucedido? ¿Acaso la noche con sus negras sombras no ha encubierto tu equivocación? ¿Por qué tiemblas? Permíteme, hijo, permíteme apretar más
150 fuertemente tu pecho. Yo, tu padre, disculpo tu mano y te ruego que, con esta misma diestra, cierres mis ojos y pongas fin a mis fatigas». No obstante, el desdichado joven, suspirando desde lo más hondo de su pecho, no encontró contestación a estas palabras, ni siquiera voz, sino que se apresuró a detener el flujo de sangre negruzca y, entre lágrimas, sujetar cuanto antes la profunda herida con un jirón de su túnica. Al fin, y entre gemidos, rompió a llorar amargamente: «¿Así es como la Fortuna te devuelve a nosotros, a tu patria? ¿Así de inexorable te entrega a tu hijo, y el hijo a su padre? ¡Oh, dichoso de mi hermano una y
160 mil veces, a quien los hados privaron de reconocer a su padre! Yo, en cambio, que he escapado vivo de los sidonios, he aquí que reconozco a mi padre hiriéndolo. ¡Si al menos, Fortuna, tuviese yo como alivio de mi culpa el que no me hubieras dado una prueba clara de nuestro infausto parentesco! Sin embargo, los crueles dioses no podrán ocultar por más tiempo nuestras penas».

Mientras que, en su delirio, se lamentaba así, su padre, desangrado, había exhalado ya la vida a través del aire sutil. Fue entonces cuando el joven alzó a las estrellas su rostro afligido y dijo:
170 «Titania[18], testigo de una acción abominable que ha manchado mis manos, tú, que con tu luz nocturna guiaste mi proyectil con-

[18] La Luna. Los Titanes son hijos del Cielo *(Urano)* y la Tierra *(Gea)*. Uno de ellos, Hiperión, se unió a su hermana Tía y engendró a Eos *(Aurora)*, Helio *(Sol)* y Selene *(Luna)*.

tra el cuerpo de mi padre, ya nunca más serás profanada por estos ojos y por esta mirada maldita». Eso dijo al tiempo que se clavaba la espada en el pecho. Frenando la terrible herida, en su escudo escribió con la sangre que fluía el mensaje de su padre: *«Evita el combate, Varrón»*. Colgó luego el escudo en la punta de su lanza y se echó sobre el cuerpo de su padre, al que tanto había llorado.

Tales eran los presagios que los dioses enviaban a los ausonios en torno a la inminente batalla; una vez que las sombras fueron poco a poco desvaneciéndose, la noche, cómplice del crimen, dio paso a la Aurora de color de rosa. El caudillo libio llamó a las armas a los suyos, a las armas llamó a los suyos el romano, según la costumbre; para los cartagineses nacía un día como no habría de aparecer ningún otro en todos los siglos: «No hace falta –señaló Aníbal– estimularos con palabras a vosotros, que habéis marchado victoriosos desde las columnas de Hércules hasta los campos de Yapigia[19]; la animosa Sagunto ya no existe, los Alpes se inclinaron a nuestro paso, y el mismísimo padre de las aguas ausonias, el soberbio Erídano[20], fluye ahora sobre cauce cautivo. El Trebia está oculto bajo montones de cadáveres, el cuerpo de Flaminio está enterrado en tierra lidia[21] y huesos de romanos brillan en unos campos que el arado ya no surca. Un éxito todavía mayor nos aguarda, nace un día que ha de traer aún más derramamiento de sangre. ¡Suficiente recompensa es para mí la gloria del combate, y aun más que suficiente! ¡Que el resto sea triunfo vuestro! Todo cuanto el rico Ebro arrastra consigo, todo aquello de lo que alardea Roma en sus victorias junto al Etna[22], incluso lo que pudieran haber saqueado en las costas de Libia[23], todo eso acabará en vuestras espadas sin necesidad de sorteo. Llevaos a casa todo lo que obtenga vuestro brazo. De estas riquezas ninguna merced

[19] Esto es, desde el Estrecho de Gibraltar (cfr. I, 141) hasta las llanuras de Apulia, donde se encuentra Cannas (cfr. I, 51).

[20] *Fluviorum rex Eridanus* (Virgilio, *Georg.* 1.482). El Tesino es un afluente del Po; de ahí que el cauce de este último sea cautivo.

[21] En Etruria. Cfr. nota a IV, 719.

[22] El triunfo en la Primera Guerra Púnica.

[23] Alusión al saqueo que en el 256 a.C. Régulo llevó a cabo en Clupea, en la provincia Zeugitana, cerca de Cartago.

os pido como jefe. En vuestro provecho los ladrones dardanios[24] habrán expoliado y sometido durante largos siglos el mundo entero: a ti que llevas un nombre sarrano de origen tirio, yo te daré a elegir como premio las llanuras que desees, ya te agrade la tierra de Laurento[25] labrada por colonos sigeos, ya prefieras los campos de Bizacio[26], donde cien veces brota la espiga de Ceres. Añadiré incluso las riberas que el Tíber baña con sus turbias aguas, para que pasten a sus anchas los rebaños que capturemos. A ti que, aunque extranjero, eres mi aliado y llevas en mi apoyo las enseñas de Birsa[27], si alzas tu mano teñida de sangre ausonia haré que al instante se te conceda la ciudadanía cartaginesa. Y que no os engañen ni el Gargano ni la tierra de Dauno[28], os halláis ante las murallas de Roma. Por muy apartada y lejana que esté la ciudad, por muy distante que esté de esta batalla, hoy va a sucumbir, y ya no te llamaré nunca más, guerrero, a combatir; desde esta posición, dirige tu camino hacia el Capitolio».

Eso dijo. Entonces, tras echar abajo las defensas de la empalizada, salvaron el obstáculo de los fosos y, teniendo en cuenta la naturaleza del terreno, dispuso los ejércitos a lo largo de la curva que describían las orillas. En el flanco izquierdo se situaron para el combate los bárbaros guerreros nasamones y, con ellos, los marmáridas con su enorme estatura; a continuación los terribles mauros, los garamantes, los macas, los escuadrones masilios y también los adirmáquidas, pueblo que vive feliz en medio de las armas y que habita junto al Nilo, con su piel ennegrecida por el excesivo calor de Febo. A la cabeza de estos ejércitos llevaba el mando Nealces[29].

---

[24] Es decir, los romanos.

[25] Antigua capital del Lacio. Cfr. nota a I, 605. El cabo Sigeo se halla en la Tróade; los colonos sigeos son, por tanto, los romanos (cfr. I, 665).

[26] Región muy fértil de África, situada en la Pequeña Sirte, entre el golfo de *Hammamet* y el de *Gabes*. Ocupaba una parte de la actual Túnez.

[27] La ciudadela de Cartago y, por extensión, la misma Cartago. Cfr. nota a II, 363.

[28] Con estas alusiones al monte Gargano y a la región de Dauno Silio se refiere a Apulia.

[29] Silio refiere la disposición de las fuerzas cartaginesas desde la perspectiva romana, es decir, el ala izquierda cartaginesa se corresponde realmente con su derecha. El personaje de Nealces es inventado por Silio (según

El ala derecha[30], allí donde el Áufido tuerce su cauce y recorre las orillas con su sinuosa corriente, obedece a Magón. A su mando, llenando los márgenes del río de una confusa algarabía, se sitúan las tropas ligeras enviadas desde los accidentados Pirineos; brillan a lo lejos las cetras de estos guerreros. Los cántabros marchan delante, junto a los vascones con las sienes desprotegidas, los baleares que entran en combate haciendo girar sus bolas de plomo y, por último, los nacidos a orillas del Betis. Destacado, el propio Aníbal contenía las tropas del centro[31], que había reforzado con efectivos de su patria y fuerzas celtas que tantas veces se habían bañado en el Erídano. Sin embargo, por donde el río apartaba sus aguas y retrocedía sin ofrecer protección alguna a los soldados dispuestos en cuña, una bestia[32] llevaba inmensas torres y fortificaciones sobre su negro dorso y se mecía a la manera de una empalizada móvil, elevando hasta el cielo sus erguidos muros. El resto lo ocupaban los númidas, que merodeaban aquí y allá y realizaban incursiones para enardecer todo el campo.

El libio organizaba sus fuerzas, inflamaba de forma incansable a sus soldados y los animaba sin cesar recordándoles a cada uno sus gestas; presumía de reconocer qué diestra arrojaba cada jabalina por su silbido estridente y prometía a sus hombres que sería testigo de todo cuanto hiciesen. Mientras tanto, Varrón ya había hecho salir a sus legiones de la empalizada, provocando el principio del desastre. Alegre en sus pálidas aguas, el Barquero[33] dejaba espacio para las sombras que pronto habrían de llegar.

Las primeras líneas se detienen, incapaces de avanzar al ver los trazos escritos en el escudo colgado[34]; se quedan perplejos y

---

LIVIO, *AVC* 22.46.7, era Maharbal quien comandaba este flanco). Sobre un catálogo similar de fuerzas cartaginesas, cfr. III, 282-405.

[30] Es decir, el ala izquierda. Según Silio, Magón estaba al frente de las fuerzas procedentes de pueblos hispanos y galos; según Livio, Asdrúbal.

[31] Según Livio y Polibio, Magón se hallaba en el centro junto con Aníbal.

[32] Se trata del elefante. Según Livio (*AVC* 21.56.6; 22.2.10) o Polibio (3.74.11), Aníbal apenas disponía de elefantes después de la batalla de Trebia. Silio los incluye aquí para dar más colorido a la narración épica.

[33] Caronte, barquero que en el Aqueronte pasaba las almas de los condenados. Cfr. Lucano, *Fars.* 3.16 ss.

[34] Cfr. vv. 174 ss.

paralizados ante aquel presagio. A un lado, un espectáculo terrible: dignos de lástima, dos cadáveres yacen abrazados; el hijo con la mano derecha sobre el pecho de su padre, tapando la mortal herida. Brotan las lágrimas, el dolor por Mancino se reaviva con la muerte de su hermano. Los conmueve el triste augurio y el parecido entre ambos difuntos. Al instante hablan a su general de aquel crimen por error, del lamentable suceso y del escudo que desaconseja el enfrentamiento. Con ánimo irritado, él responde: «Llevad todo eso a Paulo; él, que en su corazón alberga miedos de mujer, sí se conmoverá con esta mano manchada de un crimen nefando que tal vez, cuando las Furias venían reclamando justicia, escribió agonizante este presagio infame con la sangre de su padre». Entre amenazas, se apresuró luego a repartir las misiones del combate: frente a la posición en que el fiero Nealces colocaba sus salvajes pueblos en formación, se plantó él mismo con efectivos marsos, enseñas samnitas y nativos de Yapigia[35]. En medio del campo, después que vio que allí se encontraba el jefe libio, dio órdenes a Servilio[36] para que hiciera frente al enemigo con la ayuda de picentinos y umbros. El resto de las fuerzas estaba en manos de Paulo, en el flanco derecho[37]. Además, se dio permiso a Escipión[38] para que contrarrestara las ofensivas de los ágiles batallones de nómadas: se le ordenó que extendiera el ataque allí donde los escuadrones se rompieran por obra de emboscadas y trampas.

Ya se aproximaban ambos ejércitos: las rápidas maniobras de los guerreros y los relinchos que los corceles dejaban escapar de sus ardientes hocicos, junto con el estrépito de las armas al entrechocar, producían un ruido confuso en las alborotadas filas. No de otro

[35] Para todos estos pueblos que formaban parte del ejército romano, cfr. el largo catálogo de VIII, 356-621.

[36] Cn. Servilio Gémino, cónsul con Flaminio en 217. Había escapado al desastre de Trasimeno y participaba en Cannas como tribuno militar. Cfr. V, 98 y VIII, 665.

[37] Así pues, la disposición de las fuerzas romanas era la que sigue: Paulo Emilio en el ala derecha, al frente de la caballería romana; Servilio en el centro, con la infantería; Varrón en el flanco izquierdo, con la caballería aliada.

[38] Escipión el Africano, quien seguramente participó en la guerra como tribuno militar.

modo que cuando los vientos entablan en el mar la primera batalla, las aguas incuban una furia contenida y tormentas que pronto estallarán hasta las estrellas: revolviéndose desde las profundidades, exhalan amenazantes ruidos contra las rocas y, removidas desde sus cavernas, retuercen las aguas del mar con su cresta de espuma.

Pero, en medio de esta vorágine tan cruel del destino, no sólo se agitó la tierra. La frenética discordia llegó hasta el cielo y obligó a los dioses a tomar parte en la guerra. De un lado pugna Marte[39]; acompañando a Gradivo están Apolo y el que domina el henchido mar[40]; aquí Venus enajenada, allá Vesta; el Anfitriónida[41], incitado por la toma y destrucción de Sagunto, y la también venerable Cibeles; los dioses Indígetes, Fauno, el padre Quirino y Pólux, que alterna su existencia con la de su hermano Cástor[42]. Enfrente, la Saturnia Juno[43] con la espada ceñida a su costado, Palas, nacida en las libias aguas de Tritón, y la divinidad de la patria, Amón, con retorcidos cuernos sobre sus sienes, además de una gran multitud de dioses menores. Bajo el peso de tantas divinidades como se acercaban a la vez, la tierra benefactora empezó a temblar, unos se apartaron para ocupar los montes cercanos, otros tomaron asiento en una elevada nube; cuando bajaron a enfrentarse, el cielo quedó vacío.

Un inmenso clamor se alzó hasta las desiertas estrellas, tan tremendo como los gritos que el ejército de los hijos de la Tierra elevó hasta el cielo en los campos Flegreos[44], tan formidable

[39] Marte es el dios protector de Roma, padre de Rómulo y Remo.

[40] Neptuno favorece a los romanos como favoreció a los troyanos en la *Ilíada* o la *Eneida*.

[41] Hércules, hijo de Anfitrión, interviene en favor de Roma, después que los cartagineses acabaron con Sagunto, cuyos muros él mismo levantara (cfr. I, 273).

[42] A un tiempo, Leda concibió de su marido Tindáreo a Cástor, mortal, y de Júpiter a Pólux, inmortal. La leyenda dice que, muerto Cástor, Pólux no quiso la inmortalidad que Júpiter le ofrecía. Al fin, el padre de los dioses permitió que ambos se alternaran cada día entre el cielo y el infierno.

[43] En el bando cartaginés se alinean Juno, divinidad protectora de Cartago; Palas, compatriota de Aníbal; sobre Amón, también llamado Júpiter-Amón, cfr. nota a I, 417.

[44] El combate de los Gigantes, hijos de la Tierra, tuvo lugar en Flegra, en Macedonia. Cfr. IV, 275.

como el de Júpiter, padre del Tiempo, cuando reclamó a los Cíclopes nuevos rayos, después de ver que los magnánimos Gigantes apilaban montañas con intención de arrebatar el trono
310 celestial. Y, en medio de tan tremenda embestida, no hubo una lanza arrojada antes que otra: una estridente lluvia de proyectiles fue disparada al mismo tiempo y con parejo furor; ansiosos de sangre tanto unos como otros, cayeron todos en esta tormenta cruzada. Allí donde la mano guiaba la rabiosa espada con mayor ímpetu, cae un gran número de combatientes. En sus ansias por guerrear, algunos llegan incluso a colocarse sobre los cadáveres de los suyos y los pisan mientras aún gimen. Y ni el empuje libio pudo rechazar o alejar a los jóvenes dardanios, ni la inamovible disposición de las tropas sarranas se resquebrajó; era como si el
320 mar, con la fuerza de sus olas, comenzara a arrancar Calpe de sus cimientos.

Los golpes no encontraban espacio e incluso los que ya estaban muertos no podían caer a tierra debido a la estrechez. Saltaban las chispas cuando un casco golpeaba horriblemente contra un casco rival. Los escudos se resquebrajan al chocar entre sí, la espada rompe la espada. Se aplasta pie contra pie[45], guerrero contra guerrero; cubierta de sangre, no puede verse la tierra. Suspendida bajo el éter, una espesa noche originada por el aluvión de flechas oculta cielo y estrellas. Aquellos a quienes la Fortuna concedió un puesto en segunda fila entran en combate merced al impacto desde lejos de
330 sus lanzas y sus largas picas, como si se batieran en primera línea. Y aquellos a los que su rezagada posición priva de la gloria, intentan con armas arrojadizas igualarse a los que combaten delante. Más atrás, es un clamor el que libra batalla, y los soldados a los que se les deniega el ansiado combate hostigan al enemigo con feroces gritos. Y no falta ningún tipo de armamento: unos luchan con estacas, otros con ramas de pino encendidas, otros con pesadas jabalinas, los hay que se sirven de piedras, de una honda y de veloces picas. Unas veces silba la flecha que atraviesa las nubes, otras la falárica[46] que hasta los mismísimos muros temen.

---

[45] Este verso es muy parecido a otro de Ennio: «premitur pede pes atque armis arma teruntut» (ENNIO, *Ann. inc.*, v. 584).

[46] Cfr. nota a I, 351.

Diosas[47] a las que venero con devoción, ¿nos creeremos capaces, a pesar de nuestra voz de mortal, de revelar a los siglos venideros todo cuanto aconteció aquel día? ¿Otorgáis a mi lengua el enorme privilegio de hablar de Cannas con una sola voz? Si os place mi gloria y no desistís de tan gran designio, emplazad aquí todos los versos y a Febo, vuestro señor. ¡Ojalá después de esto, romano, puedas sobrellevar la prosperidad con tanto ánimo como entonces la adversidad! Sea esto suficiente, y ruego que no pretendan los dioses averiguar si los descendientes de Troya podrían arrostrar otra guerra igual. Y tú, angustiada por el destino, deja ya de llorar, te lo suplico, y bendice estas heridas que han de acarrearte una gloria imperecedera. Pues en ningún otro momento, Roma, serás más grande. Hasta tal punto te corromperán tus éxitos que únicamente conservarás tu nombre gracias a la grandeza de tus derrotas[48].

Fluctuaba la Fortuna entre diversas alternativas y, manteniendo incierto el desenlace de la contienda, ya se había burlado de la furia de uno y otro bando; las esperanzas quedaban en suspenso para ambas naciones y Marte ardía por igual en los dos ejércitos. No de otro modo que cuando la suave brisa agita las verdes cañas y el viento mece la mies inmadura aún, la punta de las espigas se mueve aquí y allá y, con su lento balanceo de un lado a otro, resplandece al arquearse.

Finalmente Nealces, ayudado por sus hordas bárbaras, carga con penetrante clamor y dispersa las maltrechas líneas romanas. Se descomponen las cuñas y el enemigo irrumpe con ímpetu por el medio, ante la alarma de los soldados. Acto seguido, un torrente de sangre lo inunda todo de un negruzco torbellino, y no hay guerrero al que una única lanza abatiera. Mientras el guerrero ausonio teme ser alcanzado por la espalda, recibe una muerte cruel en medio del pecho y, con semejante fin, se libra del deshonor.

Permanecía firme Escévola en primera línea, en el centro mismo de la lucha, siempre ansioso de duras pruebas e inaltera-

[47] Se refiere Silio a las Musas.

[48] Silio se hace eco de una concepción típicamente estoica, según la cual Roma sólo fue grande cuando se hallaba en peligro.

ble ante cualquier peligro; en medio de aquella tremenda carnicería, ya no deseaba la vida, sino un fin digno de su antepasado y morir en su nombre[49]. Cuando vio perdida la situación y que el desastre era cada vez mayor, exclamó: «Prolonguemos nuestra corta vida quede lo que quede, pues la virtud no es más que una palabra sin significado, si el instante de morir no basta para alcanzar la gloria». Así habló, y reuniendo todas sus fuerzas se lanzó al centro de la batalla, justo donde la furibunda diestra del cartaginés se abría paso. Caralis, exultante, intentaba allí colgar, en lo alto de un tronco, los despojos arrebatados a una víctima cuando, de pronto, Escévola acudió espada en mano: su cólera hundió el acero hasta la empuñadura. Cayó aquél rodando a la vez que mordía el suelo enemigo y aplastaba contra la tierra los dolores de la muerte. Y ni Gábar ni Sicca, concentrando la fuerza de sus vehementes brazos, pudieron detener al héroe. Mientras el intrépido Gábar resistía, perdió su mano derecha cercenada en combate. Consternado por un terrible dolor, Sicca acudía temerariamente en su auxilio cuando, sin darse cuenta, pisó una espada y cayó, lamentándose demasiado tarde por llevar sus pies descalzos; allí yació, abatido por la diestra de su amigo moribundo. La furia crecida del joven atrajo finalmente las funestas armas del fulgurante Nealces, quien, estimulado por tan ilustre rival, se arrojó con ardor deseando infligir una muerte como aquélla. Tomó luego un pedazo de roca que un torrente había arrastrado desde lo alto de una montaña y con furia lo arrojó contra la cara de Escévola: con el tremendo impacto las mandíbulas crujieron y su rostro quedó desfigurado. Por la nariz le fluía pus viscoso, revuelto con su cerebro ensangrentado; por las órbitas aplastadas y por su frente mutilada chorreaban sus ojos sombríos[50].

Mario cayó cuando trataba de socorrer a su inseparable Cásper, ante el temor de sobrevivir a su amigo que moría. El mismo auspicio tuvieron el día de su nacimiento, común pobreza la de

[49] Cfr. nota a VIII, 384.

[50] Es común entre los épicos el relato de muertes truculentas como ésta, causada por una piedra enorme. Cfr. Homero, *Ilíada* XVI, 741 ss.; Virgilio, *Eneida* X, 415 ss.; o el mismo Silio (V, 436; X, 235 ss.).

sus padres y ellos mismos. Criados en la sagrada Preneste[51], los dos jóvenes compartieron estudios y labraron campos contiguos. Ambos querían y odiaban las mismas cosas, y en todo momento tenían los mismos pensamientos; en su escasez la concordia era su más preciado bien. Cayeron al mismo tiempo y, de todas sus súplicas, solamente una les concedió la Fortuna[52]: perecer juntos en combate. Las armas de ambos fueron el trofeo de su vencedor, Simeto.

Pero no hubo lugar para que los cartagineses siguieran disfrutando de tan buena estrella: terrible y desafiante, apareció Escipión, apiadado de las cohortes que habían salido huyendo; y acudieron también Varrón, el causante de todo el mal, Curión[53] con su rubia cabellera y Bruto[54], el descendiente del primer cónsul. Ayudado por estos héroes, el ejército habría podido recuperar el territorio perdido con tropas de refresco, si el caudillo cartaginés no hubiera frenado con un ataque por sorpresa la acometida de los escuadrones. En cuanto Aníbal avistó a lo lejos a Varrón enzarzado en la lucha y, a su lado, al lictor removiéndose con su manto púrpura, exclamó: «Conozco esa pompa y conozco esas divisas; así lucía Flaminio[55] no hace mucho». Enardecido, exhibió luego su cólera terrible haciendo sonar su imponente escudo. ¡Ah, desdichado! Con tu muerte habrías podido equipararte a Paulo si la cólera de los dioses no te hubiesen privado de morir a manos de Aníbal. ¡Cuántas veces, Varrón, te lamentarás ante los dioses por haber escapado a la espada sidonia! Y es que Escipión surgió de repente llevando la salvación donde la muerte ya estaba próxima, y se lanzó de cara al peligro. Aunque se le privaba del magnífico honor de aquella muerte, al cartaginés no le disgustó cambiar aquel rival por otro

[51] Había en esta ciudad un templo dedicado a la Fortuna, adonde se iba a preguntar sobre el futuro. Cfr. nota a VIII, 365.

[52] Cfr. nota anterior.

[53] Jefe del contingente de picentinos (cfr. VIII, 425).

[54] Estaba al frente de las tropas padanas y cisalpinas (cfr. VIII, 607). Los primeros cónsules de Roma, después de la expulsión de los Tarquinos en el 509 a.C., fueron M. Junio Bruto y L. Tarquinio Colatino.

[55] Aníbal compara a Varrón con Flaminio en lo que puede considerarse una premonición de su derrota.

más ilustre y, ahora que por fin se le ofrecía la ocasión, obligarle a pagar el castigo que merecía por arrebatar a su padre de las aguas del Tesino[56]. Aquellos dos guerreros, nacidos en puntos opuestos del universo[57], se hallaban frente a frente. Jamás vio la tierra batirse a dos enemigos más grandiosos, iguales en valor y en el oficio de Marte, aunque en el resto el general latino sobresalía por su bondad y su lealtad.

Desde su oscura nube se precipitaron azorados a la batalla Marte[58], que temía por Escipión, y la Tritonia[59], que velaba por el cartaginés. Con la llegada de los dioses, ambos ejércitos se estremecieron, pero sus jefes siguieron impasibles. Adonde Palas dirigía su pecho, un negro fuego titilaba en la boca de la Gorgona y silbaban las horribles serpientes de su égida[60]. Sus ojos rutilaban con el brillo de la sangre (podría creerse que eran dos cometas agitándose), y, en lo alto de su casco, un inmenso remolino arrojaba oleadas de llamas hacia las estrellas. Marte, a su vez, estremecía el aire al blandir su lanza y envolvía el campo bajo su escudo; llevaba una coraza, obsequio de los Cíclopes[61], que disparaba el fuego del Etna y, cuando se erguía, su dorado penacho golpeaba el éter.

Absortos en el combate, los generales medían sus fuerzas, aunque eran conscientes de que los dioses armados se habían unido a la batalla. Complacidos ambos porque tan altos seres los observaran, aumentaban la cólera de sus corazones. Ora Palas con su diestra desviaba la lanza arrojada con vigoroso impulso contra el pecho de Aníbal, ora Gradivo, siguiendo el ejemplo de la altanera diosa, prestaba su auxilio al joven Escipión, le brin-

[56] Alusión al episodio narrado en IV, 454 ss., en el que el joven Escipión salva a su padre de la furia de Aníbal.

[57] Cfr. la similitud con Virgilio, *Eneida* XII, 708.

[58] Marte ya protegió a Escipión en Tesino y le vaticinó su victoria sobre Aníbal (cfr. IV, 458 ss.).

[59] Sobrenombre de Palas, por su nacimiento «junto a las aguas libias de Tritón» (cfr. IX, 297).

[60] Cfr. Virgilio, *Eneida* VIII, 435 ss. La égida, escudo de Palas, tenía en el centro la cabeza rodeada de serpientes de la Gorgona.

[61] Las armas de los dioses son forjadas por los Cíclopes en su fragua del Etna.

daba al punto su espada forjada en el Etna para batirse y le instaba a mayores hazañas. Acto seguido la diosa virginal, abrasada en lo más hondo, cubrió súbitamente de llamas su rostro fiero y, lanzando una mirada sesgada, sobrepujó a la Gorgona con su trastornado gesto. Al sacudir la égida, todas las serpientes irguieron sus monstruosos cuerpos y, al primer embate de su furia, hasta el mismísimo Marte se retrajo poco a poco del combate. Entonces la diosa, con presto afán, arrancó un trozo del monte cercano y arrojó furiosa aquel roquedal erizado de escollos contra Marte; el estruendo resonó a lo lejos e hizo temblar las riberas de Sasón[62].

Sin embargo, esta batalla no pasaba desapercibida al rey de los dioses. Para frenar tan desmesurado ímpetu, mandó rápidamente a Iris[63] envuelta en una nube y le habló de esta manera: «Marcha, diosa, llégate cuanto antes a las tierras de Enotria[64] y di a Palas que mitigue esa feroz cólera contra su hermano[65] y que no aspire a alterar las inquebrantables leyes de las Parcas. Dile también esto: que, si no desiste en su cólera ni la domina (pues conozco el veneno y la pasión de su ardiente corazón), tendrá que comprobar cuán superiores a su égida son mis temibles rayos».

Cuando la virgen Tritonia oyó titubeante estas palabras, sin saber si debía ceder ante las armas de su padre, dijo: «Abandonemos el campo de batalla, pero ¿acaso cuando Palas se retire va a trocar él el destino? ¿Dejará él de ver desde lo alto del cielo los campos del Gargano abrasados de cadáveres?». Y, mientras esto decía, en una nube sutil trasladó a Aníbal hacia otro lugar del campo y abandonó la tierra.

Por el contrario Gradivo, envalentonado por el retorno de la diosa al cielo, retomó su propósito y, envuelto en una nube, con

---

[62] Isla griega, situada en el Adriático, enfrente de Cannas (cfr. VII, 480).

[63] Hija de Taumante y Electra, simboliza la unión entre el Cielo y la Tierra, unión de la que es una prueba el arco iris. Se la representa con alas y un ligero velo que el sol tiñe de colores. Como Mercurio, es encargada de transmitir los mensajes de los dioses.

[64] Italia. Cfr. nota a I, 2.

[65] Palas Atenea (Minerva) era hija de Zeus (Júpiter) y Metis; Ares (Marte) era hijo de Zeus (Júpiter) y Hera (Juno). Por tanto, Palas y Marte tienen en común a su padre Júpiter.

su poderosa mano restituyó al encarnizado combate a los que andaban desperdigados por la llanura. Las enseñas dan la vuelta y, después que el miedo cambia de bando, son los ítalos quienes emprenden una nueva matanza. En ese instante el guardián de los vientos[66], que con su poder retiene las corrientes en su prisión, al que obedecen los Euros, Bóreas, Cauros y Notos cuando surcan el cielo, desencadenó en medio de la contienda el Vulturno que reina en los campos de Etolia, ante las súplicas de Juno, que le ofrecía no pocos favores a cambio[67]. Éste será el pernicioso vengador que satisfaga su cólera. El cual, después de sumergirse en los incandescentes abismos del Etna y absorber el fuego, sacó su rostro en llamas y salió volando con desagradable silbido; sopló luego sobre el reino de Dauno y levantó una oscura nube de espeso polvo. El viento les arrebató la vista, la voz, las manos[68]. El remolino de arena (lamentable de decir) proyecta bolas encendidas contra los rostros de los ítalos y disfruta enfrentándose a los escuadrones con la rabia que le habían impuesto. A continuación, en estrepitosa caída, cubren el suelo soldados, armas y penachos. Al encuentro del vendaval, las lanzas todas retroceden y los disparos caen sin fuerza una y otra vez junto a los rútulos. El mismo soplo favorece a los proyectiles de los cartagineses: el remolino imprime velocidad a las lanzas como disparadas por el amiento y con sus silbidos empuja los venablos tirios.

En ese instante, con la garganta obstruida por la densa polvareda, el soldado asfixiado lamenta con impotencia su muerte. El propio Vulturno, ocultando su rubia cabeza en una negra nube y con los cabellos completamente cubiertos de arena, lo mismo voltea a los romanos empujándolos por detrás con sus estridentes

[66] Eolo, dios de los vientos. Silio incluye los vientos que se identifican con los puntos cardinales. El Euro o Vulturno es el viento del sudeste; el Bóreas, del norte; el Cauro, del noroeste; el Noto o Austro, del sur. Cfr. Homero, *Odisea* V, 295-296.

[67] En *Eneida* I, 71 ss., Juno promete a Eolo que, a cambio de sus favores, recibirá la más bella de sus 14 ninfas, Deyopea.

[68] Cfr. VIII, 663. Es un hecho histórico que se levantó un viento que cegó por completo a los romanos.

alas que los ataca de frente con el rugido de una tormenta, agita sus armas y resopla con sus fauces abiertas. A veces, cuando se hallan enfrascados en la contienda y están a punto de clavar el hierro en la garganta del rival, los desvía de su intento de asestar el golpe y arranca sus manos de la misma herida. Y no contento con esquilmar las cohortes ausonias por doquier, vomita contra Marte sus vendavales acompañados de bramidos y su torbellino por dos veces cimbrea el extremo del penacho del dios.

Mientras el furor de Eolo libra tales combates contra las tropas de Rómulo y enciende la cólera de Marte, la diosa virginal[69], acompañada de Juno, se dirige a su padre: «¡Observa qué enormes tempestades promueve Gradivo contra los campamentos cartagineses y con cuántas muertes sacia su furor! ¿No te place ahora, te lo suplico, que Iris descienda a la tierra? Yo no he tomado partido para destruir a los teucros (pues Roma reina bajo mi garantía y en esta ciudad fijé la morada del Paladión)[70], no he tomado partido para destruir a los teucros; simplemente no quería que Aníbal, la luz de Libia, donde nací, perdiera la vida en la flor de su juventud y aquella gran esperanza se truncara». Prosiguió luego Juno y, con la cólera que provocaban sus largas fatigas, señaló: «Es más, para que las naciones sepan cuán inmenso es el reino de Júpiter y cuánto prevalece tu poder por encima del de los demás dioses, esposo mío, destroza con tu dardo ardiente la ciudadela de Cartago (nada te cuesta lo que te pido) y, abriendo una enorme grieta, hunde las filas sidonias en las profundidades del Tártaro o sumérgelas en el mar».

Sereno el semblante, Júpiter contestó: «Lucháis contra el destino y albergáis malsanas esperanzas. Hija mía, aquel contra quien alzabas ufana tus armas hostiles habrá de aplastar a los guerreros tirios, tomará el nombre de este pueblo[71] y llevará al

[69] Palas Atenea.

[70] Estatua divina que representaba a Palas y que tenía virtudes mágicas, pues convertía en invulnerable al pueblo que la guardaba y le rindiera culto. Después de la destrucción de Troya, Eneas llevó esta imagen hasta Italia y, una vez fundada Roma, fue depositada en el templo de Vesta, donde las Vestales le tributaban culto.

[71] El sobrenombre de *Africanus*.

Capitolio los laureles de la victoria contra Libia. Por el contrario, esposa mía, aquel a quien tú ofreces aliento y gloria (yo revelo el destino) desviará sus armas de los pueblos laurentinos. No está lejos ya el principio del desastre: se acerca la hora y el día en que deseará no haber franqueado nunca los Alpes». Así dijo, y rápidamente hizo bajar a Iris del Olimpo para llamar a Marte y ordenarle que abandonara la contienda. No desobedeció Gradivo esta orden, sino que partió hacia las excelsas nubes refunfuñando, pese a que le entusiasmaban los clarines y las trompetas, las heridas y la sangre, los clamores y las armas.

Cuando por fin el campo quedó libre del combate de los dioses y Marte dejó de intervenir, el cartaginés, desde el límite de la llanura donde había eludido las armas celestiales, se lanzó arrastrando con su potente voz a la caballería, la infantería, las fieras provistas de torres en sus lomos y las pesadas máquinas de guerra. Cuando reconoció al guerrero que, espada en mano, hostigaba a sus tropas ligeras, la cólera centelleó en sus mejillas del color de la sangre, y dijo: «¿Qué Furias, Minucio[72], o qué divinidad te empujan contra el enemigo para que oses enfrentarte nuevamente a mí? ¿Dónde se encuentra ahora aquel Fabio que se convirtió en tu padre gracias a mis armas? Confórmate, insolente, con haber escapado una vez de mis manos». Y, sin más, su lanza acompañó aquellas arrogantes palabras; atravesó el pecho de Minucio con la fuerza de una ballesta y el impacto detuvo las palabras que estaban a punto de salir.

Pero el hierro no es lo bastante cruel para él: hace venir a las negras y corpulentas fieras para que las tropas ítalas lidien con semejantes monstruos. Montado en su caballo, Aníbal se dirige a los mauros que con sus puyas manejan a los bueyes lucanios[73] y

[72] M. Minucio Rufo había sido cónsul en el 221 y jefe de la caballería durante la dictadura de Fabio. A espaldas de éste entabló combate con Aníbal y fue salvado en el último instante (cfr. VII, 515-750). En los versos que siguen Aníbal se burla de este hecho.

[73] Nombre que los romanos dieron a los elefantes por ser en la región de Lucania donde por vez primera (280 a.C.) vieron a los elefantes participando en la batalla en el bando de Pirro, rey del Epiro. Cfr. VARRÓN, *Lingua Latina*, 7.39 y PLINIO EL VIEJO, *Naturalis Historia*, 8.16.

les ordena que vayan al combate y empujen las manadas de fieras libias aguijoneándolas con mayor ímpetu. Se deja oír un espantoso barrito y, apremiada por tantos pinchazos, la belicosa bestia acelera su paso. En su dorso amoratado se instala una torre equipada con fuego, soldados y proyectiles. Desde lejos, una profusa lluvia de piedras estalla por encima de las armas y, encaramado en esta trinchera volante, el libio descarga una nube de flechas. Entre las hacinadas tropas se yergue esta enorme empalizada con sus colmillos blancos como la nieve; fuertemente amarrada al curvo extremo de marfil, brillaba una lanza de rígida punta.

En medio de la alarma general, una de las bestias atraviesa con su criminal colmillo la armadura y el cuerpo de Ufente[74], lo levanta y lo lleva entre gritos de dolor a través de las tropas que va pisoteando. Y no fue más grata la muerte de Tadio: por donde la coraza cubre el costado con capas de lino reforzado, las perniciosas picas de los colmillos penetran imperceptiblemente y, sin herir el cuerpo del guerrero, lo levantan por los aires con gran estruendo de su escudo. Y no se inmutó su valor ante el temor de este peligro desconocido. Se aprovechó para su gloria de tal circunstancia y, cuando estuvo cerca de su frente, atravesó sus dos ojos con rápidos golpes de espada. Rabiosa por la grave herida, la fiera se encabritó por los aires y, con las patas en alto, hizo caer rodando hacia atrás la torre con todo su peso. En repentina y confusa caída (digno de lástima), se desploman a un tiempo armas, guerreros y la bestia privada de la visión.

El dardanio triunfante ordena esparcir teas encendidas contra los belicosos monstruos e impregnar con el azufre de negras antorchas los baluartes que la fiera transportaba. Y le obedecieron sin tardanza: cuando las llamas tomaron fuerza, los humeantes lomos de los elefantes comenzaron a arder. Avivado por el ruidoso viento, el fuego devorador se propagó por toda la fortificación. No de otra suerte que el pastor que provoca un incendio en el Pindo o en el Ródope[75], la abrasadora destrucción se

[74] Aníbal ya acabó con un soldado homónimo en IV, 335. Existe, además, un río volsco con el mismo nombre mencionado en VIII, 382.

[75] Montes de Tesalia y Tracia, respectivamente. Sobre el Pindo, cfr. IV, 520; sobre el Ródope, cfr. II, 73.

extiende por los bosques y alcanza los frondosos roquedales hasta que el ardor de Vulcano reluce y chisporrotea por las altas cumbres. Avanza la fiera enajenada, con el cuerpo abrasado por la brea incandescente, abriendo un largo trecho entre las filas; nadie tuvo valor para luchar de cerca con ella: sólo se atrevieron a disparar de lejos lanzas y flechas. Incapaz de soportar el incendio que quema su inmenso cuerpo, la bestia aviva las llamas y las propaga en todos los sentidos, hasta que termina arrojándose de cabeza a las aguas del río cercano. Engañada por la fina capa de agua que cubría la llanura, llevó encima, removiéndose, un reguero de llamas a lo largo de la orilla, hasta que, por fin, pudo sumergirse en las profundidades, donde todo su volumen quedó bajo la superficie.

En cambio, en los lugares en que era posible luchar y la plaga maurusia aún no había empezado a arder, los soldados reteos se despliegan y de lejos arremeten con lanzas, piedras y bolas de plomo como las que asaltan castillos fortificados sobre parajes elevados o las que asedian ciudadelas. Con la determinación digna de un héroe y merecedora de mejor fortuna, Mincio se había acercado a su rival blandiendo en la mano la espada. Pero su audacia no tuvo éxito, pues la resonante trompa del monstruo, que despedía un calor asfixiante, se lo llevó apretándolo fuertemente, lo retorció en tan terrible ligazón y, después de lanzar al desdichado por las alturas (espectáculo deplorable), vino a caer a tierra con los miembros destrozados.

Cuando Paulo divisó a Varrón batiéndose en medio del desastre, le increpó[76] de esta manera: «¿Es que no vamos a enfrentarnos cuerpo a cuerpo con el jefe tirio, ese que, como prometimos a la Ciudad, habría de desfilar delante de tu carro triunfal con el cuello cargado de cadenas? ¡Ah, patria! ¡Ah, populacho criminal, que otorgas caprichosamente tus favores![77] Nunca sabrás, ante los duros embates de la Fortuna, a quién deberías

[76] Al principio de este libro era Varrón quien recriminaba a Paulo. Se han cambiado las tornas, por lo tanto, y al final la prudencia y la virtud de Paulo vencen sobre la temeridad y la soberbia de Varrón.

[77] Resentimientos de Paulo hacia la plebe, causados por el mal trato que tuvo que sufrir por parte de ella en el pasado (cfr. VIII, 290 ss.).

haber pedido en tus votos que no hubiese venido al mundo, a Varrón o a Aníbal». Mientras esto dice Paulo, el libio arremete contra los que huyen y, ante la mirada del general, dispara todas sus lanzas contra las espaldas de los fugitivos. Alcanzan el casco del cónsul, golpean su escudo, pero el infatigable Paulo se precipita con mayor ardor en medio del enemigo.

Fue entonces cuando Varrón, carente de todo juicio (Paulo se había alejado y se batía en un lugar apartado), dio media vuelta, giró con su mano la montura y dijo: «Ése es el castigo que estás pagando, patria, por llamar a la guerra a Varrón dejando sano y salvo a Fabio. ¿A qué viene esta disputa contra la razón o contra el destino? ¿Es acaso un secreto ardid de las Parcas? Me apetece ya renunciar a todo entregando mi vida, pero no sé qué divinidad refrena mi espada y me reserva, a mí, para un destino más trascendental. ¿He de seguir vivo y devolver a mi pueblo estas fasces rotas y manchadas con la sangre de los míos? ¿He de exhibir mi rostro para que tantas ciudades enfurecidas lo contemplen? ¿Acaso debo huir y volver a verte, Roma? No podría exigir Aníbal un castigo más cruel». Su indignación iba en aumento, mientras los enemigos lo acosaban cada vez más cerca con sus dardos. Finalmente, su caballo se lo llevó a rienda suelta.

Libro X

Cuando Paulo vio que la derrota[1] iba tomando consistencia, como la fiera que, acorralada por las lanzas, arremete sin más contra el hierro y, herida, congrega en torno a sí al enemigo, condujo sus armas en medio de los batallones, exponiéndose al peligro y provocando que cualquier espada le causara la muerte. A voz en grito estimula a los suyos: «Resistid, os lo suplico, recibid con bravura el hierro en vuestro pecho y descended hasta los manes sin ninguna herida por la espalda, soldados: nada resta ya, salvo la gloria de morir. Seguiré siendo Paulo, vuestro general, **10** cuando lleguéis a la morada infernal». Avanzó luego más raudo que el hemonio[2] Bóreas, más que la emplumada flecha que el parto[3] devuelve al combate mientras huye; y donde Catón[4] retaba a combatir, despreciando su corta edad y pleno del espíritu de Gradivo, allí se lanzó Paulo contra el enemigo, rescatando de las armas mortíferas al joven al que acosaban el ágil vascón y el cántabro con abundantes picas. Retrocedieron y, tras

---

[1] Se refiere al ala izquierda, donde se hallaba la caballería, a las órdenes de Varrón.

[2] De Hemonia, antiguo nombre de Tesalia.

[3] Comparación recurrente en poesía épica. Cfr. Virgilio, *Eneida* XII, 856 ss.; Lucano, *Fars.* I, 230. Sobre esta costumbre de los partos, cfr. nota a VII, 647.

[4] Cfr. VII, 691 ss. De ser cierto que Catón participó en Cannas (216), debía de tener unos dieciocho años.

dar media vuelta, salieron corriendo despavoridos. Del mismo modo que el alegre cazador, cuando persigue en un remoto valle a una corza cansada a la que ya casi alcanza a la carrera y espera tocarla con su mano, si de pronto un fiero león sale de su guarida y se detiene ante sus ojos rechinando los colmillos, pierde a la vez el color, la sangre y las armas, menos importantes que su vida en peligro, y ya no inquieta su corazón la presa que tanto ansiaba. Y Paulo lo mismo apremia con la punta de su espada a quienes le desafían que acosa con sus proyectiles a los que, sobrecogidos de espanto, tiemblan y vuelven la espalda. Le gusta enfurecerse, recrearse en su esfuerzo y mostrarse cruel. Toda una caterva anónima cae a manos de un solo héroe; si los ejércitos dardanios hubieran dispuesto de otro Paulo, Cannas habría perdido su fama[5].

El flanco romano[6] al fin cedió y la primera línea se movía sin orden, entregándose a una retirada masiva. Labieno y Ocres caen muertos y también Ópiter, estos últimos llegados de las colinas de Setia[7] ricas en viñedos, Labieno desde las rocas de Cíngulo[8] la de elevados muros. El guerrero sidonio los unió en el terrible trance de morir, aunque perecieran de diferente forma: Labieno cayó por un dardo que atravesó su costado, los hermanos cayeron uno alcanzado en el hombro, el otro en las corvas. También tú encontraste la muerte, Mecenas, por un venablo tirio que se clavó por encima de tu ingle; Mecenas, que llevas un nombre venerable en tierras meonias[9], célebre en otro tiempo por el cetro etrusco.

En medio de la confusión, avanza Paulo en busca de Aníbal, menospreciando todo apego a la vida. Sólo un final le parece angustioso: morir dejando al caudillo cartaginés vivo. Temerosa de este encuentro y consciente de que, iniciado el combate, una

---

[5] Es decir, se habría modificado el curso del destino.

[6] Se trata del flanco derecho, en el que anteriormente se encontraba Paulo Emilio.

[7] Cfr. nota a VIII, 376.

[8] Ciudad situada al norte del Piceno (hoy *Cingoli*). Silio piensa sin duda en T. Labieno, oficial de César que reconstruyó precisamente esta ciudad después de la Guerra Civil, en el 49 a.C. (cfr. CÉSAR, *Bell. civ.* 1.15.2).

[9] Meonia es otro nombre de Lidia. Cfr. notas a IV, 721 y V, 10.

tempestad tan grande y una rabia tan formidable no habrían de desencadenarse en balde, Juno tomó la apariencia del acobardado Metelo[10] y dijo: «¿Por qué, cónsul, tú que eres la única esperanza del Lacio, promueves esta locura sin sentido, inútilmente y con el destino en contra? Si Paulo sobrevive, el reino de Eneas seguirá en pie, pero, si no, arrastrarás Ausonia contigo. ¿Estás dispuesto, Paulo, a enfrentarte a este guerrero arrogante y privarnos así de alguien como tú, de capital importancia en nuestra delicada situación? Ahora mismo Aníbal se atrevería a luchar contra el mismo Tonante, tal es su fortuna en la guerra. Varrón ya ha vuelto las riendas (yo vi cómo se replegaba) y ha huido, reservándose para mejor ocasión. Cede terreno al destino y, ahora que puedes, sustrae a la muerte esta vida más preciada que la nuestra: ya retomarás el combate más adelante».

Entre suspiros, el jefe respondió así: «¿Acaso no es motivo suficiente reclamar la muerte luchando, después que mis oídos han tenido que soportar a Metelo cuando trataba de convencerme de semejante monstruosidad? Márchate, insensato, márchate y date a la fuga. A los dioses ruego que ningún dardo enemigo te alcance por la espalda. Ojalá escapes sano y salvo, así lo imploro, y llegues a las murallas de Roma junto con Varrón. ¡Oh, tú, el más cobarde de los hombres! ¿Es que me has creído digno de una vida semejante e indigno de una muerte honrosa? Sin duda lo consiente el cartaginés, que podría ahora librar desigual batalla contra el mismísimo Júpiter. ¡Ay, indigno de la gran virtud de tus ancestros! ¿Cuándo preferiría yo entablar combate, o con quién me gustaría enfrentarme, si no es con aquel que, sea vencido o vencedor, ha de otorgarme fama por los siglos de los siglos?».

Con tales palabras le recriminó, y retornó luego al centro de la contienda. Retrocedía corriendo Aquerras[11] hasta el grueso de las filas y ya se ocultaba entre el tropel de compactos escuadrones, cuando Paulo, más veloz en la carrera, le dio alcance en medio de tantos soldados apiñados y armas chocando contra

[10] L. Cecilio Metelo, el mismo que en los vv. 415 ss. aconsejará a los romanos abandonar su patria.

[11] Cabecilla de los gétulos y hermano de Asbité (cfr. III, 299).

escudos, y lo decapitó. Es así como el perro belga[12] hostiga los
80 jabalíes escondidos: con su fino olfato sigue el rastro del animal husmeando en lugares apartados, busca sus huellas a través de bosques inaccesibles al cazador y no deja de seguir el olor que ha percibido hasta que descubre la madriguera oculta entre tupidos matorrales.

Por su parte, la esposa de Júpiter, como vio que era inútil convencer a Paulo con palabras y que la cólera del cónsul no remitía, trocó nuevamente su figura por la del mauro Gelestas y alejó del fragor de la batalla al caudillo cartaginés, que no la reconoció: «Socorre aquí –dijo la diosa– con tus armas y tu diestra a quienes lo imploran, oh, tú, gloria eterna de Cartago. El cónsul trama un
90 encarnizado combate junto a las estancadas orillas; no alcanzarás mayor gloria que acabando con este rival». Y, diciendo esto, se llevó al joven hacia otro lugar del campo de batalla.

En un montículo junto a la orilla del río causaba estragos entre el ejército libio un guerrero llamado Crista. Junto a él, sus seis hijos[13] unían sus armas a las de su anciano padre. Aunque de humildes Penates, su patria, Túder[14], no carecía de renombre. Guerrero conocido entre los pueblos umbros, con sus acciones y masacres enseñaba a luchar a la tropa armada de sus hijos. Cuando aquella falange de un solo corazón, guiada por tan vigo-
100 roso maestro, se cansó de exterminar guerreros, abatió con un sinfín de golpes a una fiera con su torre[15]. Le prendió fuego y, mientras observaba satisfecha cómo el monstruo se consumía en medio de las llamas, el brillo de un casco se reflejó de pronto y sobre su prominente cimera se movió un refulgente penacho. No tardó el anciano padre, que conoció a Aníbal por su destello, en

[12] En casi todos los autores épicos es bastante frecuente la comparación entre el guerrero que hostiga a su rival y el perro que acosa a su presa. Cfr. Homero, *Ilíada* XXII, 189 ss.; Virgilio, *Eneida* IX, 340 ss.; Lucano, *Fars.* IV, 444. Esta raza belga, especie de perdigueros de proverbial agilidad, tal vez se identifiquen con los que Gratio Falisco denomina *sicambros* (cfr. GRATIO, *Cyneg.* 202 y Ch. DAREMBERG y E. SAGLIO, *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, t. I.2, p. 885a, s. v. *canis*).

[13] Cfr. un episodio similar en Virgilio, *Eneida* X, 328 ss.

[14] Ciudad de Umbría (hoy *Todi*). Cfr. IV, 222.

[15] Cfr. nota a IX, 239 ss.

empujar a la tropa de sus hijos a un encarnizado combate; les ordenó que lanzaran proyectiles por doquier y no se dejaran avasallar por el fuego que salía de su fiero rostro o ardía en su casco. No de otro modo que el ave portadora de las armas del gran Júpiter cuando, ansiosa por que los polluelos sean dignos de su nido, los alimenta para llevar los rayos y observa su nidada expuesta al rostro de Faetón para, ante la antorcha de Febo, comprobar si sus aguiluchos son genuinos[16]. Y, para dar a sus hijos una demostración de la contienda a la que los emplazaba, vuela ligera la lanza de Crista a través del aire; su punta no traspasa por completo las múltiples capas de oro y, suspendida, delata al anciano con su débil impacto. El cartaginés le espetó: «¿Qué locura impulsó a tu diestra endeble por la edad a infligir tan estériles golpes? El tembloroso venablo apenas ha mordido la primera capa del metal galaico[17]. Toma, te devuelvo tu dardo. De mí aprenderán mejor a luchar esos jóvenes memorables». Y, de este modo, atravesó el pecho de aquel desdichado con su propio venablo.

Mas he aquí que en su contra (¡horror!) vuelan seis picas arrojadas por otras tantas diestras, y, con el mismo esfuerzo, se disparan las correspondientes lanzas. No de otra suerte que el cazador mauro que en tierra libia acosa a una leona parida bloqueando su cueva: sus cachorros, rabiosos, lo atacan inmediatamente ensayando vanos combates con sus dientes aún no lo bastante fuertes. El caudillo sidonio recibe en su escudo todos los proyectiles y, cubierto con sus armas, sostiene el crepitante impacto de las imponentes lanzas. Y no cree haber causado aún suficientes heridas y víctimas, ni su cólera descansará hasta dar muerte a todos los guerreros, unir sus cadáveres al de su padre y aniquilar tan desdichados penates junto con su raíz.

Habla luego con Ábaris, su escudero, que compartía con él su furor marcial y lo acompañaba en todas sus acciones: «Súrteme de flechas; esta tropa está ansiosa por descender hasta las negruzcas aguas del Averno. El que desafía mi coraza ya mismo

[16] Cfr. ARISTÓTELES, *Historia de los animales*, 620a1 ss.; PLINIO EL VIEJO, *NH* 10.3.

[17] El oro. Cfr. II, 397 ss.

obtendrá el fruto de su necia intención». Así habló, y, sin más,
140 atravesó con su lanza a Lucas, el mayor de todos ellos. Con la
punta clavada el joven cayó boca arriba, sobre las armas de sus
hermanos. Cuando Volsón se apresuraba a arrancar con sus manos
el mortal acero, Aníbal lo alcanzó con una jabalina que había
agarrado por azar de entre un montón de cadáveres; el arma atra-
vesó el escudo y vino a clavarse por su nariz. A continuación, de
un tajo decapitó a Vésulo, que resbalaba una y otra vez sobre la
sangre caliente de sus hermanos; luego arrojó contra los que
huían (¡ah, qué brutal muestra de valor!) el casco con la cabeza
dentro, a modo de proyectil[18]. Alcanzado por una piedra justo en
donde la espina dorsal entrelaza los músculos a los huesos,
150 sucumbe Telesino al tiempo que ve caer el cuerpo de su hermano
Quercente. Éste había quedado inconsciente por una bola de
honda que, lanzada desde lejos, había atravesado el vacío, mien-
tras Telesino exhalaba su último aliento por los aires y cerraba
sus vacilantes ojos.

Entre tanto, cansado al mismo tiempo por la pena, la carrera y
el miedo, pero sin renunciar a la cólera, Perusino guiaba su incierto
caminar a través de la llanura, deteniéndose de vez en cuando. Con
una estaca que su escudero había arrancado del dorso del monstruo
libio muerto[19], Aníbal le atravesó la ingle, lo decapitó luego y, lleno
de furor, lo clavó en una encina quemada. Había intentado con
160 súplicas aplacar su locura sanguinaria, pero el fuego estigio lo inva-
dió en cuanto abrió la boca, y, con sus jadeos, las llamas llegaron
hasta sus pulmones. Cayó en fin Crista con toda su tropa, un nom-
bre ilustre mucho tiempo entre el pueblo umbro. Como una elevada
carrasca golpeada por el rayo, o una encina conocida[20] desde
tiempo inmemorial que humea alcanzada por Júpiter, las llamas de
etéreo azufre devastan las ramas tanto tiempo veneradas hasta que,
vencida por el dios, se derrumba en toda su extensión y, al caer,
cubre con su inmenso tronco todos los retoños.

---

[18] Áyax lanza la cabeza de Imbrio (Homero, *Ilíada* XIII, 203 ss.). Cfr. también Estacio, *Teb.* VIII, 699.

[19] Abatido por Crista y sus hijos. Cfr. vv. 99 ss.

[20] Por razones de contenido, preferimos la lectura *cognita* a la conjetura *consita*, de Heinsius.

Y, mientras eso hacía el caudillo tirio junto a las aguas del Áufido, Paulo, que ya había saldado su inminente muerte con un gran número de bajas al enemigo, se batía entre miles de soldados como si fuera vencedor. Con la Gorgona cincelada en su escudo, yace el corpulento Forcis, llegado de las cuevas de la hercúlea Calpe, pues de allí procede la funesta diosa. Se planta Forcis delante de Paulo, ensoberbecido por su nombre ancestral que se remonta hasta los orígenes monstruosos de la petrificadora Medusa[21], y, mientras se inclina violentamente sobre la ingle izquierda de su rival, éste lo agarra por la cimera de su alto casco, lo arrastra y, echándose encima, le clava su espada en el extremo de la espalda, justo donde el cinturón se tuerce y la coraza descansa sobre las caderas: vomitando por sus entrañas abiertas un profuso río de sangre caliente, este poblador atlántico[22] vino a morir a las llanuras etolias[23].

En medio de esta matanza, causan un pánico inesperado unos soldados que irrumpen por detrás y entablan un combate por sorpresa atacando la retaguardia. Son guerreros a los que el caudillo tirio enseñó a intrigar y adiestró para esta misma táctica de lucha. Armados de mil artimañas, se habían rendido como si abandonaran el campamento cartaginés. Luego, mientras las primeras filas ponían todo su empeño en la masacre, se precipitaron asaltándolos por detrás. No faltaron lanzas ni espadas a aquellos guerreros: de entre los muertos arrancaban el hierro; de entre los cadáveres, los proyectiles. En cuanto Galba, al que la adversidad no había podido apagar su sed de coraje, vio a lo lejos que el enemigo robaba el estandarte y se lo llevaba, concentró todas sus energías, dio alcance al vencedor y se anticipó a él asestándole un golpe mortal. Y, cuando arrancaba al cadáver la presa que su mano moribunda apretaba y no soltaba, pereció atravesado por la espada de Amorgo, que apareció de pronto. Murió sin cumplir las grandiosas gestas que de él se esperaban.

[21] Silio toma el nombre de Forcis del personaje mitológico homónimo, hijo de Ponto y Gea y padre, entre otros monstruos marinos, de las Greas y también de las Gorgonas. Cfr. Ovidio, *Met.* IV, 743 ss.

[22] Como ha dicho Silio más arriba, Forcis procedía de Calpe (Gibraltar).

[23] Es decir, apulias. Cfr. I, 125.

Entre tanto, como si la cruel Enio[24] no hubiera saciado aún su cólera sanguinaria, el Vulturno levantó en toda la llanura una polvareda que revolvió las abrasadoras arenas. Y, al instante, la tormenta, con sus aterradores silbidos, se llevó lejos, hasta los límites del campo, a quienes resistían, y los sumergió en el río crecido, aplastándolos contra las cavernosas riberas. Allí fue tu fin, desdichado Curión, allí el Áufido te tenía reservado el término de tus días con una muerte callada. En efecto, mientras con ánimo furioso estorbaba la huida de los atribulados soldados y trataba de detenerlos oponiendo su cuerpo, el enorme tropel de desertores lo empujó de cabeza hasta ser engullido por las aguas revueltas; rodando hasta el fondo yació sobre las arenas del Adriático, sin obtener una muerte gloriosa.

Espléndido en soportar las calamidades e incapaz de bajar la cabeza ante la Fortuna, el cónsul[25] hacía frente arremetiendo contra las armas del victorioso rival. Y sólo lo animaban ya el deseo de perecer como corresponde a un guerrero y la certeza de su muerte, cuando Viriato[26], magnánimo rey de la tierra ibérica, que hostigaba con sus armas a un adversario cansado de luchar, lo decapitó en presencia del furibundo Paulo. ¡Ay, dolor! ¡Ay, lágrimas! Servilio[27], el mejor en la guerra, el mejor después de Paulo, se desplomó por el golpe del bárbaro y con su sola muerte acrecentó aún más el inmenso odio a Cannas. El cónsul no pudo refrenar su amarga cólera y, aunque la violencia del impetuoso viento lo había desarmado y cubierto de polvo su vista, avanzó mirando de través por entre la sucia nube de arena que le venía, abordó a Viriato, que entonaba ya, conforme al ritual ibérico, su canto bárbaro en lo alto de una cetra, e hirió sus centros vitales, en la parte izquierda del pecho. Ésta fue su última intervención en la matanza, nada más pudo aportar su diestra a la batalla, ya no se te permitió, Roma, contar con Paulo para tan grandiosa contienda. Una piedra descomunal que una

[24] Otro nombre de Belona, diosa de la Guerra.

[25] Paulo.

[26] Cfr. III, 354 ss.

[27] Cn. Servilio Gémino, quien estaba al frente de las tropas romanas situadas en el centro de la batalla. Cfr. IX, 271 ss.

mano ciega[28] había arrojado le alcanzó de lleno en la cara, aplastando contra los huesos los pedazos de bronce de su casco y bañando en sangre su rostro. Retrocedió un poco, acomodó sus desfallecidos miembros a una roca cercana y, jadeando por la herida que le manaba, se sentó sobre el escudo con un aspecto aterrador y el semblante ensangrentado. Monstruoso como el león que, tras sacudirse las lanzas más superficiales, recibe al fin el hierro en su pecho y se queda parado resistiendo el proyectil y temblando en medio de la arena; un río de sangre le fluye por melena, fauces y hocico; exhala lánguidos rugidos y de su boca abierta arroja espumarajos sanguinolentos.

Es entonces cuando entran en combate los libios, con su propio caudillo a galope tendido, por donde el viento lo lleva, por donde le abren paso su espada, su corcel y la bestia salvaje de agresivos colmillos. Cuando Pisón, abrumado por los proyectiles, vio que el jefe libio corría entre los cadáveres, se apoyó en su lanza y clavó la enhiesta punta en el costado del animal; en vano trató de abalanzarse sobre el jinete derribado, ya que el cartaginés se incorporó rápidamente, pese a que su montura lo había tirado doblando sus cuartos delanteros[29]: «¿Acaso las sombras ausonias reanudan la batalla con resucitadas diestras después de morir, y ni siquiera con la misma muerte hallan descanso?», dijo Aníbal, e, irguiéndose con toda su estatura, hundió entera su espada mientras Pisón intentaba levantar su debilitado cuerpo.

He aquí que, herido en el pie por una flecha cidonea[30], Léntulo[31] abandonaba a toda brida el campo cuando divisó, sobre una roca, a Paulo[32] tiñendo de sangre las piedras y, torva la mirada, marchándose poco a poco al Tártaro. Renunció a su pro-

[28] Es muy común en los relatos épicos que los personajes principales sean abatidos por una mano anónima.

[29] Cfr. el parecido de este episodio con el de *Eneida* X, 894, en el que Mecencio muere al caer de su caballo.

[30] Cfr. nota a II, 109.

[31] Sobre este personaje, cfr. V, 229 ss. El episodio que a continuación se narra es muy semejante al de Livio, *AVC* 22.49.6 ss.

[32] Cfr. Livio, *AVC* 22, 49, 6.

pósito y sintió vergüenza de huir: en ese momento le pareció contemplar Roma envuelta en llamas, a Aníbal manchado de sangre junto a sus puertas, y entonces por primera vez tuvo ante sus ojos los campos que consumían por completo el Lacio: «Y ¿qué resta ya, Paulo, para que los tirios no lleguen mañana a nuestra Ciudad si, en medio de esta terrible tempestad, abandonas el timón? A los dioses del cielo pongo por testigos –siguió diciendo– de que, si no controlas tú el desastre de esta guerra sangrienta, si, en medio de esta vorágine, no sigues vivo a tu pesar, más daño, Paulo (y el dolor me obliga a pronunciar estas duras palabras), más daño causas que Varrón. Toma, te lo ruego, toma este caballo, tú que eres la única esperanza en nuestro angustioso trance. Yo mismo llevaré sobre mis hombros tu cuerpo postrado y te colocaré sobre la silla.»

A estas palabras el cónsul, quitándose la sangre de su rostro mutilado, respondió: «¡Bravo por tu valor ancestral! ¡No ha de ser escasa nuestra esperanza mientras queden en el reino de Rómulo corazones como éste! Pica espuelas a tu caballo mientras tus heridas te lo permiten y que se cierren cuanto antes las puertas de la Ciudad: este azote se va a precipitar sobre nuestras murallas. Di, te lo ruego, que las riendas del Estado sean entregadas a Fabio. Fue la locura la que se enfrentó a nuestras advertencias. Y ahora que mi vida se apaga, ¿qué me resta por hacer, si no demostrar al ciego populacho que Paulo sabe morir? ¿Y me van a llevar a la Ciudad así, con estas heridas que me consumen? ¿Qué precio no pagaría Aníbal por verme volver la espalda? No, no es éste el ánimo de Paulo, no llegaremos hasta los manes con esta imagen tan deshonrosa. Fui yo quien..., pero ¿por qué te entretengo, Léntulo, con los inútiles lamentos de un hombre atormentado? Márchate, pica espuelas a tu extenuado corcel y sácalo cuanto antes de aquí». Al instante, Léntulo partió a Roma llevando consigo tan importante mensaje, mientras Paulo no dejó pasar impunemente lo que le restaba de vida. Igual que la tigresa que se rinde al fin a una herida mortal, lucha postrada contra la muerte y abre sus lánguidas fauces en inútiles dentelladas: sus sacudidas no bastan para aplacar su ira y, con la punta de la lengua, lame los venablos. Se incorporó Paulo e hirió con su espada a Iertes, que no lo esperaba y se acercaba exultante,

blandiendo su dardo y seguro de su víctima. Miró luego a su alrededor buscando al general sidonio, con el deseo de entregar luchando su vida a aquella diestra. Pero acribillaron al héroe nómadas, garamantes, celtas, mauros y astures, arrojando sus proyectiles desde todas las posiciones. Éste fue el final de Paulo: yace con su pecho altivo y su enérgica diestra aquel que, de habérserle permitido dirigir a él solo la guerra, tal vez habría podido igualarse a Fabio. Esta muerte honrosa añadió gloria a la Ciudad y colocó el nombre de este héroe entre las estrellas.

Después que la esperanza y el coraje de los ítalos perecieron junto con su cónsul, lo mismo que un tronco separado de su cabeza, el ejército sucumbió ante las terribles armas del enemigo: por todo el campo rugió África victoriosa. Aquí caen las filas picentinas, allá el marcial umbro, más allá los jóvenes sicanos, acá un batallón hérnico. Por doquier yacen las enseñas, las que llevaban los belicosos samnitas, las de los pueblos sarrastes y las cohortes marsas: escudos agujereados, cascos y espadas inservibles, corazas rotas al chocar contra los broqueles, frenos cubiertos de espuma arrancados del fiero bocado de los caballos. El Áufido ensangrentado escupe sus crecidas aguas sobre los campos y con furia devuelve los cadáveres a las orillas. No de otra suerte que una nave lágida[33], semejante a una isla en medio del ancho mar, cuando el Euro cargado de nubes la estrella contra los escollos, cubre las aguas con los restos diseminados del naufragio; flotan sobre las olas bancos de remeros, mástiles, aplustres[34] con sus velas desgarradas y desdichados marineros vomitando agua.

El cartaginés, por su parte, después de pasar todo el día entre combates e infligiendo crueles muertes, una vez que las tinieblas arrebataron a su furor aquella jornada tan memorable, abandonó por fin la lucha y disuadió a los suyos de proseguir la matanza. Pero las preocupaciones mantenían su espíritu en vela y no podía soportar la quietud de la noche. Entre tantos obsequios de los

[33] Lago fue el fundador de la dinastía de los Ptolomeos que reinaron en Egipto. De ahí, *lágida* equivale a *egipcio*. Cfr. nota a I, 196.

[34] Adorno que las naves llevaban en la popa.

dioses, sólo una cosa lo irrita: no haber franqueado aún las puertas de Quirino. Elige para ello el día siguiente; decide llevar desde allí mismo las espadas desenvainadas, con la sangre aún caliente y las tropas manchadas de muerte; ya tomaba con sus manos los cerrojos, ya veía entre llamas las murallas, asociaba el incendio tarpeyo al de Cannas.

Alarmada ante los planes de Aníbal y sabedora de la cólera de su esposo Júpiter y del destino del Lacio, la Saturnia se dis-
340 pone a contener el ardor insensato del joven guerrero y sus ansiosas esperanzas en un objetivo estéril. Emplaza entonces al Sueño que reina en las tranquilas tinieblas, a cuya ayuda recurre a menudo para cerrar los ojos de su hermano[35], vencido contra su voluntad, y le dice sonriente: «No te llamo, oh, dios, para una empresa muy grande, ni te pido, Sueño, que con tus suaves alas me entregues rendido a Júpiter. No tienes que cerrar mil ojos[36], ni sumir en una profunda noche al guardián de la novilla hija de Ínaco, esquivo a tu divinidad. Al caudillo cartaginés, te lo ruego, has de enviar un sueño sin precedentes, para que cese en su
350 empeño de contemplar Roma y sus muros vedados que el rey del Olimpo jamás le permitirá atravesar».

Obedece presto a sus consignas y, volando por entre las tinieblas, lleva un filtro de adormidera en su cuerno[37] retorcido. Deslizándose sigilosamente, se encamina en primer lugar a la tienda del joven Barceo[38], agita sobre la cabeza recostada sus soporíferas plumas y esparce placidez en sus ojos, rozando las sienes con su vara empapada en el Leteo[39]. Terribles pesadillas

---

[35] Júpiter, a la vez esposo y hermano de Juno. Las múltiples correrías amorosas del padre de los dioses son el motivo por el que Juno, celosa, recurre al Sueño.

[36] Alusión a Argo, guardián de Ío, hija de Ínaco. Júpiter la había metamorfoseado en novilla para protegerla de los celos de su esposa Juno. Ésta se la exigió como obsequio y, a continuación, la confió a la custodia de Argo. Cfr. Ovidio, *Met.* I, 625 ss.

[37] Es muy común la representación del Sueño con un cuerno del que mana el agua del olvido.

[38] Sobrenombre de Aníbal por ser descendiente de Barca. Cfr. I, 72.

[39] Cfr. Virgilio, *Eneida* V, 854 ss. El Leteo es el río del Olvido, cuyas aguas hacían olvidar el pasado a quienes las bebían.

fatigaban su mente iracunda: ya creía ver el Tíber asediado por gran número de soldados, mientras él aparecía exultante junto a las murallas de Roma. El mismísimo Júpiter resplandecía en la cumbre de las piedras tarpeyas y, con el brazo en alto, blandía ardientes rayos; las extensas llanuras humeaban de azufre, temblaban las heladas aguas del azulado Anio, y ante sus ojos se reflejaba un denso fuego cada vez más y más espantoso. Se dejó oír entonces una voz en el aire: «Bastante grande, joven, es la gloria que has obtenido en Cannas. Detén tu avance, cartaginés, pues no te estará permitido atravesar estas murallas sagradas, como tampoco podrás rasgar nuestro cielo». Una vez cumplió las órdenes de Juno, el Sopor lo dejó aturdido con tales visiones y asustado ante combates de mayores dimensiones: ni siquiera la luz del día disipó aquella terrible imagen de su mente.

En medio de esta agitación provocada por el sueño, de esta turbación sin sentido, Magón le anuncia que, durante la noche, el campamento romano se ha rendido junto con el resto de las tropas, y que, tras él, venía un destacamento que traía todo el botín. Como había prometido a Aníbal que, cuando la quinta noche hubiera sucedido en su curso al día, celebraría un festivo banquete en la cumbre Tarpeya[40], el general, encubriendo las advertencias de los dioses y disimulando su miedo, alegó como excusa sus heridas, las fuerzas exhaustas después de tan encarnizada lucha y un exceso de confianza por la buena marcha de las cosas. Entonces Magón, desencantado como si le ordenasen volver la espalda ante los mismos muros y retirar las enseñas, replicó: «Después de tan tremendo esfuerzo, no es a Roma a la que hemos derrotado, como ella misma cree, sino a Varrón. ¿Por qué fatalidad desbaratas tan propicio favor de Marte y detienes el avance de tu patria? ¡Que conmigo se lance la caballería! Lo juro por esta cabeza, recibirás los muros de Ilión y las puertas que se te abren sin la intervención de Marte».

Mientras Magón reprochaba así la desconfianza de su precavido hermano, los soldados latinos se estaban ya reagrupando en

[40] Livio, *AVC* 22, 51, 2 y Valerio Máximo, 9.5.3, entre otros, atribuyen estas palabras a Maharbal.

las murallas de Canusio[41] y habían comenzado a aglutinar a los fugitivos en aquel baluarte cercano. ¡Ah, qué imagen más deshonrosa la de aquel funesto trance! Soldados sin águilas, sin enseñas, sin el mando supremo de un cónsul, sin las hachas a hombros de los lictores. Mutilados y atormentados por el miedo, como aplastados por un enorme derrumbamiento, los cuerpos se esforzaban por tenerse en pie sobre sus debilitados miembros. Se entreoye a veces un repentino clamor, a veces sólo hay silencio, los ojos clavados en el suelo; la mayoría lleva desnudo su brazo izquierdo y el escudo destrozado; a los más belicosos les faltan las espadas; los caballeros están todos heridos. De sus cascos han retirado el soberbio adorno del penacho y han renegado de los honores de Marte. En cuanto a las corazas, las llevan acribilladas por gran número de lanzas, a veces una flecha maurusia cuelga clavada en la loriga. Entre gritos de desconsuelo añoran a veces a sus compañeros. Aquí lloran a Galba, aquí a Pisón y a Curión que no mereció esta muerte estéril, allá a Escévola, tan fogoso en combate. Por doquier se lamentan de ellos y del terrible destino de Paulo como si de su padre se tratara. ¡Cómo eran verdaderos los males que jamás dejó de predecir, cómo no cesaba de impedir los designios de Varrón! ¡Cuántas veces quiso él en vano librar a Roma de este día! ¡Qué valiente se mostraba con su diestra! Pero los que estaban inquietos por el futuro se apresuran a abrir fosos delante de los muros y reforzar, en la medida de lo posible, los accesos a las puertas. Donde el campo quedaba expuesto a un ataque desembarazado del rival, colocaron ramas quemadas que imitaban los cuernos de los ciervos y ocultaron pinchos, un arma invisible contra el paso de los enemigos.

En ese momento, a los desastres e irremisibles heridas hubo que sumar un miedo sacrílego, una Erinia[42] aún más terrible que trastornaba a quienes habían sobrevivido a la guerra, a los que habían escapado con vida de los cartagineses. Al otro lado del mar confiaban en escapar a las espadas tirias, las armas púnicas y Aníbal. El general que llevaba al exilio a estos evadidos del com-

[41] Ciudad de Apulia, próxima a Cannas (hoy *Canossa*).

[42] Diosas de la venganza, en particular de los crímenes cometidos en el seno de la familia. Se identifican con las Furias latinas.

bate era Metelo, hombre que, por su linaje, sabemos que no era despreciable[43]. Él fue quien condujo estos corazones indolentes para la lucha, estas manos indignas, hacia unos propósitos ultrajantes; buscaba tierras situadas en otro continente donde pudieran ocultarse, adonde no llegase noticia alguna de los cartagineses, ningún rumor de la patria que habían abandonado. Cuando Escipión tuvo conocimiento de sus intenciones, inflamado de cólera como cuando hizo frente al caudillo sidonio librando en el llano feroces combates, agarró rápidamente su espada y donde aquellos hombres estaban tramando su ignominioso plan, aquel objetivo funesto para el Lacio, entró él con la cabeza erguida, echando abajo las puertas. Agitando luego su espada desenfundada ante sus rostros asustadizos, dijo a voces: «Oh, Padre, que has hecho del templo tarpeyo tu segunda morada después del cielo; y tú, Saturnia, a quien los males de Ilión todavía no han hecho rectificar; y tú, implacable Virgen[44], que proteges tu pecho con la égida que contiene los furores de las Gorgonas; y vosotros, dioses Indígetes[45], por vuestra divina protección y por la cabeza de mi magnánimo padre, no menos importante para mí que cualquier otra deidad: juro sinceramente que nunca abandonaré el reino de Lavinio[46] ni permitiré, mientras viva, que nadie lo abandone. Ea, Metelo, jura ante los dioses que, aunque antorchas libias abrasen nuestras murallas, no osarás dirigirte a otra tierra. Si no prestas este juramento, ese a quien temes, el que quebranta de inquietudes tu sueño, Aníbal armado es quien tienes delante. Tú morirás, y la muerte de ningún otro cartaginés me proporcionará mayor gloria». Estas amenazas echaron por tierra el plan y, acatando la orden recibida, unieron sus vidas a la de su patria, juraron a los dioses el compromiso dictado y limpiaron su pecho de culpa.

Mientras esto sucedía a los trastornados rútulos, Aníbal recorría la llanura revisando las siniestras acciones de aquellas dies-

[43] L. Cecilio Metelo. Cfr. vv. 45 ss.

[44] Palas.

[45] Escipión ruega por Júpiter, Juno, Minerva y los Indígetes (dioses primitivos de Italia).

[46] Cfr. nota a I, 44.

tras terribles; con sus mismos ojos examinaba las heridas. Rodeado de una gran muchedumbre, ofrecía un espectáculo placentero a los crueles cartagineses. En medio de esta mortandad, con el pecho acribillado de dardos, Clelio exhalaba por los aires su vida mortecina como una última ofrenda, apagándose ya, y con fatigoso esfuerzo apenas podía levantar su lánguida cabeza sobre el cuello vacilante. Su corcel lo reconoció y, con las orejas enhiestas, emitió un agudo relincho y tiró a tierra a Bageso, al que, a la sazón, llevaba a luchar sobre su grupa cautiva. Se echó luego a correr a galope tendido y, sobre un suelo resbaladizo por la sangre espesa y por los cadáveres magullados por la matanza, salió disparado hasta detenerse ante el rostro de su amo tendido. A continuación inclinó el cuello, bajó los ijares y, como de costumbre, dobló las patas para dejarse montar sobre su lomo, temblando con una cierta ternura hacia él. Ningún otro soldado había saltado con mayor galanura sobre aquel brioso corcel, ya se dejase llevar tendido boca arriba sobre su veloz dorso o se pusiera de pie sobre el lomo desnudo, mientras el caballo volaba corriendo a través del campo de batalla.

Fue entonces cuando el libio, asombrado no poco por este animal cuyo corazón albergaba sentimientos casi humanos, preguntó con insistencia quién era aquel guerrero que se debatía contra la muerte odiosa, cuál era su nombre, cuáles sus méritos, al tiempo que atajaba su agonía. Entonces Cinna, que, ofuscado por la adversidad, había puesto sus armas a disposición de los tirios y marchaba a la sazón junto al vencedor, le contestó: «Su origen, jefe valerosísimo, es digno de tus oídos: hubo un tiempo en que esta Roma que ahora reniega de las riendas libias fue gobernada por reyes, sí, cierto, gobernada por reyes. Sin embargo, indignada con el trono del Soberbio[47], rechazó su cetro e inmediatamente se suscitó una guerra tremenda procedente del palacio de Clusio[48]: puede que hayas oído hablar de Porsena, de

[47] Sobre este episodio, cfr. nota a VIII, 361.

[48] Ciudad etrusca (hoy *Chiusi*) en la que reinaba Porsena. Éste acogió a los Tarquinos después de que fueran expulsados de Roma y asedió Roma con la intención de restablecer la monarquía. Cfr. nota a VIII, 385. *Lidio* y *meonio* equivalen a *etrusco* (cfr. IV, 719).

Cocles[49], de los campamentos lidios. Porsena, ayudado por fuerzas meonias y por el pueblo etrusco, pretendía restablecer mediante la guerra a los reyes expulsados. Luego de muchas tentativas sin éxito, el tirano asaltó el Janículo[50] y lo asedió, hasta que, firmada al fin la paz, contuvieron sus odios: un pacto vino a poner fin a la guerra y, como garantía del compromiso contraído, se entregaron rehenes. Pero la raza ítala es incapaz de aplacar su corazón, oh, dioses, y siempre está dispuesta a arrostrar cualquier sufrimiento terrible con tal de procurarse la gloria. Clelia, que aún no había cumplido los doce años de edad, fue una de las niñas laurentinas ofrecidas como garantía de paz al rey, entre la multitud de vírgenes. De las acciones que los hombres realizan, no digo nada: ella, despreciando al rey, el tratado, sus años y el río, atravesó a nado el sorprendido Tíber, impávida, surcando las aguas con sus brazos de niña. Si la naturaleza hubiese trocado su sexo, tal vez no hubieses podido, Porsena, regresar a las riberas tirrenas. Para no entretenerte más, este joven ha recibido su linaje y su ilustre nombre a partir de esta célebre virgen».

Mientras le hacía estas revelaciones, un repentino clamor se dejó oír muy cerca, por la parte izquierda. Mezclado con los restos de las armas de los guerreros y cadáveres mutilados, habían extraído el cuerpo de Paulo de entre los muertos que yacían hacinados. ¡Ah, qué aspecto presentaba! ¡Qué diferente del que poco antes había sembrado con sus armas el pánico entre las filas cartaginesas, o del que devastó el reino de los taulantes[51] o esclavizó al tirano ilirio! Sus encanecidos cabellos estaban manchados de una negra polvareda; su barba, de sangre seca; los dientes, destrozados por el impacto de una piedra de un muro: todo su cuerpo era, en fin, una herida.

[49] Horacio Cocles («el Tuerto») defendió él solo el puente Sublicio, mientras sus compatriotas lo cortaban, impidiendo así el acceso a Roma por parte de los etruscos. Cfr. Livio, *AVC* 2.10.1 ss. y también Virgilio, *Eneida* VIII, 645 ss.

[50] Una de las siete colinas de Roma.

[51] Pueblo de Iliria, en los Balcanes. Fue en esta región donde Paulo Emilio venció al tirano Demetrio de Faros, en el 219 a.C. Cfr. VIII, 289 ss.

Cuando el caudillo sidonio lo vio, fue doble su alegría: «Huye –le advirtió–, huye Varrón, salva tu vida ahora que Paulo ha caído. Ve junto a los senadores, junto a Fabio que espera sentado[52] y junto al pueblo, cónsul, y cuéntales el desastre total de Cannas. Yo te concederé otra vez la ocasión de huir, si tantas ganas de vivir tienes, yo te la concederé, Varrón. Pero a este guerrero de esforzado corazón, digno de un rival como yo y enardecido de un coraje impresionante, que se le honre con unos postreros funerales y con la ofrenda de una tumba. ¡Cuán grande yaces, Paulo! ¡Tu sola muerte me proporciona mayor alegría que la de tantos y tantos miles! Cuando los hados me llamen, ruego que se me conceda una muerte igual, siempre que Cartago quede a salvo». Así dijo, y ordenó que encomendasen a la tierra los cuerpos de sus compañeros cuando la cercana Aurora descubriese su alcoba y tiñese todo de rojo; mandó también que se erigiese una pila con las armas para quemarlas, Gradivo, en tu honor. Corren al instante a cumplir lo encargado, pese a su cansancio. Esparciéndose en grupos, derriban árboles de los bosques próximos. Resuena a golpes de hacha la elevada espesura de frondosas copas. Aquí el aliso y los blancos álamos de alta cabellera caen talados por vigorosos brazos; aquí el acebo, plantado en tiempos de los antepasados. Abaten para la hoguera encinas, pinos que aman las riberas y tristes cipreses, luctuosa ofrenda mortuoria. Cubren luego a porfía la pira funeraria, lastimero deber y homenaje inútil a los muertos, hasta que Febo sumergió sus sofocados corceles en las marismas de Tartesos[53] y la Titania[54], en su ciclo, abandonó el cielo y arrastró la oscura noche en una nube negra. Después, cuando con las primeras llamas relucieron los frenos de Faetón y la tierra recobró su colorido, prendieron por debajo la llama y sobre suelo extranjero quemaron los cuerpos rezumantes de pus.

Un temor horrible ante el incierto porvenir invadió de pronto sus mentes, y un callado pavor recorrió lo más hondo de sus

[52] Se trata de una fina ironía con respecto a la táctica militar de Fabio.
[53] Cfr. I, 209 y VI, 1.
[54] La Luna, hija del gigante Hiperión (cfr. IX, 169).

corazones: si más tarde el azar de un Marte aciago se los llevaba así, también ellos habrían de descansar en tierra hostil. Y a ti estaba consagrado, señor de la guerra, este monte construido con un inmenso cúmulo de armas que se alzaban hasta las estrellas. El mismo Aníbal, levantando en su mano un alto pino que desprendía llamas, intentaba inclinar a Gradivo hacia sus votos: «Aníbal, dominador del nombre ausonio, es quien quema estos primeros frutos de la batalla, estas ofrendas de un combate exitoso, y a ti, padre Marte, que no eres sordo a mis peticiones, la tropa de soldados supervivientes te dedica estas selectas armas». Acto seguido, arrojó la antorcha y el fuego abrasador consumió la masa en llamas; rompiendo la humareda, una lengua de fuego se elevó por los aires llenando los campos de luminosa claridad. De allí marchó a todo correr junto al túmulo levantado como ofrenda mortuoria a Paulo, presumiendo de las exequias celebradas por la muerte de su rival. Erigieron una enorme pira, cubrieron de hojas verdes el mullido lecho y se añadieron encima los obsequios a modo de honra fúnebre: su espada, odiosa para quienes la probaron, su escudo, las fasces, terror e insignia gloriosa poco antes, ahora destrozados, y las hachas arrebatadas en combate. No se hallaban allí ni su esposa ni sus hijos, ni la multitud de parientes cercanos unidos por la sangre, ni honraban las exequias, como de costumbre, retratos de antepasados precediendo el elevado féretro. Aunque privado de todos sus despojos, ya era gloria suficiente que Aníbal pronunciase el elogio fúnebre. Entre suspiros echó sobre él la túnica resplandeciente de rica púrpura y la clámide bordada de oro, y, como postrero homenaje, le habló así: «Ve, orgullo de Ausonia, ve adonde es lícito que vayan las almas distinguidas por su valor y sus acciones: tu insigne muerte ya te ha deparado la gloria. La Fortuna aún hace girar la rueda de nuestras penalidades y no permite que conozca los sucesos futuros». Así dijo el libio y, de repente, en medio del crepitar de las llamas, el alma de Paulo huyó exultante por el aire etéreo.

Deslizando su murmullo, la Fama llegaba ya hasta las estrellas. Ya había alcanzado mar y tierra y los aledaños de la Ciudad. Sus habitantes desconfiaban de los muros: atemorizados, sólo esperan encontrar la salvación en la ciudadela, pues no les que-

dan jóvenes para luchar y Ausonia sobrevive ya como un nombre vacío, sin cuerpo. Y que el enemigo aún no haya prorrumpido por las puertas resulta una demora sólo imputable a su altanería. Ya creen ver sus casas en llamas, los templos saqueados, la sacrílega matanza de sus hijos ante sus propios ojos, las siete colinas humeando. Un solo día habría de lamentar doscientas sillas curules arrancadas en medio del desastre, y las murallas de la exhausta Roma tambaleándose, privadas de sesenta mil jóvenes. Y todo ello, después de Trebia y después de las profundas aguas toscanas; y, por si fuera poco, no era menor el número de aliados que habían perecido.

Sin embargo, es cierto que el venerable grupo de senadores que quedaba acomete sus obligaciones adquiridas por sorteo. Rápidamente Fabio lo examina todo, y, atónito, grita sin cesar: «Ninguna razón hay ya, creedme, para perder el tiempo: démonos prisa para que el plan del enemigo de acercarse a nuestros pertrechados muros resulte inútil. Entre los cobardes, la aciaga Fortuna crece con su inactividad, la adversidad aumenta con el miedo. Id pronto, jóvenes, y tomad las armas de los templos. Desnudad a toda prisa los atrios y descolgad para la lucha los escudos que arrebatasteis al enemigo. Somos suficientes para defender la patria, si el pavor no arredra a ninguno de los que marchamos a combatir. En campo abierto es donde hay que temer ese horrible azote. El mauro, con su cuerpo desnudo y exultante, no romperá jamás nuestros muros».

En tanto que Fabio aguzaba sus mentes presas del temor, por las murallas se propaga el vago rumor de que Varrón se acerca: una misteriosa conmoción inunda los corazones. No de otro modo que si, por azar, el capitán de un barco naufragado, después de sobrevivir al mar, llega nadando solo a la orilla desierta, los indecisos se estremecen y no saben si tender la mano al desamparado o negársela: detestan la propia salvación del jefe, único superviviente de la nave perdida. ¡Qué bajeza le puede quedar ya a este hombre que se atreve a asomar por las puertas y llega como un funesto presagio para los atemorizados ciudadanos!

Fabio calmaba estas protestas, inculcaba cuán despreciable es enojarse contra la derrota y contenía las iras del populacho:

les dice que dejarse llevar por la adversidad no es, ciertamente, propio de hombres que atribuyen a Marte su origen, como tampoco lo es ser incapaces de ocultar su dolor o reclamar un castigo para consolar su desazón. Pero que, si le permiten hacer un **620** reproche, considera él que más funesto amanecer tuvo el día en que contempló a Varrón partiendo del campamento que el que lo ve volver desarmado[55]. Estas palabras mitigaron las amenazas, se tornaron de repente los ánimos: ora se apiadan de su destino, ora consideran que han hurtado al cartaginés el placer de matar a dos cónsules. En consecuencia, las masas salen en larga procesión a felicitarlo y le confiesan que creen que actuó con noble corazón, puesto que, confiado en sus ancestros y en su glorioso cetro, no perdió la esperanza en la ciudad de los Laomedontíadas[56].

No menos desdichado por su culpa y trastornado por la tre- **630** menda ignominia, entre lágrimas el cónsul dirigía sus pasos vacilantes hacia las murallas: le daba vergüenza alzar su rostro abatido, contemplar su patria y revivir su dolor. Porque si, a su vuelta, el Senado y el pueblo salían a recibirlo, no creía que fuese para congratularse, sino que cada uno vendría a preguntar por sus hijos y hermanos, y, al mismo tiempo, las desdichadas madres irían a desgarrar el rostro del cónsul. Así pues, guiado hasta la Ciudad en compañía de muchos lictores, rechazó un honor que los dioses ya habían condenado.

Pero los senadores y Fabio apartan de sí toda tristeza y rápi- **640** damente se ponen manos a la obra: a toda prisa se realizan levas entre los esclavos y se les equipa: la vergüenza, pospuesta en aras de la salvación, no excluye a nadie de la milicia. Están decididos a restablecer como sea el reino de Eneas en contra de las leyes de las Parcas y armar incluso manos esclavas con tal de defender su ciudadela, su cetro y la gloria de la libertad. Los más jóvenes despojan su cuerpo de la toga pretexta[57] y ciñen armas a

---

[55] Esto es, la derrota no es tanto culpa de Varrón por su imprudencia, como de los que lo pusieron al frente de la situación.

[56] Descendientes del rey troyano Laomedonte y, por lo tanto, romanos. Cfr. nota a I, 543.

[57] Toga blanca con una franja de púrpura, que llevaban los jóvenes nobles romanos hasta los dieciséis años.

las que no están habituados: sus rostros de niños quedan ocultos bajo el casco, se les ordena alcanzar la pubertad aniquilando
650 enemigos. Asimismo, una tropa de prisioneros pidió que se les redimiera a cambio de una pequeña cantidad de oro (y no eran pocos los miles de solicitantes), pero se negaron a rescatarlos, ante el asombro del cartaginés. Pues peor que todos los crímenes, peor que cualquier otro daño, era que se hubiesen dejado coger armados. Luego, a los condenados por haber huido, se les castigó con un largo servicio en tierras sículas, hasta que el enemigo abandonara el Lacio. Así era Roma entonces: si el destino había determinado que nuestras costumbres cambiaran después de tu caída, Cartago, ojalá siguieras aún en pie[58].

[58] Alusión al famoso dilema entre la atención continua ante el enemigo cercano o, por el contrario, la molicie derivada de la falta de enemigos.

Libro XI

Ea pues, hablaré ahora de los pueblos que la insigne derrota en la llanura de Yapigia[1] puso del lado de Libia y los ejércitos sarranos. Y es que, cuando la Fortuna se tambalea, la lealtad no permanece mucho tiempo inalterable entre los mortales. Abiertamente rivalizaban por unir sus diestras a aquel cartaginés que quebrantaba los tratados, demasiado proclives, ay, a recelar cuando las cosas iban mal. Más terribles que ningún otro en alimentar su cólera oculta, implacables en renovar su odio cuando la ocasión lo requería, se encontraban los samnitas. Les seguía el inconstante brucio, cuyo tardío arrepentimiento habría de 10
complicar la situación, y los falaces apulios con sus armas mudables. A continuación, los hirpinos, raza inestable que no sabía resignarse a la paz ni tenía razón para quebrantar su lealtad: era como si una horrible enfermedad se contagiara de forma repugnante por todos los pueblos[2]. Y ya Atela[3] y Calacia (el miedo vence al sagrado deber) envían sus cohortes junto al campamento cartaginés. Luego Tarento, la ciudad de Falanto[4], cuya

[1] Las llanuras de Apulia, donde se encontraba Cannas. Cfr. nota a I, 51.

[2] Cfr. Livio, *AVC* 24.2.8.

[3] Atela es una ciudad de Campania, entre Capua y Nápoles, cerca de la actual *Aversa*. Sobre Calacia (hoy *Gallazze*), cfr. VIII, 542.

[4] Jefe espartano que fundó en Italia la colonia de Tarento, después de la guerra de Mesenia.

inconstancia la azuzaba a romper el yugo ausonio. La elevada Crotona abrió sus puertas en señal de amistad, y enseñó a los descendientes de las tespíadas[5] a doblegar su cuello ante las órdenes de bárbaros africanos. Idéntica locura se apoderó de los locrios[6]. Las riberas de aguas poco profundas, donde la Magna Grecia conserva murallas argivas y se retuerce bañada por el mar Jónico[7], siguieron también las exitosas campañas de Libia y su buena suerte en combate, y temerosas juraron luchar en favor del Marte tirio. Incluso los celtas[8] tan vanidosos que habitan junto al Erídano vinieron a sumarse a los males de los ítalos y, con su arraigado resentimiento, corrieron a unir todos sus efectivos a los del enemigo.

Y bien: ¡Sea que los celtas, sea que los pueblos boyos quisieran reanudar una guerra sacrílega! Pero que Capua tomara la misma descabellada decisión de los senones[9], que unas murallas de origen dardanio[10] se aliaran con el tirano bárbaro de los nómadas, ¿quién podría creerlo ahora que la situación ha cambiado tanto?[11] El lujo y la pereza que el malsano desenfreno alimenta, unidos a un pudor frágil en medio de tanto abandono y a un abominable interés sólo por las riquezas, echaban a perder a este pueblo codicioso de indolencia, a esta ciudad que no observaba las leyes. Por si fuera poco, su desalmada soberbia lo empujaba a la perdición. Y no carecían de medios para perpetrar

---

[5] Tespio, rey de Beocia y fundador de Tespias, entregó sus 50 hijas a Hércules, y de todas ellas tuvo descendencia. Uno de estos hijos (¿Míscelo?) fundaría Crotona, ciudad situada en el Brucio y célebre por su escuela pitagórica.

[6] Locros es una ciudad del extremo meridional del Brucio, al sur de Crotona (hoy *Locri*). Sobre la deslealtad de estas ciudades de la Magna Grecia, cfr. Livio, *AVC* 24.1 ss.

[7] Todo lo que se conoce como golfo de Tarento.

[8] Los ínsubres y los boyos, galos cisalpinos que se pasaron al bando de Aníbal y que no fueron sometidos por Roma hasta una veintena de años después.

[9] Cfr. I, 624.

[10] Cfr. nota al v. 179.

[11] Silio vivía en Campania, por lo que era testigo directo de este cambio. Después de la rendición del 211, a Capua se le negaron todos sus derechos como ciudad.

sus vicios. No había otro pueblo en Ausonia que poseyera mayor cantidad de oro y plata (hasta tal punto los favorecía por entonces la Fortuna). Sus vestidos, incluso los de los varones, estaban empapados del veneno asirio[12], sus regios banquetes comenzaban a mediodía y la salida del sol los sorprendía en pleno festín; no había género de degradación que no manchara su régimen de vida. Por entonces los senadores eran implacables con el pueblo, la plebe disfrutaba suscitando la envidia del Senado y la sedición hacía chocar mentalidades tan discordantes. Además, los ancianos, más corruptos si cabe, superaban los temerarios delitos de los jóvenes. Y ni los envilecidos por su humilde origen y su oscuro linaje dejaban de albergar esperanzas, y eran los primeros en reclamar para sí el mando y las riendas de su patria en ruinas. Es más, tenían por arraigada costumbre alegrar los festines con muertes y a menudo solían incorporar a sus banquetes el terrible espectáculo de hombres combatiendo con espada que incluso caían encima de las copas, esparciendo abundante sangre por las mesas.

A fin de volver aquellos enfermizos corazones más fervientemente del lado de los tirios, Pacuvio[13], nombre distinguido por sus crímenes, los tentó astutamente animándoles a reclamar algo que él sabía que de ninguna manera Roma concedería y que ni siquiera él deseaba obtener: les incitaba a reivindicar una parte del mando supremo y que las fasces del consulado se repartieran en condominio[14]. Y, en caso de que los romanos se negaran a compartir la silla curul y contemplar los mismos honores e idénticas segures, delante de sus ojos y ante sus mismos rostros tenían a quien habría de vengar esta negativa. Acto seguido, una tropa selecta llevó rápidamente esta propuesta. A la cabeza se

[12] De Asiria, provincia de Asia y, por extensión, de Tiro. Era esta ciudad famosa por la púrpura con la que se teñían las ropas, algo que se convirtió en símbolo del lujo excesivo. Silio toma el sintagma *veneno Assyrio* de Virgilio, *Georg.* 2.465.

[13] Pacuvio Calavio, del que Livio (23.2.2) nos dice que supo granjearse el favor del Senado y la plebe para sus propósitos y había ocupado el cargo supremo de dictador el año de la derrota en Trasimeno (217).

[14] Esto es, que uno de los cónsules fuese de Capua.

encontraba Virrio[15], que a todos aventajaba en elocuencia, aunque era de oscuro origen y no cedía ante nadie en altanería. Cuando éste expuso ante el consejo de los Padres y ante el gran Senado todos aquellos sacrílegos propósitos de la chusma demente e inflamó a su auditorio con ampulosas palabras, un bronco clamor se difundió por toda la asamblea con el murmullo acorde de quienes se oponían. Luego, todos lo acosaron e increparon, y el templo vibró con las voces en disputa.

Fue entonces cuando Torcuato[16], célebre por haber igualado a su ancestro en la severidad de su porte, dijo: «Ah, vosotros que venís de Capua trayendo semejantes palabras, ¿cómo os habéis atrevido a traspasar los muros de Rómulo? ¿Estos muros contra los que ni Cartago ni Aníbal osaron volver sus armas después de Cannas? ¿Es que nunca llegó hasta vuestros oídos que, cuando los latinos hicieron una petición similar sobre las rocas tarpeyas, no fue con palabras ni con gritos, sino por obra de un valeroso brazo como se expulsó a quien entonces traía este mismo mensaje en su boca arrogante? ¿Aquel que fue arrojado de las puertas del templo, y que cayó rodando con tanta fuerza que, salvajemente golpeado contra una roca, pagó ante la mirada de Júpiter por sus insolentes palabras y con la muerte expió sus sacrílegas afirmaciones? Pues bien, yo soy descendiente de aquel que echó del templo del Tonante al peticionario, de aquel que, siendo cónsul, defendió el Capitolio sólo con su brazo». Volvió luego las manos hacia los ojos de los emisarios, lleno de rabia y dispuesto a repetir la acción de su antepasado.

En cuanto Fabio vio que su irritación iba en aumento, rechinando los dientes tomó la palabra: «¡Ah, qué ultraje más grande!

---

[15] Livio (*AVC* 23.6.1) cuenta de Vibio Virrio que sugirió a sus conciudadanos la alianza con los cartagineses, para así obtener de éstos la supremacía en la península Italiana.

[16] T. Manlio Torcuato, vencedor sobre los boyos y cónsul en el 235 y el 224 (cfr. XII, 342 ss.). Silio tiene presente a Livio, *AVC* 23.6.8, donde se compara esta insólita petición de los campanos a la que realizaron los latinos en el 340 a.C. Por ello, convierte a Torcuato en digno descendiente de aquel T. Manlio Torcuato que, junto a su colega P. Decio Mus, rechazó la insolente pretensión de los latinos (cfr. Livio, *AVC* 8.5 ss.).

Aquí hay una silla vacía[17], desocupada por la tormenta de la guerra. ¿A quién de vosotros, os pregunto, pretendéis sentar en ella? ¿A quién vais a colocar en lugar de Paulo? ¿Acaso eres tú, Virrio, a quien la suerte ha designado en primer lugar, por delante del resto y con el beneplácito del Senado, para que la púrpura te iguale a nuestros Brutos? ¡Vete, loco, vete a donde pretendes! ¡Que la pérfida Cartago te otorgue sus fasces!». En mitad de este enardecido discurso, Marcelo[18], incapaz de contener por más tiempo su furia sin lanzar un gemido, estalló de ira y echó rayos por su torva mirada: «Oh, tú, Varrón, en exceso trastornado por la vorágine de Gradivo, ¿qué indolente apatía obstruye tu juicio para que puedas soportar como cónsul los furibundos desvaríos de estos locos? ¿Cómo es que aún no has arrojado a éstos de los umbrales del templo para tirarlos de cabeza por las puertas de la Ciudad? ¿No vas a obligar a estos afeminados a aprender lo que es el poder de un cónsul creado según nuestra costumbre? A vosotros, que no habéis conocido jamás la moderación y que en breve vais a perecer, os aconsejo que abandonéis cuanto antes la Ciudad. Ante vuestros propios muros, será un general armado el que os dará la respuesta que merecéis». Luego, se levantaron todos a un tiempo y expulsaron a los emisarios con gran alboroto.

Las fuerzas campanas, por su parte, apresuraron su paso hacia las puertas, en tanto que Virrio, furioso de rencor por aquella negativa, llevaba ya en su boca el nombre de Aníbal. Habló a continuación Fulvio[19], a quien una corazonada auguraba una gloria inmediata y ya tenía ante sus ojos la imagen de Capua en ruinas: «No, por más que como vencedor trajeras a Roma al caudillo de Cartago con el cuello cargado con tus cadenas, no te será permitido atravesar el templo sagrado de Quirino. Vete ya, te lo pido, adonde te guía tu mente enfermiza». Y, sin más, corrieron

[17] Tras la muerte de Paulo Emilio en Cannas, solamente había un cónsul, Varrón.

[18] Cfr. nota a I, 333.

[19] Q. Fulvio Flaco, cónsul en el 212 por tercera vez, tomará Capua al año siguiente, en calidad de procónsul, junto con su colega Apio Claudio Pulcro. Cfr. XII, 571 y XIII, 96 ss.

a trasladar hasta Capua estas palabras cargadas de amenazas y esta furiosa respuesta del implacable Senado.

¿Acaso te place, Padre Omnipotente, que el destino quede oculto tras una bruma tan inmensa? Algún día llegarán tiempos más felices, en que la piadosa Roma gozará de un cónsul campano[20] y ella misma, libre de cuidados, volverá a ofrecer a sus magnánimos descendientes las fasces tanto tiempo negadas por culpa de guerras y armas. Perdurará, sin embargo, el castigo causado por la arrogancia[21] de sus ancestros, pues Capua no podrá enviar a sus ciudadanos a votar a Roma antes que Cartago envíe los suyos[22].

Después de exponer lo que el Senado había dicho y hecho, mezclando a su antojo verdades y mentiras, Virrio entonó ante sus exaltados conciudadanos la funesta señal de una guerra sangrienta. Los jóvenes, enloquecidos, gritan «¡a las armas, a las armas!» y reclaman a Aníbal. De todas partes se lanza el vulgo invitando a los cartagineses a entrar en sus casas: celebran las grandes hazañas del joven guerrero sidonio: cómo franqueó los Alpes compartiendo tal gloria con Hércules; cómo atravesó veloz unos riscos que se elevan hasta la morada de los dioses; cómo, triunfante, taponó las aguas del Erídano colmándolas de cadáveres; cómo, también triunfante, manchó la laguna lidia[23] con sangre romana; cómo proporcionó perpetua fama a las orillas del Trebia y él mismo, en medio del combate, envió al reino de las sombras a Paulo y a Flaminio, jefes del Estado. A esto había que añadir Sagunto, derrotada al principio de la contienda, y las cumbres de los Pirineos, el Ebro, el sacrificio que su padre ofreció y la guerra que el joven juró en los años de su infancia. Y sólo

[20] Hasta el término de la Guerra Social (90 a.C.) no se extenderá la ciudadanía romana a todos los pobladores de Italia, incluidos los de Capua. Algunos comentaristas ven en este pasaje una alusión del autor a sí mismo o bien a su hijo Silio Deciano, cónsul en 94. Cfr. D. W. T. Vessey (1984), pp. 9-10.

[21] Era proverbial la arrogancia de los campanos. Ya se ha visto cuando exigieron que Roma eligiese a uno de sus cónsules de entre sus conciudadanos (cfr. v. 60).

[22] Merced a la colonia fundada en Cartago por C. Graco en el 122 a.C., sus pobladores adquirirán la ciudadanía romana antes que los de Capua.

[23] El Trasimeno. Cfr. nota a V, 11.

él, después de perecer tantos generales en combate, después de tantos hombres caídos en el campo de batalla, permanecía impasible en medio de la lucha, sin que ningún proyectil lo alcanzase. Y, ahora que los dioses les ofrecían la posibilidad de unir sus diestras a tal guerrero y pactar con él una alianza, ¿acaso tenía Capua que tolerar la soberbia de un pueblo exhausto, la vana altanería y la tiranía de una ciudad que les negaba, como si fuesen esclavos, las fasces y unos derechos equitativos? Ciertamente pensaban que Varrón era más digno de tan alto cargo, pues, de ese modo, un cónsul engalanado de púrpura resplandecería más cuando tuviera que salir huyendo.

Nada más proferir tales palabras, ya se disponían a enviar emisarios elegidos a suertes para firmar la alianza con los tirios. Sin embargo Decio[24], único motivo de orgullo de Capua en aquellos momentos, no renunciaba a la fuerza invencible de su corazón. Recibido en medio de la asamblea (pues no había tiempo que perder), habló de esta manera: «Ciudadanos, vais a violar las leyes de vuestros antepasados, vais a sellar un pacto de hospitalidad con un individuo condenado por romper una alianza delante de los altares. ¿A qué viene este abandono del recto proceder? Es un noble gesto, distintivo de pueblos y personas nobles, mostrar lealtad en la adversidad. Ahora es momento de librar combate en favor de los rútulos, de poner en marcha enseñas y tropas, pues su situación no es halagüeña y piden un remedio a sus heridas. Ésta es la ocasión de servirles, ahora que el éxito les ha abandonado y la severa Fortuna nos reclama en su ayuda, pues socorrer en la prosperidad no es en absoluto digno de un espíritu noble. Ahora, es ahora cuando debéis asistirlos. Yo conozco estas almas casi divinas, estos corazones que jamás se angustian ante enormes calamidades. Creedme, pueden resistir Cannas, las aguas de Trasimeno y la memorable muerte de Paulo. Éstos son los que abatieron por la fuerza al enemigo que acechaba vuestros muros y arrancaron a Capua de la soberbia dominación de los samnitas. Éstos son los que, después de des-

[24] Decio Magio es un personaje respetable del que también habla Livio (*AVC* 23.7 y 10).

terrar vuestros miedos, os otorgaron leyes y pusieron fin a las guerras sidicinas[25]. ¿De qué aliados os estáis apartando? ¿A cuáles os estáis uniendo? Yo, que soy de sangre dardania, yo que recibí del venerable Capis[26], pariente del gran Julo, unos ritos sagrados y un nombre derivado del de Júpiter[27] ¿voy a plantar mi tienda entre semisalvajes nasamones, entre crueles garamantes cuyas costumbres se asemejan a las de las fieras, junto a los hijos de la Marmárica? ¿Acaso voy a soportar a un general que prefiere la espada en lugar de la paz y la justicia, que sólo ha adquirido la gloria derramando sangre? No, Decio no confunde hasta ese punto lo lícito y lo ilícito, como para ser capaz de desear tal cosa. De ningún otro bien mayor nos proveyó la naturaleza, por muy odiosa que sea, que el tener abierta la puerta de la muerte y poder salir de una vida injusta»[28]. Esto fue lo que Decio dijo en vano a unos oídos reacios.

Pese a todo, la selecta tropa de emisarios llegó a un acuerdo con el cartaginés. Y al instante se presentó, en atropellado tumulto, un nutrido batallón de autóloles que el general había enviado por delante. Él mismo, con el grueso de la tropa, hacía avanzar las enseñas a marchas forzadas por toda la llanura. Por su parte, Decio exclamó: «Ha llegado la hora, soldados, ha llegado el momento; acudid a mi lado ahora que se está fraguando una gesta digna de Capua, ahora que conmigo al frente se está armando un brazo vengador. ¡Que esta horda bárbara caiga abatida! ¡Que cada uno por su cuenta conquiste con ardor esta gloria! Y, si el enemigo pretende entrar, cerradle las puertas obstruyéndolas con cadáveres, borrad con hierro esta afrenta. Sólo la sangre podrá limpiar vuestros espíritus manchados de crímenes».

[25] Se trata de una alusión a la Primera Guerra Samnita (343-328), en la que los romanos lucharon en defensa de los campanos. Los sidicinos, en los confines entre el Lacio y el Samnio, también reclamaron ayuda en contra de los samnitas.

[26] Personaje epónimo de Capua, hijo de Asáraco, padre de Anquises y abuelo de Eneas. Decio busca resaltar los lazos que unen Capua y Roma.

[27] Tal vez por llamarse *Magius*, derivado de *Maius*, nombre relacionado con Júpiter.

[28] Idea típicamente estoica que Silio incluye en su narración.

Mientras profería en balde estas palabras que a nadie contentaron, el cartaginés, con el corazón henchido de una ira tremenda y después de oír el tono de dureza del joven y su decidida intención, se acercó hasta los muros y ordenó que inmediatamente una tropa escogida condujera al rebelde Decio a su campamento. Con su ejemplo de inquebrantable virtud y un corazón armado de lealtad, con su deseo de justicia y un espíritu demasiado noble para Capua, Decio siguió allí en pie, impertérrito e inalterable; con la mirada torva ante las amenazantes imposiciones del general, también él lo atacaba con amargas palabras. El caudillo de Libia comenzó a increpar a quien despreciaba tantas enseñas y tantas tropas armadas, y a grandes voces exclamó: «Después de Paulo, después de Flaminio[29], tenemos que enfrentarnos, ay, con este trastornado de Decio, que pretende batirse conmigo para, con su muerte, adquirir gloria y fama. Arrancad las enseñas, mis comandantes, y avanzad prestos. Quisiera saber si, pese a la oposición de Decio, la ciudad campana me abre sus puertas, a mí que, al comenzar esta guerra sin precedentes, se me abrieron los Alpes, con sus rocas que golpean el cielo y que sólo una divinidad había logrado franquear»[30]. Afloraba en su rostro la sangre, de su torva mirada brotaban llamas; echaba espuma por la boca, y del fondo de su jadeante garganta los suspiros le salían en medio de terribles murmullos. Infiltrado así en la ciudad, escoltado por el Senado al completo y por la chusma, que se hacinaba para ver el rostro del general, liberaba Aníbal toda su rabia y la tormenta de su cólera.

La proximidad del peligro había inflamado el espíritu de Decio: veía que había llegado el momento en que, desarmado, podría sobrepujar la gloria del invicto general. No buscó amparo en la huida ni en sus penates cerrados, sino que indiferente, como si ningún Aníbal hubiera entrado en la ciudad, mantuvo la serenidad de su intrépido rostro. Finalmente (horrible espectáculo) una delirante tropa de soldados armados abordó al joven y lo puso a los pies del general, que se hallaba sentado en un alto

[29] Esto es, después de las derrotas de Cannas y Trasimeno.
[30] Hércules.

trono. Desde su elevada posición, el victorioso Aníbal lo aturdió increpándolo con duras palabras: «¿Y tú solo pretendes apuntalar una Roma que se derrumba y resucitarla de la muerte? ¡Pobre loco! ¿Éste es el hombre que va a arrebatarme los grandes bienes que los dioses me han concedido? Desde luego, se me estaba reservando para que Decio el indolente me derrotara, el cobarde Decio, más que ninguna mujer nacida en las agenóreas orillas de nuestra querida Cartago. ¡Vamos, soldados! ¿Por qué aguantar sus insultos? ¡Ponedle a éste tan magnánimo las cadenas que merece!». Ésas fueron sus palabras, pero aún no había terminado con sus reproches: era como el león que ataca los rebaños, se abalanza sobre sus erguidos cuellos y, triunfante, ruge con inmensa rabia; dejando caer todo su peso, clava sus garras y, echándose sobre su cerviz, devora el novillo aún jadeante.

Por su parte Decio, mientras lo cargaban de grilletes, exclamaba: «Ata pronto estas cadenas que son la recompensa de un pacto funesto; sólo así puede penetrar Aníbal. De este modo Decio sucumbirá como una digna víctima, pues a ti, que encuentras placer en la sangre humana, no sería lícito aplacarte con la muerte de unos novillos. ¡Qué unión! ¡Qué alianza! Aún no has entrado en la curia ni por las puertas del templo y ya has abierto con tu inexorable tiranía la prisión. ¡Sigue y añade a este noble inicio hazañas que lo igualen! ¡Entre las sombras, la Fama me anunciará que has caído abatido bajo las ruinas de Capua!». Y ya no le dejaron seguir hablando: se le cubrió la cabeza con un velo negro y, fiero el semblante, fue arrastrado en presencia de los suyos.

Fue entonces cuando por fin el exultante vencedor calmó su corazón. Satisfecho volvió la mirada serena sobre los admirables edificios y templos de la ciudad para conocer al detalle quién había fundado aquellos muros, cuántos hombres armados tenía, de cuántos talentos de plata y bronce podía disponer para la guerra, en qué condiciones estaba la caballería o qué cantidad había de soldados de infantería. Le muestran el elevado capitolio[31], le enseñan las

[31] Por extensión, *capitolio* designa la ciudadela o fortaleza de cualquier ciudad, en este caso Capua.

llanuras de Estela[32] rica en trigo. En el Olimpo, Febo, extenuados sus corceles, deslizaba ya el día hacia su fin, y Héspero[33] desplegaba poco a poco su sombra y oscurecía el carro que corría hacia las riberas. Siguiendo su costumbre, organizan un banquete y celebran el convite por toda la ciudad alborozada, sobre mesas regiamente engalanadas. Al propio Aníbal se le trata con la veneración y los sagrados honores de los dioses, y se le acomoda en un lugar privilegiado, sobre un elevado lecho cuya púrpura resplandece a lo lejos. Y no está a su servicio un único grupo de esclavos: a unos se les encarga presentar los platos, a otros mantener el fuego encendido, a otros distribuir ordenadamente las copas, unos cuantos sirven las viandas. Sobre las mesas relucen pesadas y antiguas copas de oro cinceladas en relieve.

Las llamas sustraen la noche, y la noble morada resuena con el bullicio y alboroto de los comensales. El guerrero sidonio, poco acostumbrado a opulentos banquetes, se queda perplejo y contempla con ojos maravillados este insólito espectáculo de lujo desmesurado. Come él en silencio, desaprueba tanta ostentación en los banquetes y que tantos esclavos le sirvan la mesa cuando él se contenta con poco. Después que calmó su apetito y los dones de Baco relajaron su mente agobiada, volvió al fin la alegría a su semblante y se desvanecieron las inquietudes que afligían su corazón.

Teutras, habitante de Cumas, hacía sonar la lira eubea[34], y, con su canto, endulzaba aquellos oídos embotados por el duro fragor de la terrible trompeta de guerra[35]. Cantaba en efecto a Júpiter, a sus amores dichosos y furtivos y al lecho de la Atlántide Electra[36], de la que nació Dárdano, digna descendencia de

[32] Comarca situada en la zona meridional de Campania, cerca de Cales y famosa por su fertilidad.

[33] El Lucero vespertino y, por extensión, la tarde.

[34] Cumas (en griego Cime) era una colonia de Eubea, fundada sobre el 740 a.C. Sobre los dos cantos de Teutras, cfr. P. SCHENK (1989), pp. 350-368.

[35] A partir de aquí Summers, al que sigue Duff en su edición, incluye los versos 453-458.

[36] Una de las Pléyades, hija de Atlas y Pléyone. De sus amores con Júpiter engendró a Dárdano, de donde provino Capis, héroe epónimo de Capua.

los dioses; y cómo este último dio al Tonante un nieto de noble estirpe, Erictonio, del que fue engendrado Tros, y luego Ilo y, siguiendo la larga serie de esta raza, Asáraco. Vino luego Capis, al que nadie superaba en gloria o valor y que dio su nombre a los primeros muros de la ciudad. Lo aplauden conjuntamente los guerreros sidonios y el ejército campano. Antes de nada, el cau-
300 dillo ofreció, conforme al rito sagrado, una libación con que honrar su nombre[37]. Le siguieron los demás y, según la costumbre, rociaron sobre las mesas el líquido de Baco, al tiempo que se acaloraban cada vez más con el vino.

Mientras la multitud de tirios se entregaba a un placer sin freno, solamente uno (y es que no, joven[38], no mereces que te pase por alto: de buen grado relataré tu plan y no renunciaré a rememorar tu tentativa que, si bien no culminó con éxito, indicaba tu noble talante), sólo uno mantuvo sus sentidos limpios de vino y despojados del veneno de la bebida: calladamente meditaba en su corazón el honor de luchar y la ingente tarea de
310 dar muerte al sidonio. Y, para que tan noble pretensión resultase aún más admirable, este hijo de Pacuvio había condenado las intrigas de su padre. Cuando este último abandonaba con paso indolente la sala, atiborrado de tan variados manjares, su joven hijo lo siguió y, en cuanto pudo revelarle sus intenciones y descubrirle sus turbulentos propósitos, después que sobrepasaron un bloque de edificios y llegaron a un espacio abierto, le dijo: «Escucha este plan digno de Capua y de nosotros». Se apartó luego la toga y le enseñó el arma que llevaba en su costado: «Con esta espada pretendo terminar esta guerra y entregar vic-
320 torioso al Tonante la cabeza cortada del jefe libio. Ésta será la espada que consagre una alianza que la falsedad ha mancillado. Si tu vejez no puede resistir tal espectáculo y tiembla ante acciones que desbordan tus cansados años, retírate entonces al refugio seguro de tus penates y déjame a mí ejecutar mi plan.

---

[37] El nombre de Capis, del que deriva el de Capua.

[38] Aunque ni Livio ni Silio mencionan su nombre, se trata de Perola, hijo de Pacuvio Calavio (aquel que se atreviera a exigir de Roma que uno de los cónsules fuese de Capua, cfr. v. 58) y amigo de Decio Magio. Para más detalles, cfr. Livio, *AVC* 23.9.8 ss.

Y ya que crees que Aníbal es el más grande de los hombres y lo comparas con los dioses, ¡cuánto más célebre que el cartaginés ha de ser tu propio hijo!». Un fuego terrible centelleaba en su rostro, su indomable espíritu ya libraba combates. El anciano, cuyos oídos apenas podían soportar el relato de semejante empresa, se echó al suelo temblando y, aterrorizado, comenzó a besar sus pies una y otra vez: «Por lo que aún me resta de vida, por mi autoridad de padre y por tu salvación, hijo, más importante que la mía, te suplico que desistas de tu empeño, que no vea yo mi hospitalidad manchada de muerte, las copas rebosantes de sangre corrompida o las mesas volcadas por la vehemencia del combate. ¿Y vas tú a detener a quien no pueden detener ejércitos, murallas ni ciudades enteras, cuando se aproxima de frente e irradia por su mirada un fuego fulgurante? ¿Vas tú a soportar el resplandor que proyecta la cabeza de este héroe que, en cuanto vea tu espada, proferirá ese terrible grito con que dispersa a los ejércitos por los campos? Te engañas si crees que se sienta desarmado a la mesa: esa majestuosidad forjada en tantas batallas y tantas masacres sirve a este caudillo de armadura inmortal. Si te acercas a él, quedarás asombrado al tener ante tus ojos Cannas, el Trebia, el Trasimeno en llamas y la inmensa sombra de Paulo. Además, ¿crees que en semejante lance los compañeros que se sientan a su lado se van a quedar de brazos cruzados? Déjalo, te lo ruego, y no aspires a quien ni siquiera venciéndolo podrás sobrevivir. ¿Es que Decio y sus penosas cadenas no han servido para apaciguar tu mente?».

Así habló, y al ver que su hijo ardía en deseos de más alta gloria y se mantenía sordo al temor, prosiguió: «No te pido nada más. Regresa al banquete, démonos prisa. Ya no son corazones de guerreros sidonios que protegen a su rey los que debes atravesar con tu espada. Pon a prueba tus manos en este cuello, porque, si pretendes atacar al cartaginés, serán estas entrañas mías las que vas a atravesar con tu hierro. Y no menosprecies mi indolente vejez, que yo opondré como obstáculo mi cuerpo y con mi muerte te arrebataré la espada que no pude quitarte de las manos». Acto seguido, las lágrimas inundaron su rostro y la suprema voluntad de los dioses reservó al cartaginés para las armas

de Escipión[39]. No permitieron los hados que tan grandioso acto fuese cometido por otras manos. De hermosa figura cuando estaba enojado y digno artífice de haber consumado tan memorable gesta, ¡cuánta gloria malogró por abandonar su propósito, después que sólo el haberlo intentado le había proporcionado tanto honor! Se apresuraron luego a volver al banquete y disimularon el sombrío aspecto de sus rostros aparentando serenidad, hasta que el sueño vino a disolver el alegre festín.

El amanecer siguiente estaba a punto de soltar los caballos de Faetón, resplandecía su veloz carro bajo la superficie de las olas, cuando el joven hijo del gran Amílcar acometía ya su ardua tarea. Se ordena al intrépido Magón partir hacia la ciudadela de Cartago con la misión de comunicar al Senado las maniobras del general. Como ofrendas a los dioses por la buena marcha de la guerra, se escoge botín, prisioneros y despojos arrebatados a los guerreros abatidos en sangriento combate. Otro de sus motivos de preocupación, Decio, ay, es enviado a territorio libio, donde se le reservaría para un lento y vengativo castigo en cuanto él regresase, si no hubiese sido porque Júpiter se compadeció de la inmerecida condena del joven y desde el cielo desvió su camino hasta la antigua ciudad de Bato[40]. Allí, el cetro peleo[41] de Ptolomeo lo sustrajo a las amenazas de quienes lo llevaban preso y mandó arrancar las ataduras de su cuello. Y esa misma tierra sería la que preservara su vida y acogiera luego sus restos, salvaguardados en la quietud de un sepulcro.

Mientras tanto, Venus no dejó pasar la anhelada ocasión de desquiciar las mentes de los cartagineses mediante los placeres, llevarlos ciegamente a su perdición y dominar sus inaccesibles corazones por medio de la lujuria[42]. Ordena a sus hijos que espar-

[39] Es decir, para la batalla de Zama (201), donde por fin será derrotado. Sin embargo, Aníbal no morirá a manos de Escipión, sino que se suicidará envenenándose.

[40] Cirene, ciudad fundada por el héroe Bato. Cfr. nota a VIII, 57.

[41] Derivado de Pela, ciudad macedonia en la que nació Alejandro Magno. Silio evoca el origen de los lágidas que reinan en Egipto, una de las posesiones de Alejandro. Como también relata Livio, Ptolomeo IV Filópator acogió a Decio Magio a su llegada a las costas cirenaicas (*AVC* 23.10.9 ss.).

[42] Venus es la diosa protectora de Roma y, por ello, enemiga de los cartagineses. Sus hijos componen el ejército de los Amores.

zan por doquier dardos invisibles y depositen ocultas llamas en
todos los corazones. Esbozando luego una dulce sonrisa, les dijo: 390
«Que vaya la malvada Juno y nos desprecie, azuzada por su éxito.
No hay de qué sorprenderse, pues ¿qué somos, en definitiva? Ella
tiene fuerza en su mano, fuerza en su brazo. Nosotros apenas dis-
ponemos de nuestras pequeñas saetas, que lanzamos desde nues-
tro arco de niño; de nuestras heridas no mana sangre alguna. Pero
vamos, ejército mío, yo os lo ruego: ha llegado el momento, ayu-
dadme, abrasad a los jóvenes tirios con vuestras silenciosas fle-
chas. Mediante abrazos, vino abundante y sueño es como debe-
mos derrotar a este ejército al que no han doblegado ni la espada,
ni el fuego, ni Gradivo a rienda suelta. Que saboree Aníbal el pla- 400
cer deslizándose por sus entrañas y no sienta vergüenza de tum-
barse sobre un lecho bordado, ni se niegue a perfumar sus cabe-
llos con amomo asirio[43]. Él, que alardeaba de dormir al raso en las
noches de invierno, que prefiera ahora pasar las noches bajo techo;
que pierda aquella costumbre suya de comer con el casco puesto,
sobre la silla de su caballo y muchas veces al galope, y aprenda a
consagrar a Lieo un día sin combates. Y que luego, ebrio después
del banquete, se deleite con la lira y emplee indolente sus noches
durmiendo o bien, bajo mis favores, en vela»[44].

Después que Venus habló de esta manera, su lascivo ejército 410
aplaudió y, desde el alto cielo, se deslizó con sus alas de nieve.
La horda maurusia sintió las flechas portadoras de llamas y, al
instante, sus corazones se entibiaron con la lluvia de dardos.
Requieren ya los dones de Baco, los banquetes y, una vez más,
el encanto que emana de la lira pieria[45]. El brioso corcel ya no
recorre el campo abierto empapado en sudor, ni ninguna lanza
arrojada a través del aire ejercita los brazos desnudos. Las aguas
templadas por las llamas reconfortan sus miembros debilitados
por el sueño, y su intrépido valor perece ante tan despreciables

[43] Los perfumes orientales eran síntoma de desenfreno y lujo.
[44] Cfr. Livio, *AVC* 23.18.12.
[45] Las Piérides son las hijas de Piero, metamorfoseadas en picazas cuando se atrevieron a desafiar a las Musas (cfr. Ovidio, *Met.* V, 669 ss.). En razón de esta victoria, también las Musas reciben este sobrenombre derivado del monte Pierio, en Macedonia.

placeres. Incluso el general, inspirado por el seductor Cupido, prepara de nuevo las mesas para los festines, y reclama la hospitalidad de sus complacidos invitantes; poco a poco degenera y pierde el genio de su raza: la oculta saeta envenena su espíritu. Ya considera a Capua su segunda patria, y, con los mismos honores, la denomina *Segunda Cartago*; los atrayentes vicios corrompen su talento, inexpugnable en la buena fortuna. Los campanos no conocen la mesura en el lujo y en su vida, inmersa en los placeres. No descansan y, mediante diversas sutilezas, compiten en adornar los banquetes con representaciones escénicas. Es así como, junto al Nilo, la lasciva Menfis hace sonar la flauta frigia sin parar hasta la amiclea Canopo[46]. Pero, más que cualquier otro, es Teutras[47] quien, con su dulce canto, deleita al cartaginés, llenando sus oídos ya con la voz, ya con su vihuela. Cuando observó al caudillo libio maravillado por las cuerdas que sus dedos hacían sonar, comenzó poco a poco a entonar la insigne gloria de la lira aonia[48], y, al ritmo de su cítara, empezó a cantar con una voz que bien pudiera superar a la de los cisnes cuando están a punto de morir. Y, entre otros muchos, éste fue el cantar que eligió como el más agradable para el festín:

«Hace mucho tiempo, en los pueblos argólicos se escuchó el caparazón de una tortuga, algo maravilloso de contar; con su resonancia era capaz de acarrear piedras y colocar las hechizadas rocas sobre los muros. Ésa fue la lira que, con el plectro de Anfión[49], fortificó Tebas: al tiempo que los bloques de sílice,

---

[46] Antigua ciudad de Egipto, situada en la desembocadura del Nilo, cerca de la actual *Abukir*. Lleva el nombre del piloto de Menelao, oriundo de Amiclas, cerca de Esparta. Cuando regresaban a Grecia, la expedición desembarcó junto a la desembocadura del Nilo. Una serpiente mordió a Canopo, causándole la muerte. Menelao y Helena lo enterraron en el lugar que a partir de entonces llevó su nombre. Cfr. Tácito, *Annales* 2.60.2. El lujo y depravación de las ciudades egipcias era proverbial.

[47] Cfr. vv. 288 ss. y nota.

[48] Cfr. nota a VIII, 594.

[49] Hijo de Zeus y Antíope, había recibido de Hermes una lira. Durante la construcción de las murallas de Tebas, su hermano Zeto acarreaba grandes piedras empleando su tremenda fuerza, mientras Anfión se limitaba a atraerlas al dulce son de su lira.

embelesados por el sonido, ascendían los terraplenes, mandaba levantar torres encantadas hasta el inmenso cielo.

»Otra lira fue la que, con su plectro, apaciguó las tempestades del mar, detuvo a las focas, atrajo a Proteo bajo sus múltiples formas y transportó a Arión a lomos de criaturas marinas[50].

»Y también está la que, en las cuevas del Pelión, moldeaba con su sonido las mentes de los héroes y el corazón del gran Aquiles, lira querida por el Centauro[51], capaz de sofocar la furia del mar o del lúgubre Averno al rasgar sus cuerdas. Y cantaba también sobre el Caos, en otro tiempo una masa oscura, sin estrellas ni amanecer del día, un mundo sin luz. Relataba luego cómo la divinidad había separado las aguas del profundo mar y había situado el globo terráqueo en el centro del entramado; cómo había concedido a los dioses habitar en el excelso Olimpo; y revelaba los piadosos tiempos en que reinaba el venerable Saturno.

»Pero las cuerdas que, junto al rifeo Estrimón, tañía Orfeo[52], escuchado por los dioses y escuchado por los manes, brillan en medio de las radiantes estrellas, en un cielo que se han ganado merecidamente. Incluso su madre[53], acompañada por el grupo de hermanas aonias al completo, su madre también quedaba maravillada al oírle cantar. Ni las cumbres del Pangeo[54] ni el Hemo consagrado a Marte o la lejana Tracia podían permanecer impasibles cuando él extraía sus acordes. Con los bosques acudían las fieras, con los montes los ríos; olvidándose de su dulce nido,

[50] Músico de Lesbos que, para huir de los piratas que lo querían asesinar, se arrojó al mar. Con su lira atrajo a los delfines, que lo rescataron y llevaron hasta el cabo Ténaro, en Laconia. En su condición de dios marino, Proteo el de múltiples formas es pastor de las focas (cfr. VII, 422 ss.).

[51] Quirón pasa por ser el más célebre y sabio de los Centauros. Vivía en el monte Pelión, en Tesalia. Allí se dedicaba a entrenar y educar a grandes héroes como Jasón o Asclepio. Peleo le confió a su hijo Aquiles y, entre otras muchas enseñanzas, lo introdujo en el arte de la música.

[52] Orfeo, el músico por excelencia de la mitología clásica, procede de Tracia, región por la que fluye el río Estrimón (hoy *Struma*). Los montes Rifeos se encuentran en Escitia.

[53] Calíope, musa de la poesía épica.

[54] Tanto el monte Pangeo (cfr. II, 73) como el Hemo (cfr. III, 495) se encuentran en Tracia, pueblo belicoso en el que nació Marte.

cesaba de volar el pájaro que, cautivado, quedaba suspendido en el aire inmóvil. Es más, como la nave de Págasas[55] se negara a adentrarse en las azuladas olas que aún desconocía por estar en tierra firme, fue el mar el que, atraído por el canto, se llegó hasta la popa de la sagrada quilla, embelesado por la cítara. Con su plectro el profeta bistonio[56] apaciguó el pálido reino y el Aqueronte de crepitantes llamas, y paralizó la roca que rueda hacia atrás[57]. ¡Oh, crueles mujeres de los cicones, furor de los getas, Ródope condenado por los dioses![58] El Hebro transportó hasta el mar su cabeza cercenada, sus dos orillas la seguían. Más adelante, cuando las impetuosas aguas llevaban su cabeza arrancada del cuello, de entre las olas emergieron súbitamente ballenas que saltaron por todo el mar al oír su voz». Así fue como el pierio Teutras, con su canto castalio[59], enterneció los corazones de estos guerreros, curtidos en tantas guerras.

Entre tanto, apacibles vientos ya habían guiado a Magón hasta tierras libias. La popa ceñida de laurel alcanzaba el ansiado puerto y allá a lo lejos, en el mar, brillaban las armas capturadas, relucientes en lo alto de la proa. Resonaron en la costa los gritos de los marineros, que desde hacía tiempo se alzaban desde el ancho mar. Los remos, arrimados a un tiempo hasta chocar contra el pecho, rompían el espumoso mar con cientos de golpes. Impacientes, las masas corrían en medio de las olas para disfrutar de la alegría del momento; rebosante de entusiasmo, la muchedumbre celebraba, a porfía y entre enormes aplausos, aquel regocijo sin igual. Comparan a su capitán con los mismos dioses: de todas partes acuden mujeres, grupos de jóvenes y niños incitados a aplaudir, multitud de ancianos y, junto a ellos, el Senado y el pueblo, y todos sacrifican para él novillos con idén-

[55] Puerto de Tesalia del que zarpó la nave Argo.

[56] Pueblo de Tracia. Cfr. I, 433. Sobre el Aqueronte, cfr. I, 94.

[57] La roca que Sísifo estaba condenado a subir por una pendiente.

[58] Según la tradición, Orfeo fue muerto y despedazado por las mujeres tracias, que lo arrojaron al río Hebro. Su cabeza, llevada a través de las olas, llegó hasta Lesbos, donde se le tributaron honores fúnebres. Sobre los cicones, getas, el río Hebro o el monte Ródope, cfr. II, 73 ss.

[59] La fuente de Castalia, cerca del santuario de Delfos, está consagrada a Apolo.

ticos honores a los de los dioses. Así volvía Magón a su patria, por las puertas que estallaban con el rumor de la gloria de su hermano. Aprisa se convoca luego el Senado, rebosa la curia con la gran afluencia de los Padres. Luego de honrar a los dioses conforme a la vieja costumbre de sus antepasados, dijo: «Os traigo noticias de un excelente combate, de la derrota de las fuerzas que sustentaban la tierra de Italia, y yo mismo he sido una parte importante en esta batalla. Los dioses han favorecido nuestros votos en la lucha. Existe un lugar que la gloria de un rey etolio[60] encumbró y que en otro tiempo muy remoto poseyó Dauno. El Áufido de impetuoso curso rodea sus pantanosas llanuras y con su corriente desbordada inunda los campos; un poco más adelante se topa con las aguas del Adriático y con gran estrépito choca contra las olas que retroceden hacia alta mar. Allí Varrón y Paulo, éste de gran renombre entre los latinos, generales ambos en cuyas manos se hallaba el mando supremo, invadieron la llanura apenas se dispersaron las tinieblas de una negra noche; con sus armas relucientes a lo lejos añadían resplandor a la luz de la naciente Aurora. Enfrente, nosotros nos apresuramos a arrancar las enseñas del campamento, puesto que un violento furor empujaba a mi hermano al ansiado enfrentamiento. La tierra temblaba, bramaba el Olimpo y se removía. El río y las llanuras quedaron entonces ocultos bajo un montón de guerreros abatidos por nuestro general: nunca la tierra engendró para la guerra a un caudillo tan grandioso. Yo mismo pude ver cómo, en medio de la terrible vorágine y del fragor de la lucha, Ausonia se dispersaba por los campos y volvía la espalda ante él solo. Yo pude ver a Varrón salir corriendo en su caballo al galope, tirando sus armas como un cobarde. Y también pude verte a ti, magnánimo Paulo, con el cuerpo acribillado de proyectiles, cayendo sobre los cadáveres de los tuyos. Con la imponente carnicería de aquel día quedaron vengadas las Egates[61] y el tratado que nos esclavizaba: no podríamos desear más de lo que aquel dios propicio nos deparó. Si volviera a nacer otro día como aquél, tú sola

[60] Diomedes. Cfr. I, 125. Sobre Dauno, cfr. I, 291.

[61] La derrota cartaginesa en las islas Egates puso fin a la Primera Guerra Púnica. Cfr. I, 35.

serías, Cartago, la dueña y señora de todas las naciones, y serías venerada en todo el mundo. Como testimonio de esta masacre, he aquí la distinguida insignia que estos hombres arrogantes acostumbran a llevar en su mano izquierda»[62]. Y entonces, ante los asombrados rostros de los presentes, desplegó relucientes anillos de oro y dio fe a sus palabras con un montón de insignias. Tomó luego de nuevo la palabra: «Ya sólo resta arrancar de sus más profundos cimientos y derribar a ras de suelo a una Roma que está prácticamente derruida. Pongamos todo nuestro empeño –añadió–: recomponed los ejércitos, diezmados por tantas pérdidas; abrid sin mezquindad vuestras arcas con el fin de adquirir brazos para la guerra. Ya escasean los elefantes, ese terror tan funesto para los ausonios, y nos acucia la falta de alimento».

Y, diciendo esto, volvió una torva mirada hacia Hannón, a quien la gloria cada vez mayor del general llevaba ya tiempo atormentando su mente retorcida: «¿Ves ahora con buenos ojos las acciones de nuestros brazos? ¿Se me permite ahora que no sea el esclavo de un colono dardanio? ¿O prefieres seguir con tu idea de entregar a Aníbal?[63] Infeliz, ese corazón ensombrecido por el veneno de la envidia y rebosante de negra hiel, cámbialo ya de una vez, rendido ante tantos honores y tantos trofeos. Esa diestra, sí, esa diestra que tú ofrecías a los Enéadas para que la despedazasen, inundó de sangre ríos y orillas, lagos y vastas llanuras». Así habló Magón, y la aclamación nada encubierta de los presentes alimentaba su descaro.

Hannón, encendido a la vez por la envidia y la cólera, respondió: «No me sorprenden en absoluto los agravios de este joven enajenado. Se muestra altanero por su naturaleza y no se tarda en reconocer el talante de su hermano y el inofensivo veneno de su lengua. Que no crea que renuncio convencido por sus vanas palabras. Ahora es cuando debemos pedir la paz, ahora debemos deponer estas armas, execrables por haber quebrantado un acuerdo, y evitar así una guerra perniciosa; eso es lo que yo propongo. Además, os ruego que vosotros mismos sopeséis atentamente lo que expone. No nos ha dejado otra opción: pide armas, hombres, oro,

[62] Cfr. nota a VIII, 675.
[63] Cfr. II, 377.

flotas, alimentos y elefantes para el combate. De haber caído derrotado, no nos hubiera exigido más cosas. Hemos anegado los campos rútulos de sangre dardania, el Lacio yace abatido en medio de las llanuras. Permite pues, noble vencedor, que arrinconemos de una vez nuestras preocupaciones y podamos permanecer en nuestra patria. Concédenos no esquilmar nuestros penates tantas veces exhaustos por los gastos de una guerra insaciable. Ahora, sí, ahora puedo afirmar (y ojalá mi presagio sea falso y un augurio absurdo haya ofuscado mi mente) que el día fatal no está lejos. Yo conozco sus implacables corazones y presiento la cólera que nace de la derrota. ¡A ti temo, Cannas, a ti! Bajad las enseñas y, adelante, poned todo vuestro empeño en pedir la paz: no se os concederá. Creedme, sus rencores preparan una ruina aún mayor que la que ellos han sufrido. Y antes concederán un tratado de paz como vencedores que como vencidos. Además, tú que refieres tantas hazañas por tu boca orgullosa y llenas con el torbellino espumoso de tu discurso los oídos de los ignorantes, dime, ese hermano tuyo que tanto se parece a Gradivo en combate, ese señor de la guerra no comparable a ningún otro que haya engendrado jamás la tierra en todos sus siglos ¿cómo es que no ha visto todavía las murallas de la ciudad de Rómulo? ¿Es que habremos de arrojar contra el enemigo a jóvenes arrancados del seno de sus madres, que aún no están capacitados para llevar armas tan pesadas? ¿Deberemos construir, acatando las órdenes de Aníbal, mil naves guarnecidas de bronce y rastrear elefantes por todo el país libio para que prorrogue su prolongado mandato y tantos años de guerra y arrastre nuestro reino hasta el día de su fin?

»Y vosotros (pues no pasa inadvertida la trampa que nos tienden), no expoliéis vuestros queridos hogares, poned coto a los ejércitos y a las fuerzas de estos poderosos. La paz es el bien más preciado que los hombres han podido conocer. La paz por sí sola vale más que todos los triunfos, esta paz que permite preservar la seguridad y tratar por igual a todos los ciudadanos, que vuelva de una vez a la ciudadela sidonia y que la fama de perfidia desaparezca de tu ciudad, oh Fenicia[64]. Si Aníbal tiene tan-

[64] Hannón se dirige a Dido.

tos deseos de combatir y persiste en no entregar las espadas pese a las súplicas de su patria, os exhorto a que no prestéis ayuda alguna a su locura y que vaya Magón a referir este mensaje a su hermano».

Iba a seguir hablando, pues sus palabras aún no habían saciado su cólera, pero lo interrumpieron los gritos de quienes deseaban lo contrario: «Si el orgullo de Libia, Aníbal, a quien nadie ha vencido en combate, es el objeto de tu enojo, ¿vamos a abandonar a este general victorioso justo cuando va alcanzar su meta? ¿No le vamos a prestar nuestra ayuda? ¿Por la envidia de uno solo vamos a postergar una supremacía que ya hemos adquirido?». Y, a continuación, concedieron prestos todo lo necesario para el ejercicio de la guerra, y en presencia de Magón, proclamaron su adhesión al ausente. Se acordó luego enviar refuerzos a tierras ibéricas, pese a que el pernicioso resquemor trataba de difamar unas hazañas imperecederas y no permitía que la gloria del general se viera incrementada mediante apoyos.

Libro XII

En la tierra, el crudo invierno[1] ocultaba ya su helada cabeza, sus sienes pródigas en lluvias y su anubarrada frente portadora del soplo del Austro. Con sus apacibles Céfiros[2], la saludable primavera acariciaba los campos bajo un ambiente templado y sereno. El cartaginés partió de Capua, golpeando los lugares vecinos con el pánico que le precedía. Como la serpiente que, aletargada en invierno mientras azota el soplo rifeo del Aquilón[3], desenrosca por fin sus anillos fuera de su recóndita cueva y, cuando llega el día apropiado, brilla como nueva, yergue su radiante cabeza y arroja veneno estirando sus fauces[4].

Y, cuando los campos relucieron con las enseñas del caudillo libio, el terror dejó desierta toda la región y, azuzados por el miedo, todos se ocultaron tras las empalizadas. Temían por su vida y permanecían atentos, horrorizados al ver al enemigo ante sus mismas murallas.

Sin embargo, ya no quedaba nada de aquel vigor que, franqueados los Alpes, había iniciado el ataque y abierto un camino,

[1] Se trata del invierno entre el 216 y el 215 a.C. Cfr. el relato de Livio, *AVC* 23.18.10 ss.

[2] Viento del oeste, suave y templado, que anuncia la primavera.

[3] El Aquilón, viento del norte, trae aire frío desde la gélida región en que se encuentran los Montes Rifeos (cfr. nota a XI, 459).

[4] Cfr. una comparación similar en Virgilio, *Eneida* II, 471 ss.

se había apoderado del Trebia y manchado las aguas meonias[5] con la sangre de los ítalos: empapados de un lujo afeminado y de vino, aquellos músculos se enervaban embotados por el hechizo del sueño. Aquellos hombres acostumbrados a pasar las frías noches con sus pesadas corazas, bajo un cielo inclemente y despreciando a veces las tiendas en invierno, cuando arreciaban las tormentas y el granizo, aquellos hombres que ni siquiera de noche abandonaban su escudo, su espada, su carcaj y las flechas, para quienes sus armas eran como sus brazos, pensaban ya que el casco era una fastidiosa carga, les parecía excesivo el peso de los broqueles y sus lanzas ya no silbaban cuando las arrojaban.

La apacible Parténope[6] fue la primera que sufrió los renovados ataques de Aníbal. No es que fuera muy opulenta en recursos ni que él la despreciara por su escasa fuerza: simplemente su puerto atrajo al general, que buscaba aguas tranquilas a las que se dirigieran las naves que viniesen de Cartago. Goza ahora esta ciudad de un agradable régimen de vida, una paz acogedora para las Musas y una existencia libre de agobiantes preocupaciones. Una de las Sirenas dio su ilustre nombre a estos muros, Parténope, hija de Aqueloo[7]. Por mucho tiempo sus cantos reinaron en el mar, cuando, funesta para los desdichados marineros, entonaba su dulce perdición a través de las olas.

Abordando por detrás sus murallas (el mar le cerraba la parte delantera), no pudo el cartaginés abrir brecha alguna con todos sus efectivos. Tras fracasar en su intento, a golpes de ariete comenzó a batir sin éxito las puertas cerradas. El vencedor en Cannas se quedó parado ante aquellas murallas griegas; y este hecho confirmaba lo cauto de sus decisiones, ya que, después de inundar de sangre los dominios de Dauno, había rehusado marchar con-

[5] Meonio equivale aquí a etrusco. Se trata del Trasimeno.

[6] Cfr. nota a VIII, 534. El apacible clima de Nápoles la convirtió en un lugar de retiro para los romanos. Incluso Silio pasó en Campania sus últimos años de vida.

[7] Dios-río de Etolia, de cuya unión con la musa Melpómene nacieron las Sirenas. Una de ellas, Parténope, dio nombre a la ciudad de Nápoles. Con su música atraían a los marineros, que, al acercarse peligrosamente a la costa, naufragaban y eran devorados por las Sirenas.

tra la ciudadela Tarpeya: «Ea, vosotros que me reprochabais que era un indolente y no sabía proseguir el curso de mis maniobras porque hace poco no se os permitió escalar las murallas de Roma justo después de la batalla, entrad y, aquel banquete que me prometisteis en la morada del Tonante[8], ofrecédmelo aquí, en estas moradas que tropas griegas defienden». Así los recriminaba y, temiendo por su fama posterior (no fuera a fracasar y tuviera que desistir de sus propósitos ya desde la primera ciudad), se atrevía a todo y con su astucia aguzaba las espadas. Pero de repente aparecieron llamas encima de los muros, y, desde cada rincón de la empalizada, miles de flechas cruzaron de improviso el aire. No de otro modo que la rubicunda ave de Júpiter, cuando oculta a sus polluelos en lo alto de una roca si alguna serpiente se ha deslizado sigilosamente hasta la cumbre y los atemoriza de cerca con sus fauces abiertas: ataca a su rival con el pico y con sus garras habituadas a portar el rayo, volando en círculo alrededor del nido[9].

Cansado, finalmente se le ocurrió volverse al cercano puerto de Cumas, probar fortuna cambiando de rumbo y, con este cambio de movimiento, echar por tierra los rumores de su fracaso. Pero quien defendía la ciudad, Graco[10], una protección más segura que sus propios muros, lo mantenía alejado e impedía que se instalara otra vez ante las puertas con la esperanza de poderlas franquear de nuevo. Desmoralizado, recorría y escrutaba los alrededores a lomos de su alado corcel y otra vez empezó a azuzar a los suyos con el aguijón de sus glorias pasadas: «Por los dioses –decía–, soldado que olvidas tus hazañas, ¿qué es esto de detenerse ante ciudades griegas? ¿Cuál va a ser el límite? Se nos presenta un obstáculo sin duda mayor que los

[8] Cfr. X, 375.

[9] Haciendo uso de un simbolismo muy adecuado para la ocasión, Silio compara la ciudad de Nápoles con el águila, ave de Júpiter, que defiende a sus crías del ataque del enemigo cartaginés, identificado con una serpiente. Según Livio (*AVC* 23.15.2), fue un prefecto romano, M. Julio Silano, el que defendía Nápoles, lo que obligó a Aníbal a desviarse hasta Nuceria.

[10] Tiberio Sempronio Graco, jefe de la caballería después de Cannas y cónsul en el 215 y el 213. No se debe confundir con el Graco derrotado en el Trebia (IV, 495). Sobre su muerte, cfr. vv. 474 ss.

Alpes: os insto a que escaléis estos escollos que hieren el cielo. Por más que se te ofreciera otra tierra similar a ésta, por más que otros riscos se te alzaran de repente bajo las estrellas, ¿acaso no avanzarías y me seguirías llevando erguido tus armas? Ay, ¿es que vas a quedarte aquí, boquiabierto y paralizado ante la empalizada de Cumas, ante sus muros y ante Graco, que no se atreve a salir de sus puertas? Creo que no se equivocan las naciones cuando atribuyen a la casualidad todas las hazañas que con esfuerzo cumplisteis. ¡Por las aguas tirrenas[11] donde los dioses fueron favorables, por el Trebia y por las cenizas de Sagunto, ruego que volváis a consideraros acreedores al prestigio que tenéis a vuestras espaldas y que renazca en vuestros corazones el espíritu de Cannas!».

Así es como el general intentaba con su discurso enderezar y reafirmar sus mentes desganadas por el lujo y consumidas por el éxito. Explorando después las posibles vías de acceso, divisó en lo alto de la ciudadela un templo resplandeciente cuyos orígenes le reveló entonces Virrio[12], el terrible adalid de la altiva Capua: «Aquello que ves allá arriba –le indicó– no es de nuestro tiempo, manos más antiguas lo construyeron. Cuenta la leyenda que Dédalo, temiendo la opresión del tirano dicteo[13], discurrió la manera de abandonar la tierra sin dejar rastro alguno en todo el mundo para quien le siguiera: tomando prestadas unas plumas, osó subir hasta el etéreo aire y enseñar a los hombres la facultad de volar. Guardando el equilibrio suspendido en medio de las nubes, esta insólita ave huyó volando ante la sorpresa de los dioses. Bajo la traza de aquel falso plumaje, enseñó también a su hijo[14] a profanar el vuelo de los pájaros. Cuando los remos de sus plumas se derritieron, Dédalo lo vio caer y batir con sus desdichadas alas el agitado mar. Y, al tiempo que se rendía a su ines-

[11] El Trasimeno.

[12] Cfr. XI, 65.

[13] Del monte Dicté (modernamente *Lassithi*), en Creta. Por extensión, cretense. Aquí Silio alude a Minos.

[14] Ícaro, que, desobedeciendo las consignas de su padre, voló demasiado cerca del sol, hasta que la cera de sus alas se derritió y cayó al mar cercano a Éfeso, el cual, a partir de entonces, se llamó Icario.

perado dolor, sacudió con las manos su pecho e, inconsciente- 100
mente, ay, dirigió su vuelo adonde lo guiaban los golpes que se infligía. Y, en agradecimiento por su errante caminar por las nubes, aquí erigió un piadoso templo a Febo y se despojó de sus temerarias alas».

Eso dijo Virrio. Pero el general estaba contando los días de inactividad, transcurridos sin combatir; se avergonzaba de su indolencia. Se lamentaba de sus fracasos y, mirando atrás hacia aquellas casas que había asediado en balde, decidió resarcir su desazón con la ciudad de Dicarquea[15]. Allí, supusieron un inconveniente a sus objetivos de un lado el mar, del otro la enorme masa de piedra de los muros, así como la constancia de sus 110
defensores. Y, mientras la penosa tarea de romper obstáculos y caminos bloqueados entretenía a sus hombres, él se dedicó a visitar la maravillosa combinación de aguas y tierras de los alrededores.

Acuden los nobles de Capua. Uno le revela de dónde procedía el nombre de Bayas la de aguas termales: le explica que un tripulante de la nave duliquia dio su nombre a estas lagunas[16]. Otro le recuerda que el lago Lucrino[17] se denominó en otro tiempo Cocito y le señala, en medio del mar, el camino de Hércules[18], por el que el Anfitriónida pasó separando las aguas, una vez dominó los rebaños ibéricos. Un tercero le indica la laguna 120
de estancadas aguas que los pueblos llamaban antiguamente Estigia y que ahora, con otro nombre, es el célebre Averno[19]. Causaba horror entonces por su lúgubre bosque y sus tétricas sombras; los pájaros lo temían[20] y vomitaba un veneno mortal

[15] Otro nombre de Putéolos (hoy *Puzzuoli*). Cfr. nota a VIII, 533.

[16] Sobre Bayo como epónimo de la ciudad de Bayas, cfr. VIII, 539. Sobre Duliquio, cfr. nota a I, 379.

[17] Laguna costera entre Putéolos y Bayas. Silio le atribuye el nombre de uno de los ríos del Infierno.

[18] Se trata de la *Via Herculanea*, entre el lago Lucrino y el mar, construida por Hércules para que pudieran pasar los bueyes de Gerión que traía desde Hispania.

[19] En este lago de la Campania sitúan los poetas la entrada a los Infiernos.

[20] La propia etimología de *Avernus* (gr. ἄορνος, «el lugar al que los pájaros no se acercan») lo confirma.

que salpicaba hasta el cielo. Consagrado al culto estigio, mantenía un abominable ritual entre las ciudades de los alrededores.
Muy cerca había un pantano (cuenta la leyenda que allí se abre un camino hasta las aguas del Aqueronte) que destapa sus tenebrosas fauces y revela un abismo de aguas estancadas y horribles simas en la tierra; a veces los manes quedan cegados por la luz a la que no están acostumbrados. Dicen que muy cerca, cubiertos de oscuridad y sepultados durante siglos por neblinas infernales, se extienden bajo una pálida sombra los dominios de los cimerios[21] y la profunda noche de la ciudad del Tártaro. Le muestran luego los campos que eternamente exhalan azufre, fuego y betún encendido[22]. Suspira la tierra rebosante de tétrico vapor y, tanto tiempo recalentada en sus quemadas entrañas, bulle y despide por los aires efluvios estigios. Está a punto de explotar y resopla terriblemente desde sus convulsionadas grutas. A veces Mulcíber[23], con un lúgubre y amenazante rugido, lucha por quebrar los cavernosos cimientos y salir del fondo del mar; suelta un bramido, devora las entrañas desgarradas de la tierra y con estrépito socava los carcomidos montes. Cuentan que los Gigantes[24], abatidos por el enorme Hércules, agitan la tierra que tienen encima y, con su acezante respiración, abrasan las vastas llanuras; además, cada vez que desafían con romper la estructura que les recubre, el cielo se torna pálido. Aparece Próquite, a la que la suerte asignó para el salvaje Mimante, y aparece a lo lejos Inárime, que oprime a Júpeto mientras éste exhala un negro torbellino y despide llamas por su boca recalcitrante; si le ofrecieran la posibilidad de escapar, estaría dispuesto a reanudar la guerra contra Júpiter y los dioses.

[21] Pueblo mítico en los confines del mundo, que algunos autores sitúan junto a los escitas. No llegaban hasta él los rayos del sol, por lo que está sumido en una total oscuridad. Cfr. Homero, *Odisea* XI, 14 ss.; Ovidio, *Met.* XI, 594; Valerio Flaco, *Arg.* III, 399.

[22] Se alude aquí a los vapores sulfurosos que exhala la tierra.

[23] Sobrenombre de Vulcano. Cfr. IV, 668.

[24] Los Gigantes se alzaron contra los dioses en Flegra, en Macedonia. Una vez sofocada la revuelta, se les castigó encerrándolos debajo de montañas. Las erupciones de los volcanes son causadas por sus forcejeos. Mimante (cfr. IV, 276) descansa bajo la isla de Próquite (hoy *Procida*). Júpeto, titán hijo de Urano y Gea, se encuentra bajo la isla de Inárime (hoy *Ischia*).

Le enseñan también las cumbres del Vesubio y, sobre la punta más alta de sus riscos, rocas devoradas por las llamas, la montaña alfombrada de escombros y peñascos que compiten con el Etna en poder devastador. También pudo ver Miseno[25], que conserva en su tumba al ideo que le dio el nombre y, en la misma costa, la hercúlea Baules[26]. Contempló asombrado la furia del mar y la actividad de la tierra.

Tras realizar esta visita, Aníbal regresó a los altos muros de los feretíadas[27] y devastó las cumbres niseas del Gauro[28], cubier- 160
tas de exuberantes pámpanos. De allí trasladó rápidamente sus tropas hasta la calcídica Nola[29].

Se asienta Nola sobre un llano, circundada por una barrera de torres trabadas entre sí, de tal modo que la altura de este recinto amurallado preserva la explanada de un fácil acceso. Pero Marcelo[30], que aportaba su ayuda y su auxilio, no se había armado para defenderse detrás de las torres, sino que iniciaba la ofensiva para proteger las murallas atacando con su brazo. Tan pronto como vio, a través de la llanura, que la nube agenórea avanzaba a lo lejos y se acercaba a sus muros, exclamó: «¡A las armas, el implacable enemigo está aquí, tomad las armas, soldados!», y, diciendo esto, empuñó sus armas. Rápidamente los 170
guerreros se colocaron en torno a él y, mientras rugía, le abrocharon al casco su penacho de color de sangre, como de costumbre. Dispuso luego sus tropas a paso ligero, diciendo: «Tú, Nerón[31], guardarás el acceso a la puerta derecha; Tulio, ilustre gloria de los volscos, tú dirige hacia la izquierda las cohortes de tu patria y las enseñas de Larino. Y, cuando yo os lo ordene, abrid en silencio las puertas y, con un ataque por sorpresa, desplegad

[25] Miseno era el piloto de Eneas. Murió en Cumas y fue enterrado en el cabo que lleva su nombre. *Ideo* alude al monte Ida, en Frigia.

[26] Actualmente *Bacoli*, cerca de Bayas.

[27] Los habitantes de Puzzuoli.

[28] Hoy *monte Barbaro* (cfr. nota a VIII, 532), consagrado a Baco, dios de Nisa (cfr. III, 393).

[29] Ciudad de Campania, antigua colonia de Calcis.

[30] M. Claudio Marcelo, cónsul en el 222, 214, 210 y 208. Cfr. nota a I, 133.

[31] C. Claudio Nerón (cfr. VIII, 413). Sobre Tulio y la ciudad de Larino, cfr. VIII, 402 ss.

una lluvia de proyectiles por toda la llanura. En cuanto a mí, una vez se abran las puertas, me lanzaré en medio del combate arrastrando conmigo el empuje de la caballería».

Y, mientras Marcelo da estas consignas, los cartagineses intentaban arrancar los cerrojos y abrir una brecha en los muros descartando el uso de escalas. Por doquier resuenan trompetas, clamor de guerreros y relinchos; los clarines se mezclan con el ronco estrépito de las cornetas y las armas chocando contra los cuerpos de los furibundos guerreros. Abiertas las puertas, la funesta plaga se lanza en tropel, los escuadrones de caballería se precipitan como un inesperado aluvión. Lo mismo que se desborda un impetuoso río al quebrarse los diques, lo mismo que el mar, empujado por Bóreas, choca contra los escollos, lo mismo que los vientos rompen su prisión e invaden la tierra. Al ver aquel torrente de armas y guerreros, el libio, abatido, perdió toda esperanza[32]. El jefe dardanio acosaba a su aturdido rival y, marchando delante a caballo, hostigaba con su lanza las espaldas de quienes huían, al tiempo que animaba a los suyos gritándoles: «¡Vamos, en marcha, adelante! ¡El dios es propicio! ¡Ha llegado nuestra hora! ¡Éste es el camino hacia los muros de Capua!». Se volvió de nuevo hacia su enemigo y le recriminó: «¡Detente! ¿Adónde huyes? No es a las espaldas de los tuyos, sino a ti, jefe de Libia, al que increpo. ¡Detente! Aquí disponemos del campo, las armas y Marte. Yo alejaré mis cohortes de la matanza y que nos vean luchar solos a ti y a mí. Yo, Marcelo, te desafío en combate». Así habló el jefe latino; el ansia de gloria y la recompensa que recibe el riesgo incitaban al joven Barceo a entablar el duelo.

Pero Juno no contemplaba la situación con el corazón tranquilo, y apartó de su propósito a quien ya se precipitaba a su fatal destino. Se empeñaba Aníbal en detener a los fugitivos y hacerlos regresar: «¿Así salimos del seno de Capua y de estas siniestras moradas? ¡Deteneos, desdichados para quienes la más alta gloria es motivo de deshonra! A vosotros que hoy volvéis la espalda, creedme, nada seguro os aguarda. Merecéis que Auso-

[32] Comienza aquí, según los estudiosos, el punto de inflexión en que la situación comienza a tornarse del lado de Roma. De ahí la superposición de símiles que precede a este verso.

nia entera caiga sobre vosotros: con vuestra encarnizada lucha habéis conseguido que, en caso de ser derrotados, no os quede esperanza alguna de paz ni de vida». Con sus gritos sobrepujaba a las trompetas, con el torrente de su voz se introducía violentamente en sus oídos por muy sordos que estuvieran.

El joven Pediano luchaba fieramente con las armas de Polidamante[33]. De sangre y origen troyanos, él mismo se consideraba de la estirpe de Antenor[34]. Su gloria, orgullo del sagrado Timavo, no era inferior a la fama de su linaje. Su nombre era muy apreciado en tierras eugáneas. El venerable Erídano[35], las tribus de vénetos una tras otra o el pueblo que se goza de la fuente de Apono estimaban que no había nadie que se le pareciera, ya cuando entraba en combate, ya cuando prefería sosegadamente las Musas y el silencio de una vida consagrada al estudio, ya cuando dulcificaba sus penas con el plectro aonio[36]. No había ningún otro joven al que Gradivo conociera mejor, ningún otro más familiar a Febo[37].

Cuando, a galope tendido, pisaba los talones a los cartagineses, reconoció a un lado el casco con su adorno, despojos del cadáver de Paulo. Era un niño el que los llevaba, Cínips, muy ufano con el magnífico obsequio de su general; Cínips, el preferido del cartaginés; no había rostro más gracioso que el suyo, ninguna frente resplandecía con mayor belleza, igual que brilla y reluce siempre nuevo el marfil que la brisa de Tíbur mantiene[38], igual que resplandece en la oreja con asombrosa y radiante blan-

[33] Guerrero troyano muerto por Áyax (Homero, *Ilíada* XII, 60 ss.). Silio considera a Pediano descendiente de Polidamante y, a la vez, ancestro del historiador Asconio Pediano, contemporáneo y, tal vez, pariente de nuestro autor.

[34] Sobre este pasaje, cfr. VIII, 603 y Lucano, *Fars.* VII, 192 ss. Polidamante es un troyano amigo de Príamo que, después de la Guerra de Troya, emigró a Italia, donde fundó numerosas ciudades, entre ellas *Patavium* (Padua). Los eugáneos son los primitivos pobladores de la región llamada *Venetia*. El río Timavo fluía por la zona.

[35] Fuente de agua caliente, cerca de Padua, que dio su nombre a la ciudad de Apono (hoy *Abano Terme*). El Erídano es el actual *Po* (cfr. I, 132).

[36] Cfr. VIII, 594.

[37] Marte y Apolo, dioses de la guerra y de la poesía, respectivamente.

[38] La brisa de Tíbur, impregnada de las aguas sulfurosas del Anio y el Álbula, daba al marfil un brillo particular.

cura la piedra extraída del mar Rojo[39]. Cuando Pediano lo divisó en un extremo de la formación, inconfundible por el penacho y brillando con aquel casco familiar (como si de pronto hubiera aparecido ante sus ojos el fantasma de Paulo llegado desde su morada infernal reclamando sus armas perdidas), rechinando los dientes, lo abordó: «Y tú, el más cobarde de todos, ¿vas a llevar el yelmo de esta cabeza divina, yelmo que ni tu propio general podría llevar sin la repulsa y el odio de los dioses? Heme aquí, Paulo». Y, sin más, emplaza a los manes del héroe a contemplar aquel espectáculo y lanza al adversario que huye un dardo que penetra en sus costillas. Desmonta luego de su caballo y, con la mano, agarra el casco y el penacho del noble cónsul, despojando a su víctima que lo mira. Al morir pierde toda su belleza, fluye el color estigio por sus miembros blancos como la nieve, arrebatándole su hermosura. Se descomponen sus cabellos perfumados de ambrosía. Al desfallecer el cuello, la malograda cabeza se inclina sobre su garganta de mármol. No de otra suerte la estrella citerea[40], al resurgir del Océano mostrándose ante Venus con renovado esplendor, palidece si una nube repentina la eclipsa y oculta su agonizante luz que se extingue tras las negras tinieblas. Hasta el propio Pediano, al retirar el casco, quedó atónito ante su rostro desnudo y reprimió su cólera.

Se enfundó luego el casco en medio de un tremendo clamor de los suyos, y picó espuelas a su brioso corcel, que mordía brutalmente el espumante bocado hasta mancharlo de sangre. Enardecido por la batalla, Marcelo corrió a su encuentro en medio de la confusión y, al reconocer el trofeo, exclamó: «¡Bien por esa valentía propia de tus ancestros! ¡Muy bien, antenórida! Sólo una cosa queda ahora por hacer: arrebatar al caudillo libio su armadura». Y, lleno de ardor, arrojó su salvaje lanza de terrible silbido. Y tal vez sus votos no hubieran sido en balde si la corpulencia de Gestar no se hubiese interpuesto deteniendo el proyectil. Mientras con sus armas protegía de cerca al general, la pesada lanza sedienta de otra sangre, lo atravesó y, con esta

[39] La perla.

[40] *Lucifer*, estrella de Venus, el Lucero de la mañana.

muerte por equivocación, cumplió sus terribles amenazas. Aníbal se retiró deprisa, alarmado por el peligro de muerte, y, lleno de furia, se dirigió al galope hasta sus campamentos.

Inmediatamente, el ejército cartaginés huyó en desbandada, volvió sus armas y a porfía se entregó a una atolondrada carrera. El rival lo seguía con sus proyectiles, y cada cual saciaba a su manera el resentimiento por tantas y tantas derrotas; compiten por mostrar al cielo y a los dioses vengadores sus espadas manchadas de sangre.

Aquel fue el primer día en que quedó de manifiesto (pues nadie se hubiese atrevido a confiar en los dioses) que se podía frenar al caudillo de Libia en las disputas de Marte. Se apropiaron de carros, soldados y bestias masilias[41], arrancaron las armaduras a combatientes aún vivos, se las enfundaron y desaparecieron airosos por haber visto al general volviendo la espalda ante la punta de sus lanzas. Rindieron luego a Marcelo los mismos honores que a Marte: en procesión triunfal caminaba él, más grande que cuando, victorioso, llevó opulentos despojos al Tonante[42].

Entonces el jefe agenóreo, furioso por haber rechazado al enemigo sólo a duras penas de su campamento, señaló: «¿Cuándo podré borrar esta afrenta, cuánta sangre del enemigo hará falta para ello? ¡Ausonia ha tenido la suerte de verme volver la espalda! Oh, tú, el más grande de los dioses, ¿es que crees, después de Trebia, que merezco una muerte tan deshonrosa? ¡Y vosotros, ay, jóvenes tanto tiempo invencibles, caéis ahora derrotados por el lujo de Capua y sin la participación de Marte! ¡Yo no he desmerecido de mis acciones pasadas ni ordené la retirada de mis enseñas victoriosas ante los ausonios! ¡Sólo ante vosotros di mi espalda! Cuando os llamaba a luchar, vi que huíais horrorizados como de un general ítalo. ¿Qué os queda de aquel viejo espíritu marcial, a vosotros que sois capaces de volver la espalda cuando os llamo?». Esto dijo el cartaginés. Por su parte, los escuadrones latinos se dirigían a las murallas de Nola, llevando entre espléndidos clamores el botín.

[41] Otra denominación de los elefantes.
[42] Cfr. nota a I, 133.

Tanto tiempo acostumbrada a tener sólo noticias de espantosos fracasos de los suyos, Roma (que nunca se había repuesto por medio de victorias), cuando conoció por fin el feliz desenlace de la contienda, se restableció y repuso con este primer obsequio de los dioses. Antes de nada, todos aquellos que habían alegado una excusa para alistarse, habían eludido las penalidades cuando la guerra estalló o se habían escondido, pagaron el castigo a sus evasivas[43]. A continuación, condenaron de infamia a aquellos que se escudaron en los atractivos de una vida ociosa y rompieron el pacto jurado ante el cartaginés[44]: así fue como purificaron a su pueblo de la culpa. Se castigó también el triste plan y el delito infame que urdió Metelo de abandonar la patria[45]. Esa era su voluntad, pero no fue menos decidida la intención de las mujeres de igualarse a los varones y reclamar una parte de la gloria. Todas las matronas, llevando ante sí los antiguos adornos de sus cabezas y manos y los collares arrancados de sus cuellos, se lanzaron a porfía y los entregaron para la guerra. Y, para los guerreros, no era causa de vergüenza en tales momentos el haber cedido tan gran parte de la gloria. Se alegraban de haber dado ocasión a un gesto que habría de trascender los siglos. A continuación les siguió el solemne grupo del Senado. Con denodado afán se amontonan los patrimonios particulares por el bien común. Les agrada despojar sus penates y no reservar nada para su propio uso cuando lleguen tiempos mejores. Se agolpan también las anónimas masas. Y así, empleando su cuerpo entero y todos sus miembros, de nuevo Roma alzó hasta el cielo su yerto rostro.

Aportaban también una grata esperanza a aquellos desdichados los enviados que volvían de Cirra[46] con la respuesta del Par-

[43] Cfr. Livio, *AVC* 23.18.3 ss.

[44] Se trata de los prisioneros de Cannas, liberados por Aníbal bajo la condición de que regresarían en caso de que el intercambio de prisioneros no se llevara a cabo. Algunos de ellos simularon que habían olvidado algo en el campamento cartaginés y así, mediante esta treta, alegar que habían cumplido su juramento, algo realmente ignominioso e inconcebible para el mundo romano, como señala reiteradamente Livio (*AVC* 22.58.8; 22.61.8 y 24.18.5).

[45] Cfr. X, 420 y Livio, *AVC* 22.53.4.

[46] Cirra es el puerto de Delfos, a los pies del Parnaso. Al frente de esta expedición se hallaba Q. Fabio Píctor, el célebre historiador. Cfr. Livio, *AVC* 23.11.1.

naso. Anunciaban que habían escuchado en el santuario palabras de buen augurio, cuando la cueva retumbó con la voz divina y la sacerdotisa, poseída por Febo, gritó su mensaje: «Pueblo de Venus, desechad de vuestros corazones tan enojosos temores. Las adversidades y todas las desgracias que os aguardaban en combate ya han cesado. Sólo restan tareas más livianas y el pánico, pero nunca la perdición. Ofreced sin más vuestros votos y plegarias a los dioses y con sangre tibia haced libaciones en los altares. Y no volváis la espalda ante los males. Marte Gradivo os asistirá, y el propio vate de Delos[47] apartará los peligros más cer- 330
canos, él que es conocido por haber paliado siempre las penalidades de los troyanos. Pero previamente, antes que a cualquier otro dios, que humeen cien altares en honor a Júpiter, que con cien cuchillos se inmolen víctimas. Él, con su poder, sabrá desviar hacia Libia los terribles nubarrones y las crueles tempestades de la guerra. Vosotros mismos podréis verlo, en medio del convulso universo, agitar su égida para el combate».

Cuando escucharon este mensaje proclamado desde las cuevas del Parnaso y las palabras de la divinidad llegaron a oídos del vulgo, subieron a porfía a las alturas del Capitolio, se pos- 340
traron ante Júpiter y honraron el templo con la sangre de los sacrificios. Entonaron luego un peán[48] para rogar que la respuesta del oráculo fuera cierta.

Mientras tanto Torcuato[49], envejecido en el oficio de las armas, agitaba las tierras de Cerdeña con un ejército de compatriotas. Y es que, jactancioso por su nombre de origen ilíaco, Hampságoras había requerido a los tirios para reanudar la guerra. Su hijo Hosto, ilustre descendencia para un guerrero, no merecía tal padre. En efecto, confiado en la radiante juventud de su hijo y contrario a la paz, Hampságoras intentaba revivir con las armas sus años vigorosos aunque sin fuerzas, siguiendo las

[47] Apolo, nacido en Delos.

[48] Himno en honor de Apolo.

[49] Durante su primer consulado, T. Manlio Torcuato (cfr. XI, 73) sometió Cerdeña en el 235. Hampságoras (Hampsícora, según Livio, *AVC* XXIII.32.10) era el cabecilla de los insurrectos sardos, y presumía de que sus ancestros eran troyanos llegados a la isla después del saqueo de Troya.

costumbres bárbaras. Cuando Hosto vio que Torcuato mudaba a toda prisa sus enseñas y su ejército avanzaba ávido de lucha, dado que conocía perfectamente las trampas del terreno, escapó por los lugares más recónditos y apartados del bosque y, tomando un atajo que sabía de antemano, se ocultó en un valle cubierto de matorrales y frondosas umbrías.

La isla, rodeada por un mar de estruendosas olas, remata en punta sobre las aguas y, comprimida por la corriente, perfila el irregular terreno dándole la apariencia de un pie desnudo. De ahí que los colonos griegos con anterioridad la llamaran Icnusa[50]. A continuación Sardo, orgulloso de su noble sangre, la del Hércules libio, cambió el nombre de la isla por el suyo propio. Teucros errantes por el mar arribaron también y fijaron allí su sede, forzados después de la destrucción de Pérgamo. No menos gloria, Yolao, concediste tú a estas tierras cuando trajiste la tropa de los tespíadas junto con la flota de tu padre[51]. Cuenta la leyenda que, cuando Acteón[52], mutilados sus miembros, pagó el castigo por haber visto a Diana en la fuente, su padre Aristeo, asombrado por tan insólito infortunio, huyó por los mares y llegó hasta este retiro sardo. Se dice que su madre, Cirene, le mostró esta tierra desconocida. El país está limpio de serpientes y libre de venenos, pero su clima es desapacible y está viciado por los numerosos pantanos. La parte orientada hacia Italia es una barrera abrasada y rocosa que bate el mar con una amplia línea de escollos. En el interior, el excesivo calor reseca los campos amarillentos cuando el Austro[53] sopla bajo

[50] Del griego ἴχνος (lit. «la planta del pie»). Sardo, hijo de Maceris (el Hércules de los libios y egipcios), desembarcaría más adelante en las costas de Cerdeña al frente de una expedición y pondría su nombre a la isla.

[51] Tras la muerte de Hércules, su sobrino Yolao procuró encontrar un asentamiento para la numerosa descendencia del héroe. La mayoría de los Tespíadas (cfr. XI, 19) se estableció en Cerdeña, junto con la tropa del padre de Yolao, Ifícles, hermanastro de Hércules.

[52] Acteón, hijo de Aristeo y Autónoe, se hallaba cazando en el Citerón cuando vio a Diana desnuda, bañándose en un manantial. La diosa, enojada, lo convirtió en ciervo y azuzó contra él a sus propios perros, que lo devoraron. Aristeo era hijo de Apolo y la ninfa Cirene.

[53] Se trata, más bien, del Siroco, viento seco del sur procedente de África.

el signo de Cáncer. El resto de la isla se nutre de los dones que dispensa Ceres[54].

Con esta naturaleza del terreno, Hosto eludía una y otra vez a Torcuato a través de bosques intransitables; para el combate confiaba en las fuerzas sidonias y en sus compañeros de fatigas, los iberos. Después que éstos amarraron sus naves a puerto, crecieron los ánimos de Hosto que, sin más dilación, salió de su escon- 380
drijo. Frente a frente, los ejércitos se erizaban de lanzas, se les hacía larga la espera para ir al encuentro y enzarzarse. La extensión de campo abierto que separa a ambos ejércitos se apresuraban a estrecharla arrojando desde lejos lanzas, hasta que se llega a la espada, arma solvente y sumamente fiable. Terrible fue la carnicería que siguió: abaten y son abatidos; tanto de uno como de otro bando dejan la vida en la terrible punta de la espada.

Ciertamente no podría aspirar a revelar las innumerables muertes y tantos sucesos horribles como tan grandiosas acciones merecen, ni pretendo adecuar mis palabras al ardor de los combatientes. Pero tú, Calíope[55], permite que nuestra obra transmita 390
a los tiempos venideros las hazañas apenas conocidas de un gran hombre y dedicar al poeta inspirado el honor que merece. Ennio[56], de la vieja estirpe del rey Mésapo[57], se batía en primera línea, y la ilustre distinción de la cepa latina[58] adornaba su diestra. La escabrosa tierra de Calabria lo enviaba, en la vetusta Rudias nació. Hoy Rudias es un nombre conocido sólo por su hijo. Lo mismo que en otro tiempo el poeta tracio[59], cuando

---

[54] Cerdeña y Sicilia eran los principales productores de trigo de Italia.

[55] Silio vuelve a dirigirse a la musa de la poesía épica (cfr. III, 322) para reflejar la importancia del tema que a continuación va a narrar.

[56] Q. Ennio, el célebre poeta épico (239-169), natural de Rudias, en Calabria. Efectivamente participó en la Segunda Guerra Púnica, prestando su servicio en Cerdeña con las tropas auxiliares romanas. Cfr. M. PINTO (1953), pp. 224-229.

[57] Rey epónimo de Calabria, también conocida como Mesapia. Era hijo de Neptuno. Cfr. especialmente Virgilio, *Eneida* VII, 691.

[58] Quiere esto decir que era centurión. Cfr. nota a VI, 43.

[59] Orfeo formó parte de la expedición de los Argonautas. Después de hacer escala en Cícico, donde fueron todos tratados con amistosa hospitalidad, se hicieron de nuevo a la mar, pero una tempestad los devolvió de noche a la costa. Creyendo que los Argonautas eran piratas, los habitantes los ata-

Cícico se lanzó contra Argo, que la atacaba, soltó su plectro para arrojar sus dardos rodopeos[60], así también podía verse a Ennio causando no poco estrago entre los guerreros; y el ardor de su diestra crecía a la par que el número de sus víctimas. A su encuentro acude Hosto, con la esperanza de alcanzar la gloria eterna deshaciéndose de tan insigne plaga; con todas sus fuerzas le arroja su lanza. Recostado sobre una nube, se ríe Apolo de su intento inútil y desvía lejos el proyectil, a los vientos. A continuación añadió: «Excesiva, joven, excesiva es la soberbia con que has desperdiciado tu esperanza. Este poeta es sagrado, por él se desvelan vivamente las hermanas aonias[61] y es digno de Apolo. Él será el primero en cantar en verso heroico[62] las guerras de Italia y ensalzará a los grandes jefes hasta el cielo; él enseñará al Helicón a repetir en eco los ritmos latinos y no habrá de ceder en gloria o fama ante el anciano de Ascra»[63]. Así habló Febo, y una flecha vengadora atravesó las sienes de Hosto. Conmocionadas por el triste final del joven, sus tropas huyen por el campo; los desperdigados escuadrones vuelven también la espalda. Al enterarse de la muerte de su hijo, el padre, rabioso de cólera, prorrumpió en terribles gemidos a la manera de los bárbaros, se atravesó su pecho jadeante y siguió los pasos de su hijo hasta el reino de los manes.

Por su parte, el caudillo de Libia, derrotado por Marcelo y aplastado tras la encarnizada batalla, renunció a un enfrentamiento en campo abierto y volvió sus armas contra la desdichada Acerras[64] para un combate desigual. Cuando hubo rendido esta ciudad al fuego y la espada, se lanzó sobre Nuceria con una ira no menor ni más compasiva, y devastó las murallas a ras de

---

caron. En la refriega, el rey Cícico, epónimo de la isla, murió a manos de Jasón. El episodio completo aparece en Valerio Flaco, *Arg.* II, 629-III, 480.

[60] El Ródope es una montaña de Tracia. Silio se esfuerza en relacionar a Ennio con Orfeo, pintando a ambos como poetas guerreros.

[61] Cfr. VIII, 594.

[62] Ennio sustituyó el viejo verso saturnio que utilizaron Livio Andrónico o Nevio por el hexámetro dactílico, el «verso heroico».

[63] Lugar de nacimiento de Hesíodo, en Beocia. El Helicón era una montaña en Beocia, consagrada a Apolo y las Musas.

[64] Sobre Acerras, cfr. nota a VIII, 535. Sobre Nuceria, cfr. VIII, 532.

suelo. Después de enfrentarse a las inocentes armas de sus defensores, sólo a duras penas y mediante argucias pudo abrir las puertas de Casilino[65], pagando la vida de los asediados a precio de oro. Guiando luego sus efectivos a través de las llanuras de Daunia, volvió su rabia adonde lo atrajese el botín o su pro- **430**
pio furor.

El humo salía de los edificios derruidos de Petilia[66] en llamas; Petilia infeliz a causa de su lealtad, sucesora de la desdichada Sagunto, por más que en otro tiempo guardara llena de orgullo la aljaba de Hércules[67].

También Tarento[68] se puso del lado de los tirios, y ciertamente los cartagineses habían entrado por sus puertas. Sin embargo, sobre su resplandeciente ciudadela se había instalado una compacta guarnición de Ausonia, segura en su posición. El propio Aníbal urdió un plan sorprendente: la flota tarentina permanecía bloqueada en una ensenada, pues el mar rompe contra los escollos por una estrecha bocana y, en su amplio reflujo, forma en las llanuras una dársena separada de la corriente[69]. **440**
Pues bien, todos aquellos barcos encerrados a los que la ciudadela superpuesta impedía llegar al puerto, con astucia Aníbal los hizo salir del mar que los bloqueaba, y los llevó por tierra firme, justo por el lado contrario. Bajo los carros de madera colocaron rodillos deslizantes. Desplazándose por pieles de novillos recientemente sacrificados, la rueda llevaba la nave marina a través de la pradera. Y así, conducida hasta la costa

---

[65] Ciudad, a orillas del Vulturno, al noroeste de Capua.

[66] Petilia o Petelia, ciudad del Brucio fundada por Filoctetes (hoy *Stromgoli*). Según Livio, *AVC* 23.30.1, la plaza fue tomada por Himilcón.

[67] Filoctetes fue el único que obedeció a Hércules y prendió fuego a la pira en la que habría de morir, en el monte Eta. Como premio, el héroe le regaló su arco y sus flechas, que Filoctetes guardaría en Petilia.

[68] Sobre el asedio de Aníbal a Tarento y su posterior defección, cfr. Livio, *AVC* 25.7.10-25.11.20. Silio introduce aquí un hecho histórico correspondiente al 213 ó 212 a.C. Por otra parte, es recurrente en nuestro autor el falseamiento de la verdad histórica en aras del relato épico.

[69] Efectivamente, la ciudadela de Tarento presentaba el aspecto de una isla, a la que encerraban por un lado el mar, por el otro el canal. Aníbal transportará las naves por tierra, a través de la ciudad que ya se le había rendido, y hasta el puerto, con el fin de cercar la ciudadela.

por colinas y zarzales, fue como pudo penetrar en el mar aquella flota sin remeros.

En tanto que Aníbal aterrorizaba los mares con su extraña manera de transportar las naves, una noticia le llenó de ardiente zozobra: mientras él se hallaba lejos intentando vencer a los descendientes de Ébalo[70] y era el primero en surcar los campos con espolones de navíos, las murallas de Capua habían sido sitiadas, los mismos cerrojos de las puertas habían sido arrancados y una guerra total se cernía sobre sus desdichados habitantes. Enfurecido, abandonó su empresa: a un tiempo la vergüenza y la cólera le dan alas, con terrible ímpetu sale corriendo por las regiones contiguas y, entre amenazas, se vuelca ansioso al combate. No de otro modo que salta una tigresa trastornada por la pérdida de sus crías, en pocas horas recorre enloquecida el Cáucaso y de un ligero salto atraviesa el Ganges hasta que, con la velocidad del rayo, reconoce las huellas de sus cachorros y, dando caza a su enemigo, descarga su rabia.

Le hizo frente Centenio[71], pero fue inmediatamente derrotado y sus tropas dispersadas. Hombre de temeraria audacia y siempre dispuesto al peligro, proporcionó, sin embargo, poca gloria a Aníbal. En efecto él, que había llevado la cepa latina[72], había reclutado improvisadamente a labradores, y fue con este ejército mal armado con el que se enfrentó al enemigo para caer abatido. Catorce mil hombres fueron empujados a la muerte, y el ejército no se detuvo ahí. Otros catorce mil comandaba, debidamente armados, Fulvio[73], no más ducho con la espada pero de ilustre origen. Y, del mismo modo, Aníbal se abrió camino por entre los cadáveres caídos aquí y allá, sin permitir demorar más su marcha triunfal. Dispuesto a granjearse fama y prestigio de espíritu caritativo, sólo lo detuvieron los funerales por una

---

[70] Antiguo rey de Esparta. Aquí Silio se refiere, de forma general, a los espartanos, quienes colonizaron Tarento.

[71] M. Centenio Pénula, centurión primipilo que aparece en Livio (*AVC* 25.19.9 ss.).

[72] Era centurión. Cfr. nota a VI, 43.

[73] Cn. Fulvio Flaco, pretor en el 212, del que Livio dice que igualaba a Centenio en necedad y temeridad (*AVC* 25.21.9).

muerte que le colmó de alegría. Y es que, víctima de una insidia (hecho abominable) y asesinado por su huésped mientras solicitaba una entrevista para lograr la adhesión de la pérfida nación lucana, Graco[74] murió envuelto en una oscura emboscada. El libio se arrogó el honor de enterrarlo.

Pero, cuando se supo que el cartaginés corría hacia las murallas, ya nada permaneció en su sitio: los dos cónsules[75] acudieron rápidamente; de Nola llegaron todos los efectivos; Fabio[76], en la flor de su edad, venía a marchas forzadas con sus hombres desde Arpos. De un lado Nerón, del otro Silano[77] a todo correr, apremiaban a sus cohortes noche y día para librar batalla cuanto antes. De todas partes confluyen; se decide que todos los generales se enfrenten al mismo tiempo al joven caudillo. Éste se instaló sobre el Tifata[78], el monte que se alza justo al lado de las murallas. Desde esa posición elevada dominaba la ciudad a sus pies. Pero, cuando se vio rodeado por tantos ejércitos que bloqueaban las puertas de sus aliados, de manera que a él le resultaba imposible entrar y a los de Capua salir, se alarmó ante el desenlace de la situación, y lo mismo meditaba romper con la espada el cerco de los asaltantes que maquinaba un cambio de plan y buscaba una artimaña con que alejar a tantos miles de guerreros y desbloquear así los muros asediados. Así reflexionaba consigo mismo, éstas eran las preocupaciones que azoraban su corazón: «¿Adónde me llamas, mente enfermiza? ¿Otra vez tendré que arrostrar peligros pese a que las condiciones del terreno no me favorecen? ¿Habré de dar la espalda mientras toda Capua me observa? ¿O acaso deberé soportar, sentado en lo alto de este monte cercano, que los hogares de mis aliados sean derruidos ante mis propios ojos? No me vieron tan desconcer-

[74] Ti. Sempronio Graco, que estaba al frente de un ejército en Lucania (cfr. v. 69). Según Livio (*AVC* 25.16.5), el anfitrión era un lucano de nombre Flavo.

[75] Q. Fulvio Flaco y A. Claudio Pulcro, cónsules en el 212.

[76] Q. Fabio Máximo, hijo de Fabio *Cunctator* y cónsul en el 213 junto con Graco.

[77] En este año de 212, C. Claudio Nerón y M. Junio Silano eran pretores.

[78] Monte cercano a Capua.

tado ni Fabio ni su prefecto de caballería[79] cuando escapé victorioso de colinas asediadas por soldados de Hesperia, dispersando novillos por los campos después de prender fuego a sus cuernos. Aún no he perdido todas mis argucias: si se nos niega defender Capua, se nos permitirá sitiar Roma».

Después que tomó esta decisión y tal parecer se grabó en su mente, sin esperar a que el Titán[80] extrajera del mar sus corceles que exhalan la luz del día, apremió con voces y gestos a sus soldados para que formaran y les reveló sus grandiosos designios: «¡Vamos, adelante, soldado! ¡Vence con coraje cualquier fatiga y, con la cabeza alta, aligera tus pasos todo lo que puede alcanzar un humano! A Roma te diriges. ¡Este camino lo empedraron para ti los Alpes, Cannas lo empedró! ¡Adelante, golpea con tu escudo las murallas de Ilión! ¡Resárcete de la ruina de Capua! Su caída será saldada suficientemente si puedes contemplar el Palatino, si puedes ver al Tonante expulsado de su morada Tarpeya».

Espoleados, redoblan sus pasos. Roma se clava en sus oídos, Roma en sus ojos. Creen que, gracias a la habilidad de su general, esta empresa habrá de resultar más oportuna que si los hubiera conducido directamente desde aquel llano tan funesto para los Enéadas[81]. Rápidamente cruzan en barcas las aguas del Vulturno, al tiempo que la retaguardia prende fuego a todas las naves para retardar el avance de los ítalos. Dispuestos luego en compañías ligeras, recorren los campos de Sidicino[82] y la tracia Cales: tu casa, Oritía, que toma el nombre de tu hijo. Devastan a continuación los campos de Alifas, tan gratos a Íaco, y la tierra en que moran las ninfas de Casino. Pasan luego a la vecina Aquino y a Fregelas[83], donde un Gigante enterrado echa humo: también las arrasan con sus veloces tropas. Desde allí, continúa

[79] Alusión al episodio narrado en VII, 272 ss., en el que Aníbal pudo escapar de Fabio y su lugarteniente Minucio mediante el ardid de prender ramas secas atadas a cuernos de reses. Hesperia en esta ocasión designa a Italia.

[80] El Sol. Cfr. nota a I, 209.

[81] Cannas.

[82] Cfr. nota a VIII, 514. Sobre Alifas, famosa por sus viñedos, cfr. nota a VIII, 535. Íaco es un sobrenombre de Baco (cfr. VII, 187).

[83] Sobre Aquino, cfr. VIII, 403; sobre Fregelas, cfr. V, 542.

Aníbal su presurosa marcha a través de las elevadas cumbres donde está enclavada la belicosa Frusino, sobre escarpadas rocas, y por donde se yergue, sobre una abultada cresta, Anagnia[84], la que ofrece a Ceres sus fértiles tierras. Y ya, por fin, entra en las llanuras y los campos de Labico[85], y deja los muros de Telégono abatidos por el ariete, despreciable rémora en medio de tan grandiosas hazañas. Y no lo detienen ni la belleza del Álgido[86] ni las cercanas casas de Juno en Gabies. En furioso torbellino se lanza Aníbal sobre las orillas en que el gélido Anio se desliza en silencio, serpenteando suavemente con sus aguas sulfurosas hacia su padre Tíber.

Después que plantó orgulloso sus enseñas en aquel lugar y delimitó el campamento, su caballería hizo temblar las orillas. Y fue Ilia[87], aterrorizada por la agitación de las aguas, la primera en ocultarse en la sagrada cueva de su esposo. Acto seguido, todas las ninfas huyeron de la corriente. Las mujeres latinas, como si no quedase en pie muralla alguna, vagan enajenadas de un lado a otro, corriendo sin sentido[88]. Ante sus azorados ojos aparecen las sombras mutiladas de quienes encontraron la muerte junto al infausto Trebia y junto a las aguas del Tesino. Paulo y Graco, ensangrentados, y con ellos Flaminio, desfilan ante la vista de estas desdichadas. La muchedumbre atesta las calles. El Senado permanece altivo y encrespado de ira; con torvo semblante logra vencer su tremendo pánico. A veces, no obstante, las lágrimas brotan calladamente bajo algún casco: ¿qué amenazas nos prepara la Fortuna?; ¿qué están planeando los dioses? Los soldados, diseminados en las elevadas torres, meditan consigo mismos que se ha llegado a un extremo en que Roma bien puede conformarse con defender sus muros.

[84] Sobre Frusino y Anagnia, cfr. VIII, 398 y 392, respectivamente.

[85] Cfr. VIII, 366. Los muros de Telégono designan a Túsculo (cfr. VII, 692).

[86] El monte Álgido se halla en el Lacio, cerca de Túsculo. Gabies es una antigua ciudad del Lacio, entre Roma y Preneste.

[87] Ilia se identifica con Rea Silvia, madre de Rómulo y Remo. Su padre Amulio mandó que la arrojaran al río Tíber, después que diera a luz a los gemelos hijos de Marte. Allí se convirtió en la esposa del dios-río.

[88] Para todo este pasaje, cfr. Livio, *AVC* 23.9.

El cartaginés concedió a sus guerreros, extenuados por la rápida marcha, apenas una noche entera para dormir. Él, mientras, permanecía en vela, impasible a cualquier descanso: creía que el tiempo que se gana de sueño se pierde de vida. Se cubrió con su radiante armadura y ordenó a los escuadrones nómadas que avanzaran. Acto seguido, cabalgó él a toda brida en torno a las convulsas murallas de Roma, sobresaltada por el eco que producía el galope de su corcel. Ya examina los accesos, ya golpea las puertas cerradas con la funesta punta de su lanza, regocijándose del miedo de los sobresaltados ciudadanos. Ya se aleja tranquilo hasta una elevada colina para penetrar con sus ojos en la Ciudad, conocer sus lugares y los orígenes de dichos lugares. Y todo lo habría escudriñado con su vista, en todas partes habría clavado sus ojos, si no hubiese llegado Fulvio[89] con gran tumulto, sin haber abandonado por completo el asedio de Capua. Sólo entonces el caudillo volvió sus triunfantes escuadrones hacia los campamentos, con el corazón contento por haber divisado Roma.

Y, en cuanto la noche desapareció en el cielo, en cuanto Neptuno enrojeció con los primeros destellos de luz y la Aurora volvió a invitar al trabajo, Aníbal, exultante, lanza sus tropas a través de una brecha abierta en la empalizada, gritándoles con todas sus fuerzas: «En nombre de vuestras innumerables proezas, compañeros, en nombre de vuestros brazos consagrados con sangre derramada, marchad todos con la misma bravura y exhibid en combate tanta audacia como Roma temor. Destruid este último escollo y ya no os quedará nada que conquistar en el mundo entero. Que no os detenga el origen de este pueblo, nacido de Marte. Vais a tomar una ciudad en la que ya entraron miles de senones[90]; está, por tanto, acostumbrada a que la tomen. Tal vez esos viejos, siguiendo el ejemplo de sus abuelos, os aguardan ya en sus altivas sillas curules para un noble fin, según su tradición, y se están preparando para morir».

Así habló el cartaginés. Pero, enfrente, los jóvenes enotrios no necesitaban discursos ni consignas de su general. Ya los ani-

[89] Q. Fulvio Flaco. Cfr. v. 471.

[90] Alusión a la toma de la ciudad por parte de los galos senones comandados por Breno, en el 390 a.C.

man bastante las mujeres, los niños y los rostros queridos de sus padres, quienes, entre lágrimas, tienden al cielo sus manos supli- 590
cantes. Muestran las madres a sus pequeños, cuyo llanto exalta y conmueve los corazones de los guerreros, y colman de besos sus brazos armados. Desean marchar y oponer todos juntos su pecho ante los muros. Se vuelven para mirar a los suyos y reprimen su llanto. Sin embargo, tan pronto como, giradas sobre sus goznes, se abrieron las puertas y el ejército saltó blandiendo sus armas, un lamento mezclado con gemidos y súplicas cundió por los elevados muros hasta el cielo; con los cabellos sueltos y yendo de un lugar para otro, las mujeres lanzaban alaridos y desnudaban sus pechos.

Rápidamente, Fulvio se colocó delante de los ejércitos y 600
dijo: «¿Quién puede ignorar que el cartaginés no llegó hasta nuestros penates por un capricho suyo? Ha salido huyendo de las mismas puertas de Capua». Y, cuando se disponía a seguir hablando, le interrumpió un tremendo fragor del cielo, seguido de un enorme estruendo y tormentas provocadas por repentinos nubarrones.

Regresaba Júpiter del país de los etíopes cuando vio al cartaginés acercarse amenazante hacia el baluarte de Rómulo. Emplazó inmediatamente a los moradores del cielo y les ordenó que defendieran las moradas dardanias y se esparcieran por las siete ciudadelas. Él mismo, desde lo alto del monte Tarpeyo, haría acopio de todos sus recursos: los vientos, las nubes, la furia 610
del granizo, los rayos, los truenos y los negros temporales. Sacudido, el firmamento tembló, el cielo se cubrió de tinieblas y la noche sepultó la tierra bajo su negro manto. La borrasca ciega los ojos y oculta Roma al enemigo pese a que se hallaba cerca. Despliegan sus estridencias los relámpagos arrojados por entre las nubes contra los escuadrones, el fuego penetra silbando en los cuerpos. Libran batalla de un lado el Noto, de otro el Bóreas, más allá el Ábrego de sombrías alas, todos ellos capaces de saciar la ira que Júpiter encierra en su ánimo y su corazón. Fluyen raudales de agua mezclados con un torbellino negro como 620
pez y una oscura tormenta, y todos los campos en derredor quedan envueltos por espumosas olas. Desde la elevada cumbre del monte, el rey de los dioses alza la diestra y arroja su rayo que

golpea el escudo del general, decidido a no retroceder. En el extremo de su lanza, la punta se ha fundido y su espada se ha derretido como deshecha en una fragua.

Pese a tener sus armas quemadas, el caudillo sidonio trataba de mantener firmes a los suyos y les demostraba que eran ciegos los fuegos que procedían de las nubes y vanos los rugidos del viento[91]. Finalmente, después de las penalidades de los suyos y el cataclismo del cielo, como no vieran enemigo alguno entre la tempestad ni tampoco sus espadas, ordena Aníbal que las enseñas retornen a los campamentos y reaviva su funesta cólera: «Sin duda, Roma, debes agradecer a los vientos y a la procelosa tempestad que hayas sobrevivido un solo día. Pero la luz de mañana no te sustraerá a nosotros, por más que Júpiter en persona bajara a la tierra». Mientras esto dice rechinando los dientes, un nítido resplandor brilla sobre el cielo sereno y el éter, purificado, se ilumina al disiparse las nubes. Los Enéadas advirtieron la presencia del dios y, bajando sus armas, alzaron sus manos sumisas hacia el elevado Capitolio. Ciñen de festivo laurel el santuario del monte. Fue entonces cuando pudieron ver el rostro ya alegre de Júpiter, empapado en abundante sudor: «Concédenos, oh, tú, el más grande de los dioses; concédenos, padre, que por obra de tu arma sagrada caiga el libio en mitad del combate. Ninguna otra diestra puede hacerlo sucumbir».

En ese preciso instante el silencio se apoderó de los que así imploraban, después que el Héspero hubo sepultado la tierra bajo las negras sombras de la noche. Tan pronto como éste fue cubierto por el Titán que alzaba su rutilante antorcha devolviendo a los mortales a la vida diaria, apareció el cartaginés y los guerreros enotrios no permanecieron por más tiempo en sus campamentos. Las espadas aún no habían sido desenvainadas, y el espacio que mediaba para la batalla era el que puede recorrer un tiro de lanza, cuando, de repente, el resplandor del cielo comenzó a debilitarse, surgieron espesas tinieblas, el día se desvanecía y Júpiter comenzaba a armarse de nuevo para la guerra. Arremeten los vientos y comienza a bullir la compacta masa de

[91] Cfr. el parecido de estos versos con los reproches de Yarbas a Júpiter (Virgilio, *Eneida* IV, 208 ss.).

nubes que el Austro hace girar. El propio Júpiter truena y hace que se estremezcan el Ródope, el Tauro, el Pindo y el Atlas[92]. Las lagunas del Érebo lo escucharon y Tifeo[93], enterrado bajo profundas tinieblas, pudo reconocer la guerra que se libraba en el cielo. Se lanza el Noto y, arrojando una nube negra como pez cargada de granizo, envolvió al perplejo general, que profería vanas amenazas, y lo obligó a regresar a su campamento.

Pero, en cuanto se despojó de sus armas y se refugió tras la empalizada, el Olimpo sereno descubrió su rostro alegre y no podría creerse que tan bonancible Tonante hubiera empuñado rayo alguno, ni que los truenos hubieran sacudido un cielo tan apacible. Persiste Aníbal asegurándoles que sólo con que vuelva a sus diestras el coraje de sus antepasados y que ellos, los cartagineses, crean que la destrucción de Roma no es un sacrilegio, ya no habrá de cebarse más con ellos la rabia del cielo. Y es que –se preguntaba él– dónde habían estado los rayos del invencible Júpiter cuando él mismo, con su espada, cubría de cadáveres los campos etolios[94], dónde cuando las aguas tirrenas[95] rebosaban con la sangre de los guerreros romanos: «Si el rey de los dioses –decía– lucha en favor de estas murallas y nos arroja desde su alta morada tantos y tantos proyectiles, ¿por qué entre tanta confusión iba a sentir pudor en aniquilarme a mí, que le hago frente? ¿Es que vamos a dar la espalda y huir de vientos y tempestades? Os ruego que recobréis aquel espíritu y coraje con el que decidisteis reanudar el combate cuando los pactos y los tratados del Senado eran adversos»[96]. Así inflamaba sus corazones, hasta que, por fin, el Titán desenganchó

[92] El Ródope está en Tracia y el Pindo, en Tesalia; el Tauro está en Cilicia (Asia Menor) y el Atlas en el norte de África. Silio quiere reflejar una conmoción en todo el universo, representada aquí no sólo por montañas situadas en los puntos más distantes de la tierra sino también por los Infiernos y los Gigantes sepultados bajo la tierra.

[93] Monstruoso ser, hijo de la Tierra y el Tártaro, con cuerpo alado y 100 cabezas. Derrotado por Júpiter, fue sepultado bajo el Etna. En VIII, 540, sin embargo, Tifeo se halla bajo la isla de Inárime (hoy *Ischia*).

[94] Alusión a su victoria en Cannas. Etolia designa a Apulia (cfr. I, 125).

[95] El lago Trasimeno, en Etruria.

[96] Esto es, cuando Aníbal rompió el tratado con Roma dando lugar a la Segunda Guerra Púnica.

los espumantes frenos de sus corceles. Pero la noche no calmó sus inquietudes, ni el sueño osó acercarse a un guerrero tan alterado: con el nuevo día renació su locura. De nuevo llamó a las armas a sus sobresaltados hombres, golpeó de forma terrible su escudo y con sus armas imitó los rugidos del cielo.

Sin embargo, en cuanto tuvo noticia de que los Padres de Ausonia, que tanta confianza depositaban en los dioses, habían enviado tropas auxiliares a las orillas del Betis y de que el destacamento había salido de las murallas durante la noche, se enfureció porque los asediados pasaban su tiempo tan apaciblemente y porque Roma no se inquietaba lo más mínimo por Aníbal, y atacó con mayor vehemencia. Y, ya estaba cerca de los muros, cuando Júpiter habló a Juno, angustiada por la zozobra, y con estas advertencias la aplacó: «¿Es que nunca vas a poner freno, esposa y hermana mía tan querida, a este joven sidonio, a este hombre cuya fiereza no tiene límites? Sea que haya destruido Sagunto, que allanara los Alpes, que impusiera cadenas al sagrado Erídano o que mancillara los lagos[97]. ¿Es que va a pretender también entrar por la fuerza en nuestras moradas y en nuestra ciudadela? Detén a este hombre, pues, ya lo estás viendo, reclama fuego y, encendiendo sus antorchas, pretende imitar mis rayos».

Ante este aviso, la Saturnia le dio las gracias y, alarmada, bajó volando a través del aire hasta agarrar de la mano al joven guerrero: «¿Adónde te precipitas, insensato? ¿Pretendes emprender una guerra que está por encima de lo permitido a un mortal?», dijo Juno, y, disipando la negra nube, se mostró con su verdadero aspecto. «No estás tratando ahora con un colono frigio o laurentino[98]. Ea, ven, que yo apartaré de tus ojos la nube un momento y dejaré que veas todas las cosas. Mira, allí donde se alza hasta el cielo la elevada cumbre del monte que el rey parrasio[99] denominó

[97] El Trasimeno.

[98] El colono frigio es Eneas, llegado de Troya, a quien el rey de Laurento, Latino, entregó su hija Lavinia en matrimonio.

[99] Parrasia es una ciudad de Arcadia. El rey Evandro era oriundo de Palanteo, en Arcadia. Antes de la llegada de Eneas al Lacio, Evandro había fundado, sobre el monte que después sería el Palatino, una colonia llamada Palantio. Cfr. Livio, *AVC* 1.5.1 ss.; Virgilio, *Eneida* VIII, 51 ss.

Palatino, se encuentra Apolo con su aljaba repleta y resonante, tensando su arco y preparándose para la lucha. Y allí, donde se yergue la gran mole del Aventino, junto a aquellas colinas cercanas, ¿no ves a la joven Latonia[100] agitando las antorchas que ha prendido en las aguas del Flegetonte[101], con los brazos desnudos y ansiosa por luchar? Observa también cómo, en el otro lado, Gradivo, con sus crueles armas, ocupa el campo de su mismo nombre[102]. Aquí Jano agita en su mano las armas, allá Quirino, cada divinidad desde su colina[103]. Y mira cuán grande es Júpiter y cómo agita su égida[104] que vomita tempestades y llamas, con cuánto fuego alimenta furioso su cólera. Vuelve hacia aquí tu rostro y atrévete a mirar al Tonante: ¡Observa qué borrascas, cuántos truenos se producen bajo su voluntad con sólo mover la cabeza! ¡Qué fuego brilla en sus ojos! En fin, cede ante los dioses y desiste de esta guerra de Titanes.» 720

Eso dijo Juno a este guerrero reacio a la paz y la mesura, y lo apartó de sus propósitos mientras miraba asombrado el rostro y los resplandecientes miembros de los dioses. Así fue como la diosa restableció la paz en la tierra y en el cielo.

El caudillo se retiró mirando atrás y ordenó que las enseñas fueran arrancadas y sacadas del campamento, luego amenazó con volver en un futuro. Al instante, la luz del sol en el cielo se volvió más brillante, y el trémulo azul refulgió al impregnarse de Febo. 730

Cuando, desde sus murallas, los Enéadas divisaron a lo lejos que se arrancaban las enseñas y que el caudillo daba media vuelta, intercambiaron en silencio sus miradas y con un gesto indicaron lo que no se atrevían a creer, presos aún de un tremendo pánico. No pensaban que tuviera intención de retirarse, sino que se trataba de un ardid, una artimaña propia de la mente

---

[100] Diana tenía un templo en el Aventino.

[101] Uno de los ríos del Infierno. Cfr. nota a II, 610.

[102] El Campo de Marte.

[103] Jano desde el Janículo, Quirino desde el Quirinal.

[104] Escudo que suelen compartir Júpiter y su hija Minerva. Su nombre alude al material de que está hecha, la piel de la cabra (gr. αἴξ) Amaltea, que amamantó al padre de los dioses.

cartaginesa. Las madres besaban en silencio a sus hijos hasta que el ejército, que seguía avanzando, desapareció de su vista; sus miedos se disiparon y se desvaneció cualquier sospecha de engaño.

Entonces sí que corrieron de todas partes al templo del Capitolio; se abrazan unos a otros y, con un griterío confuso, proclaman el triunfo de Júpiter Tarpeyo y coronan de guirnaldas el santuario. Inmediatamente abren todas las puertas: de cada rincón se precipita gozoso el vulgo, ansioso de una alegría que ya hacía tiempo que no esperaban. Unos miran en dónde estaban asentadas las tiendas del rey[105] Aníbal; otros a qué lugar se subía para convocar y hablar a sus tropas, dónde acampaban los belicosos astures, dónde los terribles garamantes y los crueles amonios[106]. Bañan luego sus cuerpos en las vivas aguas del río y erigen altares a las ninfas que habitan en el Anio. Después de purificar las murallas, vuelven a la ciudad en fiesta[107].

[105] Para los romanos, la denominación de *rey* era especialmente execrable. Aquí, por tanto, se está despreciando la figura de Aníbal.

[106] Cfr. Virgilio, *Eneida* II, 27 ss., donde los troyanos, llenos de gozo, observan la posición en que estaban acampados los griegos.

[107] Se trata de diferentes ceremonias religiosas de agradecimiento por la marcha de Aníbal.

Libro XIII

Pausadamente recorrían el camino y apenas habían dejado de ver las cumbres tarpeyas, cuando el caudillo agenóreo volvió hacia la Ciudad una mirada torva y se preparaba para regresar. Dispuso sus campamentos donde el Tutia[1] encauza, sin orillas que estropeen los prados, su escaso y humilde curso hasta verterlo en silencio y sin gloria en el río toscano. Una vez allí, lanzó reproches contra sus guerreros principales, contra las consignas de los dioses y contra sí mismo: «Tú que hiciste crecer las aguas lidias con tantos muertos, tú que con el ruido atronador de tus armas has sacudido el país daunio[2], di ¿a qué territorio diriges sin ánimo tus enseñas? ¿Qué espada o qué lanza han atravesado tu pecho? Si ante tus ojos apareciera ahora tu madre Cartago con su sublime figura coronada de torres, ¿qué excusa alegarías por tu retirada, soldado que sigues intacto? "Huyo, patria mía, de las lluvias, de tempestades acompañadas de granizo, de los truenos." Alejad de vosotros, naciones tirias, esta plaga afeminada que no sabe ejercitar el oficio de Marte si no es bajo un tiempo apacible y un cielo claro».

Persistía aún su temor hacia los dioses, sus armas conservaban todavía el olor del rayo, ante sus ojos tenían el enfrenta-

[1] Riachuelo afluente del Anio, al sudeste de Roma. El río toscano del que se habla es el Tíber.

[2] Las aguas lidias se identifican con el Trasimeno. El país daunio es Apulia, donde se encuentra Cannas.

miento con el airado Tonante. Sin embargo, mantenían sus ganas de obedecer y acatar cualquier orden que recibieran. Y poco a poco se propagaba por el aire y crecía en los ejércitos el deseo ardiente de volver atrás con sus enseñas. Del mismo modo, una piedrecita que atraviesa una masa de agua estancada, forma al principio unos pequeños círculos. Luego, las ondas hacen vibrar la trémula corriente con un movimiento expansivo y multiplican el número de anillos, cada vez más cerrados, de la ondulada superficie, hasta que el último círculo, de bordes más alejados, llega a tocar ambas orillas con su amplia curvatura.

No obstante, contra este plan se alzó Dasio, honra y orgullo de Argiripa[3]: en efecto, remontaba su ilustre origen a la estirpe del jefe etolio descendiente de Eneo[4]. Aunque de nombre distinguido y copiosas riquezas, era de frágil lealtad: se había aliado con el ardiente cartaginés, receloso del poder del Lacio. Rememorando la ancestral tradición de sus antepasados, Dasio señaló: «Como un ejército griego quisiera derrotar a la teucra Pérgamo después de una larga guerra, en tanto que Marte permanecía sin derramar sangre alguna al pie de las murallas, fue Calcante[5] (pues era así como el valerosísimo héroe Diomedes refería los recuerdos grabados en su mente a su suegro Dauno[6], quien una y otra vez le preguntaba en medio de los banquetes), Calcante fue quien aseguró a los impacientes dánaos que, a menos que se preocuparan de arrancar la imagen de la diosa de sonoras armas[7] del sitio en la ciudadela donde se hallaba guardada, Ilión nunca cedería ante el ejército terapneo[8], ni aquella que lleva el nombre

[3] Denominación griega de Arpos, en el norte de Apulia. Cfr. nota a IV, 554.

[4] Diomedes, héroe etolio fundador de Arpos y nieto de Eneo, rey de Calidón.

[5] Calcante era el más hábil adivino griego durante la guerra de Troya.

[6] Procedente de Iliria, Dauno se asentó en el sudeste de Italia, sobre Apulia; allí acogió al etolio Diomedes, que volvía de la guerra de Troya, y lo convirtió en su yerno.

[7] Epíteto de Palas. Cfr. Virgilio, *Eneida* III.544 y Valerio Flaco, *Arg.* I.74. La imagen de Palas es el sagrado Paladión (cfr. IX, 531).

[8] De la ciudad espartana de Terapne y, por extensión, espartano. Cfr. VI, 303. «La que lleva el nombre de Leda» es Helena, hija de Tindáreo y Leda. Amiclas es una pequeña ciudad cercana a Esparta, donde reinaba Menelao, el esposo de Helena.

de Leda podría regresar a Amiclas. Pues los dioses habían determinado que nadie pudiese atacar por la fuerza las ciudades en las que imperase esta figura. Fue entonces cuando mi ancestro el Tidida[9], acompañado del rey de Ítaca, entró en la mencionada ciudadela y, apartando con sus propias manos a los centinelas junto a las mismas puertas del templo, trajo de vuelta el divino Paladión y nos transmitió los males de Pérgamo, para nuestra perdición. En efecto, el propio Diomedes fundó una ciudad en tierras enotrias, afligido por su delito[10] y decidido a apaciguar a la divinidad frigia rindiéndole culto y calmar los penates de Ilión. Ya se alzaba el enorme templo en lo alto de la ciudadela, morada odiosa para la Minerva de Laomedonte[11], cuando, en mitad del sueño y la profunda quietud, la virgen Tritonia[12], sin ocultar su naturaleza divina, se le apareció para amenazarle: «No, Tidida, no son dignos de mi majestad los honores que pretendes profesarme, ni el Gargano ni la tierra daunia están obligados a servirme. Busca en los campos de Laurento, que ahora plantan los primeros cimientos de una Troya mejor. Lleva hasta allí las vendas y el casto santuario de sus antepasados».

Sobresaltado por tales consejos, se dirigió hacia el reino de Saturno. Ya entonces el vencedor frigio estaba edificando una Pérgamo lavinia[13] y colgaba las armas de Troya en el bosque sagrado de Laurento. Pero, cuando el Tidida llegó a las aguas del río tirreno y en sus riberas asentó sus refulgentes campamentos, los Priámidas se echaron a temblar de miedo. Trayendo luego en su diestra una rama de olivo blanquecino como señal de paz, el yerno de Dauno, en medio de los murmullos de los teucros, em-

[9] Diomedes, hijo de Tideo. Una de las leyendas referentes al Paladión indica que Diomedes y Ulises se adentraron en Troya para robar la efigie y asegurar así que Troya caería ante los griegos.

[10] Así pues, Diomedes fundaría Argiripa o Arpos para subsanar el delito de haber robado el Paladión.

[11] Esto es, odiosa para la Minerva de los troyanos por habérsele arrebatado la efigie. Laomedonte fue el primer rey de Troya (cfr. I, 543).

[12] Cfr. nota a III, 323. Sobre el Gargano, cfr. nota a IV, 561.

[13] Pérgamo equivale a Troya (cfr. nota a I, 47). Lavinio era una antigua ciudad del Lacio (cfr. nota a I, 44). Laurento era la ciudad más importante del Lacio cuando llegó Eneas (cfr. nota a I, 605). El río tirreno (= etrusco) es el Tíber.

pezó a hablar de esta manera: «Hijo de Anquises, deja de rememorar las iras y los miedos. Todo el sudor y toda la sangre que derramamos a orillas de los ideos Janto y Símois[14], o junto a las puertas Esceas, no fueron culpa nuestra: obra de los dioses fue y de las implacables hermanas[15]. Y ahora, ¿por qué no pasamos lo que nos resta de vida con mejores auspicios? Unamos nuestras manos sin armas. Aquí tienes a la que será testigo de nuestra alianza». Y, después de pedir perdón, desde la popa de su nave mostró a los temerosos Enéadas la Minerva troyana. Y fue ella, cuando los celtas[16] osaron irrumpir en las murallas de Roma, la que les dio muerte y no permitió que, de todos los miles de hombres de este pueblo inmenso, ninguno volviera a los altares de su patria».

Desalentado por este relato, el caudillo ordenó a sus batallones, alegres por la ansiada partida, que arrancaran las enseñas. Marchaban hacia los campos en que la rica Feronia[17] es venerada en un bosque por encima de cualquier otra deidad, donde el sagrado Capenas riega los labrantíos de Flavina. Se cuenta que, desde la remota fundación del templo y a lo largo de muchísimo tiempo, un tesoro intacto ha ido creciendo con la acumulación de ofrendas venidas de todas partes: durante innumerables lustros han depositado allí oro custodiado únicamente por el respeto[18]. Con semejante botín Aníbal ensució aquellas mentes codiciosas y aquellos bárbaros espíritus, y armó sus corazones con el menosprecio a los dioses. Decidió luego marchar hacia los lejanos e inaccesibles lugares que con sus arados surcan los brucios, en las campiñas que se extienden hasta el mar de Trinacria[19].

[14] Ríos de Troya. El Símois (hoy *Dumbrek-tschai*) nace en el Ida y desemboca en el Janto o Escamandro (modernamente *Menderes*). En las puertas Esceas, al norte de Troya, se libraron terribles combates.

[15] Las Parcas.

[16] La invasión de los galos en el 390 a.C.

[17] Divinidad romana de origen sabino, tal vez relacionada con los cultivos. El culto a esta diosa tenía lugar en la ciudad de Capena, al norte de Roma. Flavina era una ciudad de Etruria (cfr. VIII, 492) por la que fluiría el Capenas (hoy *Rivo di S. Martino*).

[18] No precisaba, por tanto, de guardia.

[19] Esto es, la punta de la «bota». Trinacria («la isla de las tres puntas») es Sicilia (cfr. III, 257).

Mientras el libio se dirigía descontento hacia las costas de Regio[20], su vencedor, Fulvio, después de alejar al enemigo de los límites de su patria, marchaba a las murallas de Capua llevando a los asediados la funesta noticia y empujando a estos desdichados a su fin. Luego, cogiendo de aquí y allá a todo aquel que se había labrado un nombre con las armas, le dijo: «Defiende con tu brazo este ultraje. ¿Por qué esta pérfida ciudad, una segunda Cartago para nuestra Roma, sigue aún en pie, después que rompió el tratado y envió al cartaginés hasta nuestras puertas, después que exigió el derecho de elegir a uno de los dos cónsules? ¿Y desde sus altas torres espera tranquilamente a Aníbal y sus cohortes libias?». Acompañaba sus palabras con actos: ya ordenaba que avanzaran elevadas torres de madera con las que contrarrestar la altura de los muros, ya apremiaba a los suyos para que, con cuerdas y brazos de hierro, amarrasen fuertemente vigas para romper las altas jambas de las puertas y vencer los cerrojos que les estorbaban. Aquí se erigía un terraplén cuyos flancos estaban formados con tablones enrejados, allí un manteletе con el dorso repleto de soldados armados. Cuando las labores que la práctica aconseja estuvieron suficientemente adelantadas, dio la señal y con intrepidez ordenó que franqueasen los muros con las escalas, llenando la ciudad de un formidable terror. Fue entonces cuando un presagio favorable alumbró, de pronto, sus planes.

Hubo una vez una cierva[21] de un color raramente visto en la tierra, de un blanco más deslumbrante que el de la nieve, más que el de los cisnes. Fue un regalo de los campos a Capis, después que con un surco trazó las murallas de la ciudad y, emocionado por el tierno afecto del pequeño animal, lo alimentó y con sus cuidados lo domesticó. Perdió entonces su naturaleza de fiera y aprendió a acercarse dócilmente a la mesa de su dueño, e incluso disfrutaba cuando éste la acariciaba. Las mujeres solían peinar a la dulce criatura con un peine de oro y restituir su color bañándola en el río. La cierva era ya la divinidad del lugar; se la

[20] Ciudad del Brucio (hoy *Reggio di Calabria*).
[21] Para este relato, cfr. Virgilio, *Eneida* VII, 483-502.

consideraba sierva de Diana y, como a los dioses, le ofrecían incienso. Apegada a la existencia y a la vida, llegó felizmente a una vigorosa vejez tras mil años sin desfallecer, igualando en número de siglos a la ciudad fundada por los troyanos. Pero la noche ya había asomado a su provecta edad. En efecto, espantada por la irrupción repentina de una manada de feroces lobos que había entrado en la ciudad (presagio funesto en tiempo de guerra)[22], salió por las puertas con la primera luz del alba y, asustada, se dirigió en huida pavorosa hacia las llanuras que se extendían junto a las murallas. Los soldados se divertían persiguiéndola y, cuando la atraparon, su jefe Fulvio la inmoló en tu honor, diosa (pues semejante ofrenda es muy apreciada para ti), y dijo: «Asístenos, Latonia[23], en nuestra empresa».

Luego, ufano y confiado en la diosa, dispuso sus tropas en torno a los asediados y, por el lado en que las murallas se doblaban curvándose en círculo, los encerró en un compacto cerco de trincheras, con sus armas los rodeó como en una red. Mientras temblaban todos de miedo, el belicoso Táurea[24], engrandecido aún más con su penacho, salió por una puerta sin dar descanso al fiero ardor de su caballo que arrojaba espuma. De él decía el caudillo sidonio que superaba en vigor a los autóloles y a los proyectiles maurusios. Dominaba enérgicamente su caballo, sobresaltado y remiso por el sonido de las trompetas, y, en cuanto tuvo constancia de que sus enemigos lo escuchaban, les gritó de cerca: «Que Claudio (este tal Claudio destacaba en el arte de guerrear y se había ganado un merecido renombre después de mil batallas), que Claudio, si tiene alguna confianza en su diestra, se presente solo en este llano y libre un duelo conmigo».

Después que aquella voz llegara a sus oídos, lo único que el Enéada esperaba era que su jefe diera su consentimiento y aprobación para batirse en duelo, puesto que estaba terminantemente prohibido a los soldados bajo pena capital entablar combate por

[22] Cfr. los presagios que preceden a Cannas, VIII, 638 ss.

[23] Sobrenombre de Diana por ser hija de Latona.

[24] Para este duelo, que realmente tuvo lugar, entre el campano Vibelio Táurea y el romano Claudio Aselo, cfr. Livio, *AVC* 23. 46 ss.

propia iniciativa. En cuanto Fulvio le dio permiso para luchar, saltó de forma arrolladora e, internándose en la vasta llanura, levantó una tupida nube con el polvo acumulado. Renunciando a la ayuda del amiento, a imprimir mayor velocidad a su jabalina **160** sirviéndose de la correa y acrecentar así su potencia, Táurea blandía su lanza con la sola energía de su brazo. Luego, rabioso de cólera, lanzó su proyectil por los aires. No presentaba el rútulo[25] la misma fogosidad: inspeccionaba y examinaba al detalle el cuerpo de su rival, buscando el lugar más seguro para que el hierro asestara su herida. Ya blandía la lanza, ya se frenaba, amagando el disparo: el proyectil vino a clavarse en medio del escudo, pero su punta no encontró la sangre que ansiaba. Luego, sacó deprisa la espada de su funda. Táurea ya picaba espuelas a **170** su caballo volador para eludir el destino que sobre él se cernía. Pero el rútulo no era menos ágil persiguiendo al enemigo que huía: acosaba velozmente al fugitivo soltando las riendas. De igual modo que al vencido el miedo, así también al vencedor la cólera, la gloria y el deseo de una sangre que merecía lo llevaron a entrar por las puertas. Y, mientras los ciudadanos apenas podían creer lo que veían, que un enemigo irrumpiera sin escolta alguna en su ciudad, él, impávido, atravesó a caballo la sobresaltada ciudad y se escabulló por la puerta contraria para unirse de nuevo con sus ejércitos[26].

Movidos entonces por un mismo arrebato y un mismo ímpetu, arden los ánimos por asaltar los muros, avanzar y pene- **180** trar en la ciudad. Brillan a un tiempo flechas y antorchas. Sobreviene luego una lluvia de piedras, las lanzas se remontan hasta lo alto de las torres. Y a nadie resultó fácil descollar en audacia y valor: la cólera equiparaba las fuerzas. Las flechas dicteas[27] vuelan por los aires y se introducen en medio de la ciudad. Se

[25] Aquí, como en otros casos, *rútulo* equivale a *romano*.

[26] Livio narra este mismo episodio, eso sí, de forma mucho más escueta (23.47.8). Desde el punto de vista formal, Silio tiene más en cuenta el pasaje de Virgilio en que Turno entra en el campo troyano en pos de Bitias (*Eneida* IX, 722 ss.).

[27] Dicté era una montaña de Creta, isla de afamados arqueros. Cfr. II, 94 y XII, 90.

alegra Fulvio de que ya no haya lugar para arengas ni para más consejos. Cada uno se aplica a su tarea. Al verlos con ánimo tan resuelto, al ver que cada uno era su propio general haciendo frente a la Fortuna, él mismo se lanza con denodado ímpetu hacia las puertas, persiguiendo una gran gloria a través de los peligros.

Tres hermanos[28] de la misma edad custodiaban las puertas; con cada uno de ellos, una tropa escogida de cien hombres montaba guardia y defendía el puesto como única guarnición. De ellos destacaba por su belleza Numitor, Laurente por la rapidez de sus alados pies, por su corpulencia Taburno. Pero no luchaban con las mismas armas: el uno era prodigioso con el arco; el otro blandía la lanza y libraba los combates hiriendo con su punta emponzoñada, receloso del hierro desnudo. El tercero era hábil con las antorchas untadas de azufre. Recordaban a Gerión[29], el espantoso monstruo que, según se cuenta, desataba hace mucho la cólera de sus tres cuerpos junto a las costas atlánticas, llevando al combate armas distintas en cada una de sus tres diestras. La una agitaba terribles fuegos, la otra disparaba flechas por detrás; con la tercera arrojaba poderosos venablos, y de un solo impulso asestaba tres heridas diferentes.

Cuando el cónsul los vio librando diversos combates con sus armas dispares, cuando contempló la matanza ante las mismas puertas y las jambas manchadas con la sangre de los asaltantes, se apresuró a disparar una pica con furiosa energía. Portadora de la muerte atroz, la lanza de tejo itálico hendió el aire y atravesó el vientre de Numitor por la parte del costado que había quedado desprotegida cuando tensaba su arco para lanzar flechas desde lo alto del muro.

Entre tanto, descontento por participar en la contienda desde detrás de las murallas, Virrio[30], mal soldado pero de una audacia irreflexiva, como enajenado, se precipitó por las puertas abiertas hasta el campo, presa de un ardor temerario; fue así como expuso a sus desdichados hombres a la rabia de los vencedores.

---

[28] Otro episodio similar en IV, 355 ss.

[29] Cfr. I, 276 ss.

[30] Capuano partidario de Aníbal (cfr. XI, 65 ss. y XII, 85 ss.).

Escipión arremetió contra los rivales que se le venían encima, e incansable exterminó a cuantos se encontraba a su paso.

La sombría montaña de Tifata[31] vio nacer y crecer a Caleno, hombre de una truculenta audacia. Su determinación no era menor que su enorme corpulencia. Estaba acostumbrado a acechar a menudo a un león, entrar en combate con su cabeza descubierta, luchar contra un novillo o tirar al suelo a un toro salvaje retorciéndole los cuernos; e incluso presumía a veces de cometer actos crueles. Mientras Virrio precipitaba a los suyos fuera de la ciudad, Caleno, ya sea por altanería o por no perder tiempo, había salido sin coraza a la llanura; así, más ligero, hostigaba a los romanos, agobiados por el peso de la armadura y, victorioso, los ahuyentaba en tropel. Y ya había herido a Veliterno en pleno vientre, ya había alcanzado a Mario con una piedra que había arrancado del suelo; Mario, aquel que solía entablar combates ecuestres como compañero de Escipión. Agonizante, el desdichado llamaba a su amigo entre gemidos: la roca lo había machacado con la boca abierta. Sin embargo, el terrible dolor redobló las portentosas fuerzas de Escipión, quien echó a llorar y se apresuró a disparar su estridente lanza, para así mostrar a su postrado amigo (ansiado consuelo para un guerrero) que su adversario moría. Como el pájaro que corta el aire límpido, la lanza atravesó el corazón del guerrero y destrozó sus fornidos miembros, con la misma fuerza que vuela sobre las azuladas olas la ligera liburna[32], cuando los remeros atraen hacia su pecho los remos y baten a un tiempo las aguas: avanza más rápida que el viento y, con una sola palada, sobrepasa su propia longitud.

Voleso da alcance a Ascanio, que había soltado rápidamente sus armas para correr más ligero hacia los muros y volaba por la despejada llanura. Al momento le corta de un tajo la cabeza, que yace a los pies de su dueño. Con la inercia de la carrera, el tronco siguió corriendo hasta caer desplomado. Los asediados ya no tenían esperanzas de seguir protegiendo aquellas murallas abiertas de par en par. Dan media vuelta y (¡hecho infame!) dejan

[31] Cfr. XII, 487.

[32] Naves ligeras romanas con dos hileras de remos. Tomaron su nombre de los bajeles de los piratas liburnos o ilirios.

fuera a sus compañeros, quienes les suplicaban que les dejasen entrar. Después, cuando la puerta hubo girado sobre sus goznes, se echaron sobre los cerrojos y los pudieron cerrar, aunque esta defensa llegaba demasiado tarde. Atacan los ítalos con mayor insistencia y agotan a los sitiados. Y, si la oscura noche no hubiese ocultado la tierra bajo su negro manto, las puertas habrían quedado abiertas, derribadas por el ímpetu de los soldados.

No obstante, las tinieblas no trajeron el mismo descanso a ambos campamentos. En uno disfrutaban de un sueño apacible, el que suscitaba la victoria. En cambio Capua, estremecida por los tristes lamentos de mujeres llorando amargamente y por los gemidos de los conmocionados senadores, imploraba el fin de sus padecimientos y el término de sus fatigas. El instigador de la traición y cabecilla del Senado, Virrio, masculla e insinúa que no hay esperanza posible de salvación del lado del cartaginés, y, a voz en grito, desecha de su corazón cualquier apego a la vida: «Albergué la esperanza de conseguir el cetro de Ausonia, y tenía concertado que, si el dios y la Fortuna hubiesen favorecido a los cartagineses en combate, el reino del ilíaco Quirino se trasladara a Capua. Yo envié a un ejército que derribara los baluartes y murallas tarpeyas. Y no me faltaron fuerzas para exigir que, de los dos cónsules que llevan las fasces con idéntica autoridad, uno fuese de nuestra tierra. Ya he vivido bastante. Mientras queda noche, aquel que desee de todo corazón que la libertad sea su eterna compañera junto a las aguas del Aqueronte, que se dirija a mi mesa a comer conmigo. Y, cuando Lieo esparcido por sus miembros embote sus sentidos, cuando la mordedura de la muerte lo adormezca, que absorba el remedio a esta derrota y desarme el destino con este placentero veneno». Así dijo, y, acompañado de una gran muchedumbre, volvió hacia sus penates.

En el centro de su casa, sobre un montón de madera de acebo, se eleva una pira, refugio común para todos los muertos. El vulgo no deja de delirar, presa del dolor y el miedo. Demasiado tarde vuelve a sus pensamientos Decio[33] y su ejemplo de honesta virtud, castigada con un exilio espantoso. Desde lo alto

[33] Cfr. XI, 158 ss.

del cielo los mira con desprecio la divina Lealtad[34], atormentando los pérfidos corazones de estos hombres. Se oye una voz misteriosa que se propaga por todo el aire: «No rompáis, mortales, los tratados con hierro cruel. Preservad la casta Lealtad. Ella sola vale más que los reinos resplandecientes de púrpura. Si alguien disfruta rompiendo los pactos cuando la situación es difícil y deja a un lado las pocas esperanzas de su amigo, ni su casa, ni su esposa, ni su vida quedarán libres del duelo y las lágrimas. Lo perseguirá, acosándolo eternamente por tierra y por mar, día y noche perseguirá al hastiado fugitivo la Lealtad que él mismo menospreció y violó». Y ya se encuentra en todas las reuniones, se acerca a las mesas y, oculta tras una nube, la malvada Erinia se recuesta sobre los lechos y toma parte en el festín. Es ella también la que extiende copas espumosas con el veneno estigio y reparte por doquier castigos y muertes. Y, mientras Virrio daba tiempo a que la muerte penetrara en sus entrañas, sube a la pira, rodea con abrazos a quienes van a compartir su destino y ordena que, cuanto antes, se encienda el fuego. 290

Las tinieblas de la noche ya tocaban a su fin, el victorioso adversario se acercaba. Los guerreros campanos podían ver ya a Milón[35] en lo alto del muro llamando a voces a sus hombres. Abren aturdidos las puertas y, con paso vacilante, se dirigen al campamento enemigo aquellos que no tuvieron el valor de morir para escapar al castigo. La ciudad queda abierta de par en par, reconoce su desvarío y exhibe sus casas manchadas por hospedar a los tirios. Se precipitan las mujeres y los niños, también el desolado grupo de los senadores y la chusma de la que nadie merece compadecerse. De pie, apoyados sobre sus jabalinas, estaban los ejércitos al completo, observando a aquellos guerreros incapaces de sobrellevar por igual éxito y fracaso. Barren el suelo con sus barbas que les cuelgan hasta el pecho, ensucian en 300 310

[34] Como ya sucediera durante la toma de Sagunto, la Lealtad toma la palabra para condenar la ruptura de los juramentos. Cfr. II, 480 ss.

[35] Silio otorga el nombre de Milón al primer soldado que se sube a las murallas de Capua. Más adelante dirá que es oriundo de Lanuvio (vv. 364 ss.). No intenta nuestro autor otra cosa que ofrecer el ancestro del famoso Milón al que Cicerón defenderá.

la polvareda sus encanecidos cabellos, con lágrimas deshonrosas y vergonzosas súplicas lanzan al aire sutil alaridos propios de mujeres.

Y mientras los soldados contemplan perplejos esta actitud cobarde y aguardan furiosos la señal para derruir las murallas, súbitamente un temor embarga de callado sentimiento sus corazones e, inspirado por la divinidad, frena sus atroces pensamientos para que no desearan las llamas y las antorchas ni redu-
320 jeran a cenizas los templos en una única pira. Poco a poco un dios benévolo se desliza hasta el fondo de sus corazones y, sin que nadie lo vea, declara que, mucho tiempo atrás, Capis echó los cimientos de esta altiva ciudad. Aconseja también que, a lo largo de todo el espacio en que se extienden las llanuras, es beneficioso dejar que las casas permanezcan habitadas. Poco a poco va desapareciendo la cólera de sus implacables espíritus y su furor se apacigua y mengua.

Pan[36] había sido enviado por Júpiter cuando éste quiso preservar estas murallas de origen troyano[37], Pan que parece estar siempre suspendido y apenas imprime en la tierra huella alguna con la punta de sus pezuñas. Con un látigo de piel de cabra de
330 Tegea[38] en su mano derecha, se divierte por las encrucijadas dando suaves golpes a los grupos en fiesta. Ciñe sus cabellos y oculta sus sienes con agujas de pino y unos pequeños cuernos brotan de su rubicunda frente. Tiene las orejas tiesas y una barba hirsuta le cuelga del mentón. Lleva el dios un cayado de pastor y cubre su costado izquierdo con la tersa piel de un gamo joven. No hay peñasco, por muy inhóspito e inclinado sobre un precipicio que esté, en el que no ponga su pata en forma de cuerno, balanceando su cuerpo como si volase por aquellos parajes
340 escarpados e inaccesibles. A veces se arquea y, entre risas, mira las caprichosas formas de la cola que le nace erizada en mitad de su espalda. Con la mano puesta sobre la frente, se protege del calor del sol y escudriña los prados con sus ojos sombreados.

---

[36] Divinidad arcadia adscrita al mundo pastoril. Era hijo de Mercurio y se le representaba con orejas, cuernos y pezuñas de macho cabrío.

[37] Fue el troyano Capis el que fundó Capua. Cfr. v. 117.

[38] Ciudad de Arcadia, patria de Pan (modernamente *Paleo Episcopi*).

Después de cumplir las órdenes de Júpiter, después de calmar la rabia perniciosa y tranquilizar los corazones de los enfurecidos guerreros, Pan regresó volando a los bosques de Arcadia y a su amado Ménalo[39]. Allí, desde su sagrada cima, hace sonar a lo lejos su dulce y melodiosa flauta y con su canto guía todos sus rebaños.

Por su parte, las tropas ausonias, después de recibir de su jefe la orden de preservar del fuego las puertas y dejar en pie los muros (acto de benevolencia que le honraba), sueltan las espadas y las teas. Se obtiene un copioso botín de los templos de los dioses y de los edificios relucientes de oro: todos los ingredientes de una vida ostentosa, el fausto que los llevó a la perdición, vestiduras para hombres confeccionados con telas propias de mujeres[40], mesas importadas de otras tierras, copas con piedras preciosas de Oriente que incitaban al lujo. Y no sólo plata sin mesura, también piezas labradas en oro expresamente para los banquetes. A continuación y por doquier, prisioneros dispuestos en largas filas; de las casas se extrajeron talentos suficientes para sufragar una guerra prolongada y catervas inmensas de esclavos destinados a servir en los festines. Cuando, con un toque de trompeta, se puso fin al saqueo de las casas, Fulvio, férreo defensor de las grandes hazañas, habló desde lo alto de la tribuna: «Hijo de Lanuvio[41], que Juno Salvadora nos entregó, Milón, recibe como vencedor la distinción de Gradivo, ciñe tus sienes con las torres de la corona mural»[42]. Luego hizo venir a aquellos principales que fueran culpables y merecieran condena en primer lugar, y castigó sus delitos ajusticiándolos con el hacha.

Fue entonces cuando Táurea, con fiero arrojo (pues no podría yo pasar por alto un hecho memorable por más que lo acome-

[39] Monte de Arcadia consagrado a Pan.

[40] Cfr. XI, 37 ss., donde también se resalta el lujo y la suntuosidad con que vivía Capua.

[41] Ciudad del Lacio (cfr. VIII, 361) en la que se rendía culto a Juno bajo este nombre *(Iuno Sospita)*. Silio pretende emparentar a este Milón con el defendido por Cicerón, igualmente nativo de Lanuvio.

[42] Corona que recibía el soldado que era el primero en escalar los muros de una plaza sitiada. En ella se representaba un baluarte almenado como el que Cibeles llevaba en su cabeza. Se dice que la primera corona mural en Roma la recibió Hosto Hostilio de manos del propio Rómulo.

tiera el enemigo) gritó con furia: «¿Acaso crees que vas a llevarte impunemente una vida que vale más que la tuya? ¿Porque des la orden a tu lictor va a caer la cabeza de un valiente, segada a los pies de un cobarde? Nunca la divinidad os concederá tal cosa». Acto seguido, con ojos desafiantes y brillantes de rabia, le lanzó una torva mirada e, impasible, se atravesó el pecho con su espada de guerra. El general le respondió: «Acompaña con tu muerte a tu patria agonizante. Sobre nuestro valor, nuestro brazo o las acciones de cada uno[43], Marte decidirá. En cuanto a ti, si considerabas ultrajante sufrir un castigo justo, bien podías haber muerto luchando».

Mientras Capua expiaba con sangre su fatídica culpa, la Fortuna cruel que mezcla las alegrías con las tristezas había arrebatado en tierras iberas a los dos Escipiones[44]: su gloria había sido tan grande como lo era entonces la pena.

El joven Escipión se hallaba casualmente en la ciudad de Dicarquea[45] y regresaba a sus penates, terminada la campaña. Hasta allí llevó la Fama lágrimas de duelo y la horrible muerte de los suyos. Y, aunque no estaba habituado a ceder ante las adversidades, se golpeaba el pecho con violencia y se desgarraba las vestiduras. Sus compañeros no podían detenerlo, como tampoco podían la dignidad de su cargo o su condición de soldado. Su amor filial estalla enojado con los dioses infames: su dolor rechaza cualquier consuelo. Pasa día tras día entre lamentos. Ante su rostro y sus ojos se aparece la imagen de sus familiares. Por ello decide invocar los manes y las almas de los suyos y aliviar su pena tan grande conversando con estos héroes[46]. Lo anima a ello la cercanía de la laguna en que las estancadas aguas

[43] Nos decantamos por la lectura *quidve viritim*, que presentan los códices, en detrimento de la que ofrecen Withof *(quidve viri sim)* o Heinsius y Gronovius *(cuique viritim)*.

[44] En el 211, las tropas cartaginesas se enfrentaron a P. Cornelio Escipión (padre de Escipión Africano) y su hermano y los derrotaron en el sur de Hispania.

[45] La actual *Puzzuoli*. Cfr. VIII, 533.

[46] Comienza aquí la catábasis de Escipión. Para este relato que supera los 500 versos, Silio tiene en cuenta, principalmente, el canto XI de la *Odisea* y el libro VI de la *Eneida*.

del Aqueronte señalan la inmunda entrada al Averno[47]. Su mente lo empuja a conocer, cuanto antes, los tiempos venideros.

Sin más, el joven dirige su marcha hacia Cumas, donde Autónoe se encargaba, por entonces, del trípode sagrado y de la gruta, en nombre de Febo; allí declara la decisión que había tomado su dolido corazón e implora un encuentro con sus familiares. Sin hacerse esperar mucho tiempo, la sacerdotisa habló: «Como sacrificio a las sombras de los muertos, es costumbre inmolar animales negros al amanecer y enterrar la sangre que fluye del cuello de las víctimas aún vivas en un agujero abierto en la tierra. Sólo entonces los pálidos reinos te enviarán a sus pobladores. Las demás cosas que pides, una sacerdotisa más poderosa[48] te las revelará, pues, desde los Campos Elíseos, yo te haré llegar los oráculos y permitiré que durante los sacrificios puedas ver la sombra de la vieja Sibila que interpreta el espíritu de Febo. Adelante, ve, y, cuando la húmeda noche haya sobrepasado la mitad de su curso, purifícate y, junto a la entrada del cercano Averno, lleva las víctimas acordadas como sacrificio para aplacar al inflexible Dite[49]. Lleva contigo asimismo miel y el don puro de Lieo».

Impaciente por este aviso y por el nombre de la sacerdotisa que le aguardaba, dispuso los sacrificios antedichos para su secreta intención. Luego, cuando la noche alcanzó la hora fijada y la duración de las tinieblas transcurridas era la misma que la que aún quedaba, saltó de su lecho y se encaminó hacia la sombría entrada del Tártaro. Oculta en las profundidades, la sacerdotisa había cumplido su palabra y estaba sentada en la cueva estigia. Luego, por donde la tierra resquebrajada descubría una caverna odiosa para el cielo que por la boca vomitaba a borbotones la espantosa laguna de Cocito[50], introdujo al joven y lo apremió para que, con su espada, cavara cuanto antes una fosa

400 410 420

[47] El lago Averno, en Campania, en el que se creía que existía una entrada a los Infiernos. Cfr. XII, 120 ss.

[48] Se refiere a la Sibila de Cumas.

[49] Sobrenombre de Plutón. *Dite* traduce a la lengua latina el término griego Πλούτων («el Rico»).

[50] Uno de los ríos del Infierno.

en el suelo. Pronunció después entre jadeos una misteriosa plegaria y le mandó sacrificar los animales siguiendo un orden. En primer lugar ofrece al rey invisible[51] un toro negro y luego a la diosa de Henna una novilla cuya cerviz jamás había sido uncida. A continuación para ti, Alecto[52], y para ti, Megera la nunca alegre, se sacrifican ovejas cuidadosamente escogidas y cubiertas de lana. Sobre ellas derraman miel y una ofrenda de vino y leche. «Quieto, joven –exclama la sacerdotisa–, resiste el espectáculo que asoma de todo el Érebo[53]. Veo que el Tártaro se aproxima y que se planta ante tus ojos el tercer reino[54]. Por aquí desfilarán visiones de diverso tipo y todos los hombres que han nacido y muerto desde el primitivo caos», y ya podía verlo todo, los Cíclopes y Escila, los caballos del país de Odrisia que se alimentan de carne humana[55], «contempla este espectáculo y mantén sin miedo tu espada desenvainada. Las almas que se acerquen para beber la sangre antes que aparezca la figura de la casta Sibila, córtalas en pedazos. Mientras tanto, observa con qué rapidez camina esa sombra insepulta[56] y cómo se apresura a entablar contigo una conversación; antes que el fuego fúnebre haya consumido su cuerpo y sin que pruebe la sangre, le está permitido hablar de manera normal».

Escipión lo mira y, afectado por esta repentina visión, le dice: «¿Qué fatalidad, oh, tú, el más grande general, te arrancó de nuestra patria exhausta, cuando las horribles guerras precisan héroes como tú? Ciertamente Apio no cedía ante nadie ni en

[51] Uno de los múltiples nombres de Plutón. La diosa de Henna es Proserpina (cfr. nota a I, 93).

[52] Alecto, Megera y Tisífone eran las tres Erinias o Euménides, divinidades infernales.

[53] Uno de los nombres que recibe el Infierno. Como divinidad, se le considera hijo del Caos. Cfr. nota a I, 92.

[54] El reino de los Infiernos. Cfr. nota a VIII, 116.

[55] Los caballos de Diomedes, rey de Tracia (también llamada Odrisia, cfr. IV, 431).

[56] Se trata de Apio Claudio Pulcro, herido de muerte durante el asedio de Capua. Silio retoma aquí la tradición de *Odisea* o *Eneida*, en que los primeros personajes que se acercan al héroe representan almas insepultas (Elpenor en el caso de la *Odisea* y Palinuro en la epopeya virgiliana).

valor ni en astucia. Diez veces ha resurgido la luz del día desde que, tras volver de Capua, pude verte aliviando tus heridas y sólo una cosa te entristecía: no poder acercarte, maltrecho como estabas, a los muros y verte privado de la gloria de Marte».

El jefe le respondió: «La luz del día posterior me negó, ya sin fuerzas, el placer de contemplar los caballos de Faetón y me mandó para siempre a estas sombrías aguas. Pero los míos, preocupados por cumplir unos ritos inútiles y las acostumbradas ceremonias, tardaron en entregar mi cadáver a las llamas con el fin de llevar mi cuerpo lejos, junto a las tumbas de mis antepasados. Por eso, te ruego por mis hazañas militares semejantes a las tuyas, líbrame de esas sustancias que preservan el cuerpo de la podredumbre y permite que mi alma en pena llegue cuanto antes a las puertas del Aqueronte».

Entonces, el joven Escipión le replicó: «Oh, tú, el más noble descendiente del viejo Clauso[57], ninguna de mis preocupaciones (y no son pocas las que me apremian) podría superar a la tuya. En efecto, en todos los pueblos se observan diferentes costumbres de este ritual y es diversa y variada la opinión acerca de enterrar e incinerar los restos de los difuntos[58]. Según cuentan, es costumbre inveterada en el país ibero que los repugnantes buitres devoren los cadáveres. Y, cuando los cuerpos de los reyes abandonan la vida, los hircanos aprueban entregárselos a los perros. En tierra egipcia se encierra de pie a los muertos en un ataúd de piedra perfumado, y la sombra del fallecido jamás se separa de los banquetes[59]. Los pueblos del Ponto[60] suelen vaciar el cráneo de los guerreros extrayéndoles el cerebro y lo conservan durante largo tiempo embalsamado. ¿Y qué decir de los

[57] Cfr. nota a VIII, 412. Cfr. R. T. BRUÈRE (1963), pp. 73-92.

[58] Comienza aquí una digresión sobre diversas formas de enterramiento en diferentes lugares. Aunque algunos editores niegan su autenticidad, para otros encaja perfectamente en la mentalidad estoica de Silio, habida cuenta del dolor que embarga a Escipión por las recientes muertes de su padre y su tío, y a Claudio por su propia muerte. Esta reflexión querría exaltar la imperturbabilidad del estoico ante cualquier situación.

[59] Se trata de la tradición transmitida por Plutarco, con la que se pretendía que los comensales no olvidaran nunca que son mortales.

[60] El Ponto Euxino, el mar Negro.

garamantes, que entierran a los suyos desnudos en hoyos abiertos en la arena? ¿Y los nasamones, que en las costas de Libia confían sus difuntos al mar embravecido para que los sepulte? En cuanto a los celtas, les gusta (¡algo horrible!) adornar con oro las calaveras vacías y reservarlas como copas para la mesa. Los cecrópidas[61] determinan que aquellos que perecen en combate defendiendo su patria deben ser quemados en una misma pira. Y, en la nación de los escitas, cuelgan de los árboles los cadáveres, de manera que el tiempo los va poco a poco enterrando a la vez que se pudren».

Mientras hablaban de tales cosas, llega la sombra de la Sibila. Autónoe los interrumpe: «Poned fin a vuestra conversación. Ésta, ésta es la sacerdotisa que en sí encierra la verdad. A ella se le han revelado tantas cosas que hasta el mismo dios aseguraría no saber más. Ha llegado el momento en que debo partir junto con los que te acompañaban y disponer las víctimas sobre las llamas».

En cuanto la anciana sacerdotisa de Cumas, cargada con sus misterios, probó la sangre de los sacrificios rozándola con sus labios, giró su rostro hacia el joven radiante de hermosura, y le dijo: «Cuando yo disfrutaba de la luz del cielo, mi voz sonaba sin cesar para todos los pueblos desde mi cueva de Cumas. Yo vaticiné entonces que tú formarías parte de los siglos y de las hazañas futuras de los Enéadas. Pero los tuyos no prestaron la atención que mis palabras merecían[62]: en efecto, tus ancestros no tuvieron la destreza de reunir o conservar mis profecías. No obstante, joven, ya que te apetece saber, conoce ya tu destino y el de los dardanios, que depende del tuyo propio. Puedo ver, en efecto, que te urge averiguar de mí el pronóstico de tu vida y encontrarte con los manes de tus allegados. Una vez te sea con-

[61] Los atenienses, así llamados por ser descendientes del legendario Cécrope, su primer rey.

[62] Según la leyenda, la Sibila de Cumas vino a Roma con nueve libros que contenían una serie de oráculos y predicciones. Pero Tarquino el Soberbio se negó a adquirir estos «libros sibilinos» por considerar demasiado alto su precio. Entonces, la Sibila, por cada negativa del rey, comenzó a quemarlos de tres en tres. Finalmente, Tarquino compró los tres últimos y los depositó en el templo del Júpiter Capitolino, y en numerosas ocasiones fueron consultados, especialmente en caso de desgracia.

fiado el mando de manera precoz[63], vengarás a tu padre con una victoria en el belicoso Ebro; con tu espada pondrás fin a la alegría de los cartagineses; disfrutarás del presagio que para la guerra supondrá la conquista de la Cartago de Iberia[64]. Obtendrás luego un cargo más relevante[65], y Júpiter no dejará de ampararte hasta que traslade todo el conflicto hacia Libia y él mismo te traiga al caudillo sidonio para que lo derrotes. Me avergüenza la ingratitud de tu ciudad, que, después de todas estas hazañas, privará a tan glorioso varón de su patria y de su hogar»[66]. Así habló la sacerdotisa y, acto seguido, guio sus pasos hacia la negra laguna.

Entonces el joven dijo: «Cualquier infortunio que el tiempo me reserve, lo resistiré con tal de que mi corazón esté libre de culpa. No obstante, te lo ruego, ya que la razón de tu existencia fue socorrer a los hombres en sus fatigas, detén tu marcha un momento, honorable virgen: detállame los nombres de los silenciosos manes y muéstrame el terrorífico palacio de la Estigia»[67].

Ella accedió, pero dijo: «Pretendes conocer un reino que no debe desearse. Aquí habitan las tinieblas y, entre las sombras, revolotean las innumerables generaciones del pasado. Para todas ellas ésta es la única morada. En medio se extiende un inmenso vacío. Hasta aquí desciende todo lo que ha engendrado la tierra, el mar o el aire ardiente desde los primeros tiempos del mundo creador: la muerte, común a todos, los arrastra. En esta llanura estéril tienen cabida todos los que han muerto y los que aún han de nacer. Diez puertas abarcan estos dominios. La primera de ellas acoge a los guerreros, nacidos bajo la dura condición de Gradivo. La segunda, a los que promulgaron las leyes y los famosos preceptos para los pueblos y por vez primera fundaron ciudades con sus murallas. La tercera, a los agricultores, comu-

[63] Escipión recibió el mando de los ejércitos de Hispania con veinticuatro años (211 a.C.).

[64] Cartagena. Escipión la tomará en el 210.

[65] El Consulado, al que llegará en 205.

[66] Escipión será acusado de malversación de fondos y condenado al exilio en Literno (187). Allí morirá en el 183.

[67] Sobre lo que a continuación Silio nos detalla, cfr. M. BILLERBECK (1983), pp. 326-338.

nidad grata a Ceres, la más honesta de las que vienen hasta los manes, no corrompida por el veneno de la mentira. A continuación, tienen su propia puerta aquellos que descubrieron las bellas artes y la forma de amar la vida, y compusieron poemas que su padre Febo no podría despreciar. Muy cerca, la puerta de los náufragos (así es como la llaman) arrastra a quienes engulleron los vientos y las terribles tempestades. Al lado de ésta, se abre de par en par otra puerta para los que están cargados de crímenes y confiesan su culpa. En la misma entrada Radamanto[68] impone condenas y castiga su sombra incorpórea. La séptima está reservada a la muchedumbre de las mujeres; allí la casta Proserpina cuida de sus rezumantes bosques. Justo después caminan los grupos de recién nacidos, las vírgenes cuyas antorchas nupciales se tornaron fúnebres y todos aquellos que han muerto en el umbral de la vida. Esta puerta es inconfundible por sus gritos de dolor. A continuación, en un lugar más retirado, resplandeciente al abrirse la noche, reluce la puerta que, a través de un sendero oculto en la sombra, conduce hasta los Campos Elíseos; allí, la multitud de los justos, no en el reino estigio ni bajo la bóveda celeste, sino más allá del Océano, colindante con la sagrada fuente, bebe las aguas del Leteo que hacen olvidar los recuerdos. Finalmente, la última puerta, resplandeciente de oro, percibe ya el favor de la luz y brilla como si la luna estuviera a su lado. Por ella las almas vuelven al cielo y, transcurridos mil lustros, regresan a los cuerpos[69] sin recordar a Dite. Por todo este paraje la pálida Muerte va y viene abriendo sus negras fauces abiertas, errante de una puerta a otra.

Se extienden luego a lo lejos un abismo de aguas muertas y unas lagunas cenagosas[70]. Con sus aguas ampliamente desbor-

---

[68] Héroe cretense, hijo de Júpiter y de Europa. Tenía un gran sentido de la justicia, hasta tal punto que, cuando murió, fue llamado para ser uno de los jueces de los Infiernos.

[69] Silio destina esta décima puerta a los que, pasados 1.000 lustros, se reencarnan. A este respecto, la novena puerta sería una especie de preparación para la reencarnación.

[70] En las líneas que siguen, Silio menciona los cuatro ríos del Infierno: el Flegetonte (un río de fuego), el Cocito (río de lágrimas), la Estigia y el Aqueronte. Cfr. nota a II, 610.

dadas, abrasa las orillas el terrible Flegetonte: resuena con el torbellino jadeante de sus llamas y arroja peñascos incandescentes. En otra parte, el violento Cocito se agita con su remolino de sangre negruzca, arrastrándose entre olas espumosas. La laguna en cuyo nombre los grandes dioses y su rey prestan sus juramentos, la Estigia, espantosa con su corriente negra como la pez, arrastra un humeante lodo con azufre. Más lúgubre aún que todos ellos, el Aqueronte hierve de pus y espeso veneno; a la vez que vomita entre gruñidos su gélida arena, fluye muy lentamente formando negruzcos pantanos con su agua estancada. Este pus bebe Cerbero por sus múltiples bocas. Aquí llena sus copas Tisífone, por ella muere de sed la sombría Megera, aunque su rabia no se apaga con todos sus sorbos. Este último río brota desde su fuente, las lágrimas, y fluye ante el palacio, justo a la entrada, en el umbral inexorable.

¡Qué ingente caterva de monstruos se aloja por estas salas y monta guardia, aterrando a los manes con sus gritos confusos! El Duelo voraz y la Delgadez compañera de las enfermedades malignas, la Tristeza que se alimenta del llanto, la exangüe Palidez, las Preocupaciones y las Insidias; de un lado la quejumbrosa Vejez, del otro la Envidia que se estrangula a sí misma con ambas manos; la Pobreza, abominable mal que empuja al crimen, el Error con su paso inseguro y la Discordia que disfruta enredando el mar y el cielo; allí se sienta Briareo[71], quien, con sus cien brazos, se dedica a abrir las puertas de Dite, y la Esfinge[72] con su boca de mujer manchada de sangre; Escila, los feroces Centauros y las sombras de los Gigantes; y allí está Cerbero, al que ni la misma Alecto ni Megera hinchada de furia osan acercarse cuando arranca sus ataduras y recorre el Tártaro. Después de romper mil cadenas, aúlla y enrosca su cola de víbora en torno al costado.

A la derecha, despliega su copa y sus tupidas ramas un tejo descomunal que, regado por las aguas del Cocito, se vuelve más

[71] Gigante de 100 brazos, hijo del Cielo (Urano) y la Tierra (Gea).

[72] Monstruo con rostro de mujer, cuerpo de león, alas y cola de dragón y voz de hombre. Sentada al borde del camino de Tebas, solía proponer a los caminantes enigmas de difícil solución, y, en caso de que no los resolvieran, los destrozaba con sus garras.

exuberante. Aquí las aves de mal agüero, el buitre que se nutre de cadáveres, las bandadas de búhos, la estrige[73] con las alas salpicadas de sangre y las Harpías[74], todas hacen sus nidos y, apiña-
600 das, ocupan toda la espesura. Con sus terribles chillidos el árbol retumba. En medio de estas criaturas, el esposo de Juno del Averno[75], sentado en su elevado sitial, juzga los crímenes de los tiranos. De pie, encadenados, demasiado tarde se arrepienten ante su juez por los delitos cometidos; en torno a ellos merodean las Furias y toda forma de Castigo. ¡Cómo quisieran no haber brillado jamás con el esplendor altanero del cetro! Aquellos manes que en la tierra han padecido indignas e injustas penas les reprochan su implacable tiranía; todas aquellas quejas que no les fue permitido expresar antes, cuando estaban vivos, ahora por fin las
610 profieren. Luego, uno de ellos es atado a una roca con crueles cadenas, otro empuja un peñasco contra la pendiente de una montaña[76]; a un tercero esclaviza eternamente Megera con su látigo de serpientes. Tales sufrimientos están reservados a los tiranos criminales. Pero ya es tiempo de que veas el rostro de tu madre, cuya sombra se aproxima la primera a paso ligero».

Se acercaba Pomponia, a quien el engaño de Júpiter dejó encinta[77]. Pues, cuando Venus tuvo constancia de la guerra que los cartagineses tramaban contra el Lacio, corrió a adelantarse a las insidias de Juno y, poco a poco, esparció por el corazón de su padre la llama del amor. Si no hubiera tomado tales precaucio-
620 nes, una virgen sidonia sería ahora la que encendería los altares de Ilión.

---

[73] Ave nocturna, especie de lechuza que, según la leyenda, chupaba la sangre de los niños.

[74] Criaturas monstruosas (generalmente tres) con cuerpo de mujer y alas.

[75] La Juno del Averno es Proserpina. Su esposo, por tanto, es Plutón.

[76] Silio reserva para los tiranos castigos sufridos por personajes mitológicos, como Prometeo encadenado a una roca por haber robado el fuego o Sísifo, condenado a subir eternamente una roca por una pendiente, por haber revelado a Asopo que Zeus había raptado a su hija Egina.

[77] Circulaba por Roma la leyenda de que Júpiter, en forma de serpiente, tuvo un encuentro con Pomponia, del que nacería Escipión. Cfr. Livio, *AVC* 26.19.6 ss. Esta misma historia aparece referida también a Alejandro Magno e, incluso, a Octavio Augusto.

Así pues, cuando Pomponia probó la sangre y la Sibila consintió y permitió que se reconocieran el uno al otro, fue el hijo quien tomó la palabra en primer lugar: «¡Oh, madre querida, como una gran divinidad para mí, cómo desearía yo morir y acceder a las tinieblas estigias sólo por verte! ¿Cuál fue mi suerte, si el primer día de mi vida fue el mismo que te arrancó de mí y te arrastró hasta la muerte?». Su madre le respondió con estas palabras: «Mi muerte, hijo mío, tuvo lugar sin sufrimiento alguno. A la vez que, con el parto, era liberada de esta divina carga, el dios Cilenio[78] me llevó de su dulce mano hasta los confines elíseos, por orden de Júpiter, y me otorgó el mismo lugar en que, por una divina merced, habitan la ilustre madre del Alcida[79] y Leda. No obstante, hijo mío, para que pierdas todo temor a la guerra y no dudes en encumbrarte hasta el cielo por obra de tus hazañas, conoce ahora por fin tu origen, ya que se me ha permitido revelártelo.

»Sucedió que estaba yo sola a mediodía, tratando de conciliar el sueño obligado para el descanso, cuando una presión atenazó de pronto mi cuerpo, pero no era el delicioso abrazo con el que habitualmente mi marido venía hacia mí. Fue entonces, en medio de una luz resplandeciente y pese al sueño que cargaba mis ojos caídos, cuando vi, créeme, a Júpiter. Y no me engañó la irreconocible figura del dios, pues se había transformado en una asquerosa serpiente que arrastraba sus anillos retorcidos describiendo grandes giros. Sin embargo, después que tuvo lugar el parto, no se me permitió vivir más tiempo. ¡Ay, cuánto lloré porque mi aliento se perdía en el aire antes de poder darte a conocer todo esto!».

Conmovido por estas palabras, Escipión intentó abrazar a su madre, pero por tres veces la inconsistente sombra lo burló.

En armonía se suceden los espectros de los héroes, su padre y su tío, ambos con un solo corazón. Corre el propio Escipión

[78] Mercurio. Cfr. III, 168.

[79] Pomponia ocupará en el Elíseo el mismo lugar que otras dos mortales igualmente amadas por Júpiter: Leda, esposa de Tindáreo y madre de los Dióscuros Cástor y Pólux, de Helena y de Clitemnestra; y Alcmena, esposa de Anfitrión y madre de Hércules (llamado el Alcida por ser nieto de Alceo), a la que Júpiter engañó haciéndose pasar por su marido.

por entre las sombras, buscando inútilmente sus besos. Trata el joven de asir estas vidas que son como humo volátil y como nubes: «Padre querido, sobre quien descansaba el reino de Italia, ¿qué dios hostil al Lacio te ha apartado de nosotros? ¡Ay de mí! Pero ¿por qué tuve que separarme, oh, desalmado, un solo momento de ti? Debería haber ofrecido mi pecho y morir en tu lugar. ¡Cuánto llanto derrama por doquier la raza itálica a causa de vuestra muerte! Por decreto del Senado, vuestra doble tumba se alza en el campo de Marte, entre la hierba».

No le dejaron seguir hablando, pues en mitad de su alocución comenzaron a hablar así, en primer lugar el fantasma de su padre: «La virtud en sí misma es la más hermosa de las recompensas; sin embargo, resulta agradable para los manes que el recuerdo de su vida perdure entre los vivos y el olvido no engulla sus méritos. Pero ven y dinos, orgullo de nuestra familia, qué gran campaña militar te atormenta. ¡Ay, cuántas veces me entran escalofríos al recordar cuán fieramente avanzabas para afrontar unos peligros terribles! En nombre de la causa de nuestra muerte, hijo tan valiente, te suplico que moderes tu furia en combate. ¡Ten suficiente con los ejemplos de tu propia casa! Ocho[80] veranos se había segado ya la mies madura de crujiente caña desde que, completamente devastado por mí y mi hermano, el país de Tartesos sucumbió al yugo. Fuimos nosotros quienes volvimos a levantar las murallas y las casas de la desdichada Sagunto, nosotros conseguimos que se pudiera beber en el Betis sin que enemigo alguno acechara. Ante nosotros, el indomable hermano de Aníbal volvió la espalda tres y cuatro veces. ¡Ah, bárbara lealtad, siempre mancillada! Marchaba yo triunfante en pos de un Asdrúbal mermado por las derrotas, cuando las tropas hispanas, una caterva vendida que Asdrúbal se granjeó con oro libio, rompieron filas y abandonaron las enseñas. Fue entonces cuando el enemigo, al ver que nuestros aliados desertaban y pasaban a engrosar sus filas mucho más numerosas, nos sitió dentro de un

[80] La campaña de los dos Escipiones en Hispania transcurrió, en efecto, entre el 218 y el 211. El país de Tartesos designa, genéricamente, a toda la península Ibérica.

sólido cerco. No permanecimos impasibles, hijo mío; no nos llevó nuestra hora final sin antes vengarnos; culminamos nuestras vidas con honor».

Tomó luego la palabra su hermano y comenzó a relatar sus desgracias: «Como última salida a mi apurada situación, busqué refugio en una elevada torre donde libré mi postrero combate. A mansalva me arrojaron humeantes antorchas, abundantes llamas por doquier y miles de teas encendidas. En ningún momento me quejé ante los dioses por esta manera de morir. Entregaron mi cuerpo a un enorme sepulcro para ser incinerado, y, al morir, pude conservar mis armas. Pero una pena me angustia: que, al sucumbir ambos en esta doble ruina, Hispania tuvo que ceder oprimida ante el empuje de los cartagineses».

El joven Escipión, con el rostro deslucido por el llanto, respondió: «Oh, dioses, os imploro que hagáis pagar a Cartago el justo castigo que merece por semejante osadía. Pero Marcio[81] ha sabido mantener a raya a los fogosos pueblos de los Pirineos. Él, que ya demostró su valor en vuestras filas, ha tomado bajo su mando a los extenuados ejércitos y ha proseguido la contienda con hombres que conoce bien. Corre también el rumor de que ha puesto en fuga a quienes os derrotaron y les ha hecho expiar vuestra muerte». Contentos con esta noticia, ambos generales regresaron a la agradable morada de los justos, mientras el joven los seguía con la vista, lleno de veneración.

Venía a continuación Paulo, apenas reconocible en medio de la densa sombra. Después de beber la sangre, habló de esta manera: «Oh, luz de Italia, cuyas hazañas de guerra pude contemplar[82], hazañas mucho más gloriosas de lo que corresponde a un solo guerrero, ¿quién te ha obligado a descender hasta la noche y visitar los reinos en que se ha de vivir eternamente?». Escipión respondió con estas palabras: «¡Oh, jefe valeroso, cuán-

[81] L. Marcio Séptimo fue el artífice de que, tras la muerte de los dos Escipiones, los romanos pudieran mantener sus posiciones al norte del Ebro. Cfr. Livio, *AVC* 25.37-38.

[82] Paulo Emilio murió en Cannas y fue el propio Aníbal quien preparó sus funerales (cfr. X, 503 ss.). En esta batalla participó también Escipión, al frente de una legión.

to tiempo se ha lamentado en la ciudad tu triste destino! ¡Qué cerca estuviste de arrastrar contigo hasta las tinieblas de la Estigia las moradas de Enotria en ruinas! El enemigo sidonio construyó un túmulo para ti nada más morir y, honrándote, pretendía alcanzar la gloria». Mientras el sollozante Paulo recibía noticia de los funerales que su adversario le había organizado, ante los ojos de Escipión desfilaron Flaminio, Graco y, con el rostro abatido, Servilio[83], muerto en Cannas. Escipión estaba ansioso por
720 llamarlos y conversar con ellos, pero le pudo el deseo de conocer los manes de tiempos pretéritos.

Vio entonces a Bruto[84], aquel que mereció fama imperecedera por su hacha cruel, y a Camilo, cuya gloria es comparable a la de los dioses, y a Curio, que nunca fue amigo del oro. La Sibila describía los rasgos de los que desfilaban y revelaba sus nombres. Este ser privado de la vista[85] fue el que rehusó una paz fraudulenta y rechazó a Pirro a las mismas puertas. Aquél[86] frenó a un rey que atacaba las riberas del Tíber y él solo arrancó con coraje el puente a sus espaldas para impedir que se restableciera la monarquía. Si
730 te apetece ver al hombre que, concluida la primera guerra, pactó la paz con los fenicios, aquí tienes al célebre Lutacio[87], quien, con su flota, venció en combate naval. Y, si tienes interés en conocer la sombra del feroz Amílcar, mira allá lejos, es aquella cuya frente conserva una rabia y una cólera que no remiten ni con la muerte. Si te apetece entablar con él una conversación, permite que pruebe la sangre para que comience a hablar».

Una vez dio su consentimiento y la sedienta imagen se hubo saciado, Escipión tomó en primer lugar la palabra y lo increpó

---

[83] Flaminio pereció en Trasimeno (cfr. V, 655 ss.); Graco sucumbió en una emboscada de Magón (XII, 475 ss.); Servilio murió en Cannas (X, 222 ss.).

[84] El cónsul Bruto condenó a muerte a sus propios hijos por conspirar en favor del restablecimiento de la monarquía. Sobre Camilo, cfr. I, 626 y VII, 559. M. Curio Dentato, verdadero prototipo de virtud, despreció el oro con que los samnitas pretendían sobornarlo y derrotó a Pirro en el 275 a.C.

[85] Después de la derrota romana en Heraclea, Apio Claudio el Ciego renunció a firmar un acuerdo con Pirro.

[86] Horacio Cocles. Cfr. X, 484 y nota.

[87] C. Lutacio Cátulo, artífice de la derrota de la armada cartaginesa en las Egates que supuso el fin de la Primera Guerra Púnica en el 241. Cfr. VI, 687.

con gesto enojoso: «¿Ésos son los tratados que firmas, padre de la falsedad? ¿Eso fue lo que pactaste cuando estabas prisionero en tierras sicanas? Tu hijo, en contra de todos los acuerdos, lleva la guerra a lo largo y ancho del Lacio. Ha abierto un camino a través de los Alpes, rompiendo todo obstáculo, y se ha presentado ante nosotros. La raza itálica está sacudida por una guerra contra bárbaros; y los ríos, obstruidos por tantos cadáveres, remontan su curso». A continuación, el cartaginés contestó: «Apenas había cumplido mi hijo los diez años cuando, a instancia mía, concibió la idea de emprender la guerra con los latinos; no podía, por tanto, faltar al juramento hecho a su padre en nombre de los dioses. Así que, si ahora devasta con fuego el reino de Laurento y trata de acabar con el poderío frigio, ¡qué gran afecto siente por su padre, qué sagrada lealtad, es sin duda vástago mío! Y ojalá recupere él la gloria que hemos perdido!». Y, después, se marchó arrogante, a paso ligero, y al tiempo que se alejaba, su sombra se hacía mayor.

A continuación, la sacerdotisa señaló a quienes dieron leyes al pueblo, que las reclamaba en armas; fueron estos los que mezclaron por vez primera las leyes de Italia con las que habían ido a buscar a las costas del Pireo[88]. Alegre, Escipión observaba incansable los rostros de aquellos varones ilustres, y a todos ellos se habría dirigido si la gran sacerdotisa no le hubiera advertido que quedaba una multitud innumerable: «¿Cuántos miles de mortales en todo el mundo, hijo mío, crees que han descendido hasta el Érebo mientras tú estás viendo a éstos uno a uno? En ningún momento deja de precipitarse hasta aquí un torrente desbordado de sombras. Caronte cruza a esta muchedumbre a bordo de su holgada barca, que no da abasto pese a ser de considerables dimensiones». Mostró luego la virgen a un joven, y dijo así: «Éste es el que recorrió triunfante toda la tierra llevando sus enseñas, penetró hasta Bactra y los dahas, bebió en el Ganges y

[88] Se trata de los decenviros. Debido a las continuas luchas entre patricios y plebeyos, una embajada compuesta por 10 magistrados marchó hasta Atenas (aquí identificada con el nombre de su puerto, el Pireo) para analizar las leyes de Solón y trasplantarlas al mundo romano. El resultado fue la Ley de las Doce Tablas (449).

conquistó el Nifates construyendo un puente peleo. Junto al sagrado Nilo se alzan murallas que llevan su nombre»[89]. El Enéada comenzó hablando así: «Oh, prole auténtica del libio Amón, ya que tu gloria indiscutible supera a la de todos los generales juntos y en mi pecho arde la misma pasión, ¿de qué manera, di, alcanzaste esta egregia dignidad, esta suprema cima del honor?». Aquél replicó: «Resulta despreciable la táctica de demorar la lucha. Sólo con audacia se ganan las guerras. La valentía sin acción nunca se hace notar en la adversidad. Precipita tú la ocasión de realizar grandes hazañas. La sombría muerte se cierne sobre ti mientras actúas». Y, diciendo esto, se marchó. Al momento apareció la sombra de Creso[90], rico cuando estaba entre los vivos, pero la muerte lo había situado al nivel de los indigentes.

En ese instante, el joven pudo ver una figura caminando por los límites del Elíseo; una cinta púrpura le sujetaba recatadamente los cabellos, que caían sobre el reluciente cuello: «Dime, virgen, ¿quién es éste? Su divina frente resplandece con un brillo especial, muchas almas lo siguen admiradas y lo acompañan entre gritos de alegría. ¡Y qué semblante! Si no estuviese en las tinieblas de la Estigia, fácilmente diría yo que se trata de un dios». «No te equivocas», dijo la sabia compañera de Trivia[91], «tuvo todo el derecho de parecer una divinidad, y en su gran corazón había un genio inmenso. Con su poesía abarcó la tierra, el mar, las estrellas y los manes. Igualó a las Musas con su canto y a Febo con su honor. Y todas estas cosas las reveló detalladamente al mundo, antes incluso de haberlas visto, y ensalzó vues-

[89] Silio nos dibuja a Alejandro Magno. La Bactriana ocupaba, más o menos, la actual Afganistán; los dahas son pueblos nómadas de Escitia, junto al mar Caspio. El Nifates es un río de Armenia. Pela, en Macedonia, es el lugar de nacimiento de Alejandro. Las murallas junto al Nilo son las de Alejandría.

[90] Se resalta aquí el tan traído tema de la igualdad de todos ante la muerte. Creso era un rey de Lidia de proverbial riqueza.

[91] *Con el nombre de Trivia se alude tanto a Diana como a Hécate*, divinidades que presidían las encrucijadas de caminos, lugares en que se practicaba la magia. En esta ocasión Silio se refiere seguramente a Hécate, divinidad más ligada al mundo de las sombras.

tra querida Troya hasta las estrellas». Contemplando esta sombra con ojos llenos de júbilo, Escipión señaló: «Si los hados permitieran ahora que este poeta inspirado cantara las gestas del pueblo de Rómulo por todo el mundo, con su testimonio estas mismas gestas se transmitirían engrandecidas a las generaciones futuras. ¡Dichoso Eácida[92], que tuviste la suerte de que semejante voz te diese a conocer por todas las naciones! Tu valor se vio aumentado con su poema».

Y, al preguntar Escipión qué era aquella muchedumbre que se dirigía hacia él, pudo saber que eran las figuras de los héroes[93] y las sombras más notables. Quedó fascinado ante el invencible **800** Eácida; fascinado ante el gran Héctor, se maravilló del caminar de Áyax y del venerable rostro de Néstor; contempló gozoso a los Atridas y al rey de Ítaca, tan destacado en astucia como el hijo de Peleo en valor. Luego pudo distinguir la sombra del hijo de Leda, Cástor, presta a revivir. Pólux se hallaba disfrutando de su existencia alterna en el cielo.

Pero de pronto atrajo su mirada Lavinia, que ya se le aparecía. En efecto, la virgen anunció que era el momento de encontrarse con los manes de mujeres, antes que la luz vivificadora lo reclamara por haberse entretenido. «Ésta es –dijo– la venturosa nuera de Venus[94], quien, por medio de una larga progenie, ha unido los hijos de Troya con los latinos bajo una estirpe común. **810** ¿Quieres ver también a la compañera de Quirino, el hijo de Marte? Observa a Hersilia[95]. Mucho tiempo atrás, como los pueblos vecinos despreciaran a unos pretendientes toscos, ella fue raptada por su marido pastor, entró en su choza y con gusto se acostó sobre su lecho de paja, disuadiendo a sus parientes políticos de emprender una guerra.

---

[92] Sobrenombre de Aquiles, tomado de Éaco, abuelo del héroe. Sobre esta exclamación, cfr. CICERÓN, *Pro Archia*, 24.4.

[93] Aparecen a continuación los héroes homéricos. Aquiles y Héctor, Áyax y Néstor, los Atridas (Agamenón y Menelao), Ulises y los Dióscuros Cástor y Pólux.

[94] Lavinia, hija del rey Latino y esposa de Eneas a su llegada a Italia. Es, por tanto, nuera de Venus. Mediante su matrimonio con el héroe, unirá para siempre la raza troyana y la latina.

[95] Esposa de Rómulo y una de las mujeres sabinas que fueron raptadas.

»Mira cómo se acerca Carmenta[96]. Ésta fue la madre de Evandro y en sus predicciones vaticinó tus sufrimientos. ¿Quieres ver también el rostro de Tanaquil?[97] Esta mujer de casto espíritu también poseía dotes adivinatorias y predijo a su esposo que llegaría a ser rey, después que apreció el favor de los dioses en el vuelo de un pájaro. Y he aquí el orgullo del Lacio por su virtud[98]. Célebre por su muerte, Lucrecia trae la frente y los ojos clavados en el suelo. ¡Ay de ti, Roma, que no se te permitió preservar por mucho tiempo una gloria como aquélla, preferible a cualquier otra! A su lado está Verginia[99]. Mírala, aún conserva la herida en su pecho ensangrentado, triste recuerdo de un pudor defendido con el hierro; aún alaba a su padre después de haberle infligido una lamentable herida con su propia diestra.

»Y aquella es la que venció al Tíber y a las fuerzas lidias, Clelia[100], que aún no había conocido varón. Roma en otro tiempo deseaba hombres como ella, que no tenía en cuenta su sexo.»

Perplejo ante la visión que de pronto se le apareció, quiso saber Escipión cuál era el motivo de su condena y quiénes eran aquellos manes inculpados. La virgen le replicó así: «Aquella, que destrozó el cuerpo de su padre bajo las ruedas de su carro y, tirando de los frenos, se detuvo ante su rostro tembloroso, es Tulia[101]; por ello va nadando sobre el ardiente Flegetonte y jamás dejará de sufrir lo bastante. Desde su sombría fragua, el agua se precipita impetuosa arrojando desde las profundidades rocas incandescentes, peñascos inflamados que golpean su rostro. En cambio aquella cuyas entra-

[96] Ninfa adivinadora, madre de Evandro. Cfr. VI, 631 y VII, 18.

[97] Esposa de Tarquinio Prisco, de la que Silio alaba su virtud. Era también adivina y vaticinó a su esposo, de nombre Lucumón, que sucedería a Anco Marcio bajo el nombre de Tarquinio Prisco.

[98] Esposa de Tarquinio Colatino. Se suicidó después de ser violada por Sexto Tarquino, lo que dio pie a la revuelta que acabó con la expulsión de los Tarquinos y el fin de la monarquía. Cfr. nota a VIII, 361.

[99] Fue matada por su propio padre, para sustraerla a los deseos del decenviro Apio Claudio Craso.

[100] Cfr. X, 492 ss. Entregada como garantía de paz al etrusco (= lidio) Porsena, Clelia escapó cruzando a nado el Tíber.

[101] Tulia hizo pasar su carro sobre el cuerpo de su padre, el rey Servio Tulio, para consolidar en el trono a su marido, Tarquinio el Soberbio.

ñas roe un pájaro con su pico (oye cómo resuena el escudero de Júpiter batiendo sus alas mientras vuelve a su comida) es la virgen Tarpeya[102]. Por causa de su pasión por el oro, entregó la ciudadela al enemigo (monstruoso sacrilegio) y, tras pactar con los sabinos, les abrió las puertas. A su lado (¿puedes verlo? No son ciertamente livianos los delitos que aquí se castigan), está Ortro con sus fauces hambrientas[103]. Quien fuera en otro tiempo monstruoso guardián del rebaño de Iberia, ladra a su víctima, le lanza dentelladas y la destroza con sus asquerosas garras. Sin embargo, el castigo no se corresponde con la culpa; ella profanó el templo de Vesta al perder su virginidad pese a ser sacerdotisa. Pero ya es suficiente, basta ya de ver todo esto».

Pero un instante después, añadió: «Ahora ves las almas que beben las aguas del olvido[104]; para finalizar, me dispongo a enumerarte unas cuantas para luego volver a las tinieblas. He aquí a Mario, al que no queda ya mucho para llegar hasta la luz del cielo. Tú lo verás llegar desde un humilde origen hasta un continuado poder como cónsul. Y Sila, quien no puede ya diferir lo que se le ha mandado ni beber por más tiempo en el río del sueño. La luz de la vida lo llama y el destino que ningún dios puede alterar. Él será el primero en conquistar el poder absoluto que sólo él restituirá como un gesto glorioso después de su delito. Y, ante este nombre tan grande, no existirá nadie que quiera seguir los pasos de Sila.

»Y aquél de la hirsuta cabellera en torno a su frente es Magno[105], personaje noble y querido sobre la tierra. Aquel otro

[102] Sobornada por los sabinos, la joven Tarpeya entregó el Capitolio. Como recompensa a su traición fue condenada por los propios sabinos. El águila, ave de Júpiter, llevaba en su pico los rayos de su señor.

[103] Perro con dos cabezas que guardaba los rebaños de Gerión. El castigo que relata Silio tal vez se identifique con el que recibieron las Vestales en tiempos de Domiciano.

[104] Se trata de personajes que, después de beber las aguas del olvido, regresarán al mundo de los vivos (nueva alusión a la reencarnación de las almas). Habla Silio de Mario, quien, pese a sus humildes orígenes, ocupará siete veces el cargo de *cónsul*; y de Sila, quien renunció al poder supremo que previamente usurpara.

[105] Se trata de Cn. Pompeyo Magno, llamado *el Grande*, el famoso rival de César.

de divino linaje, que alza una corona adornada de estrellas, es César[106], el troyano descendiente de Julo. Cuando, por fin, se abra esta morada y salgan afuera, ¡qué gran conmoción causarán ambos por tierra y por mar! ¡Ay, desdichados, cuántas batallas libraréis por todo el mundo! Y, pese a ser tú el vencedor, no pagarás por tus crímenes menos que el vencido»[107].

Entonces el joven dijo entre lágrimas: «Lamento el terrible destino que aguarda a la historia del Lacio. Pero, si, una vez per-
870 dida la vida, no existe perdón alguno y la misma muerte padece penas merecidas, ¿en qué aguas del Flegetonte arderá el caudillo cartaginés por su delito de traición? ¿Qué ave podrá con su pico despedazar eternamente unos miembros que se regeneran?».

«No temas –exclamó la adivina–, la vida de este guerrero no seguirá siendo invulnerable. Sus huesos no descansarán en su patria. En efecto, cuando, agotados sus recursos, haya sufrido una derrota después de una gran batalla[108] y haya implorado clemencia de manera vergonzosa, tratará de reanudar la guerra en el bando de los macedonios. Condenado por traición, deberá
880 dejar a su fiel esposa y a su querido hijo y abandonará la ciudadela de Cartago para recorrer el azulado mar como un fugitivo a bordo de una sola nave. Tendrá luego ocasión de ver las rocosas cumbres del Tauro, en Cilicia. ¡Ah! ¡Cuánto más fácil resulta a los mortales sufrir la penosa esclavitud, el invierno y el verano, el exilio, el mar o el hambre, antes de decidirse a morir! Después de las guerras en Italia, entrará como servidor a las órdenes de un rey asirio, y, defraudado en sus deseos por reanudar la guerra

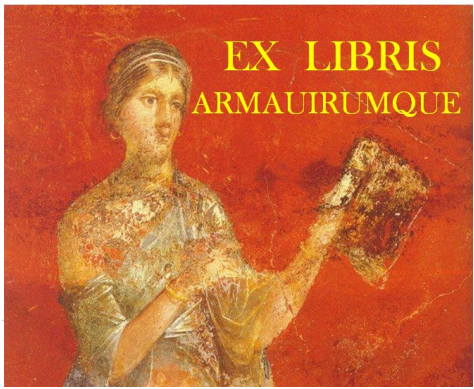
[106] Como miembro de la familia Julia, César remontaba sus orígenes a Julo o Ascanio, el hijo de Eneas.

[107] César, pese a vencer a Pompeyo en la batalla de Farsalia, morirá asesinado.

[108] La batalla de Zama, en la que Escipión vencerá a Aníbal (202). Silio resume luego el largo periplo del cartaginés desde su derrota en Zama hasta su muerte. Se aliará primero con Filipo V de Macedonia. A continuación, será desterrado y buscará refugio, primero en Cilicia (en Asia Menor, donde se halla el monte Tauro), luego al servicio de Antíoco III, rey de Siria y, por último, junto a Prusias, rey de Bitinia. Cuando enviados romanos solicitaron su rendición, Aníbal se suicidó envenenándose, a los setenta años de edad (183 a.C.).

contra Ausonia, surcará los mares sin rumbo fijo hasta que, llevado indolentemente hacia las costas de Prusias, sufrirá una segunda esclavitud ya sin fuerzas para luchar, y obtendrá refu- 890
gio, favorecido por el rey. Y, cuando los Enéadas reclamen insistentemente que un enemigo de tal calibre les sea entregado, a escondidas tomará presto una copa llena de veneno y librará al mundo de un prolongado temor.»

Dicho esto, la adivina regresó a las abismales sombras del Érebo. El joven partió luego alegre para reencontrarse con sus compañeros en el puerto.



Libro XIV

Volved ahora vuestros cantos, divinidades del Helicón[1], hacia el mar de Ortigia[2] y las ciudades de la costa sícula. Responsabilidad vuestra es la siguiente tarea: llegarse hasta el reino daunio[3] de los Enéadas y a los puertos de Sicilia, o bien recorrer los dominios de los macedonios y los campos aqueos, bañar vuestros erráticos pies en el mar de Cerdeña, divisar las cabañas que en otro tiempo poseyó la nación tiria, o bien contemplar la puesta del sol y los confines del mundo. Así lo exige Marte, que se ha desatado a lo largo y ancho de la tierra. Ea, pues, sigamos 10
adonde nos guían las trompetas y las guerras.

Una gran parte de Ausonia la constituye el territorio de Trinacria[4] que, por obra de los embates del Noto y el desgaste de las olas, hizo sitio a las aguas que el cerúleo tridente empuja. En efecto el mar, misteriosamente golpeado en otro tiempo por la fuerza invisible de un torbellino, partió en dos las desgarradas entrañas de la tierra y, desgajando los campos por medio de esta

---

[1] Las Musas. Sobre el Helicón, cfr. XII, 412.

[2] Isla próxima a la ciudad de Siracusa. Ortigia era el primitivo nombre de la isla de Delos, por lo que no sería de extrañar que colonos llegados desde Grecia pondrían este nombre a la isla.

[3] Cfr. I, 291.

[4] «La tierra de las tres puntas.» Estos tres cabos son el Peloro, el Paquino y el Lilibeo. Cfr. III, 257.

depresión, se llevó ciudades arrancadas de cuajo junto con sus habitantes. Desde entonces, el violento Nereo mantiene esta separación con su furioso oleaje y no permite que vuelva a unirse lo que ha escindido. Y, a propósito del espacio que divide esta tierra común, se cuenta que la atraviesan los ladridos de los perros (tan estrecha es la corriente que fluye en medio) y también el canto matutino de las aves.

Mucha es la riqueza de su suelo: el arado produce tanto beneficio como sombra a los montes da el olivo; Baco les procura gran fama, allí nace el veloz corcel capaz de resistir el ruido de las trompetas de guerra; y no difiere mucho el néctar de Hibla del de las colmenas cecropias[5]. Aquí se veneran las fuentes peonias[6] con sus aguas sulfurosas; aquí las voces, dignas de Febo y las Musas, de destacados poetas[7] con cuyo canto retumban los bosques sagrados y el Helicón resuena con la Camena de Siracusa. Es un pueblo de lengua despierta; cuando lleva a cabo una guerra, tienen por costumbre adornar su puerto con los trofeos de sus victorias navales.

Después de la implacable tiranía de Antífates[8] y el reinado de los Cíclopes, estos campos conocieron por vez primera el arado sicano: Pirene envió sus pueblos que dieron a este territorio sin nombre el de un río de su patria. A continuación, jóvenes ligures al mando de Sículo cambiaron el nombre tras hacerse con el poder como consecuencia de una guerra. Y no fue motivo de deshonra que los cretenses se instalaran allí. Era Minos el que, con intención de castigar a Dédalo, los empujaba desde sus

[5] Silio enumera las riquezas de Sicilia: sus vinos, la cría de caballos o la miel de Hibla (hoy *Megara*), cuyo néctar competía con el del monte Himeto, en Atenas (la ciudad de Cécrope, cfr. II, 217).

[6] Perteneciente a Peón, dios de la medicina. Se trata, por tanto, de aguas medicinales.

[7] Eran conocidos Estesícoro, Empédocles, Epicarmo y Teócrito. Las Camenas son primitivas ninfas itálicas confundidas con las Musas griegas.

[8] Rey de los Lestrigones (cfr. VII, 276 y VIII, 530). Después de los míticos pobladores que habitaron la isla, pasa Silio a relatar las sucesivas oleadas de pueblos que fueron a establecerse a Sicilia: sicanos procedentes de Hispania (aquí identificada con Pirene), ligures que dieron al lugar el nombre de su jefe Sículo, cretenses que acompañaban a Minos y frigios que acompañaban a Acestes y a Élimo.

cien murallas a una contienda poco favorable. Y, después que, por las asechanzas de las hijas de Cócalo[9], monstruosa artimaña, Minos llegó hasta las sombras perpetuas para erigirse en juez, su tropa, cansada de luchar, se asentó en las riberas sículas. Luego mezclaron su sangre con la frigia, después que el troyano Acestes y el también troyano Élimo[10], seguidos de un grupo de guerreros, levantaron muros a los que otorgaron su propio nombre durante mucho tiempo. Y tampoco carecen de fama las murallas de Zancle[11], fama que le dio Saturno cuando su diestra soltó el arma. Pero no hay gloria más hermosa en las tierras de Henna[12] 50
que la ciudad que toma su nombre del istmo de Sísifo y que relucirá por encima del resto con sus vástagos venidos de Éfira[13]. Allí Aretusa[14] recibe en su venero lleno de peces a su amado Alfeo, que transporta la distinción de la corona sagrada.

Por otra parte, las cuevas de Trinacria agradan al implacable Mulcíber, pues Lípari[15], socavada en el fondo de sus entrañas

---

[9] Después de escapar del laberinto de Creta, Dédalo se refugió en la corte de Cócalo, rey de los camicos, en Sicilia. Cuando el rey Minos llegó en su busca, las hijas de Cócalo lo escaldaron mientras se bañaba. Después de morir, Minos bajó hasta los Infiernos, donde juzgaría a las almas, ayudado por Radamanto y Éaco. La tropa que acompañaba al rey cretense se asentó en Sicilia y allí fundó la ciudad de Heraclea Minoa, cerca de la moderna *Capo Bianco*.

[10] Después que Troya fuese incendiada, Acestes (o Egestes) huyó hasta Sicilia, acompañado de Élimo, hijo bastardo de Anquises. Allí fundaron, con el paso del tiempo, varias ciudades, como Acesta (luego Segesta, cerca de la actual *Calatafimi*). Cfr. Virgilio, *Eneida* V, 73; ESTRABÓN, VI, 254.

[11] Nombre originario que recibió Mesina, por su forma de hoz (gr. ζάγκλον). Silio alude a la hoz con que Saturno castró a Urano.

[12] Ciudad siciliana (cfr. I, 93). Aquí, por extensión, designa a la isla.

[13] Silio alude aquí a Siracusa, ciudad que fundaron colonos corintios guiados por Arquias. Sísifo fue el legendario fundador de Corinto, cuyo antiguo nombre era Éfira.

[14] Según la leyenda, Alfeo, dios del río homónimo, que fluye por el Peloponeso, quedó prendado de la ninfa Aretusa. Ésta, desdeñosa, huyó ayudada por su protectora, Diana, que la cubrió de una nube para ocultarla del que la acosaba. Luego de ser metamorfoseada en fuente, llegó hasta la isla de Ortigia, frente a Siracusa, donde Alfeo, por amor, unió sus aguas a las de ella (cfr. Ovidio, *Met.* V, 572 ss.). Se dice de Alfeo que transporta la corona sagrada por ser éste el río en que, según la tradición, los vencedores en Olimpia arrojaban sus coronas.

[15] Islas situadas al norte de Sicilia. Con la mención de Mulcíber, Silio pretende resaltar la naturaleza volcánica de este territorio.

por enormes fraguas, vomita humo de azufre por su cima carcomida. En cuanto al Etna, eructa también entre gemidos el fuego que lleva dentro, haciendo temblar las rocas e imitando con su ruido la furia del mar. Truena noche y día con invisible e incesante estruendo. Como salido de la sombría fuente del Flegetonte[16], un torrente de llamas se desborda y, en una tormenta renegrida como la pez, revuelve peñascos medio quemados en sus cavernas fundidas. Pero, por mucho que bulla su interior con enorme remolino de llamas, por mucho que el fuego que se fragua debajo fluya sin cesar a la superficie, la cima es blanca y (causa asombro decirlo) mantiene unidas la nieve y las llamas; los inflamados escollos se erizan, enfriados para siempre. En el vértice de la elevada montaña permanece a perpetuidad el invierno, y las negras cenizas cubren la nieve caliente.

¿Y qué decir de las tierras que Eolo gobierna, morada de los vientos y prisión fijada para las tormentas? Aquí el cabo Paquino mira hacia el reino de Pélope[17]: sus rocas, golpeadas por el mar Jónico, devuelven el eco. Allí, situado frente a Libia y frente al furioso Cauro, el célebre Lilibeo ve declinar Escorpión. Por último, en el lado opuesto, se encuentra el tercer cabo de este territorio, el Peloro, que se orienta hacia Italia y, prolongando su dorso hacia la costa, se alza sobre su montaña arenosa.

Durante mucho tiempo gobernó estas tierras Hierón[18], soberano indulgente y benévolo, capaz de guiar a su pueblo con apacible autoridad, sin exacerbar a sus súbditos con ningún temor. Decidido a no traicionar su palabra, jurada ante los altares, por muchos años había conservado inquebrantable su pacto de adhesión a Ausonia. Sin embargo, cuando los hados lo consumieron víctima de la frágil vejez, cedió el cetro funesto a su joven nieto, y la pacífica corte adoptó unas costumbres desenfrenadas. En

[16] Cfr. II, 610.

[17] Silio menciona los tres promontorios que dan a Sicilia su forma triangular: el cabo Paquino, que mira hacia el Peloponeso; Lilibeo, al noroeste, expuesto a los embates del Cauro, y el Peloro, orientado hacia la península Italiana.

[18] Hierón III de Siracusa, fiel aliado de los romanos, muerto en el 215 a.C. A su muerte lo sucedió su nieto Jerónimo, de apenas quince años.

efecto, el nuevo rey, que aún no había cumplido los dieciséis años, estaba cegado por su excelso trono y no era capaz de soportar el peso del poder, dejándose llevar por la relajación. Así, en poco tiempo y amparando todo tipo de crímenes por medio de las armas, no hubo justicia conocida ni injusticia sin conocer. Mínima era la inquietud que el rey mostraba por el pudor. El origen de su madre, una descendiente de Pirro[19], lo empujaba a tan descabellada locura, así como la arrogante estirpe de su antepasado eácida, y Aquiles, inmortalizado en poesía. De ahí su repentino entusiasmo por favorecer los planes de los cartagineses. Y no cejó en su criminal empeño, sino que firmó inmediatamente un nuevo tratado, según el cual, los sidonios abandonarían las costas sículas en caso de salir vencedores. Pero el Castigo le aguardaba y la Erinia le negó la sepultura[20] en la misma tierra en que poco antes había decidido dejar de observar a sus aliados. En efecto, fue degollado por unos conjurados enardecidos por la cólera y el miedo y no dispuestos a tolerar por más tiempo aquella salvaje fastuosidad y a aquel joven consumido por el lujo sanguinario que mezclaba desvergüenza y atrocidad. Y ya no hubo comedimiento con la espada: siguieron matando a las mujeres y, después de atrapar a las hermanas del rey, que eran inocentes, las abatieron a hierro. Una libertad sin precedentes se ensañaba con las armas y se sacudía el yugo. Unos buscan la alianza con los cartagineses, otros con los ítalos que ya conocen. Y no faltó una turba de enloquecidos que no quiso alinearse con ninguno de los dos bandos.

Tal era la conmoción en Trinacria, tal la agitación que en Sicilia había causado la muerte del rey, cuando Marcelo, encumbrado en el más alto cargo (pues la púrpura le había deparado ya por tercera vez las fasces latinas)[21], atracó su flota junto a la costa de Zancle. Después que le refirieron todo lo acontecido, la muerte del tirano, las dudas de los habitantes, qué

[19] La madre de Jerónimo, Nereis, era hija de Pirro, rey del Epiro (cfr. XIII, 725). Pirro, a su vez, se proclamaba descendiente de Aquiles.

[20] Cfr. Livio *AVC* 24.23.1.

[21] M. Claudio Marcelo fue cónsul en el 222, 215 y 214. Sobre este personaje, cfr. nota a I, 133.

posiciones ocupaban los cartagineses y cuántos eran, qué parte del pueblo conservaba sus simpatías hacia los hijos de Troya y qué vana afectación mostraba la ciudad de Aretusa[22] para obstinarse en no abrirle sus puertas, inició la contienda y, sin más, con el corazón repleto de ira, desencadenó todas las calamidades de la guerra sobre los territorios limítrofes. No de otro modo el Bóreas, cuando se lanza desde la cumbre del Ródope e impulsa el mar contra la tierra con la décima ola[23], acompaña con un rugido la masa de agua arrojada y resuena con sus estridentes alas.

Los primeros combates devastaron los campos de Leontinos[24], tierra dominada en otro tiempo por el cruel lestrigón. El general insistía, ya que, en su opinión, retrasar la victoria sobre los escuadrones griegos[25] era lo mismo que caer derrotados. Se despliega por todo el llano (podría creerse que se trataba de un tropel de mujeres yendo al encuentro de sus hombres) y preña de sangre aquellos campos tan gratos a Ceres. Por todas partes yacen cadáveres, Marte se apresura a impedir que esquiven la muerte huyendo, pues a todos los que la fuga ofrecía la salvación, el general les cerraba el paso anticipándose espada en mano. «Id y acabad con esta banda de cobardes segándolos con el hierro», gritaba, mientras apremiaba con su escudo a los indecisos escuadrones. «Ante nosotros tenemos a unos guerreros indolentes y con escaso afán de lucha, que sólo saben librar reposados combates en la sombra y disfrutan untándose aceite para que sus músculos brillen: mediocre honor para sus vencedores. La única gloria que se os ofrece es que acabéis con el enemigo nada más verlo.»

Al oír a su general, el ejército entero arremete. La única rivalidad que conocen es entre ellos mismos, por saber quién sobresale por su diestra, quién se lleva los despojos más abundantes.

---

[22] Esto es, Siracusa.

[23] Los poetas consideraban la décima ola como la más impetuosa de todas. Cfr. Valerio Flaco, *Arg.* II.54; Ovidio, *Met.* XI, 530.

[24] Ciudad al este de Sicilia (actualmente *Lentini*).

[25] Con esta denominación se alude tanto a Siracusa como a Leontinos, aliada suya.

No corren con mayor furia las aguas del eubeo Euripo[26] cuando impactan contra los escollos del Cafareo, ni la Propóntide expele con mayor violencia sus sonoras olas por su boca estrecha, ni bulle o embiste con mayor tumulto el estrecho que azota las columnas de Hércules, allá donde el sol se pone.

Sin embargo, en tan encarnizado combate alcanzó la fama un acto de magnanimidad. Un soldado tirreno de nombre Asilo, capturado tiempo atrás junto a las aguas del Trasimeno, había sufrido una cómoda esclavitud y la indulgente autoridad de su señor Berias y pudo luego regresar a su patria por voluntad de su dueño benefactor. Algún tiempo después, había vuelto a tomar activamente las armas con ánimo de vengar en Sicilia su fracaso anterior. Y, cuando se hallaba enfrascado en medio del combate, se acercó hasta Berias, quien había sido enviado por el pueblo cartaginés según el tratado firmado con el rey de Siracusa, para participar en la guerra como aliado. Su rostro quedaba oculto por la protección de su casco de bronce. Arremete Asilo con su espada al guerrero. Éste, temeroso, retrocede con paso vacilante hasta caer en la arena. Fue entonces cuando el desdichado escuchó la voz de su vencedor y recobró su trémulo y apurado aliento como si volviese de la morada estigia; por el mentón rompió la correa que sujetaba su casco mal asegurado, al tiempo que comenzaba a suplicar y se disponía a hablar. Sin embargo, el tirreno, al verlo de pronto, consternado ante aquel rostro conocido, apartó el hierro de su mano y, acto seguido, pronunció estas palabras entrecortadas por las lágrimas y los gemidos: «Te pido que no me supliques por tu vida ni implores ante tu situación. Me está permitido salvar a un enemigo. El mejor soldado es, con mucho, aquel para quien mantener su palabra es lo primero y lo último, incluso en tiempo de guerra. Tú permitiste primero que escapara de la muerte y me salvaste incluso antes de que un enemigo hubiera hecho lo propio contigo. No me consi-

[26] Estrecho que separa Eubea de Beocia (hoy *Negroponte*). El cabo Cafareo, al sudeste de Eubea, es célebre porque contra él se estrelló la flota griega a su regreso de Troya. La Propóntide es el actual mar de Mármara, entre el Egeo y el mar Negro. Las columnas de Hércules se identifican con el estrecho de Gibraltar.

deraría yo indigno de cuantas calamidades he padecido, e incluso merecería verme envuelto en calamidades aún peores, si no te abre ahora mi brazo un camino por entre el fuego y las espadas». Eso dijo al tiempo que lo levantaba, y, perdonándole la vida, compensó la que él mismo había obtenido previamente.

Vencedor en su primer enfrentamiento en territorio sículo, Marcelo avanzó tranquilamente con sus ejércitos, dirigiendo sus enseñas victoriosas hacia las murallas de Éfira[27], hasta rodear la ciudadela de Siracusa con sus tropas. Pero sus ansias de luchar eran cada vez menores: era su intención apaciguar con sus consejos los cegados corazones de los habitantes y arrinconar sus resentimientos. No obstante, si acaso se negaban y creían que optar por la indulgencia era como tener miedo, mantuvo el asedio sin aflojar el cerco. Antes al contrario, él mismo vigilaba más atentamente, con las armas preparadas y el rostro impertérrito; en secreto procuraba planear ataques por sorpresa. No de otro modo nada el blanco cisne sobre las aguas del Erídano o a orillas del Caístro[28], ofreciendo inmóvil su cuerpo a la corriente y surcando en silencio las aguas con sus palmas.

Entre tanto, mientras los asediados se mostraban indecisos, reunidos pueblos y ciudades, toman parte como fuerzas aliadas[29]: llega Mesina, situada junto al estrecho y apenas separada de Italia aunque diferente a ella; es una ciudad célebre por su origen osco[30]. A continuación Catania[31], muy próxima al ardiente Tifeo y afamada en otro tiempo por haber sido la cuna de dos

---

[27] Es decir, de Siracusa, colonia de Corinto, cuyo antiguo nombre era Éfira (cfr. v. 51).

[28] Río de Lidia, famoso por sus cisnes. Cfr. Homero, *Ilíada* II, 459 ss.; Ovidio, *Met.* II, 253.

[29] Comienza aquí el catálogo de los pueblos y ciudades que se alinean del lado de Siracusa.

[30] Mesina fue fundada por mamertinos procedentes de Campania (en otro tiempo, el país de los oscos).

[31] La ciudad de Catania se halla muy cerca del Etna, volcán bajo el que se encontraría encerrado el gigante Tifeo. Según la tradición, durante una erupción del Etna dos hermanos (Anfínomo y Anapias) salvaron a sus padres llevándolos sobre sus espaldas.

hermanos piadosos; y Camarina[32], a la que los hados no permiten mudar de asentamiento. Y luego Hibla, que osa desafiar al Himeto con la dulzura de néctar de sus panales; Selinonte[33], poblada de palmeras; y Milas, antaño puerto seguro, hoy su playa es sólo un refugio poco fiable para los que huyen del mar.

Asimismo se encuentran el elevado Érix[34] y, desde sus altas cumbres, Centuripe y Entela, esta última reverdecida por el generoso Lieo, Entela cuyo nombre es grato a Acestes, el descendiente de Héctor.

No faltó Tapso[35] ni tampoco Acras, llegada desde sus gélidas alturas; acudieron también las tropas de Agirio[36] y las de Tíndaris, orgullosa de sus gemelos laconios. La excelsa ciudad de Agrigento se apresuró a mandar un escuadrón de mil caballos que calentó el aire con los relinchos e hizo levantar una nube de polvo hasta el cielo. Su cabecilla era Grosfo, cuyo escudo llevaba cincelado un toro salvaje, recuerdo de un antiguo castigo[37]. Cuando, aplicándole llamas por debajo, las víctimas se abrasaban, sus gemidos sonaban como mugidos y daba la impresión de que eran auténticas reses que gritaban en sus establos. Pero no quedó aquello sin castigo, pues el inventor de

---

[32] Según un oráculo, se prohibía a los habitantes de Camarina *(Camarana)* que movieran su ciudad de lugar, pese a las marismas que la rodean. No obstante, no tuvieron en cuenta el oráculo y, al secar las marismas, permitieron al enemigo tomar la ciudad. Cfr. Virgilio, *Eneida* III, 700. Sobre Hibla y su miel, cfr. v. 26.

[33] Ciudad al oeste de Sicilia (hoy *Selinonto*). Milas (actualmente *Milazzo*) se halla al norte de la isla.

[34] Montaña al noroeste de Sicilia (hoy *Monte S. Giuliano*), en la que Venus tenía un templo. Centuripa se halla a los pies del Etna; Entela *(Rocca d'Entella)*, fundada por un troyano compañero de Acestes de nombre Entelo, está al oeste de la isla, a orillas del río Hipsa.

[35] Tapso (modernamente *Magnisi*) y Acras (cerca de la actual *Palazzuolo Acreide*) se hallan al sureste de la isla.

[36] Agirio (hoy *Agira*) se encuentra a orillas del Simeto; Tíndaris (hoy *Santa Maria del Tindaro*), al norte. El nombre de esta última deriva del de Tindáreo, rey de Laconia, marido de Leda y padre de Cástor y Pólux. Agrigento se encuentra en la costa, al suroeste de la isla.

[37] Fálaris, tirano de Agrigento, mandó construir un toro de bronce en el que los condenados morían abrasados. Perilo, el inventor de este artefacto, fue el primero en morir en él.

tan monstruoso artilugio murió mugiendo terriblemente en su propio toro.

Viene también Gela[38], cuyo nombre procede del río, y viene Halesa y los palicos que condenan las mentes perjuras con un castigo inmediato. Y viene también la troyana Acesta[39], y el Acis que busca el mar a través del territorio del Etna y baña a la complacida Nereida con sus dulces aguas. Acis fue en otro tiempo, Polifemo, rival de tu amor, y, mientras huía de la cólera insensible de tu impetuoso corazón, transformándose en agua sutil pudo escapar de ti, su enemigo, y mezclar su curso victorioso al tuyo, Galatea.

Aportaron sus efectivos aquellos que beben las ruidosas aguas del Hipsa[40] y el Álabis, y del transparente Acates de luminoso caudal. Y llegaron los que habitan en tus fuentes, inconstante Crisas, y el Híparis de escasa corriente, y el Pantagias fácil de cruzar por su exiguo cauce, o las doradas aguas del impetuoso Simeto.

Las costas de Termas[41], donde el Hímera desemboca en el mar eolio, favorecidas por una antigua Camena, armaron también a los suyos. El río se bifurca en dos ramales, y la parte occidental no fluye menos rápida que la oriental. El Nebrodes[42] nutre la corriente dividida y en toda Sicilia no hay monte más rico en sombra.

---

[38] Gela (hoy *Terranova*) se halla al sur de la isla, Halesa (la actual *Castel Tusa*) al norte. Los palicos son dioses gemelos, nacidos de Zeus y la ninfa Talía. Su culto se situaba cerca de un lago sulfuroso al que acudían los sospechosos de algún delito: si juraban en falso, perdían la vida por obra de los dioses (las aguas del lago eran realmente nocivas); si eran inocentes, volvían sanos y salvos y podían reclamar a sus acusadores por haberlos calumniado.

[39] Acesta o Segesta, fundada por el troyano Acestes (cfr. v. 45). La ninfa Galatea amaba al joven pastor Acis. Polifemo, celoso, aplastó con una piedra al joven, quien, gracias a las súplicas de Galatea, terminó convirtiéndose en río, junto al Etna (hoy *Aci*).

[40] Cita a continuación Silio una serie de ríos que bañan Sicilia: el Hipsa (hoy *Belice*), el Álabis *(Alcantara)*, el Acates (hoy *Dirillo*), el Crisas (hoy *Dittalno*), el Híparis (hoy *Fiume Rifrescolaro*), el Pantagias (hoy *Fiume di Porcari*) y el Simeto *(Giaretta)*.

[41] Junto a Termas (hoy *Termini*) se encontraba Hímera (modernamente *Bonfornello*), ambas al norte de la isla. En esta última, bañada por el río del mismo nombre (actual *Grande*), nació el poeta lírico Estesícoro. Existía otro río Hímera (el moderno *Salso*), que desembocaba al sur de la isla.

[42] Cadena montañosa al nordeste de Sicilia.

La arriscada Henna aportaba diestras consagradas a sus bosques divinos. Hay allí una cueva que descubre una enorme grieta en la tierra; un camino oscuro conduce hasta los manes a través de una senda tenebrosa por la que un insólito himeneo llegó hasta esos recónditos parajes. Por allí una vez el rey estigio, alcanzado por Cupido, osó llegar hasta la luz del día y, abandonando el lóbrego Aqueronte, condujo su carro a través del aire hasta la tierra que le estaba vedada. Una vez raptada la virgen de Henna, guio de nuevo hacia la Estigia sus caballos, aturdidos al ver el cielo y espantados por la luz, y ocultó su presa en el reino de las sombras[43].

Petrea[44] se alió con los generales romanos, una alianza con Roma buscaron también Calípolis y Engio, la de pedregosos campos; y Adrano, Ergecio y Malta, orgullosa de sus tejidos de lana, y Calacte[45], la de costas abundantes en peces, y la tierra de Cefaledo, que con el mar proceloso se horroriza al ver las ballenas pastando en la azulada superficie. Llegaron, asimismo, los que, desde Tauromenio, ven cómo Caribdis absorbe las naves arrastradas por la abertura de su remolino y, acto seguido, las escupe desde las profundidades hasta las estrellas. Éstas eran las tropas que apoyaban al Lacio y a las enseñas de Laurento.

El resto de la nación sicana se adhirió a la causa del pueblo de Elissa[46]. Mil hombres aportó Agatirna, los mismos que Tró-

[43] Silio narra el episodio del rapto de Proserpina por parte de Plutón (cfr. I, 93). La ciudad de Henna se denomina hoy *Castro Giovanni.*

[44] Comienza aquí la breve enumeración de los aliados romanos: Petrea (actual *Petralia*); Calípolis, fundada por colonos de Naxos; Engio *(Gangi)*; Adrano (*Aderno*), junto al Etna; Ergecio en el centro de la isla. Malta, isla al sur de Sicilia, era célebre por sus tejidos.

[45] Calacte *(Caronla)* y Cefaledo (la moderna *Cefalù*) se hallan al norte de la isla. Tauromenio está en la costa este de la isla (hoy *Taormina*). Sobre Caribdis, cfr. II, 308.

[46] Comienza, por último, el contingente de los aliados de Cartago. Agatirna *(S. Agata)* se encuentra en la costa septentrional; Trógilo está próxima a Siracusa. Cerca del cabo Peloro había un templo dedicado a Diana Facelina, así llamada a partir de la balsa (en gr. φάκελος) en que Orestes y Píades huyeron de Táuride, llevándose con ellos a Ifigenia y una estatua de Diana. El rey Toante había ordenado a la joven, a la sazón sacerdotisa de Diana, que los sacrificara según la costumbre. Después que pudieron escapar, desembarcaron por fin en el norte de Sicilia, en el lugar en el que se levantó el santuario.

gilo, donde sopla el Austro; mil llegaron desde Facelina, donde se encuentra la Diana de Toante. Tres veces ese mismo número envió la fecunda Palermo, lugar en que puedes acosar fieras por los bosques, barrer el mar con las redes o cazar las aves del cielo. Y no permaneció Herbeso[47] inmóvil, ni Nauloca ajena al peligro; Morgencia la de frondosas llanuras tampoco dejó de luchar del lado de los pérfidos. Acompañada de soldados de Menes, llegó Amastra y también Tisa la de escasa fama, Neto, Mútice y los jóvenes del transparente Aqueto[48].

A los sidonios ayudan Drépano[49], el Heloro de sonoras aguas y Triocala, devastada poco después en la guerra servil; a los sidonios se unen la feroz Arbela, la elevada Ietas, Tabas experta en batallas, la pequeña Cosira y Mazara, no mucho mayor, todas ellas agrupadas bajo un objetivo común, lo mismo que Gaulo, visible cuando el mar está en calma, cuando resuena con el canto del alción y lleva sobre sus aguas inmóviles, dormidas las olas, los nidos flotantes[50].

La célebre ciudad de Siracusa había atestado sus espaciosas murallas con grupos de soldados y armamento de todo tipo. Los cabecillas, con su discurso falaz, encendían aún más a una plebe fácil de soliviantar y siempre inclinada al desorden. Les decían

---

[47] Herbeso se halla al oeste de Siracusa; Nauloca está junto al estrecho de Mesina; Morgencia está casi en el centro de la isla.

[48] Menes (hoy *Mineo*) se halla en el centro, al oeste de Leontinos; Amastra está en el norte (hoy *Mistretta*); Tisa es una aldea junto al Etna *(Randazzo)*; Neto (hoy *Noto Vecchio*) está al sur de Siracusa; Mútice se encuentra entre Siracusa y el cabo Paquino (hoy *Modica*); el Aqueto es un riachuelo al suroeste de la isla (actual *Birgi*).

[49] Drépano está al pie del Érix (hoy *Trapani*); Heloro *(Tellaro)* es un río que desemboca junto a la ciudad del mismo nombre *(Colisseo S. Filippo)*, entre Siracusa y el cabo Paquino. Triocala, en el oeste, fue tomada por esclavos durante las guerras serviles (actual *Santa Maria di Monte-Vergine*); Ietas está más al oeste, cerca del río Hipsa (actualmente *Iato*). Arbela es de difícil localización; Tabas se corresponde con la actual *Tavi*; Cosira es una pequeña isla entre Sicilia y África (hoy *Pantelaria*). Mazara (hoy *Mazara del Vallo*) se encuentra en la costa oeste, bajo el cabo Lilibeo. Gaulo es un islote junto a Malta (actualmente *Gozzo*).

[50] Según la tradición, Zeus ordenó que los vientos se calmasen los siete días anteriores y los siete posteriores al solsticio de invierno, periodo en el cual los alciones incuban sus huevos.

que el enemigo no había cruzado jamás sus muros y sus cuatro ciudadelas[51], que sus propios antepasados fueron testigos de cómo una ciudad impenetrable por la naturaleza de su puerto ensombreció los trofeos orientales adquiridos en Salamina: ante sus ojos, trescientas trirremes hundidas en un solo naufragio; y Atenas, envalentonada con su victoria sobre el rey portador de aljaba, sumergida impunemente en el mar[52]. Azuzaban al populacho dos hermanos nacidos en Cartago[53], púnicos por parte de madre; pero su padre trinacrio, expulsado de Siracusa por una 290
acusación, los había criado en tierras libias y, del doble origen de sus progenitores, habían adquirido la astucia tiria y la inconstancia sicana.

En cuanto el general[54] comprendió la situación, después que la sedición parecía irremediable y el bando enemigo iniciaba las escaramuzas, antes de nada juró, poniendo por testigos a los dioses de los sículos, los ríos, los lagos y tus fuentes, Aretusa, que era llamado a luchar contra su voluntad, y que las armas que había rehusado empuñar adrede durante tanto tiempo, el enemigo le forzaba ahora a tomarlas. Con una impresionante lluvia de proyectiles, atacó los muros e hizo tronar la ciudad con sus armas. A todos arrebata la misma furia; todos a una se lanzan al ataque.

Podía distinguirse una torre que se alzaba hasta las estrellas con 300
sus múltiples pisos. Un griego[55] la había construido elevándola hasta diez plantas, tras dejar sin sombra numerosos bosques. Desde ella no dejan de arrojar a porfía antorchas de pino encendidas y piedras, ni de esparcir la destrucción en forma de pez hirviendo. De lejos lanza contra ella Címber una antorcha encendida, arma mortal que se clava en un costado. Avivado por la fuerza del viento, el fuego de Vulcano extiende poco a poco su poder devastador hasta

[51] Acradina, Tiqué, Neápolis y Nasos (u Ortigia).

[52] Atenas alegaba toda su potencia naval con su victoria sobre Jerjes en la batalla de Salamina (480 a.C.). No obstante, la flota ateniense comandada por Demóstenes y Nicias cayó ante Gilipo en Siracusa (413).

[53] Se trata de Hipócrates y Epícides. Cfr. Livio, *AVC* 24. 23 ss.

[54] Marcelo.

[55] Aunque no lo menciona explícitamente, Silio se refiere a Arquímedes, nombre cuya prosodia era imposible para un hexámetro. Cfr. Livio, *AVC* 24. 34.

las entrañas de la torre y asciende de forma irresistible por la ele-
310 vada mole, escalando de un piso a otro; pronto devora la madera que crepita con las llamas y, al tiempo que una inmensa humareda se expande por el cielo, el fuego victorioso lame la bamboleante cumbre. Todo se llena de humo y, de un nubarrón de negruzcas sombras, nadie puede escapar; como si un rayo la hubiera golpeado de repente, los restos de la torre quedan reducidos a cenizas.

Por otra parte, igual fortuna corrieron sobre el mar las desdichadas naves. En efecto, cuando se acercaban a las edificaciones de la ciudad, justo donde el puerto arrima sus tranquilas aguas a las murallas, contemplaron aterradas la imprevisible destrucción
320 de un insólito artificio: una viga finamente redondeada, con todos sus nudos pulidos a la manera de un mástil de navío, llevaba en el extremo un garfio. Desde el elevado parapeto del muro, esta viga levantaba por los aires a los combatientes con su punta de hierro ganchudo y luego daba la vuelta y los dejaba en medio de la ciudad. Y este artefacto no sólo enganchaba guerreros, sino que, a veces incluso, podía con una trirreme, cuando, manejada desde arriba, incrustaba en la nave su tenaza de acero. Y, en cuanto la punta de hierro se clavaba en la madera y alzaba
330 el barco por los aires, mediante un mecanismo se soltaban de pronto las cadenas (un espectáculo atroz) y precipitaba la nave contra el mar con tal fuerza y tal velocidad que las aguas la engullían por completo junto con su tripulación.

Además de este instrumento, el muro presentaba estrechas aberturas hábilmente excavadas por las que podía dispararse a escondidas y a cubierto todo tipo de armas, pues el parapeto protegía a los lanzadores. Obraban entonces sin riesgo alguno de que los dardos que devolvía el enemigo pudieran traspasar tan estrecha vía. La destreza de un griego y una astucia más eficaz que las propias armas frenaban a Marcelo y todas sus amenazas
340 tanto por tierra como por mar. La guerra descomunal se detenía al pie de las murallas.

Hubo un hombre[56], gloria inmortal para los colonos del Istmo, con un ingenio que aventajaba a los demás hijos de la tie-

[56] De nuevo alude a Arquímedes sin citarlo expresamente.

rra. Aunque no poseía riquezas, el cielo y la tierra se descubrían ante él. Él sabía cómo el renovado Titán[57] traía las lluvias cuando salía gris y con sus rayos desdibujados; él sabía si la tierra estaba fija o suspendida en equilibrio inestable[58], y por qué regla infalible se reparte Tetis por todo el mundo rodeándolo con sus aguas; él conocía la actividad del mar y la luna y según qué ley produce el padre Océano las mareas. No es creencia vana que fuera capaz de contar los granos de arena que caben en este mundo. También dicen que arrastraba naves y subía cargamentos de piedras por una pendiente sólo con la mano de una mujer.

Y, mientras él con su astucia agota al jefe ítalo y a los teucros, una flota sidonia de cien velas se aproxima en auxilio de Siracusa, surcando con sus espolones el cerúleo mar. Los vástagos de Aretusa[59] recobran súbitamente la esperanza y, saliendo del puerto, incorporan sus barcos. Por su parte, los ausonios no dudan en tomar con sus brazos los remos y, sin más, hundirlos para surcar veloces las aguas. Con sus paladas hostigan el mar, la superficie se vuelve blanca con los redoblados golpes y una estela de espuma se extiende a lo largo de la encanecida corriente. Todos a una agitan el mar, se estremecen los dominios de Neptuno con esta insólita tormenta. Resuenan las aguas con sus gritos y el eco de sus clamores rebota en los escollos.

Los asaltantes ya se habían desplegado sobre las desiertas aguas y, dispuestos para el combate, habían abrazado con sus flancos el ancho mar, encerrando la líquida llanura en el cerco de sus naves. Con una curva similar, la flota romana atacaba desde la posición contraria estrechando el mar con su viraje de media luna. Sin más dilación, sonaron con estridor los terribles clarines; por todo el mar restallaron las trompetas con estrepitoso ruido e hicieron salir de las profundidades a Tritón[60], espantado por un sonido que emulaba el de su retorcida caracola.

---

[57] El Sol. Tetis simboliza el Océano que rodea toda la tierra.

[58] Alusión a la esfera armilar construida por Arquímedes, compuesta de aros que representan las posiciones y movimientos de los círculos más importantes de la esfera celeste.

[59] Los habitantes de Siracusa.

[60] Dios marino, hijo de Neptuno y Anfítrite.

Apenas recuerdan que se hallan sobre el mar: con tal ímpetu se enfrascan en la contienda. Inclinados hacia adelante, con la punta de sus pies en el borde externo de la popa, se balancean al tiempo que arrojan sus picas. El espacio de mar intermedio entre ambas escuadras se cubre de una lluvia de proyectiles. Los bar-
380 cos, soliviantados con cada jadeante golpe de remo, cortan el espumante mar con un surco que se aleja.

Algunas naves, al abordar las embarcaciones contrarias, destrozan sus remos y sus flancos; otras incrustan los espolones hasta las entrañas de las naves enemigas y, con el mismo golpe con que las retienen, quedan también ellas retenidas. En medio de todas ellas avanzaba (horroroso de ver) un gigantesco navío, mayor que ningún otro que haya salido nunca de los arsenales libios. Su numerosa tripulación batía el mar con cuatrocientos remos, y, cuando esta nave imponente absorbía con las velas
390 desplegadas el rápido Bóreas o reunía todos los vientos entre los cabos de sus vergas, se desplazaba con parsimoniosa energía, como si acometiera las olas empujada solamente con la fuerza de los brazos. Las naves cargadas de soldados latinos avanzaban con gobernable ligereza, prestas a obedecer la mano del timonel.

Cuando Himilcón[61] vio que se acercaban por babor, en oblicuo contra su flanco, y que una de ellas tenía orden de atacar con la proa, imploró a toda prisa a las divinidades del mar y colocó debidamente una flecha voladora en su tenso arco. Después que apuntó contra el enemigo y mostró a la flecha la trayectoria
400 que debía seguir, soltó los brazos en sentido opuesto y disparó el proyectil en dirección a su objetivo, siguiéndolo con la vista a través del aire, hasta clavar al timón la diestra del piloto, que estaba sentado en la popa. La mano ya no tuvo fuerzas para seguir guiando la nave: quedó muerta sobre el timón, dando vueltas. Y, mientras la tripulación corría en su ayuda como si la nave ya hubiera sido tomada, otra flecha se escurrió entre el tropel de marineros con idéntico resultado y disparada por el

[61] Silio coloca a Himilcón como capitán de la flota cartaginesa, cuando, en realidad, este puesto lo desempeñaba Bomílcar (cfr. Livio, *AVC* 24.36.3.2).

mismo arco; y, de un golpe, atravesó a Tauro, que corría a ocupar el solitario gobernalle.

Irrumpió a continuación un navío de Cumas. Su capitán, Corbulón, lo había equipado con una tripulación escogida en la costa de Estabias[62]. Como divinidad tutelar se divisaba en lo alto de popa a Dione del Lucrino[63]. Sin embargo, cuando intentaba acercarse para entrar en combate, sucumbió bajo un montón de proyectiles y se hundió en medio del mar, rompiendo las olas. El espumoso Nereo llenaba de agua las bocas de quienes gritaban y sus manos, arrastradas por las profundidades, luchaban en vano por permanecer en la superficie. En ese momento Corbulón, con la audacia que la cólera otorga, atravesó de un gran salto las azuladas aguas, subió por el entarimado de una torre (una torre de madera formada por unas cuantas trirremes acopladas entre sí con trabazones de hierro) y, desde lo alto, agitó una antorcha de pino que desprendía abundante fuego. Disparó luego con arrojo negras llamas alimentadas con betún que el Noto avivó sobre los aplustres de los navíos cartagineses.

El azote de Vulcano se propagó por doquier y se dispersó hasta apoderarse de los puentes. Los remeros del banco superior, alarmados, abandonaron su tarea. Sin embargo, en medio de tal apuro, la noticia de tan gran desastre no llegó hasta los del banco inferior. El voraz incendio se propagó gracias a las teas grasientas de resina, sus llamas victoriosas resonaban por el casco.

Allí donde la antorcha dardania no había llegado aún, donde las bocanadas de calor eran todavía escasas, el terrible Himilcón contenía al enemigo con una lluvia de piedras y se resistía a la destrucción del barco. Mientras agitaba en el aire un trozo de pino encendido, el desdichado Cidno fue alcanzado por una piedra arrojada desde el muro por Liqueo: cayó rodando hasta el mar por los bancos resbalosos con la sangre. Su antorcha aún ardiente penetró silbando en el mar, y, al instante, impregnó el aire de un

[62] Ciudad del sur de Italia, próxima a Pompeya, que también fue sepultada por el Vesubio en el 79 d.C.

[63] En las cercanías de Cumas, junto al lago Lucrino, existía un templo consagrado a Venus. Dione es la madre de Venus y, en poesía, suele identificarse con ella.

desagradable olor. A continuación, el fiero Sábrata arrojó un veloz proyectil desde su popa consagrada. La divinidad de la nación libia, Amón, era quien protegía la nave con su cornígera[64] frente y sentado avistaba el azulado mar: «Asístenos, oh, padre, profeta garamante, asístenos –dice– en tan penoso trance y haz que lancemos certeros dardos contra los ítalos.» En medio de estas palabras, un venablo que avanzaba oscilante acabó traspasando la cabeza de Telón, habitante de los dominios de Neptuno[65].

Y no luchaban con menor denuedo, aun estando a las puertas de la muerte, aquellos que habían salido corriendo y se habían hacinado en la única parte del barco que todavía estaba libre del fuego. Pero, en su fulminante avance, el insalvable incendio arrasaba todo cuanto encontraba a su paso, hasta envolver la nave en medio de las arrolladoras llamas. El primero que, ayudado por una maroma, se echó al agua por la parte en que Mulcíber aún no había concentrado su calor estigio, fue Himilcón, a quien unos aliados recogieron medio calcinado con sus remos. Acto seguido los hados se llevaron al desdichado Batón, dejando la nave sin timonel. Era muy habilidoso a la hora de luchar contra el mar embravecido y sortear las tormentas. Además, sabía de antemano cómo serían al día siguiente el Bóreas o el Austro. Ni siquiera tú, Cinosura[66], habrías podido escapar a su mirada siempre vigilante, por muy oscuro que fuese tu curso. Después que comprendió que el mal no tenía solución, dijo Batón: «Recibe nuestra sangre, Amón, como espectador de una injusta derrota». Hundió luego el hierro en su pecho y, tomando su sangre en la mano, la roció copiosamente sobre los cuernos sagrados del dios.

Entre la tripulación se hallaba también Dafnis[67] –nombre venido de un antiguo linaje–. Este desdichado prefirió abandonar

[64] Cfr. nota a I, 417.

[65] En VIII, 541, Telón es el nombre del rey de los teléboas, reputados marineros que, llegados desde Grecia, colonizaron la isla de Capri.

[66] La Osa Menor. Cfr. nota a III, 665.

[67] El marinero en cuestión sería descendiente del semidiós de origen siciliano, inventor de la poesía bucólica. Las referencias a la vida pastoril se suceden en los versos que siguen.

los bosques y cambiar su choza por la engañosa tersura[68] del mar. Pero ¡qué gran renombre alcanzó el fundador de su raza aun siendo pastor! A Dafnis amaron las Musas de Sicilia[69]; Febo propicio le entregó una flauta castalia y dispuso que, siempre que la tocara tendido sobre la hierba, los alegres rebaños corrieran hacia él por prados y por campos, y callaran los ríos. Siempre que entonaba una melodía con su flauta de siete cañas, embelesaba a los bosques; en el mar la Sirena dejaba inmediatamente de emitir sus habituales cantos; los perros de Escila guardaban silencio; la negra Caribdis se quedaba inmóvil y el Cíclope, alegre en su roca, escuchaba sus alegres cánticos. Su descendiente murió víctima de las llamas, y, con él, este nombre digno de adoración.

Sobre los bancos todavía humeantes nadaba a la sazón el tosco Órnito, infligiéndose a sí mismo una muerte agónica sobre la superficie del mar, tal como el hijo de Oileo[70], quien, con sus brazos ardiendo, dominó las encrespadas olas después que Minerva lo alcanzó con su rayo. Cuando el marmárida Escirón se elevaba sobre las olas, el potente espolón de un navío lo atravesó por la mitad. Una parte de su cuerpo se hundió bajo la superficie, la otra flotaba y el rígido espolón la arrastraba sin vida por todo el mar (lamentable espectáculo). De una y otra parte las naves aceleran y las gotas de sangre que los remos salpican golpean el rostro de los remeros. El mismo barco en que marchaba el general reteo llevaba seis filas de remeros quienes, con su empuje, superaban a los vientos. Cuando Lileo corría a frenar con sus manos la nave, un hacha cruel le segó los brazos y el barco prosiguió con las palmas agarradas a la borda.

[68] En el original, *marmor* refleja la metáfora, presente en otros poetas como Virgilio (*Georg.* 1.254 o *Eneida* VI, 729) o Catulo (63.88), del mar en calma como una inmensa pieza de mármol.

[69] En Virgilio, el sintagma *Musae Sicelides* hace referencia a las Musas bucólicas.

[70] El denominado Áyax de Locres o «Áyax Menor», para diferenciarlo del «Áyax Mayor», hijo de Telamón. Durante la guerra de Troya, Casandra se había refugiado junto al altar de Atenea. Áyax quiso arrancarla de la estatua a la que estaba abrazada y arrastró a un tiempo a la joven y a la imagen de la diosa. Ésta vengó tal afrenta a su divinidad fulminando a Áyax con el rayo de su padre Zeus, cuando regresaba a Grecia.

A bordo de un navío sicano marchaba el eolio Podeto, sin haber alcanzado aún la pubertad. Empujado bien por los dioses adversos, bien por su enardecido corazón (carecía de madurez suficiente para alcanzar la gloria), bien por sus ansias de luchar, este joven había ajustado una coloreada armadura a sus níveos miembros y, a bordo de su elevada *Quimera*, se sentía dichoso surcando los mares. Navegaba ya por delante de los bajeles rútulos y garamantes, con mejores remeros y mejores arqueros, y ya había sumergido a *Neso* con sus torres. ¡Ah, qué mala consejera es la gloria en la batalla para el joven inexperto que la desconoce! Mientras el temerario reclamaba a los dioses el penacho del terrible casco y los despojos del general Marcelo, una lanza devuelta a toda prisa le causó una herida mortal. ¡Ay, y cómo destacaba! Ya arrojara con fuerza a las estrellas el reluciente disco, ya rebasara las nubes con su jabalina, ya volara con sus pies casi sin tocar el suelo, ya atravesara de un ágil salto las enormes distancias del estadio, todas estas pruebas se le daban bien. Si ya obtenías bastante honor y bastante gloria en estos desafíos carentes de riesgo, ¿por qué pretendías, joven, mayores hazañas? Después que el proyectil lo sumergió bajo las olas y sus huesos hundidos se vieron privados de la hoguera de Siracusa, por él lloraron los mares, por él lloraron las rocas de los Cíclopes, y Cíane[71], Anapo y la Aretusa de Ortigia.

En otro punto se enfrentaron entre sí *Perseo*, navío que comandaba Tiberino, e *Ío*, en el que marchaba el sidonio Crántor. Con ganchos de hierro lanzados desde uno y otro lado, ambas naves quedaron acopladas y unidas para el combate. No se luchó con jabalinas ni con nubes de flechas disparadas de lejos: con la espada libran combates cuerpo a cuerpo, como si se hallaran en tierra firme.

Allí donde los primeros embates habían abierto y despejado un camino, prorrumpen con fuerza los ítalos. Pero hubo un hombre que, con ímprobo esfuerzo, incitaba a los suyos a romper las cadenas y los ganchos de hierro para, una vez liberados de la

[71] Cíane es una ninfa que dio nombre a una fuente próxima a Siracusa. Esta fuente desemboca a su vez en el río Anapo. Sobre Aretusa, cfr. v. 53.

nave enemiga, llevarse a quienes hubieran quedado a bordo y alejarlos por mar de las armas de los suyos. Se trataba de Polifemo[72], criado en una cueva del Etna y, por ello mismo, ufano de su nombre, recuerdo de cierta primitiva fiereza. De pequeño una loba lo había amamantado. Causaba pavor la magnitud de su enorme estatura, su ánimo intratable, su rostro siempre enojado y una inclinación a la muerte propia de los Cíclopes. Fue él quien, con la fuerza de sus músculos, había roto las cadenas e impulsado el barco, hundía los remos en la corriente y habría conducido la nave si Laronio no se hubiera apresurado a alcanzarlo con su lanza: lo clavó contra el duro banco mientras intentaba incorporarse. Y, a duras penas, la muerte lo apartó de su empeño, pues su mano desfallecida siguió su movimiento habitual hasta sacar, ya sin fuerzas, a la superficie el remo.

Desconcertados ante la formación en cuña, los cartagineses se agolpan sobre el único flanco libre de enemigos, cuando, de pronto, el mar se les viene encima y el casco, vencido por el peso, se hunde bajo las aguas. Quedan flotando escudos y penachos de guerreros, jabalinas con sus puntas inservibles e imágenes de dioses tutelares[73]. Uno que había perdido su espada empuña un trozo de madera y, con este resto del naufragio, se arma nuevamente para el combate. Otro, presa de una malévola furia, corre a arrebatar los remos de su nave y, en su delirio, llega incluso a arrancar los asientos de los marineros para arrojarlos. No escatiman ni el timón de la nave ni la proa que destrozan para golpear con ella, vuelven al mar a buscar entre las armas que flotan.

El agua penetra por las heridas abiertas y, al instante, es arrojada de nuevo al mar por la propia respiración entrecortada. Y no faltan quienes reducen al adversario estrechándolo entre sus brazos y sumergiéndolo bajo las olas: a falta de armas, matan al mismo tiempo que encuentran la muerte. Los que emergen de las

[72] Nuevamente Silio asigna a un guerrero el nombre de algún personaje mitológico con el que guardará algún tipo de relación, ya sea de parentesco o simbólica. Aquí recurre al cíclope Polifemo, famoso por su crueldad y canibalismo.

[73] Imágenes que se colocaban en la proa de la nave para protegerla durante la navegación.

profundidades se tornan más crueles, decididos a usar las olas en lugar de la espada. Un remolino de sangre engulle los cadáveres que se retuercen. Por aquí gritos; por allí gemidos, muertes, huidas, fragor de remos y espolones que resuenan al chocar entre sí. El mar bulle teñido de guerra. Rendido ante el desastre, Himilcón escapa en rápida huida hacia las costas de Libia oculto en una pequeña barcaza.

Finalmente, griegos y libios abandonan el mar; sus naves apresadas y encadenadas las unas a las otras, son conducidas en larga fila hasta la orilla. Otras permanecen en alta mar, envueltas en llamas. Relucen las profundidades con el brillo de Mulcíber, vibran las aguas con su trémulo reflejo. Arde *Cíane*, bien conocida en aquellos mares, y la veloz *Sirena*. Arde también *Europa*[74], guiada por Júpiter transformado en un toro blanco como la nieve y surcando los mares agarrada a sus cuernos. Arde también, salpicada por las olas, *Nereida*, sueltos los cabellos, guiando por el azul del mar su pez encabritado con las riendas mojadas. Se consume *Pitón*, que vaga por las aguas, la cornígera *Amón* y aquella otra nave que llevaba el efigie de la sidonia Elissa y avanzaba a través de las olas impulsada por seis filas de remeros. *Anapo* es arrastrada con cadenas hasta sus familiares orillas y *Pegaso* alza hasta las estrellas sus alas de Gorgona. Es remolcada también la nave que lleva grabado el distintivo *Libia*; son apresadas *Tritón* y la *Etna* con sus escarpados peñascos, hoguera bajo la que palpita Encélado[75], y también *Sidón*, ciudad de Cadmo.

Y no habrían tardado en irrumpir por unos muros sacudidos por la derrota ni en llevar inmediatamente sus enseñas hasta los templos sagrados, si una insufrible epidemia[76], una peste perniciosa causada por la cólera de los dioses y los estragos en el mar,

[74] La enumeración de las naves destruidas da pie a Silio para incluir una breve pincelada sobre el episodio mitológico del que toman su nombre. Así, el rapto de Europa por parte de Júpiter, la Nereida guiada por su tiro de delfines, Amón con su cabeza coronada de cuernos, etcétera.

[75] Encélado es otro de los Gigantes hijos de la Tierra condenados a permanecer sepultados debajo de las montañas. Sin embargo, en el v. 196, el Gigante oculto bajo este volcán era Tifeo, el cual, a su vez, aparecía bajo la isla de Inárime en VIII, 540.

[76] Cfr. Livio, *AVC* 25.26.7 ss.

no hubiera infectado de pronto el cielo y arrebatado a los desdichados romanos la alegría de la victoria. El Titán de largos cabellos recargó el aire de un calor asfixiante y manchó la Cíane, rebosante de aguas cenagosas, con el hedor estigio del Cocito. Impregnó también la estación otoñal en que florecen exuberantes frutos y los agostó con el fuego devastador de un rayo. Humeaba el aire espeso y cargado de negros nubarrones; la tierra se secaba; su superficie abrasada estaba contaminada y no ofrecía ya sustento ni sombra a los débiles. Un vapor oscuro se escapaba hacia el aire negro como la pez. Los perros fueron los primeros en padecer la plaga[77]; acto seguido las aves, sin fuerzas, abatían sus alas y caían desde las negruzcas nubes. Luego las fieras se desplomaron en los bosques, y, a continuación, este azote del Tártaro empezó a propagarse hasta consumir poco a poco a manípulos enteros y devastar el campamento.

Se les secaba la lengua y un sudor frío les atravesaba las entrañas y corría por su cuerpo tembloroso; la garganta reseca rehusaba el preceptivo alimento. Una fuerte tos sacudía los pulmones y, de sus bocas jadeantes y sedientas, exhalaban una respiración ardiente como el fuego. Sus ojos, que apenas podían soportar aquella luz malsana, pesaban sobre la aguileña nariz, escupían pus mezclado con sangre; con el cuerpo consumido, sólo la piel cubre ya sus huesos. ¡Ah, qué dolor! El combatiente señalado en célebres batallas cae víctima de una muerte indolente. Se arrojan al fuego los soberbios trofeos de los guerreros, cosechados en tantos y tantos combates. La medicina sucumbe ante el mal. Los muertos se acumulan a montones, las cenizas se elevan sobre una enorme pila. Por todas partes yacen los cadáveres, abandonados y sin enterrar: se teme el contacto con estos cuerpos corrompidos por la peste. Avanza esta epidemia del Aqueronte y crece alimentada con sus propias víctimas; no sacude las murallas de Trinacria con menor duelo: similar es la calamidad que esta funesta plaga lleva hasta el campamento cartaginés. La cólera de los dioses causa igual número de víctimas

[77] Precisamente por ser los primeros en inhalar los efluvios que procedían del suelo.

y es la misma para todos; idéntica es la imagen de muerte que ofrece.

Sin embargo, no hay mal lo bastante duro y cruel que desmoralice a los soldados latinos mientras su general siga vivo; la salvación de esta única cabeza compensa sus penalidades, en medio de tantos estragos. Tan pronto como Sirio[78] contuvo sus mortíferos calores y la peste ávida de muerte disminuyó su contagio, igual que cuando el Noto se calma, se apaciguan las olas del mar y el pescador empuja su barcaza y se adentra en la azulada corriente, así también Marcelo arma por fin a sus guerreros, resistentes ya al ataque de la enfermedad, y purifica sus tropas según la costumbre. Se sitúan animosos junto a las enseñas y, al escuchar el sonido de las trompetas, vuelven a respirar alegres. Avanzan en dirección al enemigo y, si el destino así lo quiere, se sienten dichosos de poder sucumbir ante el hierro en medio del combate. Se compadecen de compañeros que, por una suerte infame, perdieron la vida sin alcanzar la gloria, en una choza, como si de rebaños se tratase. Se vuelven para mirar sus tumbas, sus piras que no han recibido honores, y prefieren morir sin ser enterrados antes que ser vencidos por la enfermedad. El general alza las enseñas y las lleva el primero hacia los muros. Esconden bajo los cascos sus rostros consumidos por el abatimiento y la debilidad, con la celada cubren su malsana palidez a fin de no dar esperanzas al enemigo. Por entre las convulsas murallas introducen aprisa un destacamento y todos se abalanzan en formación cerrada. Todas aquellas fortificaciones inaccesibles a las guerras, todas sus ciudadelas son tomadas con una sola acometida de los ejércitos.

En todo el orbe que recorre el Titán no podría encontrarse en aquella época ninguna ciudad que pudiese igualar sus edificaciones a las de la ciudad del Istmo[79]. A tantos templos sagrados y tantas dársenas dentro de sus murallas, habría que sumar plazas públicas, teatros asentados sobre elevadas columnas, diques

[78] Canícula, estrella de la constelación del Can que hace irrespirable la atmósfera. Cfr. I, 256 y nota.

[79] Alusión a Siracusa, colonia de Corinto. De ahí la denominación.

en pugna con el mar y una larga e interminable serie de palacios cuya amplitud podría igualar con orgullo la de sus campos. ¿Y qué decir de los bosques encerrados por un extenso sendero de largos pórticos, consagrados para las pruebas de los atletas? ¿Y tantos edificios relucientes con los espolones capturados al enemigo? ¿Y las armas colgadas como ofrenda a los dioses, tanto las que perdió el enemigo vencedor en Maratón[80] como las que se trajeron después de someter Libia? Aquí había un palacio adornado con los trofeos conseguidos por Agatocles[81], aquí estaban las riquezas acumuladas durante la apacible época de Hierón[82], las divinas antigüedades que fabricaron manos de artistas. No hubo en aquella época ningún lugar donde la pintura brillara con mayor lustre, y no tenían necesidad de importar el bronce de Éfira[83]. Sus brocados de rubicundo oro, cuya urdimbre reproducía rostros que parecían reales, podrían emular las telas que borda la lanzadera de Babilonia, o la púrpura teñida, el orgullo de Tiro, o los variopintos dibujos que hábilmente hilvana la aguja en los tapices del país de Átalo[84] o en las telas de Menfis. Poseían también relucientes copas de plata embellecidas con el refinado adorno de joyas incrustadas, así como estatuas de dioses que conservaban el divino esplendor que el artista les confirió. A esto había que sumar las riquezas extraídas del mar Rojo[85] y los vellones que manos de mujer cardan en las ramas de los árboles.

Después que el general ausonio se convirtió en dueño y señor de estos palacios y riquezas y, desde lo alto de un montículo, pudo otear la ciudad sacudida por el sonido de las trompe-

[80] Silio se refiere a las victorias de los siracusanos sobre Atenas. Cfr. vv. 282 ss.

[81] Tirano de Siracusa y posterior rey de toda Sicilia (361-289). Fue célebre por sus enfrentamientos con los cartagineses. Murió envenenado.

[82] Cfr. v. 80.

[83] La riqueza de Siracusa sería tal que no habría necesidad de traer el reputado bronce de su metrópoli, Corinto (= Éfira).

[84] Los tejidos bordados con oro fueron inventados en la corte de Átalo III, rey de Pérgamo, en Asia Menor.

[85] Las perlas. Los antiguos creían que la seda procedía de los árboles (cfr. VI, 4).

tas, después que dependía de su propia voluntad el que estas regias murallas siguieran en pie o que el amanecer del día siguiente no conociera baluarte alguno, comenzó a lamentar su desmesurada autoridad; tanto poder le horrorizaba. Se apresuró a refrenar la cólera de los soldados, ordenó que mantuvieran intactas las casas y accedió a que las antiguas divinidades ocuparan y habitaran sus templos. El respeto a los vencidos fue, por tanto, todo su botín. La Victoria se contentó consigo misma y se congratuló de no manchar sus alas con sangre.

Y tú también, memorable varón[86] defensor de tu patria, arrancaste las lágrimas del jefe romano: mientras estudiabas una figura trazada en la arena, tu ánimo no se inmutó cuando tan gran ruina cayó sobre ti.

En cuanto al resto de la población, se desató la alegría, los vencidos rivalizaban con los vencedores. El propio Marcelo, émulo de la condición divina, al salvar la ciudad se convirtió en su mismo fundador. Así perdura y perdurará a lo largo de los siglos, como un insigne trofeo, y nos permitirá conocer las antiguas costumbres de nuestros generales.

¡Dichosos los pueblos si, del mismo modo que antaño eran salvaguardados mediante las guerras, hoy también nuestra paz mantiene las ciudades libres del pillaje! Porque, si el celo de nuestro príncipe[87], que hoy ha proporcionado la paz al mundo, no hubiese reprimido un desenfrenado furor por devastarlo todo, la codiciosa rapiña habría saqueado las tierras y los mares.

---

[86] Cuenta Livio (*AVC* 25.31.9) que Arquímedes se hallaba inclinado sobre unos dibujos que había trazado en la arena cuando un soldado entregado al pillaje lo mató sin saber quién era.

[87] Pese a que Klotz y Wistrand, entre otros, consideran que Silio se está refiriendo a Nerva, muy probablemente esta mención cargada de adulación está dirigida al emperador Domiciano, que se preocupó de elegir buenos gobernadores para las provincias y de castigar a los malos. Cfr. III, 607 ss. y W. C. McDermott y A. E. Orentzel (1977), p. 30.

Libro XV

Una inquietud desconocida venía a atormentar al Senado de Rómulo: quién se haría cargo de la guerra en el Ebro y de su azorada población, ante la convulsa situación. Los dos Escipiones[1] habían caído a manos del arrogante enemigo, ambos hermanos, belicosos y con un corazón henchido de Marte. De ahí el miedo a que el país de Tartesos[2] cediera al dominio tirio, amedrentado ante la inminente guerra. Lleno de ansiedad y tristeza, el grupo de los senadores buscaba afanosamente la solución a los males del Imperio e imploraba a los dioses un general que se atreviera a dirigir los diezmados ejércitos.

El joven Escipión se mostraba ansioso por aplacar los manes 10
de su padre y de su tío. Sin embargo, sus muchos parientes trataban de disuadirlo, consternados por el triste dolor y acordándose de su edad. Alegaban que, si partía hacia ese infausto país, tendría que luchar entre las piras de los suyos contra un rival que hizo pedazos las armas y los planes de ambos generales y que ahora estaba rebosante de moral con sus éxitos militares; además, no era aconsejable que una guerra tan monstruosa recayera sobre unos hombros juveniles como tampoco que, a su incipiente edad[3], exigiera el mando supremo.

---

[1] El padre y el tío de Escipión Africano (cfr. XIII, 650 ss.).
[2] Por extensión, la península Ibérica entera. Cfr. XIII, 674.
[3] Unos veinticuatro años.

Tales eran las preocupaciones que el joven revolvía en su pecho, sentado a la verde sombra de un laurel en la parte trasera de su casa, cuando de pronto, deslizándose a través del aire, acudieron dos figuras de una estatura mucho mayor que la de cualquier mortal, una por la derecha y otra por la izquierda: de un lado, la Virtud; del otro, el Placer, enemigo de la Virtud[4]. La una exhalaba de su cabeza aromas aquemenios[5]; sus cabellos perfumados de ambrosía flotaban sueltos; su resplandeciente vestido de púrpura tiria estaba salpicado de rubio oro. En su frente el adorno refinado de un alfiler; sus lascivos ojos que movía aquí y allá despedían llamas sin cesar. El aspecto de la otra imagen era bien distinto: velluda era su frente, nunca trastocada por el arreglo de los cabellos; su mirada penetrante, su rostro y su porte, más propios de los de un hombre, denotaban un agradable pudor; con su estatura, los hombros relucían con el hilo de su túnica blanca como la nieve.

Lo aborda en primer lugar el Placer, seguro de sus promesas: «Joven que desmereces a tu edad, ¿qué locura es ésta de malgastar en la guerra la flor de tu vida? ¿Es que has olvidado Cannas o el lago meonio[6] más funesto que la laguna Estigia, o el Po? ¿Hasta cuándo vas a desafiar al destino luchando? ¿Acaso pretendes atacar también el reino atlántico[7] y los palacios sidonios? Te lo aconsejo: deja de enfrentarte al peligro y exponer tu cabeza a la tormenta de resonantes armas. Si no abandonas su culto, la implacable Virtud te obligará a revolotear de combate en combate, de fuego en fuego. Ella fue quien arrojó a tu padre y a tu tío a las estigias aguas del Érebo, ella quien entregó a Paulo[8] y a ambos Decios, al tiempo que brindaba a sus cenizas un epitafio y una fama imperecedera a sus piras fúnebres y a su sombra, que

[4] Silio sigue aquí el famoso relato de Pródico, en el que Hércules se debate entre el Vicio y la Virtud, relato que recogen JENOFONTE (*Memor.* 2.1.21 ss.) o CICERÓN (*De off.* 1.118).

[5] Los perfumes persas gozaban de gran reputación. Cfr. VII, 647.

[6] El lago Trasimeno (cfr. IV, 525).

[7] La península Ibérica, rodeada por el océano Atlántico.

[8] Paulo Emilio, muerto en Cannas (cfr. X, 232 ss.); P. Decio Mus, muerto en el 340 en una batalla contra los latinos; su hijo, del mismo nombre, siguió la conducta de su padre en el 295, en una batalla contra los samnitas.

nunca sabrá de las hazañas que llevaron a cabo en la tierra. En cambio, si me sigues, hijo, el tiempo de vida que se te ha concedido no discurrirá por una penosa senda. Las trompetas jamás romperán tus atormentados sueños. No conocerás el frío del Ártico ni el calor abrasador de Cáncer, ni mesas a menudo dispuestas sobre la hierba manchada de sangre. Desaparecerán la terrible sed, el polvo tragado bajo el casco y la desazón que causa el miedo; transcurrirán radiantes tus días y serenas las horas y podrás aguardar la vejez en medio de una vida sin sobresaltos. ¡Cuántas cosas ha creado el mismo dios para uso y disfrute del hombre! ¡Qué hermosos placeres nos ha otorgado a manos llenas! Incluso él, como ejemplo de vida agradable para los mortales, guarda en su descansado pecho una existencia plácida y tranquila. Yo soy el que unió a Venus con Anquises junto a las orillas del Símois[9], de donde salió el fundador de vuestra raza. Yo soy el que, con frecuencia, ha transformado al padre de los dioses ya en ave, ya en toro de amenazadores cuernos[10]. Préstame atención: el tiempo vuela para los mortales y nadie puede nacer dos veces. El momento se escapa, el torrente del Tártaro todo lo arranca y no permite que nadie se lleve hasta las sombras aquello que le agradaba. ¿Quién, en su último instante, no lamenta, tarde ya, haber desperdiciado mis horas?».

Después que calló y puso fin a su discurso, la Virtud tomó la palabra: «¿Hacia qué emboscadas atraes a este joven en la flor de su edad? ¿A qué vida de tinieblas arrastras a quien los dioses han otorgado el privilegio de la razón y la semilla celestial de la suprema inteligencia?

»Cuanto los moradores del cielo prevalecen sobre los mortales, destacan éstos sobre todos los animales, pues la misma Naturaleza eligió a los hombres como dioses menores sobre la tierra[11]. Sin embargo, en virtud de una ley inalterable, condenó a las almas degeneradas a las tinieblas del Averno. En cambio, las puertas del cielo están abiertas para quienes conservan la

[9] Río de Troya. Cfr. XIII, 72.

[10] Júpiter se metamorfoseó en cisne para unirse a Leda, en toro para unirse a Europa.

[11] Cfr. OVIDIO, *Met.* I, 76 ss.

semilla de su origen etéreo. ¿Es que debo recordar al Anfitrió-
80 nida[12], vencedor de todos los monstruos? ¿O a Líber[13], que después de conquistar a seres e indos, cuando volvía con sus enseñas desde el cautivo Oriente, fue conducido por las ciudades en su carro tirado por tigresas del Cáucaso? ¿Y qué decir de los hermanos que engendró Leda, a quienes, entre suspiros, invocan los marineros cuando se hallan en gran peligro?[14] ¿O de vuestro Quirino?[15] ¿Acaso no ves cómo la divinidad alzó la vista de los humanos en dirección a las estrellas y modeló para ellos un rostro que mira alto[16], mientras que al ganado, a todo tipo de aves y especies de fieras los inclinó sobre su vientre indolente y asqueroso?

»La raza humana fue engendrada para alcanzar la gloria; por
90 poco que goce del favor divino, con la gloria se contenta. Mira aquí un momento (no me alejaré demasiado en el tiempo): no hace mucho, Roma se sentía impotente ante la amenaza de Fidena[17] y se conformaba con crecer merced al derecho de asilo[18]; observa hasta dónde la ha encumbrado el valor de sus ciudadanos. Piensa también a cuántas ciudades, antaño tan florecientes, ha arruinado el lujo. Ciertamente ni la cólera de los dioses, ni las armas ni los enemigos causan tanto daño como tú solo, Placer, cuando te insinúas en el espíritu. La Embriaguez es tu repugnante compañera, junto a ti revolotean siempre el Lujo y la Infa-

---

[12] Hércules.

[13] Baco, llamado también Líber por su carácter liberador. En el transcurso de una expedición no tanto guerrera como divina, el dios Baco sometió la India y China, ayudado de sus ejércitos y su poder de encantamiento. De este episodio procede la tradición que representa a Baco montado en un carro tirado por panteras o tigres y adornado de pámpanos.

[14] Los Dióscuros, Cástor y Pólux, hijos de Tindáreo y Leda. Los marineros romanos llamaban «Dióscuros» a los fuegos de San Telmo de dos puntas, considerados de buen augurio.

[15] Nombre de Rómulo divinizado. Cfr. III, 627.

[16] Cfr. un pasaje casi idéntico en Ovidio, *Met.* I, 85-86.

[17] Ciudad sabina junto a la vía Salaria. Roma, sólo a 10 km, la consideró en sus primeros tiempos una temible rival.

[18] Derecho instituido por Rómulo para acoger a todos los fugitivos y criminales de los pueblos cercanos y, así, incrementar la exigua población de Roma en sus principios.

mia de negras alas. Conmigo marchan el Honor, el Renombre, la Gloria de alegre semblante, la Dignidad y la Victoria, del mismo color que sus alas blancas como la nieve. El Triunfo ceñido de laurel me eleva hasta las estrellas. Casta es mi morada, mis penates se encuentran en una empinada colina; un escarpado sendero lleva hasta allí a través de una rocosa pendiente. Duras son al principio (y no tengo costumbre de mentir) las pruebas que has de pasar. Quien quiera entrar ha de esforzarse y no debe considerar como bienes aquello que la inconstante Fortuna pueda dar o quitar. Y muy pronto te elevarás hasta una eminente posición y podrás divisar a la raza humana a tus pies. Todo lo que experimentes será justo lo contrario de lo que el lisonjero Placer te promete. Tumbado sobre un duro camastro, habrás de soportar noches sin dormir a la intemperie, superarás el frío y el hambre. Tú mismo honrarás la justicia en cualquier cosa que hagas y juzgarás que los dioses son testigos de tus acciones. Luego, siempre que te lo exija la patria o el Estado en peligro, serás el primero en tomar las armas, el primero te alzarás contra las murallas enemigas y ni el hierro ni el oro doblegarán tu mente. Y no te ofreceré entonces ni ropajes inficionados con púrpura tiria ni fragante amomo, obsequio vergonzoso para un guerrero: haré que venzas sobre quienes ahora hostigan vuestro Imperio con una guerra cruel y te concederé el orgulloso laurel que habrás de colocar a las rodillas de Júpiter, una vez hayas destruido a los cartagineses».

Tan pronto como la Virtud predijo estas cosas desde el fondo de su pecho, persuadió al joven, que se mostraba entusiasmado con los ejemplos que le adujo y asentía con su rostro a todo lo que oía. Sin embargo, el Placer, indignado, no frenó su lengua y exclamó: «Ya no os entretengo más. Ya llegará, ya llegará algún día mi momento, en que Roma, tras una prolongada lucha, obedezca sumisa mis órdenes y todos los honores sean sólo para mí». Y, así, agitando la cabeza, se elevó hasta las negras nubes.

Satisfecho con estos consejos, el joven concibe grandes propósitos en su corazón y arde en deseos de obtener la virtud que se le ha encomendado. Avanza en dirección a la elevada tribuna y, puesto que nadie quería asumir una guerra brutal, reclama

para sí la pesada carga de un combate incierto. Renace en todos el ánimo. Unos creen ver los ojos de su padre, para otros resurge la torva mirada de su tío. Pese a la emoción, un secreto temor se insinúa en sus corazones, intranquilos ante el peligro; asustados, sopesan la magnitud del conflicto y se angustian después de haber favorecido a alguien de tan corta edad.

Y, mientras el pueblo, en medio de confusos murmullos, reflexionaba sobre estas cuestiones, atravesando en oblicuo el cielo pudo verse a una serpiente[19] que brillaba con pintas escamadas de oro. Avanzaba entre las nubes rasgando el aire con un surco de fuego y, en medio del estruendo del firmamento, se deslizaba hasta la región orientada hacia la costa de Atlas, el que soporta el cielo. Por dos y tres veces el Padre de los dioses ratificó el augurio con su fulgurante rayo y estallaron de pronto truenos a lo largo y ancho del convulso universo. Fue entonces cuando le instaron a tomar las armas y, de rodillas, saludaron el augurio: que se dirija a donde los dioses lo conducen tan claramente, por el camino que indican las señales de su padre[20].

A porfía se agolpan todos para acompañarlo en esta empresa y prestar su servicio en la guerra; le piden compartir las duras fatigas. Para ellos es motivo de orgullo pelear bajo sus mismas armas. Desciende luego hasta el azulado mar una flota nunca vista. Ausonia entera va con él y pasa hasta territorio ibero. No de otro modo que el Cauro[21], cuando entabla feroz combate con el mar, lanza las rizadas olas por encima del Istmo y, disparándose con su espumoso oleaje contra los estruendosos escollos, mezcla el mar Jónico con el Egeo. Se lanza erguido al combate y de pie, en el borde de la popa, exclama: «Dios de poderoso tridente[22], cuyos mares nos disponemos a surcar, si mis propósitos son honestos, permite a mi flota navegar, padre, y no dejes de

[19] Se decía que Júpiter, en forma de serpiente, había dejado encinta a Pomponia, la madre de Escipión. Cfr. XIII, 634 ss.

[20] Su padre Júpiter, como hemos visto en la nota precedente. El rayo le indica que se encamine hacia la región de Atlas, esto es, Hispania.

[21] El viento del noroeste que, soplando con fuerza sobre el Jónico, propulsaría las olas hasta el Egeo, por encima del istmo de Corinto.

[22] Escipión implora a Neptuno para que su expedición llegue a buen puerto.

asistirnos en nuestras fatigas. Justa es la guerra que conduzco a través de los mares». Y, dicho esto, una leve brisa hincha las velas, impulsándolas con soplo favorable. Muy pronto las naves dejaron atrás las riberas ausonias en que resuenan las azules aguas del Tirreno y atravesaban ya con sus ligeras proas la costa de los ligures[23]. Seguidamente, desde alta mar, avistan a lo lejos que la tierra penetra hasta las estrellas: son los altísimos Alpes. Se encuentran también con las murallas de Marsella, levantadas por los griegos[24]. Esta ciudad está rodeada de pueblos altaneros, cuyos bárbaros habitantes siembran el terror con monstruosos 170
ritos. En medio de estas tribus beligerantes, los colonos foceos mantienen las costumbres, prácticas y hábitos de su antigua patria. Desde allí, el general ausonio siguió el sinuoso curso que describe el mar. Se les aparece una alta colina con frondosas cumbres: son los bosques de los Pirineos, que se pierden en las nubes. A continuación Ampurias, que desde sus primitivos orígenes conserva su población griega, y Tarragona[25], tan acogedora a Baco. Se instalan en el puerto. Las naves permanecen amarradas al abrigo de la corriente, olvidan las fatigas y sobresaltos del ancho mar.

La tranquilidad de la noche semejante a la muerte trajo con- 180
sigo placenteros sueños. Pudo ver Escipión ante sus ojos la imagen de su padre. Éste, al notarlo turbado por tal visión, le advirtió con estas palabras: «Hijo mío, que en cierta ocasión salvaste a tu padre[26]; hijo mío, orgullo de tu progenitor incluso después de muerto, debes asolar esta tierra causante de funestas guerras. Con tu valor y tu buen juicio, debes derrotar a estos capitanes de Libia que se vanaglorian de sus masacres. En estos momentos tienen sus fuerzas divididas en tres campamentos[27]. Si les apete-

---

[23] Los ligures habitaban el norte de Italia, entre el golfo de Génova, los Alpes, el Po y el Trebia.

[24] Marsella fue fundada por colonos llegados desde Focea, en Asia Menor. Cfr. I, 335.

[25] En Livio, *AVC*, 26.19.12, Escipión desembarca en Ampurias y sigue por tierra hasta Tarragona, ciudad muy conocida ya entonces por sus viñedos.

[26] Durante la batalla de Tesino (cfr. IV, 454 ss.).

[27] Comandados por Asdrúbal, hijo de Gisgón, Magón y Asdrúbal, hijo de Amílcar.

ciese entrar en combate y reuniesen sus tropas haciéndolas venir
190 de aquí y de allá, ¿quién podrá resistir una acometida de estos guerreros desde tres frentes? Desiste de este riesgo incierto y toma sin vacilar una decisión más eficaz. Hay una ciudad de nombre Cartago, fundada mucho tiempo atrás por el viejo Teucro[28]; pobladores tirios ocupan sus muros. Lo mismo que sucede en Libia, también en tierra ibera es Cartagena su afamada capital. Ninguna otra ciudad podría competir con ella por su riqueza en oro, su puerto o su destacado emplazamiento; ninguna posee la calidad de sus fértiles campos o su pujante actividad en la fabricación de armas. Ataca esta ciudad, hijo, ahora que los jefes están lejos. Ningún otro enfrentamiento te deparará mayor fama ni mayor botín».

200 Así le aconsejaba su padre, y, cada vez le advertía con mayor insistencia, cuando el joven despertó de su sueño y la visión se desvaneció. Se levantó e hizo súplicas a las divinidades que habitan los bosques infernales y a los manes de su familia, llamando a cada uno por su nombre: «Sed mis guías en la guerra y llevadme a la ciudad que me habéis indicado. Yo seré vuestro vengador y, resplandeciente de púrpura sarrana, os ofreceré sacrificios luego de alzarme con la victoria sobre los iberos. Y honraré vuestras tumbas con competiciones y juegos sagrados». Se colocó en vanguardia, aceleró la marcha y, a toda
210 carrera, arrastró a su raudo ejército, revolviendo las llanuras. Así es como el corcel de Pisa[29], al saltar rápidamente del cajón, avanza invencible no sólo por delante del resto, sino incluso (maravilloso de decir) por delante de los demás caballos de su tiro; ninguna mirada puede seguir el carro que parece volar por el aire.

Por séptimo día había asomado ya la luz desde la antorcha de Hiperión[30] y, poco a poco, iba mostrando las fortalezas de la ciudad a las tropas cada vez más cercanas. Cuanto más se aproximaban, los edificios se hacían más y más grandes. Por su parte,

---

[28] Troyano hijo de Telamón y Hesíone. Fundó la ciudad que Asdrúbal bautizaría como *Cartago Nova*, la actual Cartagena. Cfr. nota a III, 368.

[29] Ciudad de la Élida, cercana a Olimpia.

[30] Padre del Sol, la Luna y la Aurora. Por extensión, el Sol mismo.

Lelio venía por mar y aguardaba el momento reseñado por su general para arrimar la flota hasta las murallas; la retaguardia de la ciudad, la tenía rodeada por una línea de barcos.

Cartagena, favorecida por la extraordinaria situación del terreno, alza sus prominentes muros totalmente cercada por el mar. Una pequeña isla cierra la estrecha bocana de la bahía, por la parte en que Titán, al romper la Aurora, inunda con sus rayos la tierra. En cambio, por donde el carruaje de Febo se oculta al atardecer, se descubre una inmóvil llanura de aguas estancadas que crece con la marea alta y decrece cuando es baja. La ciudad, sin embargo, se halla de frente, orientada hacia las gélidas Osas y asentada sobre la cima de una montaña cuya pendiente se escurre hasta el mar; sus murallas están protegidas por la perpetua defensa de las olas.

Rebosantes de audacia, como si avanzaran llevando las enseñas victoriosas en campo abierto, los soldados se afanaban en escalar las alturas. Su capitán era Arín, quien, ante su apurada situación, se había pertrechado con medios de defensa y posiciones elevadas y había cercado la ciudadela con una empalizada. La naturaleza del lugar también influía en la contienda: la más mínima ofensiva desde arriba por parte de los asediados bastaba para que los romanos perdieran el equilibrio, cayeran rodando por la pendiente y perdieran la vida con sus cuerpos mutilados.

Sin embargo, cuando, por efecto de la bajamar, las aguas retrocedieron y el oleaje fue deslizándose rápidamente hasta el mar, Nereo consintió que el espacio azul que poco antes habían surcado enormes naves pudiera cruzarse entonces a pie y sin peligro alguno. Desde allí, el jefe dardanio procura acercarse en silencio y, de manera inadvertida, ordena a sus soldados que desembarquen súbitamente y vuela hasta a los muros caminando entre las olas. Se apresuran luego a atacar por la retaguardia, la parte de la ciudad que Arín, confiado en el oleaje, había dejado desguarnecida y sin efectivos.

Fue entonces cuando el cartaginés, postrado en el suelo (¡cuán lamentable!), ofreció su cuello rendido a las cadenas y entregó a su pueblo desarmado. Al resurgir, el naciente Titán pudo comprobar que la ciudad estaba rodeada de ejércitos, y vio

también que era conquistada antes que pudiera bañar su carro en las aguas de Hesperia[31].

La Aurora asomó barriendo las sombras de la tierra. Lo primero que hicieron fue erigir altares: sacrificaron un toro, soberbia víctima, en honor de Neptuno y otro también para el Tonante. Se hicieron ofrendas en consonancia con los méritos contraídos, el valor recibió su justa recompensa por la sangre derramada. Reluce un guerrero con su pecho adornado de medallas, otro rodea su cuello con torques[32] de oro; aquél lleva en lo alto de su frente el honor de la corona mural. Distinguido por el valor de su diestra y por su origen, Lelio recibe, antes que ningún otro, treinta bueyes, gloriosa condecoración por su victoria naval, y las armas recién despojadas al cabecilla cartaginés. Seguidamente se gratifica a los soldados con lanzas y banderas de Marte, a cada cual según sus méritos, y también con las primeras ofrendas del botín.

Una vez concluidos los honores a hombres y dioses, se pasa revista a los bienes capturados y se procede al reparto del botín: este oro para el Senado; estos talentos para la guerra y para Marte; esto para obsequiar a los reyes aliados; aquello, antes que nada, para los templos de los dioses; lo que resta para los combatientes, en pago a su valor y gallardo esfuerzo. Incluso se manda llamar al rey de un pueblo ibero, que estaba comprometido a una joven por la que sentía un amor que le calaba hasta los huesos. Satisfecho de su victoria, Escipión entregó esta joven de reputada hermosura al príncipe, muy contento de recibirla pura e intacta[33].

Libres ya de preocupaciones, instalan las mesas en la playa cercana y celebran un banquete rebosante de júbilo. Tomó Lelio la palabra y dijo: «¡Bien, venerable general, bien por tu honesto corazón! Cedan ante ti la gloria y alabanza de héroes ilustres y el valor inmortalizado en los poemas. El rey de Micenas[34] que

---

[31] Esto es, antes que se pusiera por el oeste. Hesperia designa aquí a la península Ibérica.

[32] Collar que se llevaba como insignia o adorno. Sobre la corona mural, cfr. nota a XIII, 366.

[33] Cfr. Livio, *AVC* 26.50.

[34] Briseida, esclava y concubina del tesalio Aquiles, fue arrebatada por Agamenón, lo que provocó la ruptura de la alianza entre ambos. Ínaco es un dios río de la Argólida.

llevó hasta el mar mil naves y aquel que uniera sus armas tesalias a las de Ínaco violaron su pacto de alianza por el amor de una mujer. No quedó entonces tienda alguna sobre las llanuras frigias que no estuviera llena de cautivas en sus lechos. Tú solo has demostrado más respeto por la virgen bárbara que los griegos por la troyana sacerdotisa de Febo»[35]. Con estas palabras y otras por el estilo discurrió la conversación hasta que la Noche, envuelta en su negro manto, atrajo sus sombríos caballos e invitó al sueño.

Bullía, entre tanto, el país etolio por su conflicto con Ematia[36]: estaba agitado por un repentino ataque de navíos macedonios. Los acarnanios, sus vecinos, habían sumado sus fuerzas a las del enemigo. La causa de estos nuevos desórdenes era la alianza de los cartagineses con el rey Filipo para hacer frente común contra Ausonia. Éste, ilustre por su linaje y por el inveterado origen de su reino, alardeaba de poseer el cetro de los eácidas y de tener entre sus antepasados a Aquiles[37]. Sembró el pánico en Órico[38] con un ataque por la noche, y lanzó una furiosa ofensiva por toda la zona que, a lo largo de la costa iliria, ocupan los pobladores taulantes con sus humildes y anónimos muros. Trasladándose por mar, hostigó las tierras de los feacios[39] y los tesprotios, cruzó todo el Epiro con una acometida vana e inútil. Exhibió luego sus enseñas por las costas de Anactorio[40] y lanzó un furibundo ataque en el golfo de Ambracia y las

[35] Casandra, a la que el propio Apolo había ofrecido dones proféticos. Después de la toma de Troya, Agamenón se la llevó hasta Grecia. Allí, la esposa de Agamenón, Clitemnestra, los asesinaría a ambos.

[36] Ematia es una región de Macedonia (cfr. III, 400). Aquí, por extensión, designa a todo el territorio macedonio. Filipo V se había unido en el 215 a los cartagineses; los etolios eran aliados de Roma. Acarnania se sumó a los macedonios en contra de Etolia.

[37] La madre de Filipo era hija del rey Pirro, quien se consideraba descendiente de Aquiles.

[38] Ciudad costera del Epiro (hoy *Eriko*), próxima a Iliria. Sobre los taulantes, pueblo del Epiro, cfr. nota a X, 508.

[39] Los feacios habitaban en la isla de Corcira (hoy *Corfú*). Tesprotia es una región en el centro del Epiro.

[40] Ciudad costera de Acarnania, al oeste de la costa meridional del golfo de Ambracia (hoy *golfo de Arta*).

riberas de Olpe[41]. Batió las aguas de Léucate[42] hasta hervirlas con sus remos; en su raudo avance, pudo ver el templo de Febo en Accio[43]. Y no dejó de acercarse al puerto de Ítaca, reino de Laertes, a la inaccesible Same, a las rocas de Cefalenia[44] que resuenan con el choque de las blancas olas o a los pedregosos campos de Nérito.

Deseoso también de acercarse hasta la morada de Pélope[45] y las murallas aqueas, llegó a Calidón[46] abominable para Diana, patria de Eneo y hogar de los Curetes; prometió a los griegos que
310 tomaría parte en la guerra contra Hesperia[47]. Recorrió luego Éfira, Patras y la regia Pleurón, el Parnaso de dos cimas y las rocas parlantes de Febo[48]. Y, por más que la guerra le hizo regresar a veces a los penates de su patria, cuando los orestas sármatas[49] acosaron su reino o cuando los Dólopes, con su intratable violencia, se desplegaron por sus campos, no por ello procuró desistir de sus vanos propósitos: paseó la sombra de la guerra por las costas de Grecia hasta que, privado de su poder sobre el mar y la tierra, perdió las esperanzas que había depositado en los tirios e imploró un pacto con los dardanios[50]. Y no pudo negarse a que su reino se viera obligado a acatar lo que se le imponía.

---

[41] Ciudad del Epiro, junto al golfo de Ambracia.

[42] Promontorio de la isla de Léucade (hoy *Cabo Ducato*), frente a Acarnania.

[43] Promontorio de Acarnania, a la entrada del golfo de Ambracia y cerca de Anactorio. Pasó a la historia por la victoria que Octavio infligió a Marco Antonio.

[44] La mayor de las islas Jónicas, muy cerca de las islas de Ítaca y Nérito. Same (actualmente *Samo*) es una ciudad y puerto de Cefalenia.

[45] El Peloponeso.

[46] Eneo, rey de Calidón, olvidó ofrecer sacrificios en honor de Diana. La diosa, enfadada, lo castigó enviándole el famoso jabalí de Calidón. Los Curetes son un pueblo que en época muy remota habitarían en Etolia.

[47] En este caso, Italia.

[48] Éfira es Corinto (cfr. XIV, 52). Patras conserva su nombre y también se halla en el golfo de Corinto. Pleurón se encuentra en Etolia. Las rocas parlantes de Febo se corresponden con el oráculo de Delfos.

[49] Pueblo del Epiro. Los Dólopes son de Tesalia.

[50] En el 197 a.C., Filipo fue derrotado por Flaminio en Cinoscéfalo.

Fue entonces cuando la fortuna de la tindárea Tarento[51] acre- 320
centó a un tiempo la riqueza y la gloria del Lacio, pues esta pérfida ciudad fue finalmente derrotada por el anciano Fabio en lo que fue la última gesta militar de este prudente general. Su habilidad le hizo alcanzar una victoria segura, tomando los muros sin derramar una gota de sangre. En efecto, cuando se percató de que el portaestandarte cartaginés se consumía de amor por una mujer, su cauteloso valor se sirvió de un secreto ardid: obligó al hermano de la joven, quien, a la sazón, se hallaba en el campamento rútulo, a reunirse con ella y doblegar su corazón de mujer con cuantiosas promesas, con tal de que el caudillo libio le per- 330
mitiera franquear las puertas abiertas de la ciudad. El cartaginés accedió y Fabio consiguió lo que ansiaba: rodeó las murallas de hombres armados y, de noche, entró en la ciudad desguarnecida.

Pero ¿quién podría haber dudado que Febo uncía sus corceles para alejarlos de la ciudad de Rómulo, después que se tuvo noticia de que Marcelo había hallado la muerte en combate? Abatido fue aquel gran personaje, de un corazón en el que palpitaba el ardor de Gradivo y que jamás se arredraba ante ningún peligro. ¡Ah, qué calamidad tan grande habría de hacer célebre a Aníbal! En el campo yace el terror de Cartago, que tal vez habría podido 340
arrebatar a Escipión la gloria de culminar la guerra si alguna divinidad le hubiera concedido un poco más de vida.

Una colina separaba la empalizada agenórea de las trincheras ausonias: Marte se había instalado en los campos de Dauno[52]. Compañero de fatigas de Marcelo y colega suyo en el supremo cargo[53], Crispino comandaba junto a él la guerra. Marcelo le indicó: «Mi corazón me empuja fervientemente a reconocer los bosques contiguos y apostar soldados en el monte que está en medio, no sea que el libio ocupe primero la altura con alguna secreta estratagema. Si no tienes inconveniente, Crispino, me 350
gustaría que fueses partícipe de mi proyecto. Con dos es más difícil errar en las decisiones». Una vez establecido este plan, se

[51] Ciudad fundada por Falanto (cfr. XI, 16), quien procedía de Lacedemonia, lo mismo que el héroe Tindáreo.

[52] Apulia. Cfr. I, 191.

[53] Los cónsules del año 208 eran M. Claudio Marcelo y T. Quincio Crispino.

apresuran a montarse cuanto antes en sus briosos corceles. Como viera Marcelo a su hijo ajustándose la armadura y gozoso por el tumulto, le dice: «Tu admirable ardor sobrepasa mis energías. Que tu precoz arrojo obtenga el éxito. ¡En qué condiciones pude verte en la capital sicana[54], cuando tu edad no te permitía aún entrar en combate, analizando la batalla con un semblante idéntico al mío! Aquí, mi orgullo, aquí, ponte al lado de tu padre y aprende de mí, tu maestro, a experimentar las pruebas de Marte que aún no conoces». Abraza luego el cuello de su hijo y dirige esta breve súplica: «Oh, tú, el más grande de los dioses, haz que sobre estos hombros, sobre éstos, te lleve los opimos despojos del dirigente libio». Y no dijo más. Desde el cielo sereno Júpiter derramó torrentes de sangre y salpicó de tétricas gotas sus armas de mal agüero. Y, diciendo esto Marcelo, apenas se habían adentrado en el estrecho desfiladero de la funesta colina cuando un raudo tropel de nómadas los atacó con sus jabalinas y se abalanzó sobre ellos como una tempestad caída del cielo; desde su oscuro escondrijo se dispersaron pelotones armados para la guerra. Cuando aquel héroe valiente, rodeado por todas partes, vio que nada le quedaba ya que pagar a los dioses, quiso llevarse consigo hasta las sombras el timbre de una noble muerte. Ya alzaba toda su estatura para blandir de lejos su lanza, ya de cerca se batía encarnizadamente con su espada. Y tal vez habría escapado a la terrible acometida por sorpresa si un proyectil no hubiera alcanzado de frente el cuerpo de su hijo. Temblaron entonces las manos del padre; desalentadas por el duelo, sus infortunadas armas resbalaron de sus manos paralizadas. Una lanza le vino de frente y atravesó su pecho desnudo; al caer, su mentón quedó marcado en la hierba.

Cuando, en medio de la encarnizada batalla, el caudillo tirio avistó el proyectil clavado en el pecho de su rival, con un grito monstruoso exclamó: «Deja ya, Cartago, de temer las leyes del Lacio. Yace abatido este funesto nombre, pilar del estado ausonio. Sin embargo, que esta diestra tan parecida a la mía no parta en silencio hasta las sombras. El valor de quien es magnánimo

[54] Siracusa.

no conoce la envidia». Se levanta al instante un inmenso altar sepulcral que se alza hasta el cielo. De los bosques acarrean enormes árboles. Podría creerse que era el general sidonio quien había muerto. Como póstumo cortejo, llevan luego incienso y manjares, junto con las fasces y el escudo del guerrero. El propio Aníbal aplicó la antorcha mientras decía: «Imperecedera es la gloria que hemos alcanzado. Hemos privado al Lacio de Marcelo. Quizá la raza itálica esté por fin dispuesta a deponer las armas. Vosotros, soldados, escoltad las exequias de esta ilustre alma y conceded a sus cenizas los supremos honores. Nunca, Roma, te negaré tal cosa». El otro cónsul corrió pareja e idéntica fortuna en la batalla: su montura lo devolvió a su campamento sin vida.

Eso ocurría en Ausonia. Pero no fue tal el desenlace de la lucha en las llanuras ibéricas. La fulminante conquista de Cartagena, tomada por sorpresa, había sembrado el terror por todos los pueblos. Una sola esperanza de salvación quedaba a los cabecillas y era unir sus fuerzas. Pensaban que aquel joven se había estrenado con excelentes auspicios, como si llevase en sus armas los rayos de su padre[55]. En menos de un día se había apoderado de una ciudad fortificada en lo alto de la cumbre de un monte, colmándola de montones de cadáveres, mientras que el marcial Aníbal, en ese mismo país, había necesitado todo un año para devastar Sagunto, ciudad esta que no podía igualar a Cartagena ni en número de soldados ni en abundancia de riquezas.

Muy cerca de él, situado en un montículo lleno de pedregosos bosques, había plantado sus tiendas Asdrúbal[56], ansioso por igualar las grandes hazañas de su hermano. Engrosaban sus filas los cántabros, junto con indomables africanos y también los astures, más rápidos que los veloces mauros. En tierra ibérica la veneración por este capitán era tan grande como el terror que despertaba Aníbal en el país de Laurento.

Aquel solemne día rememoraba casualmente la antigua ceremonia según la cual, fijados los primeros cimientos de la altiva

[55] Nueva alusión a la leyenda que circulaba entonces de que el padre de Escipión era Júpiter. Cfr. XIII, 634 ss. y, en este mismo libro, el v. 148.

[56] Asdrúbal Barca, el hermano de Aníbal.

Cartago, los tirios comenzaron a construir una nueva ciudad donde antes sólo había cabañas. Lleno de júbilo y reviviendo los orígenes de su gente, Asdrúbal daba muestras de una festiva alegría coronando de flores las enseñas y aplacando a los dioses. Por los hombros le caía un reluciente manto, regalo de su hermano. El soberano de Trinacria[57] se lo había enviado al libio, entre otros obsequios, como prenda de su estrecha alianza; los tiranos eolios solían llevarlo como distintivo de su poder. Un águila de dorado plumaje llevaba a un niño[58] a través de las nubes en dirección al éter; aparecía bordado con las alas desplegadas. A su lado, una enorme cueva, reproducida en púrpura por obra de la aguja: era la morada de los Cíclopes. Allí se recuesta Polifemo, engullendo con sus mortíferas fauces cuerpos que manan sangre. A su alrededor se extienden huesos destrozados y arrancados a dentelladas. Se ve al monstruo reclamando las copas al hijo de Laertes[59] y mezclando en su boca el vino con la sangre vomitada.

El tirio llamaba la atención por la maestría de los tejidos sículos y reclamaba la paz de los dioses ante los altares de césped. Fue entonces cuando un mensajero llegó a lomos de su galopante corcel y, en medio de la reunión, anunció que se acercaban las huestes enemigas. Se alteran los ánimos, dejan sin concluir las ofrendas a los dioses. Se interrumpe la ceremonia y abandonan los altares. Se pertrechan tras la empalizada y, tan pronto como la Aurora cubierta de rocío difundió por el cielo una tenue luz, se enfrascaron en las disputas de Marte. El audaz Sábura recibió la estridente jabalina de Escipión, hecho que conmovió a ambos ejércitos como si de un presagio se tratase. El caudillo latino exclamó: «Vuestra primera víctima, manes sagrados, yace en el campo de batalla. ¡Adelante, guerreros, a luchar y a matar! ¡Precipitaos como hacían vuestros generales cuando estaban vivos!»[60].

[57] Jerónimo, tirano de Siracusa aliado con los cartagineses. Cfr. XIV, 110. *Eolio* equivale a *siciliano* (cfr. XIV, 70).

[58] Ganimedes, el copero del Olimpo.

[59] Ulises durmió al cíclope Polifemo ofreciéndole vino.

[60] Escipión se refiere a su padre y su tío, que capitaneaban esas mismas tropas antes de morir.

Y, mientras dice esto, ellos arremeten. Lenate acaba con Micono, Latino con Cirta, Marón con Tisdro y Catilina con Nealces, el incestuoso amante de su propia hermana. El rey de las arenas libias, Cartalón, cae ante el valeroso Nasidio. También a ti la tierra de Pirene[61], atemorizada, pudo verte mezclado entre los cartagineses y exaltado por un furor casi increíble, Lelio[62], gran orgullo de Dardania, al que la pródiga naturaleza colmó de todo, sin que dios alguno se opusiera. Cuando le escuchaban en el foro, cuando dejaba escapar sus cautivadoras palabras, podía equipararse a la miel del hijo de Neleo[63], el anciano de Pilos. Cuando el Senado estaba indeciso y la curia requería sus palabras, embelesaba los corazones de los senadores como por encantamiento. Y, cuando en el campo de batalla el siniestro sonido de la trompeta crispaba de repente los oídos, también se lanzaba al combate en primera línea con tanto ardor que era evidente que había nacido expresamente para la guerra. En la vida nada le agradaba que no se consiguiera por la vía de la gloria. Privó de la luz entonces a Gala, que luchaba con una vida robada, pues su madre una vez lo había arrancado de los sacrificios de Cartago, colocando a otro niño en su lugar. Pero no dura mucho tiempo la alegría obtenida engañando a los dioses. Envió luego a las sombras a Álabis, Murro y Draces; Draces, que reclamaba su muerte con gritos de mujer: en medio de sus palabras e imprecaciones, le segó la nuca con la espada y, todavía con su cuello cercenado, no cesaba de murmurar.

En cambio, el capitán libio[64] no presentaba el mismo ardor en la batalla. Corrió en busca de refugio en las inaccesibles rocas

[61] La península Ibérica. Cfr. III, 420 ss.

[62] C. Lelio, compañero de Escipión Africano. Sin embargo, el elogio que Silio hace de su elocuencia conviene mejor a su hijo, C. Lelio llamado *el Sabio*, amigo del segundo Africano. Cicerón usó su nombre para titular el tratado *Laelius* o *De amicitia*.

[63] Silio compara la elocuencia de Lelio a la de Néstor, quien destacaba por su prudencia y sabios consejos, así como por haber alcanzado una longevidad extraordinaria. Su padre, Neleo, era rey de Pilos, ciudad de Mesenia en el Peloponeso. Homero ya había equiparado las palabras de Néstor con la dulzura de la miel (*Ilíada* I, 248).

[64] En este caso se refiere a Asdrúbal, el hermano de Aníbal.

de una frondosa colina, sin inmutarse ante las bajas y el grave menoscabo de su ejército. Cuando huía, puso su mirada en Italia y los Alpes, como grandiosa recompensa a su fuga. Una consigna secreta establece la señal: que abandonen la lucha, corran diseminados por colinas y bosques y que todo aquel que logre escapar se dirija a las elevadas cumbres de los Pirineos. Él mismo es el primero que, despojado de sus distinguidas armas y cubierto con un broquel ibero, parte hacia los montes y aposta abandona a sus tropas en desbandada. Los soldados latinos introducen sus enseñas victoriosas en el campamento desierto. Nunca la conquista de una ciudad proporcionó mayor botín; tal y como había previsto el jefe libio, el furor de los soldados, tanto tiempo postergado, los salvó de la masacre. Así, el castor atrapado en medio de la corriente de un río se arranca la parte de su vientre que es la causa de su apuro y, nadando, se aparta del enemigo que codicia su presa[65].

Después que el cartaginés se esconde sin demora entre las misteriosas sombras, encomendándose al pedregoso bosque, dan media vuelta en dirección a una guerra más importante, a un enemigo que están más seguros de poder derrotar. En una cumbre de los Pirineos[66] clavan un escudo con esta leyenda: *Escipión victorioso dedica a Gradivo este despojo de Asdrúbal.*

Entre tanto Asdrúbal, libre del pánico, rebasó los escarpados montes y comenzó a armar a los pueblos del reino de Bébrix[67], pródigo en pagar diestras y presto a derrochar en la guerra los bienes adquiridos por la guerra. Azuzaba el ánimo fiero de estos pueblos el envío previo de grandes cantidades de oro y plata, conseguidas no sin riesgo en tierras ricas en metales preciosos. De este modo muy pronto llenaron de soldados un nuevo campamento, almas mercenarias que disfrutaban de la corriente del Ródano, hombres por cuyos campos serpentea el Arar de lentísimas aguas.

---

[65] Esta leyenda aparece en reiteradas ocasiones en los autores clásicos (cfr., por ejemplo, FEDRO, *App.*, 30). Los testículos del castor eran muy apreciados en medicina.

[66] Silio agiliza su relato al pasar de la derrota de Asdrúbal en Bécula (cerca de Bailén) a su paso por los Pirineos.

[67] Cfr. nota a III, 420.

Ya remitían los rigores del invierno y la estación comenzaba a suavizarse. Fue entonces cuando Asdrúbal se puso rápidamente en marcha a través de los campos celtas; pudo admirar los Alpes domeñados y el sendero entre escarpados montes, y buscó el rastro de pisadas de Hércules, para comparar el camino abierto por su hermano a la divina gesta del héroe.

Después que alcanzó la cumbre y se asentó en el campamento de Aníbal, dijo: «¿Qué muros, me pregunto, qué muros, por muy altos que sean, puede Roma levantar invulnerables, después que mi hermano fue capaz de franquear este baluarte? Ruego que una gloria tan grande sea propicia a mi brazo y que ningún dios hostil vea con malos ojos que hayamos alcanzado las estrellas». Luego que sus tropas coronaron las alturas, a toda prisa se lanzó intrépido por donde la pendiente del terreno indicaba, desde lo alto, un camino seguro. No estalló en sus inicios la guerra con tan tremendo pavor. Corrió la voz de que había dos Aníbales, que se habían unido los campamentos de uno y otro lado y que sus cabecillas, cebados con la sangre de Italia después de tantas y tantas victorias, mezclaban sus armas y redoblaban sus fuerzas; que el enemigo iba a llegar a marchas forzadas hasta sus murallas e iba a ver, fijadas en la puerta, las picas arrojadas poco antes por los brazos de los hijos de Elissa.

Ante esta situación, rechinando los dientes la Tierra de Enotria, se dijo a sí misma[68]: «¡Ah, dioses! ¿Con tamaño furor soy humillada y menospreciada por el pueblo sidonio, yo, que en otro tiempo permití a Saturno, temeroso del cetro de su hijo, que se instalara en nuestra tierra y estableciera aquí su reino?[69] Éste es ya el décimo año que llevan pisoteándonos. Este joven, al que ya sólo resta enfrentarse a los dioses, apuntó sus violentas armas contra mí desde su remoto país y, tras profanar los Alpes, se ha precipitado con ardor hasta mis campos. ¡Cuántos cuerpos sin vida he cubierto! ¡Cuántas veces he quedado desfigurada por mis propios hijos aba-

[68] Silio recurre a la figura poética de la prosopopeya para que Italia ilustre sus propias desdichas.

[69] En efecto, después que su hijo Júpiter lo destronara erigiéndose en rey de los dioses, Saturno se estableció en el Lacio, donde Jano le ofreció la cumbre del Capitolio para que allí fundara la ciudad de Saturnia.

tidos! Ningún árbol de exuberantes frutos florece para mí. De un tajo de espada se cercena la mies aún sin madurar. Los techos de mis granjas se desploman sobre mi propio seno y, con sus escombros, afean mis dominios. ¿Y voy a tener que soportar también a éste que ahora se precipita sobre mi vasto territorio con ánimo de incendiar los pobres restos de la guerra? ¡Que el africano errabundo me rasgue con sus arados, que el libio confíe sus semillas a los sur-
540 cos de Ausonia, si no he de sepultar yo bajo una misma tumba a todos los ejércitos que saltan por mis extensas llanuras!».

Al tiempo que llevaba a cabo estas reflexiones y la negra Noche mantenía cerrados los aposentos de dioses y hombres, se dirige a toda prisa hacia el campamento del vástago de Amiclas[70]. Se hallaba éste a la sazón pertrechado tras su empalizada recubierta de césped, vigilando de cerca al cartaginés que mantenía sus tropas dentro de los límites de Lucania. La imagen de la Tierra del Lacio abordó entonces al joven y le dijo: «Oh, tú, Nerón, el orgullo de los Clausos y la mayor esperanza de Roma tras la pérdida de Marcelo, interrumpe y ahuyenta tu sueño. Si
550 quieres prolongar la vida de tu patria, debes emprender una gran acción que, incluso después de arrojar al enemigo de nuestras murallas, hará temblar a los vencedores por haberla realizado. El cartaginés ha desbordado los campos con sus relucientes armas, allí donde Sena conserva, después de tantos siglos, el nombre que los pueblos galos le otorgaron[71]. Si no te das prisa en arrastrar a tus raudos escuadrones al combate, demasiado tarde llevarás auxilio a Roma, que ya estará destruida. ¡Vamos, levántate y ponte en marcha! Ya he decretado que las espaciosas campiñas de la región del Metauro[72] se conviertan en tumba para los hue-

[70] Población cercana a Esparta que a veces se identifica con ella (cfr., por ejemplo, IV, 358). La familia Claudia era de origen sabino, y los sabinos, a su vez, procedían de Esparta. Cfr. nota a VIII, 412. C. Claudio Nerón fue nombrado cónsul en el 207 junto con M. Livio Salinátor.

[71] Sena Gallica (hoy *Sinigaglia*) se encuentra a orillas del Adriático, cerca de la desembocadura del Metauro. Su nombre seguramente deriva del de los galos senones. Allí fue Nerón a reunirse con su colega Livio Salinátor, después de realizar una marcha rápida desde el sur de Italia.

[72] Río en el que tendrá lugar la batalla de los romanos contra las fuerzas de Asdrúbal (cfr. VII, 486).

sos de los cartagineses». Y, diciendo esto, se desvaneció. Al tiempo que partía, parecía llevar tras de sí al asustado guerrero y empujar a los escuadrones a través de las puertas destruidas.

Desconcertado y con el corazón ardiendo, Nerón despertó de su sueño y, tendiendo suplicante ambas manos a las estrellas, imploró a la Tierra y a la Noche, a las estrellas diseminadas por el cielo y a Febe[73] que con su silenciosa luz muestra el camino. Eligió luego diestras merecedoras de tamaña empresa. Y, allí donde se extienden los larinates que viven junto al mar Superior[74], donde se halla el pueblo marrucino aguerrido en el combate y los frentanos remisos a quebrantar la palabra dada en una alianza militar, y luego por la tierra en que los jóvenes pretucianos[75], gozosos con su trabajo, someten los campos ricos en vides, marchaba Nerón más veloz que ala de pájaro, más que el rayo, que los torrentes en invierno, que el arco aquemenio[76]. Cada cual se animaba a sí mismo: «¡Ea, vamos, los indecisos dioses han depositado en tus pies la salvación de Ausonia y que Roma siga en pie o sucumba!», gritan al tiempo que arremeten. A guisa de estímulo, su valeroso general se desvive por marchar en cabeza. En su afán por seguirlo y aunar sus pasos, los soldados aumentan su velocidad y avanzan incansables noche y día.

En cambio Roma, que sólo tenía constancia de que el mal de una guerra perniciosa era cada vez mayor, estaba sobrecogida de miedo y lamentaba que Nerón hubiese esperado demasiado tiempo y que, de un golpe, pudiesen perder lo que les restaba de vida. Ya no quedaban armas, ni oro, ni guerreros, ni sangre que derramar. ¿Y él iba a lanzarse contra Asdrúbal cuando no había sido capaz de combatir a Aníbal solo? En el mismo instante en que el cartaginés advirtiera que los ejércitos habían abandonado su empalizada para irse lejos, se arrimaría de nuevo a nuestras

[73] Nombre dado a la Luna, identificada con Diana, nieta de la Titánide Febe. Otro tanto sucede con Apolo Febo, su gemelo, que coincide con el Sol.

[74] El mar Adriático, por oposición al Tirreno *(Mare Inferum)*.

[75] Pueblo del Piceno, al norte de los marrucinos. Por este orden nombra Livio todos estos mismos pueblos antes de la batalla del Metauro (cfr. Livio, *AVC* 27.43.10).

[76] Los aquemenios son los partos, reputados arqueros. Cfr. VII, 647.

puertas. Asdrúbal había venido para competir con su altanero hermano por ver quién obtenía la sublime gloria de destruir la Ciudad. Desde el fondo de sus corazones, el grupo de los senadores protesta airadamente; con un enorme celo por mantener sus prerrogativas, meditan de qué modo escapar a la esclavitud que se cierne sobre ellos y sustraerse a la injusticia de los dioses. En medio de estas lamentaciones, avanza Nerón al amparo de la tenebrosa noche hasta el campamento que, muy cerca del fiero Asdrúbal, ocupaba Livio[77] custodiado por una empalizada. Fue éste en otro tiempo beligerante y experto en avivar los ardores de Marte; en sus años de juventud había descollado como notable guerrero. Luego, injuriado por una falsa acusación del vulgo caprichoso, pasó unos años de amarga reclusión apartado en sus tierras. Pero, cuando la situación se fue agravando y el pánico ante un peligro cada vez más acuciante requería un héroe, fue llamado a empuñar nuevamente las armas, después de tantos generales muertos, y perdonó su resentimiento en pro de su patria.

Sin embargo, la furtiva aparición de este nuevo ejército no pasó inadvertida a Asdrúbal, por más que la Noche con sus tinieblas cubriera esta maquinación. Le pusieron sobre aviso las huellas de polvo visibles en sus escudos y los cuerpos macilentos de caballos y soldados, señal inequívoca de su llegada apresurada. Además, el sonido familiar de la trompeta que retumbó dos veces confirmaba que los campamentos, reunidos, estaban al mando de dos jefes. No obstante, si es que su hermano seguía vivo, ¿cómo había consentido que ambos cónsules unieran sus fuerzas? Por ello, y en tanto que se esclarecía la verdad, la única táctica que le quedaba era dejar pasar el tiempo y demorar el combate. Y no difirió su propósito de huir por culpa del miedo indolente.

La Noche, madre del Sueño, había desterrado la zozobra de los corazones de los mortales; las tinieblas sustentaban horribles silencios. Asdrúbal se escabulló de puntillas del campamento y

[77] El otro cónsul de ese año, M. Livio Salinátor. Cónsul en el 219, fue acusado de malversación al año siguiente, lo que le empujó a aislarse de la vida pública.

ordenó a sus tropas que escaparan en silencio sin que se oyeran sus pasos. Se encontraron una noche sin luna y, a través de los callados campos, aligeraron sus pasos evitando hacer ruido. Pero la Tierra, agitada ante tanto movimiento, no podía ser burlada: enredó el camino que seguían haciendo que se perdieran en la **620** oscuridad y, al amparo de las sombras, les hizo volver sobre sus propios pasos en un estrecho espacio. En efecto, por donde el río arquea sus orillas en sinuosos meandros y se gira sobre sí mismo retrocediendo en medio de un terreno escabroso, por allí los soldados, guiados por un esfuerzo inútil, dieron vueltas y vueltas en pequeños círculos siguiendo una marcha equivocada. Y, en su errático deambular, perdieron la ventaja que les brindaban las sombras[78].

La luz del día apareció pregonando su huida. Por las puertas abiertas se precipita un impetuoso torbellino de soldados a caballo, todo el llano quedó cubierto de una tempestad de hierro. Todavía no se habían enzarzado cuerpo a cuerpo y ya bebían sangre los proyectiles lanzados con antelación. Por aquí vuelan las flechas dicteas[79] encargadas de detener al cartaginés fugitivo; **630** por allí la lanza arrojada con funesto impulso lleva la muerte a todo aquel que es alcanzado por su impacto. Los cartagineses abandonan su propósito de escapar y, temblorosos, se ven obligados a formar línea de batalla y depositar toda su esperanza en el combate.

El propio capitán sidonio se encontraba en medio (pues comprendía la dificultad de la situación) y, a lomos de su galopante corcel, elevaba a un tiempo su voz y sus manos: «Por la gloria que habéis conquistado en los confines del mundo, por los éxitos de mi hermano, os pido que demostremos que ha llegado el **640** hermano de Aníbal. La Fortuna trabaja para dar al Lacio una lección con esta derrota y enseñar con cuánta fuerza se lanza contra los rútulos el dominador de la tierra ibérica, un soldado acostumbrado a guerrear junto a las columnas de Hércules. Tal vez mi hermano llegue a tiempo para la batalla. Apresuraos a ofre-

[78] Al parecer, la intención de Asdrúbal era cruzar el Metauro para así interponerlo entre su ejército y el romano. Cfr. Livio, *AVC* 27.47.10.

[79] Cfr. II, 94.

cerle un digno espectáculo, os lo ruego, digno de tan gran guerrero, con un suelo repleto de cadáveres. Cualquier general que haya sido temible en combate[80] ha sucumbido ante mi hermano. La única esperanza ahora para Roma es Livio que, con sus años quebrantados por aquella condena y su posterior retiro, os ofrece su cabeza inculpada. Adelante, marchad, os lo pido, acabad con este general contra el que mi hermano siente vergüenza de enfrentarse, y poned fin a su descarada vejez».

Por su parte, Nerón señalaba: «¿Por qué tardáis en concluir los sufrimientos de esta guerra monstruosa? Con vuestro camino, soldados, habéis conseguido una gloria inmensa: culminad ahora esta ardua empresa con vuestra propia mano. Ay, qué imprudentes fuisteis dejando el campamento sin efectivos, a menos que la victoria remedie esta maniobra. Percibid ya la gloria: siempre se recordará que fue vuestra llegada la que derrotó al enemigo».

En otro lugar, reconocible por sus cabellos encanecidos despojados del casco, hablaba Livio: «Aquí, jóvenes, aquí mirad cómo me lanzo a la lucha. Ocupad todo el espacio que abra mi espada, cerrad de una vez con vuestro acero esos Alpes ya demasiado expeditos para el paso de los cartagineses. Porque, si no aniquilamos estas tropas con un rápido ataque y Aníbal, el rayo de Cartago, acude de repente, ¿qué divinidad podrá eximir a cualquiera de nosotros de las sombras infernales?». Y, seguidamente, ajustó el casco a su cabeza, confirmó su aterrador discurso con la espada y, engañando a su edad, libró feroces combates. Por entre las cuñas y por donde las filas enemigas eran más compactas, causó tantas bajas cuantas jabalinas arrojaba; de él huyeron aterrados los macas, huyeron los fieros autóloles y los guerreros del Ródano con sus largas cabelleras.

Llegado de las proféticas arenas de Amón, Nabis entablaba innobles combates[81] confiado en su suerte, como si una divinidad lo amparase. Con jactanciosas palabras había prometido,

[80] Flaminio, Servilio, Paulo, Marcelo.

[81] Como señalará más abajo, Nabis lanza flechas impregnadas en veneno, lo que causaba una doble muerte a sus víctimas.

lleno de presunción, que iba a clavar los despojos de Italia en los templos de su patria. En su vestido azul brillaba la gema de los garamantes como centellea la luz de las estrellas que siembran el cielo; gemas relucían en su casco, oro en su escudo. De su cimera adornada de cuernos colgaba una ínfula[82] que inspiraba un miedo religioso y un respeto a los dioses. Llevaba arco, car- 680
caj y flechas impregnadas en veneno de cerasta[83]; participaba en la contienda con la ponzoña como arma. Además, montado según la costumbre a lomos de su corcel, por todo el campo de batalla marchaba soportando en su rodilla el peso de una pica sármata[84] que bajaba para clavarla de frente contra el enemigo. Luego de atravesar con su lanza, ante la mirada del cónsul, el cuerpo y la armadura de Sabelo, lo llevaba triunfante a voz en grito y triunfante ensalzaba a Amón. El anciano no soportó tal ensañamiento y tanta altanería en el corazón de un bárbaro: le 690
arrojó una lanza y, victorioso, con un solo golpe despojó al vencedor de su presa y de su vida.

Al escuchar el bullicio de esta infausta pérdida, acude Asdrúbal y, cuando Árabo intentaba arrebatar al muerto sus ropajes guarnecidos de piedras preciosas y sus vestiduras recamadas de oro, le arrojó por la espalda una jabalina que se clavó hasta los huesos. El desdichado ya había arrancado las prendas con ambas manos y, a toda prisa, había desnudado los temblorosos miembros, cuando se desplomó cubriendo de nuevo al difunto con su sagrada vestimenta y sus tejidos de oro; cayó así sobre el ene- 700
migo que acababa de despojar. Canto asesina luego a Rútilo, Canto el dominador de las arenas a las que los invencibles Filenos dieron un célebre nombre[85]; y Rútilo rico en ganados, a quien mil ovejas balaban en sus elevados rediles. Llevaba él una descansada vida con sus livianos quehaceres, aliviando a sus

[82] Adorno que llevaban los sacerdotes paganos, a modo de venda en torno a la cabeza, cuyos extremos caían por ambos lados.

[83] Víbora muy venenosa. Cfr. I, 413.

[84] Los sármatas habitaban junto al mar Negro, en las actuales Rusia y Polonia, y solían ir a la batalla con largas picas difíciles de manejar.

[85] Los Filenos eran dos hermanos cartagineses que aceptaron ser enterrados vivos con tal de salvar a su patria. El lugar en el que fueron enterrados, el Altar de los Filenos, se encuentra cerca de la Gran Sirte.

rebaños del excesivo calor del sol en un río de agua fresca, o bien esquilando alegre en la hierba los resplandecientes vellones de lana blanca como la nieve, o también, cuando volvía con los rebaños a su hogar y observaba cómo, en los apriscos, los corderos conocían a sus madres. Sucumbió traicionado por su escudo de bronce, perforado: demasiado tarde lamentó haber abandonado los establos de su padre.

Con mayor fiereza arremeten los guerreros de Italia; hostigan al enemigo como un torrente, como una tempestad, como la fulgurante llama del rayo, como el mar se escabulle ante Bóreas, como corren las sutiles nubes cuando el Euro mezcla el cielo con el mar. Destacadas en primera línea se encontraban las cohortes de enseñas celtas; el repentino ataque de una cuña las despejó con su brutal ímpetu. Azorados ante su desorientada marcha, incapaces de aguantar el calor del sol y transidos por el prolongado esfuerzo, el miedo propio de su raza los empujó a huir[86]. Con la lanza acosaba el ausonio sus espaldas, con dardos los hostigaba de cerca sin dejarles escapar. De un solo golpe cae Tirmis, más de uno acaba con Ródano. Una flecha alcanza a Morino y, cuando ya se desplomaba, una lanza lo remata. A toda brida persigue el esforzado Livio a quienes huyen, dirigiendo su corcel contra los escuadrones en retirada. En un momento, con su espada, siega por detrás el cuello hinchado[87] de Mosa. Su cabeza junto con el casco cayeron desde lo alto y golpearon el suelo con todo su peso, mientras el caballo, espantado, arrastraba al combate el tronco aún en la silla. En ese momento Catón, que se batía también en medio del tumulto, dijo: «¡Ah, si este héroe se hubiera enfrentado al joven tirio cuando perdimos los Alpes al comienzo de la guerra! ¡Ay de mí, qué diestra faltó al Lacio, cuántas muertes rindieron a los cartagineses las funestas y descabelladas votaciones del Campo de Marte!».

El frente perdía ya terreno y el pánico de los galos había infundido pánico en todos; la Fortuna de Sidón se venía abajo y Victoria había tornado sus alas hacia los rútulos. Erguido como

[86] Es proverbial la inconstancia de los pueblos celtas. Cfr. IV, 311.

[87] Esta expresión hace referencia quizás al bocio que, por la carencia de yodo, sufrían los habitantes de las montañas, en este caso de los Alpes.

si volvieran a florecer sus años de juventud, marchaba el cónsul y, con su triunfo, parecía cada vez más grande.

Pero he aquí que, arrastrando consigo un escuadrón encanecido por el polvo, acude el jefe agenóreo[88] y, blandiendo las armas con su brazo, grita a los suyos: «¡Dejad de huir! ¿De qué enemigo nos estamos alejando? ¿No os da vergüenza? Un viejo marchito por los años obliga a nuestros ejércitos a volver la espalda. ¿Acaso mi diestra, os pregunto, ahora mi diestra decae en combate y estáis disgustados conmigo? Belo[89] es el primero de mis antepasados, la sidonia Dido es de mi familia, y aquel a quien consideran el mejor en la guerra, Amílcar, era mi padre. Aquel a cuyos pies se rinden montañas y lagos, campos y ríos, es mi hermano. A mí, la gran Cartago me considera el segundo después de Aníbal, a mí los pueblos que han sufrido mis ataques a orillas del Betis me comparan con mi hermano».

Y, mientras esto decía, se lanzó en medio del enemigo y, en cuanto vio brillar las renovadas armas del cónsul, con irreflexivo impulso le disparó su lanza, que atravesó el borde del escudo de bronce y la protección de su coraza hasta dar sin acierto en la parte alta del hombro, hiriendo ligeramente el cuerpo que buscaba y sin teñirse de mucha sangre: vanas resultaron las alegrías que la lanza prometía al codicioso cartaginés.

Los rútulos estaban desconcertados, sus corazones azorados ante el terrible espectáculo. En ese momento, el cónsul les animó vivamente a cumplir su cometido: «Parece como si uñas de mujer hubieran arañado mi cuerpo, en medio del vano bullicio de las trompas[90], o como si me hubieran golpeado las manos de un niño. Id, soldados, y enseñadles cuántas heridas acostumbran a infligir los brazos romanos». Arreció entonces una inmensa lluvia de dardos que, con su tupida sombra, dejó al sol eclipsado. Y ya la masacre de guerreros de uno y otro bando cubría de cuerpos sin vida las extensas llanuras, ya los cadáveres hundidos en

[88] Asdrúbal.

[89] Cfr. nota a I, 73.

[90] Se debe referir Silio a las danzas de las ménades. En los festivales en honor de Baco, danzaban y saltaban al son de trompetas, tambores y otros instrumentos, y desgarraban con sus uñas a las víctimas de los sacrificios.

las aguas se iban acumulando hasta unir ambas orillas. No de
770 otra suerte que cuando Dictina[91] practica la caza en las sombrías florestas y ofrece un espectáculo a su alegre madre rastreando los bosques del Cinto[92] o bien recorriendo el Ménalo[93], toda una multitud de Náyades con sus aljabas llenas se lanza junto a ella, y silban las fundas repletas de flechas. Y, acto seguido, las fieras, dispersas por pedregales, por sus mismas guaridas, por valles, ríos y grutas verdes de musgo, yacen en una tremenda masacre, mientras que en la cima del monte, siguiendo con la mirada su apreciada presa, la Latonia salta de alegría.

Después de enterarse antes que nadie de la herida del anciano, Nerón se abrió salvajemente camino en medio del bullicio, y, al comprobar que la situación del combate estaba igua-
780 lada, señaló: «¿Qué destino, pues, qué destino aguarda finalmente a Italia? Si no podéis vencer a este adversario, ¿vais a poder derrotar a Aníbal?». Y, sin más, se lanzó enajenado al corazón de la lucha, hasta que divisó al general libio bramando en primera línea: era como una bestia del mar embravecido que surca sin cesar el desértico fondo del mar en busca de alimento y cuando, muerto de hambre, ve a lo lejos un pez entre las olas, se agita y, siguiendo con la vista a su presa que nada bajo la corriente, engulle a un tiempo gran cantidad de agua y peces. Y no tardó en empuñar sus armas y proferir estas palabras: «Ya
790 no escaparás de mí», decía. «No me burlarán aquí los inabordables bosques de los Pirineos, ni me embaucarás con vanas promesas, como cuando estabas atrapado en tierras ibéricas, mentiroso, y te escabulliste de mis manos por medio de unas negociaciones engañosas.»[94] Eso dijo Nerón y a continuación arrojó su jabalina. Y no erró el blanco, ya que la punta certera se alojó en el

[91] Diana (cfr. II, 71), hija de Latona.

[92] Montaña que domina toda la isla de Delos. Delos fue el lugar elegido para que Latona alumbrara a Apolo y Diana.

[93] Monte de Arcadia consagrado al dios Pan. Cfr. XIII, 346.

[94] En el 211, el entonces pretor en Hispania Nerón logró acorralar a Asdrúbal en un desfiladero. Éste pidió parlamentar con el romano, y, mientras se las ingeniaba para dar largas al acuerdo, dejaba escapar cada noche a una parte de su ejército, hasta que logró escabullirse por completo durante un día de niebla. Cfr. Livio, *AVC* 26.17.

extremo de su costado. Con la espada desenvainada, lo abordó luego impávido y, al tiempo que empujaba con su escudo el cuerpo tembloroso de su adversario a punto de desplomarse, le espetó: «Si por casualidad quieres, en tu hora final, llevar un mensaje a tu hermano, yo se lo transmitiré». A lo que el sidonio respondió: «No tengo miedo alguno a la muerte. Emplea tu espíritu marcial mientras llega un vengador que inmediatamente asista a mis manes. Si tienes intención de llevar a mi hermano mis últimas palabras, esto te digo: que, como vencedor, queme el Capitolio y que mezcle mis huesos y mis cenizas con las cenizas de Júpiter». Y, cuando iba a seguir hablando, encendido por la rabia de la muerte, su vencedor lo atravesó con la espada y le arrancó su pérfida cabeza. Una vez derrotado su general, los ejércitos fueron exterminados, tras perder toda confianza en Marte.

Y ya la negra Noche se había llevado el día y el curso del sol, cuando los romanos reponían sus fuerzas con un poco de alimento y sueño. Aún no había surgido el nuevo día cuando llevaron sus enseñas victoriosas por el mismo camino por el que habían venido, hasta los campamentos que el miedo mantenía cerrados. Entonces Nerón, llevando en la punta de su lanza la cabeza del general asesinado, dijo: «Con la cabeza de tu hermano nos hemos resarcido de Cannas, Aníbal, y de Trebia, y de las riberas de Trasimeno. Anda, ve y redobla ahora tu pérfida guerra, congrega ahora dos ejércitos. Este galardón espera a quienes hayan optado por abrazar tus armas después de cruzar los Alpes».

El cartaginés reprimió sus lágrimas y atenuó su desgracia sobrellevándola con firmeza; con la boca cerrada murmuraba consigo mismo que, llegado el momento, ofrecería a los manes de su hermano ofrendas dignas de su persona. Colocó luego sus campamentos un poco más lejos y, disimulando las adversidades con tranquilidad, declinó un enfrentamiento de incierto resultado[95].

[95] Como veremos en el libro siguiente, Aníbal partirá para el Brucio, eludiendo cualquier enfrentamiento con los romanos.

Libro XVI

La tierra del Brucio acogió a Aníbal, entristecido por el infortunio de su patria y el suyo propio. Allí, pertrechado en su parapeto, forjaba su plan de reanudar la guerra, suspendida de momento, lo mismo que el toro que, arrojado de su establo y privado de su dominio sobre el rebaño, se oculta en el bosque y, allí retirado, maquina un enfrentamiento al amparo de la floresta. Con sus feroces mugidos llega a atemorizar los bosques, a la carrera se precipita por entre los escarpados peñascos; rabioso derriba árboles y golpea rocas con sus furiosos cuernos. Todos los pastores tiemblan al verlo desde un elevado pedregal, prepa- 10
rándose para nuevas embestidas.

Y, con su energía, habría podido asolar el Lacio si le hubieran acompañado otros apoyos necesarios para la guerra, pero la depravada envidia de los suyos lo agraviaba, pues, al negársele los refuerzos, le obligaban a frenar su ímpetu, a permanecer inactivo y a embotarse en aquella situación estancada[1]. No obstante, el respeto que se había ganado con su brazo y el terror que había causado en otro tiempo con tantas muertes mantenían a salvo su cabeza, como si fuese sagrada e invulnerable a los proyectiles. En lugar de cualquier arma, guarniciones de campamentos y soldados de refresco, bastaba sólo el nombre de Aníbal.

[1] Para este pasaje, cfr. Livio, *AVC* 28.12.1 ss.

Todas aquellas tropas de lenguas dispares, todos aquellos guerreros cuyas bárbaras costumbres los hacía diferentes, permanecían firmes, y, ante la gravedad de la situación, el respeto a su general mantenía la lealtad de sus corazones.

Pero no sólo en Ausonia se mostraba venturoso Marte con los dardánidas. Ya había abandonado el fenicio el país de Iberia, había sido por fin expulsado de sus auríferos campos; ya Magón[2], desposeído de su campamento y atormentado por el miedo, cruzaba a toda vela el azul del mar en dirección a Libia.

Y he aquí que la Fortuna, no contenta con un único favor, alimentaba otra gloriosa hazaña para el general[3]. En efecto, Hannón se presentaba a toda prisa, al frente de unas tropas bárbaras de resonantes cetras: demasiado tarde arrastraba consigo a los indígenas iberos. No habría faltado táctica o astucia militar, ni tampoco valor, si no hubiera tenido que enfrentarse a Escipión. El capitán ausonio eclipsaba todas estas virtudes con una fuerza superior, lo mismo que sobrepasa Febe a las estrellas, y a Febe la luz de su hermano[4], lo mismo que Atlas supera a las demás montañas, el Nilo a los ríos, lo mismo que el padre Océano a las azuladas corrientes de Neptuno.

Mientras Hannón fortificaba su campamento (pues la tarde había comenzado a infundir desde el oscuro Olimpo una sombra nada favorable que le llenaba de zozobra), el general latino lanzó un ataque. Ante el repentino tropel, la empalizada, comenzada pero aún sin rematar en su parte más alta, queda por todas partes derruida. El peso de la hierba cubrió a los que cayeron, el césped les sirvió de honra fúnebre.

Apenas un solo hombre mostró una determinación digna de ser transmitida a la posteridad y que merezca obtener la recompensa de la fama. Incluso privado de sus armas, el cántabro Laro podía hacerse temer por la estatura y corpulencia de sus miembros. A la manera de su gente, entraba en feroz combate con el hacha en su diestra. Y, aunque en torno a él veía que los ejérci-

[2] El hermano de Aníbal.

[3] Escipión.

[4] Una comparación similar en Ovidio, *Met.* II, 722. Sobre Febe, cfr. XV, 563.

tos se habían visto forzados a huir y dispersarse, que la tropa de guerreros de su tribu había sido exterminada, él llenaba por sí solo el espacio de los muertos. Si el enemigo lo abordaba de cerca, le agradaba saciar su ira golpeándole en la frente; si le atacaban por la izquierda, giraba su arma golpeando del revés. Pero, cuando un rival fiero y convencido de su victoria le venía por la espalda, sin inmutarse por nada, era capaz de lanzar su hacha por detrás; desde cualquier parte que lo acometieran, se mostraba él como un temible guerrero. Contra él Escipión[5], hermano del invencible general, arrojó con todas sus fuerzas su lanza, que destrozó la empenachada cabellera de su morrión: en efecto, apuntó su arma demasiado alto, y, al chocar con la segur levantada, salió despedida a lo lejos. Laro, por su parte, acrecentó su cólera ante aquel enorme proyectil y, acometiendo a grandes gritos, disparó su hacha de bárbaro. Se estremecieron ambos frentes, el centro del escudo retumbó por los aires cuando el arma golpeó con todo su peso. Pero no quedó impune, pues la espada de Escipión le amputó la diestra cuando retrocedía después de propinar el golpe, y allí quedó, muerto junto a su arma favorita. Cuando el bastión de estos desdichados sucumbió, la estampida de los ejércitos fue general, salieron todos en desbandada por los campos. Aquello ya no parecía una batalla, sino la macabra imagen de una ejecución: de un lado, los verdugos; del otro, los condenados. En medio de ellos, Hannón era llevado con las manos atadas a la espalda, mientras suplicaba clemencia (¡ah, dulce luz del cielo!); cautivo y encadenado, suplicaba clemencia. El jefe latino le contestó: «¡Éstos son los que reclaman tan alto poder, ante quienes han de ceder la toga y la raza sagrada del belicoso Quirino! Si sois tan proclives a la servidumbre, ¿por qué reanudasteis la guerra?».

Entre tanto, un explorador a caballo trajo la noticia de que Asdrúbal[6], sin sospechar la derrota, apuraba su marcha para unir sus armas. El general[7] arrancó las enseñas para ir en su busca y, en cuanto pudo ver con júbilo que faltaba poco para la ansiada

[5] L. Cornelio Escipión, cónsul en el 190 a.C.
[6] Hijo de Gisgón.
[7] Escipión.

batalla y que las tropas enemigas se aproximaban a marchas forzadas hacia su muerte, mirando al cielo dijo: «Ya no os pido nada más para hoy, dioses. Habéis arrastrado a la lucha a quienes huyeron; ya es suficiente. En nuestras manos está el resto de nuestros votos, soldados. Adelante, avanzad, os lo ruego. Aquí nos llama mi padre, allá, mi tío; ambos furiosos. ¡Oh, mis dos divinidades de la guerra, guiadme, asistidme, que yo os seguiré! Si mi presentimiento no me engaña, vais a presenciar ya mismo una matanza digna de vuestro nombre. ¿Cuándo se pondrá fin a la guerra en las llanuras de Iberia? ¿Nunca habrá de lucir en este mundo, Cartago, el día en que te vea temblar por el estruendo de mis armas y la inminencia de mi ataque?».

Así habló, y el ronco sonido de las trompetas estalló con sus estridentes acordes. Las estrellas retumbaron con los terribles gritos de guerra. Entraron en combate: todo cuanto arrastra la violencia del mar, o el Noto, el Bóreas y el inexorable Austro cuando sumergen bajo sus henchidas aguas flotas repletas de guerreros, o Sirio[8] cuando enciende sus mortíferos fuegos y abrasa con su tremendo calor el universo sofocado, lo siegan con la espada los combates y las atroces disputas de los hombres. Ninguna hendidura de la tierra podría compararse a los perjuicios que originan las guerras, jamás la horrible rabia de las bestias salvajes en sus inhóspitas guaridas podría causar tantos estragos. Llanuras y valles están ya bañados en sangre, las armas quedan embotadas. Yacen los libios y los iberos tan entregados a Marte. Sin embargo, mantiene su posición un único destacamento, extenuado y con sus armas maltrechas, batiéndose donde Asdrúbal agitaba su lanza. Y aquel día no habría puesto fin al combate y a tan fogosas muestras de valor, si una flecha no hubiera traspasado la coraza del cartaginés, si no hubiera alcanzado la parte alta de su cuerpo con una herida superficial que lo hizo huir. Montado en su veloz caballo, abandonó la lucha en busca de un escondrijo y, en medio de las sombras de la noche, bordeó la costa en dirección al puerto de Tartesos.

[8] Estrella de la Canícula, que traía consigo calores excesivos e incluso epidemias. Cfr. I, 256.

Tanto por su ardor guerrero como por su valor en combate, el rey de los nómadas se había mostrado muy semejante al jefe Asdrúbal: era Masinisa, nombre que llegaría a ser ilustre tras su larga alianza y su afecto hacia los Enéadas. Agotado, gozaba del sueño al que invitaban la penosa huida y la negra noche, cuando, de pronto, una lengua de fuego comenzó a brillar en lo alto de su refulgente cabeza[9]; la llama parecía envolver apaciblemente sus ensortijados cabellos y esparcirse por su erizada frente. Acuden los sirvientes y se apresuran a apagar con agua fría el fuego que serpentea en torno a sus sienes. Su longeva madre reconoce esta señal de los dioses y dice: «¡Que así sea, dioses que habitáis el cielo! ¡Eso es, sednos propicios y confirmad este portento vuestro! Que esta luz siga brillando en su cabeza por muchos siglos. En cuanto a ti, hijo mío, no tengas miedo a este prodigio tan favorable de los dioses, no temas estas llamas sagradas alrededor de tus sienes: este fuego te está ofreciendo la alianza con la raza dardania, te ha de conceder un reino aún mayor que el reino de tus padres y ha de añadir tu nombre a los fastos del Lacio». Así lo presagió, y el ánimo del joven se conmovió ante tan distinguida señal. Además, junto a los cartagineses su valor no recibía recompensa alguna, y el propio Aníbal se mostraba cada vez menos ambicioso en la lucha.

La Aurora disipaba las nubes del lúgubre cielo y apenas había teñido de rojo el rostro de las hermanas Atlántides[10], cuando Masinisa se dirigió al campamento, entonces enemigo, de los ausonios. Después que se introdujo en la empalizada y el general latino lo recibió con semblante benévolo, el rey comenzó a hablar de esta manera: «Una advertencia de los dioses celestiales que mi venerada madre interpretó, además de tu valor, oh, jefe de los rútulos, tan grato a los dioses, me arrancaron de los

[9] El motivo del fuego que abrasa de manera inofensiva la cabeza de un joven es recurrente en varios autores clásicos como Virgilio (*Eneida* II, 680 ss.) o Livio (*AVC* 1.39.1 ss.). Su función es la de presagiar la grandeza del joven en cuestión: Ascanio en la *Eneida*, Servio Tulio en el pasaje de Livio, Masinisa en Silio.

[10] Las Pléyades, hijas de Atlas y Pléyone. Eran siete hermanas que, al divinizarse, se convirtieron en las siete estrellas de la constelación homónima.

tirios y me guiaron libremente hasta aquí. Si me has visto muchas veces resistir con coraje tus rayos, digna de ti, hijo de Tonante[11], ha de ser sin duda la diestra que te ofrezco. Y no me han empujado la vana ligereza de una mente insegura o un corazón mudable, ni persigo yo la esperanza y la recompensa de un Marte favorable: huyo de la perfidia y de un pueblo desleal por naturaleza. Y tú, puesto que has concluido la batalla en los confines de Hércules[12], afronta ahora conmigo ésta que es la madre misma de la guerra. Y a quien, desde hace ya dos lustros, lleva oprimiendo el reino de Laurento y arrimando sus escalas a las murallas de Roma, a ése tú lo has de arrastrar a hierro y fuego hasta Libia».

Así habló el caudillo de los nómadas. Estrechó luego Escipión mano con mano y contestó: «Si noble te parece nuestra raza en combate, más noble es en mantener la palabra dada. Reniega de esos falaces aliados[13]. Grandes, Masinisa, son las recompensas que aquí te aguardan por tu notable valor, y antes se verá superado Escipión en las armas que en su afán de gratitud. En cuanto al fuego que me aconsejas llevar hasta Libia, el tiempo lo dirá, no es una cuestión que no haya yo considerado: Cartago no deja de dominar mi mente». Ofreció luego regalos al joven rey: una extraordinaria clámide de tela bordada, un corcel cubierto de púrpura que él mismo capturó, victorioso, después de apear a Magón, y cuyo brío ya había probado; además, la pátera de oro con la que Asdrúbal hacía las libaciones junto a los altares de los dioses, y un casco con su penacho. Una vez firmado el pacto de alianza con el rey, ya meditaba destruir las ciudadelas de Cartago.

Había en el país de los masilios un rey riquísimo y en absoluto carente de valor, Sífax[14]. Un sinfín de pueblos venía desde

[11] Cfr. nota a XIII, 637 ss.

[12] Hasta Gibraltar y, en sentido general, hasta Hispania.

[13] Silio acentúa una y otra vez la idea que jalona todo el poema: la perfidia de los cartagineses.

[14] Sífax era en realidad rey de los masesulios, pueblo que ocupaba la parte occidental de Numidia, sobre la actual Argelia. Los masilios se encontraban más al este.

las más remotas costas de Tetis[15] a pedirle leyes. Poseía muchas tierras, caballos y las bestias que son el terror de las guerras[16], así como un ejército de soldados selectos. Y no había nadie que tuviera mayor cantidad de marfil o de oro macizo, o que tiñera más vellones en las cubas gétulas[17]. Deseoso de anexionarse estas riquezas, y sopesando el riesgo de que el rey pasara al bando de los cartagineses, Escipión ordena hacerse a la vela a través de alta mar y en su mente ya se ve combatiendo en África. No obstante, cuando hubieron arribado y las naves alcanzaron el 180
puerto, Asdrúbal[18], que en barco huía despavorido a lo largo de la costa cercana, acudió en busca de nuevas alianzas ante su desesperada situación, con la intención de ganar las enseñas masilias a la causa tiria.

Nada más oír que habían llegado a sus dominios los generales de dos pueblos que se afanaban con todas sus fuerzas en disputarse por las armas la hegemonía del mundo, Sífax ordenó con aire altanero que fuesen bien acogidos en palacio y se enorgulleció de tamaño respeto a su poder. Luego, volviendo alegre la mirada hacia los rostros que tenía delante, se dirigió en primer lugar al joven guerrero del Lacio[19] y le habló de esta manera[20]: 190
«¡Con qué gustoso ánimo te doy la bienvenida, insigne gloria de los dardánidas, qué alegría siento al verte! ¡Con qué gozo vuelve a mi memoria el rostro de Escipión! Tus rasgos me evocan a tu padre. Recuerdo cuando llegué a la hercúlea Cádiz, junto a las costas de Eritia[21], atraído por el Océano y sus espectaculares mareas: junto a las cercanas aguas del Betis pude ver, con cierta extraña emoción, a aquellos dos grandiosos generales. Fue entonces cuando estos dos guerreros me ofrecieron regalos escogi-

---

[15] Esposa del Océano y, a veces, el Océano mismo. Cfr. nota a III, 60.

[16] Elefantes.

[17] Getulia se hallaba al noroeste de África y era célebre por su púrpura teñida. Cfr. II, 64.

[18] Se trata de Asdrúbal, hijo de Gisgón.

[19] Cfr. Virgilio, *Eneida* VIII, 154 ss.

[20] Silio falsea la realidad histórica con tal de seguir el discurso de bienvenida de Evandro a Eneas que le sirve de modelo.

[21] Isla próxima a las costas de España en la que habitó Gerión. Sobre el fenómeno de las mareas, cfr. III, 46.

dos de entre su botín: armas, frenos para los caballos (algo hasta entonces desconocido por mis dominios) y arcos que en nada superan a nuestras jabalinas; nos concedieron también soldados veteranos como maestros para que instruyeran, según vuestras costumbres, a nuestras tropas dispersas y sin orden en los combates de Marte. Y, cuando, a cambio, yo les brindaba aquello que abunda en nuestro reino, ofrendas de oro y marfil blanco como nieve, mis ofrecimientos no tuvieron ningún resultado: cada uno de ellos aceptó solamente una espada encerrada en una funda de marfil cincelado. Ea, pues, entra en buena hora en mis penates. Y, puesto que el azar me trae a un caudillo libio a través del mar, escucha bien lo que te voy a contar. En cuanto a vosotros, que gobernáis las ciudadelas de la tiria Cartago y tú, Asdrúbal, os ruego que volváis hasta aquí vuestros oídos y sentidos:

»La enorme tempestad de ardientes armas que se cierne sobre los pueblos ausonios y amenaza con destruir el Lacio, así como los diez años que, unas veces la cruel tierra de Sicilia, otras las costas de Iberia, han bebido sangre tiria, ¿quién puede ignorarlos? ¿Por qué no cesa de una vez esta funesta guerra? ¿Por qué no acordáis deponer las armas? Mantente tú en Libia y tú en Ausonia. Si estáis decididos a llegar a un acuerdo, no será Sífax un mal pacificador y mediador». Y, sin dejarle que siga hablando, Escipión alega la costumbre de su pueblo y el poder soberano del Senado, le exhorta a que pierda la esperanza en un empeño inútil y le indica que sólo a los Padres concernía aquella cuestión. Aquí se pone fin a las deliberaciones y el resto del día lo dedican a comer y beber. Terminado el banquete, entregan sus cuerpos al sueño y en medio de la noche se liberan de las fatigosas preocupaciones que los constreñían.

La Aurora salía ya de su umbral trayendo a la tierra un nuevo día. Desde sus establos los caballos del sol se sometían al yugo y el propio astro aún no había subido a su carro, sino que el mar estaba rojo por las llamas a punto de romper, cuando Escipión salió de su lecho y con semblante sereno se dirigió al palacio del rey masilio. Éste, según costumbre arraigada en su patria, criaba cachorros de león y con sus cuidados domaba su rabia y su fiereza. Se hallaba a la sazón acariciando sus rubios cuellos y sus melenas y, jugando con ellos, manoseaba sin miedo sus feroces

hocicos. Cuando le fue anunciada la presencia del jefe dardanio, se puso su clámide y, en su mano izquierda, empuñó el ilustre distintivo de su inveterado reino; con una venda blanca ciñó sus sienes y sujetó convenientemente la espada a su costado. Acto seguido, le invitó a pasar, y ambos, el rey con su cetro y el huésped, se sentaron con idénticos honores en una estancia apartada. El pacificador de la tierra ibérica tomó entonces la palabra en primer lugar: «Después de subrayar a los pueblos de los Pirineos, mi primera y principal preocupación fue venir cuanto antes a tu reino, oh, Sífax, venerable soberano, y no me lo impidió ni el violento mar que nos separa. No te pedimos nada molesto ni deshonroso a tu regio poder: une tu corazón a los latinos y comparte como aliado sus éxitos. Ni las tribus masilias, ni tu territorio que se extiende hasta las Sirtes, ni el poder que has heredado sobre estas vastas llanuras te acarrearán mayor celebridad que el valor del pueblo de Rómulo, unido a ti por su palabra inquebrantable, y el honor del pueblo de Laurento. ¿Qué más puedo decir? Bien es cierto que ninguno de los moradores del cielo se muestra ecuánime con quien ofende a los ejércitos dardanios».

Con semblante alegre escuchaba el masilio y asentía. Abrazando a Escipión, le dijo: «Ratifiquemos estos prósperos augurios y que no falten los dioses en nuestros comunes deseos; invoquemos al Júpiter cornígero y al Tarpeyo»[22].

Y, al instante, se erigió un altar coronado de césped y la víctima permanecía bajo el hacha ansiosa de asestar el golpe, cuando, de repente, rompió sus ataduras y salió corriendo del altar[23]; con sus mugidos llenó todo el agitado palacio y, redoblando sus jadeos con roncos bramidos, sembró el pánico entre la alarmada corte. La venda del rey, adorno de sus antepasados, cayó de su frente sin ser tocada, mostrando sus sienes. Tales eran los funestos signos que los moradores del cielo enviaban a un reino

[22] Esto es, a Amón y a Júpiter, como más altas deidades, respectivamente, de africanos y romanos. Amón era identificado con Júpiter (cfr. III, 667).

[23] Este hecho era considerado un mal presagio (cfr. V, 63), lo mismo que la venda que cae durante el sacrificio. Estacio (*Tebaida* XI, 226 ss.) alude a estas dos mismas señales como prodigio aciago.

a punto de derrumbarse, era evidente el enojoso presagio de un destino inexorable. Habrá de llegar el momento en que este mismo rey, deshecho por la guerra y suplantado de su trono, será conducido hasta el templo del Tonante por quien entonces rogaba y suplicaba un tratado de alianza[24].

Después de esto, Escipión se dirige de nuevo al puerto, ofrece sus naves al viento favorable y regresa a un territorio que le resultaba conocido[25].

Ansiosas acuden las naciones a su encuentro, los Pirineos sometidos envían sus muchos pueblos. En todos la misma idea:
280 unánimemente lo llaman rey y lo saludan como su rey. Éste era, en efecto, la mayor recompensa al valor que conocían. Pero, después que Escipión rechazó con apacible semblante este ofrecimiento por ser inadecuado a un ausonio, explicándoles la costumbre de su patria e indicándoles que en Roma no se aprueba la denominación de rey, pudo enfrascarse en el único asunto que le inquietaba[26], ahora que no le quedaba enemigo alguno. Congregó a los latinos y a los pueblos del Betis y el Tajo y, en mitad de esta reunión, les habló así: «Puesto que la voluntad de los moradores del cielo se inclina en nuestro favor para que los libios, expulsa-
290 dos de este extremo del mundo, sucumban en estas llanuras o bien tengan que abandonar el Occidente y recorrer las arenas de su patria como si fuesen exiliados[27], es mi intención en este momento honrar las tumbas de los míos aquí, en vuestro país, y dar a sus sombras la paz que me reclaman. Compartid y favoreced mis pro-

[24] Esto es, por Escipión. Tras la batalla de Zama, Sífax habrá de marchar como prisionero en el cortejo triunfal del Africano (cfr. XVII, 628 ss.).

[25] La península Ibérica.

[26] La celebración de unos juegos fúnebres para honrar la memoria de su padre y de su tío, muertos en Hispania. La narración de estos juegos ocupará más de 300 versos, en los que se dará cabida a varias pruebas: la carrera de carros, la carrera a pie, los duelos a espada y el lanzamiento de jabalina. Si bien Livio recoge la celebración de estos juegos, Silio aprovecha este episodio para adornarlo de todo el colorido y la estética conveniente a un poema épico, tal y como hicieran Homero en el canto XXIII de la *Ilíada* o Virgilio en el libro V de la *Eneida*.

[27] Es decir, que se vieran obligados a abandonar el territorio que habían conquistado y que ya sentían como su patria.

pósitos, prestadme vuestra atención. Cuando el curso del sol en el cielo se renueve por séptima vez, aquellos que sobresalen con las armas y la espada, aquellos que despuntan en el arte de guiar las cuadrigas, aquellos que aspiran vencer a la carrera, y quienes disfrutan rasgando el viento con sus jabalinas, que se presenten y compitan por la gloria de la corona de vencedor. Dignas recompensas ofreceré, excelentes despojos capturados como botín a los tirios; nadie se marchará sin un obsequio por mi parte». De este modo enardece a todo el vulgo, con regalos y sed de gloria.

Ya había llegado el día fijado, el campo resonaba con una innumerable multitud y el general, con lágrimas en los ojos, presidía el simulado[28] cortejo fúnebre según el ritual. Cada ibero, cada soldado que sirve a las órdenes del Lacio, entrega sus presentes para depositarlos sobre las ardientes piras. El propio Escipión, sosteniendo bien leche o bien copas rebosantes del sagrado Lieo, esparce aromáticas flores por los altares. Invoca luego a sus manes, llorando canta las glorias de ambos héroes y ensalza las gestas de los difuntos.

Regresa después al circo y ordena que comience la primera prueba, que dispone que sea la veloz carrera de caballos. Aún no estaban abiertos los cajones y, con el mismo estruendo y la misma furia de las olas del mar, se agita la muchedumbre de impacientes seguidores; tienen los ojos clavados en las puertas y en la línea de salida de los caballos.

Y, cuando, dada la señal, los cerrojos resonaron y, de entre todos los cascos, apenas se distinguió la primera pezuña, al cielo se elevó un clamor como un violento torbellino. Inclinados hacia adelante como los propios aurigas, todos siguen con la mirada su carro favorito y, a grandes voces, gritan a los caballos que volaban. Retumba el circo con la rivalidad entre los seguidores, el acaloramiento hace perder el juicio a todos. Con sus consignas apremian a los caballos, con sus clamores los gobiernan. Desde la arena de la pista[29] se levanta por los aires una polvareda ama-

[28] Simulado porque los difuntos no estaban presentes.

[29] Damsté opina que los vv. 325-327 deben colocarse después del 332; por su parte, Delz incluye también el v. 324. Nosotros seguimos la lectura de los manuscritos.

rillenta que cubre de una espesa niebla el camino de los corceles y la labor de los aurigas. Enloquece uno alentando a su brioso caballo, otro al jinete, unos animan a los de su misma patria, a otros apasiona el distinguido nombre de una cuadra de solera. A algunos embarga la agradable promesa del animal que soporta por primera vez el yugo en su cuello, otros prefieren la vigorosa vejez de un corcel durante mucho tiempo célebre.

Vuela en cabeza el galaico *Lampón*[30], con su veloz carro huye por los aires: recorre al galope una distancia enorme y deja atrás a los vientos. Gritan y rugen entre aplausos y creen que con una salida tan fulminante se ha cumplido gran parte de sus expectativas. Pero aquellos que reflexionan con mayor tino y poseen un conocimiento más profundo del circo reprueban este derroche de fuerzas al principio de la carrera y, de lejos, increpan con inútiles quejas al que castiga a sus animales con un esfuerzo desproporcionado: «¿Adónde vas tan rápido, Cirno, adónde?» (pues era Cirno el auriga). «Suelta el látigo y sujeta con aplomo las riendas.» Pero ¡ah, hace oídos sordos! Avanza confiado en sus caballos y no tiene en cuenta el terreno que aún le queda por cubrir.

Inmediatamente después, a sólo un carro de distancia con respecto al primero pero muy cerca de él, corría el astur *Pancates*: su blanca frente brillaba, algo que distingue a su raza, lo mismo que las patas, también blancas[31]. De gran fogosidad, sus cuartos no eran largos y su cuerpo tenía poca presencia, pero en aquel momento su brío le daba alas y avanzaba por el campo sin aguantar las riendas. Podría pensarse que crecía en alzada y que sus miembros aumentaban de tamaño. Su guía, Hibero, brillaba radiante con su capa de escarlata cinifia[32].

---

[30] En la carrera toman parte cuatro cuadrigas tiradas cada una por cuatro caballos. De cada tiro, Silio nombra solamente a uno de los animales: el situado a la izquierda, es decir, el más importante a la hora de tomar la curva de la meta. De este modo, Cirno guía a *Lampón*, Hibero a *Pancates*, Durio a *Peloro* y Atlas a *Cáucaso*.

[31] Se trataría del tipo de caballo que se denomina *cuatralbo*. Los caballos de origen asturiano *(asturcones)* eran muy reputados entre los antiguos.

[32] Propiamente, *coccum* designa a la cochinilla, insecto del que se extrae la grana. El Cínips es un río del norte de África, situado entre ambas Sirtes (cfr. II, 60). Aquí, de forma general, se alude a toda África.

En tercer lugar, al mismo nivel que *Peloro*, corría *Cáucaso*. Era éste un caballo repropio que no gustaba del agradable sonido de las palmadas en su cerviz y disfrutaba mordiendo el hierro metido en su boca hasta arrojar sangre y espuma. *Peloro*, en cambio, era dócil al freno y más presto a obedecer; nunca se desviaba ni hacía que su carro se bamboleara, sino que, por el interior, por la parte izquierda de la pista, rozaba la meta[33]. Se le reconocía por su enorme cerviz y por la abundante melena que jugueteaba en su cuello. Algo sorprendente de decir, no tenía padre: su madre *Harpe* lo concibió del primaveral soplo del Céfiro[34] y lo crió en las llanuras vetonas. El noble Durio azuzaba este carro sobre la pista, en tanto que *Cáucaso* estaba encomendado al viejo auriga Atlas. Provenía este animal de la etolia Tide, fundada por el errante Diomedes[35]. Se le consideraba descendiente de la raza troyana de caballos que el Tidida vencedor sobre Eneas arrebatara con una audacia memorable junto a las aguas del Símois[36].

Y ya habían cubierto casi la mitad del recorrido y aligeraban su marcha; el brioso *Pancates*, en su intento por alcanzar al tiro que iba en cabeza, parecía elevarse en alzada y montarse una y otra vez en el carro que tenía delante. Doblando los cascos, con la punta de las pezuñas golpeaba y tropezaba con el carro galaico. Atlas iba el último, pero no menos raudo que el otro que marchaba a la cola, Durio. Podría pensarse que, por mutuo acuerdo, corrían cabeza con cabeza, como si formaran parte del mismo tiro.

Cuando Hibero, que iba en segundo lugar, se percató de que los corceles galaicos de Cirno perdían fuerza, que el carro que iba en cabeza no saltaba como antes y que había que forzar una y

[33] Los caballos situados a la izquierda del tiro se ajustaban lo máximo posible a las *metae* para tomar la curva. La *meta* era el límite que marcaba los dos extremos de la *spina*.

[34] Sobre esta misma creencia, cfr. III, 378 ss., donde también se alude al país de los vetones. Esta leyenda ayudaba a resaltar la velocidad de los caballos.

[35] Cfr. nota a III, 367.

[36] Bothe, al que sigue Duff, coloca aquí los vv. 378-380. Nosotros hemos desestimado tal opción.

otra vez a los humeantes caballos fustigándolos con violencia, como una súbita tormenta se lanza desde lo alto de un monte se inclinó él de pronto sobre el cuello de sus corceles y, colgado de sus prominentes cabezas, estimulaba a *Pancates*, furioso por tirar de las riendas en segundo lugar, y, al tiempo que le azotaba, le decía: «Astur, ¿acaso compitiendo tú va a haber otro que te gane terreno y se lleve la palma? Muévete, vuela, deslízate veloz por la llanura con tus alas como tú sabes. Ya desfallece *Lampón*, extenuado y con el pecho jadeante; ya le falta el aliento para llevarlo hasta la meta». Al decirle esto, el corcel se irguió como si enfilara la pista justo al salir de su cajón. Dejó atrás a Cirno, que intentaba cerrarle el paso curvándose hacia él o al menos colocarse a su altura. Ruge el cielo y ruge el circo sacudido por el enorme bullicio de los espectadores. Avanzaba el victorioso *Pancates* erguido a través del aire, llevando muy elevada su triunfante cerviz y arrastrando tras él a sus compañeros de tiro.

En último lugar, Atlas y Durio se valen de artimañas moviéndose en círculo: ora el uno intenta tomar ventaja por la izquierda, ora el otro lo persigue y trata de adelantarlo por la derecha; y cada cual trata en vano de burlar al otro hasta que Durio, confiado en el vigor de su juventud, vuelve las riendas e, inclinado hacia delante, tuerce su carro, cerrando el paso y volcando el de Atlas. Éste, aunque debilitado por su edad, protestaba con razón: «¿Adónde vas? ¿Qué manera tan loca de competir es ésta? ¿Pretendes que nos matemos todos, nosotros y los caballos?». Y, al tiempo que le lanza tales reproches, se tira de cabeza desde su carro destrozado y, con él, lamentable espectáculo, caen sus desuncidos corceles por el suelo. Con la pista libre y sabiéndose ganador, *Peloro* tira de las bridas de sus compañeros y sale disparado en mitad de la arena, dejando atrás a Atlas, que intentaba incorporarse. Y no tardó mucho en alcanzar al extenuado carruaje de Cirno: con su carro ligero sobrepasó a toda velocidad a quien avanzaba ya lentamente y había aprendido demasiado tarde a dominar sus caballos. Los clamores y las voces de aliento empujaban su carro; el corcel pegaba ya su hocico sobre la espalda y los hombros del tembloroso Hibero; en su dorso sentía el auriga cómo le hostigaban el vapor de su aliento y el calor de sus espumarajos. Durio se precipitó sobre el llano y, con su fusta, impri-

mió velocidad a los caballos, y no era en vano: parece que se iguala, no, ya se ha igualado por la derecha al carro que le precedía. Abrumado por tamaña esperanza, dice: «Ahora, *Peloro*, ahora es momento de demostrar que Céfiro es tu padre. Que aprendan los que toman su origen de animales cuánto más distinguido es proceder de una semilla divina. Cuando obtengas la victoria harás ofrendas a tu padre y erigirás altares en su honor». Y, si no le hubieran traicionado su excesivo éxito y su alegría mezclada de pánico cuando se le escapó la fusta mientras hablaba, tal vez habría consagrado a Céfiro los altares que había prometido. Pero, desdichado, como si una corona hubiese caído de la cabeza del vencedor, volvió su cólera contra sí mismo, se rasgó las doradas vestiduras que cubrían su pecho y esparció lágrimas y lamentos a las estrellas. Al apartar el látigo, su tiro ya no obedecía, y fustigar la grupa con las riendas era un estímulo inútil.

Entre tanto *Pancates* avanzaba hacia la meta, seguro ya de su victoria, y, con la cabeza erguida, reclamaba el primer premio. Una suave brisa mecía sus crines, que le caían por el cuello y los hombros, al tiempo que alzaba con paso altanero sus ágiles patas y obtenía el triunfo en medio de un gran bullicio.

Todos los participantes reciben el mismo regalo: un hacha cincelada de plata maciza, pero el resto de premios difiere según la posición que cada uno alcanza. El primero se lleva un caballo volador, obsequio muy valioso del rey masilio[37]. El segundo en mérito obtiene dos copas recubiertas de oro del Tajo, procedentes del enorme botín arrebatado a los tirios. La velluda piel de un fiero león y un casco sidonio con su erizado penacho es la recompensa para el tercero. Finalmente, el general mandó llamar a Atlas, el anciano que permanecía en su carruaje aunque estaba hecho pedazos. Compadeciéndose de su edad y su mala fortuna, le ofreció regalos: le entregó un sirviente en la flor de la edad, además de un gorro de cuero propio del país.

Acto seguido, el general invitó a los que habrían de participar en la carrera a pie, una prueba de gran aceptación, y, para

[37] Seguramente se trata de Sífax, en realidad rey de los masesulios (cfr. v. 170), y no de Masinisa, rey masilio.

enardecer sus corazones, les expuso los regalos: «El primero
460 recibirá este casco con el que Asdrúbal atemorizaba a los ejércitos iberos. Esta espada será para el que acabe segundo en la carrera: mi padre se la arrebató al cadáver de Hiempsas. Tú, el tercero, habrás de conformarte como último premio con un toro. En cuanto a los demás, todo aquel que compita con arrojo se marchará satisfecho con dos jabalinas forjadas con el metal del país».

Dos jóvenes brillantes, Tartesos y Héspero[38], acudieron al mismo tiempo en medio de los gritos de favor de los espectadores. Provenían de Cádiz, su célebre patria de origen tirio. Inmediatamente después aparece Bético, al que el primer bozo cubría
470 por entonces las mejillas. Córdoba había dado tal nombre al joven a partir del río, y, aun antes de empezar la prueba, ya albergaba un futuro halagüeño. Colmando de bullicio todas las gradas, viene luego Éurito con su rojiza cabellera; su cuerpo, en cambio, tenía el resplandor de la nieve. Játiva lo había visto nacer y lo había criado en su excelsa colina; allí estaban sus padres, estremecidos de amor hacia su hijo. Venían luego Lamo y Sícoris, vástagos de la belicosa Lérida, y Terón, que bebía del río que lleva por nombre Leteo[39] y que, al fluir, roza las orillas con sus aguas que hacen olvidar.

Con sus pies preparados, el pecho hacia adelante, sus cora-
480 zones latiendo agitados por la sed de gloria, escuchan la trompeta que anuncia la salida; salen disparados a través del aire, más veloces que las flechas lanzadas por la cuerda de un arco. Divergen las inclinaciones y los clamores de los asistentes. Se ponen de puntillas para animarlos y, según los gustos de cada uno, los jalean por su nombre casi sin aliento. El insigne grupo avanza

[38] Demuestra Silio un profundo conocimiento de la toponimia hispánica, tanto en la alusión a ciudades y pueblos como en los nombres que da a los participantes: Tartesos y Héspero («el poblador de Occidente») provienen de Cádiz, antigua colonia fenicia; Bético de Córdoba, la ciudad bañada por el Guadalquivir (antiguo Betis); *Sícoris* (nombre latino del Segre) de Lérida; etcétera.

[39] Como hiciera en I, 236, Silio identifica el río Leteo (hoy el *Miño*) con el legendario río del Olvido.

por la pista sin dejar rastro alguno en la arena que recorre. Todos ellos jóvenes y hermosos con su dorada tez, todos ligeros al marchar, todos merecedores de la victoria.

Al llegar a la mitad del recorrido se destaca Éurito en primer lugar: aunque por poco espacio, marchaba en primer lugar y dirigía la carrera. Le seguía a la misma velocidad el esforzado Héspero, quien, con la punta de sus pies, tocaba las huellas que iban imprimiendo los talones del que le precedía. A uno le sobraba con marchar el primero, a otro con tener todavía opciones de alcanzar la primera posición. Por ello corren con mayor potencia y su fortaleza de espíritu lleva sus cuerpos en volandas. El propio esfuerzo acrecienta la hermosura de estos jóvenes.

En ese instante Terón, que corría con escaso empuje en último lugar del grupo, cuando creyó que había reunido las suficientes fuerzas, se incorpora y descarga con inesperado ímpetu todas las energías que no había gastado, se abre camino de pronto y sobrepasa al viento. Podría creerse que el mismo dios Cilenio[40] corre a través del aire con sus talares atados a los pies. Ante el asombro del público, deja atrás a unos y a otros, de modo que quien poco antes iba en último lugar se hallaba ahora en tercera posición y apremiaba a Héspero pisándole los talones. Y no sólo aquel al que persigue, sino también Éurito, el favorito para alzarse con la corona de la victoria, tiembla al verlo venir con tanta fuerza.

En cuarto lugar, aunque esforzándose en vano si los tres que le precedían mantenían su puesto, se encontraba Tartesos, que seguía a su hermano, y entre ambos estaba Terón. Sin poder resistirse más, el fogoso Terón se lanza por la pista y adelanta a Héspero que rebosaba de rabia. Sólo le resta un contrincante, y el estímulo de la meta cada vez más cercana enardece sus miembros exhaustos. Todas las fuerzas que a uno le otorga la fatiga, al otro el miedo que se cuela hasta las entrañas, ambos las concentran para un pequeño y último esfuerzo, en tanto que mantienen alguna esperanza. Igualan su paso y corren a la par. Y tal vez

[40] Mercurio. Cfr. nota a III, 168. Los talares son sandalias provistas de alas que, según los poetas, Mercurio llevaba en sus pies.

habrían merecido compartir el primer premio llegando juntos a la meta, si Héspero, que seguía la espalda de Terón, no lo hubiese agarrado por la cabellera que libremente le caía por su cuello blanco de leche para tirarlo al suelo en un salvaje arrebato de cólera. Alegre y triunfante, Éurito sobrepasa a su perjudicado rival, se lanza victorioso en busca del premio y consigue el ilustre galardón del reluciente casco. El resto de participantes recibió los obsequios prometidos: ciñeron sus intonsos cabellos con una corona verde y ambos blandieron sendas lanzas forjadas con acero del lugar.

Se pasa luego a una competición más peligrosa entre hombres: desenvainan entonces sus espadas para batirse cuerpo a cuerpo y se entabla un simulacro de feroz combate. Y quienes se enfrentaban por igual con la espada no lo hacían por culpa de un delito o por crímenes que atentasen contra la vida, sino por valentía y por una vehemente pasión de alcanzar la gloria: un espectáculo digno del belicoso pueblo descendiente de Marte[41], una muestra de sus habituales fatigas. En medio de todos ellos (¿a qué no se han atrevido aún los reyes?; ¿qué crimen queda por cometer a los soberanos?) dos gemelos con las armas en la mano[42] entablan un sacrílego duelo por el cetro, ante un circo lleno a rebosar y unos espectadores que abominan de esta locura. Era ésta una bárbara costumbre de aquella gente; ambos hermanos arriesgaban su vida para disputarse el trono de su padre recién muerto. Se enfrentaban con la misma saña con la que se oponen aquellos a los que mueve la locura del poder; y sucumbieron al mismo tiempo, llevándose al reino de las sombras sus corazones saciados con toda la sangre derramada. Con idéntica fuerza, las espadas se hunden en el fondo de sus pechos; a tan encarnizadas heridas había que unir las últimas palabras de ambos y funestos suspiros cargados de reproches

[41] Es decir, el pueblo romano.

[42] El episodio aparece recogido en Livio, que indica que eran primos (*AVC* 28.21.6 ss.), y también en Valerio Máximo (9.11. ext. 1), que sí señala que se trataba de dos hermanos. Silio incluye y desarrolla el relato por su evidente patetismo, que recuerda al duelo fratricida entre Eteocles y Polinices (cfr. Estacio, *Tebaida* XI, 524 ss.).

que se escapaban por el aire hostil. Ni siquiera sus manes dieron lugar al descanso, pues, cuando se dispuso una única hoguera para consumir los dos cadáveres, las sacrílegas llamas estallaron en sentido opuesto y sus cenizas se negaron a reposar juntas[43].

Los demás combatientes recibieron obsequios variados, a cada cual según su valor y su destreza. Algunos se llevaron novillos adiestrados para labrar la tierra surcándola con el arado, otros consiguieron de entre los cautivos maurusios jóvenes cazadores expertos en rastrear las guaridas de las fieras. Y obtuvieron, además, otras espléndidas recompensas: objetos de plata, vestidos pillados como botín, un corcel y un penacho sobre un reluciente casco, despojos arrebatados a los libios.

Finalmente, como último espectáculo en el circo, se disputaron la gloria en el lanzamiento de jabalina. Competían por rebasar la línea de meta Burno, de ilustre linaje, llegado de las metalíferas riberas en que el Tajo palidece enturbiado por sus arenas cargadas de oro; Glago, célebre por haber vencido con su brazo al viento; también el cazador Aconteo, cuya lanza jamás pudieron esquivar los ciervos en su atropellada huida; Indíbil[44], quien durante mucho tiempo disfrutó guerreando contra los latinos y ahora era su aliado; y, por último, Ilerdes, hombre habituado a cazar las aves que vuelan por las nubes con su jabalina pero también bravo guerrero.

El primer puesto fue para Burno, el cual clavó su pica en la meta. Como galardón se llevó una esclava experta en teñir de púrpura gétula[45] la blanca lana. El segundo premio recayó en el que arrojó su lanza cerca de la meta, Ilerdes, que se marchó feliz después que obtuvo un esclavo para el que resultaba un juego atrapar a la carrera algún gamo. Como tercer premio, Aconteo fue distinguido con una pareja de perros que no se arredraban al acosar con sus ladridos a un jabalí.

[43] Cfr. Estacio, *Tebaida* XII, 429 ss. y Lucano, *Fars.* I, 550 ss.

[44] Tal vez se trate del rey de los Ilergetes del que Livio nos cuenta que primero fue enemigo de los romanos y después su aliado (cfr. *AVC* 22.21.3; 28.34.3 ss.; etcétera).

[45] Cfr. v. 176.

Después que entre clamores y aplausos se celebraron tales *honores*, el hermano del general[46] y Lelio resplandeciente de púrpura pronuncian los ilustres nombres de los dos difuntos y, alegres, invocan sus manes al tiempo que arrojan sus lanzas. Les complacía ensalzar sus sagradas cenizas y añadir un nuevo honor a los juegos. El propio Escipión, cuyo semblante denotaba la alegría de su espíritu, premió estos corazones bondadosos con recompensas acordes a sus méritos: su hermano recibió una coraza de múltiples mallas de oro; Lelio, unos veloces caballos de tiro de raza astur. Se irguió luego y, con todas sus fuerzas, arrojó su lanza victoriosa, confirmando que ofrecía a las sombras semejante homenaje. La lanza, en pleno vuelo, asombroso de contar, se detuvo en mitad del llano, a la vista de todos, y quedó clavada en el suelo. Aparecieron de pronto hojas y altas ramas[47], una encina que, al mismo tiempo que nacía, proyectaba una enorme sombra. Los adivinos sabedores del porvenir exhortan al general a que acometa empresas más importantes: así lo indicaban los dioses, eso presagiaban con aquella señal.

Luego de este augurio, después de expulsar de las costas occidentales a todos los cartagineses y vengar a su patria y a su familia, Escipión retorna a Ausonia; la Fama se encarga de otorgarle el triunfo[48]. Ningún otro deseo apremiaba más ardientemente al Lacio que confiar a este joven el asunto de Libia y las supremas fasces. Pero la asamblea de ancianos no mostraba el mismo fervor ni era proclive a una guerra de incierto resultado; estaba en contra de una empresa temeraria y con su receloso temor les horrorizaba pensar en graves desastres.

Así pues, cuando el cónsul, orgulloso del cargo asumido, elevó hasta los Padres el debate y rogó que se le concediera la potestad para destruir Cartago, el venerable Fabio abrió su boca de anciano y, alzando la voz, habló de esta manera: «Yo, que

[46] L. Cornelio Escipión y C. Lelio, prefecto de la flota del futuro Escipión Africano.

[47] Cfr. un prodigio similar en Ovidio, *Met.* XV, 560 ss.

[48] Al no desempeñar una magistratura, Escipión no podía obtener el triunfo al volver a Italia, por mucho que su campaña militar hubiera sido un éxito.

estoy cargado de años y honores, no debería temer ciertamente que un cónsul, al que queda tanta gloria aún y tanto tiempo de vida, pensara que por envidia iba yo a desacreditar sus logros. La fama que lleva consigo mi nombre es suficientemente distinguida y mis acciones tan exitosas no precisan un nuevo elogio. Sin embargo, mientras viva, consideraré inmoral faltar a mi patria o atentar contra mis ideas callando. Es tu propósito llevar una nueva guerra contra territorio libio, ¿es que no tienes al enemigo en Ausonia? ¿No nos basta con vencer a Aníbal? ¿Qué gloria aún mayor pretendes en las costas eliseas? Si es el estímulo de la gloria el que nos mueve, aquí está la mies que tienes que segar. La Fortuna te ha aparejado un rival digno de ti para una empresa más cercana.

»Lo que la tierra itálica desea, lo que quiere de una vez es beber la sangre de un caudillo tan cruel. ¿Adónde llevas tú la guerra? ¿Adónde, tus enseñas? Lo primero es apagar el fuego que consume Italia. Como un enemigo te alejas abandonándonos exhaustos, como un traidor dejas desprotegidas las siete colinas. ¿O es que crees que, mientras devastes tú la Sirte y sus áridos desiertos, aquella terrible plaga no va a asaltar las murallas, que ya conoce, de la Ciudad; no va a atacar la sede de Júpiter desprovista de jóvenes y armas? ¡Cuánto pagaría él para que partieras y abandonaras Roma! Y, cuando este tremendo rayo de la guerra nos azote, ¿tendremos que mandarte llamar de las costas de Libia, igual que hace poco tuvimos que llamar a Fulvio desde la elevada Capua?[49] Obtén el triunfo en tu país, libera de la guerra a Ausonia, que lleva ya tres lustros llorando a sus muertos. Dirige luego tu camino hacia los lejanos garamantes y prepárate a derrotar a los nasamones. La difícil situación en Italia desaconseja ahora tales propósitos. Cuando tu padre, que tanto luchó por añadir lustre a vuestro linaje, se dirigía como cónsul a las orillas del Ebro, fue el primero en reunir a los ejércitos y cerrar el paso a Aníbal, que había franqueado los Alpes y se aproximaba con ansiedad hacia nosotros. ¿Y tú, siendo cónsul, tienes intención de alejarte de un enemigo victorioso para, con seme-

[49] Cfr. XII, 570 ss.

jante ardid, quién lo duda, apartar de nosotros al cartaginés? No obstante, si a continuación él permanece tranquilo e impávido y no te sigue a ti y a tu ejército hasta Libia, Roma será tomada y tendrás que maldecir tu táctica imprudente. Pero supón por un momento que, trastornado, vuelve sus enseñas y sigue las velas de tu flota. ¡Seguirá siendo, no lo dudes, el mismo Aníbal cuya empalizada oteabas desde las llanuras de la Ciudad!». Eso dijo Fabio, y el grupo de ancianos senadores lo aprobaba con sus gritos.

Entonces el cónsul respondió[50]: «Cuando aquellos dos magnánimos generales perecieron juntos, cuando todo el territorio de Tartesos estaba sometido y sufría el yugo sidonio, ni Fabio ni ninguno de los que opinan como él se volvieron para prestar su ayuda, sino que debo admitir que fui yo quien, pese a ser tan joven, arrostró los nubarrones de la guerra, yo solo hice frente al cielo que se desplomaba, todo se volvía contra mí. Por aquel entonces la asamblea de ancianos dijo que se había obrado mal confiando la guerra a un niño y este mismo adivino vaticinó que era un plan temerario.

»Yo agradezco y alabo a los dioses, bajo cuya protección nos hallamos nosotros, la raza troyana. Aquel niño de frágiles años, que no tenía edad militar ni estaba preparado aún para empuñar las armas, Escipión, recuperó las tierras ibéricas para los hijos de Troya sin sufrir derrota alguna, rechazó a los cartagineses, siguió el curso del sol hasta su fin junto a Atlas, expulsó de la esfera occidental el nombre de Libia y no dio media vuelta a sus enseñas hasta[51] ver a Febo desenganchar junto al mar su carro humeante, sobre suelo romano. Él mismo se ganó la alianza de reyes; y ahora sólo queda la última prueba que culmine mis actos, Cartago; eso es lo que me aconseja Júpiter, Creador de la vida eterna. Pero he aquí que los ancianos tiemblan ante Aníbal o simplemente disimulan un temor enfermizo a que mi timbre de gloria sea el haber puesto fin de una vez por todas a tan prolon-

[50] Tanto el anterior discurso de Fabio como el siguiente de Escipión recuerdan bastante a los que Livio incluye en su obra (cfr. *AVC*, 28.40-44).

[51] Los manuscritos presentan *auri*, lo que no tiene mucho sentido en este contexto. Hay numerosas conjeturas (*ora*, *acer*, *ausis*, *urbi*, etc.). Nosotros nos decantamos por *ante*, lectura que sigue la edición de Les Belles Lettres.

gadas calamidades. Ciertamente mi diestra ya está experimentada y he desarrollado la fuerza de mis años de juventud. No inventéis ahora excusas para aplazar nada, sino dejadme correr la suerte de borrar los oprobios de viejas derrotas, suerte que los dioses me han reservado. Una gloria bastante noble alcanzó el precavido Fabio al no caer derrotado, y con su táctica de retardo Cunctátor lo consiguió todo. Pero ni Magón, ni Hannón, ni los hijos homónimos de Gisgón y de Amílcar[52] me habrían vuelto sus espaldas si hubiésemos demorado la guerra, encerrados en nuestra empalizada sin actuar.

»Y, si un niño sidonio, apenas en la pubertad, ha podido llegar hasta los pueblos de Laurento, las murallas troyanas y el dorado Tíber de sagrada corriente, y ha podido consumir al Lacio con una guerra interminable, ¿nos va a pesar a nosotros llevar nuestras enseñas hasta tierras libias y sacudir los palacios tirios? Sus extensas costas están libres de peligro, su territorio está en calma, con una paz que lo enriquece. Que de una vez sienta temor Cartago, acostumbrada a que la teman, y que entienda que nos sobran ejércitos a pesar de que los campos de Enotria aún no están libres de Aníbal. Y a quien vosotros, con vuestra cautela y vuestra política, habéis envejecido en el Lacio, a quien lleva ya tres lustros derramando nuestra sangre en abundancia, a ése lo haré yo regresar temblando y aterrado, aunque ya tarde, a los cimientos incendiados de su patria. ¿Es que Roma tendrá que contemplar en sus muros las vergonzosas huellas de los hijos de Agenor, en tanto que Cartago, libre de riesgos y preocupaciones, oirá hablar de nuestras desgracias y guerreará a puertas abiertas? Que nuestros perversos enemigos golpeen otra vez nuestras torres con sus arietes sidonios si no oyen ellos antes cómo crepitan los templos de sus dioses con las llamas rútulas».

Inflamados por estas palabras del cónsul, los senadores, ante la llamada del destino, dieron su beneplácito; imploraron que el resultado fuera venturoso para Ausonia y permitieron que la guerra se trasladara más allá del mar.

[52] Los cuatro generales cartagineses derrotados por Escipión en Hispania.

Libro XVII

Para que un enemigo extranjero abandonara territorio ausonio, los primitivos oráculos de la profética Sibila[1] señalaban que había que ir a buscar a la Madre de los dioses[2] a su residencia frigia para ser venerada en las murallas de la ciudad de Laomedonte[3]: a su llegada, la divinidad tendría que ser recibida por aquel que la asamblea del Senado al completo eligiera como el más virtuoso de su tiempo. ¡Oh, título más prestigioso y más importante que cualquier triunfo! Y ya llegaba[4] la codiciada Cibeles a bordo de una nave latina: al frente de la gran muche- 10
dumbre del Senado, Escipión[5] se apresuraba a encontrarse con

[1] Se refiere a los libros sibilinos (cfr. XIII, 501). Livio menciona esta misma historia (*AVC* 29.10.4 ss.).

[2] Cibeles, también llamada *Magna Mater*, era la divinidad más importante de Asia Menor. Tenía un templo en la ciudad de Pesinunte (hoy *Balihissar*), en Galacia, donde se la honraba bajo la imagen de una piedra negra que había caído del cielo. El oráculo indicaba que esta piedra sagrada debía ser transportada hasta Roma por el más virtuoso de sus ciudadanos. El elegido fue P. Cornelio Escipión Nasica, hijo de Cn. Escipión y primo del futuro Escipión Africano.

[3] Roma, así llamada a partir de Laomedonte, legendario rey troyano. Cfr. I, 543 y X, 629.

[4] Esta brusca transición pasa por alto los sucesos que narran Livio y también Ovidio (*Fastos* IV, 262 ss.): el envío de una embajada al rey Átalo para solicitar la entrega de la piedra sagrada, la travesía por mar, etcétera.

[5] P. Cornelio Escipión Nasica.

esta divinidad venida de tan lejos. Era éste hijo del tío del general designado entonces para la guerra en África; resplandecía merced a los numerosos retratos de sus antepasados.

Tras recibir, de rodillas y con las manos alzadas, a la divinidad, después de su larga travesía por mar, se puso en pie y trajo la nave hacia la rumorosa desembocadura del toscano Tíber; acudieron luego manos de mujeres para arrastrar con maromas la elevada nave por el río. Resonaba por los alrededores el hondo tintineo del bronce, con el que competían al unísono los roncos golpes de ruidosos tambores y el coro de eunucos que habitan en las dos cimas del casto Díndimo[6], que danzan presos del furor báquico en la cueva de Dicté y conocen a la perfección las cumbres del Ida y sus silenciosos bosques.

En medio de los gritos y preces del gentío entusiasmado, la nave sagrada se detuvo: con las maromas tensadas se negaba a avanzar, y quedó inmóvil al encallar de pronto en un vado. Entonces, desde el centro del barco, un sacerdote habló entre grandes clamores: «¡No toquéis estas maromas con vuestras manos manchadas! ¡Fuera, lejos, profanas, os lo advierto, lejos de aquí todas vosotras, marchaos y no os inmiscuyáis en este casto oficio, ahora que la diosa se conforma con advertiros! Sólo si alguna de vosotras se distingue por su castidad, si alguna de las presentes es consciente de la pureza de su cuerpo, que acerque únicamente su diestra para esta piadosa ofrenda».

Fue entonces cuando Claudia, que tomaba su nombre de la antigua estirpe de los Clausos[7], una joven que la chusma desacreditaba por culpa de una fama injusta, volvió sus manos y su mirada hacia la nave y dijo: «Madre de los dioses, divinidad que engendras para nosotras todas las demás divinidades, sobre cuya descendencia recayó el poder de gobernar la tierra, el mar, los astros y los manes[8],

---

[6] El Díndimo (hoy *Murad-dagh*) y el Ida son montes de Frigia, en Asia Menor. Dicté es un monte de Creta, en cuyas cuevas los Curetes, sacerdotes de Cibeles, cuidaron de Júpiter para sustraerlo a la voracidad de su padre (cfr. II, 93).

[7] Cfr. VIII, 412.

[8] Es decir, Cibeles aparece como la madre de Júpiter, Neptuno y Plutón, dioses a los que tocó en suerte el cielo y la tierra, el mar y los infiernos, respectivamente.

si mi cuerpo no ha sido mancillado por ninguna culpa, acude, diosa, en calidad de testigo, y muestra mi inocencia haciendo que mueva la nave». Agarró luego con firmeza la cuerda y de pronto pareció oírse el rugido de leones[9]; los tambores de la diosa, sin que mano alguna los golpeara, emitieron por los aires un sonido muy grave. El barco comenzó a avanzar (podría creerse que era el viento el que la impulsaba) hasta sobrepasar a la que lo empujaba contra la corriente.

El propio Escipión partió a toda prisa de tierras sículas y, con el avance de sus naves, ocultó toda la superficie del mar. Había aplacado al dios del mar con el sacrificio de un toro, cuyas entrañas, arrojadas al agua, flotaban sobre las azuladas olas. Deslizándose entonces desde la morada de los dioses y a través del cielo sereno, las aves portadoras del rayo de Júpiter[10] aparecieron para mostrar la ruta por mar y guiar a la flota. Sus gritos ofrecían un augurio favorable. Así pues, siguen a las criaturas que volaban ante ellos entre las nubes claras, cuanto alcanzaba la vista de los exploradores, hasta que, por fin, arribaron a las pérfidas costas de la tierra agenórea.

Y no permaneció África impasible ante la ingente tempestad que sobre ella se cernía: para contrarrestar aquella terrible mole que obedecía a un nombre tan ilustre, se había granjeado el favor de un rey y las fuerzas de los masilios[11]. Era Sífax la única esperanza para los libios y el único terror para los laurentinos. Los nómadas ocupaban las llanuras, los extensos valles y las costas; estaban acostumbrados a no llevar montura alguna sobre sus corceles, sus espesas nubes de jabalinas silbando por el aire cubrían el cielo. Olvidando la mano ofrecida y el acuerdo firmado ante al altar, el testimonio de banquetes juntos y el juramento de hospitalidad, Sífax había quebrantado la ley divina y la palabra dada, había cambiado de parecer por culpa de un amor infame y se había agenciado su lecho nupcial al precio de su reino[12].

[9] La diosa Cibeles solía estar representada sobre un carro tirado por leones.

[10] Las águilas. Júpiter favorece a Escipión, en virtud de la leyenda que lo identificaba como su padre (cfr. XIII, 628 ss.).

[11] Cfr. Livio, *AVC* 29.23.1 ss.

[12] Sofonisba era hija de Asdrúbal, hijo de Gisgón, y estaba prometida a Masinisa, rey de los masilios. Su matrimonio con el rey masesulio Sífax dio al traste con la alianza entre éste y Roma.

Era la doncella de singular belleza y preclaro linaje: su padre era Asdrúbal. En cuanto la recibió en su excelso tálamo, como si lo abrasase por vez primera la antorcha y la llama del himeneo[13], en calidad de yerno entregó sus bienes a los cartagineses y transfirió sus ejércitos como dote, disolviendo así su tratado de amistad con el Lacio.

Y no era de las últimas preocupaciones del general ausonio la de advertir a Sífax. Sus enviados le amenazaron con que permaneciera en su reino, pensara en los dioses y mantuviera su pacto de hospitalidad. Lejos estaría su matrimonio, lejos su himeneo con una tiria, cuando se encontrara rodeado de tropas dardanias. Y, en caso de negarse, este marido excesivamente mimoso y complaciente habría de pagar con sangre su sumisión y la ardiente pasión que sentía por su esposa. Tales fueron los avisos entremezclados con amenazas que el jefe latino pronunció, pero fue en vano, pues el esposo hacía oídos sordos. Así pues, enojado por el fracaso de sus advertencias, Escipión recurrió a la espada, y, apelando a los castos altares del pacto quebrantado, emprendió activamente la guerra por medio de tácticas de diversa índole.

Los campamentos enemigos estaban techados con cañas ligeras y juncos de los pantanos, a la manera de las cabañas desperdigadas que gustan a los pastores mauros. Al amparo de las sombras, Escipión lanzó un ataque por sorpresa y, en el silencio de la noche, propagó secretamente un incendio. Después, cuando el fuego tomó fuerza, empezó a sembrar rápidamente la destrucción y a esparcirse con gran crujido por obra del copioso pábulo; por el aire iluminado se expanden las llamas y desprenden humo con su luz volátil. Por todo el campamento avanza la plaga hostil como un torbellino, con ahogado estrépito devora Vulcano este alimento reseco y de todas las techumbres brotan las llamas. Los más, desvelados de su sueño, sienten el fuego antes de verlo; las llamas saltan al rostro de una muchedumbre que pedía auxilio. Por todas partes fluye victorioso Mulcíber, con sus rabiosos abrazos arrastra armas y soldados. Crece la devastación, los res-

[13] Sífax tenía ya varios hijos, por lo que no era su primer matrimonio.

tos medio calcinados del campamento revolotean por las altas nubes en forma de blanquecinas cenizas. De un gran salto, las llamas envuelven con su siniestro crepitar la tienda del mismísimo rey, y lo habrían consumido de no ser por un guardián que, sobresaltado por el desastre, lo arrancó de su sueño y de su lecho mientras imploraba socorro.

Pero, cuando, un poco después, ambos cabecillas, el masilio y el tirio, reunieron sus efectivos bajo un parapeto común, y refuerzos llegados del reino calmaron los desastres de aquella noche aciaga, entonces la cólera, la vergüenza y su misma esposa (tercer incentivo) insuflaron monstruosos deseos en el corazón del rey. Aquel bárbaro con el rostro chamuscado por las llamas de su campamento y sin ropas, gruñía y amenazaba que a duras penas había escapado al enemigo en medio de sus amedrentadas tropas, pero que, a plena luz del día, con el cielo sereno y a la vista del sol, nadie había vencido a Sífax. Así fanfarroneaba lleno de furia, pero ya Átropo[14] iba a poner fin a esos aires y no iba a permitirle que dijera nada más, ya se apresuraba a cortar el hilo de su lengua engreída. En efecto, nada más saltar fuera del campamento, como el turbulento río que a su paso arrastra árboles y piedras cuando baja corriendo fuera de su cauce y ensancha las riberas con su espumosa corriente, montado en su caballo se colocó a la cabeza y, gritando, arrastró a los ejércitos.

Enfrente, la esforzada tropa de los rútulos, sublime hueste, que, al ver de lejos al rey, empuñó sus armas y arremetió. Cada cual se decía a sí mismo: «¿No lo ves? ¿No ves en primera línea al rey masilio respingando y pidiendo batalla? Otórgame este honor, brazo mío. Él fue quien profanó los altares de los dioses, él quien rompió el pacto con nuestro virtuoso general. Que se conforme con haber escapado una sola vez a la quema de su campamento». Eso se decían en silencio, al tiempo que blandían a porfía sus jabalinas. La primera lanza voló hasta clavarse en los ollares del corcel, que exhalaban fuego. Con el hocico ensan-

[14] Junto con Cloto y Láquesis, las tres Parcas, encargadas de cortar el hilo de la existencia.

grentado, el animal se encabritó y, con los cascos en alto, azotaba el aire. Rabioso de dolor, el caballo se desploma, pugna por sacudirse aquí y allá la punta clavada en su cuerpo y entrega su jinete al enemigo. Lo abordan mientras en vano intentaba huir e incorporarse sobre sus maltrechas piernas, y lo atrapan sin causarle herida alguna[15]. Lo cubren luego de humillantes grilletes y ligaduras, con apretadas cadenas atan aquellas manos que habían portado el cetro, una muestra de que jamás hay que fiarse de la prosperidad. Destronado de su alta dignidad regia, se llevaban a quien poco antes había tenido naciones y cetros a sus pies y había contemplado cómo sus dominios se extendían por todo el mar hasta los límites del Océano. Sometidas las fuerzas del rey, las tropas fenicias fueron erradicadas. Asdrúbal, odioso a Marte y célebre por sus deserciones[16], volvió rápidamente la espalda en cuanto sus planes fracasaron.

Con todos sus miembros mutilados, Cartago seguía en pie, aferrada a un único hombre; el ausente Aníbal con sólo su nombre sostenía esta mole a punto de sucumbir estrepitosamente. La extrema situación obligaba a su maltrecho pueblo a requerirlo como último recurso, su último auxilio. Hasta él huyeron atemorizados, después que se vieron privados de la protección de los dioses. Y, sin pausa, parte una nave que surca las saladas aguas llevando a unos enviados que hicieran a Aníbal retornar a su patria y llevaran el mensaje de que, si se retrasaba, no vería ciudadela alguna en Cartago.

La cuarta Aurora había llevado la nave hasta las costas de Dauno[17], y horribles pesadillas perturbaban el sueño del caudillo[18]. En efecto, cuando, agobiado por sus zozobras, se hallaba

[15] El texto original *(revocato a vulnere telo)* da pie a variadas interpretaciones: algunos consideran que Sífax es apresado cuando intentaba arrancarle la lanza a su caballo para incorporarse. Nosotros seguimos la edición de Les Belles Lettres, según la cual, Sífax es capturado vivo y sin infligírsele herida alguna. Para ello nos apoyamos en un pasaje similar de Lucano (*Fars.* II, 202) y en lo que el propio Silio dice más abajo de Sífax (*leto negato*, v. 173).

[16] Una vez en Hispania (cfr. XVI, 112) y dos en África. Livio lo denomina *fugacissimus dux* (*AVC* 30.28.3).

[17] Italia (cfr. I, 291 y nota).

[18] Sobre este sueño, cfr. H. CURRIE (1958), pp. 49-52.

disfrutando del reposo de la noche, creyó ver a Flaminio y a Graco, y creyó ver a Paulo. Todos se abalanzaban contra él espada en mano y lo expulsaban de suelo itálico. Y todo el ejército de las sombras de Cannas y de las aguas del Trasimeno avanzaba y lo empujaba hacia el mar. Él mismo deseaba huir, pretendía escapar hacia los Alpes que tan bien conocía y se agarraba al suelo latino estrechándolo entre ambos brazos, hasta que una fuerza terrorífica lo arrastraba a alta mar y lo entregaba a las impetuosas tormentas para que se lo llevaran.

Turbado aún por aquella visión, llegan los legados con su 170
mensaje y le confiesan el extremo peligro de su patria: que las fuerzas masilias habían sucumbido; que el rey de Libia soportaba cadenas en su cuello, se le había negado la muerte y se le reservaba para una inusitada procesión en honor a Júpiter; que Cartago se resentía ante las reiteradas deserciones de Asdrúbal, ese cobarde que manejaba las riendas del Estado. Consternados le comentan que ellos mismos fueron testigos de cómo ambos campamentos ardieron en el silencio de la noche, cómo se iluminó África entera con aquellas llamas criminales. Y que, mien- 180
tras el cartaginés permanecía en el Brucio, un joven y rapidísimo general era una amenaza y, por medio de funestas llamas, estaba dispuesto a arrebatarle una patria a la que volver y todas sus célebres hazañas.

Después que hubieron pronunciado estas palabras y manifestado sus desgracias y sus miedos, se deshicieron en lágrimas y veneraron su mano como si de una divinidad se tratara.

Él escuchó con la cabeza baja y la mirada torva, y, en silencio, reflexionaba con malsana preocupación, preguntándose si realmente Cartago valía tanto. Luego habló de esta manera: «¡Oh, terrible perdición de los mortales! ¡Oh, envidia, que jamás permites que nada crezca ni que destaquen las grandes hazañas! Ya hace tiempo que pude haber devastado Roma, destruirla y arrasarla, llevarme a su pueblo cautivo como esclavos e imponer 190
leyes al Lacio. Pero, como se me negó el dinero, las armas y el envío de nuevos reclutas que renovaran mis tropas exhaustas de tantos éxitos, como Hannón creyó conveniente robar el trigo y los víveres a mis cohortes, ahora África entera está cubierta de llamas, y las lanzas reteas golpean las puertas agenóreas. Ahora

la gloria de la patria, ahora, el único refugio de la patria es Aníbal, ahora mi brazo es la postrera esperanza. Que las enseñas den media vuelta, como han decretado los senadores, y así salvaremos al mismo tiempo los muros de nuestra patria y a ti, Hannón».

Después de estallar con tales palabras, mandó zarpar sus altas naves de la costa y, con profuso llanto, confió su flota al mar. Nadie se atrevió a atacar la retaguardia de quienes huían, nadie se atrevió a hacerlo volver. A todos pareció que era un obsequio de los dioses el verle partir por propia iniciativa y liberar de una vez a Ausonia. Le deseaban vientos favorables y se conformaban con ver la costa libre del enemigo. No de otro modo que, cuando el Austro modera su soplo feroz y, al amainar, devuelve el mar al marinero, éste no pide con su humilde plegaria una brisa propicia, sino que se contenta con eludir el Noto[19] y considera la quietud del mar como una cómoda travesía. Todos los soldados sidonios tenían sus miradas puestas en alta mar; en cambio, su general tenía los ojos atentamente clavados en el suelo itálico: lágrimas calladas bañaban su rostro y lanzaba un suspiro tras otro como si se le obligara a abandonar su propia patria y sus penates queridos y fuera conducido al exilio a una tierra odiosa.

Pero, cuando, con el soplo de los vientos, las naves comenzaron a avanzar, y los montes quedaron cada vez más lejos y ya no se veía Hesperia ni la tierra de Dauno, Aníbal rechinó los dientes y se dijo a sí mismo: «Pero ¿soy consciente de lo que hago? ¿Acaso merezco un regreso como éste, tenerme que alejar al fin de los confines de Ausonia? ¡Cuánto mejor habría sido que Cartago hubiese ardido presa de las antorchas y hubiese desaparecido el nombre de Elissa! ¿Y qué? ¿Acaso estaba en pleno juicio cuando no llevé mis ardientes armas desde Cannas hasta el templo tarpeyo, cuando no arrojé a Júpiter de su trono? ¡Ojalá hubiera propagado el incendio por aquellas siete colinas que la guerra había dejado desiertas, ojalá hubiera dado a este pueblo altanero el mismo fin de Ilión y el destino de sus antepasados! Pero ¿por qué esta angustia? Ahora, ¿quién me impide

[19] Tanto el Noto como el Austro, aquí identificados, son vientos del sur.

ahora atacarlos con mis armas y volver de nuevo mis pasos hacia las murallas? Iré y recorreré nuevamente los restos de mis campamentos y, por donde me guíe el camino conocido, regresaré junto a las aguas del Anio. ¡Volved las proas hacia Italia! ¡Cambiad el rumbo de la flota! Yo lograré que una Roma sitiada haga venir a Escipión».

Cuando Neptuno, desde alta mar, lo vio inflamado con tal rabia y comprobó que viraba sus naves en dirección a la costa, el padre de los mares agitó su azulada cabeza y, removiendo las aguas desde sus profundidades, arrojó el henchido oleaje más allá de la costa[20]. Al instante, hace salir de sus cuevas a los vientos, las lluvias y las tormentas de Eolo. Sacude luego con su tridente los profundos abismos de su reino, estremece a Tetis al este y al oeste y enturbia por completo las fuentes del Océano. Se alzan las olas cubiertas de espuma, vibran todos los escollos por el choque de las aguas. El primero en levantarse desde su morada junto a los nasamones es el Austro; en una nube se lleva las olas, dejando a la Sirte desnuda. Le sigue Bóreas, enarbolando sobre sus negruzcas alas una porción arrancada al mar. Estalla el sombrío Euro soplando en sentido contrario, y se apropia de su parte de las aguas. De un lado retumba el firmamento resquebrajado, del otro centellean sin cesar los relámpagos y el desapacible cielo se precipita sobre la flota. Se alían el fuego y la lluvia, las olas y la furia de los vientos; las tinieblas extienden la noche sobre el mar. En ese instante, una ráfaga lanzada por el Noto viene desde popa y ruge contra la entena (silban las jarcias con terrible estridor); levanta desde las negras profundidades una ola como una montaña que rompe sobre la cabeza del impresionado Aníbal. Vuelve sus ojos al cielo y al mar, y exclama: «¡Dichoso Asdrúbal[21], mi hermano, que con tu muerte te has igualado a los dioses! Mientras luchabas, una diestra valerosa te infligió una noble muerte, y los hados te otorgaron morder el

[20] La tempestad que a continuación se relata bebe de la que Virgilio nos detalla en *Eneida* I, 50-156. Cfr. M. von Albrecht (1964), p. 176, V. Cristóbal (1988), pp. 129-131 y J. Villalba (2004).

[21] El hermano de Aníbal había sucumbido en la batalla del Metauro (cfr. XV, 794 ss.).

suelo de Ausonia por última vez. En cambio, a mí no me fue permitido perder la vida en las llanuras de Cannas, donde sucumbió Paulo, donde sucumbieron tantas otras nobles almas. Ni siquiera cuando llevé el fuego contra el Capitolio, pude descender al reino de los manes abatido por las armas de Júpiter Tarpeyo».

Mientras se lamenta de esta manera, el mar, impulsado por vientos enfrentados, asalta ambos flancos de la nave y la hunde bajo una negra masa de agua, envuelta en un torbellino. Escupida luego hacia arriba por siniestros y desbordantes remolinos de arena, la nave regresa a la superficie y queda suspendida sobre las olas, en equilibrio sobre el viento. Por su parte, ¡oh, triste y lamentable destino!, el Noto arrastra de forma inexorable dos birremes contra los escollos y las escarpadas rocas. Crujen las proas al chocar, luego la quilla salta en pedazos contra un agudo rompiente y retumba al quebrarse su armazón. Variado es el aspecto que se ofrece entonces a la vista: por toda la superficie, en medio de las armas, cascos de guerreros y rojizos penachos, flotan el tesoro de la floreciente Capua y el botín de Laurento reservado para el triunfo del general; trípodes y mesas de los dioses, estatuas que los desdichados latinos han venerado en vano. En ese instante Venus, consternada al ver el agitado aspecto de las aguas, habla de esta manera al rey del mar: «Basta ya de furia por ahora, Padre, basta ya de amenazas que anticipan sucesos más importantes. Deja de agitar el mar, te lo suplico, o la implacable Cartago alardeará de haber engendrado un hijo invencible en la guerra y de que mis descendientes, los Enéadas, necesitaron todas las olas del mar para acabar con el cartaginés».

Así habló Venus y el encrespado oleaje se calmó y se hundieron en las profundidades [...][22] y, desde sus respectivos campamentos, empujan sus tropas para enfrentarse entre sí.

[22] Resulta evidente que en este verso hay una laguna. En efecto, el relato queda cortado y el verso siguiente, además de comenzar con un *-que* enclítico, carece de una introducción que le dé sentido. A partir de ahora, Silio nos narra la batalla de Zama y la victoria final de Escipión. Nada se sabe acerca del número de versos que faltan, aunque parece probable que el autor, a la manera de Ennio, concibiera una epopeya en 18 libros. De este modo Silio, aquejado de la terrible enfermedad que le empujaría al suicidio, incluiría después del inacabado libro XVII esta parte final ya concluida que formaría parte

Aníbal, guerrero veterano, sabía inflamar con arengas los espíritus, encendía los ánimos hasta la cólera con sus fogosas palabras y enardecía sus corazones con las llamas de la gloria[23]: «Tú me trajiste la cabeza ensangrentada del general Flaminio muerto; reconozco tu brazo. Tú te lanzaste el primero para golpear al gran Paulo y clavaste tu espada hasta sus huesos. Tú llevabas los abundantes despojos del ardoroso Marcelo. Graco al morir bañó de sangre tu espada. Ésta, belicoso Apio, fue la mano 300
que te hirió de muerte al disparar una lanza desde lo alto del parapeto cuando atacabas las murallas de la elevada Capua.

»Y he aquí otro brazo fulminante como el rayo, el que asestó numerosas heridas en el pecho del noble Fulvio. Tú, colócate aquí, en primera línea, tú que derribaste en combate al cónsul Crispino. Y, tú, sígueme a través de las líneas enemigas, tú que, lleno de rabia y satisfacción (lo recuerdo), me trajiste en Cannas la cabeza del general Servilio clavada en una lanza. Veo tus ardientes ojos y tu semblante no menos temible que tu propia espada; oh, tú, el más valeroso de los jóvenes cartagineses, cómo 310
te vi cuando en la terrible corriente del célebre Trebia estrechabas con tus ingentes brazos a un tribuno y lo hundías bajo las aguas mientras forcejeaba en vano.

»En cuanto a ti, que, junto a las gélidas aguas del Tesino, fuiste el primero en teñir tu acero con la sangre del padre de Escipión, termina lo que has empezado y tráeme la sangre de su hijo. ¿Es que voy a sentir miedo, por más que los mismísimos dioses acudan a la batalla, si permanecéis firmes, escuadrones a los que vi pisar cumbres que llegan hasta el cielo y recorrer las cimas de los Alpes, o si veo a quienes espada en mano incendiaron las 320
extensas llanuras de Argiripa?[24] ¿Me seguirás, acaso, ahora con menos brío, tú que arrojaste el primero tu lanza contra las murallas dardanias, sin consentir que tal gloria fuese mía?

---

del libro XVIII. Ésa sería la razón por la que *Punica* estaría compuesta por 17 libros, una cifra asimétrica, extraña e insólita para un canto épico.

[23] A continuación Aníbal enumera a los generales romanos abatidos en combate. Sirviéndose de una licencia poética, el cartaginés se dirige a los soldados que los mataron, algo a todas luces imposible.

[24] Nombre griego de Arpos. Cfr. IV, 554.

»Y tú, sí, tú, ¿acaso necesitas que te anime, a ti que, cuando me enfrentaba a los rayos, las tempestades, los truenos y la furia del más poderoso de los dioses, me exhortabas a resistir el estruendo y los inconsistentes nublados y deseabas llegar al excelso Capitolio antes incluso que tu propio general? ¿Y qué aliento os voy a dar a vosotros, que destruisteis Sagunto tras un glorioso combate y os distinguisteis desde el principio del conflicto? Os lo pido, como algo digno de mí y de vosotros, defended con vuestro brazo nuestras glorias pasadas. Yo mismo, con el favor de los dioses, he envejecido con mis victorias, y, confiado en vosotros, regreso, después de tres lustros, a una patria que se tambalea, a unos penates que no he visto durante todo este tiempo, a un hijo y al rostro de mi esposa que siempre se ha mantenido fiel. Ya no resta ninguna otra batalla a Libia, ninguna a los dardanios. Con vuestro enfrentamiento, hoy, el mundo dará la bienvenida a su dueño». Esto dijo Aníbal. En cambio, los soldados ausonios, cada vez que su general empezaba a abrir la boca para hablarles, no resistían aquellas palabras que los detenían y pedían la señal para combatir.

Todo esto lo contemplaba Juno a distancia, desde lo alto de una nube. Cuando el padre de los dioses vio el semblante triste de su hermana y su torva mirada, le dijo con voz amistosa: «¿Qué amargura corroe tu mente? Cuéntame, esposa mía. ¿Te angustian las calamidades del general cartaginés y los cuidados de tu querida Cartago? Pero reflexiona tú misma acerca de la locura de los sidonios. Yo te pregunto, hermana mía, ¿cuándo dejará este pueblo rebelde de romper los tratados y enfrentarse a la raza de los teucros y a su supremacía, dictada por los hados? La propia Cartago no ha soportado tantos males ni ha resistido tantas fatigas como las que tú has sufrido mirando por la raza de Cadmo[25]. Tú has removido las tierras y los mares y has enviado contra el Lacio a este impetuoso joven. Las murallas de Roma se han estremecido, durante dieciséis años Aníbal fue el primero de entre toda la raza humana. Ya es tiempo de acallar a este pueblo. Ha llegado el fin: hay que cerrar la puerta de la guerra».

[25] Se refiere a los cartagineses como descendientes de los tirios.

Responde luego Juno con este ruego: «Ni me he sentado en esta nube flotante con ánimo de cambiar unos acontecimientos cuya hora final ya está fijada, ni pretendo volver a agrupar las filas o prolongar la guerra. Puesto que mi influencia sobre ti es cada vez menor y el amor que al principio nos unía declina ya, sólo te pido algo que puedes concederme, nada que se oponga al hilo de las tres hermanas[26]: que Aníbal vuelva su espalda al enemigo, como tú deseas, y que las cenizas de Troya[27] dominen sobre Cartago.

»En nombre del doble afecto que nos une, como hermana tuya y esposa, esto te imploro: permite que este magnánimo general salve los peligros, concédele la vida y no dejes que soporte como un cautivo las cadenas ausonias. Además, que, después que desaparezca el nombre sidonio, sigan en pie mis murallas, tantas veces sacudidas por las calamidades, y sean preservadas en mi honor».

Eso dijo Juno. Júpiter respondió con brevedad: «Como es tu deseo, daré una tregua a los muros de la altiva Cartago. Que sigan en pie, merced a tus lágrimas y tus plegarias. Pero escucha bien, esposa mía, hasta dónde puede llegar mi indulgencia. No es mucho el tiempo que queda a esta ciudad: un general de idéntico nombre[28] vendrá que asolará hasta los cimientos las ciudadelas que ahora son preservadas. Igualmente, que Aníbal sea arrancado de la lucha, como solicitas, y siga respirando el aire del cielo. Él intentará revolver las estrellas y el mar y sembrar la tierra de nuevas contiendas. Yo conozco bien sus entrañas preñadas únicamente de guerra. Pero este favor te otorgo con una condición: que, a partir de este momento, no vea el reino de Saturno, que nunca más vuelva a Ausonia. Ahora, llévatelo, sustráelo a la muerte que se cierne sobre él, porque, si se enfrasca en un feroz combate sobre las extensas llanuras, tal vez no puedas arrebatarlo a la diestra del joven descendiente de Rómulo».

[26] Las Parcas.

[27] En esta irónica alusión a Roma se vislumbra el desencanto de Juno.

[28] En el 146 a.C., Cartago será destruida por P. Cornelio Escipión Emiliano, nieto adoptivo del primer Africano.

En tanto que el Omnipotente determinaba el destino de la ciudad y de su general, los ejércitos entablan la lucha y, con sus gritos, hieren las estrellas. Nunca vio la tierra enfrentarse a dos pueblos tan poderosos ni a jefes tan grandes al mando de los ejércitos de sus patrias. Enorme era la recompensa que estaba en juego: todo cuanto cubre la bóveda del cielo. Avanzaba el jefe agenóreo resplandeciente de púrpura, y su erguida cabeza se elevaba aún más con el rojo penacho de plumas bamboleándose. Le precedía el terror inhumano que provocaba su ilustre nombre, su reluciente espada era bien conocida en el Lacio.

Enfrente, relumbraba Escipión con su fulgurante manto escarlata, exhibiendo su terrible escudo en el que había hecho grabar juntas la efigie de su padre y la de su tío alentando feroces combates. Su altiva frente exhalaba una enorme llama.

Ante tal despliegue de armas y guerreros, la esperanza de victoria descansaba únicamente sobre sus generales. Es más, a medida que la inclinación o el miedo se apoderan de la mayoría, todos creen que, si Escipión hubiese nacido en tierras libias, el cetro pasaría a manos de los agenóreos; o bien, si Aníbal hubiese venido al mundo en territorio ausonio, el mundo habría de estar, sin duda, bajo el poder de Italia.

Tembló el aire con el súbito lanzamiento de vibrantes jabalinas que desplegaron por el cielo una horrible nube. Se entabla luego el combate a espada, se lucha cuerpo a cuerpo: arden las miradas con una monstruosa llama. Todos aquellos que, despreciando el peligro, arremeten de frente contra los primeros proyectiles, caen abatidos. Mal de su grado, la tierra bebe la sangre de los suyos. Masinisa, de carácter y edad ardientes, ofrece su impresionante corpulencia contra la primera línea de escuadrones macedonios y vuela por todo el campo con sus alados proyectiles. No de otra suerte que el poblador de Tule[29], cuando guerrea pintado de azul y da vueltas con su carro armado de hoces alrededor de las compactas líneas de guerreros[30]. Con-

[29] Sobre Tule, cfr. III, 597. Este extremo septentrional del mundo antiguo tal vez habría que identificarlo con el norte de Escocia o quizás Islandia.

[30] Los guerreros británicos tenían la costumbre de pintarse la cara antes de librar batalla. El *covinnus* era un carro de combate armado de hoces en su eje.

forme a la costumbre de su patria, la falange griega había estrechado sus filas y, con todas sus lanzas apiñadas, avanzaba impenetrable al rival. Olvidando la palabra que había dado tras un acuerdo, Filipo había enviado estos efectivos en apoyo de la convulsa ciudad de Agenor. Diezmadas por innumerables heridas, las líneas se van clareando, los cadáveres abatidos van descubriendo un espacioso camino en medio de las armas. Irrumpe un pelotón ausonio con toda su fuerza devastadora y acaba con los perjurios de los griegos. Rútilo da muerte a Arquémoro; Norbano, a Teucro (ambos, en la flor de su edad, procedían de Mantua, su madre patria). Samio cae a manos del belicoso Caleno; Selio acaba con Clitio (Clitio de Pela[31], quien se vanagloriaba del nombre de su tierra). Pero de nada sirvió a este desdichado el prestigio de Pela para defenderse de las armas daunias.

Un latino aún más fiero causaba estragos entre las enseñas brucias. Así les increpaba Lelio: «¿Hasta tal punto detestabais la tierra enotria para que huyerais de ella a través de mares procelosos y enfurecidas olas a bordo de una nave tiria?[32] Os deberíais haber conformado con huir, ¿y pretendéis además bañar tierras extrañas con sangre del Lacio?». Y, al tiempo que dice esto, se anticipa con su proyectil a Sílaro, que ya se disponía a asestarle un golpe. Vuela la lanza hasta alojarse en el fondo de su garganta, y, con su fuerza, cierra al mismo tiempo el paso de la voz y de la vida. Caudino es derribado por Virgilio; Lao, por el fiero Amano. Su cólera aumenta al ver rostros conocidos, armas similares y una lengua muy parecida a la suya. Cuando el hijo de Amílcar los vio mostrar su espalda y huir, se acercó a ellos y les gritó: «¡Deteneos, no traicionéis a nuestro pueblo», y, con el valor de su diestra, cambió el curso del combate. Es así como, en las tórridas llanuras de los garamantes, una serpiente paretonia[33] alimentada con ardiente arena alza su cuello cargado de veneno y arroja por todo el aire una ponzoña abrasadora que impregna

[31] Ciudad macedonia en que naciera Alejandro Magno. Cfr. XI, 381 y XIII, 765.

[32] Este contingente brucio acompañó a Aníbal después que éste abandonara Italia.

[33] Cfr. III, 225.

hasta las nubes. Acto seguido, Aníbal se anticipa a Herio, impidiendo que asestara el golpe que preparaba con la funesta punta de su lanza. Herio, cuyo ilustre nombre provenía de una familia marrucina en la afamada Teate[34]. Aspiraba a una gloriosa acción, animado por la fama de su rival, pero, muy pronto, el cartaginés hundió su mano hasta la empuñadura. El desdichado buscaba con agónicos ojos a su hermano, el joven Pleminio, quien acudió y, espoleado por tan cruel final, blandió fieramente su espada ante la mirada de Aníbal. Amenazándole a voz en grito, le reclamó la vida de su hermano. El hijo de Barca le contestó: «Si deseas que te entregue a tu hermano, no me opongo con tal de que lleguemos a este acuerdo entre nosotros: haz que Asdrúbal vuelva de las sombras. ¿Es que jamás voy a desistir de mi encarnizado odio hacia los romanos? ¿Permitiré que mi corazón se apacigüe? ¿Podré perdonar a un hombre nacido en tierra itálica? Que, en ese caso, los hostiles manes me expulsen de la eterna morada y que mi hermano me rechace de su lado en el Averno».

Así dijo y, golpeando con todo el peso de su escudo, derribó a Pleminio allí donde el suelo, resbaladizo por la sangre de su hermano, hacía inseguras las pisadas, para luego rematarlo con su espada. Al caer extendió sus manos, abrazó a Herio que yacía en el suelo y, así, muriendo con él, mitigó su sufrimiento.

Se lanza luego el libio en medio de la multitud y, con su acometida, obliga a sus adversarios a volver la espalda. No de otro modo que, cuando los truenos mezclados con relámpagos aterrorizan el mundo, se tambalea la alta morada del Padre Supremo y toda la raza humana se estremece en la tierra: la formidable luz centellea ante sus mismos ojos y todos, azorados, creen tener delante a Júpiter, extendiendo hacia ellos sus fuegos.

En otra parte, como si los únicos lances que hubiera en el campo de batalla fueran los feroces combates que Escipión libraba, la encarnizada lucha ofrece un insólito aspecto y múltiples imágenes de muerte. Yace uno postrado y, con la espada atravesada, gime otro desconsoladamente, con sus huesos aplastados por una roca. A unos el miedo los hace huir, y mueren de

[34] Cfr. VIII, 520.

una manera infamante, cabeza abajo; otros, en cambio, ofrecen con valentía su pecho a Gradivo[35]. El propio general reteo da ánimos encima de los cadáveres. Es así como Marte, que se deleita con las masacres, puesto en pie, arrea su carro junto al gélido Hebro[36] y derrite las nieves géticas con la sangre caliente; chirría el belicoso carruaje bajo su peso y resquebraja el hielo que forma el Aquilón.

Es entonces cuando Escipión, con furibundo ardor, reconoce y pasa por el hierro a los más renombrados y valerosos rivales. Guerreros en todo el mundo reputados por sus célebres masacres caen abatidos por sus armas. Los que tomaron tus muros, Sagunto, y con tu funesta destrucción fijaron el principio de esta guerra abominable; aquellos que mancharon de sangre tu sagrado lago, Trasimeno, y las aguas de Faetón[37]; y aquellos a los que un exceso de confianza guio hasta el trono y la morada del rey de los dioses[38] con intención de saquearlos: todos ellos encuentran la misma muerte, en combate cuerpo a cuerpo. Rinden también su alma aquellos que decían haber profanado los retirados recintos de los dioses y franqueado por vez primera los Alpes, hasta entonces vedados a los hombres.

Las tropas cartaginesas, completamete atemorizadas, corren a replegarse sin aliento. No de otro modo que, cuando la destrucción de Vulcano penetra en las casas de una ciudad y un viento impetuoso aviva el fuego y propaga las volátiles llamas por encima de los tejados, las masas enloquecidas salen disparadas ante este temor y el pánico se extiende como si la ciudad hubiese sido tomada.

Pero, cuando Escipión se cansó de malgastar su tiempo librando estos combates aislados y entreteniéndose en enfrenta-

[35] Es decir, unos mueren de forma vergonzosa mientras huían (de ahí que caigan de cabeza contra el suelo); otros mueren valientemente, con heridas recibidas de cara.

[36] El Hebro (hoy *Maritza*) y los getas son, respectivamente, un río y un pueblo de Tracia, país predilecto de Marte. El Aquilón es el viento del norte (cfr. XII, 7).

[37] El río Po (cfr. nota a VII, 149), dos de cuyos afluentes son el Tesino y el Trebia.

[38] El Capitolio.

mientos de poca monta, optó al fin por volver todas sus fuerzas contra el causante de la guerra, contra el responsable de sus males: con que sólo Aníbal siguiera con vida, nada habría adelantado el Lacio, por más que se prendiera fuego a los muros de Cartago, por más que todo su ejército fuese exterminado. Antes al contrario, si sólo él pereciese, de nada servirán a los hijos de Agenor todas sus armas y todos sus guerreros. Así pues, Escipión comienza a examinar y registrar todo el campo de batalla en busca del general. Le agrada marchar hacia el duelo decisivo y desearía enfrentarse a su adversario ante la mirada de Ausonia entera. Erguido desafía al enemigo increpándole a voz en grito y exige un nuevo combate.

Después que, aterrada, escuchó Juno[39] sus voces, para que no llegasen a oídos del intrépido general libio, moldea una figura similar a la del latino, la realza con un resplandeciente penacho, le añade el escudo y la cimera del general vástago de Rómulo y coloca sobre sus hombros la reluciente distinción del manto. Le confiere su modo de andar y actuar en combate y otorga a esta incorpórea visión unos gestos audaces. Modela luego para esta sutil imagen la figura similar de un fingido corcel que deberá guiar a través de lugares retirados con el fin de entablar un combate imaginario. De este modo, el Escipión simulado por Juno se gallardea y blande con descaro sus armas ante los mismos ojos del caudillo cartaginés. Éste, alegre al tener enfrente al general latino y confiado en que, por fin, se acerca su mayor gesta, salta raudo sobre su corcel y le arroja su lanza de ligero vuelo. La sutil imagen da media vuelta y, volando a través del campo de batalla, huye por entre las líneas. Es en ese momento cuando el cartaginés, seguro de su triunfo y de haber logrado su glorioso objetivo, pica espuelas a su montura hasta hacerla sangrar y agita, exaltado, sus riendas sueltas: «¿Adónde huyes? ¿Te olvidas de que estás escapando de mis *dominios*? *No hallarás escondite* alguno en tierras libias, Escipión». Así habla al tiempo que, espada en mano, hostiga a la sombra volátil. Después de largo trecho, lo lleva ésta engañado hasta un terreno apartado, lejos del

[39] Para todo el relato que sigue, cfr. Virgilio, *Eneida* X, 633 ss.

centro de la batalla. En ese momento, la ficticia imagen se desvaneció súbitamente en las nubes.

El exasperado jefe exclama entonces: «¿Qué dios ha podido enfrentarse a mí ocultando su divina condición? ¿Por qué ha tenido que esconderse tras un fantasma? ¿Tanto estorba mi gloria a los dioses? Pues quienquiera que seas tú, divinidad tan propicia a Ausonia, jamás podrás apartarme ni con tus artimañas sustraerme a mi verdadero enemigo». Vuelve luego furioso el freno de su caballo galopante y, ya retornaba al campo de batalla, cuando el imponente animal comienza de pronto a temblar y se desploma, aquejado de un misterioso mal. De su pecho jadeante exhala la vida a las nubes, por obra de Juno.

Entonces Aníbal, impotente, grita: «Otra traición más por vuestra parte, dioses, por vuestra parte. Pero no me engañáis. ¡Ojalá me hubiese ahogado bajo las aguas y me hubiesen cubierto los escollos, ojalá me hubiese tragado el mar con sus olas! ¿Ésta es la muerte que me teníais reservada? Quienes siguieron mis enseñas, a los que di la señal de ataque, yacen muertos. En la distancia puedo yo escuchar sus lamentos y sus voces, y cómo llaman a Aníbal. ¿Qué torrente del Tártaro bastará para pagar mis crímenes?». Y, al tiempo que decía esto, miraba el arma que tenía en su brazo y ardía en deseos de morir[40].

Se apiada entonces Juno, se transforma en pastor y, saliendo de repente de un tupido bosque, habla así a Aníbal, quien, en su mente, revolvía un destino nada glorioso: «¿Qué motivo te impulsó a venir armado hasta nuestros bosques? ¿Acaso te diriges a la dura batalla en que el gran Aníbal domina con sus ejércitos a los ausonios que quedan? Si deseas avanzar rápido y te apetece tomar un atajo, yo te guiaré hasta el centro de la batalla a través de un sendero cercano». Acepta él, colma el corazón del pastor de espléndidas promesas, le indica que los senadores de la altiva Cartago le habrían de recompensar profusamente y que él mismo no iba a ser menos generoso. Y, cuando ya se lanzaba

[40] Igual que Turno (*Eneida* X, 681 ss.), Aníbal está decidido a suicidarse.

y a enormes zancadas recorría los alrededores, Juno le hace dar
580 un rodeo y, engañándolo con un rumbo equivocado, contra su voluntad le prolonga una vida que no quería.

Entre tanto, las tropas cadmeas, abandonadas y aterrorizadas, no veían por ninguna parte a Aníbal ni los afamados duelos de su intratable general. Creen algunos que ha sido abatido por la espada; otros, que se siente desanimado de la lucha y se ha rendido ante unos dioses hostiles. El general ausonio arremete y los ahuyenta por toda la llanura; hasta las ciudadelas de Cartago se estremecen ya. Con la derrota de sus ejércitos, un pánico general recorre toda África. Se lanzan todos en una huida rápida y sin orden, y dirigen aturdidos su caminar hasta las costas más remo-
590 tas: como fugitivos se dispersan hasta las tierras de Tartesos. Buscan unos los dominios de Bato; otros, el río de Lago[41]. Como el Vesubio, cuando vencido, al fin, por fuerzas ocultas, vomita hacia las estrellas el fuego que se ha ido incubando durante tantos y tantos siglos, el azote de Vulcano se propaga por tierra y por mar y, asombroso prodigio, hasta los seres de Oriente ven cómo sus bosques cargados de lana se emblanquecen con las cenizas ausonias[42].

Al fin, la reina Juno detuvo al agotado general sobre un montículo cercano, desde donde se observaba todo el panorama y se
600 ofrecía a la vista el efecto de aquella funesta contienda. Así como antes había divisado la llanura del Gargano, las marismas del Trebia, el lago tirreno o el río de Faetón desbordado por la mortandad de guerreros, ahora se le ofrecía, lamentable de ver, el terrible aspecto de sus abatidos hombres. En ese momento Juno, conturbada, volvió a la morada suprema.

Acechaban ya los enemigos y se llegaban hasta al montículo, cuando el cartaginés se dijo a sí mismo: «Aunque se descom-

[41] Por medio de una exageración propia de la épica, Silio extiende la huida de las tropas cartaginesas por todos los extremos del mundo: Tartesos equivale a Hispania; Bato era rey de Cirene, en África; Lago dominaba Egipto y su río sería el Nilo.

[42] Sobre los Seres y sus árboles cargados de seda, cfr. VI, 4. La mención del Vesubio, presente también en Valerio Flaco (*Arg.* III, 209 ss.; IV, 507 ss.) se explica por la famosa erupción del año 79, que ambos épicos debían de tener muy presentes.

ponga la bóveda del cielo y caiga sobre mi cabeza, aunque la tierra se abra, nunca jamás podrás borrar, Júpiter, el recuerdo de Cannas, y, antes tendrás que abandonar tu reino, que las naciones callen el nombre y las acciones de Aníbal. En cuanto a ti, Roma, aún no te has librado de mí. Sobreviviré a mi patria y viviré con la esperanza de declararte la guerra[43]. Pues sólo has ganado una batalla y tus enemigos aún subsisten. A mí me basta y me sobra con que las matronas dardanias y la tierra de Italia teman mi regreso mientras siga vivo, y no conozcan la paz en sus corazones». Salió luego corriendo junto a unos pocos que huían y retrocedió hasta los empinados montes en busca de un refugio seguro.

Éste fue el fin de la guerra. Al instante, los baluartes se abren voluntariamente al general ausonio; se les priva de sus corrompidos derechos y su armamento; se esculpen las condiciones de paz; el soberbio poderío del que disfrutaban queda desbaratado, los elefantes deponen las torres que llevaban encima. Contemplan luego los cartagineses un terrible espectáculo, cuando se incendian con antorchas sus elevadas naves; con la repentina tromba, los mares se abrasan y el resplandor sobresalta al propio Nereo.

Tras alcanzar una gloria que habría de perdurar durante siglos, aquel general que sería el primero en llevar el sobrenombre de la tierra conquistada[44], indiferente al cetro, regresa por mar a Roma y entra en su patria en medio de un sublime desfile triunfal. Delante, llevado en unas angarillas[45], Sífax bajaba sus ojos de prisionero, cadenas de oro guardaban su cuello. Venía después Hannón y los jóvenes fenicios de noble linaje, los cabecillas macedonios y los mauros de piel tostada; luego, los nómadas y aquellos que el sagrado Amón conoce bien, los garamantes que transitan por las arenas del desierto, y también los pueblos de

[43] En efecto, Aníbal será desterrado en el 195 a.C., y, acogido posteriormente por el rey Antíoco de Siria, tratará de empujarlo de nuevo a declarar la guerra a Roma.

[44] Es decir, adoptó el sobrenombre de *Africano*.

[45] Se quiere resaltar la triste fortuna de quien poco antes había dominado la situación.

las Sirtes siempre entre naufragios[46]. Desfilaba a continuación la imagen[47] de Cartago tendiendo sus manos vencidas hacia las estrellas, y la de Iberia, ahora pacificada; y Cádiz, el fin del mundo; también Calpe, límite en otro tiempo de las proezas de Hércules[48]; el Betis, habituado a bañar los caballos del Sol en sus dulces aguas; alzando hasta las estrellas su frondosa cima venía la implacable Pirene, madre de las guerras[49]; y también el Ebro, nada apacible cuando se estrella contra el mar con todos los afluentes que va congregando.

Pero ninguna otra cosa atraía más la atención y las miradas que la imagen de Aníbal huyendo del campo de batalla. Desde lo alto de su carruaje, el propio Escipión, engalanado de púrpura y oro, ofrecía a los ojos de los Quirites su semblante marcial, lo mismo que Líber cuando desciende del país de los perfumados Indos llevando su carro adornado con pámpanos y tirado por tigres[50], o como el héroe de Tirinto cuando, tras acabar con los enormes Gigantes, avanza por la llanuras Flegreas[51] rozando con su cabeza las estrellas.

¡Salve[52], padre jamás vencido, que nada tienes que envidiar a Quirino en gloria y en méritos, nada tampoco a Camilo! Sin duda, no miente Roma cuando recuerda tu origen divino y te considera descendiente del tarpeyo Tonante.

---

[46] Los nasamones, que vivían del pillaje en los barcos que naufragaban junto a sus costas (cfr. I, 408).

[47] En las procesiones triunfales solían llevarse imágenes de las ciudades y territorios conquistados, así como de los cabecillas derrotados.

[48] El estrecho de Gibraltar suponía el extremo occidental de los trabajos de Hércules, por donde el héroe cruzó con los rebaños de Gerión. El Guadalquivir desemboca en el Océano, donde todos los días los caballos del Sol iban a bañarse.

[49] Pirene representa a la península Ibérica, territorio famoso por los belicosos pueblos que la habitaban.

[50] Sobre el triunfo de Baco en Oriente, cfr. III, 614 ss. y XV, 79 ss.

[51] Cfr. IV, 275.

[52] Silio termina su obra con una invocación final a Escipión, al que llama «Padre de la patria», título que muy pocos habían recibido a lo largo de la historia de Roma (entre éstos, Rómulo y Camilo). Sobre el origen divino de Escipión, cfr. XIII, 637 ss.

Índice de nombres

Ábaris: escudero de Aníbal (X, 134).
Abella: ciudad de Campania (VIII, 543).
Ábrego: viento del sudoeste (III, 659; VII, 571; XII, 617).
acarnanios: pueblo del Epiro (III, 42; XV, 288).
Acates: río de Sicilia (XIV, 228).
Acca: esposa de Sátrico (IX, 117).
Accio: promontorio de Acarnania (XV, 302).
Acerras: ciudad de Campania (VIII, 535; XII, 422).
Acesta: ciudad de Sicilia (XIV, 220).
Acestes: héroe epónimo de Segesta (XIV, 45, 205).
Acis: río de Sicilia (XIV, 221).
Aconteo: atleta hispano (XVI, 563, 573).
Acras: ciudad de Sicilia (XIV, 206).
Acrisio: rey de Argos, padre de Dánae (I, 661).
Acteón: cazador, hijo de Aristeo (XII, 365).
Adherbes: guerrero cartaginés (VII, 601).
adirmáquidas: pueblo de Libia (III, 279; IX, 224).
Adrano: ciudad de Sicilia (XIV, 250).
Adria: ciudad del Piceno (VIII, 438).
Adriático: mar al oeste de Italia (I, 54; VII, 480; X, 214; XI, 509).
África (africanos): una de las tres partes conocidas del mundo antiguo (I, 211; III, 257, 599; IV, 722; VI, 302; VII, 491; X, 311; XI, 18; XV, 412, 538; XVI, 179; XVII, 11, 60, 178, 195, 587).
Agamenón: rey de Micenas (I, 27).
Agatirna: ciudad de Sicilia (XIV, 259).
Agatocles: tirano de Siracusa y posterior rey de Sicilia (XIV, 652).
Agenor: abuelo de Dido, ancestro de los cartagineses (I, 15, 88; VI, 303, 387; VII, 642; XVI, 692; XVII, 421, 516).
agenóreos: descendientes de Agenor, cartagineses (III, 631; VIII, 671; XI, 239; XII, 167, 282; XIII, 3; XV, 343, 741; XVII, 58, 196, 391, 403).
agenóridas: descendientes de Agenor, cartagineses (VIII, 1, 214).

Agile: ninfa (V, 17).
Agírio: ciudad de Sicilia (XIV, 207).
Agrigento: ciudad de Sicilia (XIV, 210).
Álabis: río de Sicilia (XIV, 227).
Álabis: guerrero cartaginés (XV, 467).
Alba (Fucens): ciudad de los marsos (VIII, 507).
Albano: monte del Lacio (VI, 598).
Albano: guerrero de Aricia (IV, 381, 383).
Álbula: río Tíber (VI, 391; VIII, 455).
Alcida: sobrenombre de Hércules, hijo de Zeus y Alcmena (I, 276, 505, 511; II, 150; III, 32, 91, 421, 429; XIII, 633).
Alcmena: madre de Hércules, a la que Júpiter dejó encinta (II, 493).
Alecto: una de las Furias (II, 673; XIII, 432, 592).
Alfeo: río del Peloponeso (XIV, 54).
Álgido: montaña del Lacio (XII, 537).
Alia: río del Lacio (I, 547; VI, 555; VIII, 647).
Alifas: ciudad samnita (VIII, 535; XII, 526).
Alio: guerrero romano (IV, 554, 566).
Almón: río afluente del Tíber (VIII, 363).
Alpes: montes (I, 65, 117, 370, 487, 546, 589; II, 313, 314, 333, 353; III, 92, 211, 469, 478, 503, 544, 563, 645; IV, 34, 66, 75, 407, 746, 818; V, 160, 386; VI, 106, 703; VIII, 648; IX, 187, 550, XI, 135; 217; XII, 15, 70, 513, 696; XIII, 741; XV, 168, 474, 504, 529, 662, 731, 818; XVI, 635; XVII, 166, 319, 502).
alpinos: pueblos nativos de los Alpes (I, 629, III, 447, 492).
Alsio: ciudad de Etruria (VIII, 475).
Amano: guerrero romano (XVII, 441).
Amastra: ciudad de Sicilia (XIV, 267).
Amazonas: mujeres guerreras de Escitia (VIII, 430).
Ambracio: ciudad del Epiro (XV, 300).
amerinos: de Ameria, en Umbría (VIII, 460).
Amiclas: ciudad del Lacio (VIII, 528).
Amiclas (amicleos): ciudad de Laconia (II, 434; IV, 358; VI, 504, 681; VII, 665; XI, 431; XIII, 44; XV, 543).
Amílcar: padre de Aníbal (I, 77, 100, 398; II, 429; III, 254; IV, 542; V, 566, 575, 598; VI, 689; XI, 371; XIII, 732; XV, 747; XVI, 675; XVII, 444).
Amiterno: antigua ciudad de Italia, en el país de los sabinos (VIII, 414).
Amón: divinidad libia (II, 59; III, 10; V, 357, 365; IX, 298; XIII, 768; XIV, 438, 459; XV, 672, 688; XVII, 634).
Amón: nombre de nave (XIV, 572).
amonios: pueblo de Libia (VI, 675; XII, 749).
Amorgo: guerrero cartaginés (X, 200).
Ampurias: ciudad hispana (III, 369; XV, 176).
Amulio: legendario rey de Alba (VIII, 295).
Anactorio: ciudad de Acarnania (XV, 299).
Anagnia: ciudad del Lacio (V, 543; VIII, 392; XII, 533).
Anapo: río de Sicilia (XIV, 515).
Anapo: nombre de una nave (XIV, 575).

Ancona: ciudad del Piceno (VIII, 436).
Anfión: hijo de Zeus y Antíope, tañedor de lira (XI, 443).
Anfitriónida: sobrenombre de Hércules (II, 582; IV, 64; VI, 183; IX, 293; XII, 119; XV, 79).
Angicia: divinidad del pueblo marso (VIII, 498).
Aníbal: general cartaginés (I, 39, 55, 79, 99, 115, 184, 259, 273, 320, 340, 346, 400, 429, 435, 451, 459, 493, 496, 502, 508, 524, 535, 540, 550, 639, 649, 678, 684, 692; II, 12, 29, 42, 135, 209, 245, 279, 292, 350, 404, 426, 451, 453; III, 11, 46, 132, 239, 248, 473, 563, 712; IV, 49, 338, 723, 730, 745, 771, 805, 810; V, 98, 164, 209, 428, 588, 596, 635; VI, 61, 310, 640, 644, 670; VII, 25, 36, 74, 125, 155, 158, 213, 262, 379, 389, 394, 405, 578, 581; VIII, 3, 9, 26, 31, 277, 331, 606; IX, 48, 136, 184, 237, 419, 426, 457, 485, 533, 575, 639, 655; X, 43, 53, 105, 143, 159, 258, 266, 286, 338, 376, 419, 444, 452, 549, 552, 568; XI, 76, 113, 133, 226, 230, 248, 274, 326, 403, 547, 589, 599, 604; XII, 28, 159, 205, 268, 438, 442, 449, 465, 470, 534, 539, 576, 635, 669, 690, 748; XIII, 90, 103, 678; XV, 339, 392, 408, 415, 508, 516, 583, 640, 664, 750, 782, 815; XVI, 2, 19, 134, 613, 636, 642, 665, 686; XVII, 151, 157, 197, 223, 259, 294, 338, 354, 362, 376, 404, 455, 459, 512, 558, 564, 569, 572, 582, 610, 644).
Anio: río del Lacio (I, 606; IV, 225; VIII, 368; X, 363; XII, 540, 751; XVII, 233).
Anna: hermana de Dido (VIII, 28, 43, 55, 65, 79, 106, 115, 161, 185, 202).
Anquises: padre de Eneas (XIII, 71; XV, 59).
Antenor: príncipe troyano (VIII, 603; XII, 214).
antenóridas: descendientes de Antenor, troyanos (XII, 258).
Anteo: jefe africano (III, 264).
Antífates: rey de los lestrigones (VIII, 530; XIV, 33).
Anxur: ciudad del Lacio (IV, 532; VIII, 390).
Aonio: de Aonia o Beocia. Referido en especial a las Musas (VIII, 594; XI, 436, 463; XII, 220, 409).
Apenino: cadena montañosa de Italia (II, 314, 333, 354; IV, 742; V, 206, 626; (VI, 167; VIII, 649).
Apio: guerrero romano (V, 268, 276, 284, 292, 300, 306, 316, 330, 373).
Apio (A. Claudio Cáudex): cónsul en el 264 (VI, 661).
Apio (A. Claudio Pulcro): cónsul en el 212 (XIII, 453; XVII, 300).
Apolo: dios (IV, 400; V, 179, 204; IX, 290; XII, 406, 409, 711).
Apono: fuente cerca de Padua (XII, 218).
Apulia (apulios): región de Italia (IV, 557; VII, 131; XI, 10).
Aqueloo: río de Etolia y dios del mismo río, padre de Parténope (XII, 34).
aquemenios: los partos (VII, 647; XV, 23, 570).
aqueos: otro nombre de los griegos (XIV, 5; XV, 306).
Aqueronte: río de los Infiernos (I, 94; II, 367, 536; XI, 473; XII, 126; XIII, 271, 398, 465, 571; XIV, 243, 613).

Aquerras: cabecilla de los gétulos (III, 299; VII, 338; X, 76).
Aqueto: río de Sicilia (XIV, 268).
Aquiles: héroe griego (XI, 450; XIV, 95; XV, 292).
Aquileya: ciudad de los vénetos (VIII, 604).
Aquilón: viento del norte (XII, 7; XVII, 489).
Aquino: ciudad de los volscos (VIII, 403; XII, 538).
Aquino: guerrero romano (VI, 166, 201).
árabes: pueblo de Asia (III, 374).
Árabo: guerrero romano (XV, 693).
Árado: guerrero cartaginés (I, 380).
Arar: río de la Galia (III, 452; XV, 501).
Araurico: jefe hispano (III, 403; V, 557).
Arbela: ciudad de Sicilia (XIV, 271).
Arcadia (arcadios): región de Grecia (VI, 631, 636; XIII, 345).
Árdea: ciudad de los rútulos (I, 293, 667; VIII, 359).
Aretusa: ninfa convertida en fuente (V, 490; XIV, 53, 117, 295, 356, 515).
arévacos: pueblo de Hispania (III, 362).
Argantonio: rey de Tartesos (III, 396).
Argiripa: ciudad de Apulia, nombre griego de Arpos (IV, 554; XIII, 30; XVII, 321).
Argo: nave de los Argonautas (XII, 399).
argólicos: de Argólide y también de toda Grecia (VIII, 474; XI, 440).
Argos: ciudad del Peloponeso (I, 26).
Aricia: ciudad del Lacio (IV, 367).
Arión: Citaredo (XI, 448).
Aris: jefe cartaginés (XV, 232, 244).
Arisbas: sacerdote de Amón (III, 668).
Aristeo: hijo de Apolo y Cirene, padre de Acteón (XII, 368).
Arna: ciudad de Umbría (VIII, 456).
Arno: rey etrusco (V, 7; VI, 109).
Arpinate: de Arpino, ciudad de los volscos (VIII, 401).
Arpos: ciudad de Apulia (VIII, 242; XII, 481).
Arquémoro: guerrero griego (XVII, 426).
Arquero: sobrenombre de Apolo (V, 177).
Arrecio: ciudad etrusca (V, 123; VII, 29).
arsácidas: descendientes de Arsaces, partos (VIII, 467).
Arses: guerrero cartaginés (VII, 598).
Ártico: el Polo Norte, el Norte (III, 614; XV, 49).
Arvisio: promontorio al norte de Quíos (VII, 210).
Asáraco: rey de Troya, bisabuelo de Eneas (III, 566, 701; V, 145; VIII, 295, 296, 347; XI, 296).
Asbité: guerrera garamante (II, 58, 68, 84, 122, 166, 197, 209, 258; III, 299).
Ascanio: guerrero de Capua (XIII, 244).
Ascra: lugar de nacimiento de Hesíodo, en Beocia (XII, 413).
Ásculo: ciudad del Piceno (VIII, 438).
Asdrúbal: guerrero cartaginés, hijo de Gisgón (XVI, 79, 108, 167, 182, 212, 460; XVII, 72, 148, 175).
Asdrúbal: hijo de Amílcar, hermano de Aníbal (VII, 486; XIII, 680, 682; XV, 412, 492, 582, 593, 601, 693; XVII, 261, 462).
Asdrúbal: yerno de Amílcar (I, 144; III, 246; V, 596).

Asia: una de las tres partes conocidas del mundo antiguo (I, 195).
Asilo: guerrero romano (XIV, 149).
asilos: pueblo del Piceno (VIII, 445).
asirio: de Asiria, en Asia (XI, 41, 402; XIII, 886).
Aspis: puerto africano en forma de escudo (III, 244).
astures: pueblo hispano (I, 231, 252; III, 334; V, 192; X, 304; XII, 748; XV, 413; XVI, 348, 389, 583).
Átalo: rey de Pérgamo, en Asia Menor (XIV, 659).
Atela: ciudad de Campania (XI, 14).
Atenas: ciudad griega (XIV, 286).
Atesis: río (VIII, 595).
Atina: ciudad del Lacio (VIII, 397).
Atir: guerrero cartaginés (I, 412).
Atlante: guerrero hispano (V, 271).
atlántico: del océano Atlántico y los pueblos bañados por él (X, 184; XV, 37; XIII, 200).
Atlántides: hijas de Atlas y Pléyone (XI, 292; XVI, 136).
Atlas: hijo de Jápeto (I, 201, 202; XV, 142; XVI, 659).
Atlas: auriga hispano (XVI, 367, 378, 401, 408, 415, 452).
Atlas: monte africano (VII, 434; XII, 658; XVI, 36).
Atos: monte griego (III, 494).
Atridas: Agamenón y Menelao, hijos de Atreo (XIII, 802).
Átropos: una de las Parcas (XVII, 120).
Áufido: río de Apulia (I, 52; VII, 482; VIII, 630, 670; IX, 228; X, 170, 208, 319; XI, 228).
Aurora: divinidad de la mañana (III, 332; IX, 180; X, 525; XI, 515; XII, 575; XV, 223, 251, 440; XVI, 135, 230; XVII, 158).
aurunco: de Aurunca, antigua ciudad de Campania (IV, 516).
Ausonia (ausonios): antiguo nombre de Italia (I, 51, 302, 332; II, 10, 47, 272, 331, 455; III, 119, 511, 709; IV, 1, 11, 46, 124, 184, 220, 243, 366, 445, 530, 609, 703, 730, 734, 787, 813; VI, 104, 244, 390, 596; VII, 3, 80, 107, 215, 227, 529; VIII, 201, 300, 333, 407, 673; IX, 2, 92, 179, 188, 210, 368, 521; X, 51, 256, 552, 572, 582; XI, 17, 39, 522, 541; XII, 208, 284, 288, 436, 687; XIII, 264, 348, 887; XIV, 11, 84, 358, 666; XV, 153, 165, 173, 290, 344, 385, 399, 539, 572, 720; XVI, 23, 34, 137, 213, 219, 282, 594, 612, 629, 700; XVII, 1, 76, 206, 223, 263, 339, 367, 382, 404, 425, 520, 552, 572, 585, 596, 619).
Austro: viento del sur (I, 193; VI, 321; XII, 374, 657; XIV, 259, 455; XVI, 97; XVII, 207, 246).
autóloles: pueblo de África (II, 63; III, 306; V, 547; VI, 675; IX, 69; XI, 192; XIII, 145; XV, 671).
Autónoe: sibila (XIII, 401, 489).
Avente: guerrero romano (VI, 167, 191).
Aventino: monte (XII, 713).
Averno: otro nombre de los Infiernos (VI, 154; XIII, 601; XV, 76; X, 136; XI, 452; XII, 121; XIII, 397, 414; XVII, 466).
Aveya: ciudad samnita (VIII, 518).
Áyax: héroe troyano, hijo de Oileo (XIII, 801).

Babilonia: ciudad de Caldea (XIV, 658).
Baco: Dios del Vino (I, 237; III, 101, 423, 615; IV, 777; V, 465; VII, 162, 192, 205; XI, 285,

301, 414; XIII, 434; XIV, 24; XV, 177).
Bactra: ciudad de Asia (III, 613; VIII, 414; XIII, 764).
Bagas: guerrero cartaginés (II, 111; V, 235).
Bagaso: guerrero cartaginés (V, 410).
Bageso: soldado de Aníbal (X, 459).
Bágrada: guerrero cartaginés (I, 407).
Bágrada: rey de Nubia (VII, 663).
Bágrada: río de Libia (VI, 141, 289, 677).
Bálaro: jefe de los lusitanos (III, 378).
baleares: pueblo del Mediterráneo (I, 314; III, 365; V, 193; VII, 297; IX, 233).
Baniura: pueblo de la Tingitana (III, 303).
Barca: sobrenombre de Amílcar, padre de Aníbal (I, 72; XVII, 460).
Barce: ciudad de la Cirenaica (II, 62; III, 251).
Barce: mujer de Jantipo (IV, 356).
Barceo: sobrenombre de Aníbal por ser hijo de Amílcar (X, 354; XII, 200).
Barquero: sobrenombre de Caronte (IX, 251).
Bátavos: pueblo del norte de Europa, en la actual Holanda (III, 608).
Batíadas: pueblo de la Cirenaica (II, 61; III, 253).
Bato *(Batus)*: guerrero galo (IV, 239).
Bato *(Battus)*: rey de Cirene (VIII, 57, 58, 63; XI, 380; XVII, 591).
Batón: piloto cartaginés (XIV, 452).
Bátulo: ciudad samnita (VIII, 564).
Baules: ciudad de Campania (XII, 156).
Bayas: ciudad de Campania (XII, 114).
Bayo: compañero de Ulises (VIII, 539).
Bébrix: padre de Pirene y jefe de la colonia bebricia, en los Pirineos (III, 420, 423, 443; XV, 494).
belga: *tipo de perro* (X, 77).
belidas: descendientes de Belo y, por extensión, fenicios o cartagineses (I, 75; III, 650).
Belo: rey de Fenicia (I, 73, 87, 88; II, 49; VIII, 31, 221; XV, 745).
Belona: divinidad de la guerra (IV, 439; V, 221).
Berenice: ciudad de la Cirenaica (III, 249).
Berias: guerrero cartaginés (XIV, 152, 156).
Bético: guerrero hispano (XVI, 469).
Betis: río de Hispania, actual Guadalquivir (I, 146; III, 405; XII, 687; XIII, 676; IX, 234; XV, 750; XVI, 196, 286; XVII, 638).
Bíbulo: guerrero romano (VII, 623).
Birsa: ciudadela de Cartago (II, 363; III, 242; IX, 209).
bistones (bistonios): pueblo de Tracia (I, 433; II, 76; XI, 473).
Bitias: compañero de Dido (II, 409).
Bizacio: región de África, en la Pequeña Sirte (IX, 204).
Boco: jefe de los masilios (III, 285).
Bogo: adivino cartaginés (IV, 131; V, 402).
Bolonia: ciudad de la Galia Cispadana (VIII, 599).
Bóreas: viento del norte (I, 587, 595; IV, 244, 322; VII, 570; VIII, 513; IX, 493; X, 11; XII, 187, 617; XIV, 121, 389, 455; XV, 713; XVI, 97; XVII, 249).
Bostar: cartaginés (III, 6, 649, 676, 713).
Boviano: ciudad del Samnio (VIII, 564).

boyos: pueblo de la Galia Cisalpina (IV, 148, 159, 704; V, 107, 138, 647, 650; XI, 29).
Breno: jefe galo (IV, 150, 280).
Breuco: guerrero galo (IV, 233).
Briareo: gigante (XIII, 588).
Brucio (brucios): región del sur de Italia (VIII, 568; XI, 10; XIII, 93; XVI, 1; XVII, 179, 432).
Brucio: abanderado romano (VI, 15).
Brundisio: ciudad de Italia (VIII, 574).
Bruto (L. Junio Colatino): primer cónsul de Roma (VIII, 361; XI, 95; XIII, 721)
Bruto: guerrero romano (VII, 644, 652; VIII, 607; IX, 415).
Burno: atleta hispano (XVI, 567).
Buta: guerrero romano (V, 540).
Butes: guerrero cartaginés (VII, 598).
Buxento: ciudad de Lucania (VIII, 583).

Cádiz: ciudad hispana (I, 141; III, 4; XVI, 194, 467; XVII, 637).
cadmeo: relativo a Cadmo; cartaginés (XVII, 581).
Cadmo: hijo de Agenor y rey de Tiro, ancestro de los cartagineses (I, 6, 106; VII, 637 XIV, 579; XVII, 351).
Cafareo: cabo de Eubea (XIV, 143).
Caico: guerrero saguntino (I, 306).
Caístro: río de Jonia (XIV, 189).
Calabria (calabreses): región del sur de Italia (VII, 365; VIII, 573, 632; XII, 396).
Calacia: ciudad de Campania (VIII, 542; XI, 14).
Calacte: ciudad de Sicilia (XIV, 251).
Calais: hijo de Bóreas (VIII, 513).
Calcante: adivino (XIII, 38, 41).
Calcídica: la ciudad de Nola, colonia de Calcis (XII, 161).
Caledonia: remota región, en torno a la actual Escocia (III, 598).
Caleno: guerrero campano (XIII, 219).
Caleno: guerrero romano (XVII, 428).
Cales: ciudad de Campania (VIII, 512; XII, 525).
Calidón: ciudad de Etolia (XV, 307).
Calíope: musa de la poesía épica (III, 222; XII, 390).
Calípolis: ciudad de Sicilia (XIV, 249).
Calpe: montaña de Hispania, actual Gibraltar (I, 141, 644; III, 102; V, 395; VII, 171, 434; IX, 320; X, 174; XVII, 638).
Camarina: ciudad de Sicilia (XIV, 198).
camertinos: pueblo umbro (IV, 157; VIII, 461).
Camilo (M. Furio): héroe romano (I, 626; VII, 559; XIII, 722; XVII, 652).
Campania (campanos): región de Italia (I, 663; VI, 651; VII, 158; VIII, 525; XI, 111, 124, 215, 299, 428; XIII, 301).
Cáncer: constelación (I, 194; XII, 374; XV, 50).
Cannas: ciudad de Apulia (I, 50; VIII, 27, 256, 622; IX, 343; X, 30, 225, 336, 366, 516; XI, 77, 171, 345, 574; XII, 41, 82, 514; XIII, 718; XV, 34, 814; XVII, 164, 226, 264, 307, 608).
Canopo: ciudad de Egipto (XI, 431).
cántabros: pueblo hispano (III, 326; V, 197, 639; IX, 232; X, 16; XV, 413; XVI, 46).
Canto: guerrero africano (XV, 700).
Canusio: ciudad de Apulia (X, 388).
Caonia: región al norte del Epiro (III, 679).
Capenas: río de Etruria (XIII, 85).
Capis: fundador de Capua (XI, 179, 297; XIII, 117, 321).

Capis: guerrero de Aricia (IV, 381, 385).
Capitolio: templo de Júpiter en Roma (I, 64, 270, 384; III, 86, 623; IV, 151, 288, 758; V, 654, VII, 493, 558; IX, 216, 546; XI, 86; XII, 640, 741; XIII, 339; XV, 803; XVII, 266, 327).
Capua: ciudad del sur de Italia (VIII, 544; XI, 29, 74, 115, 121, 128, 151, 158, 174, 195, 207, 256, 317, 425; XII, 5, 87, 113, 194, 204, 287, 453, 491, 498, 506, 515, 571, 602; XIII, 96, 258, 266, 381, 454; XVI, 626; XVII, 280, 301).
Caralis: guerrero cartaginés (IX, 380).
Caribdis: torbellino del mar de Sicilia (II, 308; XIV, 256, 474).
Carmelo: guerrero romano (VII, 662, 672).
Carmenta: ninfa madre de Evandro (VII, 18; XIII, 816).
Caronte: barquero del Infierno (XIII, 671).
Cárpatos: parte del Mar Egeo (III, 681).
Cartago (cartagineses): ciudad de África (I, 3, 16, 34, 169, 252, 295, 366, 384, 443, 498, 514, 602, 678, 693; II, 25, 204, 230, 233, 257, 270, 303, 326, 365, 373, 394, 406, 407, 442, 452, 509, 565, 567, 573, 633, 652, 661, 692, 703; III, 4, 69, 138, 143, 158, 231, 416, 443, 562, 591, 592; IV, 3, 65, 79, 92, 122, 130, 185, 459, 472, 483, 488, 498, 571, 700, 763, 790, 801, 811; V, 38, 122, 152, 215, 377, 389, 574, 585, 595, 661, 669; VI, 28, 64, 83, 89, 344, 392, 401, 407, 410, 433, 437, 450, 479, 492, 506, 507, 582, 597, 609, 640, 660, 666, 671, 686, 699, 701, 712; VII, 7, 12, 15, 37, 69, 233, 260, 273, 281, 376, 485, 489, 491, 497, 504, 513, 522, 530, 548, 550, 576, 580, 589, 636, 711, 714, 744; VIII, 133, 144, 229, 242, 308, 329, 333, 351, 534, 563, 579, 676; IX, 8, 126, 130, 136, 182, 211, 378, 412, 417, 430, 439, 508, 527, 539, 558; X, 44, 67, 86, 88, 116, 189, 254, 326, 348, 368, 416, 425, 445, 453, 507, 523, 624, 652, 658; XI, 5, 15, 76, 97, 116, 129, 134, 190, 203, 239, 327, 357, 362, 372, 386, 425, 432, 531; XII, 5, 30, 38, 179, 224, 227, 269, 292, 302, 435, 479, 558, 587, 601, 606, 650, 670, 737; XIII, 13, 34, 100, 101, 262, 265, 509, 510, 617, 695, 698, 744, 871, 880; XIV, 96, 107, 115, 157, 287, 422, 539, *615*; XV, *120*, *193*, 247, *260*, 289, 325, 332, 340, 383, 417, 452, 464, 488, 545, 552, 557, 585, 630, 632, 662, 664, 733, 750, 758, 819; XVI, 92, 110, 133, 162, 169, 178, 211, 593, 602, 638, 658, 664, 684, 693; XVII, 74, 149, 157, 174, 180, 186, 224, 287, 288, 310, 345, 350, 363, 371, 457, 503, 513, 532, 541, 576, 586, 606, 622, 635).
Cartagena: ciudad hispana (III, 368; XV, 193, 220, 400, 410).
Cartalón: guerrero africano (I, 406; XV, 450).
Carteya: ciudad de Hispania (III, 396).
Casca: guerrero romano (VII, 649).
Casilino: ciudad cercana a Capua (XII, 426).
Casino: ciudad del Lacio (IV, 227; XII, 527).
Cásper: guerrero romano (IX, 401).
Casperia: ciudad sabina (VIII, 415).

castalio: relativo a la fuente de Castalia, consagrada a Apolo (XI, 482; XIV, 468).
Castalio: antepasado de Imilce (III, 98).
Castigo: personificación (II, 551; XIII, 604; XIV, 99).
Cástor: uno de los Dióscuros, hijos de Leda (IX, 295; XIII, 804).
Castro: ciudad de los rútulos (VIII, 359).
Cástulo: ciudad hispana (III, 99, 391).
Catane: ciudad de Sicilia (XIV, 196).
Catilina: guerrero romano (XV, 448).
Catilo: fundador de Tíbur (IV, 225; VIII, 364).
Cato: guerrero romano (IV, 139).
Catón (M. Porcio): el famoso censor (VII, 691; X, 14).
Catón (L. Porcio Licinio): pretor en el 207 (XV, 730).
Cáucaso: cordillera de Europa central (IV, 331; V, 148; XII, 460; XV, 81).
Cáucaso: nombre de caballo (XVI, 356, 367).
Caudino: guerrero brucio (XVII, 441).
Cauno: guerrero galo (IV, 233).
Cauro: viento del noroeste (I, 469, 688; II, 290; III, 523, 659; IX, 493; XIV, 74; XV, 154).
Cayeta: ciudad del Lacio (VII, 410; VIII, 529).
cecrópidas: atenienses, descendientes de Cécrope (XIII, 484).
cecropio: relativo a Atenas (II, 217; XIV, 189).
Cefaledo: ciudad de Sicilia (XIV, 252).
Cefalenia: la mayor de las islas Jónicas (XV, 305).
Céfiro: viento del oeste (V, 466, 504; VI, 528; XII, 4; XVI, 364, 427, 433).
celtas: pueblo de Europa occidental (I, 46; III, 340, 418, 448; IV, 63, 153, 190, 300; V, 143; VI, 23; VIII, 17; IX, 236; X, 304; XI, 25, 28; XIII, 79, 482; XV, 503, 715).
Centauro: monstruo fabuloso, mitad hombre y mitad caballo (III, 42; XI, 4541; XIII, 590).
Centenio (M. Pénula): centurión (XII, 463).
Centuripa: ciudad de Sicilia (XIV, 204).
Ceraunios: montes de Epiro (V, 386; VIII, 631).
Cerbero: perro de los Infiernos (II, 538; VI, 178; XIII, 574, 591).
Cere: ciudad de Etruria (VIII, 472).
Ceres: diosa de la agricultura (I, 237; VII, 183; IX, 205; XII, 375, 533; XIII, 535; XIV, 130).
Cerilas: ciudad del Brucio (VIII, 579).
cerretanos: pueblo hispano (III, 357).
César (C. Julio): dictador romano (XIII, 864).
Cesón: jefe hispano (III, 377).
Cetego (M. Cornelio): cónsul en el 204 (VIII, 575).
Chipre: isla del Mediterráneo (VII, 456).
Cíane: nombre de nave (XIV, 567).
Cíane: nombre de una fuente cercana a Siracusa (XIV, 515, 586).
Cibeles: diosa (VIII, 363; IX, 293; XVII, 8).
Cícico: ciudad de Misia (XII, 399).
Cícladas: islas del mar Egeo (I, 472; IV, 247).
Cíclopes: monstruos forjadores del rayo de Júpiter (IV, 433; V, 71; IX, 307, 448; XIII, 440; XIV, 33, 475, 514, 531; XV, 428).
cicones: pueblo de Tracia (II, 75; XI, 475).

Cidno: guerrero cartaginés (XIV, 434).
Cidno: jefe cántabro (III, 338).
Cidón: perro cretense (II, 444).
cidoneo: de la ciudad de Cidón, en Creta (II, 109; X, 260).
Cilene: montaña de Arcadia (III, 203).
Cilenio: sobrenombre de Mercurio, nacido en Cilene (III, 168, 219; VIII, 111; XIII, 630; XVI, 500).
Cilicia: región de Asia Menor (XIII, 882).
Cilnio: guerrero de Arrecio (VII, 29).
Címber: guerrero romano (XIV, 305).
Cime: nombre griego de la ciudad de Cumas (VIII, 531).
cimerios: pueblo legendario (XII, 132).
Cimino: lago etrusco (VIII, 491).
Cimódoce: ninfa (VII, 428).
Cimótoe: ninfa (III, 58).
Cíngulo: ciudad del Piceno (X, 34).
cinifio: procedente del río Cínips (V, 185, 288, 296; XVI, 354).
Cínips: guerrero cartaginés (XII, 226, 227).
Cínips: río del norte de África (II, 60; III, 275).
Cinna (L. Cornelio): romano al servicio de Cartago (X, 476).
Cinosura: constelación (III, 665; XIV, 457).
Cintia: sobrenombre de Diana (IV, 480).
Cinto: monte de Delos (XV, 771).
Circe: famosa hechicera (VII, 692; VIII, 440).
Circeo: promontorio cercano a Terracina (VIII, 390).
Cirene: ciudad de África (III, 252; IV, 628; VIII, 57, 158).
Cirene: ninfa (XII, 369).
Cirno: atleta hispano (XVI, 342, 382, 396, 416).
Cirra: ciudad de Fócida (III, 9, 97; XII, 320).
Cirta: ciudad de Numidia (XV, 447).
Citerea: sobrenombre de Venus (III, 572, 593; VII, 458).
Citereo: relativo a Venus (III, 683; XII, 247).
Clanio: guerrero romano (IV, 188).
Clanio: río de Campania (VIII, 535).
Clanis: río etrusco (VIII, 453).
Claudia (Quinta): matrona romana, de la familia Claudia (XVII, 34).
Claudio (Aselo): guerrero romano (XIII, 149).
Clauso: ancestro sabino de la familia Claudia (VIII, 412; XIII, 466; XV, 547; XVII, 33).
Cléadas: guerrero cartaginés (VII, 637).
Clelia: romana raptada por Porsena (X, 492; XIII, 830).
Clelio: guerrero romano, descendiente de Clelia (X, 456).
Cleonas: ciudad de Argólida, cercana a Nemea (III, 34).
Clitio: guerrero griego (XVII, 429, 430).
Clitumno: río de Umbría (IV, 545; VIII, 451).
Cloto: una de las Parcas (IV, 369; V, 404).
Clusio: ciudad de Etruria (V, 124; VIII, 478; X, 483).
Coaspes: jefe garamante (III, 317; IV, 824).
Cócalo: rey de Sicilia (XIV, 43).
Cocito: río de los Infiernos (XII, 117; XIII, 426, 566, 596; XIV, 587).
Cocles (Horacio): legendario guerrero romano (X, 484).
Colacia: ciudad del Lacio (VIII, 361).
Colino: guerrero romano (IV, 344).

cóncanos: pueblo hispano (III, 361).
Cora: ciudad volsca (IV, 220; VIII, 378).
Corbulón: capitán de navío en Cumas (XIV, 408, 417).
Córdoba: ciudad hispana (III, 401; XVI, 470).
Corfinio: ciudad pelignia (VIII, 520).
Córito: fundador de Cortona (IV, 720; V, 123).
Cortona: ciudad etrusca (VIII, 472).
Corvino (M. Valerio): adivino romano (V, 78, 101, 121).
Cosira: isla del Mediterráneo (XIV, 272).
Cotón: piloto de nave (VI, 357).
Cotón: soldado de Aníbal (II, 164).
Crántor: piloto de nave (XIV, 517).
Crasos: guerreros romanos a las órdenes del ejército de Fabio (VII, 618).
Crémera: río etrusco (II, 6).
Cremes: guerrero cartaginés (I, 403).
Cremona: ciudad de Italia (VIII, 592).
Crenes: ciudad frigia (VIII, 503).
Creso: rey lidio célebre por su riqueza (XIII, 776).
cretenses: naturales de Creta (II, 93; XIV, 39).
Crisas: río de Sicilia (XIV, 229).
Crispino (T. Quincio): cónsul en el 208 (XV, 345, 350; XVII, 306).
Crista: guerrero umbro (X, 93, 164).
Critias: guerrero espartano (IV, 371, 383).
Crixo: jefe de los boyos (IV, 148, 151, 175, 181, 197, 248, 261, 267, 270, 277, 293).
Cromis: guerrero saguntino (I, 439).
Crotón: ciudad de la Magna Grecia (XI, 18).
Crustumio: ciudad sabina (VIII, 366).
Cumas o Cime: ciudad de Campania (IX, 57; XI, 288; XII, 60, 75; XIII, 400, 494, 498; XIV, 408).
Cunctátor: sobrenombre de Q. Fabio Máximo (VII, 536; XVI, 674).
Cupenco: soldado de Aníbal (IV, 535).
Cupido: divinidad (VII, 442; XI, 420; XIV, 242).
Cupra: ciudad del Piceno (VIII, 432).
Cures: ciudad sabina (III, 594).
Curetes: sacerdotes de Cibeles (II, 93; XV, 308).
Curio (M. Dentato): legendario romano, vencedor de Pirro (XIII, 723).
Curión: jefe picentino (VIII, 425; IX, 415; X, 209, 404).

dacios: pueblo del centro de Europa (I, 324).
Dafnis: pastor siciliano (XIV, 466, 470).
Dafnis: marinero siciliano (XIV, 462).
dahas: pueblo escita (XIII, 764).
dánaos: otro nombre de los griegos (XIII, 41).
Dardania (dardánidas/dardanios): otro nombre de Italia (I, 14, 43, 486; II, 1, 336, 425; III, 151, 164, 359, 616, 710; IV, 487, 670, 733, 782; V, 291; VII, 11, 475, 585; VIII, 149; IX, 72, 201, 317, 600; X, 30; XI, 30, 178, 546, 565; XII, 190, 608; XIII, 504; XIV, 429; XV, 242, 319, 453; XVI, 24, 129, 191, 239, 257; XVII, 80, 323, 336, 614).
Dárdano: hijo de Júpiter y Electra, padre de Capis (XI, 293).
Dasio: aliado apulio de Aníbal (XIII, 32).
Daunia (daunios): una parte de Apulia. Los daunios se identifi-

can también con los rútulos, los romanos en general e incluso los saguntinos (I, 291, 665; II, 244; V, 631; XII, 429; XIII, 9, 59; XIV, 3; XVII, 431).
Dauno: antiguo rey de Apulia, identificado como el padre de Turno (II, 557; IV, 125, 502, 554; VII, 157; VIII, 357; IX, 212, 499; XI, 506; XII, 43; XIII, 39, 70; XV, 344; XVII, 158, 220).
Dauno: guerrero saguntino (I, 440).
Decio: ciudadano ilustre de Capua (XI, 158, 185, 189, 194, 205, 208, 213, 216, 225, 237, 238, 247, 250, 350, 378; XIII, 280; XV, 43).
Dédalo: personaje mitológico (XII, 91; XIV, 41).
Delgadez: personificación (XIII, 581).
Delos: isla griega en que nacieron Apolo y Diana (V, 204; XII, 330).
Diana: diosa de la caza (IV, 369, 769; XII, 366; XIII, 124; XIV, 260; XV, 307).
Dicarquea: otro nombre de Putéolos (hoy *Puzzuoli*) (VIII, 533; XII, 107; XIII, 385).
Dicté: montaña de Creta (II, 94; XVII, 21).
dicteo: del monte Dicté. Por extensión, cretense (XII, 90; XIII, 184; XV, 631).
Dictina: sobrenombre de Diana cazadora (II, 71, 191; XV, 770).
Dido: reina de Cartago (I, 23, 74; II, 406, 422; IV, 765; VIII, 50, 122, 166, 231; XV, 746).
Dignidad: personificación (XV, 99).
Díndimo: montaña de Frigia (XVII, 20).
Diomedes: héroe griego (VIII, 241; IX, 63; XIII, 40; XVI, 368).
Dione: otro nombre de Venus (IV, 106; VI, 697; VII, 87; XIV, 410).
Discordia: personificación (XIII, 586).
Dite: otro nombre de Plutón (XIII, 415, 559, 587).
Dodona: ciudad del Epiro (III, 680).
Dólopes: pueblo de Tesalia (XV, 314).
Dolor: personificación (II, 550).
Dorilas: guerrero saguntino (II, 126).
Draces: soldado de Aníbal (XV, 467, 468).
Drepane: ciudad de Sicilia (XIV, 269).
Druencia: río de la Galia (III, 468).
Ducario: jefe de los boyos (V, 645).
Duelo: personificación (II, 549; XIII, 581).
Duero: río de Hispania (I, 234).
Duilio: cónsul en el 260 (VI, 665).
Duliquio: isla de las Cícladas (I, 379; II, 603; XII, 115).
Durio: guerrero saguntino (I, 438; V, 323).
Durio: atleta hispano (XVI, 366, 379, 401, 406, 423).

eácidas: descendientes de Éaco, en especial su nieto Aquiles (I, 627; XIII, 796, 800; XIV, 95; XV, 292).
eagrio: relativo a los tracios y a Orfeo (V, 463).
Ébalo: antiguo rey de Esparta (XII, 451).
Ebro: río de Hispania (I, 480, 643; II, 449; V, 161; VII, 110; VIII, 323; IX, 195; XI, 144; XVI, 633; XVII, 641).
ecuano: de Ecua, ciudad de Campania (V, 466).
Ecuano: guerrero romano (V, 176, 182).
ecuos: pueblo de Italia central (VIII, 369, 489).
edetanos: pueblo de Hispania (III, 372).

edonios: tribu de Tracia (IV, 776).
Eetes: rey de la Cólquide (VIII, 498).
Éfira: antiguo nombre de Corinto (XIV, 52, 180, 656; XV, 310).
Egates: islas del Mediterráneo (I, 61, 622; II, 310; IV, 80, 800; V, 246; VI, 685; XI, 527)
Egeo: mar del Mediterráneo (I, 468; XV, 157).
Egeria: ninfa (IV, 367, 380).
egipcios: naturales de Egipto (XIII, 474).
Elba: isla del Mediterráneo (VIII, 615).
Electra: hija de Atlas (XI, 292).
Élida: Región de Grecia (I, 224).
Élimo: héroe epónimo de Élima (XIV, 46).
Elíseo: morada de los héroes y hombres virtuosos tras la muerte (II, 698; XIII, 410, 552, 631, 778).
eliseo: relativo a Elissa, cartaginés (II, 239; VI, 346; XVI, 614).
Elissa: otro nombre de Dido (I, 81, 98; II, 391, 421; III, 82; VII, 488; VIII, 47, 78; XIV, 258; 573; XV, 521; XVII, 224).
Ematia: otro nombre de Macedonia (III, 400; XV, 286).
Embriaguez: personificación (XV, 96).
Encélado: nombre de gigante (XIV, 579).
enéadas: otro nombre de los romanos, descendientes de Eneas (I, 2; II, 55, 295, 420, 428; III, 70, 560; IV, 133, 817; V, 187; VI, 610; VIII, 2, 47, 175, 193; XI, 551; XII, 521, 639, 734; XIII, 153, 500, 767, 891; XIV, 4; XVI, 117; XVII, 289).
Eneas: héroe troyano (II, 413; VII, 474, 562; VIII, 71, 87, 104, 143; IX, 74; X, 50, 643; XVI, 370).
Eneo: rey de Calidón (III, 367; XIII, 31; XV, 308).
Engio: ciudad de Sicilia (XIV, 249).
Enio: nombre griego de Belona (X, 202).
Ennio: poeta romano (XII, 393).
Enotria (enotrios): otro nombre de Italia (I, 2; II, 57; VIII, 46, 220; IX, 473; XII, 587, 650; XIII, 713; XV, 522; XVI, 685; XVII, 433).
Entela: ciudad de Sicilia (XIV, 204, 205).
Envidia: personificación (XIII, 584).
eolios: naturales de Eolia, en Asia Menor (I, 193; IX, 525; XIV, 70, 234, 491; XV, 424).
Eolo: Dios de los Vientos (XVII, 241).
Epiro: región de Grecia (I, 627; XV, 298).
Érebo: divinidad infernal, hijo del Caos y hermano de la Noche. El Infierno mismo (I, 92; II, 541; XII, 659; XIII, 435, 759, 894; XV, 43).
Ergecio: ciudad de Sicilia (XIV, 250).
Erictonio: hijo de Dárdano (XI, 294).
Erídano: otro nombre del río Po (I, 132; IV, 488, 634, 691; V, 129, 156; VI, 108; VIII, 589; IX, 188, 236; XI, 25, 138, 217; XII, 217, 697; XIV, 189).
Erimanto: monte de Arcadia (III, 38).
Erinia: otro nombre de las Furias (II, 595, 609, 625, 693; X, 417; XIII, 293; XIV, 99).
Eritia: isla legendaria, morada de Gerión (XVI, 194).
Érix: monte de Sicilia (VI, 697; XIV, 203).
Error: personificación (XIII, 586).
Escaptia: ciudad del Lacio (VIII, 395).

Escauro: jefe romano (VIII, 370).
Esceas (puertas): Puerta de Troya (XIII, 73).
Escévola: jefe romano (VIII, 384; IX, 372; X, 404).
Escila: monstruo marino (II, 306, 334; V, 135; XIII, 440, 590; XIV, 474).
Escipión (L. Cornelio): cónsul en el 259 (VI, 671).
Escipión (L. Cornelio): hermano del Africano (XVI, 59).
Escipión (P. Cornelio): cónsul en el 218 (IV, 52, 230, 241, 624, 629, 669, 698; VI, 710; XVI, 193).
Escipión (P. Cornelio): Escipión Africano el Mayor (IV, 117; VIII, 546, 552; IX, 276, 413, 430, 439, 459; X, 426; XI, 362; XIII, 218, 231, 236, 386, 449, 466, 648, 651, 699, 710, 718, 719, 737, 756, 792, 798, 831; XV, 10, 158, 181, 270, 341, 441, 492; XVI, 33, 67, 154, 159, 178, 223, 234, 259, 276, 281, 358, 580, 595, 657; XVII, 48, 84, 89, 235, 315, 395, 402, 480, 492, 509, 518, 533, 543, 645).
Escipión (P. Cornelio Nasica): hijo de Cn. Escipión y primo hermano de Escipión Africano (XVII, 10).
Escipiones: miembros de la familia romana (VII, 107; VIII, 254; IX, 276, 439; XIII, 384; XV, 4).
Escirón: marinero marmárico (XIV, 482).
escitas: pueblo que habitaba más allá del mar Negro (XIII, 486).
Esernia: ciudad samnita (VIII, 566).
Esfinge: monstruo de Tebas (XIII, 589).
Esis: rey de los pelasgos (VIII, 844).
Esis: río de Umbría (VIII, 848).
Esmirna: ciudad de Jonia, posible cuna de Homero (VIII, 594).
Esparta (espartanos): ciudad de Laconia (I, 421; II, 8, 433; IV, 359, 365).
Estabias: ciudad de Campania (XIV, 409).
Estela: comarca de Campania (XI, 266).
Estenio: guerrero romano (IV, 343).
Estigio: perteneciente a la Estigia, infernal (I, 94, 386; II, 427, 616; V, 242, 528, 617; VI, 33, 219; VII, 690; IX, 45; X, 161; XII, 124, 137, 244; XIII, 294, 423, 553, 625; XIV, 162, 242, 450, 587, XV, 43).
Estigia: río de los Infiernos (II, 706; III, 35, 601; IV, 786; V, 597; VI, 146, 488; VII, 586, 724; XII, 120; XIII, 522, 570, 713, 784; XIV, 247; XV, 35).
Estrimón: río de Tracia (XI, 459).
Eta: monte de Tesalia (III, 43; VI, 452).
etíopes: pueblo africano (III, 265; XII, 605).
Etna: nombre de una nave (XIV, 587).
Etna: volcán de Sicilia (VIII, 614, 653; IX, 196, 448, 459, 497; XII, 154; XIV, 58, 221, 527).
Etolia (etolios): región de Grecia (I, 125; III, 367, 707; VII, 484; VIII, 351; IX, 99, 495; X, 184, 266; XI, 505; XII, 673; XIII, 32; XV, 286; XVI, 368).
etruscos: habitantes de Etruria, en Italia (V, 1; VIII, 468; X, 41, 485).
eubeo: de Eubea, isla del Mar Egeo (XI, 288; XIV, 143).
eugáneos: pueblo del Véneto (VIII, 603; XII, 216).
Éumaco: guerrero espartano (IV, 371, 385, 392).
Euménides: las Furias (II, 544, 559; IV, 437).
Euridamante: guerrero saguntino (II, 178, 186).

Eurimedonte: guerrero saguntino, gemelo de Licormas (II, 637, 641, 645).
Euripo: estrecho entre Beocia y Eubea (XIV, 144).
Érito: atleta hispano (XVI, 473, 489, 506, 522).
Euro: viento del este (II, 173; III, 292; IV, 6, 322; VI, 175, 525; VIII, 111; IV, 493; X, 322; XV, 80, 714; XVII, 250).
Europa: nombre de una nave (XIV, 568).
Europa: una de las tres partes del mundo antiguo (I, 200, 221).
Eurotas: río de Laconia (IV, 364; VI, 312).
Evandro: antiguo rey de Arcadia (VII, 18; XIII, 816).

Fabio: primer miembro de la *gens Fabia* (VI, 634).
Fabio (Q. Máximo): hijo del anterior, cónsul en el 213 (XII, 482).
Fabio (Q. Máximo Cunctátor): cónsul en el 233, 228, 215 y 209 (I, 679, 686; II, 3, 44, 368, 382, 388; III, 587; VI, 611, 620, 639; VII, 1, 24, 91, 114, 126, 147, 214, 219, 225, 262, 268, 276, 305, 306, 336, 379, 398, 495, 515, 526, 538, 576, 587, 614, 621, 709, 734, 742, 745, 750; VIII, 2, 10, 33, 236, 253, 263, 277, 297, 329; IX, 53, 566, 647; X, 282, 307, 515, 594, 605, 615, 640; XI, 90; XII, 501; XV, 322, 332; XVI, 603; 644; 648, 673).
Fabios: familia romana (VI, 637; VII, 39, 59).
Fabrateria: ciudad del Lacio (VIII, 396).
Facelina: ciudad de Sicilia (XIV, 260).
Fado: guerrero romano (V, 565).
Faetón: hijo del Sol (VI, 3; VII, 149, 206; X, 110, 540; XI, 369; XIII, 458; XVII, 496, 601).
Falanto: soldado de Aníbal (IV, 529, 533).
Falanto: lacedemonio fundador de Tarento (VII, 665; XI, 16).
Falerno: ciudadano campano (VII, 166, 193, 199).
Falerno: comarca de Campania (VII, 159, 165, 211).
faliscos: pueblo etrusco (IV, 223; VIII, 489).
Fama: divinidad (VI, 554; XVI, 594).
Fárfaro: guerrero romano (IV, 182).
Faros: isla de Egipto (I, 214).
Fauno: antigua divinidad campestre (V, 7, 629; VIII, 356; IX, 294).
Faventia: ciudad del norte de Italia (VIII, 596).
feacios: habitantes de la isla de Corcira (XV, 297).
Febe: otro nombre de la Luna (XV, 563; XVI, 35).
Febo: otro nombre de Apolo, el Sol (I, 193; III, 99, 399, 411, 481, 621; IV, 113, 526; V, 78, 181; VII, 87, 206, 662; VIII, 492, 504; IX, 34, 62, 225, 345; X, 111, 537; XI, 267; XII, 103, 222, 323, 413, 732; XIII, 400, 412, 539, 789; XIV, 28, 468; XV, 224, 302, 311, 334; XVI, 662).
fenicios: pueblo de Asia Menor (I, 33; III, 274, 362; VI, 313; VII, 409, 576, 666; VIII, 184; XI, 597; XIII, 730; XVI, 25; XVII, 146, 631).
Fénix: hijo de Agenor (I, 89).
Ferentino: ciudad del Lacio (VIII, 393).
feretíades: habitantes de Putéolos (XII, 159).
Feronia: divinidad sabina (XIII, 84).
Fésula: ciudad etrusca (VIII, 477).
Fibreno: guerrero romano (IV, 605).
Fibreno: río del Lacio (VIII, 399).
Fidena: ciudad del Lacio (XV, 91).

Filenos: dos hermanos, héroes cartagineses (XV, 701).
Filipo (V.): rey de Macedonia (XV, 289; XVII, 420).
Fiscelo: monte del Samnio (VIII, 517).
Flaminio (C.): cónsul en el 217 (IV, 705; V, 103, 104, 416, 599, 608, 639, 658; VI, 23, 113, 709; VII, 34, 111, 230; VIII, 218, 310; IX, 55, 190, 422; XI, 142, 212; XII, 550; XIII, 717; XVII, 161, 295).
Flavina: ciudad etrusca (VIII, 490; XIII, 85).
Flegetonte: río de los Infiernos (II, 610; XII, 714; XIII, 564, 836, 871; XIV, 61).
Flegreos (campos): región de Campania (IV, 275; VIII, 538, 655; IX, 305; XVII, 649).
foceos: de Focea, en Asia Menor, o de alguna de sus colonias, como Marsella (I, 335; III, 369; IV, 52; XV, 172).
Folo: guerrero saguntino (I, 437).
Fontano: guerrero de Fregelas (V, 540).
Forcis: jefe hispano (III, 402; X, 173).
Forco: hijo de Neptuno y padre de Medusa (II, 59).
Fortuna: divinidad (I, 8; II, 5; III, 93; IV, 38, 57, 448, 607, 730, 732; V, 93, 265; VI, 46, 368; VII, 10, 93, 245, 387; VIII, 365; IX, 48, 157, 162, 328, 354, 409; X, 215, 574; XI, 4, 39, 168; XII, 554; XIII, 189, 265, 383; XV, 105, 640, 736; XVI, 29, 616).
Fórulos: ciudad sabina (VIII, 415).
Fregelas: ciudad del Lacio (V, 542; XII, 529).
Fregenas: ciudad etrusca (VIII, 475).
Frentano: pueblo del Samnio (VIII, 519; XV, 567).
frigios: pueblo de Asia Menor (I, 91, 106, 514; II, 352; VII, 120, 437, 465; VIII, 134, 163, 241, 359, 503; IX, 73; XI, 430; XII, 706; XIII, 52, 64, 748; XIV, 45; XV, 280; XVII, 3).
Frusino: ciudad de los hérnicos (VIII, 398; XII, 532).
Fucino: lago en los confines de los marsos (IV, 344).
Fulginia: ciudad umbra (IV, 545; VIII, 460).
Fulvio (Cn. Centumalo): cónsul en el 211 (XVII, 304).
Fulvio (Cn. Flaco): pretor en el 212 (XII, 471).
Fulvio (Q. Flaco): cónsul en el 212 (XI, 114; XII, 571, 600; XIII, 96, 137, 156, 187, 361; XVI, 627).
Fundi: ciudad del Lacio (VIII, 529).
Furias: diosas vengadoras de los delitos (I, 444; IX, 265, 563; XIII, 604).
Furnio: guerrero romano (VII, 619).
Furor: personificación (IV, 325).

Gábar: guerrero africano (IX, 385, 387).
Gabies: ciudad del Lacio (XII, 537).
Gala: soldado de Asdrúbal (XV, 464).
Galatea: ninfa (XIV, 226).
Galba: jefe etrusco (VIII, 469; X, 194, 403).
Galeso: guerrero saguntino (I, 438).
Galia (galos): región de Europa occidental (I, 625, 656; IV, 216, 644; VIII, 642; XV, 553, 736).
Galicia (galaicos): región hispana (II, 397, 417, 602; III, 345, 353; IV, 326; X, 118; XVI, 334, 377, 382).
Ganges: río de India (III, 612; VIII, 408; XII, 460; XIII, 765).
Gárado: soldado de Aníbal (VII, 601).

garamantes: pueblo de Libia (I, 142, 414; II, 58; III, 10, 313, 648; IV, 445, 452; V, 194, 357, 363; VI, 676, 705; VII, 628; VIII, 267; IX, 222; X, 304; XI, 181; XII, 749; XIII, 479; XIV, 440, 498; XV, 676; XVI, 630; XVII, 447, 634).
Gáramo: soldado de Aníbal (II, 110).
Gargano: monte de Apulia (IV, 561; VII, 366; VIII, 223, 629; IX, 34, 212, 483; XIII, 59; XVII, 600).
Gargano: nombre de caballo (IV, 266).
Gargeno: rey de los boyos (V, 137).
Gaulo: isla del mar de Sicilia (XIV, 274).
Gauro: monte de Campania (VIII, 532; XII, 160).
Gela: ciudad de Sicilia (XIV, 218).
Gelesta: guerrero mauro (X, 85).
Gerión: monstruo de tres cabezas (I, 277; III, 422; XIII, 201).
Germánico: sobrenombre de Domiciano (III, 607).
Gestar: senador cartaginés (II, 327).
Gestar: soldado de Aníbal (IV, 627; XII, 262).
getas: pueblo de Tracia (I, 324; II, 75; VIII, 514; XI, 475).
gético: relativo a los getas (IV, 244; XVII, 488).
Getulia (gétulos): región del noroeste de África (II, 64; III, 288; IX, 79; XVI, 176, 569).
Gías: guerrero saguntino (I, 439).
Gigantes: seres sobrenaturales (VI, 181; XII, 143, 529; XIII, 590; XVII, 649).
Gisgón: cartaginés padre de Asdrúbal (XVI, 675).
Gisgón: soldado de Aníbal (II, 111).
Glago: atleta hispano (XVI, 561).
Gloria: personificación (XV, 98).
Gorgonas: hijas de Forco; en particular, Medusa (III, 314; IV, 234; IX, 442, 462; X, 174, 435; XIV, 576).
Gortina (gortinios): ciudad de Creta (II, 90, 101, 148; V, 447).
Graco (Ti. Sempronio) : cónsul en el 215 (XII, 63, 76, 477, 549; XIII, 717; XVII, 161, 299).
Graco (Ti. Sempronio Longo): cónsul en el 218 (IV, 699; VII, 34).
Gracos: familia romana (IV, 495, 515; VII, 106).
Gradivo: sobrenombre de Marte (I, 433; III, 702; IV, 201, 222, 419, 460; VI, 340; IX, 290, 457, 486, 527, 553; X, 14, 527, 550; XI, 101, 399, 581; XII, 222, 329, 716; XIII, 365, 532; XV, 15, 337, 492; XVII, 485).
Gran Madre: sobrenombre de Cibeles (VIII, 416).
gravios: pueblo de Hispania (I, 235; III, 366).
Graviscas: ciudad etrusca (VIII, 473).
Grecia (griegos): país del Mediterráneo (I, 289, 378; III, 178, 366; IV, 358; VI, 327; VIII, 257, 533; IX, 63; XI, 21; XII, 41, 49, 69, 358; XIV, 127, 301, 338, 562; XV, 168, 177, 309, 316; XVII, 418, 425).
Grosfo: jefe sículo (XIV, 211).
Guardián: sobrenombre de Cerbero (II, 552).

Halesa: ciudad de Sicilia (XIV, 218).
Haleso: compañero de Agamenón, fundador de Falerii (VIII, 474).
Hampságoras: príncipe sardo (XII, 345).
Hámpsico: soldado de Aníbal (VII, 671).
Hannón: general cartaginés (XVI, 29, 72, 674; XVII, 631).
Hannón: senador cartaginés, enemigo de Aníbal (II, 277, 285,

326, 360, 376; IV, 771; VIII, 22; XI, 543, 554; XVII, 195, 200).
Harpe: guerrera nasamonia (II, 117).
Harpe: nombre de caballo (XVI, 365).
Hebro: río de Tracia (II, 75; III, 620; XI, 477; XVII, 487).
Héctor: héroe troyano (II, 343; XIII, 800; XIV, 205).
Hedonia: ciudad de Apulia (VIII, 567).
Helesponto: estrecho entre Tracia y Asia Menor (VIII, 621).
Helicón: monte de Beocia (XII, 412; XIV, 1, 30).
Heloro: ciudad de Sicilia (XIV, 269).
Hemo: monte de Tracia (III, 495; XI, 464).
Hemonio: de Tesalia (X, 11).
Henna: ciudad de Sicilia (I, 93, 214; II, 304; V, 489; VII, 689; XIII, 431; XIV, 50, 238, 245).
Herbeso: ciudad de Sicilia (XIV, 264).
hercúleo: propio de Hércules (I, 273; V, 396; X, 174; XII, 156; XVI, 194)
Hércules: héroe mitológico (I, 142, 199, 369, 585; II, 191, 237, 356; III, 263, 436, 514; IV, 4, 72, 224; VI, 453, 636; VII, 44, 50; IX, 185; XI, 136; XII, 118, 143, 360, 433; XIV, 147; XV, 505, 643; XVI, 149; XVII, 638).
Herio: guerrero romano (XVII, 452, 470).
Herminio: guerrero romano (V, 580).
hérnicos: pueblo del Lacio (IV, 226; VIII, 391; X, 313).
Herno: río de Lidia (I, 159).
Hersilia: esposa de Rómulo (XIII, 812).
Hesperia: las tierras de Occidente (Italia o Hispania) (I, 4, 50, 130; II, 344; III, 703; IV, 816; VII, 15; XII, 502; XV, 250, 309; XVII, 220).
Hespérides: ninfas que custodian las manzanas de oro (I, 431; II, 78; III, 283; IV, 636).
Héspero: atleta hispano (XVI, 465, 491, 504, 511, 520).
Héspero: estrella vespertina (XI, 268; XII, 647).
Hibero: atleta hispano (XVI, 354, 392, 394).
Hibero: soldado de Aníbal (I, 387, 392, 394).
Hibla: ciudad de Sicilia (XIV, 26, 200).
Hiempsal: guerrero nasamón (I, 408).
Hiempsas: jefe cartaginés (XVI, 461).
Hierón: rey de Sicilia (XIV, 80, 653).
Hímera: río de Sicilia (XIV, 233).
Himeto: montaña de Atenas (II, 218; XIV, 199).
Himilcón: capitán cartaginés (XIV, 394, 431, 451, 561).
Híparis: río de Sicilia (XIV, 230).
Hiperión: Titán, padre del Sol, la Luna y la Aurora (XV, 214).
Hipona: ciudad de Numidia (III, 259).
Hipsa: ciudad de Sicilia (XIV, 227).
hircanos: pueblo de Asia (V, 281; XIII, 474).
hirpinos: pueblo del Samnio (VIII, 569; XI, 11).
Híspalis: ciudad hispana (III, 392).
Hispania (hispanos): antiguo nombre de la península Ibérica (I, 220, 629; XIII, 681, 695).
Hispelo: ciudad umbra (IV, 187; VIII, 457).
Honor: personificación (XV, 98).
Horcas Caudinas: desfiladero en el Samnio (VIII, 565).
Hosto: guerrero saguntino (I, 437).
Hosto: sardo, hijo de Hampságoras (XII, 347, 377, 403, 413).

Íaco: otro nombre de Baco (VII, 187; XII, 526).
iberos: pueblo que habitaba Iberia o Hispania (I, 145, 156, 190, 287, 656; II, 50, 185, 269; III, 101, 176, 224, 340, 418; IV, 59, 470, 549; V, 271; X, 219, 229; XI, 609; XII, 119, 378; XIII, 382, 471, 507, 510, 846; XV, 2, 153, 194, 206, 268, 399, 414, 479, 642, 792; XVI, 24, 31, 90, 106, 216, 245, 259, 306, 420, 657; XVII, 636).
Ibiza: isla del Mediterráneo (III, 362).
Icario: otro nombre del mar Egeo, en el que cayó Ícaro (IV, 245).
Ícaro: hijo de Dédalo (II, 133, 142).
Icnusa: otro nombre de Cerdeña (XII, 358).
Ida: monte de Frigia (VII, 437, 465).
idalio: de la ciudad de Idalia, en Chipre (V, 19).
Idmón: guerrero nasamón (VII, 609).
Idumea: región de Palestina (III, 600; VII, 456).
Ido: soldado de Aníbal (II, 164).
Iertes: guerrero cartaginés (V, 259; X, 299).
Ietas: ciudad de Sicilia (XIV, 271).
Iguvio: ciudad umbra (VIII, 459).
Ilerdes: atleta hispano (XVI, 566, 571).
Ilertes: jefe africano (III, 255).
Ilia: vestal, hija de Númitor (XII, 543).
Ilión (ilíacos): otro nombre de Troya (III, 151; V, 82, 595; VI, 106; VIII, 50; X, 386, 434; XII, 344, 515; XIII, 43, 53, 266, 620; XV, 282; XVII, 229).
ilirios: habitantes de Iliria, región del Adriático (VIII, 290; X, 509; XV, 294).
Ilo: rey troyano (XI, 295).
Imilce: esposa de Aníbal (III, 97, 106; IV, 775, 806).
Ínaco: antiguo rey de Argos (X, 347; XV, 278).
inaquio: argivo, griego (I, 287).
Inárime: isla del Mediterráneo (VIII, 541; XII, 148).
India (indos): habitantes de la lejana región bañada por el Indo y el Ganges (VII, 477; VIII, 408; XV, 79; XVII, 647).
Indíbil: atleta hispano (XVI, 564).
Indígete: Eneas divinizado como dios indígete (VIII, 39).
Indigetes: divinidades romanas (IX, 294; X, 436).
Infamia: personificación (XV, 97).
Insidias: personificación (XIII, 583).
Ío: nombre de nave (XIV, 517).
Iras: personificación (IV, 437).
Iris: mensajera de los dioses, y especialmente de Juno (IX, 471, 529, 551).
Irpino: guerrero romano (IV, 595).
Isalces: guerrero libio (V, 289, 296).
Istmo: otro nombre para Corinto, o bien su colonia, Siracusa (XIV, 51, 341; 642; XV, 155).
Istro: otro nombre del Danubio (I, 326; III, 617).
Ítaca (itacenses): isla griega (II, 180, 183; VIII, 539; XIII, 48, 803; XV, 303).
Italia (ítalos/itálicos): península de Europa meridional (I, 70, 344, 379, 485; III, 212, 400; IV, 122, 229, 315, 504, 721, 759; V, 329, 563; VI, 14, 104, 130, 242, 596; VII, 149, 429, 475, 489, 681; VIII, 183, 202, 268, 353, 574; IX, 76, 490, 503, 571; X, 309, 492; XI, 26, 502; XII, 17, 290, 372, 410, 523; XIII, 210, 253, 654, 658, 707, 742, 754, 885; XIV, 77, 108, 195, 353, 441, 522; XV, 394, 474, 518, 674, 711, 781; XVI, 616, 619, 632; XVII, 163, 213, 234, 405, 465, 614).

Itemón: jefe de los autóloles (V, 546).

Janículo: monte de Roma (X, 488).
Jano: divinidad (XII, 718).
Jantipo: general lacedemonio, aliado de los cartagineses (II, 434; IV, 357; VI, 683; IX, 67).
Jantipo: hijo del precedente (IV, 372, 392).
Janto: río de la Tróade (XIII, 72).
Jápeto: titán hijo de Urano y Gea (XI, 149).
Játiva: ciudad de Hispania (III, 373, 374; XVI, 474).
Jónico: golfo de Tarento (XI, 22; XIV, 73; XV, 157).
Juba: soldado de Aníbal (II, 160).
Júcar: río de Hispania (III, 372).
Julios: descendientes de Julo (III, 595).
Julo: hijo de Eneas (VIII, 71, 74, 91, 107; XI, 179; XIII, 863).
Juno: diosa proclive a Cartago (I, 26, 63, 138, 548; II, 533, 694; IV, 574, 725; V, 207; VI, 184, 468; VII, 77, 457; VIII, 27, 360; IX, 296, 494, 526, 535; X, 47, 370; XI, 390; XII, 201, 537, 692, 704, 726; XIII, 364, 601, 618; XVII, 342, 357, 370, 522, 533, 557, 567, 579, 598, 604).
Júpiter: padre de los dioses (I, 9, 137, 253, 386, 417; II, 26, 66, 115, 364, 484, 535, 674; III, 510, 630, 647, 667, 676, 677; IV, 113, 126, 476; V, 168, 385; VI, 595, 600, 620, 642, 648, 693; VII, 240; VIII, 116, 254, 296, 342, 645, 666; IX, 308, 537, 542; X, 68, 83, 108, 166, 338, 345, 362; XI, 84, 179, 291, 380; XII, 56, 151, 333, 340, 605, 619, 635, 643, 656, 658, 672, 691, 721, 743; XIII, 326, 345, 512, 615, 631, 642, 841; XIV, 569; XV, 120, 364, 804; XVI, 261, 623, 665; XVII, 53, 174, 226, 267, 370, 478, 608).

Lábaro: guerrero galo (IV, 232).
Labico: ciudad del Lacio (VIII, 366; XII, 534).
Labico: guerrero romano (V, 565).
Labieno: guerrero romano (X, 32, 34, 37).
Lacio (latinos): región de Italia (I, 42, 112, 567, 603; II, 379; III, 175, 370, 588, 591, 700; IV, 76, 502, 512, 729; V, 10, 59, 120; VI, 43, 339, 444, 470, 489, 594, 603, 641, 693; VII, 17, 21, 74, 694; VIII, 7, 33, 43, 70, 204, 234, 252, 276, 651, 676; IX, 1, 79, 437; X, 48, 267, 338, 388, 429, 656; XI, 78, 511, 566; XII, 199, 293, 394, 412, 466, 545; XIII, 34, 616, 655, 741, 745, 810, 821, 869; XIV, 112, 257, 393, 618; XV, 320, 383, 393, 443, 447, 481, 546, 640, 733; XVI, 11, 40, 75, 131, 139, 190, 214, 250, 264, 286, 306, 595, 680, 688; XVII, 8, 74, 83, 168, 191, 282, 353, 394, 432, 436, 515, 524, 534).
laconios: habitantes de Laconia, en Grecia (II, 305; III, 295; IV, 361; VI, 336, 345; VII, 666; XIV, 207).
Ladmo: guerrero cartaginés (I, 397).
Laertes: padre de Ulises (I, 290; VII, 693; XV, 303, 431).
lágida: egipcio, descendiente de Lago (I, 196; X, 321).
Lago: general de Alejandro, dominador de Egipto (XVII, 591).
Lamo: rey de Cayeta (VIII, 529).
Lamo: atleta hispano (XVI, 475).
Lampón: nombre de caballo (XVI, 334, 392).

Lanuvio: ciudad del Lacio (VIII, 361; XIII, 364).
Lao: guerrero del Brucio (XVII, 441).
Laomedonte: legendario rey de Troya (I, 543; VII, 437; VIII, 172; XIII, 55; XVII, 4).
laomedontíadas: romanos, como descendientes del troyano Laomedonte (X, 629).
Larino (larinates): ciudad de Apulia (VIII, 402; XII, 174; XV, 565).
Laro: guerrero cántabro (XVI, 47).
Laro: guerrero galo (IV, 234).
Laronio: guerrero romano (XIV, 534).
Laterano: guerrero romano (V, 229, 251).
Latino: legendario rey de los latinos (I, 40; III, 223, 644).
Latino: guerrero romano (XV, 447).
Latonia: sobrenombre de Diana, hija de Latona (XII, 713; XIII, 137; XV, 777).
Laurente: guerrero de Capua (XIII, 195).
Laurento (laurentinos): antigua ciudad del Lacio (I, 110, 605, 659, 669; III, 83; IV, 221; VIII, 28, 68, 358, 598; IX, 203, 548; X, 494; XII, 706; XIII, 60, 65, 747; XIV, 257; XV, 415; XVI, 151, 255, 678; XVII, 62, 281).
Lauro: guerrero romano (IV, 343).
Lavinia: hija del rey Latino (VIII, 176; XIII, 806).
Lavinio (lavinios): ciudad de Eneas en el Lacio (I, 44; X, 438; XIII, 64).
Lealtad: personificación (I, 330, 598; II, 480, 525, 542, 561, 651, 654; VI, 132, 468, 548; XIII, 282, 285, 291).
Leandro: legendario amante de Hero (VIII, 621).
Lebrija: ciudad hispana (III, 393).
Leda: esposa de Tindáreo y madre de los Dióscuros (II, 434; IV, 356; XIII, 44, 663, 804; XV, 83).
Lelio (C.): prefecto de la flota de Escipión (XV, 217, 258, 274, 453; XVI, 576, 583; XVII, 439).
Lenate: guerrero romano (XV, 447).
Léntulo: senador romano (I, 676).
Léntulo (Cn. Cornelio): soldado romano, tribuno militar y luego cónsul en el 201 (V, 231, 253; X, 261, 290, 291).
Leontinos: ciudad de Sicilia (XIV, 125).
Lepóntico: guerrero galo (IV, 235).
Leptis: ciudad de África (III, 256).
Lérida: ciudad hispana (III, 359; XVI, 475).
Lerna: laguna de Argólida (II, 158; III, 32; VI, 182).
lestrigones: antiguo pueblo antropófago (VII, 276, 410; XIV, 126).
Leteo: río de los Infiernos, identificado a veces con el Miño (I, 236; X, 356; XIII, 555; XVI, 476).
Léucate: promontorio al sur de la isla Leucadia, en el mar Jónico (XV, 302).
Leucosia: isla del mar Tirreno (VIII, 578).
Levino: centurión romano, de Priverno (VI, 42).
Levino: guerrero romano (V, 544).
Líber: otro nombre de Baco (XV, 80; XVII, 647).
Libia (libios): región del norte de África (I, 23, 35, 189, 194, 247, 478, 623, 657; II, 50, 56, 310, 330, 348, 358, 388, 527, 574; III, 40, 173, 226, 315, 324, 459, 563, 651, 682, 701; IV, 39, 130, 376, 423, 469, 529, 550, 799; V, 89, 193, 203, 217, 250, 320, 345, 532, 555, 639; VI, 141, 243, 454, 485, 500, 516, 673, 695, 712; VII, 13, 20, 32, 63, 132, 241, 305, 401, 432, 493, 526; VIII, 205, 270, 319, 437,

650, 661, 673; IX, 67, 181, 197, 244, 272, 297, 317, 533, 546, 574, 580, 640; X, 92, 124, 157, 247, 251, 441, 472, 480, 576; XI, 2, 23, 210, 320, 377, 435, 484, 587, 603; XII, 11, 189, 196, 259, 275, 335, 359, 420, 478, 644; XIII, 94, 103, 481, 513, 562, 681, 767; XIV, 74, 289, 386, 438, 560, 577, 651; XV, 186, 194, 331, 349, 362, 423, 450, 471, 484, 539; XVI, 27, 106, 153, 160, 209, 219, 289, 556, 596, 611, 627, 639, 660, 681; XVII, 62, 173, 336, 402, 472, 523, 543).

Libón: guerrero romano (V, 411).

licio: habitante de Licia, en Asia Menor (VIII, 494).

Lico: guerrero saguntino (II, 177).

Licormas: guerrero saguntino, gemelo de Eurimedonte (II, 637, 643, 644).

Licurgo: rey de Lacedemonia (IV, 364).

Lidios: de Lidia, en Asia Menor. Los etruscos colonizados por lidios (I, 157; IV, 719; V, 9; IX, 190; X, 484; XI, 139; XIII, 8, 828).

Lieo: otro nombre de Baco (III, 370, 395; VI, 138; VII, 169, 172, 201, 748; VIII, 376; XI, 406; XIII, 273, 416; XIV, 204; XVI, 308).

Ligauno: guerrero galo (IV, 206).

Ligdo: guerrero saguntino (I, 438).

Líger: adivino romano (IV, 120).

Ligo: guerrero romano (IV, 591).

ligures: pueblo de Italia (I, 628; VIII, 605; XIV, 37; XV, 165).

Lileo: marinero cartaginés (XIV, 489).

Lilibeo: ciudad y promontorio de Sicilia (XIV, 75).

Lindo: ciudad de Rodas (III, 364).

Lípari: una de las islas Eolias (XIV, 56).

Liqueo: marinero romano (XIV, 434).

Liris: río de Italia (IV, 348; VIII, 399).

Literno: ciudad de Campania (VI, 654; VII, 278; VIII, 531).

Livio (*M. Salinátor*): cónsul en el 207 (XV, 593, 648, 659, 725).

Lixo: soldado de Aníbal (II, 112).

Lixo: ciudad y río de África (III, 258; V, 400).

Llanto: personificación (II, 550).

Locros: ciudad del Brucio (XI, 20).

lucanos: habitantes de Lucania (VIII, 569; IX, 572; XII, 477; XV, 544).

Lucas: guerrero romano (X, 139).

Lucifer: estrella (VII, 639).

Lucrecia: mujer romana de célebre virtud (XIII, 822).

Lucrino: lago de Campania (XII, 116; XIV, 410).

Lujo: personificación (XV, 96).

Luna: ciudad etrusca (VIII, 480).

Luna: diosa romana de la Luna, asimilada a Diana (III, 59).

lusitanos: habitantes de Lusitania, en la península Ibérica (III, 354; V, 335).

Lutacio (*C. Cátulo*): cónsul en el 241 (VI, 687; XIII, 731).

macas: pueblo libio (II, 60: III, 275: V, 194; IX, 11, 89, 222; XV, 670).

macedonios: pueblo del norte de Grecia (XIII, 878; XIV, 5; XV, 287; XVII, 414, 632).

Maceo: soldado de Aníbal (IV, 627).

Magios: guerreros romanos (IV, 187).

Magna Grecia: región del sur de Italia (XI, 21).

Magno (Pompeyo): político y militar rival de César (XIII, 862).

Magón: hermano de Aníbal (III, 240; IV, 311, 562, 823; V, 288, 369, 531; VI, 61; VII, 328; IX,

229; X, 374, 387; XI, 373, 484, 498, 553, 600; XVI, 26, 165, 674).
Mahalces: soldado de Aníbal (VII, 599).
Maharbal: jefe cartaginés (IV, 562).
Maldita (puerta): puerta de Roma, la antigua *Porta Carmentalis* (VII, 48).
Malta: isla del Mediterráneo (XIV, 251).
Mamerco: guerrero romano (V, 333).
Mancino: guerrero romano (IX, 13, 71, 86, 94, 112, 257).
Mandonio: jefe hispano (III, 376).
Mantua: ciudad de Italia (VIII, 592, 593).
Maratón: población del Ática (XIV, 650).
Maraxes: jefe cartaginés (VII, 324).
Marcelo (M. Claudio): cónsul IV en el 210 (III, 587; VIII, 255; XI, 99;, XII, 166, 179, 198, 256, 279, 420; XIV, 113, 179, 339, 503, 626; XV, 336, 346, 347, 353, 393, 548; XVII, 299).
Marcia: mujer de Régulo (VI, 403, 576).
Marcio (L. Séptimo): general romano (XIII, 700).
Mario: amigo de Escipión (XIII, 231).
Mario: guerrero romano (IX, 401).
Mario (C.): dictador y cónsul en el 107 (XIII, 853).
Marmárica (marmáridas/marmáricos): región de África (II, 57, 165; III, 300, 687; V, 184, 437; VII, 84, 629; VIII, 215; IX, 222; XI, 182; XIV, 482).
Maro: compañero de Régulo (VI, 74, 98, 136, 261, 425, 431, 551, 575, 579).
Marón: guerrero romano (XV, 448).
Marro: epónimo de Marruvio (VIII, 505).
marrucinos: pueblo de Italia central (VIII, 519; XV, 566; XVII, 453).
Marruvio: ciudad de los marsos (VIII, 505).
Marsella: ciudad de Galia (XV, 169).
Marsias: sátiro (VIII, 503).
marsos: pueblo de Italia central (IV, 220; VIII, 495; IX, 269; X, 315).
Marte: Dios de la Guerra (I, 55, 118, 457, 549, 635; II, 365, 555; III, 85, 217, 352; IV, 11, 100, 430, 459, 472, 477, 505; V, 171, 203, 228, 247, 458, 530, 570, 609; VI, 6, 16, 208, 317, 477, 665; VII, 298, 717; VIII, 253, 260, 269, 305, 462; IX, 290, 357, 436, 439, 447, 465, 468, 522, 525, 552, 557; X, 383, 386, 399, 545, 553, 618; XI, 24, 464; XII, 197, 274, 278, 286, 325, 582; XIII, 18, 37, 379, 456, 660, 811; XIV, 9, 132; XV, 4, 261, 265, 344, 360, 440, 594, 734, 808; XVI, 24, 106, 147, 203, 532; XVII, 147, 488).
masagetes: pueblo de Escitia (III, 360).
Másico: guerrero romano (IV, 346).
Másico: monte de Campania (VII, 166, 207, 263).
masilios: pueblo de África (I, 101; II, 108, 298; III, 282; IV, 510; V, 413; VIII, 99; IX, 223; XII, 276; XVI, 170, 183, 234, 252, 258, 447; XVII, 61, 110, 128, 172).
Masinisa: rey de los númidas (XVI, 117, 158; XVII, 413).
Másulis: guerrero cartaginés (I, 405).
mauros: pueblo de Mauritania (II, 161, 439; III, 339; IV, 376, 549; VI, 675; VII, 682, 703; VIII, 267;

IX, 222, 573; X, 85, 125, 304, 604; XV, 413; XVII, 89, 632).
maurusios: mauros, habitantes de Mauritania (IV, 567; IX, 620; X, 401; XI, 412; XIII, 145; XVI, 553).
Mazara: ciudad de Sicilia (XIV, 273).
Meandro: río de curso sinuoso (VII, 139).
Mecenas: guerrero etrusco (X, 40).
Medusa: una de las Gorgonas (II, 59; III, 316; X, 177).
Megera: una de las Furias (III, 37; XIII, 432, 575, 592, 611).
Memnón: hijo de la Aurora (III, 334).
Ménades: sacerdotisas de Baco (III, 102, 395).
Ménalo: monte de Arcadia (XIII, 346; XV, 771).
Menes: ciudad de Sicilia (XIV, 266).
Menfis: ciudad de Egipto (XI, 431; XIV, 660).
Meninge: isla al norte de África (III, 318).
meonios: habitantes de Meonia, antiguo nombre de Lidia; etruscos (I, 157; IV, 525, 721; V, 10, 329; VI, 607; VII, 139; VIII, 483; X, 40, 485; XII, 17; XV, 35).
Méroe: esposa del cretense Mopso (II, 104).
Mésapo: rey de Calabria o Mesapia (XII, 393).
Mesina: ciudad de Sicilia (XIV, 194).
Métabo: guerrero romano (IV, 337, 340).
Metauro: guerrero romano (IV, 187).
Metauro: río de Italia (VII, 486; VIII, 449; XV, 556).
Metelo: guerrero romano (VII, 618).
Metelo (L. Cecilio): cuestor en el 214 (X, 47, 61, 420, 441; XII, 305).
Metimna: ciudad de Lesbos (VII, 211).
Metisco: guerrero saguntino (I, 437).
Mevania: ciudad de Umbría (IV, 544; VI, 647; VIII, 456).
Micenas: ciudad de la Argólida (I, 27; VIII, 620; XV, 277).
Micipsa: soldado de Aníbal (II, 160).
Micono: soldado de Asdrúbal (XV, 447).
Miedo: personificación (IV, 325).
migdonio: pueblo de Macedonia (VIII, 504).
Milas: ciudad de Sicilia (XIV, 202).
Mílico: legendario rey de Hispania (III, 104).
Milón: guerrero romano (XIII, 300, 365).
Mimante: gigante (IV, 276; XII, 147).
Mimante: monte de Jonia (III, 494).
Mincio: guerrero romano (IX, 627).
Minerva: Diosa de la Sabiduría y la Inteligencia (XIII, 55, 78; XIV, 479).
Minos: rey cretense (II, 107; VIII, 470; XIV, 40, 43).
Minucio: prefecto de caballería de Fabio (VII, 386, 523; IX, 564).
Mírice: ninfa (III, 103).
Miseno: ciudad de Campania (VIII, 538; XII, 155).
Módena: ciudad de Italia (VIII, 591).
moloso: nombre de perro (II, 689).
Moneco: promontorio de Liguria (I, 586).
Moneso: soldado de Aníbal (VII, 604).
Mopso: guerrero cretense (II, 89, 95, 138).
Morgencia: ciudad de Sicilia (XIV, 265).
Morino: soldado de Aníbal (VII, 605).
Morino: guerrero galo (XV, 723).

Mosa: guerrero galo (XV, 727).
Mucio (Escévola): romano célebre por su oposición a Porsena (VIII, 386).
Muerte: personificación (II, 548; XIII, 560).
Mulcíber: otro nombre de Vulcano (IV, 668; XII, 141; XIV, 55, 450, 566; XVII, 102).
Munda: ciudad hispana (III, 400).
Murrano: guerrero romano (IV, 529, 532; V, 172, 461).
Murro: guerrero saguntino (I, 377, 381, 398, 421, 457, 477, 479, 482, 489, 499, 504, 517, 520; II, 556, 563, 570, 670).
Murro: soldado de Asdrúbal (XV, 467).
Musas: Diosas de la Poesía, la Música y las Artes (I, 3; III, 619; V, 420; VII, 217; VIII, 593; XII, 31, 219; XIII, 789; XIV, 28, 467).
Mútice: ciudad de Sicilia (XIV, 268).

Nabis: sacerdote de Amón (XV; 672).
Nar: río de la Sabina (VIII, 451).
Naris: soldado de Aníbal (VII, 598).
Narnia: ciudad umbra (VIII, 458).
nasamones: pueblo de África (I, 408; II, 62, 117; III, 320; VI, 44; VII, 609; IX, 221; XI, 180; XIII, 481; XVI, 630; XVII, 246).
Nasidio: guerrero romano (XV, 450).
Naturaleza: personificación (XI, 187; XV, 75).
Nauloca: ciudad de Sicilia (XIV, 264).
Náyades: divinidades de las aguas (V, 21; VI, 289; XV, 772).
Nealces: jefe cartaginés (IX, 226, 268, 363, 392; XV, 448).
Nebrodes: monte de Sicilia (XIV, 236).
Neleo: rey de Pilos, padre de Néstor (XV, 456).
Nemea: ciudad y bosque de Argólida (II, 483).
Nepete: ciudad etrusca (VIII, 489).
Neptuno: Dios del Mar (III, 50; 412; VII, 255; XII, 575; XIV, 363, 443; XV, 253; XVI, 37; XVII, 236).
Nereida: nombre de nave (XIV, 571).
Nereidas: divinidades del mar (III, 413; XIV, 222).
Nereo: padre de las Nereidas (III, 49; IV, 298; VII, 416; XIV, 18, 414; XV, 240; XVII, 624).
Nerio: guerrero romano (V, 260).
Nérito (neritios): isla griega cerca de Ítaca (II, 317; III, 318; XV, 305).
Nerón (C. Claudio): cónsul en el 207 (VIII, 413; XII, 173, 483; XV, 548, 578, 592, 652, 779, 794, 813).
Neso: nombre de nave (XIV, 500).
Néstor: rey de Pilos (XIII, 801).
Neto: ciudad de Sicilia (XIV, 268).
Nifates: río de Armenia (XIII, 765).
Nilo: río de África (III, 265; IX, 224; XI, 430; XIII, 766; XVI, 36).
Ninfas: divinidades de la naturaleza (IV, 691; VI, 171; VII, 428; VIII, 182).
niseo: perteneciente a la ciudad india de Nisa, consagrada a Baco (III, 393; VII, 198; XII, 160).
Noche: personificación (II, 531; XV, 284, 542, 562, 602, 612).
Nola: ciudad de Campania (VIII, 534; XII, 161, 162, 293, 481).
nómadas: pueblo de Numidia (II, 186, 264; V, 194; VI, 675, 705; VIII, 56, 157a; IX, 275; X, 304; XI, 31; XII, 562; XV, 368; XVI, 116, 154; XVII, 65, 633).
Norbano: guerrero romano (XVII, 426).

Noto: viento del sur (I, 288; IX, 493; XII, 617, 661; XIV, 12, 422, 623; XVI, 97; XVII, 210, 255, 274).
nubios: pueblo de Etiopía (III, 269; VII, 664).
Nuceria: ciudad de Campania (VIII, 532; XII, 424).
Nucras: ciudad samnita (VIII, 564).
Numana: ciudad del Piceno (VIII, 431).
Numico: río del Lacio (I, 666; VIII, 179, 190, 358).
númidas: pueblo de África (I, 215; IX, 242).
Numitor: guerrero de Capua (XIII, 194, 212).
Nursia: ciudad sabina (VIII, 417).

Océano: esposo de Tetis y Dios del Mar (II, 396; III, 52, 392; V, 395; VII, 109, 639; XII, 247; XIII, 554; XIV, 349; XVI, 37; XVII, 145, 244).
Ocno: héroe etrusco (VIII, 599).
Ocres: guerrero romano (X, 32).
odrisios: otro nombre para los tracios (IV, 431; VII, 570; XIII, 441).
Oea: ciudad de África (III, 257).
Oileo: padre de Áyax (XIV, 479).
Olimpo: monte de Tesalia (III, 671; IV, 417; IX, 551; X, 350; XI, 267, 457, 518; XII, 665; XVI, 38).
Olpe: ciudad del Epiro (XV, 300).
Omnipotente: sobrenombre de Júpiter (VII, 372; XI, 122; XVII, 385).
Ópiter: guerrero romano (X, 33).
orestas: pueblo del Epiro (XV, 313).
Orfeo: célebre músico, hijo de la musa Calíope (XI, 460).
Órfito: guerrero romano (V, 166).
Órico: ciudad del Epiro (XV, 293).
Oritía: ninfa (VIII, 514; XII, 526).
Órnito: guerrero cartaginés (XIV, 478).
Ortigia: isla de Siracusa (XIV, 2, 515).
Ortro: perro de Gerión (XIII, 845).
Osa: constelación (I, 198, 590; III, 192, XV, 227).
oscos: pueblo del sur del Lacio (VIII, 526; XIV, 195).
Ossa: monte de Tesalia (III, 495).
Otris: guerrero africano (V, 437).
Otris: monte de Tesalia (III, 495).

Pactolo: río de Lidia (I, 234).
Pacuvio: ciudadano de Capua (XI, 58, 311).
Pado: guerrero galo (IV, 232).
Pafos: ciudad de Chipre (VII, 457).
Págasas: ciudad de Tesalia (XI, 469).
Paladión: imagen sagrada de Palas (IX, 531; XIII, 50).
Palas: otro nombre de Minerva (I, 238; III, 405; VI, 648; VII, 86, 456; IX, 297, 442, 456, 474, 481).
Palatino: monte de Roma (I, 15; VI, 632; XII, 516, 709).
Palermo: ciudad de Sicilia (XIV, 261).
palestinos: habitantes de Palestina, en la región de Siria (III, 606).
palícos: pueblo de Sicilia (XIV, 219).
Palidez: personificación (XIII, 582).
Pan: divinidad pastoril (XIII, 326, 327).
Pancates: nombre de caballo (XVI, 348, 374, 388, 400, 441).
Pangeo: monte de Tracia (II, 73; IV, 776; XI, 464).
Pantagias: río de Sicilia (XIV, 231).
Paquino: promontorio de Sicilia (XIV, 72).
Parcas: divinidades del Destino (IV, 203; V, 75, 406; VIII, 6; IX, 475, 649; X, 644).
paretonio: relativo a Paretonio, ciudad de Libia (III, 225; V, 356; XVII, 449).

Parnaso: monte de Fócida (III, 391; XII, 320, 337; XV, 311).
parrasio: de Parrasia, en Arcadia (XII, 710).
Partenope: otro nombre de Nápoles (VIII, 534; XII, 28).
Partenope: nombre de sirena (XII, 34).
partos: pueblo de Asia (X, 12).
Pasifae: hija del Sol y esposa de Minos (VIII, 471).
Patras: ciudad griega (XV, 310).
Paulo (L. Emilio): cónsul en el 216 (III, 586; VIII, 284, 300, 306, 316, 348, 667; IX, 6, 15, 21, 26, 38, 65, 135, 262, 274, 424, 633, 639, 643, 644; X, 1, 10, 26, 30, 43, 50, 53, 77, 83, 171, 176, 221, 223, 234, 263, 269, 272, 285, 287, 292, 299, 305, 405, 505, 515, 521, 558, 578; XI, 93, 141, 172, 212, 346, 511, 526; XII, 225, 234, 239, 549; XIII, 706, 716; XV, 42; XVII, 161, 264, 297).
Pavor: personificación (VI, 557).
Paz: divinidad (VI, 692).
Pediano: guerrero romano (XII, 212, 223, 251).
Pegaso: nombre de nave (XIV, 576).
Pela (peleos): ciudad de Macedonia (XI, 381; XIII, 765; XVII, 429, 430).
pelasgos: pueblo de Italia (VIII, 443).
Peleo: esposo de Tetis y padre de Aquiles (XIII, 803).
pelignos: pueblo samnita (VIII, 510; IX, 80, 116).
Pelión: monte de Tesalia (III, 495; XI, 449).
Pélope: hijo de Tántalo y padre de Atreo, epónimo del Peloponeso (III, 252; IV, 628; XIV, 72; XV, 306).
Peloro: nombre de caballo (XVI, 355, 359, 414, 426).
Peloro: promontorio de Sicilia (IV, 494; XIV, 78).
Peloro: soldado de Aníbal (IV, 167).
Pelusio: ciudad de Egipto (III, 25, 375).
peonios: macedonios (XIV, 27).
Pérgamo: fortaleza de Troya (I, 47; III, III, 569; IX, 113; XII, 362; XIII, 37, 50, 64).
Perseo: héroe argivo que cortó la cabeza a Medusa (III, 315).
Perseo: nombre de nave (XIV, 516).
Perusa: ciudad de Etruria (VI, 71).
Perusino: guerrero umbro (X, 156).
Pesto: ciudad de Lucania (VIII, 578).
Petilia: ciudad del Brucio (XII, 431).
Petrea: ciudad de Sicilia (XIV, 248).
Picano: monte de Apulia (IV, 302).
Picencia: ciudad de Campania (VIII, 578).
Piceno (picentinos): región de Italia (V, 208; VI, 649; VIII, 424; IX, 273; X, 312).
Picente: guerrero romano (IV, 175, 176).
Pico: antiguo rey del Lacio (VIII, 439).
Pierio: relativo al monte Piero, consagrado a las Musas, y a las Musas mismas (XI, 415, 481).
Pigmalión: hermano de Dido (I, 21; VI, 532; VIII, 64).
Pilos: ciudad de Mesenia, patria de Néstor (VII, 597; XV, 456).
Pindo: monte del Epiro (IV, 520; IX, 605; XII, 658).
Pinna: ciudad de los vestinios (VIII, 517).
Pirene: hija de Bébrix (III, 425, 438, 439).
Pireo: puerto de Atenas (XIII, 754).
Pirineos: montes (I, 190, 353, 487, 548, 643, 669; III, 338, 415, 417; IV, 61; IX, 230; XI, 144; XIII, 699; XIV, 35; XV, 176, 451, 478, 491, 791; XVI, 246, 278; XVII, 641).
Pirro: rey del Epiro (XIII, 725; XIV, 94).

Pisa: ciudad de la Élide (XV, 210).
Pisón: jefe de los umbros (VIII, 463; X, 250, 403).
Pitón: nombre de nave (XIV, 572).
Placencia: ciudad de la Cisalpina (VIII, 591).
Placer: personificación (XV, 22, 32, 95, 108, 123).
Pleminio: guerrero romano (XVII, 458).
Pleurón: ciudad de Etolia (XV, 310).
Po: río de la Galia Cisalpina (IV, 177, 647; XV, 35).
Pobreza: personificación (XIII, 585).
Podeto: marinero de Sicilia (XIV, 492).
Polencia: ciudad de Liguria (VIII, 597).
Polidamante: príncipe troyano (XII, 212).
Polifemo: cíclope (XIV, 223; XV, 429).
Polifemo: guerrero cartaginés (XIV, 527).
Pólux: uno de los Dióseuros, hijos de Leda (IX, 295; XIII, 805).
Pomponia: madre de Escipión (XIII, 615).
Pontinas (lagunas): marismas de Campania (VIII, 379).
Ponto: reino de Asia (XIII, 477).
Porsena: legendario rey etrusco (VIII, 389, 478; X, 483, 501).
Preneste: ciudad del Lacio (VIII, 365; IX, 404).
Preocupaciones: personificación (XIII, 583).
pretucianos: pueblo del Piceno (XV, 568).
priámidas: descendientes de Príamo, troyanos (XIII, 68).
Priverno: ciudad del Lacio (VI, 43; VIII, 393).
Propóntide: mar entre el Egeo y el Ponto Euxino (XIV, 145).
Próquite: isla de Campania (VIII, 540; XII, 147).
Proserpina: divinidad de los Infiernos (XIII, 546).
Proteo: dios marino que adoptaba múltiples formas (VII, 420; XI, 447).
Prusias: rey de Bitinia (XIII, 888).
Ptolomeo: general de Alejandro que llegó a ser rey de Egipto (XI, 381).
Publícola (P. Valerio Flaco): legado en el 218 (II, 8).
púnico: cartaginés (I, 621; VI, 65; VIII, 275; X, 419; XIV, 288).

Quercente: guerrero umbro (X, 151).
Quimera: nombre de nave (XIV, 497).
Quirinio: guerrero romano (IV, 192).
Quirino: nombre de Rómulo divinizado (III, 627; IV, 813; VI, 103; VIII, 646; IX, 294; X, 332; XI, 118; XII, 718; XIII, 266, 811; XV, 83; XVI, 76; XVII, 651).
Quirites: sabinos llegados de Cures y, fundidos luego con los romanos, dieron nombre a los ciudadanos de Roma (IV, 48; XVII, 646).
Radamanto: juez de los Infiernos (XIII, 543).
Rávena: ciudad de la Cispadana (VIII, 601).
Reate: ciudad sabina (VIII, 415).
Regio: ciudad del Brucio (XIII, 94).
Régulo (M. Atilio): cónsul en el 256 (II, 343, 436; IV, 360; VI, 62, 88, 128, 257, 318, 342, 438, 478, 658, 675, 682).
Rémulo: guerrero romano (IV, 186).
Reno: río de Italia (VIII, 599).
Renombre: personificación (XV, 98).
Reso: rey de Tracia (II, 76).
reteos: troyanos, romanos (I, 115; II, 51; VII, 431; VIII, 619; IX,

72, 621; XIV, 487; XVII, 196, 486).
rifeo: relativo a los montes Rifeos, en Escitia (XI, 459; XII, 7).
Rin: río de Europa Central (I, 594; III, 599).
Ríndaco: jefe hispano (III, 388).
Ródano: guerrero galo (XV, 722).
Ródano: río de la Galia (I, 594; III, 446, 449, 464; IV, 61; XV, 500, 671).
Ródope: monte de Tracia (II, 73; III, 494, 621; IX, 605; XI, 476; XII, 400, 658; XIV, 121).
Roma (romanos): ciudad de Italia, capital del Imperio (I, 5, 16, 29, 45, 80, 114, 187, 269, 298, 340, 389, 447, 479, 608, 651; II, 32, 322, 452; III, 73, 138, 182, 356, 509, 564, 569, 585; IV, 42, 115, 149, 409, 499, 509, 512, 570, 670, 708; V, 39, 43, 124, 199, 448, 462, 601, 634; VI, 379, 483, 601, 630, 642, 674, 713; VII, 24, 40, 90, 95, 379, 519, 522, 538, 563; VIII, 2, 270, 334, 348, 477, 479; IX, 44, 181, 191, 196, 213, 346, 351, 364, 515, 531, 655; X, 32, 64, 234, 265, 295, 349, 359, 374, 382, 408, 481, 589, 657; XI, 57, 61, 118, 124, 129, 139, 235, 537; XII, 47, 296, 318, 506, 513, 518, 519, 557, 564, 573, 580, 615, 634, 670, 674, 690; XIII, 79, 100, 226, 823, 830; XIV, 248, 249, 369, 585, 678; XV, 90, 126, 236, 396, 508, 547, 555, 572, 577, 648, 763, 810; XVI, 152, 283, 624, 640, 662, 691; XVII, 189, 235, 353, 463, 611, 627, 654).
Rómulo: fundador de Roma (III, 618; VI, 611; VII, 485; IX, 524; X, 279; XI, 75, 583; XII, 606; XIII, 793; XV, 1, 335; XVI, 254; XVII, 384, 526).
Roto: soldado de Aníbal (II, 165).
Rubicón: riachuelo al norte de Italia (VIII, 453).
Rudias: ciudad de Calabria (XII, 396, 397).
Rufras: ciudad del Samnio (VIII, 566).
Rulo: guerrero romano (V, 260).
Rúspina: ciudad de África (III, 260).
Rutilo: guerrero romano (XV, 700, 702).
rútulos: pueblo del Lacio; por extensión, romanos y también saguntinos (I, 377, 437, 584, 658; II, 541, 567, 604; III, 261; IV, 62; V, 403; VIII, 194, 357; IX, 507; X, 449; XI, 165, 565; XIII, 163, 171; XIV, 498; XV, 328, 642, 737, 759; XVI, 141, 697; XVII, 125, 426).

Sabate: laguna y ciudad en Etruria (VIII, 490).
Sabelo: pueblo de la Sabina (IV, 221).
Sabelo: guerrero romano (XV, 687).
sabinos: pueblo de Italia, al nordeste de Roma (III, 596; VIII, 423; XIII, 843).
Sabo: epónimo de los sabinos (VIII, 422).
Sábrata: ciudad de África (III, 256).
Sábrata: marinero cartaginés (XIV, 437).
Sábura: soldado de Aníbal (XV, 441).
Saces: soldado de Aníbal (II, 161).
Sáfaro: soldado de Aníbal (VII, 604).
Sagunto (saguntinos): ciudad de Hispania (I, 271, 332, 378, 502, 573, 631, 650, 654, 676; II, 105, 229, 284, 369, 394, 436, 446, 487, 514, 541, 569, 662, 704; III, 2, 16, 66, 178, 564; IV, 62; V, 160, 322; VI, 701; VII, 280; IX, 186, 292; XI, 143;

XII, 80, 432, 695; XIII, 675; XV, 409; XVII, 328, 495).
Salamina: isla próxima al Peloponeso, en la que Temístocles derrotó a los persas (XIV, 282).
salentinos: pueblo del sur de Apulia (VIII, 573).
Salerno: ciudad del Piceno (VIII, 562).
Salvadora: sobrenombre de Juno (XIII, 364).
Same: isla de Cefalenia (XV, 303).
Samio: guerrero griego de Aníbal (XVII, 428).
samnitas: pueblo de Italia (I, 664; IV, 558; VIII, 562; IX, 270; X, 314; XI, 8, 175).
Sanco (Semo): divinidad romana (VIII, 420).
Sapis: río de Umbría (VIII, 448).
Sardo: libio epónimo de Cerdeña (XII, 359).
sardos: habitantes de Cerdeña (VI, 672; XII, 343, 368; XIV, 6).
sármatas (sarmáticos): habitantes de Sarmacia, en Europa central (III, 384, 617; XV, 313, 685).
Sarmente: guerrero galo (IV, 200).
Sarno: río de Campania (VIII, 537).
sarranos: otro nombre para los tirios, cartagineses (I, 72; III, 256; VI, 468, 662; VII, 432; VIII, 46; IX, 202, 319; XI, 2; XV, 205).
sarrastes: pueblo del Sarno (VIII, 536; X, 315).
Sásina: ciudad de Umbría (VIII, 461).
Sasón: isla del Jónico (VII, 480; IX, 469).
Sátiro: genio rústico (III, 103, 394).
Sátrico: guerrero de Sulmona (IX, 68, 77, 104, 111, 128).
Satura: parte de las Lagunas Pontinas (VIII, 380).
Saturnia: sobrenombre de Juno (II, 527; IV, 709; VII, 464, 511; VIII, 202; IX, 296; X, 337, 433; XII, 702).
Saturnio: relativo a Saturno, romano (III, 711).
Saturno: padre de Júpiter (I, 70; III, *184; IV, 442; VIII, 440; XI,* 458; XIII, 63; XIV, 49; XV, 525; XVII, 380).
Selinonte: ciudad de Sicilia (XIV, 200).
Selio: guerrero romano (XVII, 429).
Sena: río de Umbría (VIII, 453; XV, 552).
senones: pueblo galo (I, 624; IV, 160; VI, 555; VIII, 453; XI, 30; XII, 583).
seres: pueblo oriental ubicado en la actual China (VI, 4; XV, 79; XVII, 595).
Serpentario: constelación (III, 193).
Serrano: hijo de Régulo (VI, 62, 292, 295, 575).
Servilio (Cn. Gémino): cónsul en el 217 (V, 98, 114; VIII, 665; IX, 272; X, 222; XIII, 718; XVII, 308).
Setia: ciudad del Lacio (VIII, 377; X, 33).
Sibila: mujer dotada de dones proféticos (IX, 62; XIII, 411, 444, 488, 621, 724; XVII, 2).
Sicca: guerrero cartaginés (IX, 385, 388).
Sicilia (sicanos/sículos): isla del Mediterráneo (I, 35, 62, 662; II, 334, 429; III, 243; IV, 502; V, 566; VIII, 356, 614; X, 313, 655; XIII, 739; XIV, 2, 4, 34, 44, 98, 110, 154, 178, 237, 258, 291, 467, 492; XV, 356, 433; XVI, 216; XVII, 48).
Sícoris: atleta hispano (XVI, 475).
Sícoris: legado de Sagunto (I, 633).
Sículo: jefe de los ligures (XIV, 37).
Sidicino: ciudad de Campania (V, 551; VIII, 511; XI, 176; XII, 524).
Sidón: nombre de nave (XIV, 579).
Sidón (sidonios): ciudad fenicia. Los sidonios, por extensión, son los

troyanos (I, 10, 131, 144, 297; II, 571, 656; III, 241, 406, 665, 708; IV, 268, 325, 356, 648; V, 2, 290, 474; VI, 85, 109, 343, 370, 411; VII, 98, 285, 634, 716; VIII, 70, 193, 199, 212, 436; IX, 97, 104, 161, 427, 514; XI, 135, 281, 298, 309, 355, 596; XII, 377, 627, 693; XIII, 144, 514, 620, 714; XIV, 98, 269, 271, 354, 517, 573; XV, 38, 390, 524, 636, 737, 746, 800; XVI, 451, 647, 677, 696; XVII, 212, 347, 369).
Sífax: rey de los masilios (XVI, 171, 187, 221, 248; XVII, 62, 76, 116, 629).
Sigeo: cabo de la Tróade (I, 665; IX, 203).
Signia: ciudad del Lacio (VIII, 378).
Sila: jefe romano (VIII, 393).
Sila (L. Cornelio): dictador romano (XIII, 855, 860).
Silano (M. Junio): pretor en el 212 (XII, 483).
Sílaro: guerrero brucio (XVII, 438).
Sílaro: río de Lucania (VIII, 580).
Silas: guerreros del ejército de Fabio (VII, 618).
Simbruvio: lago de los ecuos (VIII, 369).
Simeto: río de Sicilia (XIV, 231).
Simeto: soldado de Aníbal (IX, 410).
Símois: río de la Tróade (XIII, 72; XV, 59; XVI, 370).
Sínalo: antepasado del siguiente (V, 358).
Sínalo: curandero cartaginés (V, 352, 363).
Sinuesa: ciudad del Lacio (VIII, 527).
sipontinos: habitantes de Siponto, en Apulia (VIII, 633).
Siqueo: esposo de Dido (I, 90; VIII, 123).
Siqueo: sobrino de Aníbal (III, 245; IV, 825; V, 461, 468, 500, 518, 527, 584, 591, 602).
Siracusa: ciudad de Sicilia (XIV, 30, 181, 277, 289, 513).
Sirena: divinidad del mar (XII, 33; XIV, 473).
Sirena: nombre de nave (XIV, 567).
Sirio: estrella (I, 256; XIV, 621; XVI, 99).
Sirtes: golfo de Libia (I, 408, 644; II, 63; III, 652; V, 356; VII, 570; XVI, 253, 621; XVII, 247, 634).
Sírtico: guerrero cartaginés (V, 243).
Sísifo: legendario fundador de Corinto (XIV, 51).
Soberbios: sobrenombre de los Tarquinos (VIII, 479; X, 481).
Sólimo: epónimo de Sulmona (IX, 75).
Sólimo: hijo de Sátrico (IX, 72, 91).
Sólimo: troyano ancestro de Sátrico (IX, 113, 128).
Sopor: personificación (X, 370).
Sora: ciudad de los volscos (VIII, 394).
Soracte: monte etrusco (V, 175; VII, 662; VIII, 492).
Sueño: personificación (IV, 89; VII, 204, 205; X, 341, 345).
Suesa: ciudad de los volscos (VIII, 398).
suevo: pueblo de la Galia (V, 134).
Sulmona: ciudad del Samnio (VIII, 510; IX, 70, 76, 111).
Surrento: ciudad de Campania (V, 466; VIII, 543).
Sutrio: ciudad de Etruria (VIII, 491).

Tabas: ciudad de Sicilia (XIV, 272).
Taburno: guerrero de Capua (XIII, 195).
Tadio: guerrero romano (IX, 587).
Tago: noble hispano (I, 152, 155, 164).
Taigeto: monte de Laconia (IV, 363; VI, 311).

Tajo: *río de Hispania* (I, 234; II, 404; XVI, 286, 450, 560).
Tamiris: *guerrero saguntino* (II, 177).
Tanaquil: esposa de Tarquinio (XIII, 818).
Tánger: ciudad de Mauritania (III, 258).
Tapso: ciudad de Sicilia (XIV, 206).
Tapso: soldado de Aníbal (II, 160; III, 261; IV, 635).
Tarcón: epónimo de Tarquinia, en Etruria (VIII, 473).
Tarento: ciudad de la Magna Grecia, en Calabria (XI, 16; XII, 434; XV, 320).
Tario: guerrero romano (IV, 252).
Tarpeya: joven romana que entregó la ciudadela a los sabinos (XIII, 843).
Tarpeya (roca): roca desde la que se precipitaba a los criminales (V, 164).
tarpeyo: relativo al monte Tarpeyo, en donde se encontraba el Capitolio (I, 117, 541; II, 33; III, 573, 609, 623; IV, 48, 152, 287, 548, 784; V, 82, 109, 635; VI, 103, 417, 604, 713; VII, 56; VIII, 341, 644; X, 336, 360, 375, 432; XI, 78; XII, 44, 517, 609, 743; XIII, 1, 267; XVI, 261; XVII, 226, 267, 654).
Tarragona: ciudad de Hispania (III, 369; XV, 177).
Tártaro: los Infiernos (II, 674, 695; III, 483; V, 222, 267, 388; VI, 175, 315; IX, 541; X, 263; XII, 133; XIII, 422, 437, 591; XIV, 597; XV, 65; XVII, 565).
Tartesos: atleta hispano (XVI, 465, 509).
Tartesos (tartesios): ciudad de Hispania (III, 399; V, 399; X, 674; XIII, 674; XV, 5; XVI, 647).
taulantes: pueblo de Iliria (X, 508; XV, 294).
Taurano: *guerrero romano* (V, 472).
Táurea: guerrero campano (XIII, 143, 161, 170, 371).
Tauromenio: ciudad de Sicilia (XIV, 256).
Teate: ciudad de los marrucinos (VIII, 520; XVII, 453).
Tebas: ciudad de Grecia (I, 276; III, 678; XI, 443).
Tegea: ciudad de Arcadia (XIII, 329).
teléboas: pobladores de la isla de Capri (VII, 418).
Telégono: hijo de Ulises y Circe (XII, 535).
Telesino: guerrero umbro (X, 148, 152).
Telgón: guerrero africano (IV, 628).
Telón: marinero romano (XIV, 443).
Telón: rey de los teléboas (VIII, 541).
Temiso: herrero mauro (I, 431).
Terapne (*terapneos*): ciudad de Laconia (VI, 303; VIII, 412; XIII, 43).
Termas: ciudad de Sicilia (XIV, 232).
Termodonte: río de Capadocia (II, 80; VIII, 430).
Terón: atleta hispano (XVI, 476, 500, 509, 510, 519).
Terón: sacerdote de Hércules (II, 149, 189, 192, 207, 226).
Terror: personificación (IV, 325).
Tesalio: de Tesalia, en Grecia (XV, 278).
Tesino: río de la Cisalpina (I, 45; IV, 81, 82; V, 155, 403; VI, 107, 706; VII, 31; IX, 432; XII, 548; XVII, 314).
tespíadas: descendientes de las hijas de Tespio y de Hércules (XI, 19; XII, 364).
Tesprotios: pueblo del Epiro (XV, 297).
Tetis (*Thetis*): madre de Aquiles (VII, 120).

Tetis *(Tethys)*: esposa del Océano (III, 60, 411; V, 395; XIV, 347; XVI, 172; XVII, 243).
Tétrico: monte de Sabina (VIII, 417).
Teucro: fundador de Cartagena (III, 368; XV, 192).
Teucro: guerrero griego (XVII, 426).
teucros: los troyanos y, por ello, los romanos (I, 44; III, 127; VII, 484; VIII, 199, 598; IX, 530, 532; XII, 363; XIII, 36, 70; XIV, 353; XVII, 348).
Téutalo: guerrero galo (IV, 199).
Teutras: aedo de Cumas (XI, 288, 433, 482).
Tíber: río de Roma (I, 607; III, 150, 511; V, 162; VI, 383; VIII, 367, 452; IX, 207; X, 358, 497; XII, 540; XIII, 727, 828; XVI, 679; XVII, 15).
Tiberino: piloto romano (XIV, 516).
Tíbur: ciudad del *Lacio* (IV, 187; VIII, 364; XII, 229).
Tiburna: mujer saguntina (II, 554, 566, 665).
Tide: ciudad de Hispania (III, 367; XVI, 368).
Tidida: sobrenombre de Diomedes, hijo de Tideo (XIII, 48, 58, 67; XVI, 371).
Tierra: personificación (IV, 275; XV; 522, 562, 618).
Tifata: montaña de Campania (XII, 487; XIII, 219).
Tifeo: gigante (VIII, 540; XII, 660; XIV, 196).
Timavo: río de los vénetos (XII, 215).
Timbreno: guerrero saguntino (II, 633).
tindáreo: relativo a Tindáreo, esposo de Leda. Lacedemonio (XV, 320).
Tíndaris: ciudad de Sicilia (XIV, 208).
Tinia: río de Umbría (VIII, 452).
Tires: guerrero nasamón (VI, 44).
Tirinto (tirintios): ciudad de Argólida en la que se crió Hércules (I, 509, 661; II, 3, 300, 475; III, 357, 433, 496; VI, 628; VII, 35, 592; VIII, 217; XVII, 650).
Tirmis: guerrero galo (XV, 721).
Tiro: soldado de Aníbal (II, 110).
Tiro (tirios): ciudad fenicia. En sentido general, tirio equivale a cartaginés (I, 74, 82, 143, 239; II, 24, 151, 330, 363, 423; III, 1, 231, 256, 571; IV, 60, 131, 189, 316, 446, 473, 528, 707, 778, 815; V, 173, 192, 200, 545; VI, 300, 451, 464, 471, 490, 528; VII, 246, 723, 728, 430, 634; VIII, 13, 175, 298, 335, 487; IX, 103, 202, 510, 545, 634; X, 39, 170, 187, 268, 418, 476; XI, 24, 56, 156, 303, 396; XII, 345, 434; XIII, 17, 305; XIV, 7, 291, 659; XV, 5, 25, 116, 193, 318, 381, 416, 433, 732, 783; XVI, 142, 183211, 215, 300, 449, 467, 682, XVII, 79, 110, 435).
Tirreno: corneta romano (IV, 167).
Tirreno: el mar Tirreno, al este de Italia (IV, 295; XV, 164).
Tirreno: padre de Trasimeno (V, 11).
tirrenos: etruscos (I, 111; II, 19; IV, 609; V, 72, 621; VI, 597, 602; VII, 29; VIII, 386; X, 500; XII, 79, 673; XIII, 66; XIV, 149, 166; XVII, 601).
Tisdro: soldado de Aníbal (XV, 448).
Tisa: ciudad de Sicilia (XIV, 267).
Tisífone: una de las Furias (II, 530, 614; XIII, 575).
Titán: otro nombre del Sol (I, 209; V, 57; VI, 1; XII, 508, 648, 681; XIV, 344, 585, 641; XV, 223, 248).
Titanes: hijos de la Tierra (I, 435; IV, 435; XII, 725).

Titania: otro nombre de la Luna (IX, 169; X, 538).
Titono: hijo de Laomedonte (I, 576; V, 25).
Tlepólemo: hijo de Hércules (III, 364).
Tmolo: montaña de Lidia (IV, 738; V, 9; VII, 210).
Toante: rey de los etolios y compañero de Diomedes (IX, 99).
Toante: rey de Táuride (IV, 769; XIV, 260).
Tonante: sobrenombre de Júpiter (I, 133; III, 649; IV, 548; V, 635; VI, 84, 713; VIII, 219, 652; X, 54; XI, 85, 293, 319; XII, 48, 280, 517, 666, 722; XIII, 20; XV, 253; XVI, 144, 273; XVII, 654).
Torcuato: guerrero romano (VII, 619).
Torcuato (T. Manlio): cónsul en el 224 (XI, 73; XII, 342, 350, 377).
toscano: etrusco (VI, 707; VII, 378; VIII, 362; X, 590; XIII, 6; XVII, 14).
Tracia (tracios): región del norte de Grecia (I, 587; II, 73; III, 38; XI, 465; XII, 398, 525).
Trasimeno: lago etrusco (I, 49, 547; IV, 703, 826; V, 23, 72, 253, 331, 581; VI, 111, 298, 553, 707; VII, 148; VIII, 38, 665; XI, 172, 345; XIV; 150; XV, 815; XVII, 164, 496).
Trasimeno: divinidad del lago homónimo (IV, 738).
Trasimeno: hijo de Tirreno (V, 8, 16).
Trebia: río de Cisalpina (I, 47; IV, 484, 493, 573, 601, 626, 634, 638, 643, 661, 698; V, 128; VI, 109, 297, 707; VII, 148, 378; VIII, 38, 668; IX, 189; X, 590; XI, 140, 345; XII, 16, 80, 285, 548; XV, 815; XVII, 312, 600).
tricastinos: pueblo de la Galia narbonense (III, 466).
Trinacria (trinacrios): otro nombre de Sicilia (III, 257; IV, 494; XIII, 93; XIV, 11, 55, 110, 290, 614; XV, 423).
Triocala: ciudad de Sicilia (XIV, 270).
Tristeza: personificación (II, 550; XIII, 582).
Tritón: hijo de Neptuno (XIV, 373).
Tritón: lago de África (III, 322; IV, 533; IX, 297).
Tritón: nombre de nave (XIV, 578).
Tritonia: sobrenombre de Minerva (IX, 439, 479; XIII, 57).
Tritónide: ninfa del lago Tritón, madre de Asbité (II, 65).
Trivia: sobrenombre de Diana (VIII, 362; XIII, 786).
Trógilo: ciudad de Sicilia (XIV, 259).
Tros: rey epónimo de Troya (XI, 295).
Troya (troyanos): antigua ciudad de Frigia (I, 42, 513, 543, 659; III, 565; VII, 16, 473; VIII, 137, 161, 602, 620; IX, 348; XII, 213, 331; XIII, 61, 65, 78, 128, 327,791, 810, 863; XIV, 45, 46, 117, 220; XVI, 369, 655, 658, 678; XVII, 213).
Truento: ciudad del Piceno (VIII, 433).
Túder (tudertinos): ciudad de Umbría (IV, 222; VI, 645; VIII, 462; X, 95).
Tule: remota isla al norte del mundo conocido (III, 597; XVII, 416).
Tulia: hija de Servio Tulio (XIII, 835).
Tulio: jefe de los arpinates (VIII, 404; XII, 175).
Tulis: soldado de Aníbal (VII, 602).
Tulo: antiguo rey volsco (VIII, 405).
Tulo: guerrero romano (IV, 183).
Túnger: guerrero mauro (VII, 682).
Turis: soldado de Aníbal (VII, 598).
Turno: rey de los rútulos (I, 668).

tusculano: de Túsculo, ciudad del Lacio (VII, 692).
Tutia: río del Lacio (XIII, 5).

Ufente: guerrero romano en Tesino (IV, 337, 341).
Ufente: guerrero romano en Cannas (IX, 585).
Ufente: río del Lacio (VIII, 382).
Ulises: rey de Ítaca (II, 182).
umbros: pueblo de Italia (III, 295; VI, 167, 643; VIII, 447; IX, 273; X, 95, 163, 312).
Útica: ciudad de África (III, 241).
Úxama: ciudad hispana (III, 384).

Vaga: ciudad de Numidia (III, 259).
vagenos: pueblo de Liguria (VIII, 605).
Vareno: guerrero romano (IV, 543, 544, 548).
Varrón (M. Terencio): cónsul en el 216 (VIII, 35, 244, 311, 348, 618, 666; IX, 15, 139, 175, 249, 414, 419, 427, 632, 639, 645, 647; X, 56, 65, 273, 383, 407, 514, 518, 606, 622; XI, 101, 154, 511, 523).
vascones: pueblo hispano (III, 358; V, 197; IX, 232; X, 15).
Vejez: personificación (XIII, 583).
Velino: lago de Sabina (IV, 183).
Veliterno: guerrero romano (XIII, 229).
Velitras: ciudad del Lacio (VIII, 377).
Venafro: ciudad samnita (VIII, 401).
vénetos: pueblo de la Cisalpina (VIII, 604; XII, 217).
Vénulo: guerrero romano (IV, 181).
Venus: diosa protectora de Roma (II, 83; III, 381, 557, 570; IV, 106, 133, 667, 676; V, 204; VII, 448, 452, 467, 640; VIII, 143; IX, 291; XI, 385, 410; XII, 248, 324; XIII, 617, 809; XV, 59; XVII, 283, 290).
Vercelas: ciudad de la Traspadana (VIII, 597).
Virgilio: guerrero romano (XVII, 441).
Verginia: heroína romana (XIII, 824).
Verona: ciudad de los vénetos (VIII, 595).
Vesubio: volcán en Campania (VIII, 654; XII, 152; XVII, 593).
Vesta: Diosa del Fuego del Hogar (III, 566; IV, 411VI, 76; VII, 184; IX, 292; XIII, 848).
vestinos: pueblo del Samnio (VIII, 515).
Vésulo: hijo de Crista, guerrero umbro (X, 145).
vetones: pueblo lusitano (III, 378; XVI, 365).
Vetulonia: ciudad etrusca (VIII, 483).
Veyes: ciudad de Etruria (VII, 40).
Victoria: divinidad (V, 227; XIV, 675; XV, 99, 737).
Virbio: guerrero de Aricia (IV, 380, 391).
Viriasio: jefe de los sidicinos (V, 551).
Viriato: jefe hispano (III, 354, 355; X, 219).
Virrio (Vibio): embajador de Capua en Roma (XI, 65, 93, 113, 131; XII, 86, 104; XIII, 215, 225, 262, 296).
Virtud: personificación (V, 126; XV, 22, 40, 69, 121).
voconcios: pueblo de la Galia Narbonense (III, 467).
volcas: pueblo de la Galia Narbonense (III, 445).
Voleso: antepasado de los Valerios (II, 8).
Voleso: guerrero romano (XIII, 244).
volscos: pueblo del Lacio (VI, 20; XII, 175).
Volsón: hijo de Crista, guerrero umbro (X, 143).

Vólunx: guerrero africano (V, 261).
Vomano: río del Piceno (VIII, 437).
Vosego: guerrero galo (IV, 213).
Vulcano: Dios del Fuego (I, 363; IV, 681, 694; V, 513; VII, 120, 360; IX, 608; XIV, 307, 423; XVII, 97, 504, 594).
Vulturno: ciudad de Campania, a orillas del río homónimo (VIII, 528).
Vulturno: río de Campania (XII, 521).
Vulturno: viento del sudoeste (IX, 495, 514; X, 204).

Yapigia (yapigios): comarca de Apulia (I, 51; III, 707; IV, 555; VIII, 37, 223; IX, 185, 270; XI, 1).
Yarbas: guerrero cartaginés (I, 417).
Yarbas: hijo de Amón y pretendiente de Dido (II, 58, 66; VIII, 54, 157 a).
Yolao: hijo de Anfitrión (XII, 364).
Yugurta: soldado de Aníbal (II, 165).

Zacinto: compañero de Hércules (I, 275).
Zacinto: isla en el mar Jónico (I, 290; II, 603).
Zama: ciudad de África (III, 261).
Zancle: otro nombre de Mesina (I, 662; XIV; 48, 113).
Zeusis: guerrero laconio (VII, 665).